V-Vivres

V/
3814

CAMPAÑAS MILITARES DEL VIRREY ABASCAJ

OTRO VOLUMEN
VERGILIO DE
ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS
DE SEVILLA

LAS CAMPAÑAS MILITARES
DEL VIRREY ABASCAL

1872
N.º 11

CAMPAÑAS MILITARES DEL VIRREY ABASCAL

LA BIBLIOTECA DE LA ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

Los nombres, apellidos y apellidos de los autores de las obras que se encuentran en esta biblioteca son de la responsabilidad del autor. La Biblioteca Española de Estudios Hispano-Americanos no se responsabiliza de los errores de transcripción de los nombres.

PUBLICACIONES DE LA
ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS
DE SEVILLA

XXXVII

(N.º general)

Serie 2.ª: Monografías

N.º 11

Las noticias, asertos y opiniones contenidas en este trabajo, son de la exclusiva responsabilidad del autor. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos sólo responde del interés científico de sus publicaciones.

FERNANDO DÍAZ VENTEO

LAS CAMPAÑAS MILITARES DEL VIRREY ABASCAL

INDICE

RESERVADOS TODOS
LOS DERECHOS

CAPÍTULO I

Las circunstancias históricas y geográficas

El primer virreinato de la América española.—El Virreinato del Perú y su división en audiencias.—El virreinato de Nueva España.—El virreinato de Nueva Granada.—El virreinato de la Florida.—El virreinato de la América del Sur.

CAPÍTULO II

Las figuras de la historia

El virrey Abascal.—El general O'Donnell.—El general Echagüe.—El general Urquiza.—El general Rosas.—El general Lavalle.—El general Urquiza.—El general Rosas.—El general Lavalle.

SEGUNDA PARTE

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

CAPÍTULO III

Las primeras campañas del virrey

La guerra de la independencia.—El virreinato de la América del Sur.—El virreinato de la América del Sur.—El virreinato de la América del Sur.

Sevilla, 1948

Primera edición; junio de 1948.

Con doce ilustraciones.

LAS CAMPAÑAS MILITARES DEL VIRREY ABASCAL

RESERVADOS TODOS
LOS DERECHOS

Escuela Provincial de Artes Gráficas, de Sevilla.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Las circunstancias históricas y geográficas... 3

El planteamiento de la Independencia.—El Virreinato del Perú a principios del siglo XIX.—El teatro y los caracteres de la lucha.—Bibliografía sobre el tema de las campañas.

CAPITULO II

Las figuras de la lucha... 17

El virrey Abascal.—El general Goyeneche.—El general Pezuela.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO III

Las primeras sublevaciones del Alto Perú... 45

La sublevación de Chuquisaca.—El levantamiento de La Paz.

R-8844 R-9044

CAPITULO IV

Las revoluciones de Quito... .. 81

Creación de la Junta de Quito.—La noticia de la revolución en Lima.—Medidas de Abascal.—La expedición de Arredondo.—Cambio de conducta de los quiteños.—Entrada de Arredondo en Quito.—Manejos de Cucalón.—Motín del 2 de agosto de 1810.—Junta del 5 de agosto.—El comisionado Montúfar: creación de la nueva Junta de Quito.—Actitud de Abascal.—El Presidente Molina en Guayaquil.—Preparativos hostiles.—Fracaso de la misión de Villalba en Quito.—Misión de Bejarano.—Comienzo de la lucha.—Ataque quiteño a Cuenca: reacción de los conqueses.—Abascal critica a Molina.—La lucha en el Norte: encuentro del río Palacé.—Heroica resistencia de Tacón.—Nuevos preparativos de Molina.—Combates con los quiteños.—Desórdenes en Quito.—Expedición de Montes: ocupación de Quito.—Fin de la revolución.

CAPITULO V

La invasión del Alto Perú: Cotagaita y Suipacha. 127

Triunfo de la Revolución en Buenos Aires: «el Ejército auxiliador» del Alto Perú.—La organización de la defensa del Perú: planes de Abascal.—La conspiración de Córdoba y el fracaso de Liniers.—El error de Nieto.—Creación del Ejército del Desaguadero.—La expedición de Balcarce.—Contratiempo de Ramírez: Aroma.—Cotagaita.—Suipacha.—Ocupación del Alto Perú por los argentinos.—Acuerdo entre los realistas y el Cabildo de La Paz.—La conducta de Castelli.

CAPITULO VI

La ofensiva de Goyeneche: Huaqui... .. 159

La región del Desaguadero.—Posición de las fuerzas de Goyeneche.—Intento de dimisión del General.—Ideas de Abascal sobre la situación.—Incidentes entre realistas y porteños.—Negociaciones de Castelli y el Cabildo de Lima: conclusión del armisticio.—Su anulación.—Batalla de Huaqui.—¿Fue Huaqui una infracción del armisticio?

CAPITULO VII

La segunda sublevación de Cochabamba y la pacificación del Alto Perú... .. 193

Consecuencias de la batalla de Huaqui.—Avance de Goyeneche por el Alto Perú: instrucciones de Abascal.—Bata-

lla de Sipe-Sipe y ocupación de Cochabamba.—Nueva amenaza en el Alto Perú: la sublevación de indios en La Paz.—Avance realista hasta Tupiza.—Segunda sublevación de Cochabamba.—Situación de las fuerzas de Goyeneche.—La lucha en la frontera argentina: la segunda batalla de Suipacha.—Repercusión en Lima del armisticio de Elío con la Junta de Buenos Aires.—Planes de Abascal ante la nueva situación.—Campaña contra Cochabamba: acción del Queñual.—Ocupación y pacificación de la ciudad.

CAPITULO VIII

La expedición al Tucumán... .. 225

Situación apurada de Abascal: sus medidas para hacer frente a la crisis.—Avance de Tristán hacia Salta.—Acción del Río de las Piedras: sus tres etapas.—El plan de Tristán.—Batalla del Tucumán: retirada realista.—Consecuencias de la batalla: sublevación de Salta.—Fracaso de la expedición al Tucumán.—Medidas y plan de campaña de Abascal.—Quejas de Goyeneche.—Intentos de negociación: la misión de Pott en Lima.

CAPITULO IX

La batalla de Salta y la sustitución de Goyeneche 261

El repliegue de Tristán a Salta.—Valor estratégico de esta provincia.—Preparativos argentinos.—Incompatibilidad de Goyeneche con Ramírez.—Batalla de Salta: capitulación de Tristán.—Goyeneche evacua Potosí.—Sorpresa de Abascal: censura del plan de Goyeneche.—Junta de Guerra de 1 de abril de 1813 en Lima.—El cese de Goyeneche como jefe del ejército del Alto Perú.—Junta de Guerra de 8 de abril de 1813 en Lima.—Tirantéz de relaciones entre Abascal y Goyeneche.

CAPITULO X

Pezuela al frente del ejército: Vilcapugio y Ayo-huma... .. 293

Junta de Guerra de 25 de abril de 1813 en Oruro.—La situación del ejército pintada por Ramírez.—Junta de Guerra de 6 de mayo.—Goyeneche entrega el mando del ejército a Ramírez.—Actitud de los jefes.—Henestrosa, designado para el mando de las fuerzas del Alto Perú.—Inconvenientes para su marcha.—Henestrosa es sustituido por Pezuela.—Ramírez, jefe interino del ejército: motín del 10 de mayo.—Avance a Sorasora y Condocondo.—El viaje de Pezuela: sus ideas

sobre la situación militar.—Ramírez se retira a Challapata.—Pezuela, al frente del ejército.—Vilcapugio.—La situación subsiguiente a la batalla.—Ayohumá.—Consecuencias de ambas batallas.

CAPITULO XI

La liberación del Alto Perú: Wiluma... .. 327

La retirada argentina después de Ayohuma.—Nuevo carácter de la guerra en el Alto Perú.—Expedición contra Cochabamba.—La campaña contra Arenales.—Belgrano abandona el mando del ejército argentino.—San Martín sucede a Belgrano.—Avance de Ramírez hacia Salta: expediciones de reconocimiento.—Se agrava la situación: rendición de Montevideo y sublevación del Cuzco.—Rondeau sustituye a San Martín: preparativos argentinos.—Negociaciones de Pezuela con Rondeau: engaño del coronel Rodríguez.—Repliegue de Pezuela.—Arenales ocupa Cochabamba.—Incertidumbre de Pezuela.—Cambio de destino de la expedición de Morillo: sus consecuencias.—Examen de la situación por Pezuela.—Encuentro de Venta y Media.—Ofensiva realista.—Batalla de Wiluma: sus consecuencias.

CAPITULO XII

La revolución de Chile: Rancagua... .. 369

Situación política de Chile al comenzar la revolución.—Triunfo de la revolución.—Enemistad entre los partidos: escisión en el bando revolucionario.—Actitud de Abascal.—Expedición de Pareja: encuentro de Yerbas Buenas.—Retirada de Pareja a Chillán.—Fracaso de Carrera ante la ciudad.—Cambios operados en el campo chileno.—Expedición de Gáinza: instrucciones de Abascal.—Avance de Gáinza sobre Santiago: su retirada a Talca.—La misión de Hylliar.—Negociaciones de Gáinza con O'Higgins.—Tratado de Lircay.—Gáinza, desautorizado por Abascal.—Expedición de Osorio: instrucciones del Virrey.—Triunfo de Carrera en Santiago: acuerdo con O'Higgins.—Osorio, ante Rancagua: derrota chilena.—La desobediencia de Osorio.—Situación de Chile después de la victoria realista.

Fuentes y bibliografía... .. 405

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

CIRCUNSTANCIAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

Antes de iniciar el estudio monográfico de las campañas militares del virrey Abascal, juzgo indispensable trazar un cuadro de conjunto sobre las circunstancias históricas y geográficas dentro de las cuales se desarrollan dichas campañas. Sin esa previa exposición general, los hechos bélicos que voy a exponer no podrían ser exactamente valorados, ni, en algún caso, objeto de adecuada comprensión.

Toda guerra no es sólo un conjunto de batallas. Responde a determinados fines o motivos, y debe las peculiaridades de su planteamiento y desarrollo a especiales circunstancias políticas, económicas, geográficas y cronológicas. Por tanto, en el caso de que voy a ocuparme, será necesario penetrar el sentido general de las guerras de Emancipación, el escenario geográfico sobre el cual se desarrollan, y los medios con que cuenta Abascal para mantener la lucha.

El empeño resultaría arduo si pretendiese en estas páginas revisar el problema de la Independencia Hispanoamericana, tan complejo, o investigar la situación del virreinato peruano a principios del siglo XIX,

cosas ambas a mi juicio necesarias, pero que estarían aquí fuera de lugar. Me limitaré por lo tanto a esbozar un ligero resumen, sin más pretensiones que la de servir de introducción al tema del libro, y encuadrarlo en el conjunto de hechos históricos de que forma parte.

I. El planteamiento de la Independencia.

Hoy está claro que la Independencia fué un problema típica y netamente español. En su génesis, no juega un papel decisivo la ideología de la Enciclopedia—que echa raíces en América (1), mas no pasa de informar la mentalidad de una minoría revolucionaria, pero sin fuerza—, sino las doctrinas tradicionales españolas (2). En su desarrollo, tampoco es factor esencial la ayuda proporcionada a los sublevados por Inglaterra y Estados Unidos, aunque no carece de importancia ni en el aspecto militar ni en el diplomático.

El hecho de la Emancipación es, con palabras de Santiago Estrada, «la muerte del Imperio, o si se prefiere, la muerte del ideal que informó al Imperio» (3). Responde a un problema general del conjunto político hispano, nunca a cuestiones exclusivas de las provincias ultramarinas, donde se desarrolla. En este sentido, ni ciertas reformas de Carlos III que pudieron herir sentimientos de los criollos, ni una serie de cuestiones sociales o económicas que podían enfrentar a

(1) BASTERRA, *Los navíos de la Ilustración*. Caracas, 1925; pág. 91. — GARCIA ESCUDERO, *Un viraje en la interpretación de la Independencia americana*, en *Revista de Estudios Políticos*. Madrid, V, núm. 10, 1943; pág. 473.

(2) GIMENEZ FERNANDEZ, Manuel. *Las doctrinas populistas en la independencia de Hispanoamérica*. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, 1947.—La población americana mostró clara y espontáneamente en diversas ocasiones su repulsión a las ideas revolucionarias extranjeras.

(3) ESTRADA, Santiago. *...Y la casa fué destruida*. *Revista Sol y Luna*, núm. 5. Buenos Aires, 1940; pág. 46.

éstos con los españoles peninsulares, deben considerarse como factores determinantes de la Independencia; en todo caso, actuaron con más o menos fuerza para acelerarla o consolidarla (4).

La Emancipación tiene raíces más hondas. Imperio tan diversificado como el español, se mantuvo gracias a una estrecha unidad de ideales, y había de disgregarse tan pronto esta unidad se rompiera. En el orden político, ese ideal común era la monarquía; durante los primeros años del siglo XIX, dicha institución se había desprestigiado mucho en España, mientras que en América, más apegada a las tradiciones y de ambiente más conservador, estaba muy vivo el sentimiento de fidelidad al monarca y repulsión a las doctrinas liberales difundidas en la Metrópoli.

La invasión francesa de 1808 fué coyuntura para que esta dualidad de tendencias políticas se manifestara. Los españoles se encontraron sin rey, solos contra el enemigo; en los primeros momentos de la resistencia se hicieron con el poder hombres que, a los ojos del pueblo, estaban libres de responsabilidad en los hechos acaecidos durante los veinte últimos años; y eran, en su mayoría, liberales que se habían mantenido forzosamente alejados del gobierno. En América el entusiasmo popular hacia Fernando VII es más hondo y sincero; también se constituyen Juntas como las de la Península, para defender los derechos del monarca y ayudar a la lucha contra los franceses; pero esas Juntas, sancionadas por la voluntad popular expresada en los Cabildos abiertos, se forman a base de los elementos más conservadores del país.

En consecuencia, metrópoli y provincias americanas se hallan ideológicamente enfrentadas. Los americanos quieren sacudir la autoridad de los liberales peninsulares. Su posición descansa en argumentos clarísimos: las Indias son un dominio personal y directo del rey, que las gobierna por delegación en autoridades que él nombra, y que cesan de serlo apenas

(4) Cfr. LEVENE, Ricardo. *Lecciones de Historia Argentina*, tomo I, Buenos Aires, 1934; pág. 415.—CAILLET-BOIS, R., *Ensayo sobre el Río de la Plata y la Revolución francesa*, Buenos Aires, 1929; pág. 115.

dejen de depender del monarca; obligado éste a desaparecer contra su voluntad y sin dejar sucesión legítima, las Indias no están obligadas a aceptar ningún otro poder; el de las Juntas de España, en situación caótica y controladas por liberales, no tenía por qué ser acatado en Indias, juzgando con el más recto, puro y tradicional criterio hispánico (5).

Solo más tarde el españolismo de esta postura se desvirtúa y llega por último a convertirse en anti-españolismo total; paralelamente, el acusado sentimiento monárquico cede en lenta progresión ante gérmenes de republicanismo casi insignificantes en los primeros momentos (6). Una serie de factores externos e internos cooperan a ahondar diferencias y a hacerlas más graves: el hecho de ser declaradas en rebeldía las provincias americanas, la influencia ideológica de la Revolución, las ideas políticas y económicas de los ingleses, hábilmente difundidas entre los insurgentes, el fracaso de gestiones para dar un trono americano a personas de la familia de Borbón, las ventajas sociales y económicas que encuentran los criollos en el nuevo estado de cosas, etc. Cuando Fernando VII vuelve a ocupar el trono de España, han ido surgiendo diferencias muy hondas, no quedan muchas posibilidades de arreglo, y las que existen son mal utilizadas. Así se explica la aparente paradoja de que los pueblos sublevados para defender derechos de su rey, terminen en repúblicas independientes.

En 1810, pocos americanos estaban en condiciones de prever el desenlace del drama (7). Algunos gobernantes españoles en Indias, apreciaron con clara visión las últimas posibilidades de la lucha (Abascal entre ellos); en el momento de actuar, algunos pecaron de irresolución o cobardía; otros, enfrentados a los grupos sociales más capaces, carecieron de me-

(5) «La Revolución de 1810... se inspira en gran parte en los postulados de los juristas indianos». (LEVENE, R., *Introducción a la historia del Derecho Indiano*, Buenos Aires, 1924; pág. 42).

(6) LEVENE, R., *Intentos de independencia en el virreinato del Río de la Plata*, en *Historia de la Nación Argentina* por él dirigida, tomo V, secc. 1.ª, Buenos Aires, 1941; pág. 456.—CANTER, J., ob. y vol. cit.; pág. 206.

(7) ESTRADA, ob. cit., pág. 47.

dios para imponerse; y en general, donde las autoridades fueron enérgicas desde el principio o contaron con algún apoyo, organizaron la resistencia.

Las autoridades peninsulares, en cambio, se mostraron incapaces de vislumbrar la transcendencia de los hechos, y sólo a última hora comprenden que es decisiva la lucha planteada; aun entonces, sus medidas resultan torpes o ineficaces. Intentan al principio atraerse a los americanos autorizándoles a enviar representantes a las Cortes de Cádiz, tras una declaración teórica de su igualdad de derechos con los españoles. El resultado fué contraproducente, porque los diputados americanos, en general, ayudaron desde la metrópoli a los insurgentes y entorpecieron la labor de las Cortes (8). Igual suerte corrió un segundo intento realizado al promulgarse la Constitución de 1812, que fué lanzada a América y rechazada por los americanos, dueños ya de muchas libertades para aliarse por este precio al régimen liberal.

Fracasados estos intentos, las autoridades peninsulares se deciden a emplear las armas. Se preparan expediciones bélicas, de las que unas no llegan a América y otras resultan ineficaces; los gobernantes indios se hallan, en consecuencia, prácticamente solos para luchar contra los sublevados, y ha de reconocerse que, pese a ello, lo hicieron sin vacilaciones, con verdadero heroísmo.

2. El virreinato del Perú a comienzos del siglo XIX.

El virreinato del Perú sufrió a lo largo del siglo XIX una transformación completa. Su enorme territorio jurisdiccional quedó reducido a límites comparativamente exigüos; su vitalidad económica disminuye en proporciones alarmantes; sus problemas

(8) VALLE Y BERLUCEA, E. del, *Los diputados de Buenos Aires en las Cortes de Cádiz*, Buenos Aires, 1912; págs. 81-85.

sociales estallan con violencia en disturbios internos, en general de poca importancia, pero graves en el caso de la revuelta de Tupac Amaru. Al finalizar la décimooctava centuria, el virreinato padece todavía las consecuencias desastrosas de una aguda y completa crisis, que tuvo su apogeo en los años 1776 a 1782, y cuyos factores determinantes fueron de tipo externo e interno.

Los primeros son consecuencia de necesidades políticas de orden internacional, que obligan a Carlos III a efectuar una completa reestructuración de sus dominios surindianos, con vistas a una mejor defensa estratégica de aquel Continente. Ya en 1739 eran segregados del Perú los territorios de Quito y Nueva Granada, erigidos en virreinato independiente; se trataba de establecer así un centro político fuerte, vigía del istmo de Panamá, de cara al Atlántico y al Pacífico. En 1776, mediante una nueva amputación de territorios al viejo virreinato, era creado el de Buenos Aires; los problemas de límites con Brasil se zanjaban de una vez; la desembocadura del Plata, el mejor lugar de penetración al interior del Continente, se cerraba a toda amenaza extranjera; el triángulo Buenos Aires-Malvinas-Montevideo, se constituía como excelente base para el dominio del Atlántico Sur. Poco después Chile, capitania general ya por completo independiente de Lima, era nuevo bastión defensivo del Pacífico, guardando el acceso a dicho Oceano por el estrecho de Magallanes.

Quedaban así las Indias meridionales, antes punto tan vulnerable del Imperio, en condiciones defensivas bastante buenas, indispensables para un ventajoso planteamiento de la lucha contra Inglaterra, objetivo esencial en el reinado de Carlos III (9). Mas el enorme esfuerzo económico que representaba este poner en pie de guerra un Continente, vino a gravitar de un modo insoportable sobre la economía peruana.

La inclusión de Guayaquil en el virreinato de Nueva Granada rompe, o al menos entorpece, el fun-

(9) RODRIGUEZ CASADO, Vicente, *Política exterior de Carlos III en torno al problema indiano*; en *Revista de Indias*, Madrid, n.º 16, págs. 227-266.

cionamiento del eje comercial Callao-Guayaquil, sin que las ulteriores leyes sobre comercio intercolonial remedien este hecho más que en parte. El pobre desarrollo económico de la región del Plata no permitía sostener los gastos militares que su defensa requirió; por eso, tratando de proporcionar recursos al virreinato bonaerense, es agregado a sus territorios el Alto Perú, y Buenos Aires es objeto de un acusado 'proteccionismo económico (libre internación, excepcionales medidas aduaneras, etc.), que altera por completo la situación anterior; todo va en daño del Perú, cuyo erario había sido el más rico de América, y cuyos mercaderes monopolizaban secularmente el papel distribuidor en el comercio exterior del Continente (10). Las leyes de libre comercio acaban de descentralizar éste con la habilitación de numerosos puertos al tráfico intercontinental, y son causa de que Lima pierda los últimos vestigios de su antigua preponderancia económica (11).

Perú resultaba así el único perjudicado en un reajuste general que se hizo, por añadidura, a su costa. Su erario hubo de financiar gastos militares de todo el Continente, con remesas que suman muchos millones de pesos, hechas desde Lima a las plazas fortificadas chilenas, a Guayaquil, a Panamá, a Guatemala, y sobre todo a Buenos Aires. Hubo además de costearse amplias movilizaciones bélicas, hechas en el virreinato ante posibles amenazas exteriores, en ocasión de guerra contra Gran Bretaña, y sobre todo, ante el peligro interior que supuso la revuelta de Tupac Amaru, que trastorna por varios años la vida económica de muchas provincias del virreinato.

En la crisis a que me refiero actuaron también una

(10) CESPEDDES DEL CASTILLO, Guillermo; *Lima y Buenos Aires (Repercusiones económicas y políticas de la creación del virreinato del Plata)*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1947.

(11) «En el día, Chile se surte directamente, así por el Cabo como por Buenos Aires, y Guayaquil ha establecido su comercio directo con Cádiz...» (UNANUE, Hipólito; *Guía política, eclesiástica y militar del virreinato del Perú para el año de 1794*; pág. 146). Lima había perdido, en 1794, incluso su importancia como centro mercantil de las regiones del Pacífico.

serie de factores internos, menos aparentes, pero asimismo graves. No sólo el comercio fué en progresiva decadencia. La minería, afectada por problemas técnicos de explotación que no logró ver resueltos, y por el rendimiento cada vez menor de la mina de Huanavelica, se hallaba muy decaída. Empleados en las minas los indios, la agricultura atraviesa una alarmante escasez de mano de obra, no salvada con suficientes importaciones de esclavos negros. El problema social de los indios ofrecía negras perspectivas.

Por fortuna, durante los años en que esta crisis reviste caracteres más agudos, se efectúa en el Perú la visita general de 1777-1785, decretada con el fin de resolver dicha situación. A cargo de Areche y Escobedo, que sucesivamente la desempeñaron, corrió el establecimiento de una serie de reformas administrativas, hacendísticas y económicas y el desarrollo de una ingente labor de gobierno (12). Para la rápida y mejor administración de justicia, fué visitada la Audiencia de Lima y creada la de Cuzco; trató de mejorarse el gobierno provincial suprimiendo los abusivos repartimientos forzosos a los indios, y sobre todo con la aplicación del sistema de intendencias; la Hacienda virreinal fué reorganizada y enriquecida, más que por el aumento de impuestos, gracias a la racionalización de ellos y a un profundo saneamiento en el manejo de fondos y en el personal encargado de efectuarlo; para resolver la decadencia de las industrias extractivas, fueron creados Tribunales de Minería—con el fin de mejorar la técnica de explotación—y Bancos de Rescate, al objeto de remediar la pobreza de los mineros; de haberse podido llevar a la práctica, el plan de Escobedo para facilitar a los indios campesinos ganado, aperos de labranza, etc., hubiera logrado su finalidad de dignificar a esa clase social por el trabajo, y conseguir una importante intensificación de cultivos, necesaria para el mejoramiento general de la agricultura; el comercio obtuvo, en compensación a muchos males, ciertos alivios tributarios.

Labor tan intensa y amplia, permite salvar al Perú

(12) CESPEDES, Guillermo; *ob. cit.*; págs. 156 y ss.

la fase más crítica de su situación, pero resulta por completo insuficiente para resolverla de un modo satisfactorio y definitivo. El erario virreinal, gravado hasta 1784 por enormes gastos militares originados por la guerra contra Gran Bretaña y la sublevación de Tupac Amaru, no pudo rehacerse; en 1792 el presupuesto anual continúa siendo deficitario (13), y crecidas deudas no podían ser amortizadas. La economía general del virreinato, tampoco logra restablecer su equilibrio; Charcas, la zona más rica del Continente, fué arrebatada al Perú no sólo como territorio productor de enormes riquezas, sino hasta como mercado comercial, ahora en manos de los comerciantes bonaerenses; el atraso de la agricultura impidió la conversión de la tradicional economía minera del virreinato en economía agrícola, como empezaban a exigir las circunstancias (14).

Perú entra así en el siglo XIX, con sólo el recuerdo de su antigua opulencia; otrora centro político y económico de todas las Indias meridionales, es ya una zona de importancia secundaria, lugar excéntrico en el conjunto del Imperio. En cambio, conserva todos sus antiguos problemas políticos y económicos, por añadidura agravados. El problema de los indios, aun bajo el peso de la reciente convulsión interna que ocasionara, no ha podido ser resuelto. Idéntico estado ofrece la situación de la minería, base del conjunto económico virreinal: «la pobreza de los que ordinariamente abrazan la carrera de las minas, su falta de luces y conocimientos para dirigir las labores y sus beneficios, son otros tantos obstáculos que han impedido su adelantamiento y progreso», reconoce el virrey Abascal (15). El libre comercio descentralizando el tráfico de Lima, y la incorporación de Charcas al Plata (seguida de unas leyes aduaneras encaminadas a desvincularla económicamente del Bajo Perú), acabaron con la prosperidad de los mercados peruanos.

(13) UNANUE, ob. cit., pág. 14.

(14) CESPEDÉS, ob. cit., págs. 173 y ss.

(15) ABASCAL, *Memoria de Gobierno*, editada por V. RODRÍGUEZ CASADO y J. A. CALDERÓN QUIJANO; Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1944; vol I, pág. 181.

Si la administración pública era difícil, los encargados de realizarla no eran modelos de eficiencia. La visita general logró mejorar los funcionarios sólo en parte y de un modo pasajero; pudo más la tradicional inmoralidad e inutilidad de la burocracia limeña, tan numerosa como inoperante, y en ocasiones corrompida. Abascal se lamenta de «la morosa y descuidada ejecución de lo que se manda, a punto de ser menos embarazosas las resoluciones que el cumplimiento de ellas, pues aunque hay ministros y copia de subalternos a quien encargarlos, corren la peor suerte si por desgracia el tropel de otros negocios hace que el virrey los pierda de vista o de su memoria» (16). El Intendente de Huancavelica exponía en 1811: «De las siete horas de trabajo y precisa asistencia que con tanta eficacia manda el artículo 217 de la Real Ordenanza de Intendentes, no se cumple ni en la mitad...: de esta negligencia y abandono nace esa multitud de manos que para cada cosa tenemos» (17).

Tal situación no era más que la faceta burocrática de un estado general de relajación en toda la sociedad, que alcanzaba incluso al clero: «Los curas no observan la residencia, y están fuera de sus curatos todo el tiempo que les acomoda, ocupados en cosas muy ajenas a su estado. Los religiosos no conocen la vida en común, y cada uno vive y come donde quiere» (18). A la altura de estas circunstancias, el ejército virreinal era escaso, y se hallaba falto de cuadros de mando, desorganizado y mal disciplinado.

Con tales medios económicos, políticos y bélicos, inicia el Perú su lucha contra los insurgentes. Estos se hallaban dentro y fuera del virreinato; dentro, no faltaron sublevaciones independizantes, más esporádicas y sin verdadero arraigo en el país; la sociedad peruana conservaba una honda tradición española, estaba muy identificada con la metrópoli. Encontró

(16) ABASCAL, *Memoria*, tomo I, pág. 115 de la ed. cit.

(17) Archivo General de Indias, Lima, 1116; «Copia del informe sobre los medios propuestos para acudir a las atenciones del Erario, por el Intendente de Huancavelica don Lázaro de Ribera». Huancavelica, 14 diciembre 1811.

(18) *Ibid.*

la causa realista tan profundo eco, Abascal poseyó tan grandes cualidades de energía y habilidad, que el Perú vuelca su esfuerzo en pleno contra los sublevados del exterior, y con pobres medios materiales vence primero y resiste después durante años, rodeado de territorios enemigos y sin ayuda de la metrópoli. Sin divergencias y escisiones internas que existieron en el bando realista, el Perú se hubiera mantenido todavía mucho más tiempo.

3. El teatro y los caracteres de la lucha.

La cordillera andina presta cierta homogeneidad natural a todo el sector sudamericano del Pacífico, homogeneidad acentuada hasta el máximo en lo que se refiere al tramo que los geógrafos designan hoy como región natural de los Andes tropicales secos, que abarca aproximadamente desde Piura al Norte hasta Tarapacá al Sur. El Bajo y el Alto Perú constituían, pues, una clara unidad geográfica, fraccionada en sectores no transversales, sino longitudinales: la costa, la sierra y la montaña.

El Alto Perú se articula perfectamente al Bajo Perú (a través de la región del Desaguadero y del Lago Titicaca), y a la cuenca del Plata por las provincias de Salta y Jujuy. No es de extrañar que, desde comienzos de la guerra civil, ambos contendientes trataran de poseer tan importante región de paso: los argentinos, con ánimo de unirla a su causa y, en el momento oportuno, utilizarla como trampolín para invadir el Bajo Perú; los realistas, para servirse de ella como glacis defensivo; y ambos, con el deseo de aprovechar sus grandes riquezas. «La guerra de la Independencia—ha escrito Julio Méndez (19)—no se redujo a otro empeño que el de poseer militarmente el Alto Perú para resolver el éxito de la lucha».

(19) Cit. por D'AVIS, Julio Alberto, *El Estado boliviano y la unidad peruana*, Cochabamba, 1944; pág. 283.

Que a ambos bandos interesaba su posesión, lo demuestra el número de invasiones que sufrió a lo largo de la guerra, de una y otra parte. Sin embargo, «los hechos demostraron a través de todas las campañas... que el camino del Norte fué siempre fatal para uno u otro adversario, cada vez que intentaron llevar sus operaciones profundamente hacia el enemigo, pues entonces las ofensivas fracasaron..., porque los ejércitos se alejaban demasiado de sus bases de operaciones, y la falta de recursos, la naturaleza del suelo o la hostilidad de las poblaciones, no permitían la creación de bases intermedias. Además, mientras las líneas de comunicaciones del que llevaba la ofensiva se alargaban exageradamente, las del adversario se acortaban en la misma proporción» (20).

¿No era posible otra ruta para buscar al enemigo, un campo de operaciones más resolutivo que la meseta charqueña, agreste, inhóspita, sin recursos naturales para sostener a un ejército, excelente para resistir y mala para atacar? La había, efectivamente, y cuando por fin uno de los bandos se decide a utilizarla, el resultado es inmediato y brillante: el mar. «Una característica geográfica de los países andinos es la existencia de dos líneas de unión que se prolongan paralelamente a la arista de los Andes: una interior, por entre los valles angostos y discontinuos, y otra exterior, el mar... La primera es la línea de resistencia, que cuenta con elementos de defensa, que presta estabilidad económica a la población y que sirve de asiento a las grandes aglomeraciones urbanas y a los centros de la dirección política. La segunda línea en cambio, fácil a la circulación, articulada con la zona costera por una serie de escotaduras y accidentes geográficos, es la línea de ataque, merced a la cual en un momento dado pueden concentrarse grandes efectivos navales frente a cualquier punto de la costa, con posibilidad de invadir el territorio de Oeste a Este» (21).

(20) LOZA, Emilio, *Yatasto, Tucumán y Salta*, vol. II, secc. 2.^a de la *Historia de la Nación Argentina*; pág. 529.

(21) BADIA MALAGRIDA, Carlos, *El factor geográfico en la política sudamericana*, Madrid, 1919; pág. 241.

En efecto, los argentinos vieron rechazadas todas sus ofensivas a través del Alto Perú; el río Desaguadero se mostró eficaz escalón de resistencia, y cuando los realistas llegaban a Salta y Jujuy, Tucumán se veía expuesto a una fácil invasión. Los ejércitos peruanos, al principio más numerosos y siempre mejor organizados que los insurgentes, estuvieron en todas partes a la vez para resistir, y lanzan hasta el último momento ofensivas terribles; sólo podría tachárseles de cierta indecisión, debida a la escasez de elementos con que siempre hubieron de actuar; no explotaron sus éxitos, porque sin recibir contingentes de tropas peninsulares —que no llegan— carecían de efectivos para llevar a cabo cualquier acción resolutoria.

Sin embargo, parecía que no iban a ser vencidos, hasta que los insurgentes obtuvieron el dominio del mar. Para los realistas era fundamental la libertad de comunicaciones con España, posibles sólo en la ruta del Cabo de Hornos, desde el momento en que la revolución triunfa en Nueva Granada; en el apostadero del Callao apenas había buques de guerra, que tampoco llegan de España ni pueden ser construidos en Perú por falta de medios incluso para mantenerlos. De este modo, San Martín ganaría la partida apenas emprendiera el ataque por el mar, lograrse dominarlo y establecer un sólido bloqueo. Falto de toda ayuda y sin esperanza de recibirla, los soldados realistas resisten hasta el fin; aun así fué ardua tarea derrotarlos, pese a que las desavenencias políticas entre sus jefes atortaron en gran parte el plazo de su resistencia.

4. Bibliografía sobre el tema de las campañas.

Siendo tan copiosa la existente sobre temas de la Independencia, las campañas militares llevadas a cabo por las tropas realistas en América del Sur durante el gobierno del virrey Abascal, no han sido objeto de un estudio concreto y detenido. Por supuesto, se trata de ellas en una serie de obras más o menos amplias. Las de tipo general, que tratan en conjunto el desarrollo completo de la Emancipación, no hacen más que re-

ferencias necesariamente someras a las campañas que van a ocuparme.

Mayor utilidad ofrecen un grupo de historias nacionales de los países donde tuvieron lugar esas luchas. En las del Perú, es por cierto donde menos datos se hallan sobre la figura de Abascal y su actuación bélica; la conocida «Historia del Perú bajo los Borbones», de Lorente, resulta anticuada y muy superficial; el libro de Vicuña Mackena, sobre la Independencia del Perú, tampoco plantea ni resuelve muchos problemas; «La gesta emancipadora del Perú», por J. M. Valega, expone sin ilación las conspiraciones insurgentes desarrolladas en el Perú, refiere por encima la labor de Abascal, y juzga —muchas veces torcidamente— la actuación española en el virreinato. La «Historia del Ecuador», de González Suárez, algo anticuada, es todavía apreciable. Respecto a Chile, cabe citar el libro de Edwards, más al día que la Historia de Barros Arana, bien documentada y enjuiciada. Las historias nacionales argentinas, más recientes y útiles a nuestro objeto, son la de Monferini y la que dirige Ricardo Levene; ésta, aún no terminada de publicar, se refiere a Abascal y los realistas, sólo para completar el cuadro de su tema.

Todas las historias nacionales enjuician, como es natural, nuestro tema desde el punto de vista particular y nacional de cada país, y aunque lo traten con menos rapidez que las obras generales, dan noticia parcial y aislada de las distintas campañas.

Única referencia monográfica a ellas, es la obra de Herreros de Tejada sobre «El Teniente General D. José Manuel de Goyeneche, conde de Guaquil»; hecha con cuidado, lujosamente editada, dista, como su título indica, de agotar el estudio de las campañas, y reviste tonos de franca apología hacia el biografiado.

Todo lo expuesto hace comprensible que el presente libro se haya elaborado, de un modo directo y casi exclusivo, sobre fuentes documentales; al final indico cuáles son y su procedencia. Sólo me resta aquí manifestar mi gratitud a las ilustres personas que me han franqueado amable acceso a los archivos particulares cuyos fondos utilizo ampliamente.

CAPITULO II

LAS FIGURAS DE LA LUCHA

El virrey Abascal.

«He sabido la polvareda que ahí se ha levantado contra mí; me importa poco, porque la gloria de haber sido el único punto de apoyo que ha sostenido y sostiene a esta América del Sur, nadie me la puede oscurecer: no habrá un hombre de bien que por término ninguno sea capaz de tachar mi conducta pública ni privada...» (1). Así escribía el Virrey Abascal a propósito de la campaña promovida contra él en las Cortes de Cádiz por los diputados americanos. Y no cabe duda de que el viejo gobernante llevaba razón. A pesar de tales insidias contra su persona y su labor de gobierno, su nombre ha quedado como el de uno de los más sagaces Virreyes que el Monarca español

(1) *Archivo Abascal*. Minuta de carta del Virrey Abascal, sin dirección. Lima, 23 de septiembre de 1811.

enviara a los dominios americanos. Ya por sí solo bastaría para honrar su memoria el hecho de haber sido el único punto de sostén de la autoridad real en toda América del Sur cuando aquélla parecía a punto de derrumbarse; pero aun hay que añadir otras cualidades personales que lo definen como hábil político y gobernante experto, y que hacen de él uno de los hombres más completos entre todos los que ocuparon el mando en América del Sur (2).

Por ahora sólo he de limitarme a una exposición general que sirva para definir el criterio y la actitud del Virrey en relación con los acontecimientos del período que se estudia. Dejo para otra ocasión la labor, ya casi ultimada, de hacer un estudio completo de su persona y de su gestión al frente del Virreinato.

Don José Fernando de Abascal y Sousa, nació en Oviedo el 3 de junio de 1743. Dedicado a la carrera militar, intervino en la batalla de Argel de 1775, y en la ocupación de la Colonia del Sacramento. Destinado posteriormente a Cuba, como Teniente del Rey, se dedicó a fortificar la Habana, de donde pasó a Guadalupe, como Presidente de la Audiencia. Ascendido a Mariscal de Campo, fué nombrado Virrey del Río de la Plata, cargo que no llegó a ocupar por haber recibido antes el nombramiento de Virrey del Perú. En su marcha a este territorio fué detenido por los ingleses y conducido a Lisboa, en donde consiguió ser canjeado. Vuelto a América, desembarcó en Buenos Aires, y desde allí, a través del Continente, se dirigió a Lima (3).

A su llegada al Perú con el nombramiento de Virrey de aquellos territorios, los encontró en la situación expuesta más atrás; pero el viaje a través del Continente desde Buenos Aires a Lima, le sirvió para

(2) Son curiosos a este respecto los debates iniciados en marzo de 1811, en los que el diputado americano Morales Duárez propone el relevo de Abascal, y en los que el Virrey recibió el calificativo de «vinoso», lanzado por uno de los diputados. Al fin, la Regencia se pronunció por la continuación de Virrey en su puesto.—Vid. VILLANUEVA, J. *Mi viaje a las Cortes*. Madrid, 1860. Págs. 196 y 200.

(3) MENDIBURU, M. *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*, Lima, 1931. Tomo I. Págs. 58-59.

conocer personalmente la verdadera situación del Virreinato y apreciar los recursos de aquellas tierras, a los que tanto partido hubo de sacar más tarde.

Las dificultades para el Virrey comenzaron cuando llegaron a Lima las noticias de la abdicación de Carlos IV en Napoleón, después de los sucesos de Bayona y de la entrada de las tropas francesas en la Península. Existían en aquel momento tres pretendientes a la soberanía sobre los territorios americanos. Por una parte se hallaba el Rey José, que ocupaba entonces el trono español; frente a él las Juntas organizadas en las provincias, que sostenían como único y legítimo Rey de España a Fernando VII, y aparte de éstos, pero con bastante interés en sacar provecho de la situación, la Infanta Carlota Joaquina y la Corte del Brasil. Los tres pretendientes enviaban emisarios a Lima con el objeto de obtener la adhesión del Virrey del Perú. Los dos primeros pedían un reconocimiento total de sus derechos con el consiguiente sometimiento, y la tercera solicitaba la regencia de las colonias americanas hasta la vuelta de Fernando a España. En semejantes circunstancias, la decisión sobre tal problema era de la más extremada gravedad (4).

Sin embargo, Abascal era hombre de profundas convicciones monárquicas y de arraigado amor a su Soberano. No cabe pensar, por tanto, que en algún momento se hallase dispuesto a reconocer a José como Rey de España. Antes al contrario, recibidas las noticias de los sucesos de la Península, determinó, de acuerdo con el Cabildo, adelantar la fecha de la proclamación de Fernando VII, que ya se preparaba antes, y se había fijado para el día 1 de diciembre de 1808, sustituida entonces por el 13 de octubre, en que efectivamente se llevó a cabo (5).

Ha corrido la leyenda, fundada en un escrito de

(4) Sobre el envío de los agentes franceses al Perú. Vid. RODRIGUEZ CASADO, V.: *Estudio preliminar* cit. Págs. LXXXIX-XCIII.

(5) Cuando estaba acordada la fecha de proclamación de Fernando VII, se recibieron noticias por un embarcación que llegó al Callao, procedente de Valparaíso, enviada por el Presidente de Chile, de lo ocurrido en España. El 7 de octubre se recibió la mis-

J. A. de Lavalle, de que el Virrey tuvo un momento de duda al recibir las noticias de España (6). Según dice el historiador limeño, por la mente de Abascal pasó por un instante la idea de proclamarse Rey del Perú e independizarse de España. Sin embargo, tal afirmación no pasa de ser una leyenda sin el menor fundamento histórico (7). Ciertamente, de haber existido este proyecto, seguramente hubiera tenido éxito. Abascal se había hecho querer no sólo de los limeños, sino también de todos los peruanos. Y es lógico pensar que a su reino americano se hubiesen unido todos los territorios que se sublevaron dos años más tarde. Con ello, seguramente la independencia de América se hubiera llevado a cabo muchos años antes y sin derramamiento de sangre, puesto que no hubiera encontrado otra resistencia que la que le opusiera la Corte del Brasil, en realidad poco eficaz. Pero tal proyecto no existió, como lo demuestra la posterior conducta de Abascal, pues como se verá, el Virrey

ma noticia por la vía de Arequipa, enviada por el Virrey de Buenos Aires, juntamente con un pliego de Murat, en el que se titulaba lugarteniente general del Reino; además venía un oficio de Goyeneche, enviado de la Junta Central, dándole cuenta del objeto de su comisión, y otro del Virrey del Río de la Plata en el que le comunicaba lo ejecutado en Buenos Aires. Inmediatamente convocó una Junta en su Palacio, a la que asistieron los Ministros de la Audiencia, el Arzobispo, los Alcaldes y Regidores, en la que se adelantó la fecha para el día 13 de octubre, como se efectuó, previo acuerdo con el Cabildo. Asimismo se enviaron noticias a los Presidentes de Quito, Chile y Guatemala y a los Virreyes de Santa Fe y Buenos Aires, para uniformar las medidas. Poco después se publicaba en Lima un bando del Virrey en el que declaraba la guerra a los franceses. (A. G. I. Lima, 736; «Parte que envía Abascal a la Serenísima Junta Suprema de Gobierno de Sevilla». Lima, 8 de noviembre de 1808. Y también Lima, 192; Copia de acta del Acuerdo celebrado en Lima el 8 de octubre de 1808, bajo la presidencia del Virrey).

(6) LAVALLE, J. A., *Abascal*. Rev. de Buenos Aires, 1864. Tomo V. Pág. 346.

(7) Después de haber consultado prolijamente y con detenimiento la documentación guardada en el Archivo de Indias, y en los particulares del Virrey y del Conde de Huaqui, no ha llegado a mis manos ningún documento que refleje, siquiera remotamente, tal proyecto de Abascal; como parecería lógico, de haber existido. Es de esta misma opinión HERNANDEZ ALFONSO, *El Virreinato del Perú*. Madrid, 1945. Pág. 221.

no sólo no favoreció la Independencia, sino que la retrasó notablemente, y de haber podido llevar a cabo sus planes, la emancipación americana hubiera sufrido un golpe mortal.

La actitud de la Infanta Carlota Joaquina también causó hondas preocupaciones en Lima. Tras sus proposiciones de aceptar la regencia de aquellos territorios mientras durase la ausencia de Fernando VII, podían esconderse los proyectos de la Corte de Portugal, nunca disimulados, de engrandecer su imperio colonial americano a costa de España. Más adelante, con ocasión de estudiar la figura de Goyeneche, se podrá apreciar más extensamente, aunque sólo en sus líneas generales, la política de la Infanta respecto a las colonias españolas. Por ahora, para lo que nos interesa, basta adelantar que el Virrey, con gran habilidad política, logró deshacer sus proyectos sin llegar por eso a un rompimiento con la Corte del Brasil; antes al contrario, cuando tuvo lugar la sulevación de Buenos Aires, consiguió el apoyo de las tropas portuguesas en la Banda Oriental (8).

(8) 'Abascal pudo pasar por momentos de dificultad cuando, al mes de proclamado Fernando VII, comenzó la propaganda de la Infanta a inundar el Virreinato, haciendo correr la noticia de que el Infante D. Pedro Carlos de Borbón y Braganza iría poco después a hacerse cargo del Gobierno del Perú en nombre de Carlos IV, ayudado por el Almirante inglés Sir Sidney Smith. Pero el Virrey no vaciló un instante; antes al contrario, obligó a marcharse al buque inglés portador de tales noticias, y contestó enérgicamente a la Infanta haciéndole ver que no estaba dispuesto a aceptar otro Soberano que Fernando VII. Con esto se pueden considerar fracasadas definitivamente las tentativas de la Corte del Brasil para atraerse al Perú. (*Archivo Abascal*. Minuta de carta de Abascal a Jovellanos. Lima, 14 de marzo de 1810.—A. G. I. Lima, 738. Oficio reservado de Abascal a don Martín de Garay, y ABASCAL, *Memoria*, Tomo I, Págs. 481-484).

No es de extrañar, por tanto, que poco después la Infanta procurara la remoción de Abascal del cargo de Virrey y que escribiese a la Junta Central en los siguientes términos: «La conducta de este Virrey no parece ser bastante arreglada, y cuando no sea por otra cosa que por la negligencia con que mira las funciones de su ministerio, dejándolas todas al venal capricho de su secretario Simón de Rábago, sería muy conveniente a las justas intenciones de mi hermano Fernando, a las Vuestras y a los deseos de los habitantes de sana intención de Lima, el que fuese relevado de su empleo y tomada la más exacta residencia de todo el tiempo de su

Se ha dicho más atrás cómo la entrada de las tropas francesas en España y la desorganización que en la Península produjeron, fué la causa ocasional que hizo estallar los movimientos revolucionarios en toda América. Por supuesto que en todos los gobiernos del Continente hubo un momento de desorientación, producido por la perplejidad en que se encontraron las autoridades españolas, y este momento de duda fué el que, con gran habilidad, supieron escoger los americanos para apoderarse de los resortes del mando. En la mayor parte de los casos, su éxito fué debido, entre otras razones, a la pugna que en casi todos los territorios existía entre el Virrey y el Cabildo. Por regla general, el Cabildo era el órgano representativo de las tendencias revolucionarias frente al Virrey, que representaba el antiguo régimen. En Lima, sin embargo, las circunstancias variaban notablemente: la posición de los peruanos ante la cuestión de la Independencia, era bastante distinta de la de los restantes americanos. Pues bien, esta actitud del Cabildo fué aprovechada al máximo por Abascal. En primer lugar consiguió que se aceptase como Rey a Fernando VII y que se reconociese a la Regencia antes de que surgiera la menor discusión de sus derechos, con lo cual evitaba toda duda y se colocaba a su lado al Cabildo, que se encontró así identificado con el Virrey. Por tanto, desde el momento en que no había discrepancias entre ambos, y con todos los resortes del poder en manos de Abascal, no había lugar para que los descontentos que pudieran existir exteriorizasen sus ideas con éxito. La energía del Virrey ya se había puesto de manifiesto al enviar auxilios a Buenos Aires cuando sufrió el ataque de los ingleses, y últimamente había dado a entender que se hallaba dispuesto a mantener íntegro el territorio de su mando para Fernando VII. Y si a esto se une la casi completa inexistencia de elementos revolucionarios en el interior, encontramos perfectamen-

administración...» (Carta autógrafa de la Infanta Carlota Joaquina al Presidente y Vocales de la Junta Central. Río de Janeiro, 15 de julio de 1809. Publ. por Julián María RUBIO: *La Infanta Carlota Joaquina*. Madrid, 1920. Pág. 224).

te explicada la actitud del Perú, en el momento de plantearse el problema de la Independencia.

Poco después de salvado el primero obstáculo, representado en la proclamación de Fernando VII, surgió una seria dificultad para Abascal con las sublevaciones de Chuquisaca y La Paz. El viaje del enviado de la Junta Suprema para dar a conocer en las colonias la realidad de España fué, al parecer, bastante fructífero. A su paso por las ciudades recibía la adhesión de todas ellas a la persona de Fernando VII; pero no supo o no pudo lograr el reconocimiento de las personas que representaban al monarca, entonces prisionero en Francia. No es, pues, extraño que en el momento en que se corrieran las voces de que los gobernantes españoles no eran los legítimos representantes del Rey, por considerársele caducados sus poderes, surgiese la protesta contra ellos. Y esto tuvo lugar por primera vez en la ciudad de Chuquisaca, en donde, después de haber reconocido al Rey, se difundió la especie de que el Arzobispo y el Presidente de la Audiencia pretendían entregar el territorio del Alto Perú a la Infanta Carlota Joaquina. En consecuencia, se originó la sublevación de dicha ciudad, a la que siguió pronto la de La Paz y cuyas circunstancias se examinarán más adelante.

El propósito de los revolucionarios de La Paz y Chuquisaca era claramente separatista, e inmediatamente que tuvo noticias de tales acontecimientos se dispuso el Virrey del Perú a atajarlo antes de que se corriese a su propio Virreinato, o a las demás provincias altoperuanas, que gozaban fama de inquietas. Esta región, como se recordará, formaba parte del Virreinato del Río de la Plata, pero Abascal, dándose cuenta de la facilidad con que se podía propagar la sublevación al Perú, se puso en contacto con aquel Virrey y envió al efecto una expedición al mando de Goyeneche, que acabó pronto con el movimiento.

Este fué el primer paso dado por Abascal contra la Independencia americana, y a partir de ese momento no cesa ya de luchar contra ella hasta su relevo. No había acabado aún de someter a las ciudades, altoperuanas, cuando se insurreccionó Quito, con la formación de la primera Junta, y también hubo de acudir allá a someterla; entretanto, Buenos Aires en-

vió sus tropas al Alto Perú y entonces es cuando comenzó la verdadera lucha que había de durar quince años.

La instalación de la Regencia fué el momento aprovechado por los porteños para realizar sus proyectos revolucionarios. El 25 de mayo de 1810 llegan a Buenos Aires las noticias de dicho acontecimiento y entonces tiene lugar la creación de la Junta, que recoge en sí todo el poder de que se despojaba al Virrey. Los avisos de lo ocurrido en aquella capital llegan pronto a Lima, como asimismo los rumores de que los revolucionarios, depuesto el Virrey, y hechos dueños de la ciudad, preparaban una expedición a las provincias del Norte. La posición de Abascal ante tales hechos se manifiesta claramente. Para el Virrey del Perú, lo ocurrido en Buenos Aires es el comienzo de todos los males que se suceden desde entonces sin interrupción en América; el ejemplo dado por esta ciudad podía producir graves trastornos en el orden de cosas existente en el Continente. Pero no paraban ahí; pues triunfante la revolución en la capital, abrigaban ahora los porteños el propósito de extenderla a las provincias del Norte, con lo cual se corría el peligro de que llegase la expansión revolucionaria hasta las fronteras de su propio Virreinato. Y no sólo eso, sino que pretendían imponerla con la punta de las bayonetas; Abascal no iba a mantenerse indiferente (9).

Según se podía desprender de las recientes ocu-

(9) Para Abascal, Buenos Aires fué el centro de donde partió la idea de la independencia al resto del Continente: «...las semillas de independencia se habían esparcido en Buenos Aires por muchos aventureros de que se inundaban sus provincias a la entrada de los ingleses en el Río de la Plata: que esta halagüeña esperanza sedujo y dispuso los ánimos de muchos incautos y ambiciosos; y que la conducta en todo uniforme que se ha observado por los revoltosos de todas partes, es una fuerte persuasión para que el proyecto que nació en Buenos Aires se hiciera después extensivo a todo el Continente; pero que jamás hubiera pasado, a mi ver, de las clases de simples proyectos si aquella capital no hubiese alentado con su ejemplo de insubordinación y falta de respeto a las autoridades y si las desgracias de la Península no les hubiesen persuadido que podría verificarse todo sin la menor contradicción». (*Memoria*, Tomo II. Pág. 63).

rrencias de Chuquisaca y La Paz, no parecía difícil que a la llegada de un ejército argentino proclamando la libertad de las provincias del Alto Perú, cundiese la sublevación por todas ellas. Y como es lógico pensar, si los revolucionarios triunfaban tan fácilmente en este territorio, no se contentarían con detenerse en las fronteras del Perú, hallándose el Virreinato en tan deficiente estado defensivo. O aun en el caso de que no se atrevieran a penetrar por las armas, cabía la posibilidad de que procurasen infiltrar sus ideas con una abundante propaganda.

He aquí, pues, las razones que mueven a Abascal a cerrar el paso a los argentinos previa la incorporación al Virreinato de las provincias altoperuanas. De este modo, conseguía un objetivo múltiple, pues a la par que lograba que la lucha se desarrollase en la frontera sur de Charcas, en el punto más alejado del Perú propiamente dicho, evitaba que en el caso de una derrota se viese invadido el Virreinato por los enemigos, con lo que se hubiera hecho mucho más difícil su defensa, y el resultado final, más dudoso. Por otro lado, y esto es de una importancia fundamental para explicarlos en gran parte el curso de la lucha, lograba así arrancar a los argentinos los extraordinarios recursos del Alto Perú, decisivos para mantener la guerra.

Desde entonces la lucha contra los argentinos polarizó de tal modo la atención de Abascal, que se convirtió en el punto central de su labor de gobierno. A ella se supeditaron todas las demás actividades, y a su disposición se pusieron todos los recursos del país.

Sin embargo, Abascal era un hombre que calculaba las consecuencias de sus actos. Por eso, ahora se da cuenta de que la guerra supondría la total ruina del Perú, tanto mas cuanto que a la vez tenía que acudir en auxilio de la Metrópoli en su lucha contra los franceses, lo cual significaba que no sólo tendría que mandar ayuda económica a España, sino que no podría recibir ninguna desde la Península, con las consecuencias que de ello se derivaban. Esa es la razón por la que intentaba en todo momento hallar una solución pacífica al conflicto antes de acudir a las armas. Es la solución que busca al principio de la lucha, antes incluso de ocurrir el primer choque entre

las fuerzas contendientes, y más tarde, cuando se volvía encarnizada. Debe, por tanto, quedar bien claro que las diferentes proposiciones que Abascal pudiera hacer para llegar a un acuerdo con sus enemigos, significaban por su parte solamente un deseo sincero de acabar la guerra para prevenir el desenlace que a la larga preveía en su imaginación, y para acudir en socorro de su patria. Ahora bien, para el Virrey no cabía más que un modo de llegar a la avenencia, que era el reconocimiento de Fernando VII por parte de los sublevados. Claro está que era difícil llegar a un acuerdo en tales condiciones, pero no podía transigir. Consciente de su dignidad y de la justicia de la causa que defendía, su conciencia no le permitía ceder en este punto fundamental, no sin que se diese cuenta de que la continuación de la lucha en las condiciones en que hasta entonces se había desarrollado, conducía fatalmente a la independencia de los países americanos; pero no podía hacer más; el resto habían de hacerlo desde la Península (10).

Es curioso observar, sin embargo, como plantea la situación de modo que no cabía ya la posibilidad de arreglo pacífico, aislado el Virreinato de los demás países americanos, en casi todos los cuales había triunfado la revolución, logró Abascal no sólo evitar que ésta se propagase al Perú, sino contrarrestar con verdadera eficacia a los sublevados; y lo que es más notable, identificar a los peruanos con la causa realista, de tal forma, que «fué debido a su obra que los tradicionalistas del Alto Perú y los es-

(10) Así expresa el Virrey esta actitud suya, confirmada después por los hechos: «Las proposiciones más ventajosas a nombre del Gobierno para un acomodamiento racional y justo, los indultos y protestas de perdón; las que de una y otra especie han recibido en proclamas y oficios reiterados, sin exceptuar promesas de premios, fueron las primeras armas de que se usó al principio de los movimientos en una y otra parte de las provincias conmovidas, con sólo la calidad de reconocer al Gobierno de España, reponiendo las autoridades que de la suya propia y sin causa ni título suficiente habían removido». (*Memoria*, Tomo I. Pág. 3). En cuanto a las ideas de Abascal sobre las causas de la independencia y sus posibles remedios, vid. el *Estudio preliminar* a su *Memoria*, de RODRÍGUEZ CASADO, V. Págs. XCV-CXII.

tandartes que llevaban escritos Rey y Fe, sobrevivieron a la batalla de Ayacucho (11).

Con esto llegamos a lo más trascendental de la labor de Abascal al frente del Virreinato. Generalmente se ha ensalzado su gobierno por las campañas realizadas contra la revolución, por las construcciones y los adelantos llevados a cabo en el país; pero no se echa de ver que, aparte de todo eso, la gran eficacia de su labor, y en donde demostró más habilidad política, fué en su empeño de dar una base americana a la contrarrevolución, o, dicho de otro modo, en conseguir la formación de un partido americano criollo realista para hacer frente a los partidarios de la Independencia.

Ya he hablado más atrás de la actitud y de las ideas de los peruanos ante el conflicto planteado. Sin embargo, estas ideas podían sufrir modificaciones, para evitar lo cual, el Virrey actuó con rapidez y habilidad, y de tal forma, que, antes de que sus súbditos se percatasen de la trascendencia de sus medidas, se encontraron ligados y comprometidos con la causa realista. En primer lugar aprovechó la estancia de Goyeneche en el Virreinato. A los ojos de los americanos, ninguno como él podía representar más cabalmente los derechos de Fernando VII, ya que había venido de España precisamente a hacerlos patentes en América y a dar a conocer que la situación de España era una cosa transitoria a la que pronto se le encontraría una solución adecuada. Por otra parte, Goyeneche era americano y podía venir muy bien a las planes que se proponía Abascal. Encabezada la contrarrevolución por un americano, que además por aquel entonces ocupaba la Presidencia del Cuzco, se daba el primer paso en ese sentido. A su lado colocó otros jefes, también americanos, como Tristán, primo del general, Picoaga, Lomberra, Valdés, etc., lo que, unido al prestigio de que ciertamente gozaba Goyeneche, hizo que fuera adquiriendo popularidad la causa por él representada. Se completó su proyecto con la creación del ejército peruano, puesto que así se puede llamar, sin exageración, a la labor realizada

(11) ESTRADA, Santiago de. Op. cit. Pág. 48.

entre Abascal y los jefes americanos a sus órdenes. Todos estos oficiales, agradecidos a la persona del Virrey, contentos de tener a su frente a un americano de nacimiento, y viendo en el triunfo de la causa revolucionaria el total trastorno del orden de cosas existentes en el Perú, se dedicaron con ardor a infundir sus ideas a los soldados, todos americanos, y en gran parte cuzqueños, que tenían especial devoción a su Presidente.

El resto de la obra lo hicieron los propios argentinos. Ya tendremos ocasión de examinar su conducta en las diversas ocasiones en que ocuparon el Alto Perú, el punto más próximo al Virreinato hasta donde llegó la marea revolucionaria. No está de más, sin embargo, anticipar que su comportamiento dejó tanto que desear, que el propio José María Paz, uno de los jefes de las tropas porteñas, lo reconoce así, cuando dice: «forzoso es decir que la aristocracia del Perú nos era desafecta desde que Castelli, con poquísimo discernimiento, la ofendió, provocando los furores de la democracia. Creo hasta ahora que ésta ha sido una de las causas que han hecho del Perú el último baluarte de la dominación española y el taller de esos ejércitos que volaron a todas partes para conservarla y extenderla» (12).

Por tanto, el plan de Abascal estaba logrado. Contaba con el ejército peruano, con la aristocracia, y, en general, con las simpatías de todos los habitantes del Virreinato. Muy bien podía considerarse, como él mismo decía, «el único punto de apoyo» que sostenía a América. Si a pesar de todo no consiguió vencer totalmente a sus enemigos, la culpa no fué suya. Su obra constituyó un verdadero triunfo, tanto mayor cuanto que sobrevivió a su persona y logró hacer del Perú el centro, no sólo de la resistencia, sino de las ofensivas españolas hasta 1824 (13).

(12) PAZ, J. María. *Memorias póstumas*. Madrid, s. a. Bibl. Ayacucho. Págs. 145-146.

(13) Es característica, y nada nos muestra mejor lo relevante de su figura, la unanimidad que existe en todos los autores al enjuiciar la labor de Abascal al frente del Virreinato. Individuo tan

2. El general Goyeneche.

El aspecto más interesante de la figura de Goyeneche es, sin duda ninguna, el militar. Esta faceta de su personalidad será estudiada en los capítulos próximos, con ocasión de tratar de sus campañas al frente del ejército virreinal contra los argentinos. Asimismo, tendremos oportunidad de examinar sus ideas sobre la lucha y sobre la estrategia de cada momento en particular. Con tales limitaciones, voy, pues, a ocuparme de su persona con el objeto de examinar solamente el carácter de uno de los principales jefes realistas y su significación en el desarrollo de la lucha.

A principio de 1809 llegaba a Lima don José Manuel de Goyeneché, enviado por la Junta Central para dar a conocer en las colonias los hechos ocurridos en España y solicitar de ellas ayuda en todos los sentidos para socorrer a la Metrópoli. Antes de su llegada a Lima había atravesado todo el Continente de Sur a Norte, desde Montevideo, donde desembarcó a su llegada de la Península. En todos los lugares de su tránsito fué recibido con grandes muestras de simpatía por parte de las autoridades y vecinos. Igual recibimiento tuvo lugar a su llegada al Perú, donde el Virrey le hizo saber su decisión de mantener el Virreinato bajo la soberanía de Fernando VII y de contribuir con cuantos medios tuviese a su alcance, para lograr la expulsión de los franceses de la Península.

Sin embargo, la comisión de Goyeneche a América se ha enjuiciado muy diversamente. Conviene,

opuesto a la causa realista como William Bennet STEVENSON, reconoce «que a su prudencia se debe la conservación de la ciudad (Lima) para la Corona de España, y que además de todos los deberes incidentales que hubo de cumplir, aún pudo llevar a cabo multitud de obras benéficas que le granjearon las simpatías de los peruanos». (*Memorias*. Madrid, s. a., Bibl. Ayacucho. Pág. 52). Igualmente MENDIBURU, en su *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*, hace ver cómo se atrajo a la sociedad peruana con medidas que afectaban a las obras públicas, a la instrucción, etc., que «fueron los elementos que empleó el diestro Virrey para hacerse respetar y llenarse de admiradores y amigos». (Tomo I. Lima, 1931. Págs. 59-60). Del mismo modo podrían citarse multitud de testimonios, conformes todos en reconocer la admirable labor de Gobierno desarrollada por el Virrey durante los años de su cargo.

quizás, ante todo, decir que la figura de Goyeneche ha sido una de las más discutidas de este periodo, en parte debido al hecho de haber luchado al lado de los realistas, a pesar de su origen americano, y en parte a la conducta un poco extraña observada por él en algunos momentos durante el desempeño de la comisión que le confiaran. Su estimación, por tanto, ha variado mucho, desde los que lo consideran como un general sin los más elementales conocimientos militares, hasta los que ven en él a uno de los más brillantes personajes de la época. Es, por tanto, de gran interés valorar exactamente su personalidad (14).

Según don Carlos Pereyra, Goyeneche es un turbio negociador y un militar conciliador (15), idea derivada, en parte, de la afirmación sostenida por algunos autores, que opinan que, antes de marchar a América comisionado por la Junta Central, se había puesto en contacto con Murat, comprometiéndose con él a marchar allá para obtener la sumisión de las colonias a José I. Según esta opinión, al llegar a Sevilla, olvidando su compromiso con los franceses, se puso a disposición de la Junta, que vio en él un buen instrumento para comisionarlo con idéntico fin al que le propusiera Murat, pero en favor de Fernando VII esta vez. Según parece, Goyeneche aceptó el encargo y partió hacia América con las dos proposiciones (16).

Respecto a tal afirmación, hay que tener en cuenta, en primer lugar, que no he encontrado la menor referencia documental a la supuesta duplicidad del General en ninguno de los archivos consultados, y, por otra parte, parece un poco dudoso que la Junta confiriera una misión tan delicada a un individuo

(14) Las apreciaciones sobre la personalidad de Goyeneche oscilan desde sus enemigos, como José María Paz, Miller, Araoz de La Madrid, etc., que lo consideran como un inepto, para el mando de las armas, y un servil adulator, hasta sus admiradores exaltados, como García Camba, el mismo Torrente, y, modernamente, Herreros de Tejada.

(15) PEREYRA, Carlos, *Historia de la América Española*, Tomo VII, Madrid, 1925. Pág. 346.

(16) Sostienen esta opinión, MILLER: *Memorias del General Miller*. Madrid, s. a., Bibl. Ayacucho, Tomo I. Pág. 102; y más modernamente, GROUSSAC, en su libro *Santiago Liniers*. Anales de la Bibl. Tomo II. Buenos Aires, 1904. Pág. 109.

que, de haber estado en contacto con los franceses, ciertamente hubiera dado algo que sospechar. Y además, si esto no es suficiente, la conducta que observó desde el momento de su desembarco en América, jamás dejó traslucir ninguna connivencia, por mínima que fuese, con el gobierno intruso de España. Por otra parte, el envío de agentes franceses a diferentes puntos de América, y, concretamente, la misión de Sassenay al Río de la Plata, hacen creer que Goyeneche era ajeno a tal finalidad, mucho más cuanto que si hubiese habido duplicidad por su parte, lo hubiera hecho saber el agente francés para procurar desprestigiarle a los ojos de los americanos.

El hecho más discutido de la actividad de Goyeneche como negociador, es el de sus relaciones con la Corte del Brasil, concretamente con la Infanta Carlota Joaquina. He dicho más atrás cuál era la actitud de los portugueses en América respecto a las colonias españolas. Precisamente su deseo de apoderarse del territorio del Río de la Plata los había hecho aparecer como odiosos a los ojos de los americanos, a lo que se debió en gran parte que sus proyectos de ahora no prosperasen. La instalación de la Corte portuguesa en el Brasil fué un acontecimiento de importancia trascendental para el desarrollo de los hechos que se sucedieron en América a comienzos del siglo XIX. Ya lo hacía notar el Virrey Abascal, que lo califica como «uno de los acontecimientos más notables y acaso como el más peligroso a su existencia política» (17). Y ciertamente, desde la instalación de la Corte en Río de Janeiro se recrudeció la ofensiva política contra los dominios españoles. No cabe duda que detrás de esta actitud de los portugueses se escondían los manejos del representante inglés en la Corte del Brasil, Lord Strangford, quien «representó en toda su amplitud de intención y competencia el criterio fijado por su nación en los asuntos americanos, respondiendo al sistema de lograr a toda costa el engrandecimiento del comercio» (18). Y más tarde,

(17) ABASCAL, *Memoria*. Tomo I. Pág. 477.

(18) RUBIO, Julián M. *La Infanta Carlota Joaquina*. Madrid, 1920. Pág. 180.

cuando se planteó el problema de la independencia de las colonias, colaboró eficazmente con los sublevados, manteniendo la apariencia de una absoluta neutralidad.

Pues bien, en el momento de llevarse a cabo la abdicación de Carlos IV en Napoleón y la ocupación casi total de la Península por las tropas francesas, comenzó a manifestarse en la Corte del Brasil un deseo que poco a poco fué tomando forma; consistía sencillamente en apoderarse de las colonias españolas aprovechando la situación apurada de la metrópoli, o, al menos, ocupar aquellos territorios de la Banda Oriental que habían sido la constante preocupación de los gobernantes portugueses. La Infanta Carlota Joaquina se creyó entonces depositaria de los derechos al trono español, y comenzó a intrigar para obtener, no sólo la sumisión de los territorios americanos, sino también la Regencia de España. Para lo cual, a más de publicar su conocido manifiesto, circuló a todas las autoridades españolas de América multitud de cartas, dándoles a conocer el estado de la Península y sus derechos al trono en caso de que faltase su hermano Fernando VII, o al menos a la regencia mientras éste se encontrase en poder de Napoleón. En su propósito la secundaban su secretario Presas y el Almirante inglés Sidney Smith. Conviene, sin embargo, establecer una diferencia entre la política seguida por la Infanta y sus colaboradores, y la de su marido y del ministro Conde de Linares. Estos últimos pretendían, siguiendo la política tradicional portuguesa en América, apoderarse al menos de la Banda Oriental, para lo cual contaban con el valioso apoyo del embajador inglés; en cambio, la política de la Infanta tendía más bien a lograr su coronación en aquellos territorios. De aquí surgió la rivalidad entre los dos bandos en la Corte, que tuvo no poca causa en el fracaso de los planes de ambos.

Esta era, pues, la situación de los dominios americanos respecto a las ambiciones de la Corte del Brasil. En toda la serie de intrigas que se desencadenaron entonces, y a raíz de ellas, se ha hecho intervenir a Goyeneche, como agente de la Infanta Carlota para el logro de sus planes.

Al desembarcar Goyeneche en América como en-

viado de la Junta Central, se decía portador de pliegos de la misma, para dar a conocer la verdadera situación de España en aquel Continente y lograr la adhesión a la causa española de todas sus colonias; asimismo, se decía portador de la misión de establecer buenas relaciones y armonía entre la Corte del Brasil y España. A este fin despachó hacia Río de Janeiro una comisión que se puso en contacto con la Infanta y le hizo saber sus propósitos (19). Como consecuencia, se estableció una correspondencia periódica entre aquella y éste, con el fin de indicarle «cuanto observe en los dominios del Rey los sentimientos de amor y sumisión», según decía el propio Goyeneche (20), y a lo largo de la cual, la Infanta le insinuaba, algunas veces, como a las demás autoridades de América, su propósito de llegar, si las circunstancias lo exigían, «a ejercer las veces del Rey Católico con el consentimiento de la Nación; y por consiguiente, a renunciar y separarme de todo otro gobierno, en forma de aliada, ofreciendo así todos los socorros que este Continente puede ofrecer a la Patria Madre, y por fin un perfecto asilo en el caso (lo que Dios no permita), que los valerosos españoles no logren en Europa sus fines honrados, como lo merecen sus esfuerzos heroicos y dignos de admiración» (21). Pero no hay ningún detalle que permita afirmar que Goyeneche se convirtiera en un agente de la Infanta, como se quiso hacer ver entonces.

Es más, se sabe que desde su llegada a Lima fué muy bien acogido por el Virrey Abascal, de quien en el transcurso de los acontecimientos llegó a ser el colaborador principal; pues bien, no parece probable que el celoso gobernante del Perú escogiese como su más eficaz auxiliar a un hombre de dudosa lealtad

(19) *Arch. del Conde de Guaqui*. Caja 1. Carpeta 3. Número 65. Oficio de Goyeneche al Presidente y al Arzobispo de Charcas. Arequipa, 10 de enero de 1809.

(20) *Arch. del Conde de Guaqui*. Caja 6. Carpeta 2. Número 13. Copia de carta de Goyeneche a la Infanta Carlota Joaquina. Buenos Aires, 10 de septiembre de 1808.

(21) *Arch. del Conde de Guaqui*. Caja 6. Carpeta 2. Número 14. Copia de carta de la Infanta Carlota a Goyeneche. Río de Janeiro, 21 de octubre de 1808.

a la Corona, lealtad que por otra parte dejó bien probada el mismo Goyeneche a lo largo de su vida militar en América.

Lo que sí es posible que ocurriera es que Goyeneche, que no era ningún genio político, creyera que quizás la solución de España en los momentos difíciles por que pasaba se podía encontrar en la persona de la Infanta Carlota; y que incluso no le pareciese mal la tutela de los dominios americanos por ella mientras durase la ocupación de la Península por los franceses. Pero si tal pensó, debió convencerse bien pronto de que el ánimo de los americanos no estaba dispuesto a soportar, siquiera temporalmente, ninguna dominación extraña, y menos de los portugueses, enemigos seculares de España en América (22).

A su llegada al Perú pudo darse bien pronto cuenta de que el Virrey Abascal estaba dispuesto a mantenerse a las órdenes de la Junta Central; se colocó a su lado y se ganó su confianza. Obtuvo el nombramiento de Presidente interino del Cuzco, mientras llegaba la confirmación oficial. En este intervalo tuvieron lugar los levantamientos de Chuquisaca y La Paz, primero, y poco después la sublevación de Buenos Aires. Para sofocar ambos movimientos, el Virrey no encontró otro instrumento más apropiado que el General Goyeneche, por las razones antedichas (23).

De esta actuación de Goyeneche al frente del Ejército realista durante la guerra de la Independencia, procede el juicio común que han formado de él casi todos los autores más o menos contemporáneos

(22) La posterior correspondencia de Goyeneche desde Lima, con la Junta Suprema, el Virrey de Buenos Aires y el Intendente de Potosí, califica de «subversiva» la conducta del Gabinete del Brasil, acusando al ministro Cutinho de ser el principal promotor de las intrigas, pero salvando, por lo que se deja traslucir, a la persona de la Infanta. (*Arch. del Conde de Guaqui*. Caja 1. Carpeta 3. Números 70-71-73-74).

(23) Es muy viable la interpretación que da Rodríguez Casado al hecho de que Abascal pusiera a Goyeneche al frente de las tropas que sujetaron Chuquisaca y La Paz. Debió servir para decidir claramente la actitud del general ante las intrigas de la Corte del Brasil, luchando contra quienes precisamente lo acusaban de ser uno de sus principales agentes. Vid. RODRIGUEZ CASADO, V., *Estudio preliminar* cit. Págs. LXXXVI-LXXXVII.

con el suceso. Para los del bando patriota, fué un traidor a su patria, mientras que para los realistas fué algo así como un hombre providencial. La actuación de Goyeneche se encuentra, sin embargo, plenamente justificada. Ya dije más atrás, al hablar de los caracteres de la lucha, que la guerra de la Independencia fué, entre otras cosas, una guerra civil entre americanos, desde el momento en que hubo americanos que lucharon en el bando realista y otros en el patriota, sin que esto quiera decir que los unos fuesen traidores y los otros patriotas. Ambos hallaban plenamente justificado su modo de obrar, y en realidad era así, pues es innegable el sentimiento común de adhesión a la idea monárquica que existía en América, aun entre los mismos independizantes, en los primeros momentos. Por otra parte, no hay que olvidar la posición de los peruanos en general, frente a la cuestión de la Independencia. Goyeneche, educado en España en la idea monárquica tradicional, y situado al frente de uno de los distritos más importantes del Perú, se dedicó a secundar el plan de Abascal de dar una base americana a la contrarrevolución, pensando en las graves consecuencias que tendría el triunfo de los patriotas. Por tanto, dejando aparte su papel como militar, la verdadera significación de Goyeneche en el conjunto de los acontecimientos de esta primera etapa de la Guerra de la Independencia fué la de haberse convertido en el instrumento apropiado capaz de infundir vitalidad a la causa realista y que hizo a ésta poderosa y temible hasta 1824. De aquí precisamente el odio común de los patriotas hacia el General, pues se dieron cuenta que gracias a él se logró llevar a la práctica el plan de Abascal, que de otro modo hubiera necesitado al menos de algún tiempo para que cuajara.

Otro aspecto digno de examinarse de la figura de Goyeneche, siquiera en sus líneas generales, ya que los detalles escapan al carácter de este capítulo y serán objeto de examen en los posteriores, es el de sus relaciones con el Virrey.

Ya he dicho más atrás que a la llegada de Goyeneche a Lima fué bien recibido por Abascal, quien pensó que al fin habría de tener noticia cierta de los sucesos de España. Además, debió ser un motivo de

alegría para el Virrey la noticia que le diera Goyeneche del entusiasmo de los pueblos y ciudades de su tránsito aclamando a Fernando VII. Todas estas circunstancias, la afabilidad del comisionado y el hecho mismo de ser americano, debieron influir favorablemente para él en el ánimo del Virrey. De aquí nació una gran amistad entre ambos, que se mantuvo durante largo tiempo. Cuando estalló la guerra y Goyeneche fué colocado al frente del ejército que se estaba organizando, debió influir en la decisión de Abascal, aparte de sus ideas sobre la cuestión, la estrecha amistad que los unía. Y su colaboración no pudo serle más apreciable. En estricta justicia, hay que decir que el Virrey no hacía sino corresponderle, en parte por la propia amistad y cariño entre ambos, y en parte también, como he dicho antes, porque se daba cuenta de lo fundamental que era para la causa realista tener a Goyeneche al frente del ejército. A tal punto llegó esta preferencia por el General, que hubo ocasión en que el Virrey detuvo el cumplimiento de órdenes del Gobierno, que sabía iban a dar como resultado inmediato la retirada de Goyeneche del mando de las tropas.

Sin embargo, hubo momentos en que llegaron a perturbarse las relaciones cordiales entre ambos. El ejército del Perú se había organizado a base de peruanos casi exclusivamente; y, como es lógico, al llegar a las filas, ninguno tenía la menor noción del arte militar ni de la disciplina, que sólo por una labor perseverante se les podía inculcar. Casi todos ellos luchaban con gran empeño por la causa del Rey, pero como por las circunstancias económicas del Virreinato, muchas veces no podían estar al corriente de sus pagas, ocurría que como hubiese algún período de inacción muchos desertaban y se marchaban a sus casas. Esta desertión casi constante y las pérdidas naturales de la lucha, hacían que Goyeneche insistiera ininterrumpidamente ante el Virrey en solicitud de auxilios. Abascal atendía las peticiones del general, en la medida de sus fuerzas, pero nunca como aquél deseara, puesto que era totalmente imposible. Sin embargo, esto era interpretado de otro modo por Goyeneche, que creía ver en ello cierta negligencia por parte del Virrey, que no se daba cuenta de la trascen-

dencia que tenía el mantenimiento del Ejército. En consecuencia, se originaban momentos de tirantez de las relaciones entre ambos, en los que Goyeneche hacía patente al Virrey su deseo de abandonar el mando de las tropas para no hacerse responsable de la que sucediera si aquél continuaba enviándole tan pocos refuerzos. Como es natural, su insistencia llegó a molestar a Abascal; a esto vino a unirse la derrota sufrida por el Ejército realista en Tucumán, y posteriormente en Salta, cuya causa achacaría Goyeneche a la falta de refuerzos, mientras que Abascal la atribuía a la imprevisión del general. Como consecuencia, Goyeneche presentó de nuevo la dimisión, aceptada inmediatamente por el Virrey, que enseguida trató de sustituirlo. Semejante determinación debió sentarle mal, pues se sintió lastimado en su amor propio de fundador del Ejército, lo que dio como resultado el desencañamiento de una campaña de murmuración y resistencia, que puso en peligro toda la obra realizada hasta entonces. Pero no sólo no paró aquí la cosa, sino que vuelto a España, Goyeneche volvió a atacar violentamente al Virrey, aunque sin éxito.

Ciertamente, las disputas entre el General y el Virrey nos hacen ver a ambos, situados en condiciones distintas, preocupados de llevar a cabo su cometido, pero con una diferencia de puntos de vista, y en algunos momentos con un poco de incomprensión. Mientras el uno, desde la capital, se preocupaba sobre todas las cosas de la marcha de las operaciones y de evitar cuanto fuese posible para apresurar la victoria, a la par que tenía que acudir al Alto Perú, a Chile y a Quito, y en algunos momentos hasta al interior del mismo Perú, aparte de los numerosos problemas internos del Virreinato; el otro, desde el teatro de las operaciones del Alto Perú, se daba cuenta de la trascendencia de la lucha en este sector, verdaderamente el más decisivo de todos, pero no el único. Por tanto, no se podía acudir exclusivamente a él, pues se corría el peligro de dejar el campo libre a los sublevados en otras regiones. Esto quizás no lo comprendiera demasiado Goyeneche, casi más obsesionado con la constante amenaza de las sublevaciones del Alto Perú, que con la de los avances del Ejército argentino.

En esa discusión llega el momento en que Abascal

está a punto de prescindir del General, pero por otra parte se da cuenta de lo valiosa que era su permanencia al frente del Ejército, como elemento de unión entre él y los soldados americanos, y decide que continúe hasta encontrar otro momento oportuno, que halló después de la derrota de Salta.

Sin embargo, todos estos detalles no empañan el mérito cierto de Goyeneche, cuya labor militar y cuyas ideas sobre la marcha de la guerra tendremos ocasión de examinar más adelante.

Queda, pues, sentado, que si Goyeneche vaciló alguna vez en su misión de negociador con que marchara a América, debe interpretarse más bien como error de un hombre inexperto en política, que como producto de una mala voluntad por su parte. Que se hallaba completamente al lado de Fernando VII, lo demuestran sus campañas, y sus disputas con Abascal se pueden considerar como resultado de su amor propio herido al ser retirado del mando del Ejército que él organizara, y separado de sus hombres, que realmente lo estimaban.

3. El general Pezuela.

Don Joaquín de la Pezuela, oriundo de Santander, nació en Naval, Aragón, en 1761. Se dedicó a la carrera de las Armas, ingresando en el Cuerpo de Artillería, con el que intervino en el cerco de Gibraltar en 1782, y en las campañas del Pirineo contra la Revolución francesa en 1793 y siguientes. En 1805 fué destinado al Perú, con el grado de coronel y el cargo de sub-inspector interino de Artillería. En 1811 era ascendido a brigadier y se le confiaba en propiedad el cargo, en el que permaneció hasta su marcha como general en jefe del Ejército de operaciones del Alto Perú, en sustitución del general Goyeneche (24).

La figura de Pezuela es bastante diferente de la de

(24) MENDIBURU, M. Op. cit. Tomo VIII. Lima, 1934. Páginas 387-388.

su antecesor en el mando del Ejército. Hombre sereno, reposado, tranquilo en sus decisiones, no realizaba ningún acto sin haber meditado mucho las consecuencias que de él se pudieran deducir. Sus conocimientos militares no eran extraordinarios, pero sabía manejarlos hábilmente y tenía ideas claras sobre la situación.

Había pasado Pezuela siete años al lado de Abascal, en Lima, antes de incorporarse al Ejército del Alto Perú. Este tiempo no pasó en balde para el general. Al lado del Virrey, protegido por él, había ido ampliando sus conocimientos técnicos y políticos. Con su ayuda consiguió organizar un potente cuerpo de artillería, perfectamente equipado y con los conocimientos suficientes, labor cuya eficacia se demostró a lo largo de la lucha. Como dice Lavalle, «Pezuela era hechura y criatura suya; él (Abascal) lo había sacado de la oscuridad, y él, que lo destinaba para que fuese su sucesor, le allanaba el camino que tenía que recorrer para ascender a tan alto puesto» (25).

Cuando Abascal aceptó la dimisión de Goyeneche, no encontró a su alrededor a ningún otro jefe—si se exceptúa a Henostroza, de quien en seguida retiró la confianza—que el General de la Pezuela. Recibida la orden del Virrey, inmediatamente partió hacia el Cuartel General del Perú, en donde se hizo cargo del mando del Ejército.

La situación que recogía Pezuela no podía ser más delicada. A consecuencia de las batallas de Tucumán y Salta, parecía imposible la posesión del Alto Perú para los realistas, y, sin embargo, era de vital importancia para las armas virreinales. El propio Pezuela reconocía lo apurado del momento, mas a la par se daba cuenta de que uno de los elementos fundamentales para obtener el triunfo había de ser la reorganización y el aumento de disciplina en el Ejército. A ello se dedicó, pues, desde su llegada al Alto Perú.

Convencido de haber aumentado la efectividad de su tropa después de una etapa de reorganización, no tuvo inconveniente en lanzarse a la lucha para des-

(25) LAVALLE, J. A. de. *Abascal*. Rev. de Buenos Aires. Tomo V, 1864. Pág. 406.

pejar la situación. El resultado le fué favorable. Empezó una serie de movimientos para impedir la unión de las fuerzas argentinas y altoperuanas, y el éxito coronó su maniobra. Las dos batallas, de Vilcapugio y Ayohuma, fueron el fruto. Al final de su campaña, con la batalla de Wiluma, consiguió la recuperación total del Alto Perú, de tal forma, que el resultado de la campaña de Pezuela no pudo ser más beneficioso para las armas realistas.

Todo esto no fué sino la consecuencia natural de la puesta en práctica de los conocimientos que poseía el general sobre la situación, llevada a cabo con la tenacidad y la firmeza que eran propios de su carácter.

Las victorias condujeron a Pezuela al gobierno del Virreinato, ya que «parecía tener el secreto de la victoria contra los generales del Río de la Plata» (26). Pero no logró tampoco el resultado decisivo. La llegada de La Serna como general en jefe del Ejército empeoró la situación, pues originó escisiones entre absolutistas y liberales dentro de las mismas filas realistas. La Serna, afiliado a una logia, constituyó en el Alto Perú, con sus oficiales allegados, un partido contrario al Virrey Pezuela, mientras éste tenía que hacer frente a la invasión del territorio peruano por las tropas de San Martín.

En situación tan inestable, amenazado por San Martín por un lado, y con la enemistad de los jefes del Alto Perú, Pezuela no podía mantenerse, a pesar de que hacía cuanto estaba de su parte para sacar al Perú de la grave crisis por que pasaba. Pero la fuerza de los hechos era superior a la fuerza del Virrey, sobre todo, desde el momento en que no podía contar con el apoyo unánime de sus tropas. Hay que hacer notar, en mérito de Pezuela, que, a pesar de lo delicado de su posición, jamás transigió ante el complot de los jefes del Ejército, conservando en todo momento la fidelidad hacia el Rey, aunque ello le costara el cargo (27).

Cuando Pezuela fué depuesto por la sublevación

(26) PEREYRA, Carlos. Op. cit. Tomo VII. Madrid, 1925. Página 832.

(27) Es interesantísima a este respecto la *Memoria de Go-*

de Aznapugio; aun se intentó un último arreglo entre San Martín y La Serna, según órdenes recibidas de Madrid, pero fracasó. Desde entonces, se podía considerar liquidada la guerra, no porque el Ejército español estuviese derrotado, sino fundamentalmente por las divisiones surgidas en su seno. Hasta entonces, la reacción de las tropas realistas había conseguido triunfos que hacían volver las cosas al estado primitivo, cuando San Martín invadiera el Virreinato. Pero la defección de Olañeta fué un golpe mortal, mucho más cuanto que fué aprovechada por los independizantes. En esta situación tienen lugar las batallas de Junín y Ayacucho, que ponen punto final a la dominación española en el Perú.

El mérito de Pezuela durante su mando del Ejército fué conseguir darle una organización definitiva, que perduró hasta el fin de la guerra, e infundir en sus filas la disciplina, que tan relajada estuviera en los últimos tiempos de Goyeneche. Sus victorias fueron brillantes, tan brillantes que le condujeron al gobierno del Perú, cuando la Corte española se convenció de que no había otro remedio que emplear las armas como única solución al conflicto, y decidió sustituir los medios políticos del Marqués de la Concordia por el sistema militar de Pezuela.

Al decir que Pezuela no era un general extraordinario, hay que tener en cuenta que ninguno de los generales que lucharon en la guerra americana lo fué, tanto en el bando realista como en el patriota. Los generales más renombrados de los patriotas, seguramente se distinguieron más como políticos que como estrategas, sin que el haber ganado la guerra signifique una superioridad sobre sus contrarios. Antes bien, ya he dicho, y tendremos ocasión de comprobarlo, que en todo momento la técnica, la disciplina y, en una palabra, la superioridad militar, estuvo siempre de parte de los realistas. Si los americanos ganaron

bierno del Virrey Pezuela, en la que da a entender y aclara su posición frente al grupo de militares del Alto Perú, y que ha sido publicada por V. RODRIGUEZ CASADO y GUILLERMO LOHMANN VILLENA.

la guerra, se debió a las causas ya apuntadas, pero nunca a su superioridad sobre los contrarios.

Pezuela, sin embargo, fué uno de los generales más afortunados. Su error consistió en no sacar suficiente fruto de sus victorias, que pudieron convertirse en desastres para los enemigos. Pero su caballería, su lealtad hacia el monarca y su trabajo incesante por la causa realista, bastan para amnistiarle ante la Historia.

CAPÍTULO III

SEGUNDA PARTE

1. La Universalia de Chiquitica.

De todas las ciudades del Alto Perú era Chiquitica la más notable, por hallar en ella la capitalidad de las Euphrasias y estar en su seno a la respetuosa Academia de Chacabaz. Pero no solamente por eso era notable como la primera entre las ciudades altoperuanas, sino también, y esto es importante, por la existencia en ella de una escuela y libre Universidad, en donde salieron todos los intelectuales del Alto Perú y entre ellos los famosos profetas de la revolución americana.

La Universidad de Chiquitica era el centro intelectual de toda la América del Sur, surta de la de San Marcos de Lima. A ella iban a estudiar no sólo los estudiantes de las provincias altoperuanas, sino también los potentísimos del Río de la Plata, deseosos de adquirir cultura. Ellos precisamente la Universidad la que surgió de un modo notable en los siglos

El presente informe es el resultado de una investigación que se ha realizado en el curso de los últimos meses, con el fin de determinar el estado actual de la industria nacional, y de los recursos que se poseen para su desarrollo. Los datos que se han recogido, y que se presentan en este informe, son de gran importancia para la toma de decisiones en materia de política industrial, y para la asignación de recursos a los distintos sectores de la actividad económica.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO III

LAS PRIMERAS SUBLEVACIONES DEL ALTO PERÚ

1. La sublevación de Chuquisaca.

De todas las ciudades del Alto Perú, era Chuquisaca la más notable, por residir en ella la capitalidad de las Provincias y tener en su seno a la renombrada Audiencia de Charcas. Pero no solamente por eso era tenida como la primera entre las ciudades altoperuanas, sino también, y esto es importante, por la existencia en ella de una antigua e ilustre Universidad, de donde salieron todos los intelectuales del Alto Perú y entre ellos los futuros políticos de la revolución americana.

La Universidad de Chuquisaca era el centro intelectual de toda la América del Sur, aparte de la de San Marcos, de Lima. A ella iban a estudiar, no sólo los naturales de las provincias altoperuanas, sino también los potentados del Río de la Plata, deseosos de adquirir cultura. Y fué precisamente la Universidad la que influyó de un modo notable en los aconte-

cimientos desarrollados en el Alto Perú, y la que dió un matiz especial a la revolución en este territorio, que la hizo separarse pronto de la argentina. Allí se formaron los universitarios que hicieron la revolución con un matiz eminentemente aristocrático, mantenido en todo momento, mientras que los que intervinieron en la del Río de la Plata, se encontraron aislados, y poco a poco fueron perdiendo sus primeras conquistas.

El otro orgullo de la ciudad era la Audiencia de Charcas, una de las más prestigiosas de América del Sur, y extraordinariamente celosa de su poder y sus privilegios. Esta Audiencia habia gozado siempre en la práctica de gran autonomía, pero al establecerse las reformas de los Borbones, por las cuales pasó a depender del Virreinato de Buenos Aires, se implantó también el régimen de la administración y el gobierno provincial con los intendentes y subdelegados, autoridades todas dependientes directamente del Virrey, con lo cual el poder de la Audiencia quedó reducido a la aplicación de la justicia. Esto mortificaba el amor propio de los miembros del tribunal, que habían pensado que al pasar a depender del Virreinato de Buenos Aires seguirían gozando de facultades omnímodas.

Consecuencia de la nueva situación fueron los constantes choques de la Audiencia con el Virrey por asuntos de competencia, en los cuales, los oidores trataban siempre de salvar la dignidad de su Tribunal, que consideraban vejada. Procuraban, por tanto, mantener siempre una atmósfera de desafecto al centralismo de Buenos Aires, que se manifestaba en una ininterrumpida obstaculización al cumplimiento de las órdenes emanadas de aquel Virrey. Todo lo cual no era sino prueba de lo aferrados que se hallaban los miembros del Tribunal a sus privilegios.

La actitud intransigente de aquéllos fué causa de la conmoción que sufrió la ciudad el día 25 de mayo de 1809, con la que se abre la serie de los movimientos independizantes de América del Sur. En principio, no tuvo su origen más que en cuestiones de dignidad y en la vanidad herida de los universitarios de Chuquisaca, pero todo esto desembocó en un movimiento francamente separatista.

Hasta comienzos del siglo XIX, a pesar de las rencillas de los oidores, se había conseguido mantener la paz en la ciudad, por encima de todo. Comenzaron a alterarse las cosas cuando surgió la enemistad entre la Audiencia y su Presidente.

Era entonces Presidente de la Audiencia de Charcas don Ramón García Pizarro, hombre de avanzada edad y con poca energía para el mando. Debido quizás a esto las relaciones entre él y la Audiencia eran en extremo cordiales, tanto más cuanto que se limitaba a cumplir sus funciones sin afectar en lo más mínimo las prerrogativas de los oidores, antes al contrario, soportando en algunos casos desaires de sus subordinados.

Pero ocurrió un hecho que vino a alterar el «statu quo» existente hasta entonces, y a desencadenar la ofensiva de la Audiencia. Fué el nombramiento del doctor don Pedro Vicente Cañete para asesor de la Presidencia. Este hombre, ingenio hábil en la intriga, había ocupado antes la Asesoría de Potosí, de donde vino trasladado a Chuquisaca. Desde el momento que tomó posesión de su nuevo cargo, se dió cuenta que el Presidente era persona fácilmente manejable, y se dedicó a imbuirle ideas de su superioridad sobre los demás miembros del Tribunal. Nada podía ser menos político, dada la situación del momento, que un golpe de fuerza por parte de aquél; esto lo sabía Cañete, y por eso procuraba robustecer la autoridad del Presidente de un modo paulatino, cercenando poco a poco el poder de los oidores. Pero la maniobra no pasó desapercibida a aquéllos, y antes de que pudiera coronar su obra, ya se le habían enfrentado. Ahora bien, el odio de los oidores recayó sobre Cañete, pero no sobre el Presidente, al que consideraban juguete suyo; y ante la intransigencia de los oidores, García Pizarro se vió obligado a sustituirlo por el doctor Gascón.

Pero mientras ocurrían las intrigas entre la Audiencia y Cañete, había tenido lugar otro hecho que merece la pena consignarse como otra de las causas que contribuyeron al planteamiento de los sucesos posteriores. A la muerte del arzobispo San Alberto, le había sustituido en la silla de Chuquisaca el arzobispo don Benito María de Moxó, hombre joven, enérgico y dispuesto a reformar el clero, cuyo estado de

relajación conocía, por los medios que estuvieran a su alcance (1).

Desde el primer momento, fué recibido con alguna prevención en los medios religiosos, sabedores de las ideas que preconizaba y de su propósito de terminar sin contemplaciones con la situación que no había sido capaz de superar la extraordinaria bondad del arzobispo San Alberto. Ya antes de llegar se le representaba «duro por su carácter y poco dispuesto por el trato dulce y suave a que estaban acostumbrados los de esta ciudad» (2).

Se divulgaron pronto las noticias de que el nuevo Prelado se oponía a la desmembración de la ciudad de Cochabamba en diócesis independiente, y que reprendió al Vicario de aquella ciudad por haberse mostrado públicamente partidario de la segregación, como asimismo que venía dispuesto a desbaratar «el complot de cochabambinos, que hasta entonces había gobernado en la diócesis».

Cuando el nuevo arzobispo tomó posesión de la sede, comenzó a poner en práctica su vasto plan de reforma del clero. Tras un maduro examen del problema, puso manos a la obra. En primer lugar estableció una Junta examinadora, compuesta de doce individuos, con en el fin de juzgar el «saber e ignorancia de cada uno de los eclesiásticos en las materias esenciales de su sagrado ministerio», como también para comunicarle «todas las noticias ciertas que tuviese sobre la vida y costumbres de los individuos» (3).

Las consecuencias de esta medida pueden calcularse fácilmente. Los mismos examinados se encar-

(1) Sobre el nuevo Arzobispo de Chuquisaca pueden verse el estudio de Ruben VARGAS UGARTE, S. J., titulado *D. Benito María de Moxó y de Francolí, Arzobispo de Charcas*, Buenos Aires, 1931, en donde recoge los principales aspectos de su actuación en América y añade un prolijo estudio bibliográfico; y el más reciente, de mismo autor, *El Episcopado en los tiempos de la Revolución Sud-Americana*. Buenos Aires, 1945.

(2) Arch. del Conde de Guagui. C. 1, C. 2, N. 37. «Relación de un imparcial sobre los sucesos de Chuquisaca». 1809.

(3) RENE-MORENO, Gabriel. *Ultimos días coloniales del Alto Perú*. II parte. Santiago de Chile, 1898. Pág. 150.

garon de propagar todas las especies que podían tender a desacreditar al arzobispo. «Los que salían réprobos de los exámenes, eran unos tantos pregoneros de la temeridad e imprudencia de su Ilma., ya porque decían que examinaba sobre materias extraordinarias y no concernientes a la moral que habían estudiado, o ya porque su insuficiencia se hacía tanto más notoria, cuanto que su Ilma. había permitido fuesen testigos de ello todos los hombres y mujeres que asistían en calidad de mosqueteros» (4).

La enemistad del Arzobispo con la Audiencia no tardó en llegar. Fué debida al incidente que se suscitó entre el Prelado y el oidor don Agustín de Usoz, a consecuencia del cambio de residencia del último. El Oidor poseía licencia para tener oratorio en su casa, y al cambiar de domicilio quiso hacer valedera aquella licencia para su nueva casa sin necesidad de renovarla, como estaba obligado. El Arzobispo se opuso a que se celebrasen allí misas sin su previa autorización, y como Usoz no quería doblegarse a solicitarla, llegó a prohibir expresamente la celebración de misas en el oratorio. El incidente ya bastaba para enemistarse con todos los miembros de la Audiencia, que consideraban la medida del Arzobispo como un atentado contra sus derechos. Pero aún vino a agriar más la discusión, la licencia concedida por el Prelado a otro habitante de Chuquisaca para tener oratorio. Con esto se podían considerar rotas las hostilidades. Todavía colmaron la medida algunos incidentes que trajeron como consecuencia la enemistad de la Universidad hacia el Arzobispo. Y aún el tejido de intrigas continuó extendiéndose hasta abarcar al Presidente. Ya desde que Cañete comenzara a imbuirle las ideas de su superioridad sobre los oidores, García Pizarro quiso hacer sentir su autoridad. Fué entonces cuando comenzaron las cuestiones de competencia entre la Audiencia y el Presidente. Estas cuestiones, elevadas para su resolución al virrey Liniers, eran resueltas casi invariablemente en favor del segundo,

(4) . *Arch. C. Guaqui*. Caj. 1, Carp. 2, N. 37. «Relación de un imparcial sobre los sucesos de Chuquisaca». 1809.

de donde los togados de Chuquisaca concibieron un odio profundo hacia el virrey.

Cañete era, como dije, el que alentaba al Presidente para hacer valer su autoridad. Su remoción del cargo, conseguida por los oidores, significó bien poco en la práctica, pues continuó viviendo en Chuquisaca y aconsejaba y alentaba a García Pizarro para seguir la obra comenzada. Los oidores, molestos con su presencia, dictaron auto de extrañamiento contra él, aprovechando una corta ausencia suya de la ciudad. Pero la medida de la Audiencia fué reprobada por Liniers, y Cañete continuó en Chuquisaca; la indignación de los oidores subió de punto.

Mientras todas estas cosas iban enemistando a la Audiencia con su Presidente, ocurría un hecho que acabó de delimitar los bandos, y fué la amistad que contrajeron el Arzobispo, el Presidente y Cañete. Hasta tal punto intimaron, que siempre se les veía reunidos, circunstancia que contribuyó a hacer extensivo al Presidente el odio que profesaban los oidores al Arzobispo y a Cañete.

Los dos últimos inducían al Presidente a no ceder ante el Tribunal, antes al contrario, le hacían ver que su autoridad era superior a la de aquél. La cuestión se llevó ante el virrey de Buenos Aires, que falló a favor del Presidente, como tantas otras veces. A partir de entonces, comienza la batalla (5).

Recibidas en Chuquisaca las noticias de la Corte Española sobre la abdicación de Carlos IV, tiene lugar el reconocimiento de Fernando VII. Pero aún no habían terminado los preparativos para la exaltación del nuevo rey, cuando llegan rumores de lo ocurrido en Bayona.

El 17 de septiembre de 1808 llegaron las noticias exactas sobre lo ocurrido en aquella ciudad, y sobre la ocupación de la Península por las tropas de Napo-

(5) Sobre todos los hechos que condujeron a las enemistades que desembocaron en la sublevación de Chuquisaca, pueden verse, además de la obra ya citada de RENE-MORENO, los capítulos IX y XII del libro de HERREROS de TEJADA, *El Teniente General D. José Manuel de Goyeneche, Conde de Guaqui*. Barcelona, 1923. Págs. 135-151, y 175-183, respectivamente.

león, como asimismo de la formación en Sevilla de una Junta para defender los derechos de Fernando VII. Por último, se supo también que había llegado a Buenos Aires, enviado por esa Junta, el Brigadier don José Manuel de Goyeneche, cuya visita al Alto Perú se anunciaba próxima.

El Virrey cursó las órdenes oportunas al Presidente para el reconocimiento de Fernando VII, como en efecto se hizo, pero a pesar de ello, la Audiencia, molesta por no haber recibido directamente la notificación, hizo una serie de desaires realmente inverosímiles a las personas del Presidente y el Arzobispo. Refiriéndose a este último, dice así un contemporáneo: «Hízose una jura de estilo, y le hicieron los Oidores, con sobrado estudio, un desaire escandaloso a su Ilma., prohibiendo que ninguno tirase dinero o monedas al pueblo sin licencia del Tribunal, sólo por saber que el Arzobispo estaba dispuesto a hacerlo, y mandando igualmente que el estandarte real no pasase por la puerta del Palacio Arzobispal, donde su Ilma., con su clero y Prelados regulares, estaba dispuesta a hacer una edificante ceremonia» (6).

Pero cuando las cosas llegaron a un extremo intolerable fué a la llegada de Goyeneche. Al tenerse noticias de su arribada a Buenos Aires y de que se disponía a continuar el viaje hacia el Alto Perú, la Audiencia se resistió a recibirle como tal diputado de la Junta de Sevilla. La tirantez llegó a su último extremo con la entrada del comisionado en la ciudad; la Audiencia no lo recibió, y cuando se convocó la reunión de los Cabildos y el Tribunal para reconocer sus poderes y que diese cuenta de la situación en que había dejado la Península, se negaron a asistir. Solamente cuando recibieron una intimación de Goyeneche, que traía plenos poderes para destituir a todos los que se resistiesen a reconocer su comisión, depusieron su actitud, aunque sólo formalmente, pues en el fondo seguían obstinados en ver en él un agente del Virrey de Buenos Aires.

Poco después de la marcha de Goyeneche ocurrió

(6) Vid. nota 4.

la muerte del Regente de la Audiencia, don Antonio Boeto, achacada a los resultados de la Junta celebrada el 12 de noviembre, en la que se discutió acaloradamente sobre el reconocimiento de los poderes del comisionado y la legitimidad de la Junta de Sevilla.

En este estado de tensión iban propagándose los más diversos comentarios. Comenzó a correr la voz de que, tanto Goyeneche como el Virrey de Buenos Aires, se disponían a entregar los dominios americanos a la Infanta Carlota Joaquina. Basaban sus sospechas en los manifiestos circulados por la Infanta al Presidente y demás autoridades. Y decían que a su llegada a Chuquisaca, Goyeneche había convencido al Presidente y al Arzobispo, quienes, en su odio hacia la Audiencia, se le habían entregado totalmente. Todos estos rumores se propagaban en medio de las más grandes muestras de fidelidad a Fernando VII. Igualmente se corrió la especie de que el Presidente había formado una lista de proscripción para destituir de sus cargos a todos los oidores y a todos aquellos funcionarios que se opusieran a sus planes.

Con semejantes noticias y alarmas producían el efecto deseado de enemistar al Presidente con el pueblo de Chuquisaca. Por fin, el día 25 de mayo de 1809, reunidos los ministros de la Audiencia en Acuerdo, determinaron deponer al Presidente, bajo la acusación de pretender entregar la ciudad a la Infanta Carlota Joaquina, y negaron su obediencia al Virrey de Buenos Aires, afectado también de la misma acusación.

Noticioso el Presidente de la conjuración, dispuso el arresto de los que tomaban parte en ella; pero avisados a tiempo los conspiradores, pudieron huir, de tal forma, que sólo se cumplió la orden de prisión en uno de los individuos más alejados de la cabeza de la conspiración, el abogado don Jaime Zudáñez. Pero esto bastó para que, corrida la voz entre el pueblo de que habían sido detenidos algunos miembros de la Audiencia, se lanzase a la calle pidiendo a gritos la destitución del Presidente y la libertad de los que se suponían encarcelados.

En primer lugar se dirigieron los amotinados al Palacio Arzobispal para pedir al Prelado que intercediese en favor de los detenidos. Acompañado de los

ministros don José Vázquez Ballesteros y el conde de San Javier, se dirigió el Arzobispo a la Presidencia, en donde obtuvo la libertad del único detenido hasta entonces. No valieron, sin embargo, las razones del Prelado para convencer al pueblo de que los demás se hallaban en libertad. Como estaban escondidos y no habían aparecido aún, se los creía víctimas de las maquinaciones del Presidente, sin que se tomara en cuenta el testimonio del propio Zudáñez, que salió acompañado del Arzobispo (7).

Poco a poco fueron apareciendo los que se suponían presos, menos el Fiscal don Manuel Zudáñez. En vista de esto se dedicaron a buscarlo por aquellos sitios donde suponían que podía encontrarse. Pero como no apareciese por parte alguna, decidieron dirigirse al cuartel de las tropas de guarnición en la ciudad. Y como era de temer que resultase alguna desgracia de la presencia de tan gran multitud de gente en las proximidades de aquél, el subdelegado de Yamparaes, don Juan Antonio Alvarez de Arenales, que entonces se encontraba en la ciudad y que desde los primeros momentos del tumulto se había unido a los amotinados procurando apaciguar los ánimos, se ofreció a investigar si Zudáñez estaba detenido dentro.

En vista del resultado negativo de las pesquisas de Arenales, se dirigieron los amotinados a la Presidencia acusando de traidor al Presidente, como culpable de la muerte del Fiscal, al paso que intentaban forzar la entrada del edificio. El propio García Pizarro habló al pueblo jurándole desconocer el paradero de Zudáñez y ofreciéndose como rehén hasta que apareciese. Aún pudo detenerse un poco el tumulto gracias a la mediación de Arenales, que ofreció las diligencias precisas para dar con el paradero del Fiscal.

Ya parecía apaciguado el motín, cuando, hallándose reunida la Audiencia, se comenzó a correr la voz entre el pueblo pidiendo la destitución y entrega del Presidente, que se hallaba en el Palacio y no asistía

(7) A. G. I.—Buenos Aires, 40. Informe del Subdelegado de Yamparaes, don Juan Antonio Alvarez de Arenales, sobre los sucesos de Chuquisaca. La Plata, 30 de junio de 1809.

a la reunión que entonces se celebraba. O al menos, pedían que se le entregara la Artillería y armas que tenían los soldados de su guardia. La Audiencia accedió a la petición y comisionó para llevarla a cabo al oidor conde de San Javier y a Alvarez de Arenales. Lograron éstos su pretensión, no sin resistencia de García Pizarro, que sólo se avino a entregar las armas de sus soldados cuando se le advirtió que era el único medio que le quedaba para conservar la vida. Pero cuando se procedía a la entrega de la Artillería, el pueblo comenzó a pedir también las demás armas, a lo que se negaron los soldados, que hicieron una descarga contra la multitud.

Este incidente provocó una conmoción más fuerte aún, y a partir de aquel momento comenzaron a pedir la destitución y encarcelamiento del Presidente. Forzaron la entrada del lugar en donde habían encerrado la artillería y la emplazaron frente a la Presidencia. En tan crítica situación, la Audiencia aceptó la petición popular y determinó oficiar al Presidente rogándole resignara el mando en ella. El Presidente se negó en un principio a entregar el mando, pero instado por tres veces por los Oidores, que en caso contrario se negaban a responder de su vida, se vió obligado a aceptar.

Con tal medida, la Audiencia se hacía cargo del poder, en medio de las mayores protestas de fidelidad a Fernando VII. El presidente quedó detenido, y mientras el pueblo de Chuquisaca hacía las mayores demostraciones de cariño ante el retrato del monarca, colgaba en una horca simbólicamente el de García Pizarro.

Antes de que ocurrieran estos sucesos del 25 de Mayo, el Presidente, sospechando los acontecimientos que se aproximaban, pidió secretamente auxilio al Intendente de Potosí, don Francisco de Paula Sanz. Pero su llamada no pasó inadvertida para los que conspiraban en Chuquisaca, y cuando estalló el tumulto del día 25 se daba como cosa segura la llegada de las tropas de Potosí. De tal modo se corrieron los rumores, que el día 26 se recibió aviso de que se aproximaban dichas tropas, e inmediatamente todo el pueblo se puso sobre las armas, para impedirles la entrada. Convencidos de la falsedad de la alarma, se retiraron;

pero el día 28 volvieron a tenerse noticias de que se acercaban las tropas del Intendente de Potosí, en un total de más de doscientos hombres (8).

En vista de la veracidad de los rumores, reunida la Audiencia, destacó un emisario para obligar al Intendente a emprender la retirada. Sanz, desconocedor de los hechos ocurridos los días anteriores, acató enteramente las órdenes de la Audiencia, y no sólo se retiró, sino que convino con ella los medios de asegurar la tranquilidad de las demás provincias. La actitud del Intendente de Potosí era motivada por la aprobación que el nuevo Virrey del Río de la Plata, Hidalgo de Cisneros, había hecho de la actitud de la Audiencia, ignorante de lo ocurrido. Es más, el propio Virrey, a su llegada a Buenos Aires, mandó al Intendente de Potosí que reuniera fuerzas para mantener la tranquilidad de las provincias del Alto Perú, pero obedeciendo las órdenes de la Audiencia de Charcas, siempre que no fueran dirigidas contra el Gobierno de España.

Entretanto ocurrían estos hechos, había tenido lugar la sublevación de La Paz, con finalidad semejante a la de Chuquisaca, y llevada a cabo con pretextos análogos. Las noticias de ambas sublevaciones llegaron juntas al Perú, cuyo Virrey se puso inmediatamente en contacto con las autoridades fronterizas de su Virreinato, con el Virrey de Buenos Aires y con el Intendente de Potosí. Desde el primer momento, Abascal consideró del mismo carácter ambos movimientos y dispuso lo necesario para sofocarlos, prescindiendo de las protestas de fidelidad hacia Fernando VII, de que constantemente hacían gala ambas ciudades.

El Intendente de Potosí, Sanz, informó al Virrey del Perú de la actitud de la Audiencia, que no sólo no cesaba de reunir armamento, sino que le intimaba a que disolviese las fuerzas reunidas en Potosí, haciéndose cargo el Tribunal de la Audiencia de la pacificación de La Paz. Esto dió que pensar a Sanz, que llegó a sospechar de la manera de proceder de la Audien-

(8) Vid. nota 7.

cia, que tampoco le quiso entregar la persona del depuesto Presidente García Pizarro, bajo el pretexto de que era un traidor, cuya causa se estaba tramitando para darle el castigo merecido.

Así, la Audiencia se constituyó como único organismo gubernativo en el Alto Perú, desautorizando al Intendente Sanz y ordenando a las demás provincias que no acatasen sus órdenes. Semejante actitud puso fuera de toda duda la finalidad perseguida por los oidores de Charcas. Ante el nuevo aspecto de la situación, el Virrey Abascal no dudó del partido a seguir: las tropas del Virreinato, que había colocado bajo las órdenes de Goyeneche, entonces Presidente interino del Cuzco, habían emprendido el camino de La Paz, con el fin de ocupar dicha ciudad y sofocar la sublevación; de acuerdo con él y con el Intendente de Potosí, determinó que las tropas continuasen hasta Chuquisaca, una vez dominada la revolución de aquella ciudad.

Aún hubo un cierto tiempo en que se cruzaron abundantes comunicaciones entre Abascal y la Audiencia, en las que ésta le hacía ver el derramamiento de sangre que se originaría si seguían adelante las tropas de Goyeneche, haciendo valer en cambio la aprobación que Hidalgo de Cisneros diera de lo ejecutado el 25 de mayo. Pero por aquel entonces, el mismo Cisneros había nombrado Presidente de Charcas a don Vicente Nieto, que se encaminaba hacia allá, acompañado de tropas de Buenos Aires. Por este tiempo, La Paz fué sometida, y los sublevados de Chuquisaca vieron el peligro encima, pues Goyeneche recibió orden de continuar hasta la ciudad.

Con semejantes circunstancias adversas, los oidores de Charcas se vieron obligados a aceptar la proposición de Abascal de restituir las cosas a su primitivo estado anterior al 25 de mayo, hasta la llegada a aquella capital del Presidente Nieto. En efecto, el 24 de diciembre de 1809, entraba el nuevo Presidente, y la ciudad, y con ella todo el Alto Perú, quedaba completamente pacificado.

2. El levantamiento de La Paz.

Las consecuencias de la sublevación de Chuquisaca no tardaron en sentirse en el resto de las ciudades del Alto Perú. En Potosí, gracias a la energía del Intendente Sanz, se cortaron los primeros brotes de un movimiento que parecía tener los mismos caracteres que aquél. En cambio, en La Paz, donde encontró un ambiente propicio y los revolucionarios lograron atraerse a las clases bajas, no tardó en presentarse una situación análoga a la de aquella ciudad.

En efecto, desde que el movimiento de Chuquisaca triunfó, comenzaron a salir emisarios hacia las distintas ciudades altoperuanas, con el fin de dar a conocer lo ocurrido entre la Audiencia y el Presidente, como resultado de lo cual aquélla se había hecho cargo del mando de todas las provincias. Al mismo tiempo hacían valer la aprobación que en un principio les diera el Virrey Cisneros, antes de haberse posesionado del mando del Virreinato. Todavía se llegó a más; pues el Intendente de Potosí, que había recibido órdenes del Virrey de Buenos Aires de estar al tanto de los acontecimientos del Alto Perú, era mirado por la Audiencia de Charcas como un traidor; se instaba a los pueblos a negarle obediencia, recabando para sí toda la autoridad.

No consiguió la Audiencia su propósito, pero si obtuvo otros resultados, no menos perjudiciales para la tranquilidad de las provincias. El día 16 de julio de 1809 estallaba la sublevación de los habitantes de La Paz contra las autoridades, en circunstancias análogas a las de Chuquisaca.

Que la sublevación de La Paz era una cosa preparada de antemano lo prueba el hecho de que antes de que se llevase a efecto se rumoreaba en la ciudad que había de ocurrir un levantamiento general en ella (9). Se había corrido el rumor de que las autoridades

(9) A. G. I.—Lima, 625. Copia de interrogatorio a Mariano Paredes, arriero de Signas, procedente de La Plata. Puno, 21 de julio de 1809.

pretendían entregar los dominios americanos a los portugueses, y este fué el pretexto de que se valieron para levantar los ánimos contra ellas.

Preparado todo al efecto, a las siete de la noche del 16 de julio, asaltaron el cuartel de tropas veteranas, cogiendo desprevenida a la fuerza que en él se alojaba y apoderándose de las armas. Prendieron a su jefe, organizaron nuevas tropas y nombraron comandante general de ellas a un tal Pedro Domingo Murillo, mestizo de los más significados en la revuelta.

Suerte análoga a la del comandante de las tropas sufrió el Arzobispo, juntamente con el letrado que entonces desempeñaba la intendencia. El Cabildo tomó el mando y organizó inmediatamente una Junta, que denominó «Tuitiva», y que quería ser, a semejanza de las que entonces se formaban en España, un organismo soberano independiente del Virrey de Buenos Aires. Efectivamente, las primeras medidas tomadas por la Junta fueron actos de total soberanía: se libertaron de alcabalas los productos de las manufacturas indígenas y se desarmó a los europeos, haciéndoles jurar fidelidad al pueblo.

Una vez conquistada la capital, esparciéronse emisarios para extender la sublevación al resto de las provincias. Pero esto mismo puso en cuidado a las autoridades de los territorios confinantes con el de La Paz, pues a pesar de las protestas de los sublevados sobre su fidelidad hacia Fernando VII, su manera de actuar dejó mucho que pensar sobre la veracidad de tales afirmaciones.

El Intendente de la provincia de Puno, en el Perú, limítrofe de La Paz, fué el primero en sospechar de la lealtad de aquella ciudad, e inmediatamente que tuvo noticias de lo ocurrido dió cuenta simultáneamente al Virrey Abascal y a la Audiencia del Cuzco para recibir auxilios en el caso de que, como parecía, los sublevados se dispusiesen a propagar sus doctrinas con las armas.

La ciudad de La Paz pertenecía al Virreinato de Buenos Aires desde la segregación que sufriera el Perú de las provincias de la Audiencia de Charcas, motivada por la creación de aquel Virreinato. Por tanto, al Virrey de Buenos Aires correspondía tomar las medidas para sofocar cualquier movimiento que se pro-

dujese en ella. Pero es el caso que, por su proximidad al Virreinato del Perú, toda conmoción en estas provincias podía tener su natural expansión hacia el Bajo Perú. En el caso actual, la sublevación había corrido de Chuquisaca a La Paz, y amenazaba con extenderse a todas las provincias de alrededor. Por otra parte, el Virrey de Buenos Aires no se hallaba en estos momentos en situación de poder acudir por sus propios y únicos medios para atender a los movimientos del Alto Perú. (10)

Al tener noticias de lo ocurrido en Chuquisaca, el Virrey de Buenos Aires escribía a Abascal rogándole «estuviese a la mira» de los resultados que se pudieran derivar de tal suceso (11). Pero, como ya he dicho más atrás, cuando sus avisos caminaban hacia Lima ocurrió el levantamiento de La Paz, con lo que las noticias de ambas sublevaciones llegaron simultáneamente a la capital.

El Intendente de Puno, tomeroso de que trascendiese a su provincia la conmoción de La Paz, escribió inmediatamente a Abascal con el fin de darle cuenta de lo ocurrido y hacerle patente por otra parte la incapacidad en que se hallaba de defender la provincia en caso de ataque de los insurgentes. Toda la fuerza de que podía disponer la componían seis batallones, carentes por completo de disciplina, lo cual no era tan peligro como el hallarse en el depósito de armas «sólo el número de doscientos ochenta fusiles, la mitad de ellos sin su correspondiente uso a falta de cajas, tornillos y demás pequeñas partes de que se componen» (12). En semejante situación, el Intendente convocó una Junta, compuesta del asesor de gobierno, oficiales de graduación, alcaldes ordinarios y ministros de la

(10) Además de las razones históricas y geográficas que pudieran existir para pensar que el movimiento de La Paz se orientase hacia el Perú, lo confirmó el hecho real de la Proclama de Morillo, dirigida al pueblo peruano, y el envío de emisarios al Cuzco y a otras ciudades del Virreinato.

(11) A. G. I.—Lima, 625. Copia de Oficio reservado de Liniers a Abascal. Buenos Aires, 18 de junio de 1809.

(12) A. G. I.—Lima, 625. Copia de Oficio de don Manuel Quimper, Intendente de Puno, al Virrey Abascal. Puno, 23 de julio de 1809.

Hacienda, en la que se acordó no llevar a cabo ninguna medida que pudiese llamar la atención de los sublevados y mantenerse a la expectativa, para reforzar entretanto con dos compañías la capital de la provincia y poner en disposición de ser utilizado el armamento útil que existía en el depósito de armas de la misma (13).

Juntamente con estas resoluciones se adoptó también la medida de pasar noticia al Presidente del Cuzco, para recabar su auxilio en caso de un movimiento ofensivo por parte de los paceños. Recibido el aviso del Intendente en el Cuzco y consultada la Audiencia, el Presidente le contestó poniéndole de manifiesto la escasez de oficiales en que se encontraba y la imposibilidad de enviarle alguno para disciplinar sus tropas, y sobre todo, le hacía notar la falta de un jefe apto para el puesto de comandante en caso de que tuviesen que salir de operaciones, de cuya falta daba cuenta al Virrey para que diese una solución a cuestión de tanta trascendencia como ésta. En cambio, se hallaba dispuesto a proporcionarle toda la munición y gente que necesitase para organizar la defensa de su territorio (14).

El mismo día escribía el Presidente del Cuzco a Abascal y le daba cuenta de la situación. El parte le llegó al Virrey en la noche del 7 de agosto, e inmediatamente, al siguiente día, le comunicaba Abascal haber enviado para hacerse cargo del mando de las tropas al coronel graduado, entonces Intendente de la Provincia de Huarochiri, don Juan Ramirez. Su misión consistiría en situarse en la capital de la Provincia de Puno para contener cualquier intento de alterar el orden por parte de los sublevados. Con tal fin, se le encargaba llevase desde la ciudad de su mando el suficiente número de municiones y armas, además de doscientos hombres de tropa escogida, entre ellos cincuenta de caballería. Todo este contingente, como asimismo el que ya había ordenado el

(13) A. G. I.—Lima, 625. Copia de Acta de la Junta celebrada en Puno el 22 de julio de 1809.

(14) A. G. I.—Lima, 625. Copia de Oficio del Presidente del Cuzco al Intendente de Puno. Cuzco, 26 de julio de 1809.

Virrey que se uniera de la Provincia de Arequipa y de la misma de Puno, comenzaría a adiestrarse en plan intensivo de tal forma, que, cuando llegase Ramirez, los encontrase dispuestos para salir de la capital a situarse en el confin de la Intendencia, en su límite con La Paz (15).

Las instrucciones que Abascal daba a Ramirez eran que marchase lo más rápidamente posible hacia Puno, y una vez allí, con las tropas preparadas, disponer las cosas «a fin de operar con acierto en las ocurrencias, oficiando con los jefes y autoridades legítimas para concertar el modo de restablecer el orden y tranquilidad públicos en las Provincias de Chuquisaca y La Paz, y que no se transmitan a otras los movimientos acaecidos, celando muy particularmente en las del distrito de este Virreinato para que se conserve el sosiego de que disfrutan...» (16). A la par le comunicaba que escribía al Intendente de Potosí y al Virrey de Buenos Aires para concertar con ellos el plan a seguir.

También se dirigía Abascal en este sentido al Intendente de Arequipa y al Marqués de Avilés, su antecesor en el Virreinato, que entonces se hallaba circunstancialmente en esta ciudad. Al primero le encargaba extremase la vigilancia del territorio de su mando y que enviase doscientos hombres a reunirse en Puno con los demás que allí se concentraban esperando la llegada de Ramirez. Al Marqués de Avilés, en cambio, teniendo en cuenta su edad, que no le permitía ponerse al frente de las tropas, le encarecía escribiese a todos los oficiales que le merecieran su confianza para que ayudasen al Coronel Ramirez, como asimismo le rogaba cooperase con cuanto estuviese de su mano al logro de la tranquilidad en el Alto Perú (17).

Tan sólo quedaba ya a Abascal ponerse en contac-

(15) A. G. I.—Lima, 625. Copia de Oficio reservado del Virrey Abascal al Presidente del Cuzco. Lima, 8 de agosto de 1809.

(16) A. G. I.—Lima, 625. Copia de Oficio reservado de Abascal a Ramirez. Lima, 8 de agosto de 1809.

(17) A. G. I.—Lima, 625. Copias de Oficios reservados al Intendente de Arequipa y al Marqués de Avilés. Lima, 8 de agosto de 1809.

to con las autoridades del Río de la Plata. A este efecto le escribía al Intendente de Potosí y al Virrey, como he dicho antes. Al primero le refería las órdenes comunicadas al Presidente del Cuzco para que le facilitase las fuerzas que creyese necesarias, pero le hacía saber que si llegaba el caso de urgente necesidad, en que por la distancia que mediaba entre esa capital y el Cuzco se viese obligado a pedir refuerzos, podía dirigirse directamente al Coronel Ramirez, jefe de las tropas situadas en el límite del Virreinato, con lo cual se ahorrraba algún tiempo. Al Virrey le notificaba igualmente las medidas tomadas, cuya copia le remitía y le advertía que para todas las resoluciones que tomase respecto a la pacificación del Alto Perú y de los auxilios que necesitase, se pudiese en contacto con don José Manuel de Goyeneche, nombrado entonces Presidente interino del Cuzco, por muerte de su antecesor (18).

También Goyeneche había recibido instrucciones del Virrey respecto a su comisión en el Cuzco. Abascal le decía que, si lo juzgase necesario, pasase en persona a mandar las tropas que se estaban reuniendo en Puno a las órdenes de Ramirez, y con ellas siguiese hasta La Paz, para restablecer el orden en esta provincia y en la de Chuquisaca, «obrando con la precaución, prudencia y tino que las circunstancias exigen», «acordando con esa Real Audiencia y los Gobernadores Intendentes de Arequipa y Puno y con el de Potosí, las providencias que conciernan a los interesantes fines que motivan éstas, y procediendo de acuerdo con ellos y con el Excmo. Sr. Virrey de Buenos Aires» (19). Al mismo tiempo le recomienda que imprima la mayor velocidad en el apresto del armamento y de la tropa para que se halle preparada cuando llegue el que las haya de mandar.

Como quiera que las noticias que se recibían de La Paz eran cada vez más alarmantes y se confir-

(18) A. G. I.—Lima, 625. Copias de Oficios reservados al Intendente de Potosí y al Virrey de Buenos Aires. Lima, 8 de agosto de 1809.

(19) A. G. I.—Lima, 625. Copia de Oficio reservado del Virrey Abascal al Presidente interino del Cuzco, don José Manuel de Goyeneche.

maban los propósitos que se le atribuían a los revolucionarios, pocos días después de estas primeras medidas tomadas por el Virrey Abascal, estudiaba el mismo gobernante todo el plan de operaciones contra aquéllos. En principio consideraba como fundamental tomar las posiciones que a lo largo del Desaguadero servían de comunicación con el Virreinato de Buenos Aires, como también el estrecho de Tiquina y las entradas de Larecaja y Omasuyos, con lo cual se cerraban los accesos al Perú. De este modo se impedía la introducción de sospechosos y de papeles que tendiesen a alterar la tranquilidad del Virreinato. Sin embargo, consideraba muy interesante Abascal tomar todas las medidas con gran prudencia, a fin de evitar que las provincias creyesen que eran ocupadas porque se dudaba de su fidelidad; de tal forma, que había que darles a entender que se dirigían sólo contra los sublevados.

Los seiscientos hombres que había mandado reunir entre los contingentes del Cuzco, Puno y Arequipa, deberían marchar a Puno hasta la llegada de Ramírez, y entretanto permanecer a las órdenes del Intendente de Puno; de ellos se separarían los destacamentos para cubrir los puntos propuestos. Simultáneamente se debían preparar otros doscientos hombres en Puno, y otros tantos en Arequipa, para que constituyesen el Cuerpo de reserva, dispuesto a acudir donde fuese necesario, a cuyo fin daba las órdenes oportunas al Presidente interino del Cuzco y a los intendentes de las otras dos ciudades.

Aun proponía Abascal un intento de negociación con los sublevados de La Paz a la llegada de Goyeneche. Este, con el acuerdo de la Audiencia, debía tratar el asunto. Debería insistirse a la Junta de La Paz, haciéndole ver que, en caso de no avenirse a deponer su actitud, se emplearían las armas para disuadirlos, sin admitir el pretexto aducido por ellos de la distancia a que se hallaban de la capital del Virreinato, pues, como decía Abascal, dicha circunstancia no les debía dar alas para su insubordinación, «porque en semejantes casos, todos los que mandan tienen derecho, y aun obligación, de atender a cualquiera de los puntos en que se necesita su auxilio». En fin, de todas formas, recomendaba agotar todos los recursos

de la prudencia antes de lanzarse a la lucha con las armas. Al mismo tiempo, indicaba la conveniencia de enterarse de las disposiciones en que se encontraban los enemigos respecto a su estado de armamento, municiones, disciplina, proyectos, etc., y todo aquello que pudiese interesar para el logro de sus planes (20).

Mientras el Virrey tomaba estas medidas, en la ciudad de Arequipa, recibidas las noticias de la sublevación, se reunió Cabildo abierto, en el que se acordó escribir al Presidente de la Audiencia del Cuzco, a fin de que dispusiera lo necesario para la defensa del territorio, y, si lo juzgase conveniente, se hiciera cargo del mando de las tropas. Asimismo, se acordó también reunir mil quinientos hombres para acudir con ellos a la defensa, a los cuales se les uniría la artillería que se encontraba en la provincia. Por último, se tomó la determinación de comenzar una suscripción voluntaria para que los vecinos contribuyesen a costear el armamento del ejército que se organizaba.

Consciente, sin embargo, tanto el Intendente de la provincia de Arequipa, como el Marqués de Avilés, de la carencia absoluta de elementos en que se encontraban en el caso de una sorpresa por parte de los sublevados, acudieron al Virrey del Perú, a la par que se tomaban los anteriores acuerdos, y al comunicárselos le hacían ver la imposibilidad en que se hallaban de poder organizar las fuerzas necesarias por la falta de armas para equiparlas y de jefes para mandarlas (21).

Aunque el Virrey Abascal había ordenado la reunión de seiscientos hombres solamente, bien que dejando un Cuerpo de reserva de cuatrocientos en Puno para acudir allí donde hiciesen falta, al recibir el ofrecimiento de la ciudad de Arequipa, lo aceptó plenamente e hizo cambiar el plan fijado. En efecto, de esos mil quinientos hombres, dispuso que marchasen

(20) A. G. I.—Lima, 625. Copia de Oficio reservado del Virrey Abascal al Regente de la Audiencia del Cuzco. Lima, 15 de agosto de 1809.

(21) A. G. I.—Lima, 625. Copia de Oficio del Marqués de Avilés y de don Bartolomé María de Salamanca al Virrey Abascal. Arequipa, 4 de agosto de 1809.

mil a Puño, al mando del Intendente, quedando entretanto el mando de la provincia en manos del Marqués de Avilés. Los otros quinientos quedarían en Puno como Cuerpo de reserva. Al mismo tiempo escribía al Presidente del Cuzco notificándole que había mandado reunir tres mil hombres en Puno, cuyo número debía completarse con los que habían salido en aquella dirección desde Arequipa y con gente del distrito de su Presidencia y de la Intendencia de Puno.

Reunida esta tropa, pasaría el propio Presidente a mandarla, estableciendo su cuartel general en Chuquito o Puno, con una vanguardia de quinientos o seiscientos hombres en el Desaguadero, con dos cañones. En caso de que fallasen las negociaciones y los sublevados no llegasen a una avenencia, Abascal le ordenaba que marchase a reducirlos, no sin antes publicar un perdón general para todos aquellos que se uniesen al ejército de Goyeneche. Verificado esto, debía comenzar su marcha hacia La Paz, teniendo en cuenta que, como los sublevados no poseían gran número de tropas, procurarían recurrir a medios de astucia en lugar de presentar batalla, y para evitarlos debería precaverse llevando por delante de la vanguardia partidas de tropas ligeras que sirvieran para descubrir emboscadas del enemigo (22).

Antes de recibir el oficio del Virrey encomendándole el mando de las tropas, Goyeneche se disponía a enviar al Desaguadero un piquete de ochenta hombres al mando de don Fermín Piérola, Sargento Mayor de las Milicias de Urubamba, para que, apostados allí, impidiesen el tráfico sospechoso entre ambos Virreinos y le diesen noticias del estado de la sublevación. Con lo cual pensaba estar preparado para salir de su capital con unos setecientos hombres y ocho cañones al primer aviso de aproximación del enemigo. En Puno pensaba reunirse con las tropas que viniesen de Arequipa; sin embargo, esperaba las órdenes del Virrey, para ponerse al frente de las tropas (23). Pero esta medida no la llevó a efecto, pues

(22) A. G. I.—Lima, 625. Copia de Oficio de Abascal al Presidente del Cuzco. Lima, 18 de agosto de 1809.

(23) Arch. C. Guayaquil. C. 1. Carp. 3. N. 104. Oficio de Goyeneche al Marqués de Avilés, Cuzco, 13 de agosto de 1809.

observada la situación de La Paz, prefirió no dar pretexto a los sublevados para que pudiesen atacar al Virreinato (24).

En lugar de eso, lo que hizo Goyeneche fué ponerse en contacto con el Virrey de Buenos Aires para acordar las medidas a tomar por ambos, mucho más cuanto que, como se recordará, Abascal había dicho a éste que se entendiera con el Presidente del Cuzco para tomar sus determinaciones respecto a La Paz. En espera, pues, de su contestación, Goyeneche se limitó a reorganizar el ejército que encontró a su llegada al Cuzco. Un ejército que, según él, «sólo tenía de militar el uniforme, sin orden ni regularidad alguna ni en lo económico, ni en la disciplina». Cuando llegó, lo integraban cuatro compañías incompletas, llamadas veteranas, y cuatrocientos paisanos «sin vestuarios, que jamás habían tomado fusil, durmiendo en sus casas y hace ocho meses recibían sueldo del Rey sin más funciones que las de hacer giros». Para remediar tan lamentable estado, completó las cuatro compañías veteranas a cien hombres, con cuatro sargentos en lugar de seis, como tenían antes. De las fuerzas de paisanos acuarteladas, destinó una compañía de Artillería y dejó otras dos veteranas, con lo cual quedó reducido el número de tropas a seis compañías, con un total de ochocientos hombres y cien artilleros. A todos los adiestraba diariamente, sin excepción de los días festivos, con ejercicios de instrucción militar, a los cuales asistía el propio Goyeneche, para vigilarlos más directamente.

Los oficiales presentaban un aspecto semejante a la tropa, sin disciplina alguna y faltos de los más elementales conocimientos militares. Para corregirlos, los obligaba a trabajar activamente, haciéndolos responsables del estado de sus tropas, de lo cual dependía su permanencia en el Ejército. En cuanto a armamento, la situación era análoga; no había en el Cuzco «ni una bala ni un escobillón», según decía el Presidente, de tal forma que necesitaba una eficaz

(24) Arch. C. Guaqui. C. 1. Carp. 3. N. 106. Oficio de Goyeneche al Virrey del Perú. Cuzco, 17 de agosto de 1809.

ayuda antes de comenzar cualquier empresa de tipo militar (25).

A la par que Goyeneche llevaba a cabo sus preparativos militares, no dejaba de comunicarse con la Junta de La Paz, con el fin de llegar a una solución pacífica del conflicto, tal como le ordenara Abascal. El mismo Virrey se hallaba también en contacto con ella con idéntico fin. Aun hubo un momento en que pareció estar a punto de solucionarse el problema pacíficamente. Fué a consecuencia del nombramiento del nuevo Virrey del Río de la Plata en la persona de don Baltasar Hidalgo de Cisneros. La Junta, sin embargo, difirió su reconocimiento, dando largas a la cuestión, con lo que pasaba el tiempo sin que se llegase a una determinación seria sobre La Paz. Abascal escribía entonces a la Junta pidiéndole que reconociese al nuevo gobernante e incitándola a la unión para defender los derechos de Fernando VII, mientras Goyeneche se ofrecía de mediador para los sublevados (26).

El hecho de que se iniciaran estas negociaciones no impedía que se reunieran las tropas mandadas organizar por Abascal para marchar al Desaguadero. El propio Goyeneche debía desconfiar de la conducta de los de La Paz, pues así se lo comunicaba al Marqués de Avilés, a quien decía que facilitase tropas a Ramírez, encargado de situarse en el Desaguadero, si se las solicitaba. Con la misma finalidad, el Presidente del Cuzco ordenaba a don Fermín Plérora, a quien antes hiciera detenerse en Sicuani, camino del Desaguadero, que marchara a situarse en Puno hasta la llegada de Ramírez (27).

Sin embargo, los planes de Goyeneche no se llevaron a efecto, pues en el intervalo se recibió el oficio de Abascal, ya mencionado, en que le ordenaba pasase a tomar el mando en persona de las tropas que se estaban reuniendo, para dirigirse con ellas hacia

(25) Arch. de Guaqui. C. 1. Carp. 3. Ns. 111 y 112. Oficio de Goyeneche al Virrey del Perú. Cuzco, 26 de agosto de 1809.

(26) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Págs. 21-22.

(27) Arch. C. Guaqui. C. 1. Carp. 3 (10). N. 118. Oficio de Goyeneche al Marqués de Avilés. Cuzco, 7 de septiembre de 1809.

La Paz. Entonces pensó salir del Cuzco con ochocientos hombres, siete cañones y el suficiente número de armas para alistar más soldados en el trayecto. De allí pensaba marchar a Puno, y desde aquí lanzar un último llamamiento a los sublevados. Para su marcha sacó de la Tesorería de su capital, como Caja del Ejército, cincuenta mil pesos; nombró proveedor de la tropa al Contador de la Aduana, don Antonio Subiaga, y Auditor del Ejército a su Asesor don Pedro López de Segovia.

Con todas estas disposiciones se encontraba Goyeneche preparado para marchar mientras recibía la constante adhesión de la nobleza cuzqueña, que se ofrecía a unirse a su ejército para ir a luchar contra los revolucionarios de La Paz. El Presidente rehusó el ofrecimiento de los nobles, y aceptó solamente al Coronel don Francisco Picoaga, al Teniente Coronel Campero y al Capitán Lechuga, como jefes que podrían serle útiles para el mando de sus tropas. En la capital dejaba trescientos hombres, quedando encargado del mando accidental de la misma, hasta su regreso, el Regente de la Audiencia don Manuel Pardo. También enviaba aviso al Intendente de Arequipa para que pusiese en marcha doscientos hombres al mando de don Pío Tristán, oficial conocido por Goyeneche (28).

Inmediatamente comenzaron a salir las tropas y el material del Cuzco en dirección a Puno, de manera que, en ocho días, marcharon 800 hombres, de los cuales, 330 eran de caballería, con siete cañones y 200 cajones de armas con fusiles, pistolas y sables. En el Cuzco dejaba encargado del mando de las tropas que quedaban en la ciudad, en un total de 300 hombres, nueve cañones y 40 artilleros, al Coronel don Martín de Concha.

El día 16 de septiembre, el Teniente Coronel Piérola se posesionó del Desaguadero con 80 hombres y dos cañones que tomó, y el 19 llegó a esta ciudad el Coronel Ramírez (29). El día 4 de octubre escribía

(28) Arch. C. Guaqui. C. 1. Carp. 3 (10). N. 121. Oficio de Goyeneche al Virrey del Perú. Cuzco, 11 de septiembre de 1809.

(29) Arch. C. Guaqui. C. 1. Carp. 4. N. 2. Oficio de Goyeneche al Virrey del Perú. Pucuto, 20 de septiembre de 1809.

Goyeneche al Virrey comunicándole su entrada en Puno, en donde se alistaron nuevas tropas de los Cuerpos de la Provincia. Desde allí dirigió dos cartas al Cabildo de La Paz con dos de sus Edecanes, para darle una última ocasión de solucionar pacíficamente el conflicto (30).

Desde Puno se dirigió Goyeneche al Desaguadero con sus tropas. Allí recibió la contestación de sus escritos al Cabildo de La Paz. Se le presentaron dos diputaciones del Ayuntamiento y del Cuerpo militar, según él, «con las expresiones más sumisas y respetuosas, poniéndose bajo de mi inmediata protección y mando y pidiéndome encarecidamente mi aproximación a liberarlos de la funesta anarquía que los oprime» (31). Con semejantes peticiones, parecía haberse conseguido el fin que en un principio se propusiera el Virrey Abascal y llevara a cabo el propio Goyeneche al entablar las negociaciones con el gobierno de aquella ciudad. Por todos los medios se había procurado llegar al sometimiento pacífico de los sublevados antes de recurrir al empleo de las armas, y si ahora se habían reunido en el Desaguadero las tropas de Goyeneche, se pensaba que la sola concentración de estas fuerzas sería bastante para disolver la tormenta que se cernía sobre La Paz.

El resultado fué que los jefes de la sublevación, con Murillo a la cabeza, calcularon que, puestos en combinación, como estaban el Virrey de Buenos Aires (que enviaba hacia el Alto Perú al General Nieto, nombrado Presidente de la Audiencia de Charcas, con fuerzas a sus órdenes), y Goyeneche, que con amplios poderes del Virrey de Lima, se disponía a avanzar sobre la ciudad, sería inútil toda resistencia, y acordaron someterse a la mediación de este último. A tal efecto, enviaron diputaciones para tratar de la entrega del armamento, y estas diputaciones fueron las que acudieron al Cuartel General de Goyeneche en el Desaguadero.

El General aceptó las proposiciones ofrecidas por

(30) *Arch. C. Guaquí*. C. 1. Carp. 4. N. 3. Oficio de Goyeneche al Virrey del Perú. Puno, 4 de octubre de 1809.

(31) *Arch. C. Guaquí*. C. 1. Carp. 4. N. 5. Oficio de Goyeneche al Virrey del Perú. Desaguadero, 14 de octubre de 1809.

los comisionados y los envió a La Paz con un oficial para recoger todas las armas de las tropas de la ciudad, que habían de encerrarse hasta su entrada. Goyeneche prometía por su parte respetar la autoridad del Cabildo, que seguiría detentando el poder político después de ocupada la capital.

Pero cuando los diputados de La Paz volvieron dispuestos a dar a conocer y a cumplir lo pactado con Goyeneche, se encontraron con que las cosas habían cambiado totalmente. Durante el tiempo que estuvieron conferenciando en el Desaguadero, había tenido lugar una contrarrevolución, que tuvo como consecuencia la destitución y el arresto de Murillo, que preconizaba el pacto con Goyeneche. El cabecilla del movimiento fué un tal Indaburu, que se hizo con el mando de las tropas y con el poder de la ciudad. Esta conmoción, que tuvo como principal agente a las clases bajas, se debió a la disconformidad de parte de los sublevados a entregar la ciudad sin lucha, e iba dirigida principalmente contra los europeos, que fueron detenidos en gran cantidad. En consecuencia, Indaburu se atrajo al pueblo de La Paz, y haciendo creer que Murillo había hecho traición y se hallaba en contacto con los europeos para entregar la ciudad, lo condujo a un movimiento de reacción contra cualquier avenencia con Goyeneche, que tuvo como resultado la desaparición de Murillo y sus colaboradores, dando un matiz anárquico a la última etapa del movimiento de La Paz.

En vista del nuevo aspecto del conflicto, Goyeneche, persuadido de que habían fallado definitivamente todos los recursos pacíficos, se dedicó a emprender la marcha hacia La Paz tan pronto como se hallase preparado su ejército. El mismo Virrey del Perú le escribía en este sentido diciéndole que, si al recibir su comunicación no se habían decidido los rebeldes a deponer positivamente su actitud y a reconocer las legítimas autoridades, emprendiese la marcha con sus tropas para atacarlos enérgicamente y acabar de una vez con el foco de insurrección que significaba esta ciudad (32). A Abascal le interesaba

(32) Arch. C. Guaqui. C. 8. Carp. 2. N. 29. Oficio de Abascal a Goyeneche. Lima, 26 de octubre de 1809.

sobremanera acabar pronto con la cuestión de La Paz, porque el 10 de agosto había estallado un movimiento semejante en Quito, con la constitución de una Junta, que estudiaremos más adelante, y que le causaba una gran preocupación, pues entre la sublevación de Quito y la de La Paz corría el riesgo de quedar aislado el Virreinato del Perú, aparte de los auxilios que necesitaba enviar a los gobernantes de las provincias del Norte contra los proyectos de los quiteños. Es lógico, pues, que en esta circunstancia quisiese acabar de una vez con la revolución de La Paz, convencido, como se hallaba, de que no se lograría nada con los medios pacíficos.

Pero a la llegada del anterior oficio de Abascal, ya Goyeneche se había puesto en camino y había coronado su empresa con el éxito. Puesto en marcha con sus tropas, tuvo noticias de que se le intentaba hacer resistencia en los alrededores de la ciudad. El día 23 de octubre llegó a tres leguas del campamento de los sublevados y se preparó para atacarlos. Distanció primero una serie de guerrillas para reconocer la situación de los enemigos. Al aproximarse el Ejército al lugar donde se hallaban situados los pacheños, cundió el pánico entre éstos y se dieron a la fuga. Entonces Goyeneche se dispuso a atacarlos, para lo cual ordenó la salida de cincuenta granaderos a caballo, que los persiguieran e impidieran su reorganización, hasta la llegada de 400 jinetes mandados por don Narciso Basagoitia, a los que ayudó el propio Goyeneche con una columna. Al amanecer del día 25 llegaron al lugar donde se reorganizaban las tropas enemigas, cerca de la ciudad; allí fueron recibidos por algún fuego de artillería, pero no pudieron resistir el ataque de los granaderos a caballo de Tinta y de las guerrillas de Arica, que se lanzaron bruscamente contra las líneas enemigas y pusieron en dispersión a sus defensores. Desaparecida la resistencia, desplegó su ejército sobre los bordes de los Altos de La Paz, adonde se fueron presentando inmediatamente todos los que se hallaban escondidos en la ciudad, por temor a los excesos cometidos por el pueblo en los últimos días.

Inmediatamente organizó la entrada en la capital. Don Pío Tristán, con la mitad de la vanguardia, en-

tró por la cuesta de Lima, mientras Goyeneche lo hacía por la de Potosí y Ramírez acampaba en los Altos con las divisiones del centro y retaguardia y la artillería.

Una vez ocupada la ciudad y alejados los restos de los sublevados, Goyeneche se dedicó a organizar la vida en ella. Inmediatamente restableció en sus destinos a los empleados públicos y subdelegados depuestos por la Junta, y mandó llamar a todos los vecinos que habían huido, como a los miembros del Cabildo; en cuyas manos permaneció el poder político, según las órdenes del Virrey Cisneros. El General se reservó el mando militar hasta tanto se hubiera pacificado totalmente el territorio. Poco a poco se normalizó la vida en la ciudad y fueron llegando los perseguidos y apareciendo los que estaban ocultos.

La ocupación de La Paz fué una empresa bastante fácil para Goyeneche. No tuvo que contar ningún muerto entre sus filas, y el hecho de que sólo encontrara en el campo de batalla cuatro muertos de los insurgentes demuestra que ni siquiera debió haber acción militar. Los sublevados volaron su repuesto de pólvora al aproximarse las tropas virreinales, e inutilizaron gran cantidad de pertrechos, a pesar de lo cual, aun pudo el General recoger bastante cantidad de cajones de balas, algunos cañones y tiendas de campaña (33).

Los rebeldes se dirigieron en su huida hacia el territorio de los Yungas, intentando situarse en el punto de Lloja. Con el fin de acabar de una vez con las conmociones en este territorio, Goyeneche organizó una expedición al mando de don Domingo Tristán, Intendente de La Paz, a quien dió amplias facultades para llevar a cabo su cometido. Los que capitaneaban a los fugitivos eran los mismos que habían mandado las fuerzas que intentaron resistir a la entrada de las tropas virreinales en La Paz: Medina, cura de Sicasica, Manuel Victorino García Lanza, Sagarnaga, Orrantía, Gabino Estrada, Castro, etc., a todos los cuales dió orden Goyeneche de considerarlos como a

(33) Arch. C. Guaqui. C. 1. Carp. 4. N. 9. Oficio de Goyeneche a Abascal. La Paz, 26 de octubre de 1809.

«bandidos, ladrones del Tesoro público y cabezas de motín», ya que a su marcha de la ciudad se llevaron 40.000 pesos de los fondos de las Cajas Reales y Renta de Tabacos.

Antes de partir para su expedición, epílogo de la sublevación de La Paz, Tristán recibió amplias instrucciones de su jefe Goyeneche. Se mostraba el General duro con los cabecillas rebeldes, ofreciendo «premios y recompensas a aquellos que los presenten», empleando en cambio las armas «con justicia, siempre que se desplieguen en la persecución, aprehensión y castigo de estos malvados». Recomendaba también la mayor precaución en las operaciones, debiendo marchar la tropa «en columna, con el frente que permite el terreno y con las partidas avanzadas de guerrillas» para tener la mayor seguridad en los movimientos. Así debía marchar hasta Irupana, en donde conferenciaría con el Obispo y daría cuenta de su misión a Goyeneche, recibiendo de éste nuevas instrucciones.

La principal recomendación que hacía el general a Tristán era la mayor rapidez en las marchas y la pronta reunión de todas sus tropas, como asimismo, que procurase no hostilizar ni incomodar a los indios de aquel territorio (34). Las dificultades que ofrecía la expedición eran grandes, sobre todo por lo que respecta al terreno que tenían que atravesar las tropas a marchas forzadas.

Los rebeldes se habían fortificado principalmente en los puntos de Pacallo, Chulumani e Irupana, hacia donde se encaminaban las fuerzas de Tristán. Al segundo día de marcha comenzaron a notarse las dificultades, que lentamente fueron superadas por las tropas. En dirección a Irupana llegaron a la parroquia de Taca, en donde Tristán tomó una porción de indios asalariados para que le sirviesen de espías y para evitar las emboscadas a que tan fácilmente se prestaba el camino.

El día 7 de noviembre llegaron a la vista del pueblo

(34) Arch. C. Guacuzi. C. 1. Carp. 4. N. 15. Instrucciones de Goyeneche a don Domingo Tristán, jefe de la expedición a Yungas. La Paz, 1 de noviembre de 1809.

de Irupana, adonde, según noticias recibidas, se dirigían Lanza y Gabriel Antonio de Castro, que salían de Chulumani. Toda la noche siguieron caminando las tropas de Tristán, hasta ocupar el punto desde donde se dominaba enteramente el pueblo; que ocuparon fácilmente por haber sido evacuado por los enemigos.

Ocupado este pueblo, Tristán expidió una proclama intimidando a los rebeldes a rendirse. Pero el resultado de tal bando fué completamente negativo. Antes al contrario, sabedores Lanza y Castro de la ocupación de aquel punto, se dispusieron a recuperarlo con sus fuerzas. En efecto, el día 10 aparecieron al anochecer en los alrededores y se prepararon a atacarlo. Sus fuerzas: unos 1.500 hombres, estaban integradas casi exclusivamente por indios y negros, con ocho cañones y dos morteros, a lo que se unía el gran conocimiento que poseían de aquel territorio.

Al amanecer del siguiente día, 10 de noviembre, se dirigieron a ocupar la altura de Serropata, que dominaba el pueblo y con cuya posesión pretendían cortarle el agua y encerrar en sus recintos a las tropas de Tristán. Ante esta perspectiva, se dispuso una salida por los puntos de Machamarque y Churiaca, para tomar el alto de Corata, hacia donde se dirigía el núcleo de los enemigos. Aquí se trabó una enconada lucha por la posesión de este punto. Tristán adelantó por Churiaca veintiún hombres al mando del teniente don Domingo Silvo, y don Francisco Solís, ayudante provisional suyo, a los que siguieron cincuenta hombres de caballería al mando de don José Ruiz Caro. Lograron situarse en posición ventajosa, pero los enemigos comenzaron a disputarles la posesión del terreno, ante lo cual envió una compañía de granaderos al mando del capitán don Pedro Murga, para que los reforzase. Al llegar Murga comenzó un fuerte fuego de fusilería, que se prolongó hasta bastante entrada la mañana, pretendiendo los insurgentes ganar la altura de los de Tristán, defendidos gracias al eficaz fuego de su artillería. En vista de ello, el comandante de las fuerzas destacó a don Pedro Barrera, mayor capitán, para que reforzase la caballería y avanzasen contra los cañones enemigos. El ataque de la caballería decidió la acción, pues arrollaron los cañones contrarios seguidos de la infantería.

A las tres de la tarde terminaba la acción, que comenzara a las nueve de la mañana, con la total derrota de los insurgentes, que huyeron abandonando tres cañones, dos obuses, algunos fusiles con pertrechos y más de cien muertos en el campo de batalla (35).

Las consecuencias de la batalla de Irupana fueron de gran importancia para el éxito de la expedición de Yungas. A raíz de ella quedó completamente desorganizada la resistencia de los insurgentes, que emprendieron la fuga desordenadamente y perdieron la mayor parte de su artillería y armamento. Sus jefes se vieron obligados a huir y en el camino fueron perseguidos por las tropas de Tristán, quienes lograron aprehender vivo al cura de Sicasica, Medina, y muertos a Castro y Lanza, que hicieron resistencia cuando fueron encontrados por los indios que aquél enviara en su seguimiento (36). Por otra parte, fué de un gran efecto moral la victoria de Irupana, pues cuando los rebeldes de La Paz se retiraron ante la entrada de Goyeneche y llegaron a este punto, se apoderaron de él tras una encarnizada resistencia por parte de los habitantes de la ciudad. A consecuencia de ello, la mayor parte huyó a los bosques contiguos ante los excesos cometidos por los invasores, que destruyeron la población casi totalmente. Por eso, la entrada de Tristán y la posterior victoria, que alejaba completamente el peligro de un nuevo ataque, animó a los vecinos, que desde entonces colaboraron eficazmente al éxito de la expedición.

Fruto inmediato de la victoria de Irupana fué también el rápido sometimiento de los indios de Ocataya, Floripata, Churca, Chupe y Yanacachi, que se hallaban en combinación con los rebeldes para intervenir en el ataque a Irupana, que no pudieron llevar a cabo por haberse desarrollado el combate antes del tiempo previsto. Desaparecidos los que les instigaban a

(35) A. G. I.—Lima, 1.012. Copia de parte de don Domingo Tristán a Goyeneche. Irupana, 11 de noviembre de 1809.

(36) Arch. C. Guaquil. C. 9. Carp. 2. N. 1. Relación de don José Mariano de Castro sobre la expedición a Yungas. La Paz, 5 de enero de 1810.

la rebelión se presentaron de todos estos puntos a Tristán, ofreciéndole su obediencia. Entre ellos se encontraba una gran cantidad de negros, que fueron restituidos a sus haciendas, así como los indios, al frente de los cuales fueron colocados nuevos caciques en muchos lugares (37).

Poco tiempo después se rendían las fuerzas que ocupaban los puntos de Pacallo y Coroico, que, juntamente con Irupana, formaban las llaves del territorio de los Yungas. Tristán marchó también a Chulumani, en donde tuvo lugar otro encuentro con los últimos restos de los insurgentes, que fueron también derrotados, con lo cual acabó definitivamente la resistencia en este país.

Con el sometimiento del país de los Yungas acababan los últimos vestigios de la sublevación de la ciudad de La Paz. Y con ella terminaba también el intento de independencia de Chuquisaca. Se podía decir que el Alto Perú se hallaba completamente pacificado, de tal forma que, transcurrido menos de un mes desde el sometimiento de Yungas, Goyeneche continuaba despidiendo tropas por no juzgar necesario el sostenimiento de fuerzas para someter a Chuquisaca, hacia donde se dirigía Nieto con tropas de Buenos Aires. Pensaba mantener únicamente 1.300 hombres para «la ejecución de algunas justicias» y la persecución de los últimos restos de los cabecillas fugitivos. Sin embargo, Goyeneche permaneció algún tiempo en aquel territorio para arbitrar los medios de mantener la seguridad del Alto Perú, juntamente con el nuevo Presidente de Charcas, Nieto.

Se ha interpretado la sublevación de Chuquisaca como una simple «asonada promovida por el partido adverso al Presidente» (38). Sin embargo, a mi juicio, esto pudo ser en un principio, pero creo que hay que ver algo más detrás de ella. Las sublevaciones de Chuquisaca y La Paz, fueron indudablemente producto de una misma causa, aunque se manifestaron con matices

(37) A. G. I.—Lima, 1.012. Copia de oficio de Goyeneche al Virrey del Perú. La Paz, 7 de diciembre de 1809.

(38) VARGAS UGARTE, Rubén. *D. Benito María de Moxó y de Francolí, Arzobispo de Charcas*. Buenos Aires, 1931. Pág. 30.

distintos. En ambas se utilizó el mismo pretexto, que después ha de servir a todos los independizantes del Continente, y se siguió el mismo procedimiento. La finalidad en ambas era claramente manifiesta. Tanto los sublevados de Chuquisaca como los de La Paz se proponían conseguir la independencia y constituir una unidad con el Alto Perú, completamente separada, tanto del Virreinato de Lima como del de Buenos Aires.

De las dos ciudades, donde tenían más acogida todas las innovaciones revolucionarias, ya se ha visto, era Chuquisaca. Las circunstancias que rodeaban a esta ciudad se han examinado también. Pero lo que no ocurrió en una tuvo lugar en la otra. Mientras la sublevación de Chuquisaca fué un movimiento llevado a cabo por los intelectuales de la ciudad, por la Audiencia y los abogados, debido en gran parte a la enemistad entre aquélla y las autoridades, en La Paz tuvo un carácter bastante diferente. Aquí, comenzando por su principal promotor, el mestizo Murillo, se dió gran cabida al elemento indígena, e incluso a los negros. Fué la revolución de La Paz, como dice Cúneo Vidal, «por lo que concierne a las clases inferiores de la sociedad que en ella intervinieron, un movimiento de raza, el cual tuvo por resultado colocar en forma amenazadora al andino frente al español» (39). Los cabecejas de La Paz se atraieron a los indios y excitaron su odio contra los europeos, con un resultado que se ha de manifestar a la larga, cuando comience la guerra de la Independencia.

Sin embargo, justo es decir que sin el movimiento de Chuquisaca, seguramente no habría tenido lugar el de La Paz, pues esta ciudad se levantó por el ejemplo y la incitación de la primera. Las causas que pueden aducirse como móviles de estos movimientos son, en líneas generales, las mismas que después se pueden señalar en los diferentes lugares del Continente. Pero hay que tener presente una de no pequeña importancia, ya señalada al estudiar la sublevación de Chuquisaca: el carácter peculiar de la Audiencia de Char-

(39). CUNEO VIDAL. *Historia de las Insurrecciones de Tacna por la Independencia del Perú*. Lima, 1921. Pág. 32.

cas, que no se resignaba a sufrir la autoridad efectiva de Buenos Aires. Sus oidores y los doctores de La Plata estaban demasiado pagados de sí mismos y del prestigio de sus organismos para soportar la intromisión del virrey del Río de la Plata en sus asuntos propios. Por eso, apenas encuentran una posibilidad de escapar de sus manos, la aprovechan inmediatamente, aunque para ello tengan que dejar en entredicho la autoridad y la dignidad de aquél al acusarlo de traición a la Corona.

Pero la actitud de los sublevados era insostenible, y se dan cuenta bien pronto ellos mismos. Por eso se apresuran a reconocer a Fernando VII, como salvaguardia de su sistema. No poco vino también a favorecerlos la defección de Elío en Montevideo y sus pugnas con Buenos Aires, pues aquél reconoció a la Audiencia de Charcas como gobernadora del Alto Perú, con lo cual le dió un arma para detener todas las objeciones que contra su autoridad pudieran hacerse, tanto más, cuanto que el propio Elío tildaba de afrancesado al Virrey de Buenos Aires.

Al cambiar de Virrey, el nuevo jefe del Río de la Plata recibió en Montevideo las primeras noticias de lo ocurrido en Charcas, y no es de extrañar que con esta referencia apróbase lo allí ejecutado, reforzando, sin darse cuenta, la posición de los sublevados. Pero una vez que llegó a Buenos Aires y tuvo noticia clara de lo ocurrido, se retractó de lo aprobado anteriormente y se puso en contacto con Abascal, como hemos visto, para acabar con la revolución.

Queda, sin embargo, una cuestión por aclarar en el estudio de este conflicto, y es la intervención del Virrey del Perú, cuando se trataba, al parecer, de un asunto propio del Virreinato del Río de la Plata. Ya he apuntado algo, más atrás, en este sentido. Pero conviene insistir en él para fijar claramente la actitud del Virrey de Lima. En primer lugar hay que tener en cuenta que la provincia de La Paz era limitrofe de la peruana de Puno, lo que justificaría por sí sólo las medidas de seguridad que tomase aquél. Por otra parte, al observar la extensión que tomaba el movimiento del Alto Perú y el peculiar matiz que cobraba en la provincia de La Paz, Abascal debió recordar la no lejana sublevación de los indios de 1780, que tan-

tos perjuicios causó al Perú, y querría a toda costa evitar una reptición de tan tristes sucesos. Como a ésto se unía lo ya indicado de la distancia a que se hallaban dichas ciudades de Buenos Aires y la poca facilidad en que se encontraba aquel Virreinato para el envío de tropas, puestos en contacto ambos Virreyes, el de Buenos Aires confió a las fuerzas preparadas en el Perú la misión de someter las ciudades altoperuanas mientras llegaban las que hacia allí se encaminaban al mando del nuevo Presidente de Charcas. Conviene recordar, además, que Abascal en todo momento ordenaba a Goyeneche que obrase de acuerdo con las órdenes que recibiera de Buenos Aires, adonde debía comunicar todos sus movimientos.

Sin embargo, a pesar del éxito de las tropas virreinales ante la primera sublevación del Alto Perú, no se puede decir que la cuestión quedara liquidada definitivamente. Los odios subsistieron y cuando tuvo lugar el levantamiento de Buenos Aires contra las autoridades virreinales, los altoperuanos se encontraron dispuestos a secundar sus propósitos, como lo prueba el hecho que observaremos de que en el momento en que tuvieron la seguridad de alzarse impunemente, llevaron a cabo la sublevación, todo lo cual viene a demostrar que el terreno se hallaba preparado. Además, el matiz especial de estas primeras sublevaciones nos servirá para explicarnos más tarde el carácter particular que tomó la revolución del Alto Perú y su posterior separación de la revolución argentina.

los campesinos como el Perú, y que en la práctica se evite una repetición de los errores cometidos en el pasado. En este sentido, la revolución debe ser una revolución social, una revolución que transforme la estructura social y económica del país, una revolución que elimine la explotación y la opresión de las masas populares, una revolución que establezca la justicia social y la igualdad de derechos para todos los ciudadanos. La revolución debe ser una revolución que transforme la estructura política del país, una revolución que elimine la corrupción y el fraude, una revolución que establezca la democracia y la participación ciudadana. La revolución debe ser una revolución que transforme la estructura cultural del país, una revolución que elimine la superstición y la ignorancia, una revolución que establezca la educación y la cultura popular. La revolución debe ser una revolución que transforme la estructura económica del país, una revolución que elimine la explotación y la opresión de las masas populares, una revolución que establezca la justicia social y la igualdad de derechos para todos los ciudadanos. La revolución debe ser una revolución que transforme la estructura política del país, una revolución que elimine la corrupción y el fraude, una revolución que establezca la democracia y la participación ciudadana. La revolución debe ser una revolución que transforme la estructura cultural del país, una revolución que elimine la superstición y la ignorancia, una revolución que establezca la educación y la cultura popular. La revolución debe ser una revolución que transforme la estructura económica del país, una revolución que elimine la explotación y la opresión de las masas populares, una revolución que establezca la justicia social y la igualdad de derechos para todos los ciudadanos.

CAPITULO IV

LAS REVOLUCIONES DE QUITO

Antes de que se hubiera extinguido el eco de las sublevaciones en Chuquisaca y La Paz se le planteó a Abascal el primer problema grave de su gobierno, representado por la revolución de Quito.

Durante el siglo XVIII ya habían tenido lugar levantamientos en la ciudad contra los españoles, pero sus consecuencias habían sido prácticamente insignificantes; sin embargo, de el ánimo de los quiteños no desaparecía el recuerdo, que los predisponía a nuevas aventuras.

La ciudad de Quito era, en lo que cabe, un centro de cultura de la América Meridional. La nobleza quiteña amaba la ilustración y la ciudad era frecuentemente visitada por viajeros extranjeros como Humboldt, y los componentes de la misión francesa para medir el arco del meridiano. Estos contactos con las ideas extranjeras, las de Miranda respecto a la independencia de América, que trascendieron hasta la ciudad, y la querella planteada entre los criollos y los peninsulares desde muy antiguo, por el pago de las alcabalas, dieron como resultado su manifestación explícita en la primera ocasión que se les presentó a

principios del siglo XIX, cuando los planes parecían suficientemente maduros.

El punto de partida tomado para llevar a cabo sus fines revolucionarios es el mismo que vemos se utilizó en el resto del Continente: la defensa de los derechos de Fernando VII durante su cautividad. A consecuencia de ello se planea la constitución de una Junta a imitación de las provincias de España, aun cuando en la práctica se tituló «Soberana».

En efecto, cuando ocurrió la invasión de la Península, gobernaba como Presidente de Quito don Manuel de Urriez, Conde de Ruiz de Castilla, hombre de mucha edad y poco ánimo, cuyas medidas sólo sirvieron en los primeros momentos para favorecer los planes revolucionarios, y después, para aumentar el confucionismo inherente a la extraña situación planteada. Su escasa habilidad y poca firmeza fueron insuficientes para atajar el mal en sus principios, por lo que hubo de transigir, y, una vez en marcha la revolución, dejó de saberse, como ocurre siempre, dónde iba a parar.

Cuando se tuvieron noticias de lo ocurrido en España, inmediatamente surgió la idea de la creación de una Junta para salvaguardar los derechos del Monarca español y para librarse de la opresión que significaba un rey extranjero. Pero los revolucionarios quiteños tenían planes más ambiciosos, pues su finalidad era constituir una Junta Soberana, a la cual se someterían las demás Juntas Provinciales de América del Sur. El ambiente les era propicio y no habían de encontrar fuerte resistencia. Así es que se decidieron a llevarlo a la práctica.

En vista de ello, un pequeño núcleo de revolucionarios se preparó para efectuar el golpe. Este grupo estaba capitaneado por el doctor Quiroga y por don Manuel Morales, abogado de gran prestigio el primero, y ex secretario del Gobierno de Quito el segundo. A ambos secundaron el Capitán Salinas, jefe de las tropas, y el doctor Riofrío, eclesiástico que ya anteriormente había sido detenido por sospechoso de conspirar contra el Gobierno.

Preparados en todos sus detalles y contando con la cooperación de las fuerzas de la capital, en la noche del 9 de agosto de 1801 constituyeron la Junta,

para cuya presidencia eligieron al Marqués de Selva Alegre, personaje de notable influencia en la ciudad, de gran cultura y en contacto con todos los innovadores. Aun cuando por aquel entonces se hallaba retirado en una hacienda suya cercana a la ciudad, en donde recibió la noticia de la sublevación y la de su nombramiento como Presidente de la Junta, aceptó inmediatamente sin vacilar (1).

La revolución se llevó a cabo sin dificultad y sin derramamiento de sangre. En la noche del 9 de agosto se dió a conocer a una asamblea de vecinos la cautividad del Rey, mostrándoles los peligros a que se hallaba expuesta la Monarquía. Se les hizo ver que la única medida eficaz para salvaguardar los intereses del monarca era la formación de una Junta, destituyendo a los funcionarios sospechosos de infidelidad hacia ella. A la tropa se le dió a entender de la misma forma que se trataba de escoger entre servir a las órdenes de Bonaparte o a las de Fernando VII. Naturalmente, tanto el pueblo como la tropa se decidieron por la segunda proposición.

Con ésto quedaba consumada la revolución en Quito. A la mañana siguiente, el Conde de Ruiz Castilla recibió una nota de la Junta por la que se le hacía saber que quedaba separado de su empleo, como igualmente todos los miembros del Gobierno. A la par se remitieron avisos de lo ocurrido en la capital, con órdenes semejantes, a todas las provincias vecinas. Pero el llamamiento de los sublevados de Quito no fué acogido como ellos esperaban, pues los gobernadores de las provincias circundantes desecharon tales avisos y se dirigieron al Virrey del Perú o al de Nueva Granada en petición de auxilios para detener cualquier intento de invasión por parte de los revolucionarios.

La noticia de lo ocurrido llegó a Lima a principios de septiembre, cuando Abascal se hallaba aún preocupado con las sublevaciones de La Paz y Chuquisaca. Sin embargo, acogió con gran interés los avisos que le venían de aquella ciudad. Quito ya tenía cierta tra-

(1) STEVENSON, W. Bennet. *Memorias*. Biblioteca Ayacucho. Madrid. s. a. Págs. 21-22.

dición en lo referente a sublevaciones, pero desde la proyectada revolución de Miranda, al Norte del Continente, se hallaba bastante inquieto. Y ahora, con las noticias venidas de España y los amagos de sublevación en otros puntos del Continente, las novedades que se recibían de aquella capital eran del mayor interés.

Así, pues, en vista de ello y de las peticiones de auxilio que le dirigían a Lima los gobernadores de las provincias confinantes con la de Quito, el Virrey decidió reunir un Acuerdo con la Audiencia para decretar las medidas más convenientes al caso. La posición de Abascal ante la revuelta en Quito era en este momento la de expectador interesado, dispuesto a intervenir en una ocasión propicia, preparándose mientras tanto para ello. En efecto, los resultados del Acuerdo se tradujeron en órdenes a los gobernadores de Guayaquil, Cuenca y Popayán para obtener los informes necesarios y llevar a cabo las primeras medidas de defensa contra cualquier ataque de los quiteños.

Al gobernador de Guayaquil, don Bartolomé Cocalón, le previene «que esté muy a la mira de impedir la propagación de aquel desorden a esa provincia de su cargo, y que adquiera por todos los medios las noticias que pueda relativas a dichas ocurrencias, sus autores y designios, con qué número de tropas cuentan para sostenerse, qué armamento y su calidad, qué artillería, municiones, etc.» Todo lo cual, como asimismo todo lo que fuera ocurriendo debía ponerlo en conocimiento del Virrey con la mayor urgencia, «enviando desde luego a la referida ciudad de Cuenca doscientos hombres de tropa, y fusilería para armar otros tantos, con veinte mil cartuchos y ocho mil pesos en dinero, con lo demás que necesita para su defensa y ser compatible con las existencias de esa... acordando con aquel gobernador el modo más pronto y seguro de auxiliarse recíprocamente» (2).

Juntamente con estas órdenes, en el mismo oficio le indicaba que en cuanto tuviese las noticias que le había pedido haría navegar hacia esa ciudad todo lo

(2) A. G. I.—Lima, 739. Copia de oficio de Abascal al gobernador de Guayaquil. Lima, 9 de septiembre de 1809.

necesario de tropas y material para atacar a los insurgentes antes de que el conflicto tomase mayores proporciones; entretanto, con la primera embarcación que saliese del Callao le remitiría cuatro cañones con cartuchería y los útiles correspondientes para su servicio, doscientos mil cartuchos de fusil y algún dinero.

Al de Cuenca, además de advertirle que no enviase el dinero a Quito, le comunicaba que mientras durase la insurrección en la ciudad y la interrupción de la correspondencia con el Virreinato de Santa Fe, acudiese a la Audiencia de Lima en las apelaciones de Juzgados inferiores, y a él en las de asuntos de gobierno y justicia (3).

Igualmente, al gobernador de Popayán le incluía las órdenes dadas a los otros dos, a fin de que arbi-trase cuantas medidas condujesen a un eficaz bloqueo de Quito para obligar a entrar en razón a los sublevados (4).

De todas las anteriores resoluciones se deducen dos cosas: en primer lugar, la falta de noticias de los sucesos ocurridos en aquella ciudad, que sorprendieron al Virrey, y su reacción, que lo dispuso a acabar cuanto antes con aquel foco revolucionario, que podía producir funestos resultados en el Norte del Virreinato si no se lograba atajar rápidamente. De ahí las dos órdenes fundamentales impartidas a los gobernadores: la adquisición de noticias que permitiesen hacerse cargo exactamente de la situación y el envío inmediato de tropas a los confines de la provincia de Quito para organizar un cordón sanitario que aislase la revolución hasta el momento oportuno de pasar al ataque.

Todas estas medidas tomadas por un Virrey, para quien la provincia de Quito caía fuera de su jurisdicción, las encontraba Abascal plenamente justificadas por la distancia a que se hallaba el Virrey de Santa Fe, bajo cuyas órdenes se hallaban las provincias de Quito, Guayaquil, Cuenca, etc. Dada la difi-

(3) A. G. I.—Lima, 739. Cópia de oficio de Abascal al gobernador de Cuenca. Lima, 18 de septiembre de 1809.

(4) A. G. I.—Lima, 739. Cópia de oficio de Abascal al gobernador de Popayán. Lima, 18 de septiembre de 1809.

cultad de las comunicaciones, la fragosidad de los caminos y los ríos considerables, unido según Abascal, a los escasos medios de que aquél disponía para llevar a cabo la empresa, hacían que se encontrase en la obligación de tomar sobre sí este cuidado (5).

A las anteriores consideraciones se unía la efectiva de la propia seguridad de su Virreinato, que justificaba su acción. El debía pensar que el mantenimiento en la frontera del Perú de un Ejército para impedir que la insurrección penetrase en territorio peruano mientras esperaba que fuese reducida por el Virrey de Santa Fe, había de ser mucho más perjudicial para ambos que una intervención armada de sus tropas en territorio de ajena jurisdicción. Por otra parte, teniendo en cuenta la situación de Quito, en el rincón más lejano del Virreinato, adonde tardarían en llegar los cortos auxilios que su Virrey pudiera enviarle, cabía pensar que los resultados no fuesen satisfactorios. Sin embargo, Abascal procuró en todo momento marchar al unísono con el Virrey de Santa Fe, al cual comunicaba sus órdenes y a cuya autoridad sometía siempre la última palabra en sus decisiones.

Puestas en práctica las primeras medidas se dispuso Abascal a organizar la expedición que había de penetrar en el territorio quiteño. El mando de las fuerzas fué confiado al teniente coronel don Manuel Arredondo, a quien le comunicaba expresamente que, a su llegada a Guayaquil, se presentase al gobernador y se pusiese a sus órdenes para operar de acuerdo con él en todo lo referente a la comisión que le llevaba allí. Aquí se le reunirían las demás tropas, a las que había de infundir la mayor disciplina antes de comenzar las operaciones. Una vez acabadas éstas, habiendo cesado el motivo de su permanencia allí, debería regresar prontamente a Lima (6).

Entretanto se preparaba la expedición de Arredondo, Abascal organizaba en la frontera trescientos fusileros que pudiesen servir de auxilio al gobernador de

(5) A. G. I.—Lima, 739. Oficio de Abascal al primer secretario de Estado. Lima, 30 de octubre de 1809.

(6) A. G. I.—Lima, 739. Copia de oficio de Abascal a Arredondo. Lima, 19 de septiembre de 1809.

Cuenca, al objeto de que con estas fuerzas, las desembarcadas en Guayaquil, y las que por el Norte llegasen enviadas por el Virrey de Santa Fe, pudiesen iniciar desde tres puntos distintos la conquista del territorio sublevado.

La expedición de Arredondo salió del Callao conduciendo cuatrocientos hombres, con su correspondiente artillería, municiones y 20.000 pesos en dinero, en dirección a Guayaquil. Mientras navegaba en aquella dirección se llevaron a cabo las órdenes del Virrey de Lima para reforzar el bloqueo de la provincia sublevada, a la par que dirigía una proclama a los quiteños para hacerlos entrar en razón antes de recurrir a las armas.

Simultáneamente, Abascal, puesto en contacto con el marqués de Selva-Alegre, le proponía como única solución al estado de cosas existente, la abolición de la Junta, la deposición de las armas y la reposición de las autoridades legítimas, admitiendo por poco tiempo una guarnición de cuatrocientos soldados. Todo lo cual habría de ejecutarse inmediatamente, pues en caso contrario, decía el Virrey, «tendrán que sufrir las resultas del triple ataque que tengo dispuesto y ordeno con esta fecha se verifique inmediatamente para aprovechar la buena estación y no dar lugar a que se aumente el desorden» (7).

A la vista del giro de los acontecimientos y haciéndose cargo del peligro que les amenazaba, los dirigentes de Quito comenzaron a cambiar de conducta: «...desde el momento que han visto algunos próceres que Popayán, Cuenca y Guayaquil ponían cerco a las provincias del centro y que sus fuerzas no serían bastantes para resistirlo, empiezan a planear el desenlace del drama» (8). Asustado de lo que ha hecho, el marqués de Selva-Alegre se ha puesto en contacto con el conde de Ruiz de Castilla, con objeto de volver a la situación primitiva. Entretanto, el Virrey del Perú ordenaba a Cucalón se pusiese en disposición de sujetar

(7) A. G. I.—Lima, 739. Copia de oficio de Abascal al marqués de Selva-Alegre. Lima, 9 de octubre de 1809.

(8) RUMAZO, José. *Guayaquil alrededor de 1809*. Rev. de Indias. Número 18; octubre-diciembre de 1944. Pág. 641.

a los insurgentes por la fuerza, en vista de que resultaban inútiles todos los intentos de conciliación.

El nombramiento del gobernador de Guayaquil como jefe de la expedición fué hecho siguiendo la voluntad de Ruiz Castilla, que lo llamó en su auxilio, voluntad que en todo momento respetó Abascal, aunque no deja de apuntar los mejores resultados que se hubiesen obtenido si, en lugar de aquél hubiese sido designado el gobernador de Cuenca o algún otro (9). Sin embargo, lo hacía así el Virrey en su afán de no entorpecer la marcha de los asuntos y no crear zonas de fricción entre las autoridades americanas en un momento en que era fundamental mantener la unión a toda costa.

Llegadas las tropas de Arredondo a Guayaquil y celebrado Consejo de Guerra sobre las medidas más convenientes a seguir, se decidió que parte de ellas marchase a Ambato, provincia amenazada por los rebeldes, mientras el resto permanecía en Guayaquil a las órdenes del gobernador, en espera de la respuesta a las proposiciones dirigidas a la Junta por el Virrey. Igual medida tomó el gobernador de Cuenca, que también concentró sus fuerzas en Ambato, dispuesto a comenzar las operaciones.

Cuando se llevaban a cabo estos preparativos, la Junta cambió definitivamente de parecer, y el cambio dió como resultado la reposición del conde Ruiz de Castilla en el mando de la Presidencia, bajo algunas condiciones impuestas por los hasta entonces dirigentes revolucionarios, entre las que se contaba la de dejarles las armas (10). Entretanto, seguía la progresión de las tropas de Arredondo, que habían salido de Guayaquil con la vanguardia, mientras Cucalón permanecía en aquella ciudad con la retaguardia en espera de doscientos hombres que le vendrían de Panamá, y en espera también de la contestación de Selva-Alegre a

(9) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 91.

(10) Esta capitulación de Ruiz Castilla con la Junta fué acremente censurada por el Virrey de Lima, para quien el solo hecho de entrar en negociaciones con aquélla suponía un reconocimiento de la transformación operada en el Gobierno. No admitía tampoco el indulto que había aceptado el Presidente, a propuesta

las proposiciones que para llegar a la solución del conflicto le hiciera Abascal.

Pero las comunicaciones de Selva-Alegre al Virrey no fueron tomadas en consideración por éste, que ordenaba la continuación del avance (11). Al fin, el 25 de noviembre Arredondo entraba en Quito. El día anterior, para asegurarse y no comprometer a sus tropas, a pesar de las constantes comunicaciones de Ruiz Castilla asegurándole que obraba con entera libertad, comisionó al teniente don Agustín Zabala para entrevistarse con el Presidente; pero como sus respuestas no se conformaban con las instrucciones dadas por Abascal referentes a la entrega de las armas por los insurgentes, le envió otro oficio, con cuya respuesta no dudó ya en acercarse a la ciudad. Acordó con el Presidente, que salió a conferenciar con él, comisionar a un oficial para hacerse cargo de las armas esa misma tarde, quedando licenciadas desde aquel momento las tropas que guarnecían la ciudad. Una compañía al mando de un oficial llevó a cabo el desarme a la par que se hacía cargo de la guardia del Presidente. Recibidas todas las armas, Arredondo entró en la ciudad al día siguiente, 25 de noviembre, con el resto de las tropas, presentándose inmediatamente al Presidente para recibir órdenes (12).

Ocupada la capital, el Gobernador de Cuenca, Aymerich, se retiró a su ciudad, convencido de la plena libertad de que gozaba el Presidente. Si hasta entonces no lo había hecho, a pesar de las reiteradas órdenes de éste, había sido por creer que la libertad

de la Junta, para los principales dirigentes, con ánimo de no cumplirlo. ABASCAL, *Memoria*, t. II, págs. 99-100.

(11) Así se lo comunicaba el Virrey al gobernador de Cuenca, diciéndole que «el ataque contra los insurgentes debe verificarse antes de que entren las aguas y se hagan más difíciles las operaciones, y porque conviene que con la tardanza no se dé lugar a que hagan mayores preparativos y cunda el contagio por medios de los papeles incendiarios que esparcen llenos de mentiras, suposiciones ridículas y abominaciones que sólo pueden caer en cabezas totalmente desorganizadas». A. G. I., Lima, 739. Copia de oficio de Abascal al gobernador de Cuenca. Lima, 23 de octubre de 1809.

(12) A. G. I., Lima, 739. Copia de oficio de Arredondo a Abascal. Quito, 26 de noviembre de 1809.

de que disfrutaba era sólo simulada, y sus órdenes, intrigas de los revolucionarios (13).

Ruiz Castilla en todo momento había protestado de gozar absoluta libertad. Cuando tuvo lugar su deposición por la Junta, requirió el auxilio de Cúcalón, al que nombró jefe de todas las tropas que se encaminasen hacia Quito. En la capitulación celebrada con la Junta se establecía que las fuerzas de Cuenca no entrarían en la ciudad. Pero la conducta de Aymérich le parecía bastante extraña. Había avanzado sus tropas sin comunicarle nada, y este hecho le hizo temer que se produjese derramamiento de sangre si se empeñaba en entrar en la ciudad. Los quiteños se alarmaron de tal manera, creídos que venía comisionado por el Cabildo de Riobamba para someterlos y que traía órdenes de posesionarse de la Presidencia, que se prepararon a salirle al encuentro, con lo cual, según afirmaba el propio Presidente, «me hubiera visto seguramente en peor estado que antes, constituido por necesidad en un triste espectador de los lastimosos sucesos que ciertamente hubiesen resultado...» (14). Obviado el peligro por la proximidad de las tropas de Lima, ordenaba Ruiz de Castilla su inmediata retirada a Cuenca por encontrarse en pleno uso de sus facultades, como lo demostraba el haber depuesto a Selva-Alegre y disuelto la Junta, restableciendo el orden de cosas existente antes de la revolución.

El Gobernador de Guayaquil, Cúcalón, llegaba a Quito el 20 de diciembre. Justificaba el viaje alegando que había sido llamado por el Presidente. Pero Abascal, que no las tenía todas consigo de las results de su presencia en la ciudad, le ordenó inmediatamente que se volviera a Guayaquil. Temía, según parece, que mal aconsejara al débil Ruiz Castilla. Así es que, mediante la consulta del Acuerdo, se le ordenó su retirada. El Presidente, que había elogiado

(13) A. G. I.—Lima, 803. «Informe del gobernador de Cuenca al Cabildo de los efectos de la expedición practicada en los pueblos revolucionarios de la provincia de Quito».

(14) A. G. I.—Lima, 803. Copia de oficio de Ruiz Castilla a Aymérich. Quito, 21 de noviembre de 1809. En «Informe del gobernador...»

la prudencia y sagacidad con que se había manejado Arredondo para superar las grandes dificultades con que tropezó (15), criticaba la conducta de Cucalón, que habiendo sido llamado por él para que, a la par que cortase la desavenencia surgida con el Gobernador de Cuenca le auxiliase con sus fuerzas, «debiendo encaminarse a la mayor brevedad, según el caso lo exigía, se detuvo en Guayaquil esperando estudiosamente que la tropa de Lima superase todas las dificultades para venir a cosa hecha...» (16). Un juicio semejante merecía para Abascal la conducta del Gobernador de Guayaquil, cuando comunicaba a la Corte los sucesos de Quito recomendando a Arredondo (17). El mismo Arredondo, poco más tarde, insistía en el tema, haciendo ver que su permanencia en Quito hubiera acarreado muchos males a no haberlo mandado salir de allí Abascal. Según su opinión, intentaba enemistar al Gobierno con el pueblo, intrigando aun con los mismos presos para entorpecer el pronto castigo de los insurgentes (18).

¿Cuál fué la causa que hizo variar tan pronto y tan radicalmente el juicio de las autoridades españolas sobre Cucalón? En un principio, Ruiz Castilla lo llamaba en su auxilio y Abascal le da el mando de todas las fuerzas que se dirigían contra los insurgentes al comunicar a Arredondo que se coloque a sus órdenes, y ahora vemos que unánimemente ponderan los males que podían derivarse de su conducta. Algo debió ocurrir para dar lugar a un cambio tan brusco. Ciertamente Cucalón era hombre poco reflexivo y su conducta desde el primer momento de la revolución quizás pecó algo de atolondramiento. Sus medidas contra los bienes de los quiteños en Gua-

(15) Lima, 739. Copia de oficio del conde Ruiz Castilla a Abascal. Quito, 26 de noviembre de 1809.

(16) *Arch. Abascal*. Copia de oficio muy reservado de Ruiz Castilla a Abascal. Quito, 22 de diciembre de 1809. En una «Relación de documentos de los informes hechos a la Corte sobre la conducta de Cucalón».

(17) A. G. I.—Lima, 789. Oficio de Abascal al primer secretario de Estado. Lima, 25 de diciembre de 1809.

(18) *Arch. Abascal*. Carta de Arredondo a Abascal. Quito, 7 de mayo de 1810.

yaquil fueron excesivas (19). Por otra parte, su retraso en marchar hacia Quito tampoco agradó a nadie; y cuando llegó a esta ciudad contribuyó a desprestigiarlo el hecho de que «pretendía aparecer como el pacificador de Quito y tener la comandancia general de las armas», a más del insistente rumor que se dejó correr por la ciudad de que había venido con la intención de obtener del Presidente la renuncia del cargo en su favor (20).

Abascal le hizo ver claramente su disgusto y la inutilidad de sus esfuerzos para permanecer en Quito; así es que no le cupo otro camino que volver a Guayaquil. De nuevo en esta ciudad, su conducta, un tanto irregular, levantó quejas de algunos de los vecinos más influyentes, entre otros de su propio sustituto durante su marcha a Quito, don Luis Rico. Estas quejas influyeron en el ánimo del Virrey de Lima, de quien dependía la provincia, y decretó su separación del cargo el 7 de agosto de 1810, decisión que más tarde justificaba el Virrey en un largo escrito el Ministro de la Guerra (21). Ante la gravedad de las quejas que había recibido contra la conducta del Gobernador de Guayaquil, reunió el Acuerdo para resolver las medidas a seguir, tomando la resolución de separarlo de su cargo por mayoría de votos, nombrando como sucesor en el mismo al Coronel don Francisco Gil de Taboada.

La situación en Quito parecía completamente resuelta y la conducta de los sublevados era juzgada por un Tribunal constituido al efecto. Pero la labor de justicia fué extremada; aparte de los componentes de la Junta fueron aprehendidos muchos sospechosos, originando así un ambiente de temor en la ciudad, que predisponía los ánimos a cualquier otra revuelta en cuanto encontrasen momento oportuno de exteriorizar su desencanto ante la conducta de los españoles.

No tardó mucho en producirse el acontecimiento

(19) RUMAZO, José. Art. cit. Págs. 643-644.

(20) RUMAZO, José. Art. cit. Pág. 654.

(21) Aroh. Abascal. Oficio de Abascal al ministro de la Guerra. Lima, 23 de octubre de 1810.

esperado por todos. La carestía que sufría la ciudad después de la pacificación debió dar lugar a que las tropas de Lima que habían quedado en ella de guarnición cometiesen algunos excesos. Esto originó el rumor de que dichos soldados se disponían a organizar un saqueo general de la ciudad, rumor que, aprovechado por los partidarios de la anterior Junta, y unido al malestar reinante, sirvió de pretexto a los sucesos que a continuación se desarrollaron.

El día 2 de agosto de 1810, a la una y media de la tarde, algunos soldados de la antigua guarnición de la ciudad, que se hallaban en el presidio cumpliendo condena, sorprendieron la guardia y se apoderaron de sus armas. Disfrazados con los uniformes de los centinelas, y ayudados por algunos vecinos, parte de los amotinados se lanzaron repentinamente sobre la guardia del cuartel de las fuerzas limeñas en el momento que la oficialidad se hallaba comiendo. Como los asaltantes venían disfrazados con el uniforme de soldados pudieron sorprender a la guardia, matando al centinela y apoderándose de las armas. Al ruido formado por la lucha entre la guardia y los asaltantes, acudió el Capitán don Nicolás Gallup, que vivía dentro del cuartel. Cuando se disponía a organizar la tropa para hacer frente a los tumultuados, fué muerto de un bayonetazo en la espalda delante de sus soldados. Al darse cuenta los que acudían de la muerte de uno de sus más queridos oficiales, subió de punto su indignación, hasta el extremo de que algunos de ellos se dirigieron contra los que intentaban forzar la entrada, y los demás se encaminaron adonde se encontraban los presos de la anterior revolución, que esperaban en los calabozos el fallo del Virrey de Santa Fe sobre sus sentencias, y a quienes los soldados creían promotores de la revuelta. El resultado fué lamentable: trece de los allí detenidos fueron asesinados por los soldados, deseosos de vengar la muerte de su capitán, y sólo cuatro consiguieron huir, salvando con ello sus vidas.

Esparcida por la ciudad la noticia de lo ocurrido en el cuartel de las fuerzas limeñas, se reunió una gran muchedumbre contra los soldados, lo que exacerbó el furor de éstos, que se repartieron por las calles, matando a cuántos encontraban sospechosos de

intervenir en el motín (22). Cabe imaginar los excesos que cometiera la tropa en semejante estado de excitación. El mismo Virrey del Perú reconoce que «algunos desórdenes es preciso creer que se hubiesen cometido hasta reponer el orden; pero éstos jamás deben creerse tales y tan grandes como el pueblo quiteño los abultó y ponderó...» (23). Pero si bien es cierto que quizás hubo exageración por parte de los quiteños por convenir así sus fines, no lo es menos que un fondo de realidad hay que reconocer en la siguiente descripción que nos da un habitante de la ciudad de Quito: «...todos corrían a las quebradas y cerros, dejando escueta la ciudad, pues no se escapaba nadie de las balas que repartían, y al mismo tiempo robaban; no era uno libre de salir a la ventana, porque andaban como cazadores escuchando para cogerlos descuidados y hacer el tiro...» (24). No es, pues, de extrañar que, como dice el mismo testigo, la ciudad se hallase «muy afligida y tan solitaria que no es otra cosa que sino una aldea grande», pues la gran mayoría de sus habitantes se retiró al campo.

No se puede por menos de culpar de la revuelta, dejando aparte a los asaltantes del cuartel, verdaderos promotores de ellas, a la oficialidad de las fuerzas limeñas, que no pudo o no quiso hacer entrar en la disciplina a sus desmandadas tropas. Pero si ésta fué la causa inmediata del motín y de los sucesos que le siguieron, no hay que olvidar tampoco que, cuando se produjo, se encontraba ya el ambiente propicio para ello, debido a la falta de tacto de las autoridades que sucedieron a la Junta de 1809. Si el procedimiento seguido para juzgar las causas de los rebeldes y para hacer olvidar los efectos de la primera revolución hubiesen sido más suaves, seguramente no se hubiera llegado a los términos que precedieron a la triste jornada del 2 de agosto.

(22) *Arch. Abascal*. Carta de Ruiz Castilla a Abascal. Quito, 7 de agosto de 1810. A. G. I.—Lima, 740. Oficio del Virrey del Perú al primer secretario de Estado y su despacho. Lima, 22 de octubre de 1810.

(23) ABASCAL, *Memoria*. Tomo II. Pág. 102.

(24) A. G. I.—Quito, 255. Carta de don Mariano Pas Miño a don Lúreño Espinosa. Quito, 22 de agosto de 1810.

Las consecuencias de esta jornada fueron fatales para los realistas en Quito. Para la vida económica de la ciudad significó un gran daño. No debe andar muy lejos de la verdad el ya citado comentarista de los sucesos cuando afirma que «el comercio se halla muerto, pues no hay ni una tienda compuesta, porque todos vaciaron y guardaron en sus casas por los continuos robos: todo está escaso, y caros los víveres». Esto en el aspecto material y económico, pero en el aspecto político significó la anulación efectiva del poder del Presidente Ruiz Castilla. En su afán de evitar mayores males se vió obligado a transigir con las peticiones de los quiteños, que se sentían agraviados, lo cual no fué sino el primer paso hacia su total y definitiva pérdida.

En efecto, el día 5 se publicó una convocatoria para una Junta general autorizada por el Presidente, para deliberar sobre los medios de restablecer la normalidad de la situación. En la Junta se recriminó la actitud de los «pacificadores», que habían obligado al Presidente a faltar a la palabra empeñada de tratar con la mayor lenidad a los comprometidos en la revolución. Esto iba dirigido directamente contra Arredondo, jefe de las fuerzas de Lima, que se había captado la confianza en la causa contra los sublevados de 1809. Este último era natural del Perú, y desde muy joven había gozado de la protección de Ruiz Castilla. Contra ambos se dirigía la acusación, quizás no desprovista del todo de fundamento, de inclinar al Presidente hacia una mayor dureza en el castigo de los inculpados.

Las resoluciones tomadas en la Junta se concretaban en dos extremos: la restitución a sus empleos y bienes de los que eran tenidos como reos de la anterior revolución, a los que se declaraba fieles vasallos de S. M., y la retirada de las tropas de Lima, de las cuales, los zambos, autores de la revuelta, marcharían de allí a los cuatro días, y después el resto, sepultando en un total silencio y olvido los acontecimientos del día 2 (25).

(25) Quito, 255. En el Bando publicado como resultado de Junta del día 4, se especifica textualmente: «que de ninguna mane-

Tenido en cuenta el parecer de la Junta, se resolvió que las tropas de Arredondo evacuasen la ciudad, sustituidas por 200 hombres que, procedentes de Panamá, se hallaban en Guayaquil. Aprobada la decisión, al día siguiente comenzaron a salir en dirección a Lima. Pero notificado el Virrey de los acontecimientos que se desarrollaban en Quito, y ante la probable necesidad de una nueva intervención armada en esta provincia, ordenó a Arredondo se mantuviese en la de Guayaquil, lo más cerca posible de la frontera con Quito y dispuesto a intervenir a la primera orden que recibiese.

Ciertamente la posición en que quedaban las autoridades españolas a la salida de las tropas de Lima era de lo más embarazosa. Ruiz de Castilla había sido repuesto en el poder por el temor de los revolucionarios ante el avance de estas tropas; si había logrado superar la crisis política que significó la creación de la Junta de 1809, fué gracias a las fuerzas de Arredondo, que eran su principal sostén. El mismo hecho de ser tropas limeñas las que entraron en la ciudad haciendo fracasar el plan revolucionario, la falta de tacto de su jefe, que gozaba del favor del Presidente, y por último, los desórdenes ocurridos de poco tiempo a esta parte, hicieron crecer por momentos el odio hacia dichas tropas, en las que los quiteños veían el símbolo de la dominación extraña. En semejantes condiciones no ha de parecer raro que quisieran liberarse de la ocupación, aún conscientes de lo que esto significaba.

Ruiz Castilla pudo darse cuenta de que a la salida de las tropas su autoridad quedaba vacilante, tanto más cuanto que indirectamente era responsable de lo ocurrido en la revuelta del 2 de agosto. Por otra parte, los ánimos estaban muy excitados, no sólo por los acontecimientos desarrollados en la ciudad, sino por

ra se proceda a la averiguación de los que promovieron, intentaron y ejecutaron la «empresa arrojada» del 2 del presente». Además, se decide formar un batallón de la ciudad y provincia, y que se reciba con decoro a don Carlos Montúfar, comisionado por la Regencia. «Copia del Bando publicado en Quito a 4 de agosto de 1810». Como se ve, los quiteños supieron sacar buen partido a este desgraciado hecho.

las noticias que llegaban de Santa Fe y Cartagena. El Presidente, sin las fuerzas que lo respaldaban, venía a ser una entelequia que incluso podía utilizarse para los fines de los revolucionarios, como se verá que en efecto ocurrió.

El 12 de septiembre llegó a Quito don Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva-Alegre, que presidiera la primera Junta revolucionaria. Venía comisionado por la Regencia —según decía—, para dar a conocer los buenos deseos de ésta en su afán de encontrar una solución a los problemas americanos, y con poderes para tomar las medidas que a este efecto creyese más acertadas. Pero las noticias que sobre su actuación se tenían antes de llegar a Quito hacían dudar al Presidente de la buena fe del comisionado, que a su paso por Popayán creó una Junta de Vigilancia, sospechosa de cierto matiz independizante.

Corredor Ruiz Castilla de la próxima llegada del comisionado hizo preparar la tropa como medida de seguridad, recomendándole hiciese su entrada en la ciudad privadamente y sin ostentación, a fin de evitar cualquier incidente. No se avino a ello Montúfar, que exigió una entrada cual correspondía a su carácter de representante del Consejo de Regencia, como en efecto hizo, rodeado de numerosa guardia y gran cantidad de gente del pueblo. Inmediatamente se puso en contacto con el Presidente y con el Obispo, quienes enseguida le devolvieron la visita. Al día siguiente pasó de nuevo a conferenciar con Ruiz Castilla, para darle a conocer la amplitud de sus poderes y pedirle la retirada a sus cuarteles de las tropas que ocupaban diversos puntos de la ciudad. Consiguió fácilmente, no sólo esto, sino compartir con aquél la Comandancia de las tropas (26).

Lograda la primera parte de su plan, poco trabajo

(26) A. G. I.—Lima, 740. «Testimonio del expediente relativo a las novedades introducidas en Quito con motivo de la llegada de don Carlos Montúfar, comisionado, que dice ser, por el Supremo Consejo de Regencia para dicha ciudad».—Relación de don Simón Sáenz de Vergara, Regidor de Quito, al gobernador de Guayaquil. Guayaquil, 29 de septiembre de 1810.—«Anécdota breve de la historia de Quito», firmada por el doctor don José María de Landa. Goenca, 29 de septiembre de 1810.

le debió costar convencerlo también de la necesidad de convocar una Junta para decidir sobre la situación. En efecto, el 19 se reunían con el Presidente y el comisionado, el Obispo, un diputado de cada Cabildo, otro del clero y otro de la nobleza. El objeto de la reunión no era otro, según expresó el propio Presidente, «que el de tratar de los medios y arbitrios de que debía valerse para la tranquilidad pública y sosiego de la provincia». El Procurador General, en nombre del público, expuso la situación: hizo saber que en el estado en que se hallaban, de desconfiar del Gobierno, la única solución viable era la de adoptar el ejemplo de las provincias españolas, constituyendo una Junta con voto del pueblo, previo reconocimiento del Consejo de Regencia. Sometido a votación el parecer del Procurador General, acordaron los circunstantes lo siguiente: en primer lugar se decidió el reconocimiento del Consejo de Regencia, bien entendido que este reconocimiento tenía efectividad en tanto dicho Consejo se hallase en algún punto de la Península libre de la dominación francesa; pero que en el momento en que por la fuerza se viese obligado a someterse o trasladarse a algún lugar de América, desaparecería «ipso facto» el vínculo que los unía a él, y por tanto, la ciudad y provincia de Quito quedarían completamente libres de su obediencia, y, reasumiendo sus derechos, trataría de formar un Gobierno propio para lograr su independencia.

Se adoptó después la decisión de crear una Junta Superior de Gobierno dependiente sólo del Consejo de Regencia, compuesta del Obispo y del Comisionado, como vocales natos, y de un individuo de cada Cabildo, dos del Clero, otros dos de la nobleza de la ciudad y uno de cada barrio de la capital (cinco en total). La forma de elección de estos miembros era la siguiente: el clero, presidido por el Obispo, elegiría cinco electores; la nobleza, presidida por los Marqueses de Selva-Alegre y Villa Orellana, elegirían otros cinco, y cada barrio, reunidos los cabezas de familia en casa de su cura, y ante la presencia de su respectivo Alcalde, elegirían otros cuatro, a los que se uniría el voto del Cura párroco. El día destinado acudirían todos los electores a la Sala Capitular del Ayuntamiento, así como los Cabildos, para nombrar el vocal

o vocales que los hubieran de representar. Cada uno expresaría su voto por sufragio secreto, y los elegidos por este procedimiento constituirían la Junta Superior de Gobierno, que se haría cargo de los asuntos del mismo, quedando el Presidente actual en el ejercicio del Vice-Patronato y lo judicial de la Hacienda.

Para que estas decisiones tuviesen el carácter público que deseaban sus promotores, se acordó someterlas al día siguiente a la decisión del pueblo mediante un Cabildo abierto, con el fin de obtener el consentimiento y la garantía popular (27).

En efecto, el 20 se convocó a Cabildo abierto a la población de Quito. Sometida a la sanción popular el acta de la reunión del día anterior, resultó aprobada unánimemente, sufriendo una única modificación en lo referente a la constitución de la Junta, a la que se añadió el cargo de Vice-Presidente, para sustituir al Presidente en sus ausencias o enfermedades, a más del nombramiento de un secretario en la persona de uno de los vocales (28).

Conforme a lo acordado en la primera reunión y a la ratificación del Cabildo abierto del 20, el día 22 tuvo lugar la reunión de los electores designados para constituir la Junta. El mismo día quedó designada, bajo la presidencia del Conde de Ruiz Castilla, siendo nombrado Vice-presidente el Marqués de Selva-Alegre (29).

(27) A. G. I.—Lima, 740. Copia de acta de la Junta celebrada en Quito el 19 de septiembre. En el «Testimonio del expediente relativo a las novedades...»

(28) A. G. I.—Lima, 740. Copia de acta del Cabildo abierto, celebrado en Quito el 20 septiembre de 1810. En el «Testimonio del expediente...»

(29) A. G. I.—Lima, 740. Copia de acta de la constitución de la Junta Superior de Gobierno de Quito, Quito, 22 de septiembre de 1810. En el «Testimonio del expediente...» Dicha Junta la constituyeron: Ruiz Castilla y Selva-Alegre, presidente y vicepresidente, respectivamente; el Regidor don Manuel Zambrano, representante del Cabildo; el doctor don Francisco Rodríguez Soto, del Cabildo Eclesiástico; el doctor don Manuel Caicedo, y el doctor don Prudencio Váscones, por el Clero; el marqués de Villa-Orellana y don Guillermo Valdivieso, por la Nobleza, y don Manuel la Rea, don Manuel Mateos, don Mariano Marisalde y don Juan Donoso, por los barrios. Como vocales natos de ella juraron el Presidente, el Obispo y el comisionado Montúfar.

ENCUENTRO DE ESTERIOR
MILITARES Y NAUTICOS

ENCUENTRO DE ESTERIOR
MILITARES Y NAUTICOS

Según se desprende de todo el proceso seguido hasta la instalación de la segunda Junta de Quito, la de ahora, si bien tenía visos de legalidad, prácticamente tenía un carácter muy semejante al de la establecida en 1809. Como aquélla, aspiraba al título de Suprema, esta vez sobre las de la provincia, y hasta algunos de sus miembros, como los Marqueses de Selva-Alegre y Villa-Orellana, habían sido miembros de la anterior. Sin embargo, ahora se llevó a cabo el plan con más cautela. La llegada de Montúfar a Quito hizo sospechar que iban a ocurrir cambios trascendentes en la ciudad, tanto más, cuanto que era hijo del que fué Presidente de la primera Junta y se presentaba ante el pueblo celoso de los plenos poderes de que era portador. La llegada de los comisionados del Consejo de Regencia a Santa Fe fué seguida de la instalación de la Junta provincial en aquella ciudad; no es nada extraño que al llegar a Quito, conocido el ambiente que reinaba en la ciudad, se esperase un acontecimiento semejante.

En efecto, respaldado por la popularidad adquirida, y haciendo valer sus poderes, inutilizó toda posible resistencia de Ruiz Castilla, falto de fuerza adicta en que sustentarse desde la marcha de las tropas limeñas. El resto es fácil de colegir: al Presidente no le cupo otra salida que sancionar una situación de hecho, llevado quizás en gran parte de su deseo de no provocar nuevos conflictos. Así, los revolucionarios se encontraron con las manos libres y dentro de la legalidad. La elección de Ruiz Castilla como Presidente de la Junta fué una hábil medida para no salirse precisamente de esa legalidad, seguros como estaban de que dicho personaje había de crearles pocas dificultades. Triunfante y puesta en marcha la revolución en la capital, sólo le restaba darse a conocer y atraerse a las demás ciudades de la provincia.

Una de las primeras medidas de Montúfar tras la elección de la Junta, y el mismo día de ella, fué a comunicar al Virrey del Perú su disconformidad con las medidas adoptadas por éste respecto a la situación de la provincia de Guayaquil. Se mostraba sorprendido de que, consultado el Tribunal de la Audiencia, hubiese dispuesto la separación de Guayaquil del Gobierno de Quito en los asuntos de justicia, únicos por los que

permanecía sujeto a éste, de cuya disposición se mostraba tanto más extrañado cuanto que había tenido lugar sin previa consulta con el Gobierno de Santa Fe. Con ello, a más de haberse llevado a cabo dicha resolución sin el consentimiento de los vecinos de Guayaquil, quedaba esta ciudad privada de las medidas que obrase en su comisión. Por todo lo cual requería al Virrey se volviese atrás en lo realizado y conservase el estado de cosas preexistente (30).

A la par que escribía a Abascal, Montúfar informaba de su comisión y de lo realizado en Quito a las principales ciudades. El mismo 22 de septiembre se ponía en contacto con los Cabildos de Cuenca y Guayaquil, haciendo constar a este último su propósito de llevar a cabo la anulación de las medidas realizadas por el Virrey de Lima (31).

Mas no sólo a los Cabildos da cuenta de su comisión, sino que también la comunica a los gobernadores de las ciudades y al Obispo de Cuenca, a quienes anuncia su próxima llegada (32). Pero la contestación de estas autoridades fué contraria a los deseos de Montúfar. El gobernador de Cuenca le escribía el 29 de septiembre, haciéndole notar que en su ciudad no existía la necesidad de restaurar la armonía entre el Cabildo y él, de que le hablaba el comisionado, ya que no se había roto jamás; por ello le dice claramente: «perdería Usia con inutilidad el tiempo si este es el único objeto a que se dirige la partida que intenta. Es por esto por lo que Usia debe sobreseer su deseo». Le hace constar además que si en Quito el medio de solucionar los conflictos existentes fué la creación de una Junta, como en otros lugares, en Cuenca no hay necesidad de recurrir a tal procedimiento, ya que no

(30) A. G. I.—Lima, 740. Copia de oficio del comisionado don Carlos Montúfar al Virrey del Perú. Quito, 22 de septiembre de 1810. En el «Testimonio del expediente...».

(31) A. G. I.—Lima, 740. Copias de oficios de Montúfar a los Cabildos de Cuenca y Guayaquil. Quito, 22 de septiembre de 1810. En el «Testimonio del expediente...».

(32) A. G. I.—Lima, 740. Copias de oficios de Montúfar a los gobernadores de Guayaquil y Cuenca y al Arzobispo de esta ciudad. Quito, 22 de septiembre de 1810. En el «Testimonio del expediente...».

conduciría a otra cosa que a interrumpir su buen orden; y aún no queda aquí: le manifiesta sus sospechas respecto al procedimiento empleado para erigir Juntas. «Si un jefe no es acreedor a estar al frente de una provincia, no por eso las leyes permiten que se varíe el orden público establecido, sino que se dirijan reclamos a la Suprema Autoridad, la que impuesta de la mala versación de sus representantes se dignará revelarlas». No duda que las instrucciones de que es portador Montúfar le permitan llegar hasta a derogar esas leyes, pero aquí surge la duda para el gobernador: «Si es así, ¿cómo el Perú y la Nueva España, cuya opinión debe decidir de la del resto de las Américas, han mirado y miran con odio implacable las asambleas de este género? Y ¿cómo también se adopta un sistema municipal de gobierno para este Reino cuando por su misma naturaleza ha de ser regido por el propio Código que obedecen los demás?» Tales problemas sumían en la mayor perplejidad a Aymerich, que, deseoso de contar con el parecer del Cabildo, aplaza su decisión hasta que tenga la opinión de éste, cuya reunión ha convocado (33).

De un modo semejante se expresaba el Obispo. Contestaba a Montúfar claramente que no debía ir a Cuenca «por no ser en ella necesaria su presencia personal; antes por el contrario, podría acarrear su venida muchas y muy fatales consecuencias». Puesto que la ciudad se ha mantenido en todo momento fiel al Rey ¿a qué fin o con qué objeto debe venir a ella su comisionado regio, y más cuando seguro se explica viene a restablecer el orden entre el Gobierno y el pueblo? Como éste se halla tranquilo con su actual Gobierno, a nada, sino a causar perjuicios vendría cualquier innovación que se pretendiese introducir en él. Con tales y parecidas razones intenta convencer al comisionado para que desista de su proyectado viaje a la ciudad, sin despreciar decirle que por las noticias que de él se tienen, por todos los sitios por donde ha ido pasando ha ido creando Juntas, como

(33) A. G. I.—Lima, 740. Copia de carta de don Melchor de Aymerich, gobernador de Cuenca, a Montúfar. Cuenca; 29 de septiembre de 1810. En el «Testimonio del expediente...»

útilmente en Quito, de la que no se ha formado en esa ciudad el mejor concepto; lo cual unido a la idea de que tenía intención de crear otra en Cuenca con subordinación a aquélla, ha hecho disponer los ánimos en contra de su viaje (34).

El día 28, Ruiz Castilla y Montúfar escribían un largo oficio al Obispo de Cuenca, detallándole las circunstancias de la creación de la Junta, e incitándolo a que cooperase al establecimiento de otra semejante en su ciudad. Pero el mismo día, éste escribía a su vez a Abascal notificándole las instancias de Montúfar para que se adhiriese a su sistema. El Obispo dice al Virrey: «Yo no podía en conciencia acceder a su solicitud, pues es una observación constante que no hay provincia que visite, cuyo orden público no quede enteramente trastornado: la nueva Junta que ha erigido en Quito así me lo acredita». La Junta es, a los ojos del Obispo, una farsa, ya que gran parte de sus miembros lo fueron de la anterior Junta revolucionaria. Este hecho, la buena acogida que tuvo entre los caraqueños en tiempos de su revolución y el rumor de que la Junta de Bogotá es obra suya, completan el cuadro de la desconfianza del Obispo hacia los planes del comisionado. Todo lo cual pone en conocimiento del Virrey para que se haga cargo de la delicada situación de Cuenca y esté sobre aviso ante cualquier emergencia (35).

En términos semejantes ponía Aymerich al Virrey de Lima en conocimiento de la situación. Le manifiesta su negativa a la instancia de Montúfar, aunque se dá cuenta de que con ello ha debido disgustar a los dirigentes de Quito y no sería extraño se hallase en vísperas de un rompimiento. Ante esta posibilidad recaba el auxilio del Virrey y le pide que ordene al gobernador de Guayaquil le auxilie en caso de peligro (36).

(34) A. G. I.—Lima, 740. Copia de carta del Obispo de Cuenca a Montúfar. Cuenca, 29 de septiembre de 1810. En el «Testimonio del expediente...»

(35) A. G. I.—Lima, 740. Copia de oficios del Obispo de Cuenca al Virrey del Perú. Cuenca, 28 de septiembre de 1810. En el «Testimonio del expediente...»

(36) A. G. I.—Lima, 740. Copia de oficio de Aymerich al

Por fin el día 6 de octubre se reunió el Cabildo de Cuenca para decidir sobre el reconocimiento de la Junta de Quito. Su dictamen fué no reconocer otras autoridades legítimas que las residentes en la capital del Perú, delatando a la Junta de Quito como idéntica a la erigida el 10 de agosto de 1809 (37). Así lo hacían saber a Abascal, a quien protestaban estar unidos frente a los revolucionarios quiteños.

En situación análoga a la de Cuenca se encontraba Guayaquil, cuyo gobernador, Gil de Taboada, que había sido colocado por Abascal en sustitución de Cucalón, envió a Lima los pliegos que recibiera de Quito, como dependiente directamente de este Virreinato.

En Lima se planteó la situación con un aspecto semejante a la de 1809. Desde el primer momento, Abascal consideró a los integrantes de la Junta en un todo semejante a los de la anterior, influidos ahora por las ideas del comisionado, que encontró los ánimos dispuestos para las innovaciones. Antes de que tuvieran lugar los acontecimientos en Quito, ya sospechaba el Virrey de los planes de Montúfar: «Desde que don Carlos Montúfar puso pie en Cartagena, dió idea de su poco juicio y menos reflexión, —dice el Virrey— y me hizo recelar que podría causar algunas novedades perjudiciales, como lo expuse al Ministerio de Hacienda el 8 de agosto... y efectivamente, a poco tiempo de haber llegado a Santa Fe resultó el proyecto de Junta, consiguiente deposición del Virrey y varios otros atentados, viniendo a terminar su proyecto con la de Popayán y Quito...» (38). Semejante actuación de Montúfar anulaba a sus ojos todos los poderes de que pudiera ser portador, cayendo fuera de la legitimidad todas las innovaciones introducidas en los puntos por donde había ido pasando. La Junta de Quito, pues, era ilegítima en cuanto que había supuesto la

Virrey del Perú. Cuenca, 29 de septiembre de 1810. En el «Testimonio del expediente...»

(37) A. G. I.—Lima, 740. Copia de acta del Cabildo de Cuenca, en la reunión celebrada el 6 de octubre de 1810. En el «Testimonio del expediente...»

(38) A. G. I.—Lima, 740. Oficio de Abascal al primer secretario de Estado y su despacho. Lima, 14 de noviembre de 1810.

alteración de las leyes fundamentales que regían el Gobierno de América.

Como por otra parte no se le ocultaban al Virrey de Lima los proyectos independizantes que se escondían tras los cambios de formas de Gobierno, tendió desde el primer momento a cortar todos los intentos que fuesen encaminados en tal sentido. Por eso se apresuró a intervenir cuando surgió en Quito la primera Junta, y se dispone ahora a emplear igualmente todos los medios a su alcance para acabar con esta nueva tentativa de independencia con visos de legalidad.

Se volvió, pues, a una situación semejante a la del año 1809: Quito, erigido en sede de una Junta que recababa la formación de Juntas subordinadas en las demás provincias, y frente a ella la autoridad real, representada esta vez únicamente por el Virrey de Lima, al cual se le unieron los jefes de Guayaquil y Cuenca, a más del partido de Huaranda, de la misma provincia de Quito, y la provincia de Pasto.

Por ello, ante la extensión de la propaganda revolucionaria a través de los escritos circulados por la Junta a todas las provincias, Abascal decidió, previa reunión del Real Acuerdo, prohibir a Montúfar toda comunicación con el Perú, como medio de salvaguardar la seguridad en el Virreinato, a la par que se daban órdenes al gobernador de Cuenca para que tomase las medidas convenientes encaminadas a atajar el progreso de la revolución en los territorios limítrofes a Quito (39).

Sin embargo, las medidas del gobernador de Cuenca había de tomarlas de acuerdo con el nuevo Presidente de Quito, don Joaquín Molina, nombrado por la Regencia en sustitución de Ruiz Castilla, y que se hallaba en Lima próximo a navegar hacia Guayaquil (40).

(39) A. G. I.—Quito, 255; Cópia de acta del Real Acuerdo de Lima. Lima, 22 de octubre de 1810.

(40) El nombramiento de Molina como Presidente de Quito data del 29 de abril de 1810, fecha en que le era comunicado a Abascal en un oficio de la Regencia, datado en la Isla de León. A. G. I.—Quito, 255.

En efecto, tres días después de la reunión anterior, el Acuerdo volvió a congregarse nuevamente bajo la presidencia del Virrey, determinándose la inmediata salida de Molina en dirección a Quito, estableciendo su residencia en Cuenca, mientras durase aquel estado de cosas en la ciudad y no le fuese posible posesionarse de una manera efectiva del mando. A la par se le hacia cargo a Molina del Virreinato de Santa Fe, a consecuencia de haber quedado sin jefe por la deposición del Virrey Amar (41).

El 26 de octubre salió el Presidente para Guayaquil, adonde llegó pocos días después. Molina traía amplias instrucciones del Virrey de Lima para pacificar a Quito por medios suaves, o por la fuerza si fuera preciso; en este caso debía combinar sus operaciones con los gobernadores de Guayaquil y Cuenca para atacar por diversos puntos a los quiteños y mantener el contacto con el de Popayán, al objeto de aislar por el Norte la revolución e impedir su unión a la de Santa Fe.

A su llegada a Guayaquil, informado de la situación de la capital, envió a ella oficios dando a conocer su propósito de pasar a posesionarse del mando como Gobernador nombrado por el Consejo de Regencia. Pero entretanto recibía respuesta, se preocupó de la situación militar, seguro de que, como último recurso, habría que recurrir a las armas, a juzgar por el cariz que había tomado el movimiento subversivo de Quito.

Antes de la llegada de Molina, el Gobernador de Guayaquil había dispuesto la colocación de tropas en Huaranda, punto vital de las comunicaciones entre esta última ciudad y la capital. Las fuerzas aquí congregadas eran las tropas de Panamá que habían sustituido en Quito a las de Lima después de su salida, y que al constituirse la Junta fueron a su vez obligadas a evacuar la ciudad. Por su parte, el Gobernador de Cuenca también organizaba las fuerzas de que podía disponer, principalmente las milicias, con objeto de defender la frontera de su territorio. Así pues, en

(41) A. G. I.—Quito, 255. Copia de acta del Real Acuerdo de Lima, celebrado el 25 de octubre de 1810.

la Junta de Guerra celebrada poco después de la llegada de Molina sólo se trataron estos puntos, resolviéndose mantener las tropas de Panamá en Huandara y enviar individuos que ayudasen al Gobernador de Cuenca para disciplinar las milicias de aquella provincia (42).

Entretanto, en comunicación con la Junta de Quito, esperaba poder conseguir un resultado favorable sin necesidad de tener que recurrir a las armas. «Mi fin es usar de la persuasión y consejo—escribía Molina—: estrecharlos por medio de prudentes providencias al reconocimiento de las legítimas autoridades e inducirlos a la disolución de su ilegal Junta, empleando toda la suavidad que fuera compatible con el decoro del empleo que debo a S. M.; pero no permitiré que en manera alguna se incremente ni extienda el fuego de la subversión a las provincias que hasta ahora se hallan libres de él, valiéndome en caso necesario de la fuerza de las armas» (43).

Pero ante la probabilidad de tener que recurrir a ellas, era necesario formar un considerable Cuerpo de tropas, que debería constar de 3.000 hombres, número que según la opinión del Gobernador de Cuenca, a la que se adhería Molina, no era exagerado, si se tenía en cuenta la necesidad de no poner en riesgo la primera acción que se sostuviese con el enemigo, ya que sería decisiva para las provincias, e incluso para el mismo Perú. Y la situación de las tropas en estos momentos era bastante precaria, pues según comunicaba Molina a Abascal, las fuerzas de Lima y Panamá habían disminuído mucho sus efectivos, y el Gobernador de Cuenca, por su parte, sólo podía proporcionar 500 hombres. Así es que pide le remita una Compañía de granaderos del Real de Lima y oficiales de Artillería para cubrir los grandes huecos que sufría el Ejército, además del envío de 60.000 pesos en

(42) A. G. I.—Quito, 255. Copia de acta de la Junta de Guerra celebrada en Guayaquil, bajo la presidencia de Molina. Guayaquil, 8 de noviembre de 1810.

(43) A. G. I.—Quito, 255. Oficio de Molina a Abascal. Guayaquil, 17 de noviembre de 1810.

metálico para llenar las necesidades de la tropa (44).

Entretanto se llevaban a cabo estos preparativos en el campo realista mientras se esperaba la contestación de la Junta de Quito, en el campo de los quiteños tenían lugar preparativos semejantes. Reunidas sus tropas habían avanzado hasta cerca de Huaranda, llegando a constituir una amenaza para este punto. En vista de ello, el jefe de las tropas de Panamá que lo guarnecía pidió refuerzos a Guayaquil. En nueva Junta celebrada el 19 de noviembre se acordó auxiliarle con el envío de dos Compañías de pardos y cuatro piezas de Artillería, persuadidos de la importancia del mantenimiento de este punto, cuya conservación debía procurarse a toda costa (45). Aun más, en otra Junta de Guerra posterior, de 29 de noviembre, ante el patente peligro de un ataque enemigo, se decidió que el resto de las fuerzas de Arredondo marchase a guarnecer dicho punto, dejando desocupado el de Alausi por falta de tropa, dada su facilidad de recuperarlo en un momento determinado (46).

Cumplidas estas órdenes, Arredondo pasó a reforzar Huaranda con el resto de las tropas de Lima y simultáneamente se comunicaba al Gobernador de Cuenca reuniese 1.800 hombres, con los cuales debería ocupar la provincia de Alausi, y en este caso, cortada la comunicación con Quito por este punto y por por los de Ambato y Riobamba, que debía ocupar Arredondo, quedarían rotas las comunicaciones y anulado el comercio de Quito, completándose su aislamiento con las órdenes comunicadas al efecto al Gobernador de Popayán. De este modo, con un ejército que llegaría a 3.000 hombres se mantendría a la expectativa, en espera de las decisiones de la Junta, conservando aislado el foco revolucionario (47).

(44) A. G. I.—Quito, 256. Copia de oficio de Molina a Abascal. Guayaquil, 23 de noviembre de 1810.

(45) A. G. I.—Quito, 256. Copia de acta de la Junta de Guerra celebrada en Guayaquil, bajo la presidencia de Molina, el 19 de noviembre de 1810.

(46) A. G. I.—Quito, 256. Copia de acta de la Junta de Guerra celebrada en Guayaquil, bajo la presidencia de Molina, el 29 de noviembre de 1810.

(47) A. G. I.—Quito, 255. Copia de oficio de Molina a Abascal. Guayaquil, 6 de diciembre de 1810.

Las negociaciones con la Junta habían tenido hasta entonces poco éxito. Al recibirse en Quito los oficios de Molina en que notificaba su decisión de tomar el mando de la ciudad de una u otra forma en virtud de su nombramiento de Gobernador de la misma, se opusieron reparos a este nombramiento, alegándose que no se hallaba en posesión de él y que no tenía derecho a arrebatar la autoridad a la Junta. En vista de las dificultades que surgieron en el intercambio de oficios, y con el fin de obviar todos estos obstáculos, decidió Molina enviar a Quito, en calidad de comisionado, al oficial don Joaquín Villalba, para que, en contacto directo con las autoridades de allí, pudiese llegar a un acuerdo sobre la disolución de la Junta y entrada del nuevo Presidente. Pero los resultados de la comisión fueron más contraproducentes que el anterior cambio de oficios. Llegado a la capital Villalba, portador de un salvoconducto de la Junta, estuvo a pique de perder la vida en un tumulto popular que se originó a su entrada. El pueblo de Quito, tomándolo por limeño, descargó en él sus iras acumuladas desde el 2 de agosto, y a no ser por la llegada de Montúfar, que lo condujo a su casa, lo hubiera pasado bastante mal el comisionado de Molina. De todos modos, tampoco se alivió mucho su situación en lo sucesivo; durante toda su estancia en Quito permaneció bajo severa vigilancia por parte de las autoridades, según se decía, para librarlo de cualquier atentado.

A Villalba se le propusieron tres puntos en nombre de la Junta, como base de negociación con Molina: que se desembargasen los bienes de los individuos de la sierra, que estaban embargados en Huranda; la libertad de comercio de la provincia, y la retirada inmediata de las tropas, comprometiéndose por su parte los quiteños a hacer lo propio. Por último, se exigía que Molina esperase el parecer de la Regencia, a quien se había comunicado la formación de la Junta: en caso de que aquélla aprobase su constitución, el Presidente se abstendría de entrar en Quito, y en caso contrario, ya se buscaría una solución para zanjar las dificultades (48). Durante el periodo de per-

(48) A. G. I.—Quito, 255. Declaración del vecino de Quito

manencia en Quito le propusieron a Villalba que se quedase en la ciudad uniéndose a los revolucionarios, a lo que se negó rotundamente. Montúfar le dió a entender que no había traído órdenes del Consejo de Regencia para alterar el Gobierno, pero que lo había hecho por haberlo exigido el pueblo y parecerle que por este medio conciliaría los ánimos de sus paisanos con las autoridades, y que debido al desarrollo de los acontecimientos, en el día se hallaba comprometido a sostener dicha alteración. El Provisor del Obispado fomentaba la rebelión, y todos procuraban excitar al pueblo con una activa propaganda. En cambio, Ruiz Castilla se hallaba completamente coaccionado, no permitiéndole los componentes de la Junta abandonar su aparente mando, del que en varias ocasiones había hecho renuncia, todas ellas completamente en vano (49).

Recibidas en Guayaquil las noticias referentes al trato concedido en Quito a Villalba, convocó Molina una Junta de Guerra para examinar la situación y obrar en consecuencia. En efecto, se determinó suspender los medios pacíficos para llegar a un arreglo, siendo de parecer los allí reunidos que se comenzase el ataque, pero reclamando antes a la Junta de Quito la devolución de la persona del comisionado. Aún se ofreció una última posibilidad con el ofrecimiento del Coronel Bejarano, que se puso a disposición del Presidente con objeto de pasar a Quito para rescatar a Villalba y ensayar por última vez un intento de solución del conflicto. Aceptada su oferta pasó a la ciudad de Riobamba, en donde se hallaba Montúfar, que se había puesto al frente de las tropas quiteñas en este punto (50).

Pero la comisión de Bejarano resultó de peores consecuencias que la de Villalba, pues a su vuelta del campamento de Riobamba sin ningún resultado práctico en cuanto a la solución del problema, hizo cun-

don Alejandro Díaz González, huído de esta ciudad. Guayaquil, 28 de diciembre de 1810.

(49) A. G. I.—Lima, 649. Copia de informe de don Joaquín de Villalba al Virrey del Perú. Guayaquil, 6 de marzo de 1811.

(50) A. G. I.—Quito, 255. Copia de oficio de Molina a Abascal. 29 de diciembre de 1810.

dir la noticia de los grandes efectivos que estaban acopiando los quiteños en aquel lugar, desde donde proyectaban dirigir un ataque contra las tropas de Arredondo con objeto de cortarles la retirada. En vista de tales antecedentes, el jefe realista decidió reunir una Junta de Guerra con sus oficiales para trazar su plan de operaciones. En un principio se optó por permanecer en dicho punto y esperar el desarrollo de los acontecimientos, pero más adelante, examinadas las condiciones del terreno, decidieron abandonarlo de noche, como en efecto hicieron. Como no tenían caballerías para transportar los pertrechos y equipaje, hubieron de abandonarlos, como asimismo los cañones de que disponían, que, arrastrados por los soldados, cayeron en precipio (51).

La consecuencia inmediata de la retirada de las tropas de Arredondo fué el rápido avance de las de Montúfar, que ocuparon Huaranda sin ninguna dificultad, lo que obligó al Gobernador de Guayaquil a concentrar sus tropas sobre la línea de la frontera de su provincia. En vista de la inesperada complicación de la situación militar y de que los quiteños amenazaban continuar su avance, Molina salió de Guayaquil en dirección a Cuenca, adonde llegó el 29 de enero de 1811. El Gobernador Aymerich había salido ya de la ciudad, marchando a Cañar, frontero a Alausi, en donde con sus tropas pensaba guardar este punto y el de Paredones. A su llegada a Cuenca, Molina envió a Aymerich los auxilios que le eran indispensables para mantenerse en aquel punto, pero como a juicio de éste aún necesitaba mayor cantidad de hombres para comenzar la ofensiva contra Quito, mucho más después del desastre de Arredondo, se dirigió al Virrey del Perú en solicitud de auxilios. Pero el Virrey no se hallaba en condiciones en este momento de enviar lo que necesitaba Molina; por ello le pareció prudente no comenzar seguidamente la ofensiva contra los sublevados, «tanto por no haberse apurado suficientemente y con la dulzura que correspondía los medios de reducirla, como por las dificultades que se

(51) A. G. I.—Lima, 649. Copia de oficio de Arredondo a Abascal. Bodega de Babahoyo, 4 de enero de 1811.

tocaban en hacer un armamento cual Molina apetecía...» (52). Insistía en que atuviese estrictamente a las instrucciones con que había partido de Lima, encaminadas a aprovechar hasta el último resquicio de arreglo pacífico. Reunido el Acuerdo en Lima el 23 de diciembre y examinada la cuestión de Quito, fué de parecer que Molina esperase en Cuenca el resultado de la comisión de Villalba, «apurando todos los medios de prudencia y sagacidad para restablecer el orden en aquel territorio sin necesidad de hacer uso de las armas para poseñionarse de su empleo y que se le manifieste que las nuevas ocurrencias del Reino y lo avanzado de la estación no permiten se le franqueen por ahora los auxilios de tropa y dinero que pide para entrar en la provincia de su mando con la fuerza de armas...» (53). Con esto se daba a entender una vez más a Molina que debía desechar hasta el último momento el empleo de las armas, so pena de tener que valerse de sus propias fuerzas, pues las esperanzas que pudiera poner en Lima resultaban completamente vanas. Pero no paraba aquí la cosa, sino que en el mismo oficio en que Abascal le comunicaba el dictamen del Acuerdo, le ordenaba que las tropas de Panamá que estaban a sus órdenes debían regresar lo antes posible a su punto de origen, reclamadas por el Gobernador de aquel territorio para emplearla en su defensa ante el cariz que tomaban los acontecimientos en Santa Fe.

Pero ya no era posible un arreglo. Las negociaciones habían llegado a un punto muerto y los últimos acontecimiento militares hacían inevitable el comienzo de las hostilidades. Montúfar, al frente de 3.000 hombres y 16 cañones se sentía fuerte contra 600 soldados, que era todo cuanto podía oponerle Molina por el momento; pues no cabía pensar que el Virrey de Lima pudiese enviarle muchos refuerzos cuando al mismo tiempo se hallaba preparando en el Desaguadero un ejército con que oponerse a la marea ascendente de la revolución argentina, amenaza directa del

(52) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 119.

(53) A. G. I.—Quito, 256. Copia de acta del Real Acuerdo de Lima. Lima, 23 de diciembre de 1810.

Virreinato. En condiciones de manifiesta inferioridad numérica hubo pues de hacer frente Molina a las fuerzas quiteñas.

Las fuerzas realistas se hallaban en los confines de la provincia, en el punto de Paredones, pero atacadas por Montúfar, hubieron de retirarse de este punto al de Cañar, distante doce leguas de Cuenca, y en donde se había instalado el Cuartel General. El 18 de febrero aun hubieron de retroceder las tropas a situarse en Verdeloma, a cinco leguas de la ciudad. Montúfar dirigió oficios al Cabildo anunciando su próxima entrada tras la inminente toma de la ciudad. Convocado el pueblo a cabildo para organizar la defensa, sólo apareció un número exiguo de vecinos sin ánimo de defenderla; se hacía ver que entre la propaganda de los enemigos y el desánimo que había cundido entre los habitantes el desenlace sería fatal para la ciudad. Ante el cariz que tomaba la situación, el Obispo, que se había mostrado en todo momento como un ferviente defensor del bando realista, abandonó la ciudad en la noche del 18.

El mismo día 18, Montúfar envió al Cabildo un oficio de la Junta de Quito en el que calificaba de falsos los poderes de Molina e invitaba a los conqueses a adherirse a su partido. Leído este escrito en el Cabildo, Molina pudo darse cuenta de que el ánimo de los capitulares era de no resistir a los quiteños, en vista de lo cual, y juzgando inútil su permanencia en la ciudad que no podía defender, pidió se le aceptase su dimisión. Su propuesta fué aceptada y al día siguiente marchó hacia el pueblo de indios denominado El Valle, distante legua y media de Cuenca. Entretanto, los enemigos habían avanzado hasta Caspicorral, en donde recibieron la contestación del Cabildo proponiendo a Montúfar pasase a la ciudad.

Pero mientras tenían lugar estas negociaciones, y a raíz de la partida de Molina, se esparció la noticia de su marcha y de la próxima llegada de los quiteños. Ante esto comenzó a reaccionar la población, que hasta entonces había permanecido presa del mayor temor. Y de tal modo fué aprovechada la reacción del pueblo de Cuenca por algunos elementos adictos a los realistas y por algunos sacerdotes, que, reunido Cabil-

do abierto el día 22, siguiente al de la marcha de Molina, decidieron unánimemente enviarlo a llamar y colaborar todos con él en la defensa.

Ante el cambio efectuado en los ánimos de los conquenses, Molina accedió a volver y organizar la resistencia. Por su parte, Montúfar, sorprendido por el inesperado cambio de opinión, envió un nuevo oficio dando tres días de plazo para que le enviasen diputados con el fin de ajustar la capitulación. A su oficio le contestaron desde la ciudad dándole un plazo de tres horas para retirarse, decisión tomada en Cabildo abierto celebrado el 23. En vista de la alternativa, y no queriendo hacer frente a un posible ataque de Molina, emprendió la retirada, en la que, según comunicaba el Presidente, debido al mal tiempo no fué posible llevar a cabo su persecución (54).

La actuación de Molina en este suceso fué duramente criticada por el Virrey de Lima. En primer lugar fué acusado de haber provocado con sus escritos la agresión de los quiteños y de no haber obrado conforme a sus instrucciones. Fué acusado asimismo de un «genio demasiado irritable» y de pocos conocimientos políticos y militares. Desde que se planteó por segunda vez el problema de Quito, se vió un marcado deseo por parte del Virrey de Lima de encontrar una solución pacífica al conflicto. Y la posición del Virrey era lógica. Por una parte existía el natural modo de ser político de Abascal, que en todo momento prefería recurrir al empleo de la fuerza como último argumento, y sólo cuando se habían agotado todos los intentos de composición, y por otra parte estaban aún recientes los sucesos de Chuquisaca y La Paz. Pero sobre todo se alzaba un peligro mayor, representado por la revolución argentina. Esto era lo que efectivamente impedía al Virrey dirigir del todo la vista hacia Quito, sin que por eso perdiera importancia a sus ojos el problema.

Desde su propio punto de vista parece natural que Molina quisiera apresurar los acontecimientos para entrar en posesión de su mando en la capital, lo cual

(54) A. G. I.—Quito, 256. Traslado de parte de Molina a don Francisco Saavedra. Cuenca, 29 de marzo de 1811.

no quiere decir que hiciese algo por su parte para que comenzasen las hostilidades. Cuando llegó a hacerse cargo del mando de Cuenca, ya el Gobernador de esta ciudad había establecido sus fuerzas para seguridad de la provincia, como asimismo el de Guayaquil, lo cual vino a demostrar que Montúfar, sabedor de su superioridad numérica sobre Molina, intentaba un ataque para obtener sobre él una primera y decisiva victoria que pusiese en sus manos la provincia de Cuenca, y con ella el camino del Perú, aunque cabe pensar que por entonces al menos, hubiesen parado aquí sus deseos de conquista. Por otra parte no se compaginan bien la actitud provocativa de Molina respecto a Montúfar con las constantes peticiones de auxilio de éste a Lima, por sentirse en inferioridad respecto a aquél.

Entretanto tenían lugar estos sucesos en el Sur, en la región de Popayán se desarrollaban acontecimientos análogos. Al instalarse la Junta de Santa Fe, el gobernador de Popayán, don Miguel Tacón, no reconoció la autoridad de dicha Junta. Pero casi todas las demás ciudades de la región la acataron como depositaria del Poder, de tal forma, que sólo quedaron por la causa realista Popayán, Pasto, Almaguer y Barbaeoas, tan distantes entre si una de otra que no cabía contar con un pronto mutuo auxilio, para defenderse de los rebeldes. Ante estas dificultades, amenazado por los gobernantes de Bogotá, el Cabildo y el gobernador de Popayán acudieron al Virrey del Perú, de quien en otro tiempo había dependido la provincia. Asimismo solicitaron auxilio del Presidente electo de Quito, Molina. Conocida por ambos la situación de aquella ciudad le avisaron a su gobernador el pronto envío de auxilios. Pero los oficios fueron interceptados por la Junta de Quito, que comunicó la noticia a la de Santa Fe. Esta se apresuró a llevar a cabo sus proyectos antes de que pudiera venir el auxilio prometido a Popayán: las ciudades del valle del Cauca habían formado también una Junta en Cali, y unidas sus fuerzas, las de Neyva y la Plata, levantaron un ejército numeroso que se acercaba a la capital estrechándola y cerrándole el camino para la entrada de los víveres y auxilios.

La ciudad de Pasto, ante el peligro que corría Po-

payán, acudió en su ayuda con una compañía de milicias, y la de Barbacoas lo hizo igualmente con un piquete que no pudo llegar a su destino. En situación tan angustiosa, repiten insistentemente las peticiones de auxilios al Virrey de Lima y a Molina, pero de ninguna parte llegan los esperados refuerzos. Las fuerzas enemigas, mandadas por el coronel don Antonio Baraya, se encontraban cerca de la capital, y las autoridades españolas, considerando la inferioridad numérica en que se hallaban, procuraron por todos los medios soslayar el encuentro. Pero al fin, llegó el momento en que no tuvieron otro remedio que admitir la batalla, so pena de entregar al enemigo la ciudad y la provincia sin combatir. En las márgenes del río Palacé tuvo lugar la contienda entre ambas fuerzas el 28 de marzo de 1811. El resultado fué el que desde un primer momento se había previsto. Los mismos soldados de Popayán, en gran número, se unieron a los revolucionarios y el resto de las fuerzas se vió obligado a retirarse a la ciudad. La situación era insostenible y en el momento en que los enemigos desencadenasen un nuevo ataque acabarían por tomar la capital. Ante lo apurado del momento, el Cabildo decidió, a las cuatro y media de la mañana del día 29, la evacuación, como en efecto se hizo (55). Tacón con sus fuerzas y el Cabildo emigraron hacia la ciudad de Pasto, mientras los sublevados de las ciudades del Cauca entraban en Popayán e instalaban en ella su Junta.

Se explica perfectamente el interés, tanto de los quiteños, como de los sublevados en el Virreinato de Nueva Granada de acabar con el foco realista sostenido por Tacón. Su posición era clave para las comunicaciones entre ambos territorios. Las dos ciudades de Popayán y Pasto se hallaban situadas en el valle del Cauca, que se desliza entre las dos ramas de la cordillera andina, poniendo en comunicación la costa del Mar de las Antillas con la región del interior, y que juntamente con el del río Magdalena son los dos

(55) A. G. I.—Quito, 256. Copia de una representación del Ayuntamiento de Popayán, emigrado a Pasto, al Primer Secretario de Estado. Pasto, 16 de mayo de 1811.

grandes caminos de penetración en el Continente sudamericano. Ambos van a confluir en el Nudo de Pasto, y el camino de entrada en el Ecuador pasa por la ciudad de este nombre. De ahí el interés estratégico de ambas. Mientras Tacón se mantuvo en Popayán, la Junta de Quito se hallaba completamente incomunicada con la de Santa Fe, y el deseo de restablecer las comunicaciones entre ambas explica suficientemente la campaña contra él.

A pesar de la toma de Popayán, con la retirada de Tacón a Pasto, las comunicaciones entre aquellas ciudades quedaban aún cortadas. Lógicamente cabía pensar que, tanto los de Santa Fe como los de Quito, arriesgasen sus ataques para lograr su unión, como en efecto ocurrió. Las peticiones de auxilio de Tacón se redoblaron, dirigidas sobre todo a pedir a Molina una rápida marcha sobre Quito que acabase con el peligro que significaba esta ciudad en manos de los sublevados. Por eso su desánimo fué grande cuando tuvo noticias de la detención de Molina en su camino hacia Quito. Semejante contratiempo, dice, «va a acabar de sacrificarme y hacer infructuosos todos los esfuerzos que he tenido que emplear para sostener esta barrera por el largo término de ocho meses, a fin de impedir la reunión de las fuerzas insurgentes de Santa Fe y Quito» (56).

A las angustiosas peticiones de Tacón se excusaba Molina alegando que se hallaba sin la fuerza necesaria para llevar a cabo su proyecto, a pesar de las conocidas ventajas que reportaría, por el abandono en que lo tienen las reiteradas negativas del Virreinato del Perú, adonde a su vez se ha dirigido para que le envíen las fuerzas que le son necesarias (57). Abascal, por su parte, se dedicaba mientras al arreglo de una lancha cañonera para enviarla con fuerzas y armamentos a la costa de Barbacoas y de allí a Pasto, y para que a su vuelta se trajera 50.000 pesos que ha-

(56) A. G. I.—Quito, 256. Copia de carta particular de Tacón al Gobernador de Guayaquil. Pasto, 14 de mayo de 1811.

(57) A. G. I.—Quito, 255. Oficio de Molina al Primer Secretario de Estado y del Despacho universal, Cuenca, 14 de julio de 1811.

bía extraído el Gobernador de Popayán y pensaba enviarlos a Lima. Mientras preparaba el auxilio a Tacón, comunicaba a la Junta de Quito el indulto prometido por el Gobierno de España a todos los que volviesen al acatamiento de las autoridades legítimas, e intentaba restablecer el tráfico comercial con dicha provincia sobre la base de la mutua retirada de las tropas y con el compromiso por parte de los quiteños de no atacar tampoco a las fuerzas de Popayán.

Las proposiciones del Virrey no pudieron, sin embargo, llevarse a la práctica, pues los de Quito seguían manteniendo sus tropas en pie de guerra y en el Norte continuaba la lucha reciamente. El 19 de septiembre tuvo lugar un encuentro entre las fuerzas de Tacón y las de los quiteños en el punto de Calabozo. El día 20, reforzados los realistas, continuó la acción: los soldados de Pasto colocaron en un aprieto a los quiteños, mandados por el Capitán Checa; pero mientras éste se defendía para abrir una brecha en las filas enemigas, la llegada del Ejército quiteño puso en fuga a los realistas. Como consecuencia del encuentro, los quiteños ocuparon el 21 el pueblo de Taquamquer, y el 22 la ciudad de Pasto. El Teniente Coronel Tacón se vió obligado a retirarse a la costa (58).

Con la derrota de Tacón quedaba expedito el camino entre Quito y Santa Fe, por donde podrían correr los mutuos auxilios de los revolucionarios. Uno de los principales objetivos de la Junta de Quito se había cubierto. Además, por entonces se recibieron oficios de la Regencia aprobando la constitución de la Junta. Ambos hechos parece pudieran marcar el momento de apogeo de su poder; pero no fué así. Pues aunque aparentemente reforzaron su posición, en la práctica hay que tomarlos como el principio del fin de la misma.

En efecto, estos mismos hechos alarmaron al Virrey de Lima, que dándose cuenta del peligro que podía representar la existencia de unos sublevados poderosos en el Norte de su Virreinato, y coincidiendo

(58) A. G. I.—Quito, 256. Copia de parte del Comandante de la expedición de tropas de Quito al señor don Pedro Montúfar. Campo General de Yaquanquer, 22 de septiembre de 1811.

con el momento en que las tropas del Alto Perú habían obtenido una notable victoria sobre las argentinas, se dispuso a dedicar más atención a los asuntos de Quito.

Por su parte, el Consejo de Regencia, al aprobar la constitución de la Junta, lo había hecho con algunas restricciones, comunicando al Virrey del Perú que dicha aprobación se coordinase con su plan para sofocar la rebelión de América. Con estos antecedentes, el Virrey escribió a la Junta solicitando le fijasen claramente su posición, y mientras esto ocurría organizaba un plan de ataque contra las fuerzas de Quito, que llevarían a cabo las de las provincias de Guayaquil y Cuenca.

Del mismo modo ponía en conocimiento de los restantes Cabildos que la condición fundamental bajo la que había sido reconocida la Junta era el acatamiento de las autoridades legítimas, punto que en la práctica no habían acatado, ya que el hecho mismo de su constitución había significado el suplantamiento de las autoridades existentes.

Mientras ponía en guardia a los Cabildos, remitía auxilios a Molina, cuyas peticiones, desmedidas a los ojos del Virrey, no cesaban. Pero es que temía un nuevo ataque de las fuerzas de Quito. Así lo expresaba con toda seguridad: «tengo por infalible el anuncio que se me ha hecho de que en Quito se prepara contra Cuenca una fuerte combinada invasión, para la que se inventan proyectos de nueva y grande hostilidad. Este se me hace más creíble en razón de que no puede negarse que se hallan hoy con doble fuerza, pues tienen la que puede ministrarle Popayán, y que tienen dinero, pues han pagado a la tropa los sueldos atrasados...» (59). En previsión de estos posibles ataques había salido para Cuenca el sargento mayor don Antonio del Valle, al que se le habrían de reunir en aquel punto tropas de Guayaquil y las que salieran de Lima para sofocar la primera revolución y que habían sido expulsadas de Quito a raíz de los sucesos del 2 de agosto. Además de dicho auxilio, aun le pro-

(59) A. G. I.—Quito, 285. Oficio de Molina al Consejo de Regencia. Cuenca, 29 de diciembre de 1811.

metía el Virrey el envío de doscientos hombres con sus fusiles, con los cuales esperaba socorriera a las tropas de Tacón en el Norte (60).

Entretanto tenían lugar estos preparativos por parte del Virrey y Molina, en Quito habían ocurrido también acontecimientos interesantes. La situación de la Junta, contra todo parecer, se hacía más inestable por momentos. Quito se hallaba prácticamente aislado, pues por el Norte, si bien se había podido establecer el contacto con las fuerzas de la Junta de Santa Fe, los fugitivos de Popayán y Pasto no habían sido eliminados totalmente y procuraban fomentar el descontento entre los indios de estos parajes, que se levantaron contra los insurgentes. En cuanto al Sur, las dos ciudades más importantes de la región, Guayaquil y Cuenca, se hallaban en poder de los realistas, que estaban dispuestos a defenderlas a todo trance. Y este aislamiento produjo graves perjuicios a la capital, que redundaron en descrédito de la Junta. Quizás como una medida de asegurarse la revolución, la Junta tomó el partido de declarar la independencia. En efecto, el 11 de diciembre de 1811 tuvo lugar la solemne proclamación de la independencia de Quito y de todo el territorio conquistado (61). Con ello ciertamente lograron un respiro, y consiguieron extenderse por la región de la costa hasta el Golfo de Tumaco, con lo que obligaron al Gobernador de Popayán, que se había retirado a Barbacoas, a evacuar esta región y trasladarse por mar a Guayaquil. Ahora parecía completamente asegurada la comunicación con la Junta de Santa Fe.

Conseguido su objetivo en el Norte, las miras de los quiteños se dirigieron hacia el Sur, con el fin de apoderarse de Cuenca, llave del camino del Perú. Para llevar a cabo su propósito, el 15 de junio se presentaron las tropas de la Junta en Paradones ante la avanzada de Aymerich, que rompió el fuego, entablándose un combate que duró tres horas, replegándose al cabo de ellas los realistas a la altura de Llasu,

(60) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Págs. 142, ss.

(61) A. G. I.—Quito, 258. Copia de acta de la Junta de Quito. Quito, 11 de diciembre de 1811.

cerca de Cañar, obligados por la caballería enemiga. Durante los días 16, 17 y 18 se mantuvieron los quiteños en los puntos de Puyal, Hato de la Virgen y Silante sin iniciar ataques. En el punto de Caspicorral los aguardaba don Antonio María del Valle, que había llegado a este lugar el mismo día 15, y a su vez, Aymerich se hizo fuerte en los cerros de Yarugaloma y Sagún. El 19, Valle tuvo noticias de avistarse el enemigo a vanguardia marchando fuera del camino real por una quebrada a la derecha del pico de Caspicorral. Valle, creyendo que iba a ser objeto de un ataque, formó sus tropas, pero en vista de que no lo atacaban pensó en atacar a su vez a la mañana siguiente. Entonces tuvo noticias de que se dirigían a Azogues y Verdeloma, adonde marchó inmediatamente con sus fuerzas (62). El 20, los quiteños llegaron al llano de Atar, acampando frente al puesto de Muruvrio. Allí se colocó Aymerich para impedirles la entrada al pueblo de Azogues, y de allí a la capital de Cuenca. El 21 por la mañana desfilaron por la Cuchilla del Llavasi, frente a Verdeloma y a la posición que ocupaba Aymerich. Durante los días 22, 23 y 24 hubo algunas tentativas por parte de los quiteños de abrir brecha entre las filas realistas, que fracasaron. El 25, Valle, cumpliendo órdenes de Aymerich, salió a las cuatro de la mañana a atacar a los enemigos. Atravesó el río de Cuytón, subió la loma de Pesantes y se encaminó a la Llanura de Atar. Pero detenido por el mal estado del camino llegó a este último punto ya de día y fué descubierto por sus contrarios. Desde aquí, sin embargo, dominaba el campo enemigo, por lo que se destacó la Caballería quiteña para tomar el camino de Atar, encontrándose con la vanguardia de Valle, que le obligó a retroceder. A consecuencia de esto se pudo ocupar totalmente la altura y situar en ella la artillería.

En esta situación el fuego, el enemigo se dirigió dos veces al ataque, sin éxito en ninguna de ellas. Pero con la muerte de dos soldados de una bala de cañón, empezaron a desmoralizarse las tropas de Valle,

(62) A. G. I., Quito, 257. Copia de parte de Del Valle a Molina. Verdeloma, 21 de junio de 1812.

sobre todo sus oficiales, de tal forma que no hubo medio de organizar la lucha. En vista de ello y de que se habían consumido todas las municiones de la Artillería, decidió emprender la retirada antes de que el resultado fuese desastroso. El repliegue comenzó con orden en dirección a Verdeloma, pero a poco de comenzar tuvo noticias de que la Caballería enemiga venía a cortarles el camino, con lo que se aumentó de nuevo el desorden entre sus tropas, y aunque su Caballería y parte de su Infantería estaba ya desplegada, logró contenerlos y hacerles retirar.

La tarde siguiente al encuentro se observó que los quiteños variaban el campamento al sitio que ocupara Valle con sus tropas durante la batalla, y efectuaban movimientos. Entre las 10 y las 11 de la noche comenzó de nuevo el fuego en las avanzadas, que cesó pronto, y de madrugada tuvo noticias de la retirada del enemigo, que dejó en el campo abundantes municiones y artillería (63).

Con la retirada de los quiteños se aseguraba el mantenimiento de Cuenca por Molina, y quizás ahora hubiese sido un momento oportuno para emprender una ofensiva que los alejase definitivamente de la provincia. Pero el fruto de estas acciones no iba a recogerlo el hasta entonces Presidente de Quito, que jamás llegó a ocupar su sede, sino su sucesor en el cargo, el mariscal de campo don Toribio Montes, que, procedente de España, se hallaba en Lima disponiéndose a marchar hacia Guayaquil.

A pesar de los aparentes triunfos de las fuerzas de Quito, la situación en el interior de la región dominada por la Junta, y más concretamente en la capital, era en extremo delicada. Quito no se bastaba a sí misma, y la pérdida del importante puerto de Guayaquil, junto con la de Cuenca, se hacía sentir notablemente en la vida del país. Por otra parte, no

(63) A. G. I.—Quito, 257. Copias de partes de Del Valle a Aymerich, Verdeloma, 25 de junio de 1812; de Aymerich al Presidente, Cuartel General de Azogues, 25 de junio de 1812. (En él transcribe un parte de Del Valle, de 25 junio, fechado también en Verdeloma). Otro parte de Arteaga a Aymerich, campo de Mururio, 25 de junio, y un parte de Aymerich a Molina, Cuartel General de Azogues, 30 de junio de 1812.

cabe duda de que la posición de Quito, alejada del centro de la lucha de Nueva Granada, no daba lugar a forjarse la esperanza de un pronto auxilio. Todas estas circunstancias y el anuncio de una próxima ofensiva por el Sur de las fuerzas realistas, condujeron a los luctuosos sucesos que se desarrollaron en la capital y que tuvieron como resultado una serie de asesinatos, entre ellos el del hasta poco tiempo antes Presidente de la Junta, Conde de Ruiz Castilla, en junio de 1812. Pero las revueltas sólo consiguieron aminorar el poder de la Junta cuando los realistas se apoderaban en el Norte de la ciudad de Pasto, e interceptaban las comunicaciones con Santa Fe, ayudados en gran parte por las poblaciones indígenas de aquella región.

Mientras esto ocurría en el Norte, en el Sur Montes se preparaba para marchar con su expedición. Reunió 2.000 hombres, con los que se dirigió a Guayaquil, punto elegido para comenzar sus operaciones. Allí se le reunió el ejército existente en esta provincia, y con todas sus fuerzas se encaminó hacia Quito. Las tropas de la Junta, después de su fracasado intento de apoderarse de Cuenca, se habían retirado hasta San Miguel, punto cercano a la capital, en donde se habían fortificado, dispuestos a detener el paso de los realistas. Fueron desalojados, sin embargo, de sus posiciones y se retiraron al pueblo de Mocha, como último punto de defensa de la capital. También de aquí fueron rechazados y obligados a refugiarse dentro de Quito. Aun intentaron los quiteños defender desesperadamente su ciudad, pero sin éxito; Montúfar, al frente de sus tropas, hubo de retirarse hacia Ibarra, y el día 4 de noviembre Montes entraba en Quito, haciéndose cargo de la Presidencia.

A su entrada en la ciudad la encontró casi completamente evacuada por sus habitantes. Hasta los clérigos seculares y los religiosos habían marchado de allí, y antes de que pudieran rehacerse sus enemigos envió contra ellos una división al mando del Coronel don Juan Samano, que atacó la ciudad de Ibarra y los obligó a retirarse con la pérdida de 300 hombres (64). Estas mismas tropas auxiliaron a las que

(64) A. G. I.—Quito, 257. Duplicado de oficio de Montes a la Regencia. Quito, 7 de abril de 1813.

se defendían en Pasto contra los ataques de las fuerzas de la Junta de Popayán.

De este modo quedaba totalmente vencida la revolución en el territorio de Quito. Afianzada en él la autoridad realista y aislada de la lucha que se mantenía en el Norte del Virreinato de Nueva Granada, se mantiene en quietud hasta los momentos finales de la contienda, en que se desarrollan en su suelo las últimas campañas. El hecho de conquistar su independencia merced a las tropas colombianas hace que durante la primera etapa de este período su vida política continúe unida a la de Colombia, de la que geográficamente se hallaba desvinculada de un modo total, manteniéndose la unión hasta 1830.

MOLINA - TACON.

MONTES.

ARREDONDO.

CAPITULO V

LA PRIMERA EXPEDICIÓN ARGENTINA AL ALTO PERÚ: COTAGAITA Y SUIPACHA

Con la constitución de la Junta de 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires puede decirse que se inicia la revolución argentina. Hasta entonces, Liniers primero, y Cisneros después, habían logrado conservar un poder más teórico que efectivo, con el cual se mantenía, aunque de un modo efímero, la autoridad real. Pero lo que no había podido lograr Liniers, mucho menos iba a conseguirlo Cisneros. Si el uno cayó por falta de habilidad, y se encontró al cabo enemistado con los mismos que lo habían proclamado Virrey, el otro, desconocedor de los problemas y de las personas de aquel país, llegó a gobernar cuando el poder del Rey no era más que pura teoría.

La deposición del Virrey y la creación de la Junta dejan entrever los propósitos de la minoría revolucionaria y sus deseos de separarse de la Metrópoli. Los defectos que le achacaban al origen del Consejo de Regencia de España—que en último término podían ser aplicables a la Junta—no fueron sino el pretexto que sirvió para llevar a la práctica sus ideas.

Apenas afianzada la revolución en la capital, se

organizó un Ejército con un núcleo inicial de quinientos hombres con objeto de dirigirse a las provincias interiores y al Alto Perú. Su finalidad era dar a conocer a estos pueblos la decisión de Buenos Aires y que ellos mismos nombrasen los diputados para la Junta general de las provincias, que próximamente se habría de reunir en la capital del Virreinato. Se pensaba engrosar dicho Ejército con las levás que se hiciesen en el camino y con el alistamiento voluntario de los partidarios de la libertad del país.

El Ejército porteño, que más tarde recibió el nombre de «Ejército auxiliador del Perú», no suponía en sí ninguna grave amenaza para la existencia del Virreinato del Perú: era un reducido contingente de hombres sin una gran instrucción militar y sin noción muy exacta de la disciplina. Más que por su fuerza, el grave peligro que entrañaba era el ser un ejército revolucionario, con todas las características propias de tales tropas. Era, por tanto, un vehículo propagador de ideas subversivas, más bien que una poderosa máquina guerrera. Se corría, sin embargo, el peligro de que al llegar a la frontera del Perú, sublevando a su tránsito los pueblos y ciudades, presentase un contingente de hombres lo suficiente numeroso para que las tropas virreinales fuesen incapaces de detenerlo. Además, propagadas sus ideas por el Alto Perú, se facilitaba su infiltración en el Virreinato, cuyo mantenimiento en tales condiciones sería difícil, conocida la escasez de medios que para ello disponía el Virrey.

Dejar avanzar las tropas hasta la frontera del Virreinato era, pues, un peligro grave. Aun cuando se justificaba la salida de las tropas de Buenos Aires con la liberación de las provincias interiores y el Alto Perú, en el ánimo de todos estaba que, logrado su objetivo, no estaría lejana la fecha en que tuviese lugar la invasión del Virreinato.

En estas circunstancias, el Alto Perú podía convertirse en el valladar del Perú, ya que era un lugar apropiado para detener al Ejército invasor por su accidentado relieve que, bien aprovechado, permitía establecer la defensa estratégica de aquél. Más atrás he expuesto en líneas generales los caracteres de la región y explicado su importancia estratégica, poli-

tica y económica, que convirtieron a este país en la presa codiciada de ambos contendientes. Pues bien, dicho territorio era el que Abascal pensaba utilizar para sus operaciones y como muralla de defensa del Virreinato, que contuviese los progresos de la triunfante revolución argentina.

Todos los sucesos de Buenos Aires eran seguidos con extraordinarioo interés, mezclado con alguna ansiedad desde el Virreinato del Perú. El trastorno de la ciudad del Plata era mucho más profundo que las anteriores revoluciones de Quito, Chuquisaca o La Paz, y de ello se daba cuenta el Virrey, que deseaba prevenirse ante cualquier contingencia.

Cuando en Lima se tuvieron noticias de la creación de la Junta del 25 de mayo y de sus intenciones independizantes, pensó Abascal que, con la deposición de Cisneros, no quedaba en América del Sur ningún otro jefe de prestigio capaz de contrarrestar el efecto de la revolución. Ante este hecho, y previendo el peligro que significaba para las colonias americanas la expansión de las ideas revolucionarias por el continente, se decidió a tomar sobre sí la ingente tarea de reducir todos los núcleos independizantes y hacer del Perú un firme baluarte del realismo que anulase la labor revolucionaria.

Las primeras providencias ante el peligro de que se acercase el Ejército revolucionario habían de ir encaminadas a poner en estado de defensa la línea de la frontera. Por el establecimiento de esta línea defensiva en la frontera sur del Alto Perú abogaban al parecer, dos razones: la estratégica ya expuesta anteriormente, y otra de tipo político. En efecto, el 17 de junio de 1810, el Intendente de Potosí escribía a Abascal pidiéndole que tomase bajo su mando todas las provincias altoperuanas, ya que, como le decía, «esta general subordinación a esa capital es la que en mi concepto puede sostener fiel y constante a todo ese Continente...» (1). Era lógico que si el Alto Perú se colocaba bajo sus órdenes, Abascal no podía aban-

(1) A. G. I.—Lima, 739. Copia de Oficio del Intendente de Potosí al Virrey del Perú. Potosí, 17 de junio de 1810.

donarlo sin lucha a la ocupación enemiga. Hubiera sido defraudar a los altoperuanos, e incluso contarlos entre sus enemigos.

Pero frente a este modo de pensar se oponía la realidad del Perú. Se ha visto el estado en que se encontraba el Ejército virreinal, incapaz, no ya de mantener una guerra en territorio alejado del Perú, sino de defender siquiera el propio Virreinato de cualquier ataque. El Virrey Amat había intentado militarizar el país en ocasión de la guerra contra la Gran Bretaña, pero su resultado fué nulo. Ahora el Virrey Abascal pretendía también dar una organización al Ejército virreinal y poner el territorio en estado de defensa, pero los resultados no habían sido tampoco muy notables hasta entonces: la indisciplina cundía entre los soldados, poco numerosos, mal equipados y peor instruidos.

En semejante estado, no cabe duda de que la organización improvisada de un ejército destinado a cubrir la frontera del Alto Perú era casi irrealizable, y además, parecía bastante verosímil que el ejército que se creara, alejado de sus mal equipadas bases de aprovisionamiento, no podría mantenerse por mucho tiempo frente al enemigo, que si no poseía una sólida moral guerrera, contaba al menos con el entusiasmo inherente a los primeros momentos del triunfo de una revolución.

Por otra parte, las noticias que se tenían en el Perú de los acontecimientos de Buenos Aires eran un tanto confusas. Aunque no eran difíciles de imaginar, no se conocían exactamente las consecuencias de los sucesos de aquella ciudad, y quizás pareciera un poco aventurado tomar ciertas medidas que, a más de los gastos, suponían un rompimiento total con los sublevados, echando por tierra las esperanzas de un posible acuerdo pacífico, como hubiese sido el deseo del Virrey.

Por estas razones, la solución que dió Abascal a la situación fué semejante a la que diera con motivo de la ocupación de Buenos Aires por los ingleses pocos años antes, al recibir las peticiones de auxilio de Liniers. Dió orden al Presidente del Cuzco para que enviase al Intendente de Potosí 300 fusiles y 100.000 cartuchos, y ordenó la preparación de la Artillería

para enviarla también en caso necesario (2). Con lo cual conseguía estar preparado para la defensa del Alto Perú sin causar alarma en Buenos Aires.

Pero ocurrió que entretanto llegó a Lima la proposición de don Vicente Nieto ofreciendo al Virrey el mando de la Audiencia de Charcas interinamente, mientras durasen las circunstancias especiales que le obligaban a dirigir semejante petición. Se le planteaba a Abascal un problema difícil de resolver. Ya hemos visto más atrás que el Virrey del Perú se dió cuenta de la responsabilidad de su misión, desaparecida la cabeza del Virreinato del Río de la Plata. Quedaba de hecho como único jefe de toda América del Sur, con la responsabilidad inherente, a esta posición. En conciencia, pues, debía proveer a todo lo que fuese necesario para la conservación del territorio. Ahora bien, lo delicado de la situación obligaba a concentrar todo el poder en sus manos, según opinaba el Virrey, lo cual, sin embargo, podía dar lugar a que se desvirtuasen sus intenciones por los enemigos, que conocían su carácter absorbente, e incluso que los amigos se mostrasen un tanto reservados ante su poder absolutista.

Sin embargo, Abascal era un hombre para quien los deberes constituían un imperativo de conciencia, y no dudó en lo que debía hacer. Después de reflexionar sobre la proposición de Nieto, a la que vimos se había anticipado la de Sanz, Intendente de Potosí, y a la que se habían unido las demás provincias del Alto Perú, decidió aceptar el mando de dicho territorio, cuyos recursos y valor estratégico conocía (3). No llevó a cabo esta medida sin consultar su parecer con el de una Junta reunida al efecto. Comenta Mendiburu la reunión de esta Junta y de todas las que se celebraron durante el gobierno de Abascal, en el sentido de que eran meros pretextos con los que el Virrey intentaba disfrazar su absolutismo (4). Es cierto,

(2) A. G. I.—Lima, 649. Copia de carta reservada de Abascal Gobernador Intendente de Potosí. Lima, 6 de julio de 1810.

(3) A. G. I.—Buenos Aires, 156. Bando del Virrey del Perú, por el que toma el mando de las provincias de la Audiencia de Charcas. Lima, 13 de junio de 1810.

(4) MENDIBURU. op. cit. Tomo I. Pág. 87.

indudablemente, el carácter absorbente de Abascal a que me he referido antes. Pero no hay que olvidar tampoco que en las Juntas extraordinarias, como en el Acuerdo, la decisión correspondía siempre al Virrey. Si consideramos ambas circunstancias y los momentos críticos en que se desarrolló su labor, no nos debe extrañar que el Virrey procurase ejercer influencia sobre la Junta o el Acuerdo en su deseo de dar una mayor eficiencia a la autoridad, que en esos momentos difíciles debía concretarse aún más en sus manos. Por otra parte, las medidas dimanadas de dichas reuniones demuestran—como más adelante se verá—que la orientación dada por el Virrey a los asuntos de gobierno no era muy errónea, y que si no logró llenar todos sus objetivos, la culpa no se debió a él solamente.

Resuelta pues, y publicada la unión del Alto Perú al Virreinato, comenzó Abascal inmediatamente a organizar la defensa de los territorios confiados a su mando.

El Presidente Nieto, a pesar de su edad, se ofreció desde un principio al Virrey para luchar contra los que él denominaba «incircuncisos de que consta la Junta Provisional» (5), aunque a la par le hacía saber sus sospechas respecto a las tropas de Buenos Aires que había traído consigo y que guarnecían las provincias, por lo que hizo traer fuerzas del interior desde Santa Cruz de la Sierra para mezclarla con aquella y evitar toda posibilidad de sublevación.

Además del Presidente Nieto, el ex Virrey Liniers, que se encontraba en Córdoba, escribió a Abascal poniéndose a sus órdenes, recordando los auxilios que en otra ocasión recibiera de él, y le comunicaba su marcha a Potosí, en donde esperaría sus decisiones (6). Pero poco después, siguiendo el plan ideado por el Virrey, recibió aviso de permanecer en las proximidades de Córdoba y de suspender el viaje al Alto Perú, preparándose para rechazar cualquier aproxi-

(5) *Arch. Abascal*. Carta de Nieto a Abascal. La Plata, 9 de julio de 1810.

(6) *Arch. Abascal*. Carta de Liniers a Abascal, sin data ni fecha.

mación enemiga con el reducido armamento de cuatro cañones traídos de la frontera y ocho que se hallaban arrumbados, y que una vez reparados podían constituir un pequeño tren volante de artillería, que, unido a 300 fusiles y al apoyo que le prestaban los ríos y los bosques de la región, podían, según Liniers, detener la marcha de la columna insurgente, al menos mientras se recibieran refuerzos (7).

Poco más tarde, daba cuenta Liniers al Intendente de Potosí de su estado de fuerza y sus propósitos. En carta desde Córdoba, el 8 de julio de 1810, le decía que en ese momento tenía una fuerza de «setecientos hombres armados, trescientos con fusiles, otro tanto de lanzas y ciento de artillería, y aunque tendré hasta trece cañones, siendo ocho de hierro, sin embargo, de ser muy buenos, no pienso operar más que con cinco de bronce», con cuya fuerza tenía pensado un plan de ataque contra los de Buenos Aires, aunque desconfiaba que llegasen a salir siquiera de aquella ciudad. Consistía en obstaculizar al enemigo con guerrillas y retirarse antes de que se aproximaran sus fuerzas, hasta llegar a Jujuy, en donde esperaba ya haber recibido refuerzos que le permitieran recuperar la ofensiva (8).

El 25 de agosto, ante las noticias recibidas de Buenos Aires, convocó el Virrey una Junta de Guerra a la que asistieron los principales jefes militares, con objeto de resolver la situación planteada ante la salida de las tropas expedicionarias de los sublevados. En ella se decidió socorrer, aun a costa de un gran

(7) *Arch. Abascal*. Carta de Liniers a Abascal. Alta Grecia, 17 de junio de 1810.

(8) *Arch. Abascal*. Carta de Liniers a don Francisco de Paula Sanz. Córdoba, 8 de julio de 1810. En ella, refiriéndose a su plan ofensivo, le decía: «...si se verifica la salida de la expedición de Buenos Aires (que no lo creo), pienso salir en su dirección armando partidas de guerrillas y gente de lazos y bolas, cargadas de granadas de nueva invención mía, que se disparan como balas perdidas, y diferentes fuegos artificiales con el objeto de quemar, si pueden, las carretas, dispersar las boyadas y caballadas, etc. Al momento que se aproxime pienso ponerme en retirada siguiendo siempre la dirección del camino de Potosí hasta Jujuy, esperando que antes ya se me habrán incorporado las fuerzas que puedan Vdes. remitirme, para poder ponerme de nuevo sobre la ofensiva».

esfuerzo, al Presidente de Charcas con 2.000 hombres, incluídos los 500 que debían haber marchado al Desaguadero, según orden dada al Presidente del Cuzco, 300 fusiles, 200 carabinas, 600 tiros de cañón y 150 resmas de papel sellado de bienios transcurridos para que en el Cuzco se hicieran cartuchos de fusil. Dichas tropas debían situarse en las provincias de Charcas o Potosí, mientras las del distrito de aquella Presidencia se dirigirían a Jujuy o Salta para socorrer a Córdoba. Para mandar las fuerzas a las órdenes de Nieto se aceptó el nombramiento que el Virrey tenía hecho en Ramírez. A la par se hace ver el deseo de Abascal de lograr una acción conjunta con las fuerzas de Mantevideo, para lo cual ordenó al Presidente de Charcas entablase correspondencia con dicha plaza, a fin de bloquear a Buenos Aires por el río y acercar tropas a la Colonia del Sacramento. Con la concentración de fuerzas en este territorio crearían los de aquella ciudad que se intentaba un ataque desde la Banda Oriental, por lo que se pensaba distraerlos de su plan de dirigirse hacia las provincias interiores.

Se determinó también en dicha Junta conceder plenos poderes a Nieto, dado el gran perjuicio que para la marcha de las operaciones supondría el tener que estar en contacto y dependencia directa del Virrey del Perú (9).

Esta Junta de 25 de agosto es de gran interés, porque ya en ella se lleva a la práctica el plan de campaña ideado por el Virrey y aprobado por los concurrentes. Se dieron normas para la defensa de las provincias de Córdoba y Salta, bajo el mando de Nieto, aunque entregando las jefaturas de las tropas al Coronel don Juan Ramírez, más joven que aquél y cuya aptitud para el desempeño de estas funciones conocía el Virrey (10). Ramírez había de establecer un

(9) A. G. I.—Lima, 649. Copia de Acta de la Junta de Guerra celebrada en Lima, el 25 de agosto de 1810. A dicha Junta asistieron, además del Virrey don Toribio Montes, don Joaquín Molina, don Manuel Villalba, el conde del Valle de Oselle, don Joaquín de la Pezuela y don Gabino Gainza.

(10) El coronel don Juan Ramírez era entonces Intendente de La Paz. Ingresó en el Ejército como cadete el 14 de julio de 1773, llegando a capitán el 15 de diciembre de 1794. Sirvió en el

Ejército de observación en dicha provincia para librar a Liniers y evitar el progreso de los sublevados entre tanto se llegaba a una inteligencia con Montevideo para producir un ataque contra la capital, a la vez que el Ejército situado en la provincia de Córdoba iniciaba la ofensiva. Para lograr una ayuda eficaz en la defensa de la provincia, Nieto debía ponerse de acuerdo con Liniers, y combinar entre ambos el plan de operaciones a seguir.

El plan del Virrey, a que me he referido antes, consistía, como él mismo expone en su Memoria, en que «en ninguna manera se abandonaran las provincias de Córdoba y Salta, y que reuniendo en este punto sus propias fuerzas y las que pudiesen juntarse a la mayor brevedad de la Presidencia de Chuquisaca, Cochabamba y Potosí, y de los Gobiernos del Paraguay y Misiones, todas ellas compondrían un número muy suficiente para rechazar los 500 hombres que la Junta había decretado internar en ellas» (11). Sin embargo, Abascal, lo mismo que Liniers, no creía en un principio que la Junta de Buenos Aires se arriesgase a enviar una expedición hacia el interior dejando desguarnecida la capital y expuesta a una reacción del elemento realista, todavía poderoso, o a

Regimiento de Infantería de Extremadura e intervino en el bloqueo de Gibraltar y en el Ejército de operaciones de América de 1780 a 1783, en que pasó a Lima, donde estuvo de guarnición un año, y destinado al interior hasta 1790, en que pasó a España. Estuvo en el Ejército del Rosellón, desde el 21 de abril de 1793, interviniendo en muchas acciones durante los tres años de guerra. Hecha la paz, fué con un Regimiento de guarnición a la Corte, y en 1797 fué destinado al mando político y militar de la provincia de Huachirí, siendo apresado en el camino y llevado a Inglaterra. Canjeado, se dirigió a América, en donde, desde Montevideo, en una marcha por tierra de más de 1.000 leguas, llegó a su destino, lo que le sirvió para conocer a su paso el territorio sobre el cual más tarde había de operar con sus ejércitos. En 1806 y 1807, con motivo de la invasión de Buenos Aires, recibió el mando de los Cuerpos de milicias acantonados en el Callao para prevenir la invasión, cuyo cargo desempeñó a satisfacción del Virrey. Posteriormente intervino, junto con Goyeneche, en la pacificación de La Paz, como hemos tenido ocasión de ver.

A. G. I.—Lima, 738. Hojas de servicios de don Juan Ramírez hasta 1797, y diversas informaciones de méritos. Vid. MENDIBURU, op. cit. Tomo IX. Pág. 294.

(11) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 296.

un ataque dirigido desde Montevideo, con cuyo Capitán General había intentado ponerse en contacto el Virrey al objeto de iniciar una acción conjunta.

Así pensaba cuando se dirigía a Liniers, diciéndole que los asuntos de Buenos Aires «conviene sean tratados con más política que fuerza para no envolvernos en una guerra civil, que es la mayor desgracia que puede suceder» (12). Incluso en el caso de que los sublevados, olvidando los peligros a que se exponían, y en un golpe de audacia, intentasen atacarle, debía probar todos los medios pacíficos antes de recurrir a las armas, e intimarlos a regresar a sus hogares o a pasarse al partido legítimo. Mas, si insistían en su error, entonces se emplearía a fondo con ellos y procuraría, con un gran escarmiento, evitar sucesivos derramamientos de sangre.

Sin embargo, poco después hubo de convencerse el Virrey de su equivocación en las apreciaciones sobre los designios de la Junta. A Lima llegaron noticias de Buenos Aires de que la expedición auxiliadora del Alto Perú se había puesto en camino. Claro está que a los ojos de los peruanos, este Ejército, cuyo carácter he señalado más atrás, y cuyos jefes, en opinión de Abascal eran «los hombres más despreciables e ineptos para el asunto que le han encargado», no había de ser considerado muy idóneo para la misión que se le encomendaba. Las noticias que en Lima se tenían de la expedición no contribuían mucho, en verdad, a revalorizar la calidad de sus jefes: en una carta dirigida por Abascal a Liniers el 10 de septiembre de 1810, le decía que, según las noticias de Buenos Aires, «a las cinco leguas (de esta ciudad) tuvieron los soldados una camorra entre si, de que resultaron algunos heridos y bastantes desertores; pero que continuando su marcha tardaron 14 días en llegar a Luján» (13). Todo lo cual le hacía creer en una fácil victoria de Liniers si se presentaba la lucha, defendiendo el terreno palmo a palmo, ya que aprovechados los ríos y los

(12) *Arch. Abascal*. Carta de Abascal a Liniers. Lima, 29 de agosto de 1810.

(13) *Arch. Abascal*. Carta de Abascal a Liniers. Lima, 10 de septiembre de 1810.

bosques podía colocar a su pequeña tropa en emboscadas que causasen una lenta, pero segura destrucción en el Ejército revolucionario, hasta que le llegasen los 500 hombres que había mandado preparar en el Alto Perú.

Pero los consejos de Abascal llegaron tarde. Nieto no se había atrevido a avanzar hasta Córdoba: alegaba falta de hombres y material. Liniers con sus fuerzas quedó sin apoyo, dando lugar a que las tropas de Buenos Aires avanzasen más rápidamente de lo que pensara el mismo Virrey. El Presidente de Charcas se había limitado a aconsejar que Liniers, con sus escasos soldados, se retirase hasta Jujuy, en donde encontraría a la expedición que había partido en aquella dirección al mando de don José de Córdoba.

Mientras se preparaban estos planes, en Córdoba tomaban cada vez más cuerpo los deseos de unirse a Buenos Aires. El pueblo de dicha ciudad permanecía adicto al Rey únicamente por la presencia de sus tropas, pues en realidad sólo esperaba la aproximación de los de Buenos Aires para declararse abiertamente por la Junta revolucionaria. El cambio operado era debido principalmente a la actividad desplegada en favor de los sublevados por el deán Funes, de aquella Catedral, que capitaneaba el partido revolucionario.

Consecuencia del cambio de actitud de la ciudad fué la retirada de las fuerzas, constituidas principalmente por los Milicias Provinciales mandadas por Liniers, el brigadier Gutiérrez de la Concha, intendente de aquella provincia, y el coronel don Santiago Allende. Emprendieron la marcha hacia el Norte, en donde esperaban encontrarse con el apoyo prometido. Al hacer ésto obraban con arreglo al plan de Nieto de retirarse hasta Jujuy, en donde encontraría a la columna de don José de Córdoba, que había mandado adelantar hasta el límite de su Presidencia, con ánimo de que en caso preciso se dirigiese en auxilio de aquella ciudad. Pero es lo cierto que por indescisión o por reparo a su corto número de hombres y escasez de armamento dicha columna no llegó a marchar fuera del límite de la Presidencia, o a lo más debió llegar a Jujuy, pues en carta de 25 de agosto, Nieto decía a Abascal que era necesario que llegase Ramírez, «estando destinado para hacerse cargo de las fuerzas, ya

destinado a mandar la expedición y pronto a marchar el mayor general don José de Córdoba (14), a lo que añadía que su situación empeoraba por momentos, por habérsele retrasado los auxilios del Cuzco y por la propaganda revolucionaria.

Pero entretanto, Liniers, sin el apoyo de las tropas del Alto Perú, con solo una reducida fuerza de 400 hombres de Milicia, completamente contaminada por la sublevación, obligado a retirarse, y con Salta a su espalda declarada por la Junta, se encontró aislado. No le cabía otro recurso que intentar una retirada hacia el Alto Perú. Pero al llegar a un lugar denominado Chañar, la tropa le abandonó. Ante esta adversidad, fácil de presumir, se vió obligado a emprender la fuga, ya que el corto número de soldados que le permaneció fiel no era en absoluto suficiente para oponer ninguna resistencia. Se encontraban completamente desmoralizados ante la desertión de los demás y la voladura del tren de municiones de la columna, accidente fortuito, pero que sin duda contribuyó no poco a sembrar el desorden.

En semejantes circunstancias era lógico prever el desastre: los tres jefes de la resistencia se encontraban solos y aislados en fuga hacia el Alto Perú; Salta, sublevada, les cortaba el camino, y las primeras fuerzas de la vanguardia del Ejército de Buenos Aires entraban en Córdoba, que se unió alborozadamente a los conquistadores. La situación de las provincias interiores argentinas era verdaderamente crítica. En consecuencia, la captura de los jefes de la resistencia de Córdoba no era más que cuestión de días, como efectivamente ocurrió. Fueron apresados por un destacamento enviado desde esta ciudad, y pocos días después, siguiendo órdenes de la Junta de Buenos Aires, ejecutadas por Castellí, enviado para ello, fueron pasadas por las armas. Los fusilamientos de tan significados realistas, cuyo juicio no voy a hacer aquí, se explican únicamente como una medida ejemplar tomada por la Junta con objeto de impedir nuevas

(14) Arch. Abascal. Carta de Nieto a Abascal. La Plata, 25 de agosto de 1810.

resistencias y de que cundiese el pánico entre los jefes de la misma en otras provincias.

Tratando de encontrar las responsabilidades de la situación planteada, caen todas ellas, a primera vista, sobre el Presidente Nieto, aunque no hay por qué negar que hubo circunstancias ajenas a él y que concurrieron al fracaso de sus planes.

He analizado anteriormente el plan de Abascal, que consistía fundamentalmente en no desamparar las provincias argentinas, cuya ayuda debía hacerse con las fuerzas que se sacasen de las ciudades del Alto Perú. Las tropas así obtenidas se repondrían inmediatamente, con el fin de no dejar desguarnecida la retaguardia. Se constituiría además una reserva de 1.500 hombres, que podrían utilizarse en caso necesario, para lo cual Nieto debería concertarse con el intendente de Potosí, el más próximo a la frontera, y con los demás intendentes del Alto Perú, al objeto de preparar el Ejército que, unido a los refuerzos que recibiera del Cuzco, había de ser la defensa del territorio.

Pero Nieto varió fundamentalmente el plan del Virrey, en cuanto a la disposición y colocación de las tropas se refiere. Llevado quizás un poco de su orgullo militar, no se avino a acordar un plan de campaña con el intendente Sanz, y prefirió llevar a cabo la empresa por sí mismo. Por otra parte, como no le habían llegado los auxilios que esperaba del Alto Perú, según decía en la ya citada carta de 25 de agosto, y con noticias cada vez más alarmantes de la conspiración de Córdoba, no se atrevió a alejar mucho la columna mandada por don José de Córdoba, llegando hasta Jujuy, punto verdaderamente vital para la defensa del Alto Perú y cuya posesión impedía todo intento de penetrar en dichas provincias.

Por tanto, el error principal de Nieto consistió en dos cosas: en no allegar auxilios a las tropas de Liniers y en no dejar tampoco guarniciones en las plazas del Alto Perú, hecho este último del que, según Abascal, dependió el resultado de la expedición (15).

Ahora bien, hay que tener en cuenta, en descargo

(15) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 315.

de Nieto, que sus vacilaciones fueron debidas, además de a la ya citada falta de auxilios del Alto Perú, a la poca confianza que tenía en sus tropas, como se manifiesta en toda su correspondencia con el Virrey. Era aventurado lanzarse en ayuda de la ciudad de Córdoba sin tener las espaldas guardadas y con una tropa que no merecía la confianza de sus jefes. Es lo cierto también que se precipitaron los acontecimientos al ocurrir la defección de la ciudad y el abandono de la tropa de Liniers, con lo cual no contaba el Virrey. De todo esto no tuvo noticia hasta mucho más tarde, como lo prueba el hecho de que todavía el 10 de septiembre se dirigía Abascal a Liniers, en la carta más atrás citada, con expresiones optimistas respecto a su encuentro con los porteños, cuando ya hacía quince días que aquél, con Concha y Allende, habían sido fusilados en la Cabeza del Tigre, de lo que no se tuvo noticia en Lima hasta primeros de noviembre.

Dueños los sublevados de Córdoba, y eliminadas todas las fuerzas del trayecto, se les presentaba libre el camino del Alto Perú. Al mismo tiempo que tenía lugar el avance de los argentinos por el Sur, y alentados por esta misma circunstancia, cundió la sublevación en Cochabamba, con peligro de extenderse a todo el Alto Perú. El 2 de agosto se había sublevado Quito por segunda vez, y simultáneamente el estado de Chile parecía anunciar una próxima unión de dicho territorio a los de Buenos Aires. La situación con la que se enfrentó Abascal no podía ser más crítica. Pero el Virrey, «cuyo ánimo crecía siempre en los conflictos», como dice Mendiburu (16), no perdió la serenidad ante la trascendencia del que ahora se le planteaba.

Comprendió Abascal que si no acudía a una medida rápida corría peligro todo el Alto Perú, pues la insurrección de Cochabamba amenazaba las comunicaciones de La Paz con Potosí, adonde habían de llegar los refuerzos al mando de Ramírez. Por otra parte, Nieto no dejaba de insistir al Virrey en la poca confianza que le merecían sus tropas, constituídas a base

(16) MENDIBURU. Op. cit. Tomo I. Pág. 88.

de los patricios y arribeños que el año anterior trajo de Buenos Aires para sofocar la sublevación de Chuquisaca, y con los cuales no se atrevía a aventurarse en el Tucumán sin haber recibido los auxilios del Cuzco (17).

Planteada así la situación, convocó Abascal una Junta de Guerra con el fin de encontrar solución a los problemas que se le presentaban. Indudablemente, la única forma de reorganizar el ejército era concentrarlo en el Alto Perú, en donde se podía proceder a su instrucción, a la par que le llegaban los refuerzos, por lo cual se dió orden a Nieto de situarse en Potosí, o sea, en la frontera del Alto Perú, desamparando las provincias argentinas. Aun en caso de verse obligado a retirarse de este punto se habría de colocar en La Paz, cuyo movimiento sería protegido por las tropas que, al mando de Ramírez, se adelantasen desde aquí con dirección a Oruro (18). Una vez reunidos, serían protegidos por el ejército formado en el Desaguadero, cuyo mando había pasado a tomar Goyeneche, a pesar de sus peticiones de relevo. A éste, igual que a Nieto, se le daban amplias facultades para modificar o alterar el plan.

Con dichas medidas quedaba fijada la situación general de las tropas. Se formaría un Ejército del Desaguadero, al mando de Goyeneche, que fortificase la línea fronteriza del Alto Perú, y cuyas tropas, además de esta misión, habían de cumplir la de reserva del que pudiéramos llamar Ejército de operaciones del Alto Perú, al mando de Nieto, cuyo engrosamiento y reorganización se pretendía.

Así como el Ejército del Desaguadero había de te-

(17) Arch. Abascal. Carta reservada de Nieto a Abascal. La Plata, 9 de septiembre de 1810. En ella le dice: «Si los porteños se detienen en Córdoba, como algunos aseguran, aunque sin mayor fundamento, llegarán a tiempo estos auxilios, y aun cuando se adelantaran más que nuestras marchas, me darian muy poco cuidado, y podría rechazarlos, y castigarlos si no fuera tan general el fermento que advierto en estos pueblos, tan decidida su adhesión a los insurgentes, y tan fundada la desconfianza que tengo de mis tropas desarmadas, y el temor de que hagan conmigo lo que con Liniers y Concha en Córdoba. Cada día se manifiesta esto peor...»

(18) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 319.

ner como característica principal la de ser eminentemente defensivo y servir de reserva, el de Nieto había de caracterizarse por su movilidad, pues tendría que acudir tan pronto a la defensa de las provincias contra los ataques de las tropas de Buenos Aires, como a sofocar cualquier levantamiento de alguna de las corrompidas ciudades del Alto Perú. Para ello contaba Nieto con un poderoso auxiliar en la persona del Coronel Ramírez, cuya rápida incorporación deseaba con objeto de entregarle el mando de la avanzada del Ejército que se encontraba en Tupiza, a las órdenes de don José de Córdoba. Pero los acontecimientos se precipitaron y Ramírez no pudo llegar a hacerse cargo de la vanguardia, porque las ciudades altoperuanas lo colocaron en una difícil textura.

Ocupada Córdoba por las tropas de Buenos Aires, se mantuvieron estacionadas algún tiempo aquí. Pero a primer de septiembre, quizás por inspiración del secretario de la Junta de Buenos Aires, Mariano Moreno, se adelantó una expedición de 500 hombres, al mando del General González Balcarce, a través de Salta y Jujuy para atravesar la frontera del Alto Perú (19). Indudablemente, tan pequeña expedición no podría iniciar ninguna ofensiva contra las tropas de vanguardia de Nieto situadas en Tupiza, pero podrían servir al menos para fijarlas y alentar a las ciudades del Alto Perú a la sublevación, al imaginarse próximos los auxilios. Ciertamente consiguió ambos fines, pues obligó a Córdoba a mantenerse a la expectativa y alentó a los cochabambinos, cuya sublevación trascendió a Oruro. Nieto quedaba prácticamente aislado y sin poder recibir los auxilios de Ramírez, que se preparaba en Viocha, a cinco leguas de

(19) LEVENE, Ricardo. *La Revolución de Mayo y Mariano Moreno*, Buenos Aires, 192, Tomo II. Pág. 183. En un documento de Mariano Moreno existente en el Archivo General de la Nación, Archivo de la Gobernación de Buenos Aires, tomo XXXVI-C: CXII, expresa que, «siendo uno de los principales fines de la expedición sorprender a los pueblos del Alto Perú, antes de que los refuerzos de Lima puedan ponerlos en estado de defensa vigorosa, sería quizás conveniente que una división de 500 hombres se adelantase a Tupiza, donde se mantuviesen hasta la llegada del grueso del Ejército».

La Paz, ya que la línea Cochabamba-Oruro cortaba las comunicaciones del Desaguadero con la frontera argentina del Alto Perú.

Hubiera podido evitarse el aislamiento de las tropas de Nieto si Ramírez hubiera marchado antes hacia el Sur. Pero se retrasó debido a la constante obstaculización que sufrían sus peticiones de cabalgaduras y acémiles al Gobernador de La Paz, don Domingo Tristán, cuya conducta se puso de manifiesto en los sucesos que se desarrollaron poco después, cuando se colocó al lado de la Junta de Buenos Aires.

Nieto había de mantener, después, un compás de espera mientras que Balcarce recibía refuerzos, en tanto que Ramírez había de luchar por restablecer las comunicaciones y poder llevar a buen término el envío de socorros prometido. Además, el Alto Perú se hallaba materialmente anegado de papeles sediciosos y propaganda revolucionaria que encontraba ambiente propicio en todas las ciudades, lo que no es de extrañar, si se recuerda, la constante comunicación que existía entre las provincias altoperuanas y las argentinas.

Pues bien, en este ambiente de propaganda revolucionaria la labor de Ramírez se había de multiplicar, atendiendo no sólo a la sublevación de Cochabamba y Oruro, sino procurando evitar su extensión a las demás ciudades, incluso a su capital, La Paz, en donde eran bien acogidas todas las manifestaciones subversivas.

El día 11 de octubre escribía Abascal a Goyeneche y trataba de hacerle desistir de sus intentos de abandonar el mando, haciéndole ver que no tenía a nadie para sustituirle. Apelaba a su honor militar, manifestándole el dilema en que se encontraban «de abandonar el honor, o defender, hasta exhalar nuestro espíritu, los sagrados deberes a que éste nos obliga» (20). Achacaba gran parte de las causas del alzamiento de los cochabambinos al hincapié que hizo Prada, Intendente de Cochabamba, para quedarse con el armamento que tenía, en lugar de enviárselo a

(20) *Arch. C. Guaqui*, C. 13. Carp. 2. N. 23. Carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 11 de octubre de 1810.

Nieto a Chuquisaca, suministrando así armas a los sublevados de la ciudad, que de otro modo no hubieran podido levantarse.

Le propone Abascal un medio para acabar con la sublevación de los cochabambinos, aunque los somete a su conocimiento del terreno y de las gentes. Consistía en preparar «con mucho disimulo una expedición de 1.000 a 1.500 hombres escogidos, que rápidamente pasasen a atacarlos con todas las precauciones convenientes para sorprenderlos; conseguido esto y la prisión de sus mandones, todas las demás provincias se meterán en un puño, y sería negocio concluido, sin quedarnos otra atención que la de contener a los pícaros de Buenos Aires». Para el mando de dicha expedición propone el Virrey «a Ramírez o Piérola, o mejor los dos juntos», quedando Goyeneche en el Desaguadero a la expectativa.

Cuando el Virrey escribía no debían haberle llegado noticias de las correrías de los cochabambinos hasta la ciudad de Oruro, con lo que quedaba virtualmente cerrado el camino de Potosí, a través del cual tendría que abrirse paso Ramírez para llevar los refuerzos a Nieto, y era muy aventurado avanzar dejando a la espalda la ciudad de Cochabamba sublevada. Se hacía indispensable una acción contra dicha ciudad, lo que venía a corroborar la carta del Virrey.

Para llevar a cabo el proyecto, Ramírez trazó inmediatamente el plan de ataque, que consistía en dejar La Paz, cuyo mando había entregado al Coronel Tristán, guarnecida con 500 hombres, y con 1.000 de las provincias limítrofes del Virreinato, dirigirse a Oruro, centro vital para la comunicación con Potosí, debiendo con otros 1.000 atacar a Cochabamba, una vez sometida aquella ciudad. Al iniciar la marcha sobre Oruro destacó con la vanguardia de sus fuerzas al Coronel don Fermín Piérola, que se dirigió hacia Aroma, en donde debía esperar que se le reuniese Ramírez con el grueso del Ejército. Por su parte, Goyeneche, que se había situado con 4.000 hombres en el Desaguadero, avanzó 1.000 de su vanguardia, 20 leguas al interior del Alto Perú, en dirección a La Paz, para sostener a Ramírez y mantener asegurada dicha

capital e impedir a la vez que los sublevados intentasen penetrar en el territorio del Virreinato (21).

Pero a los cuatro días de marcha, el 14 de noviembre, Piérola, al llegar a Aroma, se encontró con 3.000 cochabambinos de caballería que atacaron impetuosamente sus fuerzas. Sus soldados, a pesar de defenderse denodadamente, hubieron de retirarse, batidos ante la superioridad de sus enemigos, y sin poder salvar más que la tercera parte de sus efectivos (22). El mismo Abascal, en su Memoria, refiere con justo elogio la acción, según el parte recibido de Piérola. La primera parte de la batalla se desarrolló favorablemente para los realistas, cuyas fuerzas lograron desorganizar el centro de los cochabambinos. Ante el ataque reaccionan éstos, e intentan envolver el dispositivo de Piérola, que resistió tenazmente con la defensa de sus guerrillas. Batidos por la artillería enemiga y cercana la noche, sin que hubiese posibilidad de decidir el combate con ventaja, antes bien exponiéndose a ser envueltos y derrotados totalmente, el Coronel realista decidió replegarse hacia Sicasica, pero al encontrarla también sublevada hubo de continuar el camino hasta Vlachá, en donde estaba el grueso de las fuerzas de Ramírez, sin dejar de ser perseguido por los cochabambinos (23).

Las pérdidas sufridas por las tropas de Piérola fueron graves: había sido «completamente derrotado sin poder salvar más que la tercera parte de su gente», según comunicaba el Virrey al Secretario de Estado el 14 de enero de 1811, y además había perdido todas las municiones y el armamento en la persecución que sufrió por los cochabambinos.

La derrota de Piérola era fácil de prever desde que se inició el encuentro. El número de fuerzas era extraordinariamente desigual, con gran ventaja por parte de los cochabambinos, que además poseían un fuerte Cuerpo de Caballería, que fué el elemento de-

(21) A. G. I.—Lima, 740. Oficio del Virrey del Perú al Primer Secretario de Estado y su Despacho. Lima, 14 de noviembre de 1810.

(22) A. G. I.—Lima, 649. Oficio de Abascal al Secretario de Estado y su Despacho. Lima, 14 de enero de 1811.

(23) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Págs. 326-327.

cisivo de la acción, dado el papel fundamental de dicha arma en los terrenos llanos, como la pequeña llanura de Aroma. Sin embargo, no se le puede achacar la responsabilidad al Coronel Piérola, pues al frente de sus fuerzas hizo cuanto estuvo en su mano para decidir el combate. Pero la circunstancia en que se planteó había de darle forzosamente un resultado adverso. Se debió sin duda a la falta de auxilio por parte del Gobernador de La Paz, a que me he referido antes.

La derrota de Aroma trajo como consecuencia la sublevación de La Paz, con su gobernador al frente, reconociendo la Junta de Buenos Aires. Este hecho dejó al descubierto la dudosa conducta del Intendente Tristán, quien si hasta entonces se había mantenido fiel al Rey, lo había sido únicamente por el temor a la proximidad de las fuerzas de Ramírez. Ahora, al triunfar los cochabambinos, que podían prestarle ayuda, no dudó en adherirse a la Junta.

A consecuencia de la situación derivada de la batalla de Aroma y la sublevación de La Paz, Ramírez con el frente atacado por la caballería de los cochabambinos, que no cesaba de hostilizarlos, y el flanco descubierto a cualquier ataque que pudiese venir de aquella ciudad, hubo de retirarse, no sin grandes dificultades, al Desaguadero, para unirse al grueso del Ejército de Goyeneche.

Por tanto, quedaban completamente interceptadas las comunicaciones entre el Perú y las tropas de Nieto, para quien se esfumaba la posibilidad de recibir el auxilio prometido. El retardo de Ramírez y la batalla de Aroma decidieron la suerte del Alto Perú en esta primera campaña. Obligado Nieto a presentar batalla a los argentinos sin el refuerzo, y lo que es más importante, sin la sagacidad militar de Ramírez, fué fácilmente derrotado. Los de Buenos Aires encontraron ante sí el camino abierto por la insurrección de las ciudades, y sin tropa ninguna que se opusiese a su progresión hasta el Desaguadero.

Mientras Ramírez luchaba y se replegaba en el Alto Perú, Nieto, imposibilitado, según él, de operar, esperaba la llegada de las tropas de aquél, situando su Cuartel General en Potosí y la vanguardia en Tupiza, al mando del Capitán de Fragata don José de

Córdoba. Las fuerzas argentinas, mandadas por Balcarce, que había sustituido a Ocampo, salieron de Salta y Jujuy, y atravesando los desfiladeros de Humahuaca, se extendieron ante los campos de Yavi, llegando con sus avanzadas al río de Suipacha.

Ya he dicho más arriba que mientras Nieto aguardaba, Balcarce recibía los refuerzos que le suministraban Ocampo, Güemes y Castelli. El Ejército argentino estaba mandado entonces por hombres enérgicos y decididos. A Ocampo lo sustituyó Balcarce, audaz hasta rozar la temeridad, y al doctor Vieytes le sustituyó en el cargo de diputado del Gobierno el doctor Castelli, revolucionario convencido y dispuesto a anotar a los pueblos altoperuanos haciéndoles ver la imposibilidad de cualquier reacción.

Ante los preparativos de los argentinos, Córdoba, para quien Tupiza no ofrecía seguridades de defensa, decide retirarse a Cotagaita, como lo verificó el 13 de octubre. Dicho punto lo ofrecía el apoyo del río de su nombre, detrás del cual podría fortificarse, como efectivamente hizo. Construyó una trinchera de 1.500 varas de largo, con cuatro reductos que ocupaban dos cañones, y a corta distancia, un pozo de la misma longitud, de 3 ó 4 varas de ancha, servía para impedir el vado del río y aun para desviarlo con el fin de acortar el agua al enemigo, si acampaba frente.

El número de fuerzas, según el parte que el 25 de noviembre daba al Virrey del Perú don Narciso Basagoitia, Comandante de 150 soldados arequipeños y 350 de Puno que habían acudido del Desaguadero en auxilio de Nieto, era de 900 hombres de fusil y 200 de lanza, con 8 cañones de a 4, los realistas, y unos 700, con un cañón de a 4 y un obús de a 18, los argentinos (24).

La posición de Cotagaita cerraba el camino del Alto Perú, y fuertemente defendida como estaba, era una imprudencia atacarla, sobre todo con inferior número de tropas. Pero Balcarce no reparó demasiado en ello. Ilusionado por la facilidad que había encontrado hasta entonces en su camino, y temeroso de

(24) A. G. I.—Lima, 649. Copia de parte de don Narciso de Basagoitia a Abascal. Tarapacá, 25 de noviembre de 1810.

los reproches de Castellí, que gozaba de la absoluta confianza de la Junta, se decidió a ocupar Tupiza y seguir su avance hasta el río de Cotagaita, adonde llegó el 27 de octubre.

Aunque se dió cuenta inmediatamente de la imprudencia cometida, no le cabía ya otro partido que aceptar la lucha, y comenzó la batalla. La acción, desde el primer momento, se inclinó a favor de las tropas realistas, que rechazaron los ataques de los porteños durante 4 horas y 20 minutos, lo que dió lugar a la retirada de Balcarce, efectuada con el mayor orden y sin sufrir ninguna persecución de las tropas de Córdoba, que no tuvo a bien hostigarlos. Esta pasividad les permitió retirar sus muertos y heridos y la artillería, e incluso reorganizarse a la vista de aquéllos (25). Quizás aquí perdió Córdoba la ocasión que se le ofrecía, pues si hubiese hostilizado entonces a las tropas porteñas hubiera transformado en completa derrota un combate que tuvo un resultado un tanto indeciso, y hubiese modificado seguramente el curso de los posteriores acontecimientos.

Balcarce, a consecuencia de su irreflexiva conducta, se vió obligado a retirarse a Tupiza primero, y luego a Suipacha, ante el temor de una persecución ene-

(25) De la batalla nos da la idea la descripción que hace Basagoitia en el parte antes citado (nota 24):

«...se rompió el fuego por nuestro frente con artillería y poca fusilería, cargando esta su fuerza sobre nuestra derecha, la que fué rechazada y desalojada de su situación ventajosa por las Compañías primera y segunda de voluntarios del Rey, al mando del Capitán don José Fernando de Ontaneda, que atravesando el río a pie empezaron a subir desde la falda y montaña del cerro, y sin duda hubieran cortado mucha parte de los enemigos, si a tiempo se les hubiera auxiliado con cartuchos, por cuyo defecto se vieron en la sensible precisión de volverse a bajar, no habiendo convenido el Comandante en Jefe saliese una de mis compañías a su refuerzo. Los del cerro opuesto quedaron rechazados por parte de los soldados de Puno y Potosí; duró la acción cuatro horas y veinte minutos, y el enemigo se retiró en disposición que tuvo lugar para recoger los muertos y heridos, para reunir su gente a nuestra vista, y retirar su artillería...» En realidad, la maniobra fué bien sencilla, los porteños se apoderaron de unas alturas dominantes desde donde batieron las posiciones de Córdoba, pero fueron desalojadas y resultaron inútiles sus intentos de recuperarlas, ante lo cual, Balcarce ordenó la retirada.

miga. La causa de la derrota se debía únicamente a su vehemencia en el deseo de vencer a los realistas y allegar socorros a los cochabambinos, de cuya sulevación le había llegado noticias, deseo que le impulsó a atacar sin haber recibido el refuerzo de hombres que le enviaba Castelli, ni las municiones, fallo este último fundamental para el curso de la batalla (26).

El día 2 de noviembre llegó Nieto con 250 hombres veteranos y 2 cañones al Cuartel General de Cotagaita. Córdoba propuso inmediatamente salir con una expedición de 500 hombres y 2 cañones para perseguir a Balcarce, pero a instancia de algunos jefes se suspendió la salida porque preveían que no había de tener muy buenos resultados, a pesar del triunfo, ya que los argentinos se encontraban perfectamente organizados y habían recibido refuerzos. Se desprendía que lo único eficaz había de ser un ataque con todas las fuerzas de que se pudieran disponer.

Sin embargo, prevaleció la opinión de Córdoba, y el día 4 salió la expedición compuesta de 700 hombres escogidos, 4 cañones y 100 lanceros. Avanzaron sin contratiempo alguno hasta Tupiza, en donde, al revés de lo que se esperaba, no hallaron a los argentinos, encontrando al pueblo evacuado. Allí le llegaron noticias de que el enemigo había recibido un refuerzo de 500 hombres, 3 cañones y un obús, y que se encontraba situado en Suipacha, 5 leguas más adelante.

Córdoba, confiado, prosiguió su avance hasta llegar al río de Suipacha, al que dió vista el día 7. Las tropas de Balcarce se hallaban atrincheradas en espera del ataque, e inmediatamente comenzó la lucha. Córdoba destacó cuatro compañías, que, dislocadas en guerrillas, reconociesen al enemigo, al que rechazaron, aunque inmediatamente fué reforzado. No ocurrió así a los realistas, que hubieron de soportar el

26) Bartolomé MITRE, historiador generalmente poco apasionado, hablando de la batalla de Cotagaita, dice que los soldados argentinos, después de cuatro horas de fuego, fueron rechazados y obligados a replegarse, «sin más municiones que las que los soldados llevaban en las cartucheras». (*Historia de San Martín y de la emancipación Sud-Americana*. Buenos Aires, 1907. Tomo I. Pág. 209).

ataque del centro de Balcarce reforzado, sin que el resto de sus fuerzas acudiesen en su ayuda, limitado su papel casi al de meros espectadores, colocados en las posiciones sin hacer fuego, lo mismo que la artillería (27). A la hora y media de lucha, Córdoba tocó retirada ante el mal cariz que tomaba la batalla, y huyó con algunos oficiales. El desorden que siguió es fácilmente calculable, y la victoria argentina fué total. Con ella se les abría el camino del Alto Perú.

Balcarce, por su parte, demostró gran habilidad en la organización y maniobra de sus fuerzas. Preparado el dispositivo de defensa, ocultó el grueso de sus tropas de la vista de las de Córdoba, y cuando éste desplegó sus guerrillas le hizo creer que tenía la intención de contenerla con dos piezas de artillería y 200 soldados. La retirada que inició inmediatamente fué fingida, para atraer sobre el grueso de las suyas a las fuerzas realistas. En efecto, inmediatamente que se lanzaron en su persecución, la avanzada de Balcarce reforzada inició a su vez el ataque con la cooperación del grueso de los suyos, poniendo en grave trance a todas las que se dirigían algo desordenadamente contra ellos. Un ataque de los argentinos de media hora de duración decidió la batalla (28).

Al día siguiente llegó la noticia a Cotagaita, donde se encontraba Nieto con 700 hombres y 10 cañones. Pero traída por los fugitivos que primero llegaron a la ciudad, venía extraordinariamente abultada por

(27) En el parte citado en la nota 24, dice Basagoitia: «...se empezó la acción sin que por nuestra parte entrasen en ella más que cuatro compañías; éstas rechazaron a el enemigo en superior número de gente, éste fué reforzado en aquella parte con más de cien hombres, pero los nuestros no lo fueron, manteniéndose el resto de la tropa en ala y sitios destinados sin hacer fuego, verificando casi lo mismo nuestra artillería. A la hora y media, poco más o menos de tiroteo, y cuando nuestra tropa se hallaba más acalorada, se tocó retirada y el Comandante en jefe huyó montado sin dejar orden alguna, a que siguió la total dispersión, de la que se aprovechó el enemigo, causándonos la pérdida de 100 hombres poco más o menos, entre muertos y prisioneros, no siendo de menos consideración la suya».

(28) Vid. MITRE, op. cit. Tomo I. Pág. 210; LOPEZ, Vicente. *Historia de la República Argentina*. Buenos Aires, 1883. Tomo III. Pág. 242.

las exageraciones naturales debidas al terror de la huida. Se hizo creer que todos habían sido derrotados, prisioneros y muertos, y que no había quedado fuerza alguna para retirarse. Nieto dió fe a tales exageraciones, y, temeroso de un imprevisto ataque enemigo, presa de un inexplicable temor, mandó que cada cual se salvara por donde pudiese, marchando él hacia Potosí, después de haber destruído las fortificaciones de Cotagaita.

La precipitación de Nieto acabó de sembrar el desorden, y amenazaba convertir en catástrofe lo que había comenzado en simple derrota. Los soldados inmediatamente marcharon, la mayoría a sus casas, y otros se dirigieron hacia Potosí, contribuyendo a aumentar la confusión en su tránsito.

En el camino de esta ciudad fueron detenidos Córdoba y Nieto, y conducidos a ella, en donde poco después eran fusilados juntos con su Intendente don Francisco de Paula Sanz, que se resistió a unirse a los rebeldes.

Extraña mucho, al examinar los hechos, la conducta de Córdoba y la de Nieto. Ambos jefes, que se habían mostrado siempre indecisos ante el ataque a los argentinos, se lanzaron tras ellos, deslumbrados por la victoria de Cotagaita, y fueron a parar al desastre de Suipacha. Duramente los califica Abascal, cuando dice que «semejante improvisa providencia pudo ser flaqueza de un espíritu debilitado por la edad: pero también pudo ser, y es más verosímil, efecto de la precipitación e inexperiencia de Córdoba, funesto manantial de los males sucesivos». (29).

Es indudable que no hay nada que justifique la conducta de Nieto, salvo el desconcierto que debió apoderarse de él al tener noticias exageradas de la batalla, que creyó de buena fe. Se creyó sin fuerzas para defenderse del avance inminente de los porteños y con las espaldas mal aseguradas ante el temor de un ataque de los cochabambinos, y su moral se derrumbó estrepitosamente.

En cuanto a la conducta de don José de Córdoba, puede tacharse de imprudente. Desaprovechó la oca-

(29) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 273.

sión de perseguir a los enemigos después del combate de Cotagaita, cuando se retiraban sin haber recibido refuerzos, y en cambio, se decide a marchar contra ellos una semana después con un corto número de tropas, cuando se habían preparado para la defensa y recibido nuevos auxilios. Se puede aducir en su favor que cuando Córdoba salió de Cotagaita no tenía noticias de que los enemigos habían sido reforzados; pero si consta que las recibió al llegar a Tupiza, cinco leguas distante de Suipacha. Más lógico hubiera sido, como refería más adelante Abascal a Goyeneche, permanecer en Cotagaita «cuando tenía la experiencia de haberlos rechazado en aquel punto sabiendo que volvían reforzados, y no debía ignorar que estándolo igualmente Santiago (de Cotagaita) con las tropas que llevó Nieto y alguna más artillería nada tenían que temer esperando el ataque en aquel puesto tal cual fortificado y procurando cubrir de antemano las alturas colaterales» (30). O en caso contrario haber avanzado juntamente las tropas de Nieto con las suyas, al objeto de dar una batalla decisiva.

Sea lo que fuere, lo cierto es que Córdoba, por inexperiencia o por impremeditación pagó bien caro su intento. Incapaz de reorganizar sus derrotadas tropas, cayó prisionero de los argentinos en su huida y fué fusilado con Nieto y Sanz en la ciudad de Potosí, sublevada al tener noticia de la derrota.

Resuelta favorablemente para los argentinos la batalla de Suipacha, y facilitado su avance por el Alto Perú a consecuencia de la de Aroma, juntamente con la sublevación de las principales capitales, la ocupación de este territorio fué para ellos simplemente un paseo militar, ya que no podían encontrar ningún foco de resistencia organizada. La consecuencia de la batalla de Suipacha fué, pues, que se les abrió el Alto Perú a los porteños, que llegaron hasta el límite del Desaguadero.

El sometimiento de las ciudades fué cosa fácil, puesto que los cinco grandes núcleos del Alto Perú se declararon voluntariamente por la Junta de Bue-

(30) *Arch. Abascal*. Copia de carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 24 de marzo de 1813.

nos Aires, si no lo habían hecho ya, y los pequeños pueblos siguieron su ejemplo. Es curiosa la afinidad ideológica que existía entre las provincias del Alto Perú y las del Río de la Plata. Se sentían completamente ajenas a los intereses e ideales del Perú, y en cambio se mantenían profundamente unidas al Virreinato de Buenos Aires convertido en la vía natural de salida de estos pueblos hacia el mar. Tal afinidad nos da la clave para explicarnos el proceso de la posición de las ciudades altoperuanas a lo largo de la Guerra de Independencia. Permanecían fieles a los realistas mientras duraba la ocupación del territorio por sus tropas. Cuando los azares de la lucha les obligaba a replegarse, sin haber acabado de salir aún el último soldado realista, se proclamaban inmediatamente por los revolucionarios, que eran recibidos como libertadores.

Abascal quiso convertir al Alto Perú en el bastión de la defensa del Virreinato, a la vez que el camino para atacar la revolución en su centro. Prescindiendo ahora del acierto o desacierto de tal medida, hay que hacer notar que en manera alguna consiguió atraerse de corazón a los altoperuanos, y que en todas sus campañas hubo de preocuparle el imponderable que encerraba la actitud de estas ciudades. Sin embargo, los azares de la guerra, la conducta de los argentinos y la conciencia del propio valer que se iba formando en las ciudades, trazaron poco a poco una frontera entre el Alto Perú y la Argentina, que dió como resultado la constitución de un núcleo independiente con vida propia.

Con las fuerzas recibidas de las ciudades, unidas a las que poseía el ejército revolucionario y al botín recogido en la batalla de Suipacha y lugares de su tránsito, se organizó un fuerte ejército al mando de Balcarce y Castelli, los vencedores del Alto Perú. Llegaron a los límites del Perú, frente a las tropas de Goyeneche, y acamparon a orilla del Desaguadero.

La presencia de un ejército de unos catorce mil hombres, con una gran moral de victoria y con el apoyo de los pueblos que dejaban a su espalda, era verdaderamente inquietante y encerraba una grave amenaza para el Virreinato. Hacía falta urgentemente constituir un poderoso ejército defensivo, ya que

no era posible otra cosa de momento, para evitar la progresión argentina. Pero para organizar este cuerpo de tropas hacían falta dos condiciones fundamentales: tiempo y tranquilidad. Conocida la necesidad, Abascal aprovechó la única ocasión que se le ofreció, proporcionada por la ciudad de La Plata.

El 13 de noviembre la ciudad de Chuquisaca se unía a los revolucionarios previa la reunión de un Cabildo abierto en el que se planteó la situación creada por las victorias argentinas. La decisión fué unánime: se despacharon emisarios a Balcarce para participarle la adhesión de la ciudad a la Junta de Buenos Aires, como asimismo se enviaron también a todos los puntos dependientes de la Audiencia de Charcas para darles a conocer la decisión de la capital, e instarlos a seguir su conducta. También se determinó en dicho Cabildo comunicar al Virrey del Perú, al Presidente Goyeneche, y al Coronel Ramirez «a fin de que inteligenciados de este Acuerdo y de la justicia de la sagrada causa que se apoya y declara en su tenor, se sirvan abstenerse de todo movimiento y hostilidad que pueda turbar y causar funestas consecuencias dentro del vasto territorio de las Provincias del Río de la Plata, que queda limitado en la ribera del Desaguadero», pretendiendo con ello llegar a una pacífica reanudación de las relaciones, principalmente comerciales, entre ambos territorios (31).

Duro debió ser para Abascal aceptar esta proposición. El, que había determinado desde el primer momento acabar de raíz con la revolución y que había comunicado sus ideas a Goyeneche sobre el carácter ofensivo que debía imprimir a la guerra, ya que una defensiva «al cabo siempre viene a parar en ser ruinosa» (32), no tuvo más remedio que ceder ante las circunstancias.

Serenamente pensado, era locura pretender lanzarse a una ofensiva sin contar con un ejército preparado para ella. Máxime cuando las condiciones de

(31) A. G. I.—Lima, 649. Copia del Acta del Cabildo abierto celebrado en La Plata el 13 de noviembre de 1810.

(32) *Arch. C. Guayui.* C. 13. Carp. 2. N. 23. Carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 11 de octubre de 1810.

las tropas argentinas habían variado notablemente desde el tiempo de su salida de Buenos Aires. Poco a poco habían ido adquiriendo la disciplina de que tan faltas se hallaban en un principio, y que habían sabido imponer hombres tan enérgicos como Balcarce y Castelli. Por ello, y por doloroso que esto resultase para el amor propio del Virrey, hubo de acceder a la petición de la ciudad de La Plata, previa la reunión de una Junta de Guerra, el 10 de diciembre. Dió órdenes a Goyeneche de limitar sus actividades a la vigilancia y fortificación de los puntos ocupados, a la par que comunicaba a la Junta creada en La Plata que si habían intervenido en el Alto Perú fué debido a las solicitudes de dichas provincias; pero que «pensando en el día de otra suerte esas mismas provincias, poniéndose bajo la obediencia de las Juntas de Buenos Aires, le prevengo (a Goyeneche), aprobando la respuesta que ha dado a V. S. dicho Jefe, suspenda toda operación hostil que no sea provocada, y que manteniéndose en la línea de demarcación que divide el territorio de ambos Virreynatos para rechazar cualquier tentativa que se dirija a perturbar la quietud que reina en las provincias de mi mando, observe en lo demás la conducta que se practique por parte de ese Virreinato, sin impedir por ahora el comercio reciproco, pero velando mucho el que no se introduzcan personas sospechosas y papeles incendiarios» (33). Los limites establecidos como línea de separación de ambos Virreynatos corrían desde el Estrecho de Tiquina y pasos de Larecaja y Omasuyos en la Intendencia de Puno, hasta los valles que descienden a la costa por Arica y Moquegua, en la provincia de Arequipa. Se le daba a la vez facultad al General en Jefe del Ejército para fortificar aquellos puntos por donde, según su juicio fuese fácil de producirse una infiltración enemiga (34).

Vista la situación subsiguiente a las batallas que decidieron la suerte del Alto Perú, sólo queda, para acabar con el relato de la primera campaña de la revolución, que me refiera, siquiera de pasada, a la ac-

(33) A. G. I.--Lima, 649. Copia de oficio de Abascal a la Junta de la ciudad de La Plata. Lima, 10 de diciembre de 1810.

(34) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 331.

tuación de los argentinos en el territorio altoperuano, ocupado por sus tropas. Dentro de este apartado me he de referir casi únicamente a la conducta de sus jefes con los jefes realistas aprehendidos por ellos, cuestión que ha originado algunas divergencias entre los historiadores.

Más arriba, al referirme al fusilamiento de Liniers, Concha y Allende, decía que, sin pretender justificar la medida, a mi juicio quedaba suficientemente explicada como un hecho derivado de un primer período de agitación revolucionaria, con el que la Junta de Buenos Aires quería hacer ver el castigo ejemplar a que serían sometidos todos los que no la acatasen. Dicha medida se dirigía, evidentemente, a estabilizar la posición de la Junta y evitar reacciones armadas en las provincias, que pusiesen en peligro su vida.

Sin embargo, la decisión de la Junta de Buenos Aires levantó una enorme polvareda en toda América y produjo diferentes reacciones. Pero es lo cierto que, fuese cual fuese la justicia de tal medida y las protestas levantadas, la Junta continuó en su actitud, y más tarde, cuando eran aprehendidos Nieto, Córdoba y el intendente Sanz, todos eran fusilados por orden de Castelli.

Una aclaración creo debe hacerse en principio, y es que no hay que achacar a Castelli, única y exclusivamente, la responsabilidad de tales medidas. El era un enviado, con plenos poderes—pero enviado al fin—de la Junta de Buenos Aires, la cual había de respaldar en todo instante su actuación y podía desautorizarlo en cualquier momento si sus resoluciones no agradaban, como había ocurrido con su antecesor el doctor Vieytes. El hecho de que la Junta conservase en su puesto a Castelli, aún después de los segundos fusilamientos, era señal indudable de que había encontrado en él al hombre necesario para llevar a cabo su política y que aprobada enteramente su conducta.

El carácter de este individuo ha suscitado muchas opiniones. Unánimemente están de acuerdo los historiadores del bando realista en declararle como un criminal sediento de sangre y que se dejó llevar en sus desmanes por deseos de venganzas. En cambio, los historiadores argentinos justifican su actuación considerándola necesaria en momentos tan decisivos para la

revolución. En realidad, la conducta de Castellí no se encuentra en manera alguna justificada. Aunque no hacía sino llevar a la práctica el parecer de la Junta, se excedió un tanto en su cometido. Historiador tan poco sospechoso de simpatía hacia el partido realista como el general Miller, dice de él que era un «abogado de gran talento, era sagaz, activo y decidido, pero versátil y feroz» (35). Si es cierto que tenía órdenes para obrar enérgicamente no lo es menos que se excedió en el cumplimiento de su encargo. Castellí era un hombre plenamente convencido de las teorías revolucionarias, que estaba dispuesto a hacer triunfar por todos los medios, y entre ellos escogió el que estaba más a su alcance y le pareció más definitivo, pues aparte de eliminar a sus principales enemigos sembraba el pánico entre los jefes de la reacción y desconcertaba sus planes.

Sin embargo, la actuación de Castellí fué contraproducente para la revolución argentina. En primer lugar, su carácter violento y las ejecuciones que llevó a cabo, aprovechados hábilmente por los realistas, hicieron aparecer al ejército argentino ante los ojos de los pueblos del Alto Perú y del Virreinato de Lima como un terrible instrumento de desolación y muerte, odiada por todos. No menos sirvió la labor de Castellí para delimitar definitivamente los dos bandos en lucha. Su espíritu no admitía términos medios; no era tiempo en que se pudieran permitir vacilaciones. Para asegurar la revolución había que exterminar todo lo que a ella se opusiese; por tanto no cabían posiciones intermedias, ni incluso conservadoras dentro de la revolución. A partir de entonces comienza la lucha a muerte entre revolucionarios y realistas, convencidos ambos de que no cabe otra solución que la desaparición de uno de los dos bandos.

Por último, y no es esto lo de menos importancia, en los resultados de la labor de Castellí, creo se debe hacer notar que su vida entre los altoperuanos y el poco aprecio que hizo de sus esfuerzos en pro de la revolución, así como la actuación del ejército argentino

(35) *Memorias del General Miller*. Bibl. Ayacucho. Madrid. s. a. pág. 99.

en general, fueron uno de los primeros motivos que hicieron a aquéllos ver con malos ojos a los revolucionarios invasores, sentimiento que poco a poco fué creciendo hasta cristalizar en la formación de la República boliviana frente a las aspiraciones argentinas.

CAPITULO VI

LA OFENSIVA DE GOYENECHE: HUAQUI

La primera campaña de la revolución en el Alto Perú, cuyo final coincidió aproximadamente con el del año 1810, se liquidó con un éxito rotundo de los argentinos. En el espacio de tiempo comprendido entre los meses de julio a diciembre habían ocupado y sometido a la autoridad de la Junta de Buenos Aires todo el territorio que va desde esta capital al Desaguadero. Bastó una sola acción victoriosa, unida a la cooperación de los sublevados altoperuanos, para que de una manera estrepitosa se derrumbase toda resistencia organizada en las provincias del Alto Perú. El resto lo hicieron las mismas ciudades al declararse abiertamente en favor de la Junta, noticiosas de la proximidad de su victorioso ejército.

Naturalmente, la facilidad del triunfo hizo concebir grandes esperanzas a los argentinos que afianzaban así la revolución con el prestigio de los éxitos exteriores. Pero aún le quedaban muchos y duros reveses que pusieron a prueba la capacidad y el entusiasmo de sus hombres.

Es lógico que Abascal no se resignase a aceptar la derrota, pues, aunque ocurrida fuera del límite del

Virreinato y sufrida por jefes que no estaban colocados directamente bajo sus órdenes, repercutía sobre su propia situación. Se encontraba con la frontera del Perú amenazada por un ejército cuya moral debía ser necesariamente elevada a consecuencia de los fáciles triunfos obtenidos y de la unánime aclamación que recibían en todas partes. En el mejor de los casos si no intentaban proseguir su avance a través del Virreinato, intentarían, al menos, introducir sus ideas y atraerse a su causa a las ciudades y al ejército virreinal. Por otra parte, la situación de este ejército si el enemigo intentaba atacarlo no hacía concebir muchas esperanzas. Desorganizado, con poco armamento, con pocos oficiales capacitados para su mando, y lo que es mucho peor, con una casi absoluta indisciplina, que se traducía en constantes deserciones, disminuía poco a poco su número y amenazaba desaparecer.

Aún había otra razón que impedía a Abascal aceptar la derrota. El pactar con los revolucionarios era sancionar de hecho una situación inadmisibles. Para él eran unos individuos que se habían sublevados contra el Rey, única autoridad legítima, y a los que no cabía otra alternativa que la rendición incondicional con la disolución de la Junta y la vuelta de las autoridades virreinales. Todo lo que no condujese a esto era contraproducente, y el pactar con el enemigo era reconocerle una superioridad peligrosa; por ello los pactos habían de ser únicamente instrumentos para ganar tiempo, sin ningún otro valor, y en tal sentido hemos de interpretar los hechos que a continuación sucedieron.

Teniendo en cuenta lo antecedente, se desprende que si en un principio el Virrey aceptó el armisticio propuesto por la ciudad de Chuquisaca, lo hizo con la intención de ganar tiempo en el que poder preparar un fuerte ejército para atacar ventajosamente a los argentinos. Entretanto se organizaban, las fuerzas realistas situadas en la frontera cumplían simplemente el papel de un cordón sanitario ante el peligro revolucionario a las puertas del Virreinato.

De la labor de organización encargó Abascal a Goyeneche, como jefe supremo del Ejército del Desaguadero. En poco tiempo y con un trabajo arduo logró formar un fuerte ejército y un nutrido grupo de jefes

y oficiales, cuya eficacia se dió a conocer a lo largo de la lucha.

La región donde se concentraron ambos ejércitos recibía su nombre del Río Desaguadero, que separa los territorios del Perú de los del Virreinato del Río de la Plata. Dicho río es el desagüe natural de la gran cuenca del Lago Titicaca. La comunicación entre los dos Virreinos estaba establecida a través de él por un solo punto de una anchura de 150 metros, ya que más adelante aumentaba el río en anchura y profundidad. El tránsito se hacía a través del llamado Puente del Inca, que la tradición hacía remontar a los tiempos de Cápac-Yupanqui, que lo mandó construir para facilitar la expansión de su pueblo hacia el Sur. Dicho puente constituía una curiosa construcción indígena. Estaba formado por balsas construídas con mimbres, cuerdas, una paja llamada «ichu» y otra denominada «totoras», y su construcción es una de las obras más notables de la ingeniería indígena. Los haces de juncia y enea estaban colocados transversalmente sobre dos maromas, construídas también con enea y la paja denominada «ichu», y que se tendían de una a otra orilla del río. «Sobre aquellas maromas, porque no se rompan tan presto con el hollar de las bestias, echan otra mucha cantidad de enea en haces delgados como el brazo y la pierna, los cuales van asimismo por su borde cosidos unos con otros y con las maromas». Estos haces formaban la calzada del puente, y todo él era renovado cada seis meses (1).

A partir del puente, y en la orilla izquierda del río, se extienden las alturas denominadas De Vila-Vila, y la Quebrada de Yauricoragua, que dividen la llanura en dos valles, uno al Norte, en donde se encuentran Huaqui, Tiaguanaco y Laja, y otro al Sur, donde se hallan San Andrés y Jesús de Machaca. El valle del Norte recibe en su comienzo el nombre de El Azafranal, y el del Sur, el de Jesús de Machaca. La Quebrada de Yauricoragua pone en comunicación a ambos.

El valle del Azafranal, bordeando la costa Sur del

(1) GARCILASO DE LA VEGA. *Los comentarios Reales de los Incas*. Lima, 1918. Tomo I. Pág. 200.

lago Titicaca, constituía el camino más frecuentado de las comunicaciones entre el Alto y el Bajo Perú. Partiendo de La Paz, adonde confluían las vías de Oruro y Chuquisaca, el camino se dirigía a través de este valle por las ciudades de la Laja, Tiaganuaco y Huaqui, situadas a su entrada, hasta llegar al Desaguadero, que atravesaba por el puente del Inca, y se prolongaba por toda la región peruana del Lago Titicaca. La entrada de dicho valle fué el lugar elegido por el ejército revolucionario para acampar. Establecieron el Cuartel General en La Paz, y sus avanzadas en el pueblo de la Laja, y más tarde en Huaqui.

Al otro lado del río Desaguadero se organizaban los realistas. Con actividad infatigable se hallaba Goyeneche encargado de su organización e instrucción. Los resultados se vieron pronto. A fines de 1810, Goyeneche comunicaba tener uniformado siete batallones; «enseñándole el ejercicio y juegos según el moderno reglamento y evoluciones del mismo, en cuya ejecución veo acercarse el más refinado sistema militar establecido en Europa» (2). Cada batallón estaba dotado de un Comandante, un Sargento Mayor, dos Ayudantes y tres Oficiales por cada Compañía de a cien hombres.

La artillería del Desaguadero constaba de una brigada de 260 artilleros, 8 piezas de a 4 y 2 de calibre de a 2; el total del tren de artillería se componía de 20 piezas de a 4, de montaña, 8 de ellas volantes, además de las ya citadas. La caballería, arma indispensable en esta guerra, ascendía a 1.000 hombres, pero mal equipados y con malos caballos; la mayor parte habían de ir montados en mula, sin frenos y sin sillas, por lo cual la eficacia de dicha arma quedaba reducida al mínimo y se encontraba en situación de inferioridad ante el enemigo, equipado con los mejores caballos de Cochabamba (3). Una de las mayores preocupaciones de Goyeneche durante todo su mando

(2) Arch. C. Guaqui. C. 6. Carp. 4. N. 3. «Estado, del Ejército de observación, reconocimiento de sus terrenos y topografía de él». Cuartel General de Zepita, 30 de diciembre de 1810.

(3) Vid. nota 2.

en el ejército fué precisamente procurar colocar esta arma a la altura de la de sus contrarios.

Las fuerzas realistas se hallaban situadas en el Desaguadero, fortificado con una batería de 8 piezas que batían el puente y los caminos que a él conducían desde el otro lado del río. La línea avanzada estaba guarnecida por tres batallones al mando del Coronel don Francisco Picoaga, con avanzadas en la parte limitrofe del frente, territorio que había sido reconocido por Goyeneche con su Estado Mayor en algunas leguas, «encontrándolo invadeable en 12 (leguas) río abajo, y desde ellas hasta el Desaguadero en nuestro territorio una pampa fangosa intránsitable en este tiempo de aguas, y en el de secas propia para una batalla, donde el más diestro en maniobrar y la artillería de a caballo, conseguirán la victoria por no haber en toda ella un punto de apoyo sobre qué sostener una ala ni centro de ambos ejércitos» (4).

La vanguardia se hallaba situada a dos leguas de Zepita, y parte de ella colocada al otro lado del río sobre la cuesta de Vila-Vila, que defendía el acceso al puente por el camino de Huaqui, único punto por donde se podía esperar un ataque. Su costado derecho estaba protegido por otra avanzada que cubría el cerro de San Andrés de Machaca, con objeto de entretener cualquier avance que pudiese venir por el Valle de Jesús de Machaca. El total de la vanguardia ascendía a unos 1.000 hombres.

El Estrecho de Tiquina, formado por la Península de Copacabana, estaba guardado por un destacamento de Dragones de Chumbivilcas, situado en el pueblo de Yunquejo. Estrecho, a juicio de Goyeneche, era de fácil defensa, y bastaban según él 50 hombres para defenderlo eficazmente (5).

Por último, el otro punto que podía preocupar al ejército realista era la entrada de la costa y del Partido de La Recaja, los puntos más abierto y más fáciles

(4) Vid. nota 2.

(5) Arch. C. Guaqui. C. 6. Carp. 7. N. 11. «Memoria militar de la guerra insurreccional del Perú», por el Capitán de Ingenieros don Antonio María Álvarez. Cuaderno tercero, correspondiente a 1811. Tupiza, 30 de enero de 1813.

para la invasión y a los que difícilmente podía atender el ejército, cuya fuerza no era muy numerosa. Mas semejante circunstancia no preocupaba a Goyeneche, que no suponía al enemigo en condiciones de efectuar una penetración por estos puntos, puesto que inmediatamente avanzaría él amenazando la ciudad de La Paz y la espalda de los que se hubiesen aventurado a filtrarse (6).

Zepita, donde tenía instalado Goyeneche su Cuartel General, era un pequeño pueblo de las orillas del Lago Titicaca, cuya importancia hasta entonces se reducía a ser punto de paso en el camino hacia el Alto Perú. La elección que de él hizo Goyeneche se debió sin duda a su buena posición, defendido su frente naturalmente por el Lago Titicaca y a corta distancia del Desaguadero. Por lo demás, el pueblo carecía de condiciones; no poseía locales para acuartelamientos, «se mantenían varios Cuerpos bajo tiendas en un terreno húmedo; cabalmente en la estación de las aguas vigorosas en que las tormentas y frecuentes caídas de rayos se sucedían. Sin embargo, —dice el autor de la Memoria Militar de esta guerra, que convivió con las tropas allí acampadas—, no experimentábamos enfermedades y los pastos y forrajes para la caballería y bagajes del ejército, eran sobrantes con las lluvias a que meses adelante siguen los crueles fríos» (7).

Lógicamente, una de las mayores preocupaciones del general había de ser la del abastecimiento de sus tropas. Condición fundamental para evitar las deserciones que se hacían notar, sobre todo en la vanguardia del Desaguadero, era que los soldados recibiesen puntualmente su abastecimiento y sus pagas. Aun así, todavía se quejaba Goyeneche de que menudeaban las deserciones, sobre todo en la División de Piérola, situada en la vanguardia y compuesta de las tropas que tomaron parte en la acción de Aroma y de las que se le incorporaron de los Cuerpos del Cuzco, Urubamba y Real de Lima (8). Lo cual originaba que se viese obligado a imponer severos castigos para conseguir la

(6) Vid. nota 2.

(7) Vid. nota 5.

(8) Vid. nota 2.

disminución del terrible mal que amenazaba a su ejército.

El Virrey, ante el aumento de las fuerzas insurgentes y la poca confianza que le ofrecían las situadas en el Desaguadero, envió a Goyeneche un refuerzo compuesto de un batallón del Real de Lima, con 680 plazas, 400 hombres del Regimiento de Pardos y 200 morenos (9).

El núcleo principal de las fuerzas que se encontraban bajo las órdenes del general procedía de la provincia del Cuzco, y el resto, de las de Arequipa y Lima, formando un total aproximado de 6.000 hombres (10). La gran mayoría de ellos habían sido sacados de las labores del campo, lo que nos da idea de la intensidad que hubo de imprimirle a la tarea de la formación del ejército. Mas, en contraposición a tan grandes dificultades, las tropas poseían una virtud fundamental: la lealtad hacia su jefe, como demostraron en todo momento a lo largo de la campaña. Formado el ejército en su mayoría por cuzqueños, y siendo Presidente de su Audiencia, que había sabido captarse su simpatía en el corto tiempo que ocupaba el cargo, el que los dirigía y organizaba, ponían en él toda su fe, gracias a la cual le fué posible a Goyeneche alcanzar sus mejores triunfos.

En varias ocasiones había manifestado Goyeneche al Virrey su deseo de dejar el mando del ejército, y alegaba la falta de efectivos, sin los cuales se veía imposibilitado de organizar una fuerza poderosa con la que hacer frente a los argentinos. Esto, unido a las constantes deserciones y a la desconfianza que le merecían algunos de los Cuerpos a sus órdenes, le movía

(9) A. G. I.—Lima, 649. Oficio del Virrey del Perú al Secretario de Estado y su Despacho. Lima, 14 de enero de 1811.

(10) En su *Memoria de Gobierno*, Abascal hace ascender estas cifras a 6.517 «hombres de todas armas, perfectamente instruidos y disciplinados». (Tomo II. Págs. 340-341). En su oficio de 14 de enero ya citado, la calcula en 6.000, y el Capitán Álvarez, en su «Memoria militar», calcula la fuerza del ejército, en sus principios, en más de 4.000 hombres. Parece lógico que este número fuese aumentando con la incorporación de los nuevos soldados de las provincias y los refuerzos de Lima, hasta llegar aproximadamente al número calculado por el Virrey.

a pedir su relevo. Goyeneche debió darse cuenta de la dificultad y la responsabilidad de la misión que Abascal le encomendara, y no teniendo, a su juicio, los medios necesarios para llevarla a cabo, quiso eludir la responsabilidad de los acontecimientos que sucedieran, entregando el mando del ejército a algunos de sus jefes más caracterizados. La situación en sí ya era lo suficientemente grave para preocupar a alguien más animoso que Goyeneche. Las tropas porteñas aumentaban su número sin cesar con los contingentes que recibían de las provincias ocupadas. Todo hacía pensar que en cuanto se hallasen preparados se lanzarían a la invasión del Virreinato sin dar tiempo a los realistas para organizar la defensa. No había que fiar mucho de las negociaciones entabladas, pues en el ánimo de todos estaba que eran sólo un medio para ganar tiempo. La situación planteada únicamente se decidiría por las armas: mediaban muchas circunstancias y se habían originado muchos antagonismo para que se le pudiese dar una solución pacífica.

En una carta de 11 de octubre de 1810, Abascal, refiriéndose a sus peticiones de relevo, decía a Goyeneche: «si yo fuese delicado atribuiría el arranque de usted sobre querer dejar ese mando, a una sola cosa en que he dejado de complacerle por más no poder, pero somos amigos, le amo mucho, usted lo conoce, y no cabe tal sospecha» (11). No se sabe exactamente la causa de que habla el Virrey, pues no lo aclara en la carta; pero creo lo más probable que se refiera a la falta de envío de tropas y materiales solicitados constantemente por Goyeneche. A todo respondía Abascal y procuraba mostrarle la imposibilidad material en que se hallaba de enviarle más de lo que le remitía, pues al mismo tiempo había de acudir a Quito, nuevamente sublevado, y ayudar a la lucha de la Metrópoli con el envío constante de dinero. De todas partes del Continente solicitaban a Abascal, y es que ya entonces el Perú era el único punto de toda la América del Sur en donde se mantenía de un modo firme la autoridad real. Poco a poco iba quedando aislado y, cortadas las

(11) Arch. C. Guáqui. C. 13. Carp. 2. N. 23. Carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 11 de octubre de 1810.

comunicaciones con Montevideo, había de obrar por su propia iniciativa. Tampoco parece probable que en caso de haberse mantenido el contacto entre el Perú y esta ciudad se hubiese llegado a un fin rápido de la guerra. Montevideo, si bien se proclamó por el Rey, estaba lo suficientemente ligada al Río de la Plata y lo bastante alejado del Alto Perú para que se intentase desde allí una acción contra el ejército insurgente a fin de cogerlos entre dos fuegos, sabido el peligro que para dicha capital suponía dejarla desguarnecida de los pocos efectivos de que estaba dotada. A la vuelta de Elio a la ciudad con el título de Virrey del Río de la Plata, a comienzos de 1811, toda su atención se dirigió hacia Buenos Aires. Mas también era muy difícil tomar esa plaza sin contar con una escuadra lo suficientemente poderosa para mantenerla en estrecho bloqueo y sin la colaboración de fuerzas en el interior. De todos modos, como se ve, no había posibilidad de una acción mancomunada entre los dos puntos en que se aceptaba el Gobierno de Fernando VII. Montevideo tenía bastante con mantenerse frente a la fuerza creciente de Buenos Aires con el corto apoyo que había recibido de España. Todo el peso de la lucha cayó sobre el Perú, y gracias a que contaba con la energía de un hombre como Abascal, pudo subsistir, y aun amenazar a la revolución. Si en lugar de él hubiese estado al frente del Virreinato un hombre más pusilánime o con menos energías, el Perú hubiera sucumbido en 1810. A la labor de Abascal debió España que se le mantuviera adicto y formando un bloque compacto hasta 1824:

Volviendo al asunto de la dimisión de Goyeneche, quizás hubiese una causa que influyera no poco en ella. Debíó ser, al decir del Virrey, el nombramiento del Brigadier don Bartolomé Cucalón para Presidente de la Audiencia del Cuzco, cuyo cargo interino desempeñaba Goyeneche desde poco después de su llegada al Perú (12). Los motivos que movieron al Gobierno español para no confirmarlo en su empleo y sustituirlo por Cucalón, no los sabemos; pero es lo cierto que esta decisión debió herir los sentimientos de Go-

yeneche. El debía considerarse acreedor a tal puesto después de su actuación contra los sublevados de La Paz en 1809, y de la confianza que ahora le había depositado el Virrey del Perú. Por el nombramiento de Cucalón, quedaría mermada su autoridad, reducida únicamente en ese caso a los asuntos puramente militares, y subordinada a la del Presidente del Cuzco. Por tanto no es difícil imaginarse que le fuera costoso resignarse a ceder los plenos poderes que el Virrey le había concedido y quedar a las órdenes de un individuo cuya conducta había dejado tanto que desear en los recientes sucesos de Quito. Muy fácilmente, pues, nos puede explicar esto la actitud de Goyeneche. Además, Abascal se dió cuenta de los motivos que impulsaban a Goyeneche, y tenía presente la anterior actuación de Cucalón, con las consecuencias que se derivarían de su colocación en puesto tan delicado como la Presidencia del Cuzco.

El Virrey decidió acabar con la causa de todos los posibles males reteniendo el nombramiento, y comunicó las circunstancias del caso al Gobierno. Estudiado el asunto, la Junta Central accedió a su solicitud. Goyeneche fué confirmado en su actual puesto y terminaron por ahora los motivos del disgusto entre ambos (13). La actitud del Virrey, que pudo parecer de excesiva libertad, se encuentra sin embargo plenamente justificada por la conducta equivocada de Cucalón durante los acontecimientos de Quito. Abascal obró con gran prudencia a fin de evitar los roces que necesariamente habían de sobrevenir entre aquél y Goyeneche en caso de haber ocupado su puesto.

También adujo el Virrey como motivos que le impulsaron a tomar su decisión el desencanto que causó en el Cuzco y en el ejército el nombramiento de Cucalón. El 11 de diciembre de 1810 la Audiencia del Cuzco escribía a Abascal haciéndole ver el trastorno que se produciría con la separación de Goyeneche, en cuyo ejército estaban las familias y los hermanos de

(13) *Arch. Abascal*. «Relación de documentos de los informes hechos a la Corte sobre Cucalón». Oficio de Abascal de 17 de enero de 1811 al Ministro de Estado y del Despacho Universal de la Guerra, y «Memoria», Tomo II, Págs. 156-157.

los cuzqueños, que estimaban de todo corazón a su General; protesta que renovó el 26 de enero de 1811, significándole que «es tanta la exasperación que manifiestan sus habitantes sin el menor rebozo, que teme una catástrofe irremediable», lo que ponía en conocimiento del Virrey con el fin de descargarse de la responsabilidad por los acontecimientos que pudiesen ocurrir (14).

Junto con los escritos de la Audiencia del Cuzco se recibió en Lima otro firmado por Ramírez, Tristán, Picoada, Piérola, Lombera y demás jefes del Ejército, en el que de un modo claro hacían ver al Virrey que el Ejército del Alto Perú había tomado por dos veces las armas para defender al Virreinato contra la sublevación «que habría corrido hasta la capital de V. E. como un torrente impetuoso, si no encontrase el dique que aquí la represa». En estos términos, algo duros, resaltaban ante el Virrey que el organizador de tal dique fué únicamente Goyeneche, de cuya conservación en el mando dependía el mantenimiento del Perú. Por ello pedían a Abascal que no diese curso a tales órdenes, que significarían una verdadera catástrofe (15).

A ambas representaciones puede que no fuera muy extraño el propio Virrey, que pudo dar la idea; pero aun así, aunque hubieran sido simplemente un medio de reforzar su actitud, los acontecimientos que más tarde se desarrollaron le dieron la razón ampliamente.

Abascal tranquilizó a Goyeneche, asegurándole su continuación en el mando a la par que le hacía ver la responsabilidad que sobre sus espaldas pesaba y en el compromiso en que se hallaban, obligados a trabajar con toda su buena voluntad para el logro de sus objetivos. «Estamos en el caso preciso e indispensable—le dice en la carta ya citada—de abandonar el

(14) *Arch. Abascal*. «Relación de documentos de los informes hechos a la Corte sobre Cuzalón». Oficios reservados de la Audiencia del Cuzco al Virrey de Perú, 11 de diciembre de 1810 y 26 de enero de 1811.

(15) *Arch. Abascal*. «Relación de documentos de los informes hechos a la Corte sobre Cuzalón». Oficio de los jefes del Ejército a Abascal. Cuartel General de Zepita, 16 de enero de 1811.

honor, a defender, hasta exhalar nuestro espíritu los sagrados deberes a que este nos liga» (16).

El hecho de que la situación era extremadamente delicada no pasaba desapercibido a los ojos del Virrey, como asimismo la dificultad en que se hallaban para superarle. Veía que la revolución crecía por momento: se afianzaba en Buenos Aires, rebrotaba en Quito y se extendía a Chile. A todas partes, sin embargo, atendía Abascal, con trabajo, pero desplegando una energía y actividad nada comunes. Los primeros desgraciados reveses de las tropas del Alto Perú le hicieron ver lo crítico del momento. Los medios de que disponía no habrían de bastarle para llevar a cabo sus vastos planes; la ayuda de Montevideo era cada vez más problemática, y por mucho que los ejércitos realistas pudieran resistir, conociendo su actual estado, no cabía duda que llegaría pronto el momento en que toda la resistencia del Perú se derrumbase en los frentes, minada también la retaguardia por la propaganda revolucionaria.

De todos los teatros de la lucha el que con más cuidado atendía Abascal era el del Alto Perú, persuadido, como digo, de que en él habría de dilucidarse la suerte de toda la América del Sur. Y es ésta quizás una de las pruebas más importantes de su gran visión política. Al principio pudo creer que los disturbios de la ciudad de Buenos Aires eran semejantes a los ocurridos hasta entonces en algún otro punto de América del Sur, pero bien pronto se percató de su trascendencia, y se afirmó en su opinión al tener noticia de los tristes sucesos del Alto Perú. Por ello, y como la causa del mal, a su entender, estaba en Buenos Aires, sus principales fuerzas se dirigen contra aquella ciudad y trata, no sólo de liberar los territorios ocupados por sus tropas, sino incluso emprender una acción ofensiva, llegado el momento, contra la misma capital. Pero como sus medios no le bastaban se dirigía en constantes demandas de ayuda a la Península, pidiendo el envío de unos cuantos de miles de hombres a América. Y de su opinión sobre la tras-

(16) Arch. C. Guequi. C. 13. Carp. 2. N. 23. Carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 11 de octubre de 1810.

cendencia de este auxilio nos da idea una carta dirigida al Marqués de Casa-Irujo, entonces embajador de España ante la Corte del Brasil. En ella le decía Abascal: «...y entiende que sin la venida de tropas de la península al Virreinato de Buenos Aires y Presidencia de Chile, ganarán mucho terreno hacia la Independencia que se han propuesto; por lo que si V. E. tiene medios de concurrir al importantísimo objeto de que por Montevideo se introduzcan refuerzos competentes, le ruego encarecidamente lo haga y me adelante los avisos conducentes para poder yo conformar mis medidas y combinaciones de modo que se asegure el feliz éxito que se desea y conviene» (17). Aquí está todo el plan de Abascal. Con un apoyo eficaz desde Montevideo, podría comenzar la ofensiva para coger a las fuerzas insurgentes entre dos fuegos, y una vez derrotadas, dirigirse hacia la capital por mar y por tierra. A esta espera de noticias de Montevideo se debió, más que a ninguna otra cosa, la inacción del ejército del Desaguadero una vez terminado su adiestramiento. El mismo Virrey así lo declara cuando dice: «El ejército que mantengo en la raya del Virreinato de Buenos Aires continúa en observación sin hostilizar en nada a los insurgentes, interin podamos tener noticia de lo que piensa ejecutar don Francisco Xavier Elío por la parte de Montevideo». Aunque más adelante piensa que no se prolongará por mucho tiempo esta situación: «...creo no podrá durar esta especie de neutralidad, pues los enemigos levantan gente a toda prisa en el Alto Perú de su dominación y se van aproximando a nuestra vanguardia, al paso que esparcen proclamas amenazantes» (18). Con lo cual da a entender que le van a obligar a tomar una resolución extrema, aun antes de tener noticias de Montevideo, pues le impulsaba a ello la actitud hostil de los insurgentes. Es interesante, sin embargo, este dato para explicarnos el desarrollo de los posteriores sucesos.

(17) A. G. I.—Lima, 649. Copia de carta de Abascal al Marqués de Casa-Irujo. Lima, 8 de enero de 1811.

(18) *Arch. Abascal*. Minuta de carta de Abascal a Pérez de Castro. Lima, 8 de mayo de 1811.

Entretanto, en el Desaguadero continuaba la preparación de ambos ejércitos, pues si Goyeneche preparaba el suyo para una próxima ofensiva, Castelli y Balcarce, situados con su Cuartel General en Laja, reunían sus tropas de todas las provincias del Alto Perú pensando a su vez en tomar de nuevo la iniciativa. Es indudable que si al llegar el ejército argentino al Desaguadero se hubiese encontrado capaz de proseguir su marcha por el interior del Perú, su triunfo hubiese sido indiscutible. La resistencia que hubiera podido oponerle Goyeneche era mínima, y una vez pasada esta barrera no hubiese encontrado ningún obstáculo en el resto del Virreinato. Pero los argentinos llegaron desorganizados al Desaguadero. Los triunfos anteriores habían elevado su moral, mas no habían conseguido aún su completa organización. Además, los contingentes que se le agregaban procedentes del Alto Perú, no tenían la menor disciplina, y hubiera sido aventurado lanzarse a una expedición al Perú con un ejército todavía poco preparado y tan lejos de sus bases de operaciones. Por eso, el período que medió entre la llegada del ejército argentino a la frontera del Perú y la reanudación de las hostilidades, en junio de 1811, se puede considerar simplemente como un momento de descanso y reorganización de ambos contendientes, y en manera alguna como una estabilización de la lucha. No son de extrañar, pues, las órdenes constantes de Abascal a Goyeneche indicándole que se mantuviese en una defensiva enérgica y dispuesto a atacar cuando la ocasión lo requiriera.

Se ha visto anteriormente que la suspensión de las hostilidades fué debida a la solicitud del Cabildo de La Paz, aceptada por el Virrey, a pesar de estar convencido de su nulidad, atribuida por él a la falta de representación legítima de la Junta (19). En el período que sucedió al cese de la lucha tuvieron lugar una serie de pequeños incidentes perfectamente detallados en la «Memoria Militar» del Capitán Álvarez (20), y citados todos por el señor Herreros de Te-

(19) ABASCAL, *Memoria*. Tomo II. Pág. 234.

(20) Arch. C. Guaquí. C. 6. Carp. 7. N. 11. «Memoria militar de la guerra insurreccional del Perú». Cuaderno cuarto: febrero,

jada (21). Por tanto, me limitaré a reseñar únicamente los más importantes.

Los meses de enero y febrero transcurrieron con gran actividad en la organización del ejército, pero con absoluta tranquilidad en el terreno de la lucha. Sin embargo, el 26 de febrero, al tenerse noticias de que los porteños habían avanzado un destacamento hasta el pueblo de Huaqui, y que sus pretensiones eran ocupar la cabeza de puente del Desaguadero y el territorio del Virreinato de Buenos Aires que más allá del río tenían en su poder los realistas, se reforzó la avanzada situada en el camino de La Paz, único punto por donde podían llevar a cabo sus deseos. No hubo, sin embargo, ningún intento de ocupar este terreno por la fuerza, limitándose únicamente a un cambio de oficios entre el jefe de la unidad argentina que ocupaba Huaqui, y Picoaga, que mandaba la vanguardia al lado allá del río, abandonando por fin aquéllos el pueblo de Huaqui.

El 19 de marzo hubo nuevas reclamaciones de Castelli, en las que aludía también a una exploración que con objeto de levantar un plano llevaron a cabo los realistas hasta el pueblo de Huaqui. El jefe argentino se quejaba de que con ella se había violado la paz establecida, y opinaba que debía y podía tomar posesión de la línea del Desaguadero, sin que ello significase una violación de la paz. La respuesta fué terminante y se resolvió su petición comunicándole que cualquier intento de llevar a cabo su propósito sería tomado como el comienzo de las hostilidades.

Recibida en el campamento realista la noticia de que los insurgentes se concentraban en el pueblo de Laja y que algunos destacamentos llegaban hasta Huaqui, se reforzó aún más la avanzada del Desaguadero con un batallón de Paruro para prevenir cualquier sorpresa. Igualmente fué reforzado el Estrecho de Tiquina, en el Titicaca, y se sustituyó la caballería que se encontraba en el pueblo de Yunguyo por una compañía de fusileros.

marzo, abril y mayo de 1811. Cuarte General de Oruro, 8 de abril de 1812.

(21) HERREROS DE TEJADA, Luis. Op. cit. Págs. 264-265.

Parecía inevitable la ruptura de las hostilidades. Desde el momento en que de un modo extraoficial llegan noticias a Lima del desembarco de Elío con 7.000 hombres en Montevideo, el Virrey cree llegada la ocasión que esperaba. Convoca una Junta y advierte a Goyeneche que esté preparado para atacar transcurridos seis días, último plazo dado a los insurgentes para que se acojan al indulto prometido por Elío; previa la publicación de su manifiesto, haciendo ver las causas que a ello le conducía; debía llevar a cabo una acción definitiva contra los sublevados. Sin embargo, Abascal reparaba en las consecuencias que pudiera tener tal medida, y decía a Goyeneche: «A Vd. no se le oculta que de los primeros pasos, bien o mal meditados, deben resultar felices o desgraciados incidentes, y el pulso y circunspección y tino con que por esta razón se debía emprender». Caso de ser favorable esta primera acción, convenía «actuar con la mayor energía y rapidez para sujetar todo el Alto Perú antes que tengan lugar de juntarse ni reconocerse» (22). Para llevarla a cabo le favorecía su superioridad sobre el enemigo, pues mientras sus tropas llegaban alrededor de 7.000 hombres, aquéllos tenían, según el Virrey, «en Oruro 2.000 hombres, que son sus mejores tropas; en Viacha, 1.200, cogidos tumultuariamente en La Paz», y los que hubiesen sacado de Cochabamba. Por eso Abascal se mostraba confiado en la victoria sin dejar de precaver las posibilidades contrarias, pues, como decía a Goyeneche, el enemigo «no presenta un aspecto de poder resistir la fuerza de Vd., tanto por el número cuanto por la disciplina, instrucción y apresto de todo lo necesario; pero sin embargo de todo, no hay enemigo despreciable, y en la guerra suceden con frecuencia acasos que no puede prevenir el espíritu humano, por cuya razón no se debe despreciar la menor cosa para estar precavido contra todo lo que pueda sobrevenir» (23).

Sin embargo, las resoluciones de la Junta, por

(22) Arch. C. Gaaqui. C. 13. Carp. 3. N. 20. Carta de Abascal a Goyeneche: Lima, 29 de marzo de 1811.

(23) Arch. C. Gaaqui. C. 13. Carp. 3. N. 20. Carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 29 de marzo de 1811.

cuanto interesaba aprovechar una ocasión favorable que garantizase el éxito, tenían un carácter relativo; dependiendo su ejecución de las noticias que llegasen de Elio sobre Buenos Aires, de las decisiones de un Consejo de Guerra que debía celebrarse en el campamento de las tropas del Desaguadero y de los estados de fuerzas que se le pedían a Goyeneche, circunstancia esta última que provocó el disgusto del General y le movió a solicitar de nuevo su dimisión (24).

Celebrado Consejo de Guerra en el Desaguadero y examinada la situación, se decidió demorar el ataque hasta la llegada de la época de la cosecha, en que, según costumbre, los cochabambinos desertarían para volverse a sus casas y ocuparse de sus labores. A la par se daba tiempo para observar los efectos del invierno y mejorar el estado de la Tesorería del ejército, cuya situación hacía ver que no era prudente aventurarse a la ofensiva. Sin embargo, se determinó que si llegaban noticias de la toma de Buenos Aires por Elio, se emprendiese inmediatamente la ofensiva con el fin de aprovechar circunstancia tan favorable; entretanto se tomaban las medidas para precaver cualquier ataque enemigo (25). Todas las resoluciones fueron aprobadas por una nueva Junta de Guerra celebrada en Lima, en donde se ratificaban los plenos poderes concedidos al Jefe del Ejército del Desaguadero.

El 11 de abril los realistas efectuaron una incursión armada con un destacamento de 50 hombres en el territorio enemigo para llevar a cabo un reconocimiento en el vecino pueblo de Huaqui. En los alrededores encontraron una pequeña partida enemiga, compuesta de 14 soldados y varios indios. El resultado de la escaramuza fue la retirada del grupo insurgente, que dejó 5 prisioneros y varios heridos, pero sin más trascendencia para la situación de ambos ejércitos. El día 14 se recibió en el Cuartel General de Goyeneche un pliego de Díaz Vélez, Comandante de la vanguardia argentina, en el que hacía constar que la incursión hasta Huaqui había quebrantado la buena

(24) ABASCAL, *Memoria*, Tomo II, Pág. 338.

(25) ABASCAL, *Memoria*, Tomo II, Pág. 341.

armonía existente entre los dos bandos, y que el corto número de soldados que guarnecían Huaqui, en manera alguna podía constituir una amenaza para el ejército realista. Pedía la restitución de los prisioneros y la retirada de las tropas realistas al otro lado del Desaguadero, considerando rota la tregua en caso contrario. Aunque el pliego de Díaz Vélez daba a Goyeneche un plazo máximo de dos horas para contestarlo, no se le envió la respuesta hasta el día siguiente y en sentido negativo. Entretanto, a fin de evitar cualquier sorpresa de los enemigos, envió Goyeneche al Desaguadero el día 16 las divisiones del Real de Lima, Paucartambo y los Dragones de Chumbivilcas, enviando los últimos al cerro de San Andrés de Machaca para reforzar las avanzadas del valle de Jesús de Machaca. El mismo trasladó su Cuartel General al Desaguadero el día 17, y llevó consigo las compañías de zapadores y minadores, de granaderos del Cuzco, pardos y morenos. La vanguardia ocupó el pequeño pueblo del Desaguadero, situado al otro lado del río en terreno del Virreinato de Buenos Aires, y colocó sus avanzadas más al interior, en los caminos que por las montañas desembocan al río. A la vez se comenzó a abrir un camino en dirección a Huaqui, a través del monte San Cristóbal.

A partir de entonces, quedaron fijadas las posiciones de los dos ejércitos hasta dos meses más tarde, que tuvo lugar el encuentro definitivo. La posición de los realistas se ha visto ya más arriba: en poco se había modificado, limitándose casi únicamente a reforzar algunos puntos o a ocupar otros con el objeto de dominar todos los caminos que condujesen al río para mantener la cabeza de puente y defenderla de cualquier ataque enemigo. La más elemental estrategia hacía ver cuán valiosa era su conservación.

En cuanto al ejército argentino, ocupaba los dos puntos de entrada de los caminos que conducían al Desaguadero: al Norte habían ocupado el pueblo de Huaqui, y al Sur el de Jesús Machaca, avanzando su Cuartel General hasta Laja.

Colocados así ambos ejércitos, todo hacía pensar en un próximo e inevitable choque. Aún vino a empeorar la situación una pequeña escaramuza ocurrida en el Estrecho de Tiquina, originada por un desembar-

co efectuado en la orilla opuesta por las tropas realistas. Fueron hostilizadas por los enemigos y se abrió el fuego entre ambas, retirándose poco después los peruanos.

Ocurrió el incidente el día 24, y el 25 Castelli enviaba a Goyeneche una queja por la transgresión de la paz que suponían las escaramuzas de Huaqui y Tiquina, manifestando que los realistas habían sido los agresores. La contestación de éstos le hacía ver la disposición pacífica de sus fuerzas, que desde el mes de noviembre pasado no habían hecho ningún acto hostil contra los argentinos, a pesar de los esfuerzos de éstos para inquietar a los pueblos del Perú con proclamas sediciosas. En cuanto a las escaramuzas habidas, se le hacía saber que en manera alguna formaban parte de un plan militar, sino que procedían de la agresión de los suyos, que rompían el fuego «contra el celo y ardor de nuestros oficiales». Ciertamente, según parece, en las dos escaramuzas habían sido los insurgentes quienes rompieron el fuego, pero tampoco es menos cierto que en manera alguna esto justificaba las exploraciones de los realistas por territorio enemigo. Todo lo cual viene a reforzar la opinión de que, tanto por unos como por otros, el período de paz era considerado más bien que como tal, como período preparatorio de una ofensiva general. Los primeros encuentros y tanteos hacían pensar en una próxima ruptura de las hostilidades, tanto más inevitable, cuanto que arreciaba la propaganda revolucionaria esparcida por los argentinos en el interior del Perú y que Castelli dirigía a todos los Cabildos del Virreinato.

En vista de la insistencia de los insurgentes en introducir propaganda subversiva, y ante el temor de un ataque por su parte, convocó Goyeneche nuevo Consejo de Guerra en el campamento el día 5 de mayo. Examinada minuciosamente la situación creada por la propaganda enemiga, se decidió tomar la ofensiva tan pronto llegasen 400 fusileros que se esperaban de Lima, aprovechándose el corto tiempo que mediase hasta entonces para recaudar algún dinero con destino a la caja del Ejército. Recibido el material, se ocuparía el pueblo de Huaqui, en donde por última

vez se publicaría una proclama del general invitando a los sublevados a deponer las armas (26).

En la noche del 11 llegaron al Desaguadero unos pliegos del Cabildo de Lima dirigidos a Castelli y a los Ayuntamientos del Río de la Plata. Contenían una propuesta del Cabildo de la capital dirigida a la Junta de Buenos Aires, en la que le transmitían las once proposiciones de los diputados americanos a las Cortes, y les ofrecía la paz sobre la base de dichos puntos, aceptando la autoridad del Organismo soberano, e indicándole que cualquier acto hostil sería un crimen de lesa humanidad (27). Dicha propuesta tenía la aprobación del Virrey, que quiso encontrar con ella una solución antes de lanzarse de nuevo a la guerra.

Llegados al campamento los fusiles que se esperaban de Lima, se debía comenzar la ofensiva, según el acuerdo tomado en el Consejo de Guerra del día 5; però dada la circunstancia de hallarse en trance la negociación ofrecida por el Cabildo de Lima, se acordó en nueva Junta celebrada el día 12, esperar la contestación de Castelli, con objeto de evitar, si fuese posible, la renovación de la lucha, mientras quedaba preparado el ejército para ponerse en marcha en cualquier momento.

Poco se hizo esperar la contestación. El día 14 se presentó un parlamentario argentino con un oficio dirigido al Cabildo de Lima, rechazando de plano sus ofrecimientos de paz sobre los puntos propuestos. Se le indicaba al Cabildo que lo ofrecido por él les pertenecía de derecho, y que a mucho más se había llegado en el sistema adoptado por la Junta. Decía también Castelli en dicho oficio que la disposición de su ejército era la quietud «pues, sin embargo, de ir ya avanzando al campo de Lima la izquierda y derecha del ejército combinado y hallarse la vanguardia de nuestra fuerza central en Tlaguanaco en disposición de operar militarmente, y su retaguardia en la de moverse de este punto, luego que se han recibido los pliegos de V. E. he determinado, de acuerdo con los generales

(26) Vid. nota 20.

(27) A. G. L.—Lima, 741. Oficio de Ayuntamiento de Lima a la Junta de Buenos Aires. Lima, 28 de abril de 1811. Publ. en la Gaceta de Lima n.º 53, de 30 de abril del mismo.

del Ejército y demás jefes del Estado Mayor... proponernos un armisticio de cuarenta días improrrogables; contados desde el día de la fecha hasta que, en presencia de la contestación que espero de V. E., se alejen ambos ejércitos a mayor distancia de la línea que divide ese territorio del nuestro para entrar libremente en negociaciones estables...» Esta proposición de armisticio se la comunicaba también a Goyeneche, y terminaba su oficio advirtiéndolo al Ayuntamiento que se dirigiera a él para todo lo referente a la negociación, pues tenía plenas facultades de la Junta, así como él por su parte se dirigiría al Ayuntamiento de Lima, único Organismo en quien reconocía la representación más legítima e inmediata de los pueblos (28).

El armisticio propuesto por Castellí a Goyeneche constaba de nueve artículos, cuyo tenor es el siguiente:

1.º—Durante el tiempo de la tregua habrá buena fe, paz permanente, y seguridad reciproca en las estipulaciones que se pacten.

2.º—Respecto a que los campamentos de este ejército se hallan situados en la banda opuesta del Desaguadero, y que la Naturaleza parece haber marcado en sus alturas una línea de verdadero límite, diferenciada por lo establecido en pocas varas, que sería penosa su traslación, los puestos avanzados de este ejército conservarán sus posiciones sobre las cúspides y alturas de dicha serranía.

3.º—Los puestos enemigos, con su fuerza actual y Cuartel General, conservarán sus posiciones.

4.º—Algunas partidas sueltas de este ejército podrán, desarmadas, adelantarse al punto donde encuentren forrajes y viveres frescos, como a distancia de tres leguas, debiendo pagar éstos en dinero contante, y por sus justos valores, y sin que estas medidas que exigen armonía y buena inteligencia, sean motivos de reclamaciones y sorpresas, y por reciprocidad de ella franqueará el general los auxilios de esta clase, que el ejército contrario pudiese exigir en iguales materias en su territorio.

5.º—Toda vejación que la indiscreción o algún otro

(28) A. G. I.—Lima, 741. Copia de Oficio de Castellí al Ayuntamiento de Lima. Cuartel General de Laja, 13 de mayo de 1811.

estimulo de otra clase cause a los individuos que suministrasen estas especies en virtud de reclamación oficial, será indemnizadas y satisfechas a la parte reclamante.

6.º—Si durante el armisticio se presentasen desertores de una y otra parte reclamando la protección de las banderas, serán admitidos, y so pretexto alguno demandados.

7.º—En el mismo tiempo se prohíbe a una y otra parte la internación de papeles denigrativos que atenten al decoro de las autoridades establecidas, y los correos y libre comercio serán protegidos.

8.º—Siempre que las proposiciones remitidas a la capital de Lima no fuesen adoptadas, no podrán romperse las hostilidades, sino después de cuarenta y ocho horas de la notificación por ambas partes de quedar disuelta la negociación.

9.º—Estos artículos, firmados y sellados, serán ratificados en el término de veinte y cuatro horas de su presentación, durables por término de cuarenta días, quedando copias en poder de las partes contrarias» (29).

Este armisticio fué aprobado en principio por una Junta reunida en el campamento de Goyeneche el día 15, en tanto se recibía la aprobación del Virrey. Sin embargo, en dicha Junta hubo algunas rectificaciones en determinados artículos, que fueron aceptadas por Castelli, que las trató al día siguiente con el Teniente Coronel don Mariano Campero, comisionado de Goyeneche. Se referían a los artículos segundo y tercero, y hacían constar que la parte del Virreinato de Buenos Aires ocupada por los realistas no se entendía en manera alguna como una nueva demarcación de límites, ofreciéndose mutuamente no mover las tropas ni efectuar acto alguno de carácter hostil o sospechoso.

De la lectura de los artículos del armisticio se deduce que lo único que pretendía Castelli al proponerlo era asegurarse la tranquilidad durante el tiempo de la negociación con el Cabildo, y en manera alguna establecerlo como preliminar de paz. Quizás hubiesen

(29) Vid. nota 20.

llegado a sus oídos las noticias de los preparativos de Goyeneche y quería acabar los suyos en este tiempo. Pero ciertamente el admitir desertores y permitir las partidas de forrajeos (artículos 4.º y 6.º), eran puntos que se prestaban a posibles incidencias. En cambio, los artículos segundo y tercero no me parecen tan absurdos como se han querido hacer ver (30). A mi juicio, no significaban en manera alguna, ni poca inteligencia de las condiciones topográficas del terreno, ni imprevisión de los jefes argentinos, como lo demuestran las reclamaciones que hasta entonces habían hecho para ocupar ese territorio. Más bien es, a mi modo de ver, el resultado de la convicción que tenía Castelli de que era inútil insistir en recuperarlo por las negociaciones, y, en cambio, una extremada insistencia podía poner estas negociaciones en peligro y comprometer su situación.

Enviados a Lima para su aprobación el oficio del día 3, de Castelli al Ayuntamiento y los artículos del armisticio, fueron todos remitidos al Virrey. El Cabildo, al considerar los términos en que estaba concebida la respuesta del Delegado de la Junta de Buenos Aires, decidió someterlo a la decisión de aquél y dar por concluida «por ahora y para siempre esta conversación» (31).

En realidad, a partir de entonces quedaba virtualmente anulado el armisticio, aunque según su artículo 8.º, dicha anulación no tendría validez hasta pasado cuarenta y ocho horas de notificado el cese de las negociaciones a ambos bandos.

Pero la anulación oficial del armisticio se llevó a cabo inmediatamente. El mismo día en que el Cabildo contestaba a Castelli, el 1 de junio, recibidos los papeles referentes a las negociaciones, convocaba el Virrey una Junta de Guerra en su palacio, a la que asistieron el Arzobispo de Lima, don Bartolomé María de las Heras; don Toribio Montes; el Regente de la

(30) LOPEZ, V. F. *Historia de la República Argentina*. B. Aires, 1883. Tomo III. Pág. 592, y MITRE, B. op. cit. Tomo II. Pág. 215.

(31) A. G. I. Lima, 741. Copia de Oficio del Cabildo de Lima a Castelli. Lima, 1.º de junio de 1811.

Audiencia, Marqués de San Juan Nepomuceno; el Brigadier Cucalón; el Inspector de Artillería, don Joaquín de la Pezuela; el Coronel del Regimiento Real de Lima, don Gabino Gainza; el Subinspector de Ingenieros, don Pedro Antonio Molina; Alcaldes Ordinarios, Marqués de Torre-Tagle y don Andrés Salazar, y el Comandante de Marina, don José Pascual de Vivero. Reunidos bajo la presidencia del Virrey, examinaron todos los papeles referentes al asunto. Conocida la respuesta del Cabildo decidiendo suspender las negociaciones, fueron de opinión de considerar nula la tregua de cuarenta días, y, «volviendo las cosas al estado en que se hallaban antes de ella, como si no hubiera sucedido, proceda el Sr. General en Jefe del Ejército del Desaguadero con arreglo a las facultades que se le tienen conferidas, según le dicte su constante celo por la justa causa que defendemos...» (32).

La decisión de la Junta era, pues, clara y definitiva: la tregua quedaba oficialmente anulada. Los dos ejércitos se encontraban, por tanto, en estado de guerra. Así se lo hacía constar Abascal a Goyeneche el día siguiente al de la Junta: «...se halla V. S. expedito para obrar ofensiva y defensivamente; según lo exijan las circunstancias y le dicte su probado y constante celo por el mejor servicio del Rey, teniendo yo la satisfacción de que ni evitará los favorables momentos de atacar y batir al enemigo, ni emprenderá operación de cuyo buen resultado no tenga prudente probabilidad» (33).

A partir de este momento, Goyeneche se encontraba con las manos libres, y con completa iniciativa. Por tanto, no hacía sino obedecer órdenes del Virrey. Y, por otra parte, parece natural que hubo suficiente espacio de tiempo entre el día 1 de junio, en que el Cabildo consideró rotas las negociaciones con Castellí, hasta el 20, en que tuvo lugar el encuentro entre ambos ejércitos, para que llegase al Desaguadero la noticia de tal decisión. Además, el mismo Castellí debía

(32) A. G. I.—Lima, 741. Copia de Acta de la Junta de Guerra celebrada en Lima el día 1.º de junio de 1811.

(33) A. G. I.—Lima, 741. Copia de Oficio de Abascal a Goyeneche. Lima, 2 de junio de 1811.

tener la convicción interna de que sus proposiciones estaban condenadas al fracaso, desde el momento en que no aceptaba los puntos sobre los que se las hacía a su vez el Cabildo. Por consiguiente creo que, tanto Castelli como Goyeneche, estaban convencidos de que de un momento a otro tendría lugar el encuentro, aun antes de termina la tregua; e incluso es probable que aquél tuviese noticias, si no de su anulación oficial, que no es de extrañar la tuviese también, al menos de la respuesta del Cabildo, con lo que prácticamente quedaba del mismo modo anulado.

Dos hechos vinieron a unirse a estas circunstancias y contribuyeron aún más a elevar la tensión que existía entre ambos ejércitos. Tuvo lugar uno de ellos en el pueblo de Huaqui, el día 17, en que una partida del ejército realista dedicada al forrajeo, fué atacada en las cercanías de dicho pueblo en una emboscada, perdiendo algunos prisioneros y caballería. El otro ocurrió en el de Pisacoma. Algunos centenares de hombres de la caballería cochabambina sorprendieron el pueblo de este nombre; entraron en él, aprisionaron la pequeña guarnición y causaron daños en el poblado (34):.

La escaramuza de Pisacoma originó una enérgica protesta de Goyeneche, en cuanto que significaba una violación del armisticio establecido unos días antes. La disculpa presentada por el General Díaz-Vélez, de que Rivero, a quien pertenecían las tropas que atacaron el pueblo, no tenía noticia del armisticio, era a todas luces insuficiente. Es absurdo suponer que la parte del ejército argentino que ocupaba Jesús de Machaca, en donde estaba Rivero, no tuviese noticia aún de tal pacto, cuando la distancia entre este punto y Huaqui podía cubrirse en sólo unas horas.

El incidente de Huaqui no podía explicarse como consecuencia de un abuso por parte de los realistas del artículo 4.º del armisticio, pues si éstos se interaron en territorio ocupado por los porteños era debido a que en dicho artículo se establecía que podrían sacar forrajes «como a distancia de tres leguas», territorio en el que estaba comprendido Huaqui. El ata-

(34) Vid. nota 20.

que porteño a esta partida no se justificaba, pues, y quedaba como una violación de lo tratado, así como el de Pisacoma, menos disculpable aún.

Estos incidentes y los intentos de sublevación en el interior, de resultas de la propaganda revolucionaria, hicieron anular prácticamente el armisticio. Por último, como réplica a los ataques de sus enemigos, Goyeneche envió 400 hombres de infantería y 50 de a caballo en dirección de Machaca, al mando de Ramírez, que sorprendieron a su cortísima guarnición y se retiraron de nuevo.

En realidad, el armisticio, como dice Mitre, «mal observado por una y otra parte, como que la buena voluntad no presidió a su ajuste ni por una ni por otra parte, a los pocos días de firmado estaba desvirtuado de hecho como preliminar de paz y hasta como compromiso de guerra» (35). El valor del armisticio como tal, fué, pues, casi nulo, ya que a pesar de él se mantenía la misma situación y ninguno de los dos bandos tenía mucho interés en observarlo.

Pero a mediados de junio lo más tarde, debieron llegar a Goyeneche los oficios de Abascal anulando la tregua. Comunicados al enemigo, el General se encontraba libre de todo compromiso para tomar el partido de la ofensiva o la defensiva, según considerase oportuno.

La actividad de los argentinos hacía sospechar a Goyeneche. El 19 de junio tuvo noticias de que se habían situado en Huaqui, Caza y Machaca. Con el movimiento de las tropas se violaba el artículo tercero del armisticio; pero no fué sólo esto, sino que, dos leguas más abajo de Machaca, los cochabambinos habían hecho un puente sobre el río y pasaron 1.200 hombres, colocados a cuatro leguas de la división de Lombera, situada a la derecha del dispositivo de Goyeneche. Al mismo tiempo llegaban noticias de los intentos de sublevación de Tacna, que en caso de triunfar dejarían cogidos entre dos fuegos al ejército del Desaguadero. Se imponía, indudablemente, una decisión ante el peligro que lo amenazaba.

El 19 de junio, el mismo día en que se recibieron

(35) MITRE, Bartolomé. Op. cit. Tomo II. Pág. 215.

estas noticias, convocó Goyeneche Junta de Guerra. Planteada la cuestión de atacar al enemigo, comenzó una acalorada discusión sobre las conveniencias de adelantar el ataque al día 20. Puesto al fin de acuerdos los jefes; se preparó el ejército para la marcha que comenzó a las tres de la mañana del 20 de junio (36).

El ejército, dividido en dos columnas, marchó por los dos valles que se presentaban ante él. Por el del Norte, hacia Huaqui, marchó Goyeneche con el Regimiento del Real de Lima, 300 hombres de caballería, 40 de su guardia y 6 cañones, con los jefes Picoaga y Piérola. Aquel punto había sido destinado para instalar en él el Cuartel General una vez conquistado.

Por el valle del Sur, hacia Caza y Machaca, se encaminó la segunda columna, mandada por Ramírez, con los batallones del Coronel Astete, del Teniente Coronel don Luis Astete y don Mariano Lechuga con 350 hombres de caballería de Arequipa y Tinta, con 4 cañones.

La idea de Goyeneche era desalojar al enemigo de los valles y empujarlo hacia las llanuras de La Paz. Si lograba llevarla a cabo de un modo enérgico, conseguiría su desorganización total y el camino del Alto Perú se le ofrecería abierto. Si por el contrario la suerte le era adversa, se replegaría hasta repasar el río, en donde le sería extremadamente fácil la defensa.

Delante del ejército en marcha, hizo desplegar una cortina de guerrillas que pronto se posesionaron de los primeros cerros en donde estaban colocadas las avanzadas enemigas, integradas por indios, soldados de caballería y fusileros. Entre tanto, Ramírez, con los batallones de Paruro, Paucartambo y Abancay, proseguía su avance, precedido de dos partidas de caballería para descubrir el terreno a las guerrillas y evitarles las emboscadas. Ante la noticia de la presencia de los enemigos hizo avanzar la caballería mientras colocaba en orden de batalla la división de Paruro,

(36) Utilizo fundamentalmente para estudiar la batalla de Huaqui los partes de Goyeneche a Abascal, de 22 de junio de 1811, y de Ramírez a Goyeneche, de 24 de junio de 1811, publicados por HERREROS DE TEJADA en su obra citada, en la que se limita a transcribirlos.

que cubría a las otras dos y a la artillería, con la caballería a retaguardia. Además, apresuró el paso, intentando llegar al abra del camino, la Quebrada de Huauicoragua, que pone en comunicación el valle de Huaqui con el de Machaca, adonde esperaba encontrar ya a Goyeneche. La posesión de este abra era fundamental para ambas columnas, pues era el único medio de mantener la comunicación durante el curso de la batalla.

Pero dos leguas antes de llegar a la Quebrada se encontró con las guerrillas enemigas, con un conjunto de doscientos hombres. No fué dura la resistencia que le ofrecieron: tras las primeras descargas se replegaron al grueso de las fuerzas que avanzaban protegidas por una batería situada en un cerro que dominaba el camino.

Ante la proximidad del grueso del enemigo, cuya superioridad era notoria, Ramírez formó los tres batallones en columna avanzando bajo su fuego durante tres cuarto de legua. El ataque de Ramírez en estas condiciones fué rechazado por las tropas de Viamonte, desplegadas en el camino, apoyadas en los cerros de la derecha, y protegidas por dos obuses, que pusieron en grave peligro a los realistas, desordenando su línea.

Entretanto, Goyeneche, que había oído el fuego de artillería de Ramírez aceleró la marcha con objeto de tomar el camino de Cama a Huaqui y auxiliarlo. Una vez ocupado, ordenó a Tristán que, con el Real de Lima, el batallón de Piérola y una pieza, coronase la altura y esperase sus órdenes sosteniendo a Ramírez. Esta fué su salvación indudablemente: No le había sido posible romper el frente a pesar de todos sus esfuerzos, pues si bien el enemigo se había retirado casi hasta el camino de Huaqui a Cama, había reforzado sus posiciones, e incluso había lanzado su caballería a retaguardia de las tropas de Ramírez, con objeto de atacarlo por la espalda y apoderarse de la artillería.

La aparición de las tropas de Tristán acabó con la resistencia de los argentinos, amenazados con un ataque de flanco; su retirada se convirtió poco a poco en fuga desorganizada, en el momento en que empezaron las desertiones.

Mientras Ramírez se batía con las tropas de Via-

monte y Díaz Vélez, Goyeneche, en marcha hacia Huanqui, se encontró cerrado el camino por las que mandaban Balcarte y Montes de Oca. Estas tropas, salidas de Huanqui en número de 2.000 hombres, con 15 piezas de artillería, se apoyaban a su derecha por la laguna, y estaban situados sobre un morro, que lo colocaban en una posición dominante sobre el camino. Pero, sin embargo, la parte izquierda de los cerros era mucho más asequible, y no había sido ocupada por éstos.

Colocado su dispositivo de marcha, dividió Goyeneche su columna en dos partes, una dirigida por él personalmente y compuesta por los Regimientos de Abancay, del Cuzco y el batallón de Pícoaga, y otra, mandada por Tristán, con el intento de flanquear al enemigo situado en el morro. En esta disposición continuó su camino y entró bajo el fuego enemigo, que recibió durante dos horas sin contestar, en tanto que la caballería rechazaba tres ataques en su costado izquierdo.

A pesar de su avance le fué imposible romper la posición del enemigo, no pudiendo dominar la altura en que se hallaba situado, ni ocupar las de sus alrededores. En vista de lo infructuoso de su avance, y aperebido de que no podría dominar la altura sin un ataque de la columna de Tristán, envió a su edecán don José de Moya con la orden para aquél de tomar los cerros de su derecha, desde donde debía iniciar un ataque desesperado de flanco contra el enemigo. Pero Tristán ya había iniciado el movimiento cuando le llegó la orden de Goyeneche. Se había dado cuenta de lo decisivo que había de ser para el curso de la batalla, y no esperó las órdenes del General, comenzando el ataque con el Regimiento Real de Lima y dejando el camino cubierto con el batallón de Piérola. Con objeto de completar el movimiento, Goyeneche, por su parte, destacó tres compañías para que hostilizaran por el frente a los enemigos, mientras él, con el resto de las tropas, atacaba el flanco derecho, aprovechando el espacio que le permitía una legua de tierra que se extendía a su izquierda sobre la laguna.

El movimiento iniciado por Goyeneche era hábil; consistía simplemente en aprovechar la única posibilidad de penetración que ofrecía la posición enemiga

por su flanco izquierdo, atacado por las tropas de Tristán, mientras él atraía la atención por el frente y el flanco derecho, con objeto de facilitar a aquél su maniobra y envolver al enemigo. Los intentos de la caballería cochabambina fueron inútiles, pues Tristán avanzaba bajo un fuego abrumador, que obligó a retirarse a los argentinos camino de Huaqui. Fué entonces, una vez dominada la situación, cuando marchó en ayuda de Ramírez, que se hallaba en un momento verdaderamente difícil.

Desalojado el enemigo de sus posiciones en este sector, fué perseguido por las tropas de Goyeneche hasta Huaqui, que ocuparon sin la menor resistencia, cogiendo los almacenes de municiones de guerra y boca, y sus hospitales, aparte del copioso material abandonado que ocuparon en el camino, junto con un considerable número de prisioneros.

En el frente de Ramírez, las cosas habían cambiado desde la aparición de la columna de Tristán, después de más de cinco horas de lucha. La retirada del enemigo se hizo total, aunque poco más tarde recibió noticias de que una columna de caballería cochabambina de dos mil hombres con dos cañones se aproximaba en su dirección. Inmediatamente envió aviso a Goyeneche, con objeto de que se le reuniera para detener este avance, a la par que formaba a su tropa, desorganizada en la persecución del enemigo, y ocupaba posiciones en la sierra. Recibida la noticia, Goyeneche reorganizó sus fuerzas y se puso en camino desde Huaqui, pero a una legua de distancia del pueblo recibió aviso de Ramírez, que le comunicaba la retirada de aquéllos, y que, por lo tanto, no necesitaba de su concurso, antes al contrario, según le informaba, los cochabambinos se dirigían contra él. El general volvió sobre sus pasos y se dirigió a Huaqui, en donde estableció sus posiciones de nuevo, para prevenirse de un posible ataque durante la noche.

Con ésto terminaba la llamada batalla de Huaqui, con una total victoria de las tropas realistas. En realidad hubo dos batallas simultáneas: una, la que pudiéramos llamar de Huaqui, propiamente dicha, la sostenida por Goyeneche; otra, la sostenida por Ramírez contra las fuerzas que ocupaban Jesús de Machaca;

si bien ambas se dirigían contra un objetivo común y constituían quizás una sola maniobra.

Las pérdidas sufridas por ambos ejércitos debieron ser graves, pues las circunstancias de la lucha dan lugar a pensar que debió ser bastante encarnizada, con las consiguientes pérdidas considerables para los dos contendientes. Pero no poco debió influir también en el desastre final de los argentinos la deserción que se inició en sus filas, apenas comenzó la retirada. Era éste el mal fundamental de ambos ejércitos; las tropas que lo integraban, falta de espíritu militar, necesitaban una rigida disciplina para permanecer en sus puestos, sobre todo, en situaciones adversas, y ésta fué una de las causas que en su origen contribuyeron a la derrota del ejército patriota en el caso presente. Castellí se había propuesto formar un numerosísimo ejército integrado por los contingentes de voluntarios que recibía de las provincias ocupadas, sobre todo, de los cochabambinos. Y este fué su error, pues si por una parte necesitaba de su caballería, quizás no tuvo en cuenta la necesidad de disciplinarlos debidamente. Como consecuencia lógica de tal error, en el momento en que flaqueó la resistencia de las líneas, la inmensa masa de cochabambinos emprendió el camino de su ciudad con objeto de defenderla del avance de Goyeneche, abandonándolo en el combate.

Antes de entrar en la trascendencia de la batalla de Huaquí, creo se debe aclarar la cuestión de si efectivamente esta batalla constituyó una infracción del armisticio estipulado y, en tal caso, quién fué el infractor.

Esta cuestión ha suscitado diversas opiniones, producidas no pocas por un apasionado juicio, sobre todo entre los contemporáneos, si bien, la distancia nos permite hacer hoy un examen desapasionado de los hechos.

En cuanto al primer problema de si fué la batalla de Huaquí una violación del armisticio, ya me he referido antes al hablar de las comunicaciones cursadas entre Castellí, Goyeneche y el Virrey. Allí decía que cuando Goyeneche se decidió el 19 de junio a emprender la batalla, debían haberle llegado las órdenes de Abascal, anulando la tregua. Por su parte, Castellí tampoco debía hacerse muchas ilusiones respecto a la

aceptación de su propuesta. Además, las escaramuzas que se sucedieron entre las partidas de ambos ejércitos podían llevar al convencimiento de todos la nulidad práctica del armisticio.

La prueba quizás más palmaria de que a nadie sorprendió el movimiento del ejército de Goyeneche, que fué quien inició la batalla, es el hecho que cita Rada y Gamio, de que «al darse la batalla, presentó (Castelli) sus tropas debidamente dispuestas, obteniendo hasta ventajas con su caballería» (37). No es menos digno de tenerse en cuenta el hecho, también aducido por Rada y Gamio, de que en los partes de Castelli, fechados en Machaca el 28 de junio, y de Rivero en Cochabamba, en 19 de julio, dirigidos a la Junta de Buenos Aires y la de Potosí, respectivamente, no hay la menor alusión a que se hubiere efectuado el ataque por sorpresa, faltando a lo estipulado en el armisticio. Y como dice dicho autor «de nada habrían hecho más mérito Castelli y Rivero, para disculpar su derrota, que de esa circunstancia anotándola en sus partes con todo colorido. Ese silencio es revelador» (38).

Por tanto quede comprobado que si el armisticio no estaba anulado oficialmente, en la práctica había dejado de existir, si es que alguna vez existió con vigencia efectiva.

En cuanto a la segunda cuestión, el hecho de averiguar quién fuese el transgresor, es más difícil de aclararlo, pues mutuamente se echaban las culpas ambos contendientes. Se hace constar que la primera violación partió de Goyeneche con la partida que fué atacada en Huaqui, renovada por lo ocurrido en Jesús de Machaca. Por otra parte se achaca esta culpa a Castelli, que colocó sus avanzadas en Huaqui, contra lo prevenido en el armisticio, como asimismo por el ataque de Pisacoma.

Indudablemente en el fondo de la cuestión hay un interés de partido en hacer ver al contrario como transgresor de la palabra de honor comprometida. En

(37) RADA Y GAMIO, Pedro J. *El Arzobispo Goyeneche y apuntes para la Historia de Perú*. Roma, 1917. Pág. 51.

(38) RADA Y GAMIO, Pedro J. *Op. cit.* Pág. 52.

realidad cualquiera de los dos pudo haber sido el primero, dadas las condiciones anteriormente expuestas. Mitre, en su obra citada, dice: «debe decirse en honor de la verdad histórica, que los primeros que la violaron fueron los patriotas, extendiendo sus correrías hasta S. Andrés de Machaca, al N. del Desaguadero (17 de mayo): y atacando en Pisacoma un destacamento realista que observaba pacíficamente los caminos de la costa. Goyeneche por su parte adelantó entonces sus reconocimientos hasta el terreno intermedio y trató de sorprender en dos ocasiones los puestos avanzados de los patriotas» (39).

Y ciertamente, el ataque a Pisacoma lo podemos considerar como una transgresión del armisticio, reconocida por los mismos argentinos. El capitán Alvarez, en su «Memoria militar de la guerra insurreccional del Perú», tantas veces citada, afirma, que, ocurrido el incidente, Goyeneche pidió satisfacción a Díaz - Velez, quien se disculpó con la razón de que su mando correspondía al sector de Huaqui, y que el hecho había ocurrido en el sector mandado por Rivero «a quien ya se había requerido en razón del último suceso». El día siguiente vino un parlamentario de su parte haciendo saber que habían llevado a cabo esta acción por ignorar la existencia del armisticio, argumento que cae inevitablemente por su peso cuando se recuerda que dicho armisticio llevaba establecido más de un mes, y parece absurdo pensar que en este tiempo no se hubiese dado cuenta de él al jefe de un importante sector del ejército argentino.

Este y los otros incidentes que se sucedieron, obligaron a poner en guardia a ambos contendientes. Pero lo que hizo estallar la tempestad fué el paso de 1.200 hombres por el puente Machaca sobre el Desaguadero, diez kilómetros más abajo del de el Inca, con objeto de atacar la retaguardia realista. Dicho movimiento hizo adelantar los preparativos a Goyeneche, como vimos, ya que, además de una violación de lo establecido, representaba un grave peligro para su situación, a la vez que revelaba un claro intento de ataque.

(39) MITRE, Bartolomé. *Op. cit.* Pág. 215.

Queda, pues, un tanto aclarada la situación inmediatamente anterior a la batalla. Todo hace suponer que las primeras provocaciones partieron del lado argentino, sin que esto quiera decir, que, si no hubieran sucedido habría dejado de llevarse a cabo el encuentro. Se puede decir, sin temor a errar, que ambos contendientes estaban dispuestos a dar la batalla; lo único que ocurrió fué que Goyeneche se adelantó a Castellí.

La noticia de la victoria de Huaqui, llegó a Lima conducida por el teniente coronel don Juan de Ymaz, que llevaba las dos banderas cogidas a los insurgentes. El júbilo que produjo fué indescriptible. A la publicación de la noticia sucedieron días de alegría universal al ver desaparecido el peligro que significa para el Perú la presencia del ejército argentino en el Desaguadero. El Virrey pudo respirar más confiado al pensar en las favorables consecuencias que para su causa podía tener dicha batalla. Felicitó inmediatamente a Goyeneche y a su ejército (40), y propuso para su recompensa a aquellos que lo merecieron en dicha jornada, ascendiendo interinamente a muchos jefes, y regalando su sable a Goyeneche, a la par que informaba al Soberano de una victoria tan decisiva (41).

(40) Arch. C. Guaqui. C. 3. Carp. 12. N. 13. Oficio de Abascal

(41) ABASCAL. Memoria. Tomo II. Pág. 253.

a Goyeneche. Lima, 12 de julio de 1811.

CAPITULO VII

LA SEGUNDA SUBLEVACIÓN DE COCHABAMBA Y LA PACIFICACIÓN DEL ALTO PERÚ

La victoria de Huaqui tuvo una gran trascendencia, tanto en el terreno militar como en el político. Militarmente supuso la pérdida de las provincias altoperuanas para los patriotas, y a consecuencia de ello, en el terreno político, produjo una honda modificación en la estructura del régimen argentino. El balance de la primera etapa de la revolución no era nada halagüeño: «Durante el régimen presidido por Saavedra se habían perdido el Paraguay y el Alto Perú; el Uruguay quedaba en condiciones dudosas» (1). Saavedra había fracasado y fué depuesto, simulando su alejamiento con un viaje de inspección a las provincias del Alto Perú, durante el cual recibió la noticia de su separación de la Junta, en la que se produjo un cambio fundamental. El 23 de septiembre se creó un Triunvirato, formado por Chiclana, Sarrautea y Passo. El nuevo gobierno tenía como misión fun-

(1) PEREYRA, Carlos. *Historia de la América Española*. Madrid, 1927. Tomo IV. Pág. 262.

damental, desarrollar una labor enérgica y rápida para consolidar la revolución en peligro.

El peligro podía provenir principalmente del Alto Perú. Las victoriosas tropas de Goyeneche podían emprender el camino de Buenos Aires, en el que probablemente no habrían de encontrar una gran resistencia, sobre todo, si tardaban poco tiempo en ponerse en marcha.

Pero el mayor riesgo que se podía presentar a los gobernantes de Buenos Aires era el que se podía desprender de una posible inteligencia entre Abascal y Elio. Este último había llegado en el mes de enero con un gran contingente de tropas, e intentaba el bloqueo del puerto de Buenos Aires. El comienzo de su ofensiva había sido la señal inútilmente esperada por Abascal para lanzarse a su vez al ataque en el Alto Perú. Si ahora, triunfante éste, se ponían de acuerdo para emprender una acción común contra la capital, por mar y por tierra, la situación se haría insostenible.

Los intentos de la Junta de Buenos Aires para levantar a Artigas, en la Banda Oriental contra Montevideo, con objeto de impedir a Elio cualquier acción ofensiva contra ella, habían fracasado. A la larga, resultaron fallidos sus cálculos, pues Artigas, cuyo gran espíritu autonomista se presentaba siempre como un objeto de desconfianza, si bien accedió a sus planes, más tarde pactó con Montevideo, en octubre de este año.

Sin embargo, los temores de la Junta no se llevaron a cabo; en este momento Montevideo no lograba liberarse de la presencia de Artigas, a quien ayudaban tropas argentinas, y por otra parte, Goyeneche, después de Huaqui, se dirigió de nuevo al Desaguadero, seguramente para reorganizar sus tropas antes de emprender la marcha a través del Alto Perú, que se ofrecería entonces fácil de conquistar.

Las tropas argentinas derrotadas en Huaqui emprendieron el camino de retirada hasta Salta, no sin antes apoderarse del caudal existente en las Cajas Reales de Potosí, que ascendía alrededor del millón de pesos.

Durante el tiempo que medió entre la vuelta de Goyeneche al Desaguadero y su salida para el Alto Perú dirigió una serie de proclamas a todas las ciu-

dades para que, libres de la ocupación insurgente, se declarasen por la causa realista. La salida se efectuó el 3 de julio con la finalidad de ocupar Oruro, punto interesante para las comunicaciones con Potosí y Cochabamba.

Entretanto, habían llegado noticias al Desaguadero de que la ciudad de La Paz solicitaba auxilio. Su Intendente, don Domingo Tristán, el mismo que antes se había declarado por la Junta de Buenos Aires, solicitaba la entrada de las tropas realistas para unirse a ellas con su ciudad, evacuada por las tropas de Rivero y sus cochabambinos. Se llevó a cabo la ocupación el 10 de agosto, marchando luego desde allí a Oruro para amenazar a Cochabamba, que, bajo el mando de Rivero, se mantenía por la Junta de Buenos Aires.

En todas las ciudades ocupadas nuevamente, Goyeneche debía atenerse a instrucciones concretas recibidas de Abascal, que se referían a tres puntos. En primer lugar debía dedicarse a reorganizar la Hacienda, a base de los tributos debidos a los indios y alguna contribución impuesta a los individuos sospechosos, con cuyo importe ayudaría al mantenimiento del ejército, que a su salida del Desaguadero había tenido que hacerlo con el auxilio pecuniario ofrecido por la provincia de Puno.

Una vez logrado esto, otro punto fundamental era evitar cualquier posibilidad de nuevas sublevaciones. para lo cual debía exigir de todos los habitantes la entrega de las armas de fuego y blancas que poseyesen, sin distinción de personas, castigando con severas penas a los que así no lo ejecutaren.

Desarmadas las provincias, se hacía innecesario dejar guarniciones en las ciudades, pues si eran pequeñas fácilmente podían ser sorprendidas, como se había demostrado, y si, por el contrario, se dejaba una gran cantidad de tropas, se debilitaba el ejército, que había de seguir su marcha. En cambio, recogiendo todo el armamento de que pudieran disponer, se evitaban estas contingencias.

Las instrucciones que daba Abascal a Goyeneche eran generales para todas las provincias, pero reflejándose particularmente a la de Cochabamba, le advertía que era necesario imponerle una contribu-

ción de caballos para remonta y repuesto del ejército, con doble finalidad: por una parte, obtener un numeroso cuerpo de caballería, y por otra, mantener una superioridad notable en el sistema más eficaz de hacer la guerra de los cochabambinos (2).

En cuanto a los movimientos de las tropas, ordenaba Abascal a Goyeneche constituir un fuerte destacamento en Oruro, «punto céntrico de las provincias del Alto Perú», y desde allí se podría acudir a cualquier otro que lo necesitare. Con tal fin debía instalar allí un cuerpo de 1.500 a 2.000 hombres, con su correspondiente artillería y municiones, debidamente alojados en un lugar fuera del pueblo, que le domine, y en el que debía construir una pequeña fortaleza, con su correspondiente parapeto y foso, con vistas a cualquier posible ataque, teniendo en cuenta para su construcción la proximidad de algún pozo, algibe, etc., que asegure el agua de la tropa (3).

Una vez efectuada la pacificación de las ciudades ocupadas en el Alto Perú, Goyeneche se dirigió a ocupar Cochabamba, partiendo de Oruro con el grueso de su ejército, y dejando como destacamento en la frontera del Desaguadero un fuerte núcleo de tropas al mando del Comandante Benavente.

Pero poco después de la marcha de las tropas en dirección a Cochabamba, se produjo en el partido de Pacajes una sublevación de indios, que se propagó a los de Larecaja, y Omasuyos, y se extendió hasta la ciudad de La Paz, a la que intentaron atacar, amenazando las comunicaciones del ejército con el Perú.

Entretanto continuaba la marcha de los realistas hacia Cochabamba, a través de un terreno bastante escabroso, y de donde los insurgentes habían procurado retirar todo posible auxilio para las tropas, para entorpecer su tránsito. En la mañana del día 13 de agosto llegaron a la altura denominada Tres Cruces, que domina la llanura del valle de este nombre. La vanguardia, mandada por Ramírez, bajó la cuesta,

(2) *Arch. C. Guagui. C. 1. Carp. 2. N. 60.* Carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 12 de julio de 1811.

(3) *Arch. C. Guagui. C. 1. Carp. 2. Ns. 60 y 61.* Cartas de Abascal a Goyeneche. Lima, 12 de julio y 21 de septiembre de 1811.

desplegando en orden de batalla. Reunido Goyeneche con Ramírez a las tres de la tarde, y ante el temor de que les sorprendiese la noche, ya que no había podido descender aún la retaguardia ni la caballería, resolvió dar un ataque brusco a la bayoneta para apoderarse del pueblo de Sipe-Sipe, sobre el que destacaban gruesas partidas los cochabambinos, que en número de 1.200 se hallaban situados entre el río Amiralla y las montañas, colocada su vanguardia en aquél y su retaguardia en éstas. A la par, destacaban partidas numerosas sobre el pueblo y sobre los flancos de sus fuerzas.

Decidido el ataque, lo llevaron a cabo Ramírez por la derecha, Tristán por la izquierda y Goyeneche por el centro. El empuje de las fuerzas realistas desalojó a los cochabambinos de la primera línea de sus posiciones, abandonando el pueblo de Sipe-Sipe. Ocupado éste, y visto que los enemigos se habían situado a vanguardia del grueso del ejército, que lo apoyaba desde el otro lado del río, se ordenó un nuevo ataque. El resultado fué semejante al anterior: de nuevo fueron obligados a replegarse hacia el grueso de las fuerzas. Inmediatamente se rompió un fuerte fuego de artillería durante tres cuartos de horas, mientras la caballería cochabambina se dividió en dos alas para envolver a Goyeneche y cortar la retirada. Ante el nuevo viraje del combate, ordenó éste a Ramírez que permaneciese atacando al enemigo por su frente, mientras que el coronel Astete lo efectuaba por la izquierda, Tristán hacía lo mismo por la derecha, y el mismo Goyeneche, a la cabeza del Real de Lima, se dirigió a cortar por el centro la caballería enemiga. Los resultados de la maniobra se hicieron notar pronto, pues los enemigos, acometidos por todas partes, emprendieron la retirada al otro lado del río y abandonaron sus posiciones, en las que dejaron la artillería, dos banderas, 600 muertos y 70 prisioneros. En el lado realista, según el parte de Goyeneche, sólo hubo quince muertos y cuatro heridos, aunque es de imaginar que en realidad debieron ser bastantes más.

La noche que sucedió al día de la batalla la pasó el ejército sobre las armas para evitar cualquier sorpresa. Al amanecer del día siguiente, 14 de agosto de 1811, pudieron comprobar que las posiciones de los enemi-

gos al otro lado del río habían sido también abandonadas. Durante la noche, parte del ejército insurgente, mandado por Díaz-Vélez, se retiró a Chaquisaca, mientras que el caudillo cochabambino Rivero marchó hacia Cochabamba.

Desaparecido el enemigo, el ejército realista emprendió la marcha a las nueve de la mañana de dicho día en dirección a Cochabamba, de donde recibió un parlamentario, que ofreció la entrega de la ciudad y de su provincia. Llegado Goyeneche, fijó su entrada en ella para el día 16, fecha en la que la llevó a cabo triunfalmente (4).

La victoria de Sipe-Sipe fué el complemento de la de Huaqui. Con ella quedó definitivamente libre el Alto Perú de las tropas argentinas. Acabó de golpe con la resistencia de los cochabambinos, y provocó la caída de Chuquisaca y Potosí, con la consiguiente retirada de los restos de las tropas argentinas batidas en Huaqui, que evacuaron totalmente las provincias altoperuanas, en retirada hasta Salta.

Verificada la ocupación de Cochabamba, se dedicó Goyeneche a la reorganización de todos los ramos del gobierno y administración de la ciudad, y una vez acabada su misión allí, se puso en marcha de nuevo hacia Potosí. En el camino, hallándose a 50 leguas de dicha ciudad, en el punto denominado Toracari, de la provincia de Chayanta, recibió el 3 de septiembre una diputación de aquella, y otra de Chuquisaca, que le ofrecían la sumisión de ambas, cuya ocupación tuvo lugar inmediatamente. A su llegada a Potosí, el 16 de septiembre, recibió la triste noticia de que, al paso por la ciudad del ejército argentino, uno de sus jefes, Pueyrredón, se apoderó de cerca de un millón de pesos existentes en la Casa de la Moneda y en el Banco de S. Carlos, so pretexto de utilizarlo para levantar tropas con las que reconquistar la ciudad. El recelo de los habitantes de Potosí respecto a las tropas argentinas aumentó al tenerse noticias de la victoria de Sipe-Sipe, y desconfiando de la veracidad de las pro-

(4) A. G. I.—Lima, 649. Parte de Goyeneche a Abascal. Cochabamba, 18 de agosto de 1811. Publ. en la Gaceta del Gobierno de Lima, de 23 de septiembre de 1811.

mesas de Pueyrredón, iniciaron su persecución con dos o tres mil hombres, si bien resultó infructuosa (5).

La ciudad de Chuquisaca fué asimismo ocupada por el batallón Real de Lima, a las órdenes del coronel don Mariano Campero, enviado por Goyeneche cuando se dirigía a Potosí.

Pero las noticias de la victoria de Sipe-Sipe y las de las posteriores ocupaciones de las ciudades a consecuencia de aquélla, no pudieron llegar entonces a Lima. La conspiración de indios a que me he referido más arriba había progresado extraordinariamente. Los indios de la provincia de La Paz, movidos por dos curas y un cabecilla, y al amparo de 800 cochabambinos, se habían levantado contra el partido realista, con los consiguientes excesos de asesinatos y robos. Puestos en marcha, aprovechando la distancia a que se hallaba el ejército de Goyeneche, que les daba cierta garantía de impunidad, avanzaron contra la ciudad de La Paz, a la que pusieron cerco.

El peligro que significaba la insurrección de estos indios era enorme, pues aparte del trastorno consiguiente al alzamiento, con la natural inquietud que había de sembrar en las ciudades ya pacificadas, cortaba por completo las comunicaciones entre el ejército de Goyeneche y el Perú y amenazaba, incluso, con la invasión del Virreinato, puesto que la guarnición del Desaguadero, al mando del teniente coronel don Pedro Benavente, era del todo insuficiente para contener la avalancha, sobre todo a causa de la escasez de fusiles, que Abascal no podía proveer.

En vista de lo crítico de la situación, que amenazaba entorpecer los frutos de las victorias de las armas realistas, Abascal ordenó que los caciques de Cincheros y Azángaro, Pumacahua y Choquehuanca, cuya fidelidad se había patentizado en muchas ocasiones, sobre todo en la revolución del año 80, se pusieran en marcha hacia el Desaguadero con sus tropas de naturales, dándole a ambos el nombramiento de coroneles del Ejército (6).

(5) A. G. I.—Lima, 649. Oficio del Virrey del Perú al Ministro de Estado. Lima, 23 de octubre de 1811.

(6) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II, pág. 364, y A. G. I.—Li-

Una vez en el Desaguadero, sus tropas se unirían a las de Benavente, de quien recibirían la instrucción que necesitasen y, reforzadas, se habrían de dirigir hacia La Paz con objeto de levantar el sitio de aquella ciudad, y dejar libre el camino de Oruro, hasta donde se habían extendido los sublevados.

Choquehuanca llegó a Puno el 10 de octubre con 1.200 indios, de los cuales, la mitad siguió su marcha hacia el Desaguadero, y la otra mitad se dirigió a Tiquina; Pumacahua llegó también a dicha villa el 18 con tres o cuatro mil indios nobles, que el 21 debieron salir para el Desaguadero (7).

Reunidos en este punto, salieron de allí dos columnas. Una al mando de Benavente, con 1.200 hombres se dirigió a La Paz, adonde llegó después de la victoriosa acción del Cerro de Lloco, y cuyo cerco levantó en cooperación con las fuerzas que, al mando de Lombera, había destacado Goyeneche con el mismo fin. La otra columna que salió del Desaguadero iba mandada por el coronel Pumacahua, y se dirigió hacia Oruro. Despejó el Desaguadero y demás pueblos de su tránsito, dejando asegurada su retaguardia, con el sosiego de los partidos de Pacajes y Sica-Sica (8).

Con estas acciones, libre la ciudad de La Paz y expedito el camino del Alto Perú, que restablecía la comunicación con el ejército, se podía considerar dominada la rebelión.

Sin embargo, es curioso observar el significado de la intervención de los caudillos indios, Pumacahua y Choquehuanca, en el apaciguamiento de esta revolución. Con el empleo de las fuerzas de indios, así como con la de los naturales, que formaban el núcleo fundamental del ejército de Goyeneche, pretendía Abascal una doble finalidad, pues a la par que tenía un cuerpo numeroso de tropas, disciplinado y bien instruido, lograba identificarlos poco a poco con la causa

ma, 649. Oficio de Abascal al Ministro de Estado. Lima, 23 de octubre de 1811.

(7) A. G. I.—Lima, 649. Extracto de cartas y oficios de Goyeneche a Abascal, de 26 de septiembre de 1811 y otros de Puno y el Desaguadero. Publicados en la *Gaceta del Gobierno de Lima*, de 6 de noviembre de 1811.

(8) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 366.

que defendían, con lo cual, al cabo del tiempo, se lograría tener un poderoso partido realista formado, principalmente, a base de los naturales que militaban en el ejército, y que habían de ser el apoyo fundamental para la defensa del Virreinato en las circunstancias apuradas de la Metrópoli.

A la par que con estas medidas, procuraba Abascal atraerse a los indios, usando con ellos los medios más suaves que estuviesen a su alcance, dentro de la energía que había de caracterizar el apaciguamiento de la rebelión. Así, noticiado de los procedimientos utilizados en algunos puntos contra los revoltosos por Lombera, le escribe inmediatamente a Goyeneche en términos duros: «no me gusta en manera alguna que se hayan reducido a cenizas algunos pueblos, según consta, que ha visto un oficial de la expedición; los valientes no hacen jamás la guerra a cosas inanimadas; de esta suerte nos pareceríamos a los bárbaros de Buenos Aires y perderíamos el concepto de humanos y comprensivos; con tan baja conducta, los pobres indios, viéndose sin albergue se exasperarán aún más y desconfiarán justamente de nosotros, queriendo antes morir que entregarse a una gente impia: hágasele Vd. entender a Lombera y a todos los comandantes que se destaquen del ejército» (9). Esta orden era terminante, y además de la fundamental razón de humanidad que obligaba a observarla, existía la razón política que presidió toda la labor de gobierno del Virrey.

Terminadas las operaciones contra los indios sublevados, y ocupadas las ciudades del Alto Perú, se podía considerar desaparecido el peligro del Virreinato y restablecido el orden en todo él y en las ciudades agregadas. Libre de este cuidado, podía, pues, dirigir de nuevo Abascal la vista a Buenos Aires.

Las noticias que se tenían en Lima de la repercusión en aquella capital de los sucesos del Alto Perú, así como de la aproximación de tropas portuguesas, que habían de ayudar a las llegadas de Montevideo, indujeron a Goyeneche a enviar una división de su ejército al mando del teniente coronel Barrera para

(9) *Arch. C. Guaqui*, C. 1. Carp. 2. N. 62. Duplicado de carta de Abascal a Goyeneche, Lima, 26 de octubre de 1811.

situarse en Tupiza, en donde se habría de reunir a los que ya anteriormente habían sido destacados por el general. El objetivo que se perseguía era concentrar el suficiente número de hombres para reducir a los últimos insurgentes que se hallaban reunidos en Salta (10). El número de las tropas porteñas estacionadas en esta ciudad era pequeño, pero no por ello se había de descuidar dicho punto, pues constantemente amenazaban con incursiones que turbaban la tranquilidad de la provincia.

Pero no pudo tampoco Goyeneche dedicarse exclusivamente a preparar un ataque contra los argentinos, pues dos meses después de conquistada Cochabamba a consecuencia de la batalla de Sipe-Sipe, volvía de nuevo a cundir la rebelión en su provincia, fomentada por los huidos de la ciudad y los de La Paz. No tardaron los revoltosos en apoderarse de la capital, que jamás estuvo de corazón al lado de los realistas. Ocupada la ciudad y asegurado el golpe de mano, llevaron a cabo una expedición sobre Oruro, punto estratégico en las comunicaciones del Alto Perú. A pesar de que, según Abascal, era escasa la guarnición de esta ciudad, al mando de don Indalecio González de Socasa, fueron ahuyentados los atacantes.

Las operaciones contra los cochabambinos se limitaron, sin embargo, a mantener libres los caminos, y abierta la comunicación con el Virreinato del Perú (11).

Pero, como digo más arriba, la segunda sublevación de Cochabamba hizo modificar los planes de operaciones en la frontera del Virreinato de Buenos Aires. La reunión de un gran número de tropas aquí ofrecía el peligro de dejar desguarnecido el Alto Perú, con una insurrección en su interior, cuyas consecuencias no se podían calcular. Por otra parte, no era posible llevar a cabo ninguna acción decisiva por la proximidad de la estación de las lluvias y lo diseminado que se encontraba el ejército, que lo hacía difícil de reunir rápidamente.

(10) *Arch. Abascal*. Borrador de carta de Abascal a Pérez de Castro sin data ni fecha, y Abascal, *Memoria*. Tomo II. Pág. 370.

(11) *ABASCAL. Memoria*. Tomo II. Págs. 371-372.

En vista de estas circunstancias se acordó en Junta de Guerra celebrada por el Virrey, de acuerdo con Goyeneche, suspender las operaciones contra la ciudad de Cochabamba, «por las dificultades que ofrecía el paso de los caudalosos ríos que circundan los valles de aquella provincia con rápida corriente en esta estación; por evitar que la común enfermedad de tercianas causase algún estrago en las tropas; y sobre todo porque esta detención, que era favorable para la recomposición del armamento que se hallaba ya deteriorado por el continuo servicio, lo era igualmente para dar algún descanso a la fatiga de las marchas del ejército» (12).

Efectivamente, la marcha del ejército a través de los caminos del Alto Perú había sido agotadora. Desde el mes de agosto, en que se inició la campaña para el sometimiento de las provincias, el guerrear había sido constante, contra las tropas argentinas, contra los cochabambinos, o contra los indios. En todas partes era de esperar una sorpresa, y se imponía una vigilancia continua que producía el natural desgaste en la tropa, y el gran número de pequeñas acciones y encuentros mantenidos con los enemigos hacían completamente necesario el descanso, tanto para los hombres, como para el material.

Colocado, pues, el ejército en las ciudades del Alto Perú, podía tenerse la seguridad de su mantenimiento, pues fácilmente podría acudir de un punto a otro, ya que no eran excesivamente largas las distancias, y se hallaba jalonado por ellas el camino del Perú. Así se podía esperar a que pasase la estación de las lluvias y aprovechar, mientras, este tiempo en la reorganización del ejército.

La posición de las tropas de Goyeneche era en estos momentos la siguiente: Pumacahua y Benavente permanecían en Sicasica; Astete, en Chayanta; Lombera, en Oruro; y además el teniente coronel don José Francisco Moya debía pasar con dos compañías de caballería a ocupar Llaucacoto, y Picoaga, con 500 hombres se uniría en Tupiza a la división de Barrera, con objeto de expulsar a los argentinos hasta más

(12) ABASCAL. *Memorias*. Tomo II. Pág. 373.

allá de las gargantas de Jujuy y Salta, posiciones que deberían quedar en su poder (13).

En efecto, el día 26 de noviembre salía Picoaga del Cuartel General con 470 hombres de su división, en dirección a Tupiza, con instrucciones de obrar enérgicamente. Llegados a esta villa reunió las tropas mandadas por Barrera y se informó de los preparativos de las tropas argentinas, reforzadas por Díaz Vélez, que se había adelantado a las cercanías de Sui-pacha para atacar a los realistas.

A la llegada de Picoaga, los enemigos se retiraron rehusando presentar batalla y perseguidos a distancia por éste, que no les podía dar alcance por carecer de la caballería que aquéllos poseían en gran cantidad. Así llegó hasta el punto de Yavi, a la entrada de las gargantas de Jujuy, en donde recibió orden de suspender el avance, y noticias de haber sido reforzados los insurgentes, cuyo número llegaba a 1.300 fusileros.

La falta de datos en que se hallaba Picoaga sobre los enemigos, le hizo acceder a los ofrecimientos del Marqués de Yavi, para ir a entrevistarse con Díaz Vélez, con la doble finalidad de atraerlo a razones e insinuirse del estado de sus fuerzas. Llegó el Marqués al campamento enemigo, que halló situado en los lugares denominados Cangrejos y Barrios, a dos leguas del de Picoaga. La entrevista no produjo, sin embargo, los resultados pretendidos, a pesar de lo cual se dispuso que los Tenientes Coroneles Moscoso y Barrera pasasen al día siguiente al campo enemigo para tratar con Díaz Vélez, pero en realidad, con la misma finalidad que había ido el Marqués de Yavi. Entretanto, se daba tiempo a Picoaga a levantar el campamento y poner a salvo sus tropas, pues tenía noticias de que iba a ser objeto de un ataque en la posición desventajosa que ocupaba, en una hondonada dominada por cerros a tiro de fusil y con caminos que facilitaban el ataque.

La discusión de los enviados con Díaz Vélez fué acalorada, proponiéndose un armisticio, que no fué aceptado. Tan infructuosa como la discusión fué la obser-

(13) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 374.

vacación de las fuerzas enemigas, cuidadosamente ocultas a los enviados.

Temiendo el ataque, a las diez de la noche del 29 de diciembre, levantó su campo Picoaga. Para evitar que las avanzadas enemigas, que se hallaban a media legua, se diesen cuenta de su marcha, tomó por una quebrada angosta y casi intransitable, por donde hubieron de comunicar las tropas durante toda la noche, hasta el día siguiente a las cuatro de la tarde, en que después de andadas catorce leguas hicieron alto en Moxo. Desde allí continuaron el camino hasta llegar a Suipacha, cuyo río, que traía gran cantidad de agua vadearon con grandes dificultades.

El día siguiente a la noche en que Picoaga abandonó su posición fué atacado Yavi. Encontraron los argentinos evacuado el pueblo y emprendieron la persecución de las tropas realistas con destacamentos de caballería para hostigar su retaguardia.

Entretanto, el Coronel García de Santiago, a quién Picoaga había dado órdenes de reunirse con él llevando el resto de su división, llegaba el 1 de enero de 1812. Se estableció el campamento a orillas del río, cerca y detrás del pueblo de Suipacha. Enfrente, al otro lado del río quedaban los enemigos, situados en la rancharía de Nazareno. En la noche del 2 fueron reforzados éstos, y el día 3 extendieron sus avanzadas, originándose las primeras escaramuzas entre los dos ejércitos, que se limitaron al paso del río por algunas guerrillas de ambos bandos, si más consecuencia de importancia, que los reconocimientos efectuados, y, a veces, algún duelo de artillería.

Esta situación se mantuvo durante algunos días, en los cuales, a consecuencia de las intensas lluvias, aumentó considerablemente el caudal del río. Pero el día 12, cuando terminaba la misa en el campamento realista, fueron sorprendidos por la presencia de los argentinos que atravesaban el río en tres columnas escalonadas. De ellas, la de la derecha, que llevaba el peso del ataque, atravesó con gran rapidez el curso del río acercándose al campamento; la del centro, amparada por un denso fuego, intentaba apoderarse de su artillería, mientras la de la izquierda maniobraba simulando atacar. Mientras se desarrollaba esta acción por el frente del ejército realista, 40 Dragones

insurgentes penetraron disimuladamente por una quebrada seca que había a la izquierda de aquél, con objeto de atacarle por la retaguardia, pero fué frustrado su intento y hubieron de retroceder.

Los momentos iniciales del combate fueron de verdadero apuro para Picoaga, ante la sorpresa producida por el enemigo; pero pronto se repuso de élla y organizó la resistencia, pasados los primeros momentos de desorden. Inmediatamente se formó la línea de las tropas realistas. «Dispuse que mi segundo Llamos y mayor Barrera—dice Picoaga—sostuvieren mi izquierda con las compañías de Granaderos, Guerrillas de Paruro, Cuzco, Cotabamba y guardias replegadas. La derecha la mandaba el Coronel García Santiago, con una compañía de mi Infantería, las de Chichas, guerrillas de Abancay, y compañía montada de Tarifa. Yo me situé en el centro con lo restante de la división recorriendo la línea, cuya formación era en ala al borde del río» (14).

Dos horas duró el intenso fuego de la lucha, durante la cual fueron obligados los insurgentes a repasar el río y abandonaron gran cantidad de material, dejando, según la relación de Picoaga, 300 muertos y 150 heridos, aparte de los que murieron al pasar el río arrastrados por la corriente, que debieron ser un gran número. Sin embargo, el gran caudal de aguas, fué—sigue diciendo Picoaga—lo que le obligó a retirar sus tropas que habían pasado a la otra orilla, y a no aventurarse a la persecución del enemigo.

El significado de esta batalla fué más bien moral que militar, pues no produjo ni la retirada total de los enemigos de las orillas del río. Tuvo más bien carácter de revancha de la batalla del mismo nombre, sostenida poco más de un año antes en aquel mismo lugar, que significó la pérdida del Alto Perú para los realistas a las órdenes de Nieto. Se deja traslucir esta idea en la misma «Relación» de Picoaga, en la que se des-

(14) Arch. Abascal; Copia de una «Relación de las operaciones de la vanguardia del ejército del Alto Perú», por el Brigadier don Francisco Picoaga, dirigida al Virrey. Cuartel General de Potosí, 25 de agosto de 1812. En un expediente que contiene los partes del General en jefe del ejército del Alto Perú.

cubre su íntima satisfacción por haber vengado al general Nieto.

Cuatro días después de la batalla de Suipacha llegaron al campamento de Picoaga las primeras tropas de la columna, que, al mando de Tristán, venía en su refuerzo.

El 17, a consecuencia del intento de Picoaga de sorprender una avanzada enemiga situada a su derecha río arriba, hizo pasar alguna tropa al otro lado del río, trabándose el combate con los patriotas situados en Nazareno. Creyendo que se trataba de un verdadero ataque, replegaron sus guardias y partidas, menos las que estaban combatiendo, y comenzó por ambas partes el fuego de artillería. Pero cuando estaba empeñada la lucha entre los argentinos y las guerrillas que habían pasado al otro lado del río, recibieron los realistas orden de retirarse, a la llegada al campamento de Picoaga del Mayor General Tristán. Las razones que tuviera Picoaga para dar tal orden, no se saben exactamente, aunque, según él dice, el repliegue se hizo contra la voluntad de las tropas que estaban combatiendo.

En la madrugada del día 18 comenzó la retirada de los argentinos, noticiosos quizás de la llegada de refuerzos, y temerosos de sufrir un ataque de mayor envergadura (15). Sin embargo, de todo el refuerzo que debía unirsele a Picoaga sólo lo verificó la división de Abancay, que venía de Potosí, ya que aunque se pensó que a ésta siguiese el grueso del ejército, con su General en Jefe, le fué necesario a Goyeneche replegar las de Lombera y Astete, en vista del cariz que tomaban los acontecimientos de Cochabamba.

Y es que la revolución de Cochabamba había aumentado considerablemente. Frustrado su asalto a Oruro, se extendieron por las provincias de La Paz y Chayanta y partidos de Paria y Mizque, cortando casi totalmente las comunicaciones con el Perú, e impulsando de nuevo a los indios a la revolución.

(15) Arch. G. Guaqui. G. 6, Carp. 7. N. 11. «Memoria militar de la segunda conquista de Cochabamba». Mayo a julio de 1812. Por Antonio María Álvarez. Cuartel General de Chuquisaca, 18 de julio de 1812.

Como por entonces no parecía amenazar un gran peligro del lado de la frontera de Buenos Aires, decidió Goyeneche la separación de Lombera y Astete de la columna de Tristán, con objeto de dejar expedito el camino y restablecidas las comunicaciones del ejército entre sí y con el Virreinato.

Pero mientras había tenido lugar el avance de la vanguardia de Goyeneche y la acción de Suipacha, había llegado a la capital del Virreinato una noticia que puso en gran cuidado a Abascal. Extraoficialmente primero, y oficialmente poco después, se supo en Lima que el Brigadier Elio había firmado un armisticio con la Junta de Buenos Aires, estipulado sobre la base de la retirada simultánea de las tropas argentinas y de las portuguesas que habían acudido en defensa de la ciudad. La situación de Montevideo era, en verdad, crítica. La plaza disponía de escasísimos efectivos para sostenerse contra las tropas de Buenos Aires, tanto en material de guerra, como en provisiones para alimentar al ejército defensor. El bloqueo de Buenos Aires había resultado no sólo ineficaz, sino contraproducente, ya que únicamente consiguió exasperar a los porteños, sin conducir a ningún resultado práctico. La derrota de Las Piedras había quitado toda esperanza de poder batir al ejército sitiador de Artigas, a quien se le había unido Rondeau, apretando cada vez más el cerco de la ciudad, y la ayuda portuguesa tampoco se reveló lo eficaz que la hicieron concebir los buenos deseos de los defensores.

Pero a pesar de toda su ineficacia, la ayuda de las tropas portuguesas tuvo gran parte en la decisión de la Junta de llegar a un acuerdo con Elio, pues los argentinos no olvidaban nunca las aspiraciones de la Corte del Brasil, para quien una intervención en la Banda Oriental había sido un deseo acariciado desde mucho tiempo atrás. Por ello, y ante el temor de un refuerzo portugués, se deciden a pactar aun cuando se les escapase de las manos una presa tan deseada. Pereyra ve en el proceder de la Junta de Buenos Aires un acto característico de la oligarquía del puerto, carente de ideas de solidaridad, que puso en grave peligro la independencia de la Banda Oriental y cuyas consecuencias la había de padecer la misma ciudad; «el acto de Buenos Aires constituye un error, no sólo

desde el punto de vista nacional, sino también por lo que respecta a los intereses locales, ya que Buenos Aires queda al arbitrio de sus enemigos y abandona la única garantía con que cuenta para defenderse» (16). La amenaza de Montevideo contra la capital sigue en pie y los portugueses continúan amenazando la Banda Oriental. Subsiste para Buenos Aires el peligro que le impedía emprender una acción decisiva en el Alto Perú.

Sin embargo, la noticia del tratado causó gran ansiedad en Lima. No se podían calcular sus alcances en un principio, pero de todos modos se tenía la impresión de que un gran peligro podía amenazar la frontera del Alto Perú si la Junta se veía libre de la amenaza que pesaba sobre la capital. Aun cuando Abascal, con una extraordinaria prudencia, se abstiene de juzgar dicho pacto, no puede menos de quejarse contra él, al considerar el estado a que lo redujo, con el ejército de Goyeneche, extraordinariamente dividido en su labor de mantener las comunicaciones contra los constantes ataques de los indios y los cochabambinos, y la escasez de medios en que se encontraba, no ya para aumentar dicho ejército, sino aun para mantenerlo tal como estaba entonces. No debió, pues, exagerar cuando decía que todas estas consideraciones angustiaban su espíritu, ya bastante atormentado (17).

Pero una de las cosas que más preocupaban al Virrey era el peligro que podían correr las conquistas del ejército en el Alto Perú. La recuperación de las provincias había costado un gran esfuerzo, pero su valor los justificaba plenamente, pues a más de su importancia económica, significaban la seguridad del propio Virreinato. Es por eso, por lo que Abascal no vacila en declarar que dicho tratado lo puede poner en un terrible compromiso, «si la Junta de Buenos Aires pretende que yo le vuelva las cuatro provincias del Alto Perú, que a fuerza de gastos y fatigas lo he conquistado y añadido a la legítima y verdadera so-

(16) PEREYRA, Carlos. Op. cit. Tomo IV. Pág. 273.

(17) ABASCAL. Memoria. Tomo II. Págs. 378-379.

beranía» (18). La razón es obvia y se reduce a la ya expuesta anteriormente. Las provincias altoperuanas en poder de los insurgentes volverían a la subversión; de ello estaba seguro el Virrey, que conocía su fidelidad. No debe, pues, extrañar que ésta fuese una de las causas que le indujesen a ordenar el avance de la vanguardia de Goyeneche hasta la frontera del Virreinato de Buenos Aires, con objeto de aprovechar la mala situación del ejército argentino antes de que pudiese recibir refuerzos de la capital.

Sin embargo, los temores de Abascal se esfumaron pronto, pues algún tiempo más tarde le llegaron noticias de que habían surgido dificultades para el cumplimiento del acuerdo de Elío con la Junta y que se preparaban nuevas hostilidades. La Junta debió darse cuenta de que con el tratado no se habían retirado las tropas portuguesas y se habían favorecido los planes autonomistas de Artigas en la Banda Oriental, lo que unido a los preparativos del sucesor de Elío, Vígode, condujo al rompimiento.

Esta nueva situación debió tranquilizar el atribulado espíritu del Virrey del Perú y le hizo concebir nuevas esperanzas de lograr sus planes en un corto plazo. Así, escribía a Goyeneche, recibidas las noticias de Montevideo: «el aspecto que por todas partes se presenta es muy favorable para la conclusión de esa guerra; pues en España se quedaban embarcando dos o tres mil hombres; cuatro mil portugueses de buenas tropas se hallan en Maldonado, y con dos mil que puede aprontar Montevideo, no tiene Buenos Aires modo de poder resistir...» (19).

Todo, pues, hacía prever una nueva campaña conjunta de las fuerzas realistas del Continente contra la ciudad de Buenos Aires. Esta había sido la máxima aspiración de Abascal, que veía en ella la única manera de acabar definitivamente con la revolución en América del Sur. El primer intento había fracasado y la culpa no era suya; incluso cuando estaba en

(18) A. G. I.—Lima, 741. Oficio del Virrey del Perú al Ministro de Estado. Lima, 8 de diciembre de 1811.

(19) *Arch. Abascal*. Borrador de carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 26 de febrero de 1812.

mejor situación y tenía más probabilidad se encontró con el convenio de Elío con la Junta, que echaba a rodar todos sus planes. Por tanto no es de extrañar que ahora intentase aprovechar una nueva ocasión que se le ofrecía como única posibilidad de acabar la guerra.

Hasta entonces habían fracasado todas sus esperanzas: «con la llegada de Elío, dice Abascal, creí que me viniese a ayudar a llevar esta carga, pero lejos de ello se revolucionó el Paraguay, y los de Buenos Aires atraieron a su partido a toda la Banda Oriental del Río de la Plata menos la plaza de Montevideo, que la pusieron en un estrecho bloqueo, obligando al Virrey a llamar en su socorro tropas portuguesas y a concluir un tratado de suspensión de armas con los insurgentes...» (20). Esto nos explica la preocupación en que debía encontrarse el Virrey cuando vio que el único sitio de donde podía esperar ayuda se convertía en un nuevo motivo de inquietud. Pero pasado el peligro por la actitud de Vigodet ante el tratado, y reanudadas las hostilidades, se dispone Abascal a cooperar por su parte.

Aun cuando Abascal quisiese comenzar inmediatamente la ofensiva contra los argentinos, situados en Salta y Jujuy, tenía sin embargo en el interior del Alto Perú un grave problema que resolver con la sublevación de la ciudad de Cochabamba y de los indios del tránsito al Perú, instigados por los mismos cochabambinos. La gravedad de la sublevación se ha visto más arriba, pero aún se empeoró cuando el 25 de febrero los indios de Huánuco, en los alrededores del Cerro de Pasco, en el Perú, se lanzaron sobre aquella ciudad pidiendo la muerte de todos los españoles. La ciudad fué asaltada y sufrió el saqueo durante día y medio; al cabo de los cuales pudo conseguirse la retirada de los asaltantes. El Intendente de la provincia salió de Tarma con 400 hombres del Regimiento de aquella ciudad, que hallaron obstaculizados los caminos y destruidos los puentes, y de Lima hizo sa-

(20) *Arch. Abascal*. Borrador de carta de Abascal a don Francisco de Salazar. 23 de marzo de 1812.

lir el Virrey una partida de Dragones y otra de Artillería, con buen número de municiones.

La sublevación de los indios ponía en gran inquietud a Abascal, pues amenazaba inmediatamente al Cerro de Pasco, al que éste calificaba como «la alhaja que con preferencia a otras menos interesantes debemos procurar conservar» (21); y además daba a conocer la existencia de un espíritu revolucionario en el interior del Virreinato, y en la misma capital, según decía el propio Virrey.

Junto a esto existía el peligro de que he hecho mención antes en el Alto Perú, y a él había de dedicar el Virrey su principal esfuerzo, como objetivo fundamental para consolidar su posición frente a las tropas de Buenos Aires. Hasta entonces el ejército del Alto Perú estaba extraordinariamente disgregado en razón de tener que acudir a muy diferentes sitios a la vez. Semejante situación amenazaba prolongarse indefinidamente y convertir la lucha en una guerra de sorpresas sin ningún resultado práctico para los realistas, que cada vez irían debilitando más sus fuerzas sin poder acudir a hacer frente a los argentinos, que en cualquier momento podían amenazar con una nueva invasión.

Todas estas consideraciones sobre la marcha de la guerra, unidas al estado en que se encontraba el ejército, en grave riesgo de perder la moral y los hombres por las continuas deserciones que se sucedían, empujaron al Virrey, a la par que utilizaba otros medios para detener el mal creciente entre las tropas, a comenzar una nueva campaña, dirigida en primer lugar contra Cochabamba y luego contra los insurgentes argentinos (22).

Lógicamente había de dirigirse el grueso del ejército en primer lugar contra aquella ciudad, por razones de elemental estrategia, para asegurar las comunicaciones y la retaguardia de las tropas que operasen en la frontera del Virreinato de Buenos Aires. Entretanto se llevaban a cabo estas operaciones, las fuerzas que se encontraban en dicha frontera habían

(21) Vid. nota 20.

(22) ABASCAL, *Memoria*. Tomo II. Págs. 381-382.

de limitarse a un papel meramente de observación para detener cualquier intento de penetración de los argentinos, bien que ocupando algunos puntos desde donde pudiesen ejercer una mayor vigilancia. Por eso decía Abascal a Goyeneche que «poniendo a Picoaga en una fuerza de 2.000 hombres de infantería bien armados y alguna caballería, no necesita más para hacerse dueño de Jujuy y Salta, cuya garganta nos sería muy útil ocupar para quitar toda comunicación de las provincias de Buenos Aires con el Perú» (23). Retirados los argentinos con la llegada de Tristán y la vanguardia del ejército a Suipacha no sería muy difícil conseguirlo.

Comienzan, pues, los preparativos para una acción decisiva contra la capital de Cochabamba, según las órdenes que transmitió Abascal a Goyeneche en carta de 24 de abril, en la que le hacía ver el peligro que encerraba la prolongada inacción del ejército. Como ya había terminado la época de las lluvias, le dice que «en esta inteligencia, la de la desertión que experimenta ese ejército y la absoluta necesidad en que nos veremos de disminuirle de fuerza o de disiparse ella misma por la falta de caudales para mantenerlo, imperiosamente nos obligan a dar fin cuanto antes a esa guerra para no vernos en un compromiso tan aflictivo. Para ésto conviene que dejando V. S. las guarniciones muy precisas en los puntos de esa villa, Chuquisaca, Oruro y avenida del Tucumán, en Suipacha u otro paraje más ventajoso, ataque con el resto de las fuerzas y con la energía que a V. S. y a esa valiente tropa le es característica, a los cochabambinos y a sus secuaces en cualquier punto o puntos donde los encuentre hasta apoderarse de su revolucionaria capital y provincia, tratándolos con la severidad y entereza militar que exige la inícuca conducta de unos habitantes depravados» (24). Para llevar a cabo la ofensiva le anuncia el envío por el puerto de Arica de un buque con municiones.

Durante los primeros días del mes de mayo que-

(23) Vid. nota 19.

(24) A. G. I.—Lima, 1.014. Copia de carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 24 de abril de 1812.

daron realizados los preparativos para comenzar la marcha sobre Cochabamba. El plan que se ideó consistía en dirigir contra dicha ciudad cinco cuerpos de ejército, que emprenderían la marcha desde diferentes puntos en dirección a aquélla, con objeto de ir la estrechando y dar el ataque general.

El primer cuerpo se formaría en Chuquisaca, adonde llegaron las fuerzas de Picoaga que habían combatido en Suipacha, que a las órdenes de Goyeneche, por el camino de Misque, se dirigían contra la capital. El segundo ejército, a las órdenes del coronel Lombera, con 3.000 hombres, después de dejar guarnecido a Oruro, se dirigiría por el camino de Tapacari. El tercer cuerpo, situado en la Laguna, marcharía al frente del coronel Huici por Valle Grande. El cuarto estaría integrado por una columna organizada por el Intendente de La Paz, Revuelta, que ya antes había marchado contra el pueblo de Chayanta. Por último, el quinto cuerpo de tropas lo formaban las fuerzas que, desde Santa Cruz de la Sierra, marchasen dirigidas por el coronel Alvarez de Sotomayor (25).

El 13 de mayo salió de Chuquisaca el primer cuerpo de ejército, mandado por Goyeneche, habiendo asegurado antes el mantenimiento del orden público en dicha ciudad. El 18 salía de Oruro el segundo en la dirección de Paria y Tolapalca. Hasta fines del mes de abril, los cochabambinos habían bloqueado la ciudad de Oruro; con objeto de levantar el cerco, ejecutaron una salida los defensores de la misma, marchando hacia el pueblo de Paria sin lograr entablar una batalla formal con los insurgentes, mandados por sus caudillos Arce y Antesana, que se limitaban a retirarse a medida que avanzaban las fuerzas realistas, empuján-

(25) *Arch. C. Guaqui*. C. 6. Carp. 7. N. 11. «Memoria Militar de la segunda Conquista de Cochabamba», mayo a julio de 1812. Por el Capitán don Antonio María Alvarez. Cuartel General de Chuquisaca, 18 de julio de 1812. Todos los hechos de esta campaña contra Cochabamba están relatados minuciosamente en la «Memoria». Una vez más he de limitarme a entresacar únicamente los sucesos fundamentales en el desarrollo de aquélla, pudiéndose leer un resumen de la «Memoria» de Alvarez en el ya citado libro de Herrereros de Tejada, que la sigue exactamente. Vid. HERREROS de TEJADA, Luis. Op. cit. Págs. 299-ss.

dolos en dirección a su ciudad. Asimismo emprendieron la marcha las otras columnas para aproximarse a Cochabamba y verificar las otras columnas para aproximarse a Cochabamba y verificar su unión.

Las tropas de Goyeneche llegaron sin novedad a Río Grande, límite de las provincias de Charcas y Cochabamba, y encontraron vacíos casi todos los pueblos, cuyos habitantes habían huido al tener noticias de la proximidad de los realistas. Esto facilitaba el saqueo de los pueblos por las tropas, medida reproachable ciertamente, pero a la que se exponían al dejarlos solos en manos de un ejército deseoso de vengarse de las continuas inquietudes a que estaba sometido por los insurgentes.

Sucesivamente fueron ocupados los diferentes pueblos del tránsito, hasta llegar a la ciudad de Misque el día 21, que hallaron igualmente evacuada y arruinada, pasando de largo y continuando la marcha.

Al llegar al pueblo de Pocona esperaban al ejército dos emisarios de Cochabamba, con el fin de entablar negociaciones con Goyeneche en nombre de las Corporaciones de dicha ciudad. Pero las proposiciones parecieron improcedentes al general, que, sin tenerlas en cuenta, prosiguió su avance.

A la salida de dicha ciudad se encontraron con que los cochabambinos se hallaban en disposición de hacer frente al ejército e impedir la continuación de su marcha. En los alrededores de Pocona hay una elevada serranía, con una difícil subida, y en cuya conclusión hay un morro aislado, con dos quebradas a sus costados y un pequeño bosque en la mitad de su falda, bajo el cual era forzoso al ejército pasar para continuar su camino. Dicho morro era llamado el Queñual, y sobre él se habían colocado algunas tropas cochabambinas.

El enemigo se había colocado en tres líneas: la primera, sobre la cuesta, con dieciocho cañones; la segunda, ocupaba todo el frente del cerro, con abundante caballería, y por último, la tercera línea componía la reserva. El total de tropas cochabambinas llegaba a un número aproximado de 4.000 hombres.

Inmediatamente que los realistas comenzaron el avance rompieron el fuego contra ellos, a pesar de lo cual prosiguieron su marcha y los desalojaron, obli-

gándolos a retirarse, dejando en su poder toda la artillería, diez cajones de municiones, varios fusiles y veintinueve muertos.

Después de esta acción las tropas realistas no encontraron más resistencia en el camino hasta su llegada al valle de Clisa, en el que se hallaba asentada la ciudad de Cochabamba. A poco de avanzar en él, recibieron una diputación, que, en nombre del Cabildo y demás Corporaciones de la misma, rendían la ciudad a la discreción de Goyeneche. Admitida la rendición por el general, ordenó se constituyese en gobierno la Junta de Corporaciones, en tanto se verificaba su entrada; ordenó igualmente que se entregasen todas las armas en su Cuartel General, y envió aviso del cese de las hostilidades al coronel Lombera, que se aproximaba a la ciudad.

Dispuestas así las cosas, el ejército emprendió el camino de Cochabamba, con objeto de ocuparla, según lo estipulado, cuando al llegar al punto llamado de Tamborada, se percibieron indicios de resistencia por parte de los de la ciudad. En efecto, un gran número de cochabambinos ocupaba el cerro de San Sebastián, dispuestos a cortar el paso del ejército.

En vista de tan inesperada resistencia, Goyeneche se dispuso a hacerles frente, y ordenó a Ramírez que, con dos piezas y la división de Lima, cubriese el convoy y la retaguardia, amenazada por la caballería cochabambina, entretanto se desplegaba la línea al mando de Picoaga, con el batallón de Cochabamba y 180 hombres de caballería con ocho cañones.

La artillería cochabambina, situada en el cerro de San Sebastián, dominaba las posiciones realistas. Iniciado el avance de éstos, bajo el fuego enemigo, se dislocó la infantería en tres grupos para formar otras tantas direcciones de ataque. La disposición fué afortunada, pues en el corto espacio que duró la lucha fueron dispersos los cochabambinos, sin pérdidas para los realistas.

Entretanto, se verificaba el asalto al cerro de San Sebastián, el coronel Imaz marchó por la derecha sobre la cadena de cerros que bordean los arrabales de la población, a cuyo final los enemigos habían colocado alguna artillería, y Ramírez, con 400 hombres, pro-

tegió la retaguardia para impedir cualquier intento de cerco.

La rápida derrota de los cochabambinos originó su desorden; que les obligó a evacuar inmediatamente la ciudad, en la que entraron los realistas sin encontrar la menor resistencia, hallándola desierta.

Como dije más arriba, el 18 de mayo salió de Oruro el coronel Lombera, después de haber asegurado la ciudad, con objeto de reunirse a las fuerzas que se dirigan hacia Cochabamba. La marcha fué sin incidentes hasta llegar al pueblo de Sacasa, pues los sublevados se retiraban ante sus fuerzas sin presentar batalla. Sin embargo, en las inmediaciones de este pueblo, un corto número de ellos le hizo frente, aunque con poca eficacia, pues pronto fueron batidos y obligados a replegarse. La consecuencia del encuentro fué el saqueo del pueblo de Sacasa, que hubo de sufrir la venganza de las tropas realistas.

A partir de aquí el cuerpo de ejército de Lombera prosiguió su marcha sin encontrar más resistencia organizada, deteniéndose, sin embargo en limpiar de revoltosos los territorios por donde pasaban, lo que le obligó a demorar la fecha de su unión con el cuerpo principal de Goyeneche.

El tercer cuerpo de ejército, mandado por el coronel Huici, salió de la Laguna el 12 de mayo y tuvo que atravesar un camino bastante dificultoso, encontrando su marcha constantemente entorpecida por la hostilidad de los naturales, que hostigaban a las tropas, hasta que en el lugar denominado Alto de las Cañas entablaron batalla, en la que fueron derrotados los enemigos, dejando en poder de los realistas tres piezas de artillería y dos banderas.

Aún tuvo que hacer frente otra vez a los cochabambinos el coronel Huici. Fué al marchar a ocupar la ciudad de Valle Grande, en donde avistaron un crecido número de caballería cochabambina, protegida por dos cañones. La acción resultó también ventajosa para las fuerzas realistas, aunque su escasez de caballería les impidió aprovechar los frutos de la victoria. Prosiguieron después el avance y verificaron su unión al grueso del ejército el 15 de junio en Socona.

El jefe de la cuarta columna, que procedía de La Paz, Revuelta, hubo de sostener dos acciones violentas

contra los insurgentes; una, el 2 de junio, que duró casi todo el día, contra un cuerpo enemigo de 1.500 hombres, que sufrió una grave derrota, en la que perdieron 140 muertos, nueve cañones y dos banderas, además de un número considerable de pertrechos, fusiles, etc.; y otra, en el partido de Yangarre, con notable éxito también por parte de Benavente, que capturó dos cañones.

En cambio, el quinto cuerpo de ejército, mandado por Alvarez de Sotomayor, no encontró obstáculo alguno en su marcha y verificó su entrada en la provincia de Cochabamba sin encontrar resistencia, quedando situado en la ciudad de Valle Grande.

La entrada de las fuerzas realistas en Cochabamba originó uno de los hechos más desagradables de esta guerra. Al ser abatidos los cochabambinos en el cerro de San Sebastián, las tropas encontraron abierto el camino de la ciudad, que, como se dice más arriba, encontraron desierta. Los soldados entraron en ella y se entregaron al saqueo, que duró hasta la puesta del sol. El saqueo del ejército realista, unido a los excesos cometidos por el populacho de la misma ciudad la noche anterior al día de la entrada de las tropas, nos pueden dar una idea del aspecto que ofrecería la población, que pagó bien cara su reincidencia. El mismo capitán Alvarez, de cuya «Memoria» ya citada son los datos que me han servido para estudiar la campaña contra Cochabamba, dice justamente horrorizado: «el ruido de nuestras armas por las calles y plazas y el conjunto de circunstancias lamentables, formaban el cuadro perfecto de la desolación y justo escarmiento». Aún hubo más, pues al saqueo sucedió el incendio de uno de los barrios de la ciudad, lo que contribuyó a aumentar la desolación y la ruina.

Ciertamente, la conducta de Cochabamba no había sido leal para los realistas; sin embargo, en manera alguna se justifica el desorden, producido únicamente por el inmoderado deseo de venganza de una tropa difícil de mantener en la disciplina. El propio Abascal se lamenta de semejante acto de barbarie, si bien trata de sacar de él un escarmiento y ejemplo para los demás pueblos sublevados (26). La conducta

(26) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 392.

de Goyeneche quizás pecó en este caso de excesiva benevolencia para con sus soldados, pues según dice la «Memoria» de Alvarez, al ponerse el sol «Goyeneche, que se hallaba en la Plaza Mayor, dispuso suavizar y aun cesar toda hostilidad...», lo cual hace suponer que, tácitamente al menos, aprobaba los hechos cometidos hasta entonces. Sin embargo, cabe pensar en su descargo que debía ser una tarea casi impropia impedir a las tropas cometer excesos a su entrada en la ciudad, exasperadas por la conducta de los cochabambinos.

Inmediatamente después de la toma de la ciudad, se planteaban dos cuestiones delicadas: el castigo de los culpables y la reorganización de la administración y el abastecimiento. Lógicamente tenían que ser castigados por los realistas aquellos que habían originado la sublevación, como efectivamente lo fueron a medida que cayeron en sus manos. Sin embargo, parece que en esta ocasión Goyeneche quizás en su deseo de escarmentar definitivamente a los sublevados e impedir nuevos levantamientos, perdió un poco su serenidad acostumbrada, y se cometieron algunos excesos en el castigo de los insurgentes por la comisión militar creada al efecto.

Para resolver el otro problema, se nombraron dos alcaldes encargados de procurar el abastecimiento de víveres de la ciudad, a la par que se publicaba un decreto ordenando la entrega de todas las armas en el plazo de cuarenta y ocho horas.

Verificada la pacificación de la ciudad, emprendió Goyeneche la marcha hacia Chuquisaca, después de haber dejado una fuerte guarnición en Cochabamba, y enviado a Ramírez con las divisiones del Real de Lima y de Cotabambas en dirección a Chayanta con objeto de apaciguar dicha provincia antes de dirigirse a Chuquisaca. Igualmente, Picoaga marchó al pueblo de Paredón para castigar las partidas de insurgentes que aún permanecían por sus contornos.

A su marcha de Cochabamba, el ejército emprendió el camino a través del valle de Clisa, ocupando todos los pueblos del mismo que aún permanecían al lado de los sublevados, la mayoría de los cuales, evacuados por éstos, se rendían ante la proximidad de los realistas.

El 24 de junio entraron en Chuquisaca las tropas de Goyeneche. Dicha ciudad no se había sublevado durante la revolución de Cochabamba, por lo que había sido molestada por las partidas procedentes de aquella. El caudillo cochabambino Arce, cuando se retiraba, se presentó ante ella con intención de ocuparla si no se decidía a sublevarse. Sin embargo, resultaron fallidos sus intentos, pues la guarnición, mandada por su comandante Landivar, hizo una salida y le obligó a evacuar la cuesta de Molle-Molle, en donde se había colocado para atacar a la ciudad.

Con esta expedición y las de las columnas que acabaron de reducir las últimas partidas de revoltosos y de ocupar los últimos pueblos de la provincia, se podía considerar pacificada completamente toda la región de Cochabamba. Inmediatamente después de verificada la reorganización de la misma, las tropas de Goyeneche emprendieron el camino de sus primitivos destinos unas, y otras se dirigieron hacia Suipacha, en donde se hallaba situada la vanguardia del ejército, con objeto de prevenirse contra la expedición que preparaban los argentinos.

La campaña contra la ciudad de Cochabamba fué quizás una de las más duras y de las llevadas con más rigor por el ejército realista. La ciudad y su provincia se habían manifestado desde un principio como partidarias fervientes de la revolución de Buenos Aires. Su sometimiento en agosto de 1811 lo había sido única y exclusivamente por la fuerza de las armas: pero el corazón de los cochabambinos no estuvo nunca del lado de aquéllos, y la prueba más palpable de esta afirmación fué su segundo levantamiento.

Inmediatamente que el ejército realista se alejó de la ciudad, surgieron las primeras sublevaciones, y por fin entraron los revoltosos en ella, declarándose abiertamente por la Junta de Buenos Aires. Pero lo que debió exasperar a los realistas fueron los movimientos que provocaron en los indios de los contornos, que cortaron el camino del Perú y dejaron casi aislado al ejército, colocándolo en situaciones difíciles con sus constantes ataques a las ciudades.

Todas estas circunstancias contribuyeron a exasperar a los soldados realistas, que se veían obligados a luchar constantemente sin ningún resultado prác-

tico. En consecuencia, todo el camino del ejército en su marcha hacia Cochabamba estaba jalonado por una gran cantidad de pueblos destruidos, en los que se hicieron fuertes los rebeldes, o que abandonaron al acercarse las tropas enemigas. Quizás esta conducta, juzgada ahora, parezca excesiva, y en efecto lo sea; pero hay que tener en cuenta, como he dicho antes, los hechos que la motivaron y el estado y la calidad del ejército. Claro está que semejante conducta no era la más a propósito para atraerse a los naturales y a los indios; de ahí las constantes recomendaciones de Abascal a Goyeneche sobre la cuestión, que hemos observado más atrás. A la par que se castigaba con mano dura a los culpables, el Virrey se daba cuenta de que, tan necesario como el mismo castigo era el empleo de un exquisito cuidado en atraerse a los naturales, puesto que de otro modo se hacía imposible el mantenimiento de las conquistas, y éste había de ser el principal cuidado de los conquistadores.

Difícil era, sin embargo, atraerse a los cochabambinos. Casi una mes después de reconquistada la ciudad, el Coronel Lombera, que había quedado de guarnición en ella al frente de su división, escribía al Virrey dándole noticias sobre la situación y el estado de ánimo de la misma. La impresión que se desprende del oficio de Lombera es bastante penosa. Poco a poco se restituían a la ciudad todos sus habitantes, que habían huido a la llegada de las fuerzas realistas. Los que volvían aparentaban su simpatía a la causa del Rey, aunque esta simpatía era puramente externa, pues el mismo Lombera nos lo explica claramente: «reina un silencio en toda la ciudad—dice—que pudiera dar esperanzas de una segura tranquilidad; mas observados con cuidado los semblantes, se advierte en ellos un aire triste y taimado que indica muy bien que su quietud no es la del corazón» (27).

Semejante estado de ánimo se reflejaba en una gran resistencia pasiva a cumplir las órdenes dadas

(27) Arch. Abascal. Oficio de Lombera al Virrey de Perú. Comandancia General de Armas de Cochabamba, 22 de junio de 1812. En un expediente de partes del General del ejército del Alto Perú. Fol. 1.º

por las autoridades. Prueba de ello fueron las repetidas órdenes dadas para recoger las armas escondidas por los revoltosos, a pesar de las cuales, «si la denuncia o la viva diligencia no las descubre, ninguno las manifiesta en señal de su arrepentimiento», decía Lombera, como tampoco se apresuraba a capturar a los caudillos de la revolución, como se les había impuesto por condición al someterse. Resultado de todo, era que los caudillos, que habían escapado de las manos de las tropas al entrar éstas en la ciudad, se encontraban escondidos en los campos, adonde apenas eran molestados. No es de extrañar, pues, que diga Lombera que «el servicio de esta Plaza es de rigurosa campaña, no de ordinaria guarnición, y nunca será segura dejarla sin una fuerza respetable para evitar los males y desgracias de casi evidentes futuras convulsiones» (28).

Tales circunstancias obligaban a un constante estado de guerra que producía como consecuencia el natural entorpecimiento para la marcha del ejército, al que habrían de restársele las tropas, que en gran cantidad quedaron de guarnición para mantener la ciudad y su territorio. Con objeto de evitar este mal, en cuanto fuese posible, el Virrey envió instrucciones a Lombera y a Goyeneche. Recomendaba a aquél reunir las tropas en un edificio aislado y convenientemente preparado para una eficaz defensa, y quitar las caballerías a los cochabambinos, que habían demostrado tener en ella su arma más eficaz, y que habrían de utilizarse ahora para el servicio del ejército, o para su venta, invirtiendo su producto para la subsistencia de aquél (29).

De este modo se procuraba aumentar en todo lo posible el ejército situado en la frontera de Buenos Aires para combatir a los sublevados, de quienes llegaban noticias que preparaban una nueva expedición contra el Alto Perú.

(28) *Arch. Abascal*. Oficio de Lombera al Virrey del Perú. Cochabamba, 9 de julio de 1812. En el expediente de partes del General del Ejército del Alto Perú. Fol. 6.

(29) *ABASCAL. Memoria*. Tomo II. Pág. 395. Orden de 9 de agosto de 1812.

BATA DE HUAQUI

CAPITULO VIII

LA EXPEDICIÓN AL TUCUMAN

Pacificado el Alto Perú, la atención de Abascal y de Goyeneche había de dirigirse hacia la frontera argentina. Se ha visto en el capítulo anterior cómo los argentinos fueron derrotados por las tropas de Picoaga en Suipacha y emprendieron la retirada, ofreciéndose con ello una ocasión bastante favorable para los realistas. Sin embargo, se ha visto también cómo Goyeneche se hallaba imposibilitado de socorrer a la vanguardia establecida en la frontera del Virreinato, a causa de la sublevación de Cochabamba. A esto se unía además otra circunstancia no menos digna de tenerse en cuenta: la escasez de medios en que se encontraba el Virrey para atender las constantes necesidades que requería la conservación de tan numeroso ejército en permanente estado de campaña. Todo lo cual originaba, de una parte, la pasividad de la vanguardia, cuyo mando había tomado Tristán, y de otra, una incesante petición de Goyeneche al Virrey, en solicitud de refuerzos y de dinero.

La situación de Abascal en Lima tampoco era muy halagüeña. El mantenimiento del ejército solamente, significaba un gran trastorno para la Hacienda; pero

si además se le unen las constantes peticiones que recibía de todos los lugares del Continente, y el envío obligado de dinero a la Metrópoli para mantener la guerra contra los franceses, podemos darnos una idea aproximada de la insuficiencia del Erario peruano para atender a tantos sitios a la vez, mientras le fallaban sus principales fuentes de ingreso.

A pesar de todo, ingeniándose medios para obtener dinero, acudía el Virrey a todas partes donde era necesaria su ayuda. Pero había momentos verdaderamente críticos. Por su parte, Goyeneche se daba cuenta de la imperiosa necesidad del envío casi constante de material y dinero para mantener la eficacia de su ejército, y asediaba al Virrey, que procuraba complacerle en la medida de sus fuerzas. No es, pues, exagerado el juicio que hace Abascal sobre su situación en una carta de 26 de febrero de 1812, dirigida a Goyeneche. En ella le dice: «Me hago cargo del peso que Vd. tiene sobre sí; pero consuélase Vd. con que no es menor el que me ~~oprima~~ ^{oprima} por falta de dinero, pues me estoy viendo de un mes para otro sin arbitrios para mantener las obligaciones de este vasto Gobierno: Panamá, Guayaquil, Cuenca y Puno me asañean con peticiones urgentísimas, y aunque hasta ahora las he ido contentando del modo posible, y con las mayores penalidades, llega mi aflicción a un extremo que no es fácil explicar» (1).

Se desprende que, en tal situación, el Virrey no podía atender a todas las necesidades del ejército, o al menos habría de ir las cubriendo poco a poco, lo que causaba la desesperación de Goyeneche. La perspectiva de tener que hacer frente a los enemigos del Alto Perú y a los de Buenos Aires sin contar con los medios necesarios, producía cierto desánimo en el General, que preguntaba al Virrey, después de pintarle el cuadro de la situación: «¿Sobre qué planes obro? ¿Sobre qué descansan mis insostenibles tareas?». La situación era muy difícil para sostenerla sin un continuo refuerzo: «tenernos por enemigos cuantos ingratos hemos sometidos; la fuerza no alcanza para

(1) Arch. Abascal. Borrador de carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 26 de febrero de 1812.

sólo hacer callar la voz ronca de las venganzas y del odio con que nos miran; apenas las grandes poblaciones están exentas del saqueo y del robo con los batallones que las guarnecen, y aún en ellas se ven clubs de tramas y asesinatos sobre que la vigilancia más contraída no puede tocar a sus exterminios» (2).

Tales son, según Goyeneche, las razones principales por las que se requería un especial cuidado para el mantenimiento del ejército. Y que constituirían su primera preocupación, lo demuestra el gran número de oficios dirigidos al Virrey en solicitud de auxilios. El 27 de julio de 1811 pedía a éste 100.000 pesos urgentes y necesarios para el ejército; el 6 de noviembre del mismo año le volvía a insistir en la petición, y le advertía que, si para facilitarlos no tomaba providencias extraordinarias, no podría responder de las operaciones. En el mismo mes, el 25, le pedía refuerzos de tropas. Ya en 1812, el 9 de febrero, solicitaba Goyeneche se le destinasen mensualmente 40.000 pesos de las Cajas del Perú para la subsistencia del ejército, sobre lo cual le volvía a insistir en 24 del mismo mes. Por último, en 9 de marzo, le representaba al Virrey la urgencia de los socorros en tropas y dinero que le tenía pedidos, y le indicaba que, en su defecto, le enviase instrucciones políticas para poder obrar según exigiesen las circunstancias (3).

Es lógico que Goyeneche pensase de este modo. Basta recordar que cuando escribía así, era el momento en que cundía la sublevación de Cochabamba por todas las regiones del Alto Perú y el ejército corría el grave peligro de quedar aislado. Todos los refuerzos habían de ser pocos ciertamente. Además, se encontraba solo para luchar contra todos los enemigos, pues, como decía al Virrey, Montevideo había pactado con Buenos Aires, y de España, embebida en su lucha contra los invasores, no podían enviar ninguna clase de auxilios. «Nosotros solos llevamos el

(2) *Arch. Abascal*. Copia de carta de Goyeneche a Abascal. Cuartel General de Potosí, 10 de marzo de 1812.

(3) *Arch. C. Guadui*. C. 9. Carp. 3. N. 3. «Resúmenes de varios oficios dirigidos al Virrey de Lima, solicitando reemplazos y auxilios, según el extracto hecho en la Secretaría de Guerra del ejército del Alto Perú». Potosí, 4 de febrero de 1813.

peso de la disputa contra la fuerza, contra el genio y contra las disposiciones que se proyectan para nuestro exterminio» (4). Y se quejaba de que a ninguna de sus peticiones se le había dado en la capital la importancia que tenían, porque en Lima, que había adquirido «tan considerables glorias a tan poca costa de sus peculiares recursos», quizás se hubiera pensado que las pasadas batallas habían extinguido la idea de la revolución, creencia que distaba mucho de la realidad.

Que la situación de Goyeneche fuese o no tan desesperada como él la pintaba, es cosa que se verá más adelante. Lo que sí es cierto que el Virrey, tan interesado como el General en el mantenimiento de las conquistas, hacía todo lo posible por ayudarle y le enviaba cuantos auxilios estaban a su alcance. Pero hay que tener en cuenta también la situación de Abascal, a que ya me he referido antes. Ahora se había venido a sumar a todas las dificultades anteriores la abolición del tributo de los indios, decretada por las Cortes, medida quizás política, pero de fatales consecuencias para la economía americana en tales momentos. Un millón doscientos cincuenta mil pesos importaba este ramo en el Perú, de los cuales entraban en el Erario solamente setecientos mil. El resto se empleaba en el pago de sinodos, dotación de subdelegados, el tanto por ciento de cobranza y subsistencia de hospitales de naturales; «que todos acuden a mí—decía Abascal—para que se les satisfagan sus cuotas respectivas, alegando los curas hallarse incongruos, los subdelegados sin dotación y los hospitales en término de echar a la calle a los enfermos», y solamente los gastos extraordinarios del ejército del Alto Perú y tropas de Guayaquil y Cuenca ascendían a un millón quinientos mil pesos (5). Parece natural que, desaparecido de pronto este ingreso en circunstancias tan delicadas, se originase una grave crisis en la Hacienda con la consiguiente repercusión en el

(4) *Arch. Abascal*. Copia de carta de Goyeneche a Abascal. Cuartel General de Potosí, 10 de marzo de 1812.

(5) *Arch. Abascal*. Borrador de carta de Abascal a don Francisco Salazar. Lima, 23 de marzo de 1812.

desarrollo de las operaciones del ejército. La situación anterior originada por la guerra ya era bastante grave, y a medida que se prolongaba iba aumentando los gastos, mientras los ingresos amenazaban disminuir.

Con objeto de hacer frente a la nueva situación, Abascal reunió una Junta de Tribunales, que ideó algunos recursos para poder extraer numerario de todos aquellos sitios de donde fuese posible sacarlo con un minimum de garantías. De las deliberaciones de la Junta se obtuvieron algunos arbitrios para obtener al año algo más de cuatrocientos mil pesos, y el proyecto de persuadir a los indios de que continuasen pagando el tributo con el nombre de única contribución. Pero lo último exigía un gran cuidado, según opinaba el mismo Abascal, pues había de tenerse un tacto exquisito para no provocar protestas.

Si se lograban dichas medidas y daban resultado, se podría cubrir un poco el déficit de la Hacienda y socorrer al Ejército del Alto Perú. Pero es que no solamente el ejército solicitaba una urgente ayuda. En 10 de julio, Abascal decía a Goyeneche: «mi aflicción llega a un término inexplicable, pues el Gobierno Soberano de la Nación me pide con las más tiernas instancias socorro de numerario, como por vía de limosna caritativa. El Virrey de Santa Fe me estrecha desde Panamá, donde se ha establecido, de un modo terrible, que me asegura que sin socorro mío se ve en la triste necesidad de abandonar aquel istmo; los de Cuenca me asaetea del mismo modo, y últimamente, el Gobernador de la Provincia del Río de la Plata y el Cabildo de Montevideo me envían diputaciones en solicitud de auxilios por no tener absolutamente con qué mantener la tropa de su guarnición y la que va llegando de la Península, sin los cuales, irremediablemente se perderá aquella plaza y toda la Banda Oriental, desconfiando de algún modo de la conducta de los aliados» (6).

Sin embargo, de todos los que solicitaban de Abascal, era Goyeneche, según declara el propio Virrey, el

(6) Arch. C. Guáqui. C. 13. Carp. 4. N. 6. Cartá de Abascal a Goyeneche. Lima, 10 de julio de 1812.

que podía salir mejor parado. Para ayudarle le había propuesto el 23 de mayo de éste año una medida, que le recuerda más tarde, y que podía sacarlo de sus apuros. Consistía simplemente en poner a contribución los pueblos que se fuesen ocupando, puesto que ellos habían dado la ocasión para el armamento y su considerable gasto. Contribuciones que podrían ser en dinero o especies que lo valgan, para así facilitar su extracción. «Ahora que las circunstancias no han variado —le decía Abascal después de la toma de Cochabamba—, es forzoso repetir a V. S. que este último recurso a que no apelaría si tuviera a la mano otro más templado, no obstante que la conducta de los revolucionarios de Cochabamba y Challanta no se ha hecho en ninguna manera acreedora a esta consideración, puede bastar a cubrir sus obligaciones, y se hace cada vez más urgente y preciso, ya que mis estrecheces me ponen fuera de estado de socorrer a V. S. para que nada faltase a ese recomendable ejército...» (7).

Todas las dificultades no impedían, sin embargo, la prosecución de las operaciones de guerra. Sometida Cochabamba y pacificado el Alto Perú, Abascal daba instrucciones a Goyeneche para la próxima campaña contra las tropas de Buenos Aires, que se reorganizaban con propósito de comenzar la ofensiva. Inmediatamente se debían hacer los preparativos para contrarrestar los planes de los enemigos, en tanto fuese posible tomar la ofensiva contra ellos. A este fin le indica la necesidad de continuar el camino hasta Salta, para lo cual se emplearía un cuerpo de 2.000 hombres, con otro cuerpo intermedio de 1.000, situados en Suipacha o Moxos, según convenga «adelantando un destacamento de 500 hombres al Río del Pasaje, desde donde pueden hacer correrías hasta S. Miguel, de cuya suerte se estrecha a Buenos Aires de un modo que, dentro de poco tiempo, no le quedarán recursos para mantener 2.000 hombres» (8). Con semejante plan, el Virrey pretendía inquietar a los argentinos

(7) Arch. C. Guaqui. C. 9. Carp. 4. N. 1. Oficio de Abascal a Goyeneche. Lima, 10 de junio de 1812.

(8) Arch. Abascal. Copia de oficio de Abascal a Goyeneche. Lima, 10 de agosto de 1812.

con correrías hasta Santiago del Estero, con el fin de perturbar toda la región hasta Córdoba, a la par que se aprovechaban sus recursos.

Precisamente para este fin consideraba Abascal necesaria la traslación del Cuartel General de Goyeneche a Potosí. Para estar más al cuidado de las novedades que pudieran ocurrir, del fomento de la minería y del trabajo de la Casa de Moneda para activar los socorros que habrían de enviarse a la vanguardia, a cuyo frente se pondría un jefe de toda confianza.

Por su parte, los argentinos se preparaban para emprender de nuevo la ofensiva. Después de las acciones de Suipacha y Nazareno, las tropas de Buenos Aires se retiraron al pueblo de Yatastó y se mantuvieron inactivos, todo el tiempo que duró la ofensiva contra Cochabamba. Pero ahora se anunciaban nuevas operaciones. Belgrano, el caudillo argentino que había llevado la campaña del Paraguay, había sido designado por la Junta para emprender otra en el Alto Perú. Quizás la elección fué debida a un deseo de atenuar los excesos cometidos en la primera invasión del Alto Perú por las tropas de Castelli.

Efectuados los preparativos para la invasión, coincidiendo con los primeros movimientos de los realistas, Belgrano lanzó una proclama desde su Cuartel General de Jujuy, dirigida a los habitantes de las provincias altoperuanas, a los que instaba a unirse al ejército patriota.

Entretanto, Tristán se había puesto en camino hacia Jujuy y Salta con el fin de ocupar ambas ciudades, que según noticias recibidas, habían sido evacuadas por los argentinos. La marcha de Tristán a través del territorio abandonado por los enemigos fué penosa. Belgrano había mandado retirar todo lo que supusiese una ayuda para la progresión de los realistas, y la distancia de sus bases a que éstos operaban, les obligaba a surtirse en país enemigo. Todo lo cual originaba un considerable retardo en la marcha del Ejército, según comunicaba el Mayor General a Goyeneche (9).

(9) *Arch. Abascal*. Carta de Tristán a Goyeneche. Campamento de Barrios, 17 de agosto de 1812.

Sin embargo, a pesar de las dificultades, proseguían los realistas acercándose a Jujuy, cuya toma, junto con la de Salta, comunicaba Goyeneche por correo extraordinario al Virrey el 4 de septiembre, a la que pedía el grado de Brigadier para Tristán, por su comportamiento en la campaña, que tan favorablemente iba desarrollando (10).

Las tropas de Belgrano se retiraban en dirección al río del Pasaje, a medida que avanzaban las de Tristán, cuya progresión era sostenida por un cuerpo de 1.000 hombres, que se organizaban en Tupiza. El avance de la vanguardia, cuya avanzada la mandaban los tenientes coroneles Llanos y Huici, estaba calculado se llevase a cabo hasta San Miguel de Tucumán. En este punto se detendrían, según ordenaba el Virrey, sin proseguir el camino hasta haberse puesto de acuerdo con Montevideo para combinar las operaciones de ambas partes. La posesión del territorio ocupado por la vanguardia de Tristán había de tener, pues, la finalidad de establecer un contacto más directo con Montevideo a través del Paraguay que, según noticias llegadas a Lima, se había unido a aquella ciudad (11). Pero lógicamente, para llevar a cabo el plan de Abascal era necesario antes derrotar a los enemigos que se hallaban en el río del Pasaje.

Llegadas noticias a la vanguardia de la expedición de que las tropas de Belgrano se hallaban situadas en el río del Pasaje, Llanos y Huici decidieron detener su avance hasta que efectuase la incorporación a sus tropas el teniente coronel Leefdael, que se había retrasado en la marcha. La detención de la vanguardia se hallaba plenamente justificada. Como he dicho más arriba, la progresión del ejército se encontraba supeditada al abastecimiento de víveres y de agua, problema bastante difícil de resolver. Obligado por las circunstancias, había sido necesario desviar la ruta del camino del Tucumán, sobre el que verificaba la marcha, con el fin de dar de beber a la tropa, adentrán-

(10) *Arch. Abascal*. Carta de Goyeneche a Abascal. Potosí, 4 de septiembre de 1812.

(11) *Arch. Abascal*. Copia de carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 10 de octubre de 1812.

dose como una legua en el interior del monte. Desde aquí no habían encontrado más agua al reemprender el camino hasta el campamento enemigo, con el que habían de entrar en contacto, con el agravante de que, si se veían forzados a emprender la retirada, había de ser de nueve o diez leguas necesariamente. Exponerse a una retirada con malas cabalgaduras y sin agua, era demasiado atrevido; por estas razones juzgaron prudente los comandantes de la vanguardia esperar la reunión de Leefdael, y, una vez verificada, seguir de nuevo el camino para atacar a los patriotas situados en el Pasaje, en donde harían alto hasta la reunión de las demás fuerzas que le habían anunciado (12).

Sin embargo, no se verificó el plan trazado. Se encontraron sin pastos ni ganado para abastecer a la tropa de alimentos el punto en que habían determinado esperar los refuerzos, y acordaron situarse en el río de las Piedras, ocho leguas más avanzado. Allí pensaron encontrar más comodidades, y con tal fin emprendieron la marcha en la madrugada del 3 de septiembre. Continuaron caminando la mañana del día 3, y cuando se hallaban a tres leguas del río de las Piedras, a las tres de la tarde, se oyeron tiros en la descubierta de las tropas. Reorganizada inmediatamente la columna, que había hecho alto en el río Blanco, continuaron la marcha con alguna celeridad. A medida que proseguía el avance del grueso de las tropas que se acercaban a las avanzadas, se recrudecía el fuego, más intenso por momentos, por lo cual podía calcularse un numeroso grupo enemigo, ya que el terreno montuoso impedía distinguirlo.

En vista de ello, y como la partida realista de descubierta se viese obligada a replegarse, se dispuso que una guerrilla del Real de Lima fuese a sostenerla mientras se organizaba la infantería y se acercaba el grueso de la columna de vanguardia.

Iniciado el ataque por los realistas, se retiraron los enemigos a una posición en un monte, sostenidos por

(12) Arch. Abascal. Copia de oficio de Llanos y Huici al Mayor General Jefe de la vanguardia. Campo de la Ciénaga, 1 de septiembre de 1812. Expediente de parte del jefe del ejército del Alto Perú. Fol. 25.

400 hombres y dos cañones, mandados por Balcarce y Díaz-Vélez, que rompieron el fuego inmediatamente, enfilando todos los caminos. Sin embargo, a pesar de eso, las tropas realistas se lanzaron al ataque y les cortaron la retirada, dejando sembrado el monte de más de cuarenta cadáveres. El resto fué hecho prisionero y Díaz-Vélez se retiró con la caballería, abandonando las piezas de artillería en el terreno.

Se reunieron en seguida las tropas, que se habían lanzado impulsivamente a perseguir a los enemigos y llegaron hasta su propio campamento. Se dispuso que se aproximara el resto para auxiliar a aquéllos e informar de su situación, y para proteger la retirada en caso necesario.

Las noticias que se tenían sobre el grueso de los enemigos diferían respecto a su situación en el río de las Piedras o en la Posta de Metán.

Pero entonces el enemigo, que se había organizado, se hallaba dividido en tres sectores, con un total de unos 1.200 hombres con fusil y 500 con lanza y nueve o diez piezas de artillería. Dándose cuenta de que iba a ser atacado, el enemigo destacó sus guerrillas a derecha e izquierda y comenzó el fuego hacia las seis de la tarde. Lo avanzado del tiempo y la manifiesta inferioridad de los realistas, que carecían de artillería, obligó a éstos a emprender la retirada, organizada en tres columnas, que llegaron al río Blanco sin ser molestadas por los patriotas.

No había transcurrido la noche, cuando se oyeron disparos de la avanzada, lo que daba a entender que el enemigo estaba cerca, conocedor tal vez de la escasez de fuerzas de los realistas. Colocadas éstas en posición, se mantuvieron durante toda la noche preparadas para resistir el ataque. Una descubierta, efectuada al alba siguiente trajo la noticia de que el enemigo se movía a menos de una legua. Dándose cuenta de su evidente inferioridad, decidieron los realistas retirarse al río del Pasaje, lo que efectuaron en el mayor orden sin ser hostilizados y conduciendo el botín que habían recogido (13).

(13) Arch. Abascal. Copia de parte de los Comandantes de la vanguardia Llanos y Huici al Mayor General Jefe de la vanguar-

Efectuado el repliegue al río del Pasaje, en la mañana del 5 de septiembre, les llegó el refuerzo de 500 hombres mandados por el teniente coronel don Juan Moscoso. Con dicho refuerzo, una vez descansada la tropa y las cabalgaduras, se prepararon de nuevo a marchar hacia el Tucumán, habida cuenta de que el enemigo se había retirado y padecido bastantes pérdidas en los anteriores encuentros. Debido a esto parecía fácil el avance hasta dicha ciudad, adonde se habían retirado los patriotas (14).

El parte del encuentro del día 3 lo recibió Tristán camino del río del Pasaje. Efectuada una requisa de cabalgaduras en Jujuy, de donde sacó 1.200 caballos en nueve días que permaneció en la ciudad, emprendió el camino para unirse a la vanguardia de Llanos y Huici, con el fin de continuar el avance con todo el grueso del ejército hasta el Tucumán para obligar a los argentinos a encerrarse en Córdoba. La finalidad perseguida en la operación está expuesta claramente por Tristán en una carta a Goyeneche de fecha 10 de septiembre. El Tucumán proporciona abundantes víveres, forrajes y cabalgaduras; más allá todo es escaso y árido hasta Córdoba. «La retirada de la armada que va seguida de inmediato por mi vanguardia, da lugar a la desertión de todos los provincianos de esta Intendencia y se reduce el ejército argentino a los pocos porteños y cordobeses que hay en él, disipándose así su aparo de fuerza y haciéndole perder por consecuencia muchas armas, cuya reparación es como imposible» (15). Llegados los restos del ejército patriota a Córdoba, pensaba Tristán que sus habitantes, descontentos por el trato afrentoso de que le hacían objeto, habrían de levantarse contra ellos, y conocidos por los patriotas los movimientos del grueso de la vanguardia enemiga, continuarían su retirada.

diá. Río de Pasaje, 5 de septiembre de 1812. Expediente de partes, etc. Fol. 35. Cfr. ABASCAL. «Memoria». Tomo II. Págs. 397 ss.

(14) Arch. Abascal. Copia de oficio de Llanos y Huici al Mayor General Tristán. Río de la Sierra, 10 de septiembre de 1812. En el expediente de parte, etc. Fol. 37.

(15) Arch. Abascal. Copia de carta de Tristán a Goyeneche: Campamento de Cabeza de Buéy, 10 de septiembre de 1812. En el expediente etc. Fol. 38.

Entretanto se fijaba Tristán en el Tucumán, pensaba que la provincia de Salta, completamente sometida, surtiría al Perú de mulas y ganados y reanudaría sus relaciones comerciales. Por su parte, desde el Tucumán, pensaba entrar en contacto con Montevideo, Paraguay y el Brasil. Sin embargo, para preparar las acciones posteriores y prevenir los intentos de los enemigos, creía de absoluta necesidad el envío de mil hombres que marchasen a reforzarlo, con los cuales se comprometía a destruir todos los esfuerzos de los argentinos. Este era el plan que el jefe de la vanguardia comunicaba a Goyeneche y que fué aprobado por el general. La batalla del río de las Piedras, aunque sensible para ambos contendientes y aunque obligara a los realistas a retirarse al río del Pasaje, les fué menos costosa que a los patriotas. En líneas generales, se puede considerar la acción como un conjunto de movimientos, mejor que una batalla formal, que se pueden dividir en tres etapas. La primera tiene lugar con el avance de Llanos y Huici a partir del río Blanco, en donde se recibieron las primeras noticias del enemigo. Culmina la primera fase en el combate que se desarrolla en las cercanías del río de las Piedras, el 13 de septiembre, en el que Díaz-Vélez, comandante de la vanguardia del ejército de Belgrano, se vió obligado a retirarse. A partir de este instante, si los realistas hubiesen tenido una buena caballería hubieran podido convertir en desastre el revés que sufrieron los patriotas. Por carecer de ella se vieron impedidos de perseguirlos eficazmente, y aunque las mismas guerrillas realistas se lanzaron contra los que se retiraban, no pudieron organizar dicha persecución.

La falta de elementos para explotar el éxito, que fué quizás una de las características fundamentales de la guerra en el campo realista, y que, unida a otras varias hizo ineficaz todos sus esfuerzos, permitió a los patriotas organizarse de tal forma que, cuando los realistas llegaron a sus inmediaciones, pudieron darse cuenta de que un combate en semejantes circunstancias les sería forzosamente desfavorable. Como consecuencia, emprendieron la retirada al punto de partida, al río Blanco, adonde llegaron sin recibir molestias por parte de sus enemigos.

Hasta aquí puede convenirse en que la situación se decidía a favor de los realistas. Aunque frustrada su persecución y obligados a retirarse al punto de partida, hay que concederles que, al menos, habían conseguido una victoria de la que obtuvieron bastante botín, y el enemigo no se había atrevido a atacarlos en su retirada cuando la ocasión parecía bastante propicia (16).

Sin embargo, el tercer movimiento de esta serie de acciones demuestra claramente el alcance de la operación del río de las Piedras. Indudablemente no pasó de ser un mero encuentro entre las patrullas de la vanguardia de ambos ejércitos, como lo demuestra, en primer lugar el hecho referido más arriba, de encontrar los realistas las fuerzas enemigas a su llegada al campamento patriota, y en segundo lugar, el que, retirados aquéllos al río Blanco, recibieron la misma noche la sorpresa de que los patriotas habían avanzado y se encontraban al día siguiente a menos de una legua del campo realista. El movimiento de los argentinos fué originado, sin duda, por las noticias que recibieron de algún prisionero sobre el corto número de las fuerzas realistas.

La presencia del grueso de los enemigos colocaba a las tropas de Llanos y Huici en franca inferioridad, lo que les obligó a continuar el repliegue hasta el río del Pasaje. Sin embargo, es curioso observar, que ni durante la noche ni en la retirada hasta el Pasaje sufrieron los realistas la menor hostilidad por parte de los patriotas. Semejante actitud de los argentinos es también significativa; si se hubiesen lanzado al ataque contra la avanzada de la vanguardia del ejército de Goyeneche, es casi seguro, o al menos bastante probable, que la hubiesen destrozado. Los aventajaban en infantería, caballería y artillería; cabe pensar que un violento ataque contra el reducido destaca-

(16) El botín obtenido en la acción del Río de las Piedras fué el siguiente: dos cañones, más de cuarenta fusiles, cincuenta y siete prisioneros, diez carretas cargadas de hierro, cuya cantidad se calculó en quinientos quintales, y una porción de equipajes, de que se aprovechó la tropa. Arch. Abascal. Parte de Llanos y Huici de 5 de septiembre de 1812, y ABASCAL, *Memoria*. Tomo II. Pág. 399.

mento realista hubiese puesto en sus manos una victoria fácil, y hasta quizás hubiese evitado por el momento la invasión del Tucumán. La causa de esta falta de iniciativa no se puede saber; quizás Díaz-Vélez, que se había salvado milagrosamente de caer prisionero en la acción del río de las Piedras, no se atrevió a lanzarse a una nueva lucha que podía tener un resultado más decisivo que la otra, no respondiendo de la moral de la tropa con que contaba. Pero lo que más asombra es su precipitado repliegue hasta la ciudad del Tucumán al tener noticias de la proximidad de los refuerzos que se acercaban a los realistas al mando del teniente coronel Moscoso, que, con 500 hombres, se unió a Llanos y Huici en la ribera del río del Pasaje.

El inesperado repliegue del ejército patriota, junto con la victoria obtenida en el río de las Piedras, fué lo que llevó a Tristán a concebir la ejecución inmediata de su plan de invasión del Tucumán para llegar hasta Córdoba, y desde allí ponerse en contacto con el Brasil y Montevideo con el fin de organizar la ofensiva general contra Buenos Aires.

Para llevar a la práctica el plan aprobado por Goyeneche, hacían falta dos condiciones fundamentales: un refuerzo del ejército, por lo menos de 1.000 hombres, como le pedía Tristán, y la seguridad del mantenimiento de las comunicaciones. Ambas cosas parecían logradas. Inmediatamente el General puso en camino el refuerzo para la vanguardia. El 25 de septiembre ya estaban en marcha 500 hombres desde Tupiza, y el mismo día había salido Picoaga con otros 500 para ocupar dicho punto, con el fin de estar a la vista y asegurar a Jujuy, Salta y Tarija. Y aún más: el propio Goyeneche pensaba trasladar su Cuartel General a aquella ciudad para aproximarse al teatro de las operaciones, sin perder de vista a la vez el Alto Perú (17). Con este plan, que comunicaba Goyeneche a Abascal, parecían asegurarse los dos puntos fundamentales necesarios para emprender la campaña del Tucumán.

(17) Arch. Abascal. Carta de Goyeneche a Abascal. Potosí, 25 de septiembre de 1812.

Terminados los preparativos, Tristán comienza su avance a través de la provincia argentina. El 22 de septiembre acampó a ocho leguas de la capital en el lugar denominado Tapia, y colocó su vanguardia en el Ojo del Agua, dos leguas más adelante. Ordenó que al siguiente día toda la tropa montada y las guerrillas simulasen un ataque por el camino real de Nogales, acercándose a la población. Con este movimiento se pretendía hacer ver a las fuerzas que la guarnecían que se intentaba el ataque principal por dicho punto, mientras Tristán, con el grueso, se desviaba hacia la derecha al lugar denominado Tafi. El día 24, bordeando la ciudad, pensaba ocupar el camino real de Tucumán a Santiago del Estero y cortar las comunicaciones entre ambas, para impedir la retirada a Belgrano (18).

Ordenado así el plan, levanta Tristán su campo en la mañana del 24, e inicia la marcha en unión de la vanguardia. El orden de marcha era el siguiente: la descubierta, formada por la compañía de dragones de Salineros de Tarija, la guerrilla de Abancay y veinticinco hombres montados del Real de Lima; después seguía el grueso de las tropas, con Tristán a la cabeza. Iniciado el avance llegaron a los manantiales, a dos leguas de la ciudad de Tucumán, a las nueve de la mañana. Ordenó inmediatamente destacar de la vanguardia dos compañías que sostuviesen a las partidas de caballería enemiga, y dejando a la vanguardia frente a la ciudad, se desvía hacia la derecha con el fin de envolverla.

Sin embargo, cuando se encontraba a media legua de aquélla, se encontró con el enemigo, que le presentaba batalla. Tristán la acepta, creyéndose a una distancia de legua y media de la ciudad. Gira hacia la izquierda su dispositivo de marcha y presenta su frente al enemigo, que inmediatamente rompe el fuego.

(18) Arch. Abascal. Copia de parte de Tristán a Goyenethé. Cuartel Principal de Salta, 19 de octubre de 1812. Expediente de partes, etc. Fol. 65. Vid. ABASCAL. «Memorias». Tomo II. Pág. 401 y ss. Sobre la batalla de Tucumán puede verse LOZA, Emilio, *Yatásto, Tucumán y Salta*. Volumen V. Segunda Sec. de la *Historia de la Nación Argentina*, publicada bajo la dirección de Ricardo Levene. Buenos Aires, 1941. Págs. 542 y ss.

Entonces tiene lugar el primer fallo del plan realista. El batallón de Abancay, sin orden de Tristán, y cuando aún no estaba montada la artillería que lo protegiese, se lanzó al ataque seguido por el de Cotabambas. Sin embargo, el General supo aprovechar este inopinado avance, apresurando la marcha de los batallones del Real de Lima y Paruro, con los que avanzó y envolvió a los enemigos por la izquierda en cortísimo tiempo. Pero cuando parecía dominada la situación por las fuerzas de Tristán, «la infantería (portefía)... de rodillas implorando clemencia y su caballería, en un grupo que no podían ni moverse, buscaba por donde romper», comienza a retroceder la línea de los realistas. Ante el intento de la caballería enemiga para buscar salida, huye la de Tristán, que produce el retroceso del flanco izquierdo del batallón de Cotabambas, al que sigue el de Abancay. Esta huida de parte de las fuerzas de Tristán dejó abierto el paso a los patriotas, que se colocan a retaguardia de los realistas, y se sitúan entre éstos y la ciudad. Los enemigos saquean todo el parque de municiones y material, sucediéndose una espantosa lucha cuerpo a cuerpo que obligó al general a retirar sus tropas. El propio Tristán describe exactamente el combate: «envueltos todos, y con un fuego a quemarropa y bayoneta, empiezan a retirarse mis tropas hacia el punto donde había señalado debíamos acampar: el enemigo aprovecha este desorden para introducir su guarnición en la plaza, llevar mi artillería de batalla y municiones y los prisioneros que hacen en el camino: ellos por un lado y nosotros por otro queda de pronto el campo sin tropa» (19).

Retirado a alguna distancia, Tristán no abandona su objetivo de ocupar la ciudad. Reorganiza sus fuerzas y recibe el apoyo de su vanguardia. Inicia de nuevo el ataque y obligan a los enemigos a refugiarse en la población, de tal forma, que a las tres de la tarde de dicho día se hallaba en posesión de sus arrabales. Sin embargo no se atreve a dar el asalto por falta de municiones, y se limita a intimar la rendición, que en

(19) Vid. nota 18. Cfr. ABASCAL, *Memoria*. Tomo II, Página 403.

tono arrogante le es negada por Díaz-Vélez (20). Aún se mantuvo Tristán ante la ciudad el día 25 organizando sus tropas, curando heridos y ocupado en destruir la fábrica de fusiles.

A pesar de todo, la situación del ejército realista ante el Tucumán era bastante apurada por las condiciones en que se encontraba. Falto de municiones, era peligroso intentar el ataque, pues si no se conseguía ocuparla, como decía el mismo general, el ejército se podía considerar perdido. Y por otra parte, con prolongar la situación tampoco se conseguía ningún beneficio. Ante tal dilema, la única salida que le cabe es emprender la retirada. Pero aún ésto era peligroso: había de emprenderse un camino «de más de ochenta leguas por un país enemigo, sin caballada, ni mulas de transporte, sin víveres, sin prácticos, con mi tropa cansada después de doscientas leguas de marcha sin descanso alguno...» (21). Más no le cabía otra alternativa. Permanecer ante Tucumán era un peligro. Decidida la retirada, a las tres de la mañana del 26 salió de las calles de la ciudad «confiado en el valor, fortaleza y sufrimiento de mis soldados, y en la imposibilidad en que había dejado al enemigo...».

La retirada de las tropas de Tristán, aunque no fué hostilizada por los patriotas no por ésto fué menos penosa. Las condiciones de la marcha eran desastrosas; no podían detenerse más que el tiempo indispensable para el descanso de la tropa por temor de un ataque enemigo a retaguardia. Por otra parte, el territorio que atravesaban estaba desprovisto de todo cuanto pudiera facilitar la marcha, teniendo que aprovisionarse con trabajo. Hasta el cuarto día de camino no aparecieron las primeras partidas enemigas que intentaban hostilizar su retaguardia y le intimaban la rendición. Pero al fin, pudieron llegar a Salta, en donde Tristán se estableció con refuerzos para hacer frente a los ataques enemigos.

(20) Arch. Abascal. Oficio de Díaz-Vélez a Tristán. Tucumán, 24 de septiembre de 1812.

(21) Arch. Abascal. Copia de parte de Tristán a Goyeneche, Cuartel Principal de Salta, 16 de octubre de 1812. Expediente de partes, etc. Fól. 67 v.º

Es indudable que la batalla del Tucumán fué una de las más sangrientas de esta primera etapa de la Guerra de la Independencia en el Continente. Tanto los realistas como los patriotas debieron sufrir grandes pérdidas, como lo demuestra el hecho de que los unos hubieron de retirarse, evacuando toda la región, y los otros se vieron impedidos de aprovechar inmediatamente el éxito al no poder lanzarse a su persecución de un modo eficaz. El estado de ánimo de Tristán, que se deja traslucir en su correspondencia con Goyeneche inmediatamente después de la batalla, nos da una idea clara de su trascendencia. En la noche del 27 de septiembre, ya en retirada, a dieciséis leguas de Tucumán, decía al General en Jefe: «después de cinco días sin dormir, aperreado y muerto de fatiga, tomo la pluma...». «Mi cabeza perdida, mi cuerpo y mi espíritu, mis fatigas, todo me impide remitir el parte circunstanciado...» (22). Tristán se encontraba aún bajo la dolorosa impresión de su fracaso cuando parecía tener asegurado el éxito. Y le era aún más difícil sobreponerse a esta idea cuando aún perduraba en su mente la sangrienta impresión de la batalla.

El mismo nos describe la lucha con gran vigor en una carta reservada a Goyeneche: «...por milagro tienes este amigo y hay ejército; me mataron el caballo y acribillaron dejándome abandonado mi tropa y huyendo de 200 y aún de (falta un trozo de la carta) más de 600 que tenía conmigo, después de haber arrollado al enemigo, tomando su artillería y teniéndolos a mi rodilla pidiendo perdón...» «media hora larga a quemarropa y arma blanca se sostuvo... perecieron porteros como moscas y toda ponderación es nada, pero al consumarse la obra flaqueó Cotabambas cochinamente, y Barreda, que empezó la acción sin mi orden, siguió, y en este acto los mías, sin contenerse, huyen mezclados con aquéllos más de una legua» (23).

(22) Arch. Abascal. Carta de Tristán a Goyeneche. Posta de Aldurralde, a 16 leguas del Tucumán. Noche del 27 de septiembre de 1812.

(23) Arch. Abascal. Carta reservada de Tristán a Goyeneche. Sin data ni fecha.

Este momento debió ser de una ansiedad y compromiso terribles para Tristán. Sus tropas, que inopinadamente habían comenzado el ataque sin esperar a recibir órdenes, se desorganizan y huyen cuando podían haber contenido a los enemigos, produciendo en su huida la confusión y el desorden entre las filas propias. Ya he dicho más atrás cómo se produjo la huida de la caballería de Cotabambas ante el empuje de la caballería enemiga; el mismo Tristán explica su angustia de este momento: «En qué fatigas me vi con una tropa collona, con una oficialidad sin honor ni vergüenza... a no acordarme de (falta una palabra), me dejó arrastrar del destino que parece estaba infalible» (24).

Gracias a la columna de Llanos que lo sostuvo, aquel desorden no se transformó en catástrofe irreparable. De todos modos, la situación en que quedaron las fuerzas de Tristán les imposibilitaba de efectuar operación alguna: con bajas sensibles en la tropa, jefes y oficiales, perdidos gran número de cañones y el parque con parte de los equipajes, etc., debieron indudablemente su salvación a las pérdidas que sufrió también el ejército patriota.

Las bajas sufridas por la vanguardia realista en la batalla de Tucumán ascendieron a 462 hombres, entre desaparecidos o prisioneros, y 152 muertos. Pero en el desorden producido en los primeros momentos, las compañías de Tarija y Chichas se disolvieron, desertando sus soldados, que se dedicaron a robar los equipajes y a degollar a los que encontraban a su paso, como si fuesen enemigos (25). Las pérdidas de jefes y oficiales fué dolorosa para el ejército, pues murieron en la acción el coronel Peralta y varios oficiales. Del Real de Lima, su coronel don Antonio Suárez, con varios oficiales resultaron prisioneros, así como el coronel Barrera, aunque en la confusión de los momentos posteriores a la lucha se creyeron muertos.

(24) Vid. nota 23.

(25) *Arch. Abascal*. Copia de la «Relación de las bajas que ha sufrido el Ejército Real de Vanguardia de resulta de la sangrienta acción de 24 de septiembre en las inmediaciones de la ciudad de

Aún tuvo otra consecuencia la acción del Tucumán. Llegadas las primeras noticias de la lucha a la ciudad de Salta con las exageraciones naturales de quienes las contaban, en su mayor parte fugitivos o desertores, se produjo una sublevación acaudillada por Arenales y secundada por los patriotas que existían en la ciudad, quienes libertaron a los prisioneros que había en ella, con la finalidad de interceptar el camino de Jujuy a la vanguardia que se retiraba. Pero aún encerraba esta revuelta un peligro mayor, y era que, siguiendo órdenes de Goyeneche, el jefe militar de Jujuy, don Indalecio González de Socasa, había salido con refuerzos y caudales para auxiliar a la vanguardia, y corría ahora el grave peligro de ser sorprendido por los sublevados. Sin embargo, sabedor Socasa en la Posta de los Algarrobos de los acontecimientos del Tucumán, de los que tuvo noticias muy abultadas, tales como la de que Tristán había sido hecho prisionero, etc., se retiró apresuradamente a Jujuy. Poco después de atravesar Salta, camino de Jujuy, tuvo lugar la sublevación. Los revolucionarios enviaron tropas para alcanzar las fuerzas y el dinero de Socasa; pero éste logró llegar a Jujuy con el suficiente tiempo para evitarlo. Mientras tanto, Goyeneche ordenaba a Asteite, que se encontraba en Tupiza, que se pusiera en marcha con los quinientos hombres de su división hacia aquella ciudad. Una vez reunidas las fuerzas de ambos jefes, se iniciaría el ataque contra los salteños para restablecer las comunicaciones con la vanguardia. (26).

Se disponía Socasa a enviar socorros a las fuerzas de Tristán, cuando tuvo noticias de que 300 sublevados salteños avanzaban sobre la ciudad, lo que les obligó a estar durante ocho días en continua vigilancia. Al fin, tras una desatinada intimación que hicieron los salteños, comenzó la lucha, que tuvo por escenario las calles de Jujuy; se llegó al arma blanca y

Tucumán». Cuartel General de Potosí, 25 de octubre de 1812. Expediente de partes, etc. Fol. 72 v.

(26) Arch. Abascal. Copias de oficios de Socasa a Goyeneche. Jujuy, 28 de septiembre de 1812, y de Goyeneche al Gobernador Intendente de La Paz, Potosí, 4 de octubre de 1812. Expediente de partes, etc. Folios 51 y 52.

por fin obligaron al enemigo a retirarse, después de tres horas de duro combate, dejando nueve muertos y siete prisioneros en las calles. Pero como se mantuvieran cerca de la ciudad, sus defensores hubieron de continuar sobre las armas, hasta que, habiéndose recibido refuerzos de la vanguardia, los enemigos se alejaron y dejaron libres las comunicaciones (27).

Indudablemente fué de una importancia extraordinaria el mantenimiento de Jujuy en poder de los realistas. Cabe pensar cuál hubiese sido la suerte de las tropas de Tristán si al llegar a esta ciudad la hubiesen encontrado en poder de los sublevados, cerrado el paso del Alto Perú y sin posibilidad de obtener los auxilios de que tan necesitadas estaban.

Por el contrario, disipada la amenaza enemiga, quedó restablecido el contacto con la vanguardia, que tenía situadas sus avanzadas en el punto de Monte-Rico, a ocho leguas de Jujuy. Entretanto, el coronel Astete atravesaba la quebrada de Humahuaca en dirección a esta ciudad con los quinientos hombres de su división, y Socasa estaba preparado para salir con la plaza y municiones destinadas a la vanguardia en el momento en que aquél entrase en Jujuy (28).

Así, pues, gracias al heroísmo de Socasa y al de los defensores de Jujuy, se había salvado la vanguardia del ejército del Alto Perú del desastre, que hubiese colmado la desgraciada expedición al Tucumán.

En resumen, la campaña del Tucumán había fracasado, y con ella el plan que Tristán ideara para dar un golpe decisivo a la revolución argentina. Las causas del desastre y de los que le siguieron se han de ir examinando más adelante. Por lo pronto, basta dejar consignado que la vanguardia hubo de situarse en Salta hacia mediados de octubre, imposibilitada por el momento de colocarse más adelante. Lo cual hacía modificar completamente sus planes a Goyeneche, in-

(27) Arch. Abascal. Copia de parte de don Indalecio González de Socasa a Goyeneche. Jujuy, 10 de octubre de 1812. Expediente de partes, etc. Fols. 60 y 61. Cfr. Abascal. «Memoria». Tomo II. Págs. 406 y ss.

(28) Arch. Abascal. Oficio de don Indalecio González de Socasa a Goyeneche. Jujuy, 10 de octubre de 1812. Expediente de parte, etc. Fol. 62.

clinándolo al pesimismo, claramente perceptible en sus cartas a Abascal: «...yo creo que toda la gente del Tucumán y Santiago se reunió a caballo a acabarnos, ¿y eran éstos los que nos aguardaban aburridos?» «Calculo la pérdida de la vanguardia en más de mil hombres, con que, así, amigo mío, o cedamos en la lucha o apuremosla para seguirla: es mucho el territorio que tengo que guardar y los pueblos todos adictos a moverse, pues antes de que llegase aviso de Tristán se puso esto en una fermentación de cuidado y mis precauciones y serenidad lo han entonado; pero él es contra nosotros y acabarnos: si V. E. no hace esfuerzos no respondo de conservar esto, y dimito el mando si no hay la fuerza necesaria para sostenerme: si V. E. le parece, que venga Henestrosa a relevarme y de jefes de división Cúcalón y Valdehoyos y algunos oficiales de artillería; mire V. E. que urge el remedio: Buenos Aires no cede, nos engañan con decirnos que agoniza... mi final propuesta es: o refuerzos o mi dimisión» (29). Entretanto, las órdenes que da a Tristán son las de limitarse a rehacerse sobre las gargantas de Jujuy y Salta, manteniéndolas a toda costa, y situar un destacamento en el río del Pasaje en espera de ulteriores acontecimientos (30).

Goyeneche, que ya venía manifestando desde mucho tiempo atrás al Virrey su opinión sobre la urgente necesidad de refuerzos, extrema su actitud ante las noticias que le llegan del Tucumán; hasta colocar al Virrey en la alternativa que se acaba de ver: o envío de refuerzos o dimisión. En las anteriores ocasiones en que el General había solicitado su separación del ejército, el Virrey no aceptó su petición y le contestaba siempre con el envío de los auxilios que estaban a su alcance, con los que procuraba cubrir sus necesidades. Pero el fracaso de la campaña del Tucumán, de la que en parte se sentía responsable, debió hacer variar de opinión al General respecto al curso posterior de la guerra, como se verá más adelante.

(29) Arch. Abascal. Carta reservada de Goyeneche a Abascal. Potosí, 6 de octubre de 1812.

(30) Arch. Abascal. Carta de Goyeneche a Abascal. Potosí, 9 de octubre de 1812.

La primera necesidad del ejército después de las pérdidas sufridas era una urgente reposición de tropa y oficialidad; «...son ahora más que nunca necesarios los refuerzos que anteriormente he pedido a V. E.— decía Goyeneche a Abascal—. Si la suerte ha proporcionado la llegada a esa capital del navío de guerra «Salvador», en que se nos ha dicho venían 600 hombres de tropa, es de indispensable necesidad el que sin pérdida de momento me los dirija V. E. armados...» (31). Tan urgente era el envío de tropas como el de oficiales. En el mismo oficio decía Goyeneche a este respecto que le enviase los oficiales «que pueda proporcionar esa capital, de graduación, conocido valor y pericia militar, pues como sabe V. E. en éstos debe descansar mi esperanza por el buen éxito de mis planes, el del buen orden, ejemplo y disciplina que conduce al soldado a la gloria». Las divisiones de vanguardia habían quedado sin jefes y urgía su reemplazo.

A estas angustiosas peticiones de Goyeneche contestaba Abascal procurando el envío de tropas, oficiales y auxilios para la reorganización del Ejército y aprovecha la ocasión para hacerle ver la utilidad del plan que anteriormente le trazara. Para allegar tropas dió las órdenes necesarias al Cuzco, Punó y el Desaguadero, ante la imposibilidad de sacar soldados de la capital, en donde sólo existía como tropa veterana el resto del Regimiento fijo de la misma, con 400 a 450 plazas, aparte de la artillería. Por otra parte, falló también la esperanza de Goyeneche del desembarco de los 600 hombres que transportaba el navío «Salvador», pues si bien desembarcaron en el Continente, lo hicieron en Montevideo, en lugar de en el Callao, como se pensaba.

Al darle estas noticias, le repite Abascal lo que en otro tiempo le recomendara como medio eficaz para mantener sometidas las ciudades y sacar suficientes tropas para el ejército de operaciones. «Si V. S.; como creo, ha hecho despojar a los cochabambinos y a los

(31) Arch. Abascal. Copia de un oficio reservado de Goyeneche a Abascal. Cuartel General de Potosí, 6 de octubre de 1812. Expediente de partes, etc. Fol 44.

demás habitantes de estas provincias de sus armas y caballos, habrá poco que temer de que se vuelvan a sublevar, por falta de medios con qué sostenerse, y en caso de que lo intentasen, sería prontamente escarmentados de nuevo sin necesidad de sostener en los pueblos capitales guarniciones que pasasen de 500 hombres, siempre que éstos vivan con la disciplina y cuidado de no ser sorprendidos». (32). Dichas guarniciones, como le había dicho en otros momentos, debían ser alojadas en un solo edificio aislado, aspillado, y con una estacada que circundase la puerta, con un rastrillo de comunicación.

Juntamente con la tropa que disponía enviar a Goyeneche, Abascal procuró poner a su disposición los oficiales necesarios para sustituir a los que habían sido muertos o hechos prisioneros en la batalla del Tucumán. En efecto, inmediatamente se pusieron en marcha el Brigadier Marqués de Valdehoyos: los coroneles don Francisco Gil y don Miguel Tacón (este último que tanto se había distinguido en la defensa de Popayán y Pasto contra las tropas de los sublevados del Virreinato de Nueva Granada), y los tenientes coroneles don Nicolás Cevallos y don Francisco Javier Mendizábal. Con estos jefes le enviaba también un gran respuesto de pólvora y municiones (33).

No debió ser tarea fácil para el Virrey reunir los jefes y oficiales que debían marchar al Alto Perú, pues él mismo dice que «esto que parecía lo más sencillo y que menos obstáculos debía presentar, no fue lo menos embarazoso en aquellas circunstancias, ocasionándome el mayor disgusto la displicencia con que algunos de los nombrados, olvidando de las obligaciones de la carrera, manifestó el poco amor que la tenía» (34). Tal modo de esquivar el cumplimiento de su deber por quienes precisamente debían dar ejemplo a los demás en estos momentos era imperdonable, y justamente sacaba de quicio al Virrey, en el que lu-

(32) *Arch. Abascal*. Copia de oficio reservado de Abascal a Goyeneche, Lima, 28 de octubre de 1812.

(33) *Arch. Abascal*. Copia de oficio de Abascal a Goyeneche, Lima, 28 de octubre de 1812. Expediente de partes, etc. Fol. 59.

(34) *ABASCAL. Memoria. Tomo II. Pág. 110.*

chaban dos sentimientos encontrados: por un lado su noción del deber y de la responsabilidad, exaltada al sumo grado por su profesión militar, y por otra parte la situación crítica en que se hallaba, en la que más veces había de emplear una fina política que las medidas espontáneas dictadas por su conciencia. Algo debió compensar su disgusto el hecho de que, contrariamente a éstos, algunos otros oficiales se le presentaron voluntariamente para marchar al Alto Perú, haciéndole ver que aún subsistían jefes y oficiales con dignidad en el ejército virreinal, y que los otros casos eran solamente excepcionales.

Tomadas las medidas para su socorro, Abascal pasa inmediatamente a fijar el plan de campaña a Goyeneche. «El punto del río del Pasaje—le dice—es muy ventajoso, y debe conservarse todo lo posible», y la razón es clara, «para que suene que estamos posesionados, cuando no del todo, de una gran parte del Tucumán, próximos a operar de concierto con las fuerzas del Paraguay y Montevideo, cuya comunicación no creo sea difícil abrirse por el río Colorado». Pero no basta esto; para apoyar el frente del Pasaje convenía mantener el fuerte de Cobos: «el fuerte de Cobos es fácil restablecerle con mejoras de lo que fué; en cuyo caso sería un excelente punto de apoyo en todo evento para la avanzada del Pasaje y para cubrir la confluencia de los caminos de Salta y Jujuy». Este último punto tenía a los ojos de Abascal la máxima importancia: «es verdaderamente la puerta del Alto Perú, que es indispensable conservar a toda costa en cualquier trance», para lo cual «es preciso construir una fortaleza de campaña con un foso de dos varas y media a tres de profundidad, tres o cuatro de ancho y sus flancos correspondientes aplicados a la localidad del sitio que se elija, libre de dominación» (35).

Las instrucciones del Virrey, en cuanto al establecimiento de posiciones defensivas en la frontera del Alto Perú, en manera alguna excluía, a su tiempo, la ofensiva. Para Abascal no significaba la actual situa-

(35) *Arch. Abascal*. Copia de oficio reservado de Abascal a Goyeneche. Lima, 28 de octubre de 1812. Expediente de partes, etc. Folios 44-45.

ción otra cosa que un compás de espera en el que habría de reorganizarse el ejército manteniendo firmemente la entrada del Alto Perú, mientras llegaba la ocasión de emprender de nuevo la lucha, que sería «en recibiendo noticias de la parte oriental del Río de la Plata» (36). Para llevarla a cabo, contaba el ejército del Alto Perú, según los cálculos del Virrey, con 11 ó 12.000 hombres perfectamente equipados y disciplinados.

No es de extrañar, pues, que habiendo recibido la carta reservada de Goyeneche en la que le proponía su dilema de «refuerzos o dimisión» (37), le hiciese saber que, en su sentir, «dista mucho de pensar siquiera en ceder en la lucha, expresión que no puedo significar a V. cuánto me ha admirado»; y respecto a su alternativa, le parece que «es terrible, pero es Vd. mi amigo y no hago alto sobre ello» (38). Abascal piensa que la crisis que temporalmente parecía afectar al General no duraría mucho, pues lo conocía bien, y por otra parte se daba cuenta de que no era la ocasión más oportuna para que se retirase. Sin embargo debió influir este punto de vista de Goyeneche en las posteriores relaciones entre él y el Virrey.

Ya he dicho más atrás que el fracaso de la expedición de Tristán hizo variar al Jefe del Ejército en su modo de pensar respecto a la guerra. No quiere decir esto que la batalla del Tucumán y la posterior retirada le hiciesen modificar totalmente sus ideas sobre el curso y el final de la contienda, inclinándolo a pensar en un desastre inminente, ni mucho menos. Lo que ocurrió fué que este revés le aferró aún más en su creencia sobre la imposibilidad de acabarla con éxito por falta de medios y le hizo pensar en que se imponía la necesidad de llegar a un entendimiento con el enemigo antes de que fuese tarde y sobreviniese una catástrofe. En otras palabras, Goyeneche no dudaba del éxito de la lucha si recibía los refuerzos que

(36) *Arch. Abascal*. Copia de carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 28 de octubre de 1812.

(37) Vid. nota 29.

(38) *Arch. Abascal*. Copia de carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 28 de octubre de 1812.

necesitaba, pero no respondía de su resultado en caso contrario.

Quizás el informe que dirigió a la Regencia sobre la situación del ejército del Alto Perú el 20 de octubre de este año, sea el documento donde más clara y extensamente se deja traslucir su desencanto. En él expone todos sus cuidados en la guerra, sus temores acerca del final de la misma y sobre su actual situación, e intenta encontrar un remedio a todo ello, presentando su dimisión si no se aceptan sus consejos.

Una de las cosas de que más se queja el General en dicho informe es de haber carecido siempre de instrucciones o plan a seguir. Gracias a su entusiasmo había conseguido la organización de un fuerte ejército, integrado por hombres sin las menores aptitudes militares y con los cuales llevó a cabo dieciséis batallas campales «sin haber recibido, cuando más lo necesitaba, ni de la Corte ni del Superior Gobierno de Lima unas instrucciones de simples iniciativas para obrar según las circunstancias, ni otros recursos que la facultad de buscarlos en las provincias que he reconquistado, al propio tiempo de carecer enteramente de comunicación con las tropas combinadas de Montevideo y el Brasil en la distancia inmensa de 600 leguas ocupadas por pueblos adictos a la independencia, con un ejército a mi mando que no pasa de 8.000 hombres sin arbitrios para aumentarlo por falta de armas y caudales» (39).

En realidad, ésta era una falta de que siempre había adolecido el ejército. La carencia de recursos no era nueva. Desde los primeros momentos de la revolución se había dejado sentir la dificultad de formar un ejército idóneo y preparado para hacerle frente. Ya he insistido varias veces en las peticiones constantes de Goyeneche al Virrey y cómo Abascal procuraba por cuantos medios estaban a su alcance, satisfacer sus necesidades de todo orden. En el año de 1812, Goyeneche ya se lo había notificado en las siguientes ocasiones: el 9 de enero; el 24 de febrero; el 9 de mar-

(39) Arch. C. Guaqui. C. 5. Carp. 7. N. 4. «Informe en el que el General del Ejército del Alto Perú expone a S. A. la situación». Potosí, 20 de octubre de 1812.

zo; el 10 de marzo, en que da cuenta del ajuste de Buenos Aires y Montevideo, con el peligro que de ahí podría sobrevenir para el Alto Perú; el 13 de marzo, insistiendo en lo anterior; el 22 de abril con motivo de la expedición de Cochabamba; otro oficio del mismo día en el que demostraba el gasto del ejército; el 6 de junio; el 2 de julio; el 19 de julio, en que dice que si no llegan los auxilios se paralizarán las operaciones; el 25 de julio, y por último el 6 de octubre y sucesivos a que me refiero últimamente (40). Pero esta insistencia no quiere decir que sus peticiones no fuesen atendidas; antes al contrario, ya he dicho repetidas veces que el ejército del Alto Perú atraía la máxima atención del Virrey, y aún se verá demostrado más adelante este interés. Poco antes de la batalla del Tucumán se le enviaron 160.000 pesos y 1.002 quintales de azogue, parte del pago de las libranzas que se extendían por el General contra la Tesorería de Lima. Además, se le aumentó el armamento con 500 espadas y 10 quintales de cuerda de mecha, 1.200 lanzafuegos, 12 estopines, y para poco después se preparaba el refuerzo en hombres (41).

Por lo que respecta a la carencia de instrucciones, se ha podido ver a lo largo de la campaña, como el Virrey iba dando las líneas generales—en muchos casos hasta el detalle—, de las operaciones que habían de llevarse a cabo. Es lógico que estas instrucciones generales hubieran de irse adaptando al desarrollo particular de la lucha en cada momento. Los puntos en que se basaba el plan de Abascal y que por no poderlos conseguir hasta ahora le habían impedido llevar a cabo, eran la inteligencia con Montevideo y el auxilio de la Península, para conseguir una operación combinada contra Buenos Aires. Mientras no se lograra ésto era un poco problemática la victoria. Sin embargo, como hasta ahora no lo realizara, se limitó a mantener un ejército poderoso, con el que pudiese

(40) Arch. C. Guaqui. C. 9. Carp. 3. N. 3. «Resúmenes de varios oficios dirigidos al Virrey de Lima solicitando reemplazos y auxilios según el extracto hecho en la Secretaría de Guerra del Ejército del Alto Perú». Potosí, 4 de febrero de 1813.

(41) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 408.

contar para llevar a cabo la defensa del Virreinato y asegurar las comunicaciones marítimas del mismo, estableciéndose así las dos bases fundamentales para su mantenimiento frente a la insurrección.

Pero a todo lo anterior venía a unirse un nuevo factor, un imponderable, que constituía, quizás, el más grave de los peligros que podía correr el ejército y lo que éste representaba. Era la actitud de los pueblos americanos. Goyeneche, además de natural de aquel país, tuvo bastantes ocasiones de vivir junto a éste pueblo; y expresa claramente el sentimiento de rebeldía que latía en todos ellos: «dado que el trastorno del reinado precedente hizo perder a los pueblos las sencillas ideas de que estaban imbuidos sobre la santidad de nuestras leyes y la beneficencia del Gobierno español, parecían ya unas naciones diferentes que no trataban sino de vivir para sí sólo, sin unión con la Metrópoli... y por esto anhelan únicamente su libertad por todos los medios por donde creen que podrán lograr sus deseos, interesándose con los mayores esfuerzos en destruir todos los estorbos que les impiden conseguir estos fines» (42).

En semejantes circunstancias, el problema se complicaba considerablemente: ya no es solo contra Buenos Aires y sus tropas contra quienes había de luchar el Ejército realista, sino que a la par que hace frente a éstos, había de contener a los pueblos y ciudades que quedaban a su retaguardia, lo que le obligaba a diseminarse entre infinidad de puntos, haciendo ineficaz su labor frente a los enemigos porteños, cada vez más seguros de sí, a medida que se daban cuenta de que tenían el apoyo de los pueblos del interior. Este hecho se lo hizo notar constantemente Goyeneche al Virrey. «Tenemos por enemigos cuantos ingratos hemos sometido», había dicho Goyeneche, y demostraba que ni aún las poblaciones en donde existía una guarnición realista después de haber sido arrojados de ella los sublevados, se veían libres de conspiraciones e intentos de nuevos alzamientos.

(42) *Arch. C. Gaaqui*. C. 5. Carp. 7. N. 4. «Informe en el que el General del Ejército del Alto Perú expone a S. A. la situación». Potosí, 20 de octubre de 1812.

tos (43). Y aún últimamente, la sublevación de Salta, en el momento en que se alejaron de élla las tropas, venía a confirmar su juicio.

Solamente la fuerza era capaz, según él, de mantener la tranquilidad, pero aún al cabo resultaba ineficaz, pues los pueblos «con cuanta mayor violencia fueran arrasados de su carácter, otro tanto más dispuestos están a recobrarlo en el momento que desaparece la fuerza que los contiene» (44). Y aún tal sistema suponía el mantenimiento de un ejército con el que no cabía contar. Por otra parte, tampoco podía utilizar tropas sacadas de dichos pueblos, pues se exponía a quedar a merced de sus enemigos en un momento determinado, comprometiendo quizás la existencia del ejército. «Estos pueblos se han vuelto tan inmorales con el mal ejemplo de los porteños, dice Goyeneche, que nunca podré confiar en ellos para armarlos en defecto de las tropas que traje del Collado. Se han viciado en la rebelión y debemos recelar que, vendiéndose esta vez a los caprichos de su soñada independencia, fácilmente emplearían contra nosotros en cualquier novedad las armas que tantas veces he hecho triunfar en honor del Rey y en servicio del Imperio español» (45).

Abascal, ya se ha visto, recomendaba insistentemente el total desarme de las poblaciones, con lo cual podría reducirse bastante su guarnición, con el consiguiente aumento de la tropa combatiente. Pero aun así, resultaba insuficiente el ejército para mantener bajo su mano tan inmenso territorio. En la dilatadísima región que se extiende desde el Desaguadero a Jujuy, con trescientas leguas de extensión; desde Santa Cruz de la Sierra a las fronteras de los chiriguanos del Este, con más de doscientas, habían, según escribe Goyeneche, nueve ciudades, ciento ochenta y un pueblos de indios tributarios, quince misiones, y las dos provincias de Moxos y Chiquitos; y tan enorme territorio lo ocupaba con cuatro mil hombres, a

(43) *Arch. C. Guaqui*. C. 9. Carp. 4. N. 5. Informe de Goyeneche al Virrey del Perú. Potosí, 10 de marzo de 1812.

(44) Vid. nota 42.

(45) Vid. nota 42.

los que procuraba mantener en cierto contacto entre sí y con su Cuartel General; el resto de la fuerza, hasta ocho mil, lo tenía en Potosí o en otros puntos como vanguardia en la frontera (46).

Esto en cuanto al territorio ocupado se refiere; pero respecto a la guerra en sí, la lucha contra los sublevados porteños, no cabía pensar que pudiera tener éxito en tales circunstancias. Por otra parte no se llegaba a una coordinación de las fuerzas realistas en el Continente y sus aliadas las brasileñas: «Tampoco puedo contar con las tropas combinadas de Montevideo y el Brasil, porque intermedían 600 leguas ocupadas por los enemigos, que nos impiden comunicarnos para poder continuar planes juiciosos y recíprocos socorros. Yo ignoro absolutamente —decía Goyeneche— las órdenes con que se halla el general Vigodet, y asimismo creo que no las tiene el Virrey de Lima, una vez que no me las ha participado, ni penetro los designios de las tropas portuguesas en la Banda Oriental del Río de la Plata, pero me consta que únicamente han formado hasta ahora una barrera defensiva que nada puede servir para auxiliar los proyectos ofensivos, que tal vez hubiera indicado yo para la disolución de Buenos Aires» (47).

Esta total desconexión de las fuerzas contrarrevolucionarias del Continente, de la que he hablado más atrás, era fatal para la marcha de la guerra, sobre todo teniendo en cuenta que el Perú por sí solo, sin la llegada de auxilio de la Península, no podía dominar la sublevación. La situación es clara para Goyeneche, que no oculta su pesimismo ante ella: «Estoy viendo —dice en el citado informe—, que la gran máquina de América del Sur se va precipitando a su ruina porque no tiene bastantes fuerzas para mantener su enorme peso...» En la crisis planteada, y ante el peligro inminente se ve precisado a dirigirse directamente a la Regencia para salvar su responsabilidad, presentando la renuncia a su cargo en caso de que no se encontrase una solución, prefiriendo retirarse a ser testigo de las desgracias que inevitablemente habían de sobrevivir.

(46) Vid. nota 42.

(47) Vid. nota 42.

En líneas generales, puede decirse que la actitud de Goyeneche en este momento decisivo de la contienda es la de un hombre que, al cabo de algo más de dos años de lucha entusiasta contra los enemigos y las dificultades, se da cuenta de que en la práctica, el resultado ha sido mínimo, por no decir nulo. La idea de la revolución está mucho más arraigada de lo que él pudiera haber pensado en un principio, y tan solo hay un sistema eficaz para contrarrestarla, el de la fuerza. Pero aun éste le fallaba, pues no contaba con los medios ni con la colaboración necesaria para crear un instrumento que mantuviese la seguridad del Continente. Se perdió la ocasión en un principio, y ahora era cada vez más difícil encontrar una solución. En todo lo cual vino a confirmarlo la retirada del Tucumán, que le obligó a colocarse de nuevo en observación en la frontera argentina sin poder llevar a cabo ningún movimiento ofensivo contra los patriotas, exponiéndose a eternizar la lucha, con tanta mayor ventaja para éstos, cuanto más tiempo durase.

Precisamente entonces tuvo lugar un hecho que dió ocasión a Goyeneche para exponer al Virrey todas sus ideas sobre el problema de la revolución. El 18 de octubre, Belgrano escribía un mensaje al General con objeto de hacerle ver sus pocas posibilidades de éxito, y le incitaba a una avenencia entre ambos que acabase con una guerra civil «que poco a poco nos ha devorado y de la que al fin no habremos sacado más ventaja que nuestra total ruina» (48). Le hace ver el estado en que se encuentra el ejército patriota, como se lo ha demostrado la reciente acción del pasado 24 y le llama la atención sobre el equivocado concepto que de tal ejército se tenía.

Le indica el equivoco en que se encontraba al creer tranquilo al Perú y las provincias sobre que se hallaba. De todas partes, decía Belgrano, «me llaman a gran prisa en su socorro, no sólo de esa provincia en que V. S. se halla, sino de las de Lima, de Lima mismo, y lo que es más, de su propia patria». Ante un panorama

(48) *Arch. Abascal*. Copia de oficio de Belgrano a Goyeneche. Campamento General, 18 de octubre de 1812. Expediente de partes, etc. Fols. 81 v. ss.

ma tan grave para las armas realistas, incapaces de contener por mucho tiempo el ataque de las tropas de Buenos Aires y la sublevación del interior, le ofrece la paz y la unión sobre la base de que los pueblos elijan sus diputados para constituir el Congreso que decidiese la suerte del Continente.

El oficio de Belgrano fué una confirmación para Goyeneche. El había advertido al Virrey en otra ocasión que lo engañaban al decirle que Buenos Aires agonizaba (49); por su parte, no había creído nunca en tal cosa, y por lo que le daba a entender el general argentino, sus tropas se hallaban dispuestas a continuar la lucha hasta el final.

Si se tienen en cuenta las ideas de Goyeneche sobre la marcha de la guerra, sobre este momento en particular, y sus posibilidades, ya expuestas, no debe extrañar la resolución que tomó. Inmediatamente envió a Lima a su ayudante de campo, don José Pobil, con el mensaje de Belgrano y plenos poderes para decidir juntamente con el Virrey. Así se lo comunicaba a Abascal, diciéndole que Pobil le informaría de cuanto interesase, pues se hallaba perfectamente enterado de todo «para que V. E. conferencie con él como conmigo y delibere sobre las solicitudes de Belgrano y más para asegurar la América»; pero a la par le indicaba, o dejaba traslucir al menos, su punto de vista: «debiendo asegurarle que no hay que contar con tropa ni soldado alguno de estas provincias, pues si no desertan en acción se nos declaran enemigos» (50). Con objeto de no dar a entender a nadie la finalidad del viaje de Pobil, cuya misión no conocían ni los mismos jefes del Cuartel General, aparentó marchar a Lima para negocios propios.

Sin embargo, los intentos de llegar a una inteligencia entre ambos bandos no eran nuevos. Días antes, durante su retirada, recibió Tristán un oficio de Díaz-Vélez en el que le proponía una entrevista entre ambos o entre dos oficiales de cada ejército para llegar a un convenio sobre la suspensión de hostili-

(49) Vid. nota 29.

(50) Arch. Abascal. Carta de Goyeneche a Abascal. Potosí, 28 de octubre de 1812.

dades. Con tal motivo se cruzaron varios oficios entre los dos generales, pero sin conseguir llegar a un acuerdo, por no admitir Díaz-Vélez como mediador al que le proponía Tristán (51). Mas ahora, Goyeneche quiere dar una solución al problema aprovechando la coyuntura que le ofrece Belgrano para obtener una transacción si no era posible otra fórmula. La misión de Pobil en Lima era clara en este sentido. Había de procurar el envío de dos mil hombres al ejército del Alto Perú; en caso contrario, decía Goyeneche, «no queda otro recurso sino el que V. E. acuerde los medios y modos más racionales de ajustar una transacción ventajosa y decente a virtud de la propuesta de Belgrano, para cuya ejecución díguese V. E. destinar comisarios de luces, carácter, probidad y experiencia, dignos de su entera confianza, que vengan por la posta, bien instruidos, con facultades plenipotenciarias» (52). Caso de que la gestión de Pobil fracasase, Goyeneche ponía a disposición del Virrey el mando del Ejército, que resignaba para no ser testigo de los males que habían de sobrevenir.

Sin embargo, hay que hacer constar que Goyeneche sólo propone el acuerdo con Belgrano en último extremo, obligado por las circunstancias, y a pesar del tono más bien pesimista de su correspondencia, siempre ofrece continuar la lucha si se le envían los medios necesarios para ello.

Pero el Virrey veía las cosas de diferente modo que el General. Aunque las noticias que llegaban a Lima sobre la fuerza de los argentinos y la situación de Buenos Aires y Montevideo eran un tanto confusas, calculaba que el total de las situadas en Santa Fe, Buenos Aires y Uruguay no pasaban de cuatro a cinco mil hombres, de los que lógicamente no podría sacarse ninguno para el auxilio de Belgrano. Este, por su parte, debió quedar bastante castigado en la operación del Tucumán, como lo demostraba el hecho de que

(51) *Arch. Abascal*. Copias de oficios cruzados entre Tristán y Díaz-Vélez, 4, 5, 7 y 8 de octubre de 1812. Expediente de partes. Fols. 69 v. ss.

(52) *Arch. Abascal*. Oficio de Goyeneche a Abascal. Cuartel General de Potosí, 28 de octubre de 1812.

no molestase a Tristán en su retirada. En tal caso no era difícil precaverse. Las llamadas que había dicho Belgrano recibía de las provincias y que podían encerrar un peligro para su conservación, por ser un síntoma de la existencia de un partido revolucionario, se neutralizarían fácilmente. Para ello recuerda las repetidas órdenes dadas por él de desarmar las poblaciones. Por otra parte, la posible amenaza que representaban las tropas enemigas quedaba conjurada colocando en buen estado de defensa a Jujuy, Salta y el Fuerte de Cobos, con lo que se cerraban todos los pasos practicables hacia el Alto Perú, cuya entrada y salida quedaban completamente controladas por los realistas. Un destacamento de 400 a 500 hombres, situado en el río del Pasaje, completarían el plan y serviría para cualquier tentativa de penetración desde el Tucumán, a la par que podía efectuar de vez en cuando incursiones para alarmar a las fuerzas enemigas (53).

Siguiendo el plan propuesto por el Virrey, podría tomarse el tiempo necesario para saber lo que hacían las fuerzas de Montevideo y obrar en consecuencia. Entretanto, Abascal le da orden terminante de mantener el terreno adquirido y defenderlo palmo a palmo, si hubiese necesidad de ello.

La proposición de Goyeneche de llegar a un acuerdo con el enemigo sobre la base indicada por Belgrano, es completamente rechazada en Lima. El sólo hecho de entrar en discusión con el general argentino indignaba a Abascal, que con toda energía dice a Goyeneche: «(Siquiera) cuando tuviesen algún fundamento las razones con que parece se inclina V. S. a la afirmativa, no debían ser aún suficientes para separarnos en lo menor del verdadero camino que hemos tomado...» (54). No cabe, pues, lugar a dudas. Abascal estaba dispuesto a continuar la lucha con todas sus consecuencias. Por su parte, no daba tanta importancia a la acción del Tucumán como para decidir el curso de aquélla, y así se lo hacía saber a Goyeneche,

(53) *Arch. Abascal*. Copia de Abascal a Goyeneche. Lima, 14 de diciembre de 1812.

(54) Vid. nota 53.

a pesar de lo cual había tomado las medidas necesarias para auxiliar al ejército.

Para el Virrey, las opiniones y la actitud de Goyeneche carecían de razón de ser; todo lo cual debió contribuir no poco a cambiar el concepto que, pese a sus posteriores declaraciones, tenía formado entonces del General.

A los ojos de Abascal, sus angustiosas peticiones y su decisión extremada para solucionar el conflicto, no eran más que producto de una gran falta de cálculo de sus posibilidades y de su deseo de salvar la responsabilidad que sobre él pudiera caer en caso de una contingencia desgraciada. La exactitud o el error de este juicio se verá más adelante.

CAPITULO IX

LA BATALLA DE SALTA Y LA SUSTITUCIÓN DE GOYENECHE

Fracasada la ofensiva de Tristán contra el Tucumán, la vanguardia de las tropas realistas se vió obligada a retirarse a Salta, conforme a las órdenes que posteriormente recibiera del Virrey. En un principio todo hacía creer que las consecuencias de la batalla y del repliegue no iban a ser graves; pero los hechos se encargaron de demostrar lo contrario.

El mismo Virrey, cuando tuvo noticias de los sucesos, no les dió una importancia desmesurada, en parte, quizás porque estuviera convencido de ello, y también por su deseo de tranquilizar a Goyeneche, que, como se ha visto, le instaba cada vez con más apremio solicitando el envío de las fuerzas necesarias para detener a los porteños. La manera como se desarrolló la batalla hacía dudar al Virrey. El hecho de haberse mantenido Tristán durante sesenta horas en el campo de la lucha después de haber perdido sus equipajes, así como el caso insólito de que los enemigos no hubiesen hostilizado su retaguardia durante la retirada, le parecían un tanto curiosos.

Sin embargo, esta misma circunstancia hacía pen-

sar a Abascal que se tratase de un engaño de los argentinos con el fin de sorprender a las tropas de Tristán, ya que podían haber proseguido su marcha por el camino de carretas por adelantarse al General que iba por el de postas. En tal caso corría el grave peligro la vanguardia de ser sorprendida en manifiesta inferioridad, pues carecía de municiones; ahora bien, si no se confirmaban las sospechas del Virrey, la situación variaba totalmente, pues se daba tiempo a que las tropas realistas llegasen al río del Pasaje, en donde podrían reunirse. Entonces, la situación no sufriría cambio notable, pues desde aquí se podría iniciar, en el momento oportuno, una nueva ofensiva contra el Tucumán (1).

De todas formas, creía el Virrey que el ejército conservaba aún la suficiente fuerza para poder rechazar a los enemigos que llegaban a presentarse ante él. Sin embargo, el Virrey se equivocaba al calcular la cantidad de hombres sobre las armas. Si bien no poseía un estado general del ejército, falta que constantemente echó en cara a Goyeneche, calculaba su total en unos 11 ó 12.000 hombres, con los cuales, indudablemente se podría, no sólo defender el territorio de Jujuy a Salta, sino también emprender la ofensiva. Pero un estado de fuerzas de fecha 25 de noviembre de 1812, fijaba en 7.540 hombres el total de las fuerzas de vanguardia y las guarniciones del Alto Perú (2).

Este número de hombres era del todo insuficiente, a juicio de Goyeneche, y de ahí las constantes peticiones al Virrey, quien por su parte ordenó se le enviasen refuerzos del Desaguadero, Cuzco y Puno, por ser de los únicos puntos de donde podía sacar tropas. Pero tales envíos no satisfacían las peticiones del General.

Tristán llevó a su término con éxito el repliegue sobre Salta y Jujuy. El 9 de noviembre daba parte

(1) *Arch. Abascal*. Copia de carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 28 de octubre de 1812.

(2) *Arch. Abascal*. Copia de un estado de fuerza del Ejército Real del Perú en la línea desde el Desaguadero hasta las avanzadas de vanguardia. Cuartel General de Potosí, 25 de noviembre de 1812.

Goyeneche al Virrey de que su Mayor General le comunicaba haber llegado el día 31 del mes anterior a Salta con el grueso de su división, mientras que las tropas argentinas mandadas por Díaz-Vélez, que le habían hostilizado en la última parte del camino hasta la ciudad, habían sido rechazadas a doce leguas más allá del río del Pasaje, y dejado libre las inmediaciones del Tucumán (3).

Fortificadas Jujuy, Salta y el fuerte de Cobos, y situado un destacamento en el río del Pasaje, se podrían sacar, al menos, los mayores frutos del forzado repliegue.

El valor estratégico de la provincia de Salta era innegable. Constituye geográficamente la transición del Alto Perú hacia la pampa argentina y participa, por tanto, de los caracteres de ambas regiones, con predominio de la montaña sobre la llanura. Es la vía natural de comunicación entre las cuencas del Plata y las montañas del macizo boliviano. De ahí deriva su fundamental importancia, como punto de enlace de dos mundos distintos. Estos caracteres, traducidos al terreno militar, significaban la defensa o la invasión del Alto Perú, según lo poseyesen uno u otro de los bandos contendientes.

Pasado el río Suipacha, se extiende la llanura de Yavi, que poco a poco se va estrechando hacia el sur hasta encajonarse en la Quebrada de Humahuaca, para desembocar en Jujuy, primera etapa del camino de Tucumán. La posesión de dicha ciudad era, pues, necesaria para asegurarse el dominio de los valles que se dirigen hacia el sur, en la provincia de Salta. La topografía de esta provincia es bastante accidentada. Es una sucesión ininterrumpida de valles, llanuras y desfiladeros, entre los cuales estaba emplazada su capital.

Al sur de la ciudad de Salta se extienden una serie de valles, tales como los de Lerna, Calchaquí y San Carlos. A través de dichos valles se ponía en comunicación la provincia con el Tucumán por un camino de carretas, remontando simplemente la co-

(3) Arch. Abascal. Copia de oficio de Goyeneche a Abascal, Cuartel General de Potosí, 9 de noviembre de 1812.

riente del río Guachipás por el valle de este nombre. El camino real de Salta hacia el Tucumán se extendía al oriente de aquél, al otro lado del macizo montañoso, a través del río del Pasaje. El tal río se origina por dos pequeños riachuelos que nacen en Santa María y San Carlos, que en su confluencia recibe el nombre de Guachipás, del valle antes citado, por el que corre en dirección sur-norte. A la salida de dicho valle tuerce hacia el este, y recibe el nombre de Pasaje, constituyendo el límite entre las provincias de Salta y Tucumán. En esta dirección corre un corto trayecto, y se inclina hacia el sur, en donde va a unirse al Paraná, después de haber recorrido la llanura del Tucumán y de Santiago del Estero con el nombre de río Juramento.

Dicho río, que servía de límite entre ambas provincias, era el escogido por Abascal para establecer la línea avanzada de los realistas en dirección al sur. Pero la colocación de las avanzadas aquí ofrecía un grave inconveniente, y era que, a través de los valles occidentales, por los caminos de herradura que ofrecían, podía avanzarse sobre Salta sin necesidad de vadear el río del Pasaje, con solo seguir el curso del Guachipás, con lo cual se desembocaba sobre dicha ciudad, y a la vez se amenazaba el flanco y la retaguardia de las tropas acantonadas en el Pasaje. También ofrecía otro peligro por el lado oriental, pues como a distancia de seis leguas del paso principal del río existía otro camino que terminaba en un vado llamado de Miraflores, al cual se llegaba por un rodeo a través de la región del Estero, pero desde donde podían atacar también por retaguardia a las fuerzas de la orilla del río e impedirles la retirada sobre el fuerte de Cobos, en el camino de Salta. Dicho fuerte, cuyo restablecimiento había sido ordenado por el Virrey, se hallaba situado cerca de la confluencia de los caminos de Salta y Jujuy, y se pensaba sirviese como punto de apoyo para la guarnición del río Pasaje, a la vez que cubría la confluencia de ambos caminos.

De todos estos puntos, el que más interesaba al Virrey era la ciudad de Jujuy, que a sus ojos constituía la llave del Perú, ya que si los enemigos lograban apoderarse de ella tenían franco el paso por la

Quebrada de Huamahuaca para desembocar en los campos de Yavi.

Sin embargo, esta posición de las tropas en Cobos y en el río del Pasaje, para proteger las ciudades de Salta y Jujuy, barreras del Alto Perú, tenía sus inconvenientes. Todos ellos se los hacía ver Tristán a Goyeneche, que a su vez lo comunicaba al Virrey. De lo expuesto anteriormente se deduce que el fuerte de Cobos quedaba prácticamente inutilizado, para proteger la retirada de las tropas del Pasaje, ya que podía a su vez ser sorprendido. Por eso, el sistema que adoptó Tristán no fué el de destacamentos, que podrían ser atacados por sorpresa, sino el de partidas volantes que recorriesen el país (4). Noticioso el Virrey de tales inconvenientes, aceptó dicho plan, recomendando se tuviese un especial cuidado para la conservación de las dos ciudades, reforzando sus guarniciones (5). De estos dos puntos, como ya he dicho antes, el que más interesaba a Abascal para su conservación era Jujuy, llave del Perú, por lo cual era necesario protegerla mediante una fortificación. La posición de la ciudad estaba favorecida por la existencia a su espalda del río Grande, punto de apoyo para el caso de una retirada. Por ello opinaba Abascal que de la guarnición de dicha plaza debía extraerse un cuerpo de quinientos hombres que, colocados en las riberas del río, sostuviesen su paso y la reunión de las tropas en caso necesario, y si por desgracia se viesan en tal coyuntura, aun el mismo río podía servirles para sostener un contraataque por parte de los realistas.

En evitación de posibles sorpresas recomendaba que no se dividieran las fuerzas entre las dos ciudades, cuya comunicación, a través de un camino de dieciocho leguas podía ser cortada fácilmente (6). Claro está que para reforzar las guarniciones de ambas había que sacar tropas de las provincias del inte-

(4) *Arch. Abascal*. Copia de oficio de Goyeneche a Abascal. Cuartel General de Potosí, 18 de diciembre de 1812.

(5) *Arch. Abascal*. Copia de oficio de Abascal a Goyeneche. Lima, 25 de enero de 1813.

(6) *Arch. C. Guaquí*. C. 9. Carp. 5. N. 31. Oficio de Abascal a Goyeneche. Lima, 24 de marzo de 1813.

rior, pero esto no preocupaba tanto al Virrey mientras se tuviese la vanguardia reunida en Salta o Jujuy.

Tristán, en su retirada, no fué más allá de Salta, que pensaba defender a toda costa. Pero poco después de asentarse en la plaza, se tuvieron noticias de que los enemigos trataban de reforzar sus fuerzas e iniciar una ofensiva contra sus tropas. Ante el nuevo peligro, Goyeneche trató por todos los medios de aumentar su vanguardia, a la vez que ordenaba situarse una columna en el paso de Humahuaca, con objeto de asegurarse el tránsito hacia el Alto Perú (7). La causa de su temor era una carta confidencial escrita por Tristán el día 7 de diciembre, en la que se mostraba convencido de que los portugueses de la Banda Oriental habían llegado a un acuerdo con Buenos Aires, en cuyo caso era de esperar que los argentinos trasladasen a Salta las tropas que hasta entonces habían estado en aquel territorio, ya que Montevideo les daba bastante poco cuidado. Dichos temores se los transmitía a su vez Goyeneche al Virrey (8), advirtiéndole además que, a la par que estos hombres eran retirados y transportados a la frontera del Alto Perú, se hacían levás en las provincias argentinas para aumentar sus fuerzas, que podían llegar, según sus cálculos, a 15.000 hombres (9). Sin embargo, a pesar del peligro, Tristán se mostraba optimista y resaltaba la moral de sus tropas frente a la desmoralización que reinaba en el campo enemigo.

Los rumores de los preparativos argentinos llegaban hasta Lima. El 7 de enero de 1813, el Virrey comunicaba por un extraordinario a Goyeneche las noticias que le llegaban de Buenos Aires por vía de Chile. Se desprendía de ellas que los argentinos habían destinado 500 negros, 300 patricios y 200 arribeños para reforzar el ejército de Belgrano, aparte del gran contingente de voluntarios y tropa irregu-

(7) *Arch. Abascal*. Carta de Goyeneche a Abascal. Potosí, 24 de diciembre de 1812.

(8) *Arch. Abascal*. Carta de Goyeneche a Abascal. Potosí, 25 de diciembre de 1812.

(9) *Arch. Conde Guaqui*. C. 9. Carp. 5. Oficio de Goyeneche al Virrey del Perú. Cuartel General de Potosí, 31 de enero de 1813.

lar reclutada en las provincias. Tales preparativos hacían pensar en un próximo ataque contra Salta y Jujuy; para detenerlo juzgaba preciso el Virrey sacar 1.000 hombres de Tupiza y Cotagaita, que reforzasen la vanguardia. También juzgaba conveniente que Ramírez, entonces Presidente de Charcas, y Picoaga, que mandaba las tropas avanzadas del grueso del ejército, pasasen a los puntos amenazados para hacerse cargo del mando de las fuerzas (10).

La insinuación de Abascal de que Ramírez tomase el mando de la vanguardia, disgustó a Goyeneche hasta el punto de hacerle saber al Virrey que si aquél se hacía cargo de dichas tropas, él, por su parte, renunciaba al suyo de todo el ejército. En primer lugar alegaba como grave dificultad para su cumplimiento los inconvenientes que Ramírez había de encontrar en el mando de una unidad desconocida para él, sin los conocimientos y noticias que poseía Tristán en orden a la situación, a los habitantes, e incluso a la tropa y conductos de información sobre el enemigo (11). Aducía más tarde en favor de su opinión, una serie de argumentos al retratar a Ramírez. Era para Goyeneche un buen militar, honrado, subordinado y capaz de mantener en disciplina a sus tropas, pero carecía de algunas cualidades necesarias para todo el que ostenta el mando supremo de una tropa. Según él, carecía de cálculo, era irresoluto en sus decisiones y carecía del tacto y la política necesarios para ganarse las voluntades de los oficiales y la tropa. Todas estas razones, reforzadas por ejemplos, inclinaban al General a mantener a Tristán como jefe de la vanguardia, ya que no encontraba en el ejército otro capaz de sustituirlo (12).

Goyeneche pretendía hacer ver que, en manera alguna, el parentesco que le unía a Tristán era la causa de su mantenimiento al frente de la vanguardia, antes al contrario, aseguraba al Virrey que en

(10) *Arch. Abascal*. Copia de oficio de Abascal a Goyeneche. Lima, 7 de enero de 1813.

(11) *Arch. C. Guaquí*. C. 9. Carp. 5. N. 26. Oficio de Goyeneche al Marqués de la Concordia. Potosí, 1 de febrero de 1813.

(12) *Arch. Abascal*. Carta de Goyeneche a Abascal, Potosí, 24 de febrero de 1813.

el momento de hallar algún sustituto sería relevado; pero de lo que no le cabía duda ninguna era de que no se encontraba, desde luego, en la persona de Ramírez. Compara a dicho fin la retirada de éste en Aroma con la de Tristán en Tucumán. A pesar de todo, hay que hacer notar, en descargo de Ramírez, que ambas acciones difieren fundamentalmente; mientras Ramírez hubo de emprender una retirada sobre el Desaguadero a toda prisa, tras la derrota de la columna de Piérola, en manifiesta inferioridad ante la caballería cochabambina, que podía perseguirlo, y con la amenaza de encontrarse cortada las comunicaciones por la inminente sublevación de La Paz, Tristán, después de una batalla, que quedó indecisa, como lo demuestra el hecho de haber permanecido bastante tiempo frente a Tucumán después de la lucha, pudo emprender una retirada sin ser molestado y con las comunicaciones aseguradas.

No significa ésto que Tristán no estuviese tan capacitado como Ramírez para el mando de la vanguardia. Ambos eran buenos militares. Pero hay que tener en cuenta que Tristán había fracasado en su ofensiva, quizás por imprudencia y por avanzar confiadamente; no es extraño, pues, que ahora que se iba a decidir la suerte del Alto Perú, el Virrey quisiese sustituirlo por otro jefe cuyas cualidades le merecían a él particularmente más confianza, en contra de la opinión de Goyeneche, que en el fondo habría de entenderse mejor con su pariente que con Ramírez. Sin embargo, continuó aquél en el mando, ante la amenaza de Goyeneche de retirarse también si Tristán era removido de su cargo.

Ante la inminencia del peligro, Goyeneche había movido sus tropas. La división que se hallaba guardando el paso de Humahuaca avanzó hasta Jujuy; Picoaga se mantenía en Tupiza como reserva, a la par que imponía respeto a los partidos de Chichas, Cinti y Tarija, que no podrían sublevarse y cortar las comunicaciones. Ramírez, en Charcas, aseguraría los partidos limítrofes de Santa Cruz y Chayanta, evitando las irrupciones de los chiriguanos de aquella frontera, y Tristán era reforzado con caballería (13).

(13) Arch. Abascal. Oficio de Goyeneche al Virrey del Perú. Cuartel General de Potosí, 1 de febrero de 1813.

No parecía posible, sin embargo, que los argentinos atravesasen el río Pasaje en esta época en que se hallaba crecido; más cabía la posibilidad de que se dirigieran por Santa María y San Carlos a través de los valles occidentales, para cuyo evento había que estar preparado, aunque Goyeneche no esperaba acción alguna durante el periodo de las lluvias.

Pero los rumores sobre la aproximación hacia Salta de los argentinos seguían insistentemente. Su número lo calculaba Tristán en 3.500 ó 4.000 hombres. Pero el Mayor General confiaba, quizás excesivamente de nuevo, en sus tropas, cuya magnífica disposición hacia patente a Goyeneche, «Mientras V. S. no me ordene otra cosa, yo he de sepultarme en ésta con honor, aunque viniesen las fuerzas todas de la infame Capital: así lo he jurado con mi tropa, y veo en todos un ánimo resuelto a cumplirlo» (14). Ciertamente, Tristán se hallaba en un doble error: no daba la debida importancia a las tropas enemigas, y fiaba excesivamente en las propias. Los resultados de su equivocación habían de ser funestos e iban a arrastrar con ellos al propio Mayor General.

En efecto, el 20 de Septiembre se presentaron los argentinos ante Salta. Allí tuvo lugar un sangriento combate en el que los oficiales realistas no supieron imponerse a sus tropas. El enemigo había marchado a la derecha de la ciudad, colocándose entre ésta y Jujuy, a legua y media de la primera. Todos los intentos de abrirse paso hacia aquella ciudad por parte de las tropas de Tristán fracasaron, y al fin, cundiéndolo la desmoralización entre los realistas, y aumentando el desorden, que no supieron atajar sus oficiales, se vieron obligados a encerrarse en la ciudad, y se acogieron a la capitulación como único medio de salvar los restos del ejército (15).

El mismo día, desde el campo de batalla de la propia Salta, Tristán escribía lleno de consternación a

(14) *Arch. Abascal*. Copia de Oficio de Tristán a Goyeneche. Cuartel General de Salta, 13 de febrero de 1813.

(15) LOZA, Emilio. *Yatagato, Tucumán y Salta*. Tomo V. (Sec. 2.ª) de la *Historia de la Nación Argentina* publicada bajo la dirección de Ricardo Levene. Buenos Aires 1941. Págs. 559 ss.

Goyeneche: «Mil veces he sentido no haber perecido cuando tuve que defenderme sable en mano de entre los enemigos que me rodearon, pues me es más sensible darte estos pesares y noticias que el dejar de existir» (16). La culpa la achaca a los «ignorantes jefes y malos oficiales», que no supieron mantener la disciplina, merced a lo cual, el desorden hizo pronto presa en las filas realistas, que, a pesar de tres horas de lucha, hubieron de capitular.

Un Consejo de Guerra, celebrado en Salta, dió poderes al coronel don Felipe de la Hera para que, acompañado del teniente coronel don Juan Bautista Estélez, entrase en negociaciones con Belgrano. La proposición de que era portador el coronel de la Hera consistía en el abandono por el ejército realista de la provincia de Salta y todo el territorio al Norte de esta ciudad hasta Tupiza, respetando las propiedades y la seguridad individual de los habitantes, y sin perjudicar a nadie por sus opiniones (17).

Belgrano, en su contestación, aceptaba la proposición de Tristán y concedía los honores de guerra a su ejército a la salida de Salta; pero al llegar a tres cuadras de distancia de la ciudad había de rendir las armas y entregar los fusiles, artillería y municiones. Asimismo, el general y los demás jefes y oficiales prestarían juramento de no volver a tomar las armas de nuevo contra las Provincias Unidas del Río de la Plata, y los soldados quedarían como prisioneros. Por último, exigía la devolución de todos los oficiales argentinos prisioneros de los realistas. Aclaraba convenientemente que en las Provincias Unidas del Río de la Plata comprendía a las de Potosí, Charcas, Cochabamba y La Paz. Por su parte, Belgrano se comprometía a respetar las propiedades y a perdonar a todos los vecinos de Salta que hubiesen tomado las armas contra su ejército (18).

(16) *Arch. Abascal*. Carta de Tristán a Goyeneche. Salta 20 de febrero de 1813.

(17) *Arch. Abascal*. Copia de la proposición de armisticio comunicada por don Felipe de la Hera a Belgrano. Campo de Salta, 20 de febrero de 1813.

(18) *Arch. Abascal*. Copia de Oficio de contestación de Belgrano a don Felipe de la Hera. Tablada de Salta, 20 de febrero de 1813.

La aceptación de las condiciones exigidas por el General argentino caían fuera de las facultades del comisionado la Hera, por lo cual, enviadas a Tristán, fueron discutidas en un nuevo Consejo de Guerra reunido al efecto. La respuesta sólo tendía a modificar tres puntos. Hacía saber a aquél lo doloroso que era para los jefes realistas que sus soldados, por el simple hecho de ser de inferior condición, quedasen prisioneros, mientras ellos quedaban en libertad bajo juramento; por lo cual solicitaban de él les concediese la misma suerte que a sus jefes. Otro punto tocado en el Consejo era la devolución de los prisioneros argentinos, que había de entenderse afectaba únicamente a los que se hallaban entonces en la ciudad, los únicos de quienes Tristán podía responder, y, por último, se rogaba que a los vecinos de Salta se les considerase como a los soldados del ejército, respetándole sus propiedades. En cuanto a los demás puntos de la capitulación podía entenderse para ello con el coronel la Hera (19).

Al fin, aceptadas por Belgrano las modificaciones propuestas por los realistas, fué confeccionado el documento de la capitulación en los términos siguientes:

«El Sr. General don Manuel Belgrano, Jefe del Ejército de Buenos Aires, y el Coronel don Felipe de la Hera, encargado por él de la vanguardia del Perú, han acordado (a consecuencia del papel anterior) lo siguiente:

Artículo 1.º—El Ejército del Perú saldrá mañana a las diez, de la Plaza de Salta, con todos los honores de la guerra, quedando ahora en la posición que ocupan las tropas de las Provincias Unidas del Río de la Plata; a las tres cuadras rendirán las armas y se entregarán con cuenta y razón, como igualmente artillería y municiones.

Artículo 2.º—El General, los Jefes y demás oficiales prestarán juramento de no volver a tomar más las armas, y por todos los soldados del Ejército (a

(19) *Arch. Abascal*. Copia de Oficio del Consejo de Guerra celebrado en Salta para contestar a las condiciones propuestas por Belgrano. Salta, 20 de febrero de 1813.

quienes concede el Sr. General Belgrano que puedan restituirse a sus casas), contra las Provincias Unidas del Río de la Plata, en las que se comprenden las de Potosí, Charcas, Cochabamba y La Paz.

Artículo 3.º—Se conviene el Sr. General Belgrano en que se les restituyan los oficiales y soldados prisioneros que hay en la Plaza y territorio que se evacua, y pide que el General Tristán estimule a su General en Jefe para el canje de los prisioneros hechos en las diferentes acciones de guerra, desde la del Desaguadero, inclusive.

Artículo 4.º—Serán respetadas las propiedades, así de los individuos del Ejército, como de los vecinos, y a nadie se molestará por sus opiniones políticas, en que se incluyen los oficiales o vecinos de cualesquiera otro pueblo.

Artículo 5.º—Los caudales públicos quedarán en Tesorería bajo de cuenta y razón que deberán prestar los Ministros de Hacienda.

Artículo 6.º—El cuerpo de tropa que se halla en Jujuy deberá retirarse sin perjuicio alguno en su tránsito al interior, llevando sus armas.

Artículo 7.º—El General Belgrano conviene en que el General Tristán haga un expreso a su General en Jefe remitiéndole copia de este tratado, y para su mayor validación lo firmaron en la Tablada de Salta, a 20 de febrero de 1813.—Manuel Belgrano.—Felipe de la Hera» (20).

El mismo día 20 fueron ratificados por Tristán los artículos de la capitulación.

La noticia de la derrota y capitulación de la vanguardia de su ejército le llegó a Goyeneche el día 27, junto con la carta confidencial a que me he referido antes (21), y un papel escrito en francés de puño y letra de Tristán, en el que le decía que calculaba la fuerza de los enemigos en 4.000 hombres con armas de fuego, que iban en su busca, ante lo cual debía retirarse a Oruro, pues no los detendría nada.

Sin más noticias sobre la situación, Goyeneche

(20) Arch. Abascal. Copia de la Capitulación firmada en Salta el 20 de febrero de 1813 por Belgrano y el Coronel la Hera.

(21) Vid. nota 16.

convocó un Consejo de Guerra en Potosí, compuesto por los jefes de la guarnición; cuatro coroneles; un teniente coronel; el auditor, conde de Vallehermoso; el fiscal de la Audiencia, y el secretario de Guerra, con el fin de tomar partido sobre los acontecimientos. Carentes como se hallaban de otras noticias que las contenidas en las cartas de Tristán, ya que el portador de ellas tampoco pudo informarles, por haber sido relevado en Tupiza el que éste enviara, el Consejo fué de parecer que se evacuase Potosí, en donde sólo tenían 400 hombres de guarnición.

Las razones que abonaban la evacuación de la ciudad fueron varias: en primer lugar, el General hizo saber a la Junta la escasez de medios de defensa en que se encontraba con la pequeña guarnición existente, que no bastaba a cubrir los puntos de la misma. Por otra parte, la noticia enviada por Tristán de que el enemigo se dirigía rápidamente contra Potosí, hizo pensar a Goyeneche que podían enviar una gruesa columna de caballería por el camino llamado del Despoblado, que se extendía a la izquierda del real del Tucumán, favorecido su avance por el camino sin altibajos y por mucha caballería que traían de esta región, aparte de la que tomaran a Tristán. En semejantes condiciones, los enemigos podían desbordarlo por la izquierda y, dejándolo a retaguardia, interceptar sus comunicaciones con Oruro en el pueblo de Ancacato, donde desemboca dicho camino. Fácilmente podrían desde aquí introducir la sublevación en Cochabamba y Chayanta, con lo cual llegaría a encontrarse Goyeneche totalmente aislado, con el consiguiente desaliento de la parte del ejército que quedaba al Norte, de la que no era aventurado suponer que acudiese en su auxilio.

Tampoco le pareció conveniente al General hacer frente a los argentinos con el núcleo de tropas que pudiese reunir inmediatamente. Cualquier pérdida sufrida podía disminuirla considerablemente, cuando su interés era reunir el ejército, en el que comenzaban a introducirse la murmuración y las deserciones. No le parecía tampoco suficiente apoyo el que pudiera ofrecerle la guarnición de Jujuy en su retirada, de la que no tenía noticias, y cuya salida, pensaba, podrían retrasar los enemigos para sorprenderle.

Otro argumento aducido por Goyeneche en favor de la evacuación fué la imposibilidad en que se hallaban de reunir las tropas en Potosí antes de que llegasen a esta ciudad los enemigos, cuyo avance, según las noticias de Tristán, era rapidísimo. El Desaguadero se hallaba a ciento treinta leguas y con poca guarnición; La Paz, a cien diez leguas, necesitaba su guarnición para sostener el partido de Yungas, constante amenaza de aquel territorio. La única que podía proporcionarle ayuda, especialmente en caballería, era Cochabamba, pero distaba de Potosí noventa y cinco leguas, y, según el cálculo de Goyeneche, tardaría la tropa lo menos cuarenta días en reunirse en esta ciudad, en donde no encontrarían forraje. En cambio, en Oruro, de donde distaba Cochabamba sólo treinta leguas, lo encontraría en abundancia.

Por último, no poco influyó para abandonar la ciudad el recuerdo del general Nieto y del intendente Sanz, víctimas de la sublevación popular ante la proximidad de los argentinos.

Todas estas razones decidieron al jefe de las tropas realistas y a los miembros de la Junta por él convocada a ordenar el repliegue sobre Oruro. A la par se ordenaba a Picoaga, situado en Tupiza y que corría el peligro de ser atacado por los argentinos, que se retirase sin entrar en Potosí, cuya inquietud hostil hacía temer un mal desenlace (22).

Para poder llevar a cabo con cierta tranquilidad la evacuación, propuso a Belgrano, con la aprobación de los demás jefes del ejército, un armisticio de cuarenta días. Durante estos días, detenido el avance argentino, y con un territorio bastante extenso entre ambas fuerzas, podría efectuar su plan de evacuación de Potosí y concentración en Oruro para defender las restantes provincias del Alto Perú. Así se lo comunicaba al Virrey el mismo día que recibió las noticias de Salta (23).

(22) Arch. E. Guaqui. C. 9; Carp. 6. N. 1. Memorial de Goyeneche a S. M. Quinta de Pacallar, 30 de marzo de 1814.

(23) Arch. Abascal. Carta de Goyeneche a Abascal. Potosí, 27 de febrero de 1813.

Mucho debió preocupar a Goyeneche, a juzgar por lo que insiste en ello, el estado de sorda hostilidad, que se hizo patente en Salta. Conservaba en su imaginación la conducta veleidosa de sus habitantes, que ya tenían experiencia de estas situaciones. Como he dicho, recordaba lo sucedido a Nieto y a Sanz, así como también tenía en la memoria que, un año después de la muerte de ambos, el mismo pueblo de Potosí perseguía a Pueyrredón, que con sus derrotadas tropas evacuaba la ciudad llevándose el dinero del Banco. Muy bien podía ocurrir por tercera vez este caso, y ahora en su persona y en sus tropas. Cabe pensar, por tanto, hasta qué punto influyó esta idea en su decisión de evacuar Potosí. A mi juicio, debió ser uno de los argumentos decisivos, y el que hizo imprimir más velocidad a la evacuación.

El mismo nos dice que el día 28, siguiente al de la llegada de la noticia, se vió imposibilitado de hacer ningún movimiento para la evacuación por la actitud del pueblo. Por fin, aquella noche, a la una, comenzó la extracción de fondos de la Casa de la Moneda, en total más de 350.000 duros, operación que quedó terminada al rayar el día. Pretendió, aunque sin conseguirlo, hacer lo mismo con la Caja Nacional y el Banco.

El día 1 de marzo la intranquilidad popular subió de punto: el pueblo se agrupaba por las esquinas y plazas de Potosí, hasta que, a media mañana, una comisión se dirigió a Goyeneche. Solicitaba la entrega de los prisioneros argentinos existentes en la ciudad. Hubo un momento difícil, salvado por la enérgica actitud del general, e inmediatamente se organizó la evacuación total, efectuada con gran normalidad (24). El día 12 llegaban las fuerzas a Oruro; daba cuenta de ello al Virrey en una carta con pormenores de la evacuación, y explicaba los motivos que le obligaron a dejar 50.000 pesos en el Banco de Potosí, que no pudieron extraerse por falta de mulas.

El camino había sido agotador, bajo frecuentes granizadas, acampando al aire libre y en la precisión de vivir de la caza, el Ejército llegó diezmado a Oruro,

(24) Vid. nota 22.

debido en no pequeña parte a la deserción constante en el trayecto. Estas deserciones eran reflejos de su estado, pues comenzaba a cundir la voz del cese de las operaciones, por todos deseado (25).

El total de las fuerzas que Goyeneche pensaba reunir en Oruro era de 3.300 hombres, con los de Picoaga, que venían de Tupiza, los de Lombera, de Cochabamba, y los suyos propios. Allí se dedicó a reorganizar la tropa y el material, a pesar de lo cual escribía al Virrey pidiendo el rápido envío de soldados o el inmediato cese de la lucha. Caso de no serle posible llevar a cabo ninguna de las dos soluciones, ponía a su disposición el mando del Ejército (26).

El 22 de marzo recibía Goyeneche la contestación de Belgrano a su petición de armisticio, solicitada desde Potosí. Con el fin de discutir las proposiciones y resolver en consecuencia, convocó una Junta de Guerra a la que asistieron Ramírez, como segundo del Ejército; el capitán de la Armada, Tacón; los coroneles Lombera, Campero, Santiago, Conde de Casa Real, Revuelta, Vallivian, Benavente, etc.

Leída la contestación del general argentino, se vio que accedía al armisticio por cuarenta días, durante los cuales sus tropas no pasarían de la provincia de Chichas, en espera del establecimiento de negociaciones para terminar las hostilidades definitivamente. Ante la oferta de Belgrano, y después de una discusión en la que se presentó el estado de fuerzas y se sometió a la consideración de los allí reunidos la situación de las provincias y la falta de auxilios, acordaron proponer la prórroga del armisticio a sesenta o setenta días, para elevar a conocimiento de la superioridad las necesidades del Ejército, con el fin de remediarlas o recibir instrucciones para el cese de la lucha. Durante este periodo de tiempo, las tropas de Buenos Aires llegarían hasta la provincia de Chichas, pero Potosí y Charcas quedarían neutrales, sin ocupación alguna por parte de los dos bandos. Por el con-

(25) *Arch. Abascal.* Carta de Goyeneche a Abascal. Oruro, 13 de marzo de 1813.

(26) *Arch. Abascal.* Oficio de Goyeneche a Abascal. Oruro, 23 de marzo de 1813.

trario, las provincias de Cochabamba y La Paz habían de quedar bajo la protección de las armas del Rey, la primera sin guarnición. Ambos jefes habían de procurar el establecimiento de toda clase de relaciones entre los respectivos territorios, pero sin permitir el desorden.

A la par que se ultimaban estos puntos con el general argentino, se decidió en la misma Junta enviar por extraordinario al Virrey una copia del acuerdo, «exigiendo de sus altas facultades» el envío de 3.000 hombres, necesarios para continuar la lucha, o el avenimiento con los argentinos para suspenderla (27).

La retirada a Oruro fué para el General Goyenèche la única solución que le cabía. Las causas que le indujeron a llevarla a cabo han sido expuestas anteriormente. Pensaba que, una vez preparado y disciplinado el Ejército, podría lanzarse de nuevo a la lucha, unidos los que se concentrasen en la ciudad y los contingentes que el Virrey enviase.

Sin embargo, Abascal no pensaba de la misma manera. La noticia de la capitulación de Salta fué para él una verdadera sorpresa. En primer lugar le sorprendió que los argentinos se hubiesen aventurado a atravesar el río del Pasaje en la estación de las aguas, que lo hacía crecer hasta convertirlo en invadible, corriendo; por tanto, el grave riesgo de dejar aisladas a sus tropas con la crecida. Pero lo que le causaba admiración, lindante con el enojo, era el desorden en que, según se traducía por las noticias recibidas, se desarrolló la acción.

Todo el plan anterior a la batalla de Salta, desde el comienzo de la ofensiva de Tristán contra el Tucumán, es criticado severamente por el Virrey. En primer lugar, y como afirmación fundamental de su argumentación, manifestaba que, aunque ni la acción del Tucumán ni la de Salta podían influir mucho en la seguridad del Continente, ambas fueron dadas contra sus órdenes. El había mandado que no se adelantasen del Pasaje más que algunas partidas para alarmar el Tucumán; pero Tristán, lejos de ate-

(27) Arch. C. Guaqui. C. 9, Carp. 5, N. 1. Acta de la Junta de Guerra celebrada en Ororuro el 22 de marzo de 1813.

nerse a sus órdenes, se adentró con todas sus fuerzas en desorden y sin tomar las más elementales precauciones, con lo que comprometió el éxito de la campaña. Consecuencia de su imprevisión, fué dar la batalla del Tucumán en un llano, con inferioridad notable en la caballería y sin tener montada aún la artillería.

Indudablemente, el Virrey llevaba razón. Las órdenes dadas a Tristán eran claras y terminantes. El Mayor General se dejó llevar de la facilidad con que efectuaba el avance en un principio, y creyó que con esta campaña se podría conseguir el fin de la guerra. El mismo Goyeneche así lo reconoció, aunque se excusaba de la responsabilidad que sobre él pudiera recaer demostrando que, cuando tuvo noticias del avance por el territorio del Tucumán, ya llevaba Tristán varios días de marcha. Confiado en los buenos informes que recibiera, convino con el plan del jefe de la vanguardia, pero con su aquiescencia se hizo también responsable, en parte, de las consecuencias (28).

Pero lo que más molestaba al Virrey era la desobediencia de Tristán. Después de la batalla del Tucumán comunicó él a Goyeneche que se construyese una fortificación en Jujuy, adonde debió establecerse Tristán, y otra en el fuerte de Cobos, como más atrás se ha visto, para lo que le envió los medios necesarios. Pero «ninguna de estas disposiciones acomodó a Goyeneche ni a Tristán, el que se mantuvo en inacción en Salta, que es un puesto a trasmano y de difícil comunicación con Jujuy por la aspereza del camino...» (29). En realidad, el ataque a Salta por los argentinos cogió de sorpresa a Tristán, que no podía pensar que atravesasen el río del Pasaje entonces. Pero también es obligatorio reconocer que el mismo Virrey, al tener noticias de la posición de Tristán, una vez terminado el repliegue, ordenaba la conservación de las dos ciudades de Salta y Jujuy, aunque prefiriendo siempre la segunda a la primera (30).

(28) Vid. nota 22.

(29) *Arch. Abascal*. Oficio del Virrey de Perú al Secretario de Estado. Lima, 14 de abril de 1813.

(30) Vid. nota 5.

Es cierto que si Tristán se hubiese establecido en Jujuy en lugar de Salta, hubiéra quizás asegurado más su posición; pero indudablemente, no debió pensar nunca que iba a ser objeto de un ataque repentino, y por otra parte, como ya se ha visto, confiaba, tal vez demasiado, en sus tropas. Cuando se apercibió de su verdadera situación, ya estaba aislado, cortadas sus comunicaciones con Jujuy, y no le cabía otra solución que rendirse o luchar hasta morir.

El momento en que Abascal recibió la noticia de la derrota y capitulación de Salta, así como la decisión de Goyeneche de abandonar Potosí, era un instante crítico. Coincidió con los preparativos para las elecciones de diputados, «días críticos, que, puestos en calor y movimiento los pueblos, no debía manifestarse en ellos ni dar al público estos sucesos» (31). Por esta razón, y para evitar cualquier alteración del orden, escribió inmediatamente a Goyeneche desaprobando su manera de proceder. El armisticio convenido con Belgrano no tenía ante sus ojos ninguna validez, por carecer Tristán de facultades para concertarlo, ya que este jefe solamente podía decidir sobre la suerte de las tropas a su mando.

En cuanto a la evacuación de Potosí, ordenaba el Virrey que no se llevase a cabo hasta tanto se reuniesen los dispersos de Jujuy, y aun entonces debía enviarse por delante el dinero, dado el caso que, evacuada aquella ciudad, a juicio de Abascal, habría de continuarse el repliegue hasta el Desaguadero a falta de algún punto intermedio con cuya seguridad pudiese contar; «pero en llegando a aquél es necesario defenderlo con toda la energía que exige su importancia», para lo cual daba órdenes de acopiar cuantos hombres y material tuviesen a su disposición (32).

Según opinaba el propio Virrey más tarde, ni aun hubiera sido necesario evacuar Potosí, con lo que se hubieran evitado las consecuencias de la derrota de Salta. Bastaba haber efectuado en aquella ciudad la reunión de fuerzas que Goyeneche ordenó se verifi-

(31) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 415.

(32) Arch. Abascal. Copia de Oficio del Marqués de la Conquista a Goyeneche. Lima, 26 de marzo de 1818.

case en Oruro y, de allí, reunido con las que se retiraban de Jujuy y Tupiza, marchar contra Belgrano (33). Sin embargo, más atrás quedan expuestas las razones que movieron a Goyeneche a la evacuación. Indudablemente, tenidas en cuenta las circunstancias del momento, era lógico que, en el estado de incertidumbre e indecisión en que se hallaba el General, no encontrase otra solución mejor.

Transcurridos los agitados días de las elecciones, el 1.º de abril reunió el Virrey una Junta de Guerra para resolver sobre la situación planteada por la derrota de Tristán y su capitulación. En ella manifestó Abascal el estado de las operaciones y leyó su correspondencia con Goyeneche. Examinados todos los datos, se tomaron las resoluciones concretadas en los puntos siguientes:

1.º—Se condescendía con la reiterada petición de Goyeneche de entregar el mando de las tropas, que debía efectuar en la persona de su segundo, el brigadier don Juan Ramirez, mientras el Virrey en persona, o aquél a quien él designáse, se hacía cargo de las fuerzas. Esta decisión se comunicaría a las provincias del Cuzco, Puno y Arequipa.

2.º—Se anulaba todo lo que excedía de las facultades de don Pío Tristán en la capitulación que llevó a cabo, que sólo podía referirse a las tropas bajo su mando.

3.º—Igualmente se anulaba todo trato o capitulación que pudiera pactar Goyeneche con los argentinos, ya que tampoco se encontraba autorizado para ello sin la anuencia del Gobierno de Lima.

4.º—Se ordenó al cacique Pumacahua que pasase con 1.000 ó más de sus indios a defender el camino de La Paz al Cuzco por el Partido de Larecaja.

5.º—Con objeto de no levantar sospechas y mantener asegurado el orden público, debía declararse la finalidad de la Junta, así como igualmente anunciar al comercio la conveniencia de reunir en Lima los caudales y efectos que tuviesen en las provincias.

6.º—Por último, como medio preventivo para evi-

(33) Arch. C. Guaqui. C. 9. Carp. 5. N. 15. Oficio del Virrey del Perú al Secretario de Estado. Lima, 14 de abril de 1813.

tar cualquier intento de ataque desde el mar, se decidió colocar un teniente de Gobernador en la Plaza del Callao, con los conocimientos necesarios.

Mas, como para poder llevar a cabo todas las medidas que habían de realizarse hacía falta gran cantidad de dinero como factor fundamental, el Virrey y los demás vocales de la Junta habrían de discutir en otra reunión el modo de conseguirlo, a la vez que se daba cuenta al Gobierno del estado del Virreinato.

Por último, se dictó una medida, sugerida seguramente por el Virrey, con objeto de abreviar los trámites para deshacerse de los individuos revoltosos que se hallasen en el Virreinato. Como la formulación de un juicio llevaba consigo una gran pérdida de tiempo, se determinó que dichos individuos se remitiesen en los buques que salían para la Península o algún otro lugar donde su permanencia no constituyese un peligro, sin necesidad de cumplir aquel requisito, que prolongaba interminablemente su estancia en el Virreinato. Medida dirigida a concentrar más la autoridad en manos del Virrey, cuyas facultades había ido ampliando poco a poco Abascal (34).

Ciertamente, la resolución de más trascendencia adoptada en esta Junta fué la sustitución de Goyeneche. Con objeto de disimular lo que en efecto era una destitución, se adoptó el criterio de «condescender con la reiterada solicitud del señor Goyeneche». Aún más: unos días después de celebrada la Junta, Abascal escribía al General en estos términos: «La inclinación de la Junta de entregar V. S. el mando se debe entender si insiste en separarse de él, pues no hay razón para violentarle en un asunto tan delicado».

(34) Arch. Abascal. Copia de Acta de la Junta de Guerra celebrada en Lima el 1.º de abril de 1813. A dicha Junta, presidida por el Virrey, asistieron el Teniente General don Juan de Hgastrosa, Subinspector de los Ejércitos; don Joaquín de Molina, Jefe de Escuadra de la Armada; el Conde del Valle de Oselle, Mariscal de Campo; los Brigadieres don Joaquín de Alós; don Joaquín de la Pezuela, Subinspector de Artillería; don Pedro Molina, del Cuerpo de Ingenieros; don Gabino Gainza, Coronel del Regimiento de Infantería de Lima; el Coronel don Mariano Osorio, Comandante de la Brigada de Artillería de Lima, y el Capitán de Navío don José Pascual de Vivero, Comandante del Apostadero del Callao.

do» (35). Pero en caso de continuar, le exigía el Virrey el alejamiento de su lado de Tristán y del doctor Cañete, su asesor.

Las razones de la remoción de Goyeneche nos las da el Virrey en su Memoria; se reducían a las siguientes: La manera «en que abiertamente y sin el menor disimulo pretendió evadirse de la responsabilidad de su cargo, a pretexto de falta de auxilios y socorros de toda especie, de los cuales, muchos se le habian remitido, y manifestándole la imposibilidad de realizarlo en otros; la declarada connivencia en los negocios referentes al comandante Tristán, de cuyas resultas procedieron en su mayor parte la falta de cumplimiento a las órdenes de esta Superioridad y, sobre todo, el decaimiento de ánimo y abatimiento a que lo redujo la esquila del mismo Tristán, escrita en el desorden de la pérdida de la acción de Salta, en términos de pasar al Jefe de la revolución el más humillante oficio y proponerme la baja de negociar con el mismo la cesación de hostilidades o su relevo» (36). En resumen, tres eran los motivos que Abascal daba para justificar la separación de Goyeneche: la constante petición de auxilio, inmoderada a su juicio; la falta de cumplimiento a sus órdenes por su declarada amistad con Tristán, que le cegaba, y, por último, el abatimiento a que había llegado, que le impulsó a tratar con los enemigos.

La primera de las razones no era nueva. A lo largo de la campaña se ha podido ver cómo Goyeneche solicitaba auxilios constantemente. Al salir con su ejército del Desaguadero después de la batalla de Huaqui, indudablemente se hallaba en situación ventajosa para luchar contra los argentinos. Pero a medida que avanzaba a través del Alto Perú, la guerra cambió repentinamente de carácter. Las mismas ciudades que acogieron alborozadamente a las tropas revolucionarias, recibían con igual alegría a los realistas. Semejante voluble conducta era suficiente para hacer dudar de su buena fe. Ya he dicho anteriormente (37)

(35) Arch. C. Guayaquil. C. 9. Carp. 5. N. 3. Oficio del Marqués de la Concordia a Goyeneche. Lima, 5 de abril de 1813.

(36) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 420.

(37) Vid. pág. 10.

que el comportamiento de los argentinos durante su ocupación de las ciudades del Alto Perú originó un sentimiento común de hostilidad hacia ellos; pero no quiere decir esto que dichas ciudades renunciasen a sus ideas de independencia. Antes al contrario, se mantenía viva aún frente a los argentinos, y a pesar de la ocupación de los realistas. Así se explica la necesidad en que se encontraban éstos de mantenerse en continua vigilancia para evitar ser sorprendidos. Lógicamente, la anterior circunstancia traía como consecuencia un fraccionamiento del ejército en los diferentes puntos vitales del Alto Perú, sobre todo en aquellos que mantenían las comunicaciones con el Virreinato. Y precisamente ahora, al sustituir la Junta de Buenos Aires a Castelli por Belgrano, aureolado de una fama de hombre probo y justiciero, se pretendía restañar el mal llevado a cabo en 1810 y restablecer el contacto entre los revolucionarios altoperuanos y los argentinos, a punto de lograrse. Al lanzarse a la ofensiva los argentinos, Goyeneche, temeroso de una insurrección a sus espaldas, redobló las peticiones de auxilios, y con ellos la situación parecía sostenerse, e incluso los obligó a retirarse; pero cuando tuvo lugar el fracaso de la ofensiva de Tristán y el avance de Belgrano hasta Salta, pensó que, desaparecida totalmente la vanguardia y avanzando victorioso el Ejército argentino hasta el mismo Alto Perú, la catástrofe era inevitable.

El número aproximado de la fuerza que poseía Goyeneche, oscilaba alrededor de los 8.000 hombres, de los cuales tres mil y pico estaban situados en la vanguardia; los argentinos, según los cálculos que se hacían, no debían pasar de los 4.000. Sin embargo, hay que tener en cuenta la disgregación del ejército realista a que me he referido antes. Y ciertamente debía tener razón Goyeneche al exponer la pérdida de tiempo que significaba la reunión de las tropas en Potosí para detener a los argentinos, cuyo ejército había engrosado en el camino, y de los que se esperaba un rápido avance.

El Virrey, por su parte, no cesaba de enviarle auxilios en cuanto estaba a su alcance. Pero se había llegado a un momento en que casi no se podían extraer más soldados, y Goyeneche pedía 2.000 hombres

de refuerzos. El plan que le propusiera de sacar soldados de las guarniciones no le ofrecía garantías al General, a pesar de que al fin se vió obligado a hacerlo. ¿Se encontraba, pues, preparado Goyeneche para hacer frente con ventaja a los enemigos? Desde luego, inmediatamente después de la batalla y capitulación de Salta, no. Ahora bien, ¿hubiese cabido precaver esta situación, o haber llevado la campaña de otro modo que como él la llevó? Con esto entramos en el segundo de los argumentos aducidos por el Virrey.

Que Goyeneche sentia especial predilección por Tristán, es indiscutible. Razones de parentesco o de simpatía personal debieron influir no poco en el ánimo del General, aparte de las innegables dotes militares de aquél. Basta para demostrarlo la correspondencia entre ambos, y por si fuera poco, la carta más atrás comentada, de 1 de febrero de 1813, en que Goyeneche expone su juicio sobre Tristán y Ramírez, no deja lugar a dudas. No es mi ánimo negar la capacidad militar de aquél ni asegurar que su preeminencia en el ejército fuese debida única y exclusivamente a la preferencia que por él sentía el General; pero hay que tener en cuenta un hecho indudable. El fracaso de la ofensiva del Tucumán fué debido fundamentalmente a Tristán. Las causas ya se han visto y no hay que insistir en ellas. Por otra parte el plan ideado para llevarla a cabo, a pesar de la buena voluntad que manifestaba, encerraba una desobediencia a las órdenes del Virrey. Claro está que, al avanzar la vanguardia, se necesitaban más hombres, y sobre todo, después de la derrota del Tucumán se hacian imprescindibles. No hay que decir, pues, que la situación creada por la capitulación de Salta cuyas consecuencias no se podían prever en aquel momento se hiciese sostenible para Goyeneche, con bastantes visos de verosimilitud.

Pero aquí interviene el tercer argumento de Abascal. Tampoco era repentino el estado de ánimo deprimido de Goyeneche, que se apoderó de él, o se acentuó más bien, después de la derrota de Salta. En el capitulo anterior se ha visto cómo influia en el General la marcha lenta e inacabable de la guerra. Quizás, tanto él como Abascal, no pensaron al co-

menzar la lucha, que se inauguraba la guerra a muerte entre el antiguo régimen y las nuevas teorías. Pero si en un principio no tuvieron esta idea, los hechos hubieron de demostrárselos, y pronto pudieron calcular la trascendencia de la contienda. La manera como el Virrey enfocó la situación no nos interesa ahora; tan sólo examinaré la actitud de Goyeneche. Durante la primera parte de su actuación todo hacía concebir un éxito rotundo. Tras la preparación del ejército y la derrota de Huaqui vino la ocupación total del Alto Perú, que, exceptuada Cochabamba, no ofreció resistencia a los realistas. Pero las sublevaciones que sufrieron poco después le obligaron a pensar que hacía falta algo más que la ocupación de las líneas de comunicación con el Virreinato: era absolutamente imprescindible la permanencia de tropas en todas las ciudades y puntos de alguna importancia del Alto Perú, si se quería asegurar la tranquilidad y progresión del resto del ejército. La prolongada resistencia pasiva de las ciudades y los intentos, abortados unos y triunfantes otros, de nuevas sublevaciones produjeron cierto decaimiento en el ánimo del General, que veía su obra en un equilibrio inestable. De ahí las constantes peticiones de auxilios con el fin de asegurar lo conquistado y prevenir el derrumbamiento por alguna circunstancia desgraciada.

No es de extrañar, pues, que tal estado de ánimo del General se agudizase al conocer lo ocurrido en Salta a su más adicto y fiel colaborador. Con pocas y confusas noticias, con la advertencia de Tristán de que venían sobre él los enemigos, con la pequeña guarnición de la ciudad, y habida cuenta de su estado de espíritu al no recibir refuerzos, nos encontramos perfectamente explicadas, a mi juicio, las decisiones que tomó en consecuencia. Y por cierto, que a mi modo de ver, más errado estuvo Goyeneche al permitir el avance de la vanguardia a través del Tucumán, que en las posteriores resoluciones para hacer frente a sus resultados.

Precisamente, para juzgar éstos últimos convocaba nueva Junta de Guerra el Virrey el día 8 de abril. Tres días antes había escrito a Goyeneche, calificando su retirada a Oruro como una «resolución precipitada», que podía haberse ahorrado acercán-

dose Picoaga hacia Jujuy para recoger a los que de aquí se retiraban. Una vez efectuada la unión, pensaba que podían haberse hecho firmes en Humahuaca, Suipacha, o algún otro punto de fácil defensa. Pero como ya debía haber efectuado el repliegue, le instaba a remediar esa falta, «regresando a ocupar a Potosí y seguir al encuentro de los enemigos, si se les considera con menos fuerzas» (38).

Conocido el modo de pensar del Virrey, se puede calcular cuál había de ser el resultado de la Junta. A tres cuestiones se reduce todo lo tratado en ella: a la retirada de Potosí, al armisticio propuesto a Belgrano y al envío de refuerzos con el sustituto de Goyeneche.

La retirada de Potosí fué calificada por la Junta de «demasiadamente precipitada», y se aducía en favor de este juicio el hecho expresado por el General de los ruegos y lágrimas que la evacuación produjo en los habitantes de la ciudad. Dichas circunstancias debieron moverle precisamente a demorar la salida hasta el último momento, con lo cual se hubiese facilitado el orden de la retirada. No quiere decir esto que con la reconvencción sobre la marcha precipitada, la Junta reconociese una situación de hecho y la aceptase como única solución. Antes al contrario, se renuevan a Goyeneche las instrucciones enviadas por el Virrey en su oficio del día 5 sobre la necesidad de volver a ocupar Potosí, con tanta mayor insistencia, cuanto que las noticias llegadas a Lima aseguraban haber disminuído notablemente las fuerzas argentinas en la batalla de Salta y quedado los realistas en superioridad manifiesta.

Aprobado el primer punto, se desprende lógicamente que fuese rechazado de plano el armisticio propuesto por Goyeneche. El cese de las hostilidades sólo había de tener lugar «cuando las circunstancias obliguen a ello, en las cuales no se hallaba el Ejército Real». Por tanto, debían suspenderse toda clase de negociaciones con los patriotas, y emprender la marcha hacia Potosí.

Pará poder llevar a cabo victoriosamente la con-

(38) Vid. nota 35.

traofensiva, se dispuso la organización en la capital del refuerzo necesario de tropa, artillería y municiones que permitiesen las circunstancias para salir en un plazo breve en buques preparados al efecto por el Virrey en dirección a uno de los puertos más inmediato a la ciudad de Arequipa, desde donde continuarían su marcha a través del camino del Alto Perú. Al frente de la expedición de refuerzos iría el teniente general don Juan de Henestroza, designado por la Junta para suceder a Goyeneche en el mando del ejército (39).

La noticia de su sustitución se la comunicó el Virrey a Goyeneche en carta de 10 de abril con la mayor suavidad de que era capaz, para evitar cualquier motivo de roce: «...como se haya V. ya tan disgustado en ese ejercicio, y su salud vaya tan en disminución, como las almas verdaderamente grandes no deben amilanarse en los contratiempos, sino antes desplegar toda la extensión de su energía y recursos, la Junta de Guerra ha venido en conceder a Vd. el retiro que desea...» A la par, como preveía que la separación de Goyeneche podía dar lugar al disgusto de la tropa, trataba de cortar el mal, advirtiéndole: «Vd., en ejercicio del esclarecido honor y fidelidad que le caracteriza, hará cuanto considere conveniente para que esta resolución a que nos ha precisado Vd., con sus repetidísimas instancias y los males que le afligen, no cause en la tropa novedad notable, tratando de infundirle la confianza y el amor hacia un jefe que ha humillado tantas veces la altivez y la insolencia de los franceses en España... Así, pues, si Vd. considera que su presencia en este teatro es necesaria interin se da a conocer Henestroza y sus talentos militares le adquieren el lugar que debe ocupar, hágalo por su Patria, y sea éste el últi-

(39) Arch. Abascal. Copia de Acta de la Junta celebrada en Lima el 8 de abril de 1813. Dicha Junta fué presidida por el Virrey y asistieron a ella los mismos jefes que a la del día 1 del mismo mes (Vid. nota 34), con la única alteración de la ausencia de don José Pascual de Vivero, sustituido por el Brigadier don Bartolomé Cucalón.

mo sacrificio con que concurra Vd. a su libertad y triunfo» (40).

Quizás una de las cosas que más temía el Virrey al separar el mando a Goyeneche era el malestar que podía originar su marcha. Por esta causa procura que su separación aparezca en todo momento como una decisión a que le han obligado las repetidas instancias del general para retirarse a descansar, en vista de su falta de salud para continuar en el mando. Esta misma razón es la que le impulsa a rogarle que continúe en el Ejército hasta que Henestrosa se haya familiarizado con los jefes y soldados.

La causa del posible descontento es clara y nos la explica el mismo Virrey: «...porque como era hijo de la Patria y había organizado aquellas tropas poniendo a la cabeza de los batallones caballeros de las provincias limítrofes, muy adictos a su persona, en el momento se hubieran disgustados sobremanera, atribuyendo la Providencia a rivalidad por ser americano, y era de esperar tomasen un partido violento...» (41). Ciertamente, la presencia de Goyeneche al frente del Ejército había servido de mucho al Virrey, y en este sentido pecan de alguna exageración sus juicios sobre el papel que en dicho puesto desempeñara. La circunstancia que más le favoreció de todas fué la de ser americano, gracias a la cual consiguió reunir alrededor de su persona a una serie de jefes, oficiales y soldados naturales del país, que formaron el núcleo del ejército. Abascal estaba convencido de ello y supo aprovecharlo como una de las piezas fundamentales de su juego político. Así nos lo dice de un modo bastante claro: «...tal vez no se hallará ejemplar de que ningún jefe hasta ahora se haya visto en el compromiso en que el general Goyeneche me ha tenido de dos años acá, pues por una parte me era insufrible su petulancia, amor propio, y exaltado engreimiento en que a cada paso tropezaba con faltas de subordinación y un procedimiento arbitrario; pero por la otra me hallaba ligado a acariciarle y conser-

(40) Arch.: C. Goyeneche. C. 13. Carp. 5. N. 4. Carta reservada de Abascal a Goyeneche. Lima, 10 de abril de 1813.

(41) Vid. nota 33.

varle en el mando del Ejército, pues si lo separaba, contemplaba infalible su disolución...» (42).

Esta actitud de Goyeneche, que critica Abascal, no fué más que resultado del viraje de la guerra a partir de mediados del año once. Desde entonces insiste cada vez con más energía en sus solicitudes de refuerzos, y como no puede ser complacido totalmente, se encuentra con cierto derecho a modificar los planes del Virrey. Pensaba que era un general americano y si se había hecho querer de sus subordinados, se había hecho odioso a todos los pueblos sometidos; no es de extrañar, pues, su preocupación por el final de la contienda, que había de serle funesto, si por cualquier circunstancia le resultaba adversa. Desde este punto de vista creo que debe explicarse gran parte de la actitud del general.

El Virrey, sin embargo, no podía permitir que se saliese de sus planes. Pero lo que hirió más profundamente su susceptibilidad fué la acusación de abandono y poca preocupación por el Ejército, lanzada contra él. Esto, que podía repercutir sobre su reputación, achacándole negligencia en el desempeño de sus obligaciones, no se lo perdonaba: «Cuando este general no hubiera tomado por fundamento de sus interminables quejas el abandono y falta de auxilios de este Gobierno, dejaría correr sin contradicción la brillantez que atribuye a sus acciones, sus ponderados trabajos y fatigas, y el abultado riesgo en que suponía al Ejército; ensalzaría su mérito, y lo colmaría de elogios como hasta aquí». Pero Goyeneche, que por sí solo no hubiera podido organizar un ejército, sin armamento, hombres y caudales, había recibido todo ésto del Virrey. «...de manera que no ha tenido más que presentarse a mandar estos Cuerpos, dándoles a lo más una corta disciplina». (43). El Virrey disminuye ahora la labor de Goyeneche para hacer resaltar la suya propia. En realidad, Goyeneche hizo algo más que disciplinar superficialmente a las tropas. Si la desertión fué un mal constante a lo largo de sus campañas, hay que tener en cuenta que tampoco des-

(42) Vid. nota 33.

(43) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 425.

apareció más adelante, una vez que ya había abandonado el mando; y este mal no se daba solamente en el campo realista, sino que ocurría de un modo semejante en el patriota. Teniendo en cuenta el carácter de la guerra y la calidad de los soldados cabe decir que el ejército formado por Goyeneche, si no ejemplar, fué en todo momento eficiente, y desde luego, superior técnicamente y en disciplina al de los patriotas. A mi modo de ver, el gran valor de Goyeneche reside; más que en sus victorias, que nunca demostraron ser producto de un extraordinario genio militar, en la formación de este núcleo de tropas adiestradas a la lucha, y que constituyeron la médula de la resistencia peruana contra la revolución hasta Ayacucho.

CAPITULO X

PEZUELA AL FRENTE DEL EJÉRCITO: VILCAPUGIO Y AYOHUMA

Inmediatamente que llegó al Cuartel General de Oruro la orden del Virrey para que Goyeneche entregase el mando del ejército del Alto Perú a Ramírez hasta la llegada de Henestrosa, tuvo lugar la transferencia de poderes en la persona de aquél. Se convocó además una Junta de Guerra, bajo la presidencia del ya Jefe interino del ejército, para resolver sobre la instrucciones del Virrey, reunión aprovechada seguramente por Goyeneche para justificar su conducta con la aprobación de sus oficiales; prueba de ello son sus resultados.

En primer lugar, se aprobó plenamente la retirada a Potosí, calificada como «militar, prudente y de urgente necesidad en aquel momento», gracias a la cual se consiguió reunir el ejército y mantener la comunicación con el Perú. Pero donde más se nota la influencia de Goyeneche fué en la exposición de las causas para justificar la retirada. Coinciden totalmente con las ya expuestas por él al Virrey en su correspondencia. Se hace notar que influyó en ella

decisivamente la esquila redactada en francés que Tristán le enviara a Potosí con el aviso de la amenaza que se cernía sobre él si no abandonaba inmediatamente la ciudad. Con semejante advertencia hubiera sido antimilitar la conservación de Potosí por su escasez de fuerzas, la falta de noticias acerca del enemigo y la carencia de datos sobre la guarnición de Jujuy y el repliegue de Picoaga, que se hallaba en Tupiza. Asimismo se hace ver la distancia a que se hallaba Potosí de las ciudades de donde podía recibir auxilios, distancia que se acortaba con la retirada a Oruro, y por último, se pone de manifiesto el estado poco tranquilizador del pueblo de aquella ciudad.

Por otra parte, se patentizaba la imposibilidad en que se hallaba el ejército de tomar la ofensiva en aquel momento. La marcha hacia Potosí era del todo imposible. Según los cálculos efectuados sobre el enemigo, se hacían elevar sus fusiles a más de 6.000, y sus hombres a unos 3.000, de tropas disciplinadas a lo que había que unir los contingentes de las levas que llevaban a cabo en el Tucumán. En cambio, el estado del ejército realista era lamentable y las desercciones aumentaban; ahora las detenía un poco el amor hacia Goyeneche que sentían sus soldados, pero todo acabaría en el momento en que se dejara traslucir la decisión de marchar hacia el enemigo, «y aun el esperarlos con la actual fuerza con la determinación de dar una batalla que decidiese de nuestra actual constitución, sería aventurarlo todo, y que no cumpliendo con sus deberes se verificase la disolución de este ejército, el sacrificio inútil de sus jefes y demás sujetos de honor que se hallan acogidos a él, y la total pérdida de estas provincias, y acaso de las del Virreinato del Perú».

Todas las anteriores consideraciones persuaden a los allí reunidos a tomar «la prudente y segura resolución de observar en este punto los movimientos del enemigo, conservarse en reunión mientras que por el Excmo. Sr. Virrey se provee de tropas de entera confianza y necesario armamento... Y en el caso de que los enemigos avancen prevalidos de sus ventajas antes de que puedan llegar esos refuerzos, se acordará la resolución que convenga a la seguridad y decoro

de las armas del Rey...» (1). Es decir, piensan seguir el plan trazado anteriormente por Goyenèche: esperar en Oruro el envío de refuerzos sin atacar al enemigo; y si éste por su parte se lanzaba al ataque antes de que llegasen los auxilios, se adoptarían las medidas del caso, que dejan entrever una retirada, para mantener «el decoro de las armas del Rey».

Como se desprende de las decisiones de la Junta, a pesar de la entrega del mando, Goyenèche seguía prácticamente como General en Jefe. El mismo día de la entrega, los jefes del ejército, enterados de su resignación del mando en la persona de Ramírez, le enviaron una petición firmada por todos ellos en la que le solicitaban continuase de jefe del ejército, como efectivamente continuó durante veintisiete días, hasta su marcha (2).

Ramírez da idea del ambiente que reinaba entonces entre los jefes del ejército. Un poco grotescamente reflere el momento en que Goyenèche recibió la noticia de su separación. Se hallaban reunidos en tertulia los jefes y oficiales, cuando entró el portador de los pliegos del Virrey. El General los leyó inmediatamente y «concluido, dijo: buenas noticias; se paseó y todo fué tan desconcertado que todos conocieron no le había gustado. Llegada la hora se despidieron, y deteniendo a los jefes y a mí, nos entramos a lo último de la casa, sacó su oficio, lo leyó, y sin contestar nada, él solo habló blasfemias, disparates y delirios: brincó en el aire más de cuatro veces, rompió la faja y se tiró de los pelos. Al fin tomó la pluma, hizo su dejación, y anunció lo que había de procla-

(1) Arch. Guayaquil, C. 9. Carp. 5. Núm. 17. Acta de la Junta celebrada bajo la presidencia de Ramírez en Oruro, el 25 de abril de 1813. Bajo la presidencia del Brigadier Ramírez, Jefe interino del Ejército del Alto Perú, se reunieron los siguientes jefes: El Brigadier Pílegas; Conde de Valle Hermoso, Auditor de Guerra; los Conde de Tacón, Lombera, Campos; Conde de Casa Real de Moneda, García de Santiago; los Tenientes Coroneles Valdés y Mendizábal, y los jefes de Milicias Carasa, Moya, Bálcome, Vallibán, Revuelta y Estévez. Aunque no figura en el Acta, es de suponer que también se hallase presente el General Goyenèche.

(2) Arch. C. Guayaquil, C. 9. Carp. 6. N. 1. Memorial de Goyenèche a S. M. Quinta de Pacallar, 30 de marzo de 1814.

mar, que en sustancia era alarmar y conmover los corazones con su tierna y artificiosa despedida» (3). A pesar de las posibles exageraciones de Ramírez, indudablemente debió ser un momento de extraordinaria violencia. Según él, todo fué una farsa montada por el General: «Entonces yo—dice Ramírez—, acordándome de las instrucciones de V. E., y viendo que había artificio hasta en callar los favoritos, les gané por la mano para rogarle y serenarle, que era lo que quería. Al punto hicieron lo mismo los otros, y se acordó lo que llevó el Correo, con lo que se tranquilizó y se acabó la comedia» (4). Quizás Goyeneche no se esperaba la resolución de la Junta de Guerra celebrada en Lima el 1.º de abril y pensase que el Virrey no iba a atreverse a dar un paso tan decisivo como era su separación, que indudablemente podía traer malas consecuencias por las causas indicadas en el capítulo anterior. Por otra parte, le debía resultar bastante doloroso separarse del ejército en las condiciones que lo hacía, corriendo el riesgo de quedar en entredicho ante la Regencia, el Virrey y la opinión pública. A pesar de sus respetadas instancias de retiro, debió egerle de sorpresa la rápida condescendencia que para ella mostró ahora la Junta. No es, pues, extraño que en los primeros momentos cediera a su disgusto y se dejara llevar de su genio impulsivo, aunque pronto se tranquilizase ante los consejos de Ramírez y los demás jefes.

Pero también debía contribuir a su disgusto, según este último, el engreimiento a que llegó, halagado por una serie de jefes que se habían convertido en sus mayores aduladores: «Tenga V. E. entendido que siempre sucederá lo mismo, porque nunca se hace sino lo que quiere este niño engreído. A V. E. se le aparenta que es más importante en el Ejército que la pólvora, pero éste está lejos de pensarlo así, y sólo es artificio de cuatro o seis que sostienen así su comercio y monopolio, al paso que acechan grados y recomendaciones. Este es un complot cuzqueño, que sólo

(3) Arch. Abascal. Carta reservada de Ramírez a Abascal. Oruro, 29 de abril de 1813.

(4) Vid. nota 2.

viéndolo se entiende: Entre ellos anda siempre la máquina...» (5). Es lógico, por otra parte, que los jefes, en su mayoría naturales de América, viesen con disgusto la marcha de su general, con quien debían estar bastante compenetrados y de quien en su mayor parte habían recibido grandes recompensas. Es natural que a su vez Goyeneche los favoreciera por el hecho de ser paisanos suyos y además por haber aportado al Ejército el importante núcleo de sus tropas indígenas. De aquí resultaba cierto apartamiento de los europeos, con perjuicio incluso de las órdenes del Virrey de que Ramírez se queja.

Por último, trata Ramírez de la correspondencia que se mantenía con los argentinos, que le hacía sospechar y le llevaba a graves suposiciones: «...y lo que es más raro, que en 20 de febrero, Tristán capitula y Goyeneche pronostica la pérdida tal cual ella sucedió. Dios quiera que los pronósticos no se repitan, pues los favoritos andan diciendo que lo que conviene es paces y transacciones; y si se hace Junta, sin duda pronostico yo también que tenemos paces, porque éste es un eco de estos congresos ceremoniales».

A partir de la derrota de Salta debió comentarse entre las tropas y los oficiales la idea, por lo demás no muy nueva, de que era necesario llegar a una paz si no se recibían refuerzos. Como el general, debían pensar todos, o la inmensa mayoría de los jefes, con lo cual se corría el peligro de que, poco a poco, cundiese el desaliento, y ante la imposibilidad de envíos inmediatos, se impusiese el partido pacifista. A mi juicio, sin embargo, esta tendencia hacia la paz no quiere decir que los jefes del Ejército se hallasen cansados de la lucha y dispuestos a acabarla fuese como fuese; que esto es así, lo prueba el hecho de que, una vez vuelta a empezar algún tiempo más tarde, todos sin distinción continuaron batiéndose con el mismo ardor que hasta entonces. Parece que lo que Ramírez quiere avisar al Virrey, es el peligro de que triunfe y se imponga el criterio pacifista de Goyeneche, entre los jefes americanos a sus órdenes.

Aunque se debe tener en cuenta que las relacio-

(5) Vid. nota 3.

nes entre Ramírez y Goyeneche no eran del todo cordiales, no resulta extraño pensar que, tanto en las decisiones de las Juntas como en las demás cosas, se imponía el criterio de éste, y tampoco es exagerado suponer, que el manifiesto firmado por los jefes pidiendo la continuación del general durante algún tiempo al frente del Ejército, a modo de justificación de su conducta, fuese sugerido por el propio general, o bien fuese ideado por sus mejores amigos.

El día 6 de mayo se recibieron en Oruro las copias de actas de las Juntas de Guerra celebradas en Lima para tratar de la retirada de Goyeneche, y otra copia del oficio de 5 de abril, en el que se le ordenaba entregar el mando a Ramírez, que ya se había recibido por extraordinario el 25 de dicho mes. Inmediatamente se reunió una nueva Junta, en la cual Goyeneche afirmó que continuaba al frente del Ejército por los ruegos de sus subordinados, aunque estaba dispuesto a ceder definitivamente el mando a su segundo. Pero al reiterársele la orden de entrega «suplicaba», a los allí reunidos, que consideraran como ineludible la ejecución de dicha orden. A pesar de la resistencia de Ramírez, partidario de que continuase en el mando hasta la llegada de Henestrosa, los jefes se mostraron unánimes en efectuar la entrega, con la condición de que se mantuviese el general con todo su «carácter y distinciones». Goyeneche accedió a la solicitud de los jefes y prometió, no sólo permanecer en el Cuartel General, sino también exhortar a las tropas a mantener la fidelidad debida hacia su nuevo jefe, e incluso salir al frente del Ejército al encuentro de los enemigos, si se aproximaban.

En este momento cedió la presidencia de la Junta al nuevo general en jefe interino del Ejército, bajo cuya dirección se discutieron los puntos tratados en la de 8 de abril en Lima. En realidad, los resultados de esta Junta son en todo semejantes a los de la celebrada en Oruro el 25. Se vuelve a insistir en la necesidad de abandono de Potosí, basado, como la otra vez se hizo, en los avisos de Tristán, la poca fuerza de la plaza y el aspecto poco tranquilizador de la misma. En la mañana del día de la evacuación se advirtieron indicios de que ciertos elementos intentaban conmover al pueblo, cuyo ánimo se exaltaba a medida

que avanzaba la conspiración, detenida gracias a la energía del general. Obligados por tal circunstancia, tuvieron que evacuar la ciudad antes de lo dispuesto, a pesar de lo cual se insiste en que aún tuvo tiempo para hacerle con orden y para que se incorporasen al Ejército los particulares que lo desearan.

En cuanto al armisticio—otro de los puntos tratados en la Junta de Lima—, manifestaron la opinión que se llevó a efecto a consecuencia de las noticias de Iquitos; en manera alguna se adoptó para entrar en negociaciones, sino para detener la marcha del enemigo y tener tiempo para la reunión del Ejército, el arreglo de su armamento, y, sobre todo, para recibir del virrey las instrucciones necesarias y obrar en consecuencia.

Una vez más piden también en la Junta que se haga ver al Virrey la necesidad del envío de refuerzos, por las noticias que se tenían del enemigo, cuyas fuerzas iban en aumento. Por todo esto se consideraba antimilitar e impracticable cualquier intento de salir a hacer frente al enemigo en aquellas circunstancias. Finalmente, y en refuerzo de la anterior opinión, se intentaba destruir la creencia errónea del Virrey de que existiese superioridad en fusiles de los realistas sobre sus enemigos, con lo cual terminó la Junta (6).

Claramente se puede ver en esta reunión de jefes del Ejército cómo se seguía imponiendo el criterio de Goyeneche. Ahora bien, si tanto las conclusiones de la Junta de 25 de abril como de la del 6 de mayo, celebradas en Oruro, eran una maniobra para obligar al Virrey a que continuase Goyeneche al frente del Ejército y quedara a salvo su responsabilidad, ciertamente que no lograron su objetivo.

(6) Arch. C. Guggi, C. 9. Carp. 5. N. 18. Acta de la Junta celebrada bajo la presidencia de Ramírez en Oruro, el día 6 de mayo de 1813. Estuvieron presentes en ella, además de Ramírez y el General Goyeneche, el Brigadier Picoaga; el Auditor de Guerra, Conde de Valle Hermoso; Coroneles Campero, Lombera, Conde de Casa Real de Moneda y García de Santiago; el Intendente del Ejército del Alto Perú don Antonio de Zubiaga; los Tenientes Coroneles Valdés y Mendizábal, y los jefes de Milicias Cañas, Bálcome, Urbina, Revuelta, Vallibian, Moya, Benavente, Estévez, Zabala y Mendizábal.

En Lima se había decretado la sustitución de Goyeneche por Henestrosa, y Abascal debía estar dispuesto a que aquél no continuara en el mando, temeroso de un total fracaso. Y en esta opinión habían de reafirmarlo las noticias confidenciales que recibía por Ramírez, que cada vez le inclinaban más en contra del general.

Así, al recibirse en Lima el acta de la Junta celebrada en Oruro el 25 de abril, que encerraba una repulsa al criterio y a las instrucciones del Virrey, reunió inmediatamente a su vez una nueva Junta. En ella se debió tratar con toda minuciosidad el problema de la separación de Goyeneche. Por una parte se presentó el acta de la Junta de Oruro, en la que los dieciséis individuos que la componían se mostraban en un todo conformes con la actuación del general; además, se leyó una representación de los mismos individuos en la que hacían ver las graves consecuencias que sobrevendrían del cambio de jefe; otra del Mayor General Tacón, y los comandantes de Ingenieros y Artillería don Francisco Mendizábal y don Casimiro Valdés, en donde, en términos semejantes a la anterior, juzgaban inevitable la disolución del Ejército si se separaba a Goyeneche. Frente a todos estos argumentos se leyó un oficio del propio Goyeneche, en el que insistía de nuevo en su retiro, y alegaba su estado de debilidad física como obstáculo insuperable para poder continuar en el Ejército, y junto con él una carta confidencial en la que reiteraba el mismo deseo.

Ante argumentos tan contradictorios, Abascal pudo pensar que se trataba de una maniobra para justificar a Goyeneche; pero con lo que no podía transigir su carácter era con el resultado de la Junta celebrada en Oruro. Así, pues, examinados todos los hechos, como ya se había determinado la separación del General, por exigirlo así la humanidad y el interés del servicio en conservar la salud de nuestro jefe, se resolvió esperar su contestación al oficio del día 10 de abril, en que se le comunicaba dicha medida. Se pensaba que al celebrarse la Junta el 25 en Oruro, podía no haber llegado aún el oficio del Virrey en el que censuraba la rápida evacuación de la ciudad, el abandono de la plata de las Cajas Reales, la voladura

de las municiones, y le reprochaba que por cumplir la capitulación de Tristán, iba a perder los frutos de tres años de lucha y tres millones de pesos gastados, a la par que le advertía la próxima marcha de Henestrosa para ponerse al frente del Ejército (7).

En espera de la contestación de Goyeneche, aunque reafirmandose en la decisión tomada anteriormente, se concluyó la Junta (8). Pero la contestación al oficio del Virrey y el acta de la Junta celebrada en Oruro el 6 de mayo llegaron doce días después a Lima. Los resultados de esta Junta se han examinado más arriba, y a su acta venía unido un oficio de Goyeneche acompañado de una certificación de su estado de salud firmada por siete médicos y una carta confidencial dirigida al Virrey, en la que le comunicaba que padecía un ataque de nervios, por cuya razón se veía obligado a guardar cama y a entregar el mando a Ramírez.

Con objeto de examinar tales documentos, convocó Abascal una Junta de Guerra el día 25 de mayo. Con gran asombro del Virrey se debió examinar el acta de la Junta de Oruro del 6 de mayo. Una vez más insistían los allí reunidos en el acierto de la retirada, fundada en la esquila de Tristán, razones que al Virrey parecían «bien débiles e insuficientes para haber tomado aquel partido, cuyas consecuencias pueden y deben ser funestas». Manifiesta asimismo el Virrey que los datos en que se fundaba la Junta de Oruro para justificar su dictamen no eran los que reflejaban los estados de fuerzas remitidos por el General. En fin, todo venía a demostrar a los ojos del Virrey la equivocación en que habían incurrido los jefes del ejército al dar su asentimiento a los planes de Goyeneche, pues los enemigos

(7) *Arch. C. Guaquí*. C. 13. Carp. 5. N. 4. Oficio de Abascal a Goyeneche. Lima, 10 de abril de 1813. Más adelante, en su ya citado «Memorial» de 30 de marzo de 1814, Goyeneche calificaba de falsa la acusación de Abascal de haber dejado abandonados en las Cajas de Potosí 60.000 pesos.

(8) *Arch. C. Guaquí*. C. 3. Carp. 14. N. 21. Acta de la Junta celebrada en Lima el 12 de mayo de 1813. Presididos por el Virrey, se reunieron Henestrosa, Molina, Cucalón, don Joaquín de Alos, Gainza, don Pedro Molina, Comandante del Cuerpo de Ingenieros; Osorio, y don Pascual de Viverra.

debieron perder mucha gente en la batalla de Salta, y para recuperarse tendrían que sacarla del Tucumán o Tarija, con lo cual tardarían algún tiempo para ponerla en estado de luchar, «reflexiones que no han hecho los vocales de la Junta».

El resultado de la Junta de Lima es análogo al de las anteriores. En vista de la actitud de los jefes del ejército, se decide aplazar toda resolución hasta que el nuevo General en Jefe se haga cargo del mismo. Por eso, los asistentes se limitaban a dar las gracias a Goyeneche por sus ofrecimientos para seguir trabajando por la causa del Rey, y a ordenar se le diesen instrucciones con la mayor minuciosidad y brevedad al Brigadier don Joaquín de la Pézuela, designado últimamente como jefe del ejército del Alto Perú en lugar de Henestrosa (9).

En la Junta reunida en Lima el 8 de abril fué elegido para jefe del ejército el teniente general don Juan de Henestrosa, que a la sazón se hallaba en Lima desempeñando el cargo de Sub-inspector de las fuerzas del Virreinato. Era por entonces uno de los militares de más alta graduación que tenía a sus órdenes Abascal. El historial de Henestrosa era brillante. Había intervenido con gran fortuna en la guerra de la Independencia Española, en donde había tomado parte en las batallas de Medellín y Talavera, mandando después el ejército de Cataluña. Desde 1812 desempeñaba el cargo que ocupaba al ser nombrado General en Jefe del ejército del Alto Perú, y el mismo día que recibió la decisión de la Junta, aceptó su nuevo empleo (10).

Comenzados los preparativos para el embarque de las tropas que había de llevar consigo, y recibidas del Virrey las instrucciones y noticias necesarias para el desempeño de sus funciones, le dió a conocer Henestrosa su pensamiento de no abandonar el anterior cargo de Sub-inspector que hasta entonces ocu-

(9) Arch. Abascal. Copia de Acta de la Junta de Guerra celebrada en Lima el 25 de mayo de 1813. Compusieron esta Junta los mismos vocales que la del 12 de dicho mes.

(10) Arch. Abascal. Oficios de Abascal a Henestrosa y contestación de éste. Lima, 8 de abril de 1813.

para, y que pensaba continuar desempeñando desde el punto en que se situase en el Alto Perú. Inmediatamente surgió la oposición del Virrey. Le puso de manifiesto las dificultades que supondrían para el desempeño de su cargo el alejamiento de Lima, y por otra parte, le parecía totalmente imposible simultaneizar esta función con la de jefe del ejército. Alegaba además Abascal la práctica observada hasta entonces en casos semejantes, según la cual asumía para sí el cargo de Subinspector y dejaba únicamente en manos del General la Subinspección de las provincias del Cuzco, Arequipa y Puno, por consideraciones a su persona y por hallarse cerca del teatro de la lucha (11). Pero había otra razón de gran peso para que el Virrey no autorizara la pretensión de Henestrosa, y era que al dejar comisionado en Lima a un oficial con la misión de enviar los asuntos y las firmas al General, se convertía este último, prácticamente, en mero refrendador de las decisiones que aquél tomara, ya que lógicamente no podía estar al tanto de los negocios.

Aun así insistía Henestrosa en continuar con la Subinspección, a lo que una vez más se negó rotundamente el Virrey. Se le indicó el día 22 de abril para su salida hacia el Alto Perú, con las instrucciones convenientes al efecto. Caso de que Goyeneche hubiese continuado su retirada hasta el Desaguadero, se le ordenaba defender a toda costa dicho punto. En caso contrario debía adquirir los datos necesarios y, una vez estudiados, emprender la ofensiva, si así lo juzgaba conveniente, para arrojar al enemigo hasta Jujuy, o bien mantenerse a la defensiva si lo estimaba oportuno. Todavía más adelante le indicaba que señalase un jefe para hacerse cargo de la Subinspección durante el tiempo de su estancia en el ejército, a lo cual respondió Henestrosa nombrando al propio Virrey, para demostrarle que no le causaba el menor recelo verlo desempeñando el cargo que le correspondía a él (12).

(11) Arch. Abascal. Copia de Oficio de Henestrosa al Virrey. Lima, 18 de abril de 1813. Contestación del Virrey. Lima, 20 de abril de 1813.

(12) Arch. Abascal. Copia de Oficio de Abascal a Henestrosa.

Semejante contestación hizo subir de punto la indignación de Abascal, que inmediatamente reunió una Junta de Guerra para tratar de la conducta del General. Examinadas todas las comunicaciones cursadas entre Henestrosa y el Virrey, y la actitud de aquél, se resolvió que pasase enseguida a tomar el mando del ejército, sin la Subinspección siquiera del Cuzco, Arequipa y Puno. Y con objeto de dar un final rápido a una situación que amenazaba prolongarse indefinidamente con el consiguiente daño para el ejército, se acordó enviar una nota al General con el carácter de urgente, a fin de notificarle la decisión de la Junta, exigiéndole una inmediata respuesta, ya que continuaba reunida hasta saber su resolución. La respuesta de Henestrosa manifiesta claramente su fuego. Decía que al instársele a una rápida contestación se trataba de comprometer su honor; pero resuelta su incorporación al ejército con exclusión total de la Subinspección, estaba dispuesto a encargarse de su mando, y aun a renunciarlo si era conveniente, «pero haciendo siempre responsable a la Junta de esta tropelia nunca vista» (13).

Examinada la contestación, se resolvió por los circunstancias sustituir a Henestrosa por Pezuela en el mando del ejército. El nuevo General en Jefe salió el 29 de abril con rumbo al puerto de Quilca, en la fragata «Cantabria» (14).

En realidad, resulta extraña la actitud de Henestrosa frente a las repetidas órdenes del Virrey. No parece adecuada otra explicación que la de su poco interés en marchar a ponerse al frente del ejército, de cuyas vicisitudes no podría hacerse responsable sin los auxilios que juzgaba necesarios. A todas sus dificultades se procuró hallar solución, «allanándole

Lima, 20 de abril de 1813. Oficio de Henestrosa a Abascal, 23 de abril de 1813.

(13) Arch. Abascal. Copia de Oficio de Henestrosa al Virrey. Lima, 24 de abril de 1813.

(14) Arch. Abascal. Copia de Acta de la Junta de Guerra celebrada en Lima el 24 de abril de 1813. Asistieron a ella el Virrey, don Joaquín Molina, el Conde del Valle de Oselle, Cuzalón, Añón, Pezuela, Gainza, Molina, Osorio, y el Comandante del Apostadero de Morina.

documentos, noticias y aun dinero, que era lo más dificultoso, excusando reflexionar sobre muchas de las necesidades que aparentaba, dándoles un aire de gravedad y de importancia que no merecían...» (15). Pero ciertamente, el Virrey tenía razón al pretender desglosar los dos cargos que quería reunir en su persona el General.

Encargado interinamente del mando el general Ramírez, se puso al frente del ejército en un momento difícil. Dos peligros graves se oponían a su labor. Por un lado la desertión constante entre las tropas, cada vez más extendida a medida que se alargaba el período de inactividad; por otro, el partido formado por los jefes y oficiales adictos a la persona de Goyeneche, que introducían la indisciplina y amenazaban con disolver el ejército. A ambas dificultades hizo frente el General, dedicado preferentemente a su resolución, más que a efectuar una acción seria contra el enemigo.

Con objeto de evitar la escisión entre los jefes, que necesariamente se derivaría de la retirada de Goyeneche, procuró Ramírez retardarla lo más posible. De ahí su resistencia a tomar el mando en las Juntas de Guerra celebradas en Oruro, a pesar del interés de aquél en entregárselo. Prefería ganar tiempo hasta la llegada de Pezuela, que solucionase todos los problemas pendientes, porque las diferencias entre los jefes se traducían en malestar en la tropa; lo cual, unido a las desertiones, aumentadas desde la evacuación de Potosí, conduciría fatalmente al desastre.

No son, pues, de extrañar las quejas de Ramírez sobre algunos oficiales que, desde el momento de la entrega del mando, se dedicaban a sembrar el malestar y el descontento entre los soldados, y respecto a los cuales se hallaba imposibilitado de tomar medida enérgica alguna para hacerlos entrar en orden. Lo que ocurrió poco después era inevitable, con motivo del estado de ánimo de la tropa, y creó una situación de tirantez, resuelta gracias a la actitud de Goyeneche.

En la mañana del día 10 de mayo, cuando la tropa

del batallón de Picoaga, compuesto en su mayoría de cuzqueños, muy adictos a la persona de su General, volvía de sus acostumbrados ejercicios, se extendió el rumor de que éste había abandonado la ciudad al entregar el mando del ejército. Como una avalancha se dirigieron todos los soldados por las calles de Oruro hacia la casa en que habitaba Goyeneche, al paso que manifestaban su descontento y aseguraban se marcharían todos a sus casas si era cierto el rumor. Daba la casualidad que el General había salido de paseo, por lo que estuvieron esperándolo durante tres cuartos de hora para verle al regreso; mas, en vista de que no volvía, y convencidos por las razones del ayudante de Picoaga, se restituyeron pacíficamente a sus cuarteles.

La actitud tumultuosa de las tropas cuzqueñas era indudablemente una infracción manifiesta de la disciplina militar; pero más interesante es el hecho de que nos deja ver claramente el peligro que encerraba la situación, conjurado momentáneamente gracias a Goyeneche. Cuando el General regresó a su casa y tuvo noticias de lo ocurrido, reunió a los jefes y afeó la conducta de la tropa y la de los oficiales, que no la detuvieron al ir a realizar tales actos. Inmediatamente publicó una proclama en la que incitaba a la obediencia a su sucesor, y mientras éste se hacía cargo del mando a la persona de Ramírez (16); lo cual, unido a la actitud del jefe de las fuerzas, Picoaga, hizo calmar los ánimos y restablecer el orden, a pesar de lo cual Ramírez ofreció el pasaporte para sus casas a todos aquellos que no quisiesen seguir bajo sus órdenes (17). Conocido el hecho por el Virrey, publicó a su vez otra proclama alentando a las tropas (18).

(16) Arch. Abascal. Copia de una Proclama de Goyeneche al Ejército. Oruro, 12 de mayo de 1813.

(17) Arch. Abascal. Copia de Informe de Ramírez al Marqués de la Concordia. Cuartel General de Oruro, 13 de mayo de 1813. Copia de Informe de don Manuel de Helguero al Virrey del Perú, Oruro, 13 de mayo de 1813 (Helguero era Capitán y había sido enviado al Ejército por Abascal con la misión de informarle sobre su situación).

(18) Arch. Abascal. Copia de una Proclama del Marqués de la Concordia al Ejército del Alto Perú. Lima, 9 de junio de 1813.

En estas condiciones, no es de extrañar que Ramírez no quisiera aventurarse a librar una batalla con el enemigo, cuyos resultados, en el mejor de los casos, serían inciertos. Se mantenía en observación de sus movimientos, a la par que procuraba mantener el orden en sus tropas.

En cuanto a la desertión, aumentaba por momentos, de tal modo, que Ramírez opinaba se debían separar a los principales agentes de insidias de que se hallaba dotado el ejército, que no hacían sino rebajar la moral de la tropa y abatirle el ánimo.

Aún tuvo lugar otro hecho que pudo complicar más las cosas. En la madrugada del 22 de mayo, Goyeneche salió ocultamente de Oruro acompañado de algunos jefes, entre ellos los coroneles Conde de Casa Real y García Santiago. Tan inesperada marcha, después de haber prometido permanecer en el Cuartel General hasta la llegada de Pezuela, cogió de sorpresa a Ramírez, que temió fuese a tener alguna repercusión en la tropa, cuyo estado de ánimo se ha visto anteriormente. Por todos los medios políticos y de habilidad intentó atraerse a los soldados y a sus jefes, a pesar de lo cual decía al Virrey: «...no puedo asegurar a V. E. el haberlo conseguido. La simulada conducta de unos pocos de los primeros y segundos (se refiere a los jefes y oficiales) me envía fundadas sospechas de que, olvidados de los sentimientos de gratitud al Rey y al Estado, que los ha condecorado y mantenido en abundancia, instigan secretamente a la disolución de estas tropas, inspirándolas temor y desconfianza en la continuación de sus deberes» (19). El Virrey le indicaba la conveniencia de separarlos del ejército con cualquier pretexto y enviarlos destinados a comisiones en puntos donde no pudiesen promover la intranquilidad de la tropa, a pesar de lo cual Ramírez prefirió aguardar a la llegada de Pezuela para decidir sobre tales sujetos.

Ante la noticia de la entrada en Potosí de Díaz-Vélez con 500 hombres, avanzó tres Compañías sobre

(19) *Arch. Abascal*. Copia de Informe reservado de Ramírez a Abascal, Cuartel General de Oruro, 29 de mayo de 1813. Contestación reservada de Abascal. Lima, 26 de junio de 1813.

el camino de dicha ciudad, con el fin de observar sus movimientos. Pero en atención a las circunstancias en que se hallaba el ejército, no creyó conveniente iniciar ninguna operación. Así se lo hacía saber también el Virrey a Ramírez. Puesto que había pasado el momento oportuno de iniciar un ataque para recuperar Potosí antes de que Belgrano se hubiese posesionado de ella, lo que convenía era mantenerse a la defensiva con las avanzadas que había colocado. Así debía continuar hasta la llegada de Pezuela con los refuerzos de que era portador (20).

Ramírez había organizado ya su dispositivo de defensa. El 5 de mayo salía de Oruro hacia el pueblo de Sorasora el Brigadier Picoaga con un batallón y el nombramiento de jefe de la vanguardia, acogiendo bajo sus órdenes a las avanzadas que, al mando del teniente coronel don Pedro Antonio de Olañeta, se hallaban situadas en el pueblo de Condocondo, a 35 leguas de Oruro en dirección a Potosí.

Dos fines perseguía Ramírez al llevar a cabo dicho movimiento. En primer lugar, precaver cualquier intento de sorpresa por parte del enemigo, y en segundo término—y esto era para él tan importante o más que lo primero—observar la reacción de los soldados.

En vista del buen resultado conseguido y de que sus recelos no se vieron justificados, dispuso que a Picoaga siguiese el teniente coronel Estévez, que marchó a situarse en Venta y Media, cinco leguas adelante de Sorasora, y por último, el coronel Lombera se unió con sus fuerzas a las de Picoaga. Preparado de este modo el dispositivo, el mismo Ramírez proyectaba abandonar Oruro y trasladarse también a Sorasora, dejando en la capital al coronel don Joaquín Reyuelta.

El traslado del Cuartel General favorecía el deseo de Ramírez de sacar a la tropa de un modo definitivo de Oruro, en donde necesariamente habrían de encontrar más motivos de relajación que en el pequeño pue-

blo de Sorasora. Aquí, al tenerla más concentrada y menos expuesta a la indisciplina, pensaba aprovechar también la primera ocasión que se le presentase, caso de que los enemigos continuaran su avance, para dar una acción que pudiera resultarle ventajosa y elevar el espíritu de sus decaídas tropas (21).

Poco después, el 9 de junio, recibía noticias de que los enemigos avanzaban más allá de Potosí en dirección a Condocondo. Inmediatamente ordenó a Olañeta que reuniese todas las avanzadas y se replegase a Peñas, a diez leguas de distancia de Venta y Media, para establecer una comunicación más directa con Estévez. Caso de adquirir informes de que avanzase el enemigo con gran superioridad de fuerzas, debía continuar su repliegue hasta unirse con éste; si por el contrario, se presentaba en inferioridad numérica y había posibilidad de intentar un ataque feliz, debía llevarlo a cabo.

Colocadas así sus tropas y aprobada la disposición por el Virrey ante las halagüeñas noticias llegadas al Cuartel General sobre la situación de los enemigos, estacionados en Potosí, con sus avanzadas en Vilcapugio y Ancacato, tras una deliberación en Junta de Guerra celebrada el 12 de mayo, Olañeta avanzó en dirección a aquella ciudad. Al llegar al pueblo de Challapata encontró un corto número de argentinos, que fueron dispersados fácilmente. Para su persecución destacó una partida hasta el pueblo de Ancacato. Pero a dos leguas de dicho pueblo encontraron una avanzada enemiga y allí hubieron de sostenerse hasta la llegada de refuerzos a las órdenes del capitán Marquigui. Conducidos por Olañeta, tomaron la contraofensiva y los arrojaron hasta la Angostura, en donde hicieron fracasar un intento enemigo de emboscada que tenía dispuesta una columna de Infantería. A pesar de ello y ante el temor de que se rehicieran, Olañeta juzgó más oportuno emprender la retirada. Que dicha decisión fué acertada lo prueba el hecho de que, comenzada la marcha por los realistas, fueron

(21) Arch. Abascal. Copia de Oficio de Ramírez al Marqués de la Concordia. Cuartel General de Oruro, 13 de junio de 1813.

hostilizados y perseguidos por los argentinos hasta Huancaní (22).

El día 22 de junio salía Ramírez de Sorasora con sus fuerzas, tras las de Picoaga, que lo hicieron el día anterior, en dirección a Challapata, con un total de fuerzas de 3.146 hombres. Sin embargo, Abascal se mostraba partidario de colocarse en una situación ventajosa y esperar allí la llegada de Pezuela, quien con los refuerzos aseguraría la victoria, indecisa de otro modo, ya que no se poseían unas noticias exactas sobre la situación ni el número de los enemigos. A este fin continuó Ramírez sus marchas hasta el pueblo de Condocondo. Como a su llegada aquí encontrase inexactos algunos de los informes que había recibido, decidió no continuar su avance para no arriesgar la tropa al saber que el camino seguido hasta entonces, la ruta del Despoblado, se convertía en un terreno quebrado y árido en las inmediaciones de Potosí, sin víveres ni forrajes. Prefirió permanecer allí para tomar noticias ciertas sobre los porteños, a la par que se aseguraba del camino a seguir en el momento oportuno.

Evacuado todo el territorio por los argentinos, que se habían retirado a Potosí, colocó Ramírez sus avanzadas en Torapalca y Vilcapugio, y avanzó en sus descubiertas hasta Lagunilla, a veinte leguas de aquella ciudad. (23). En esta situación esperaba la incorporación de Pezuela, aunque poco después se vió obligado a retirarse a Challapata por la falta de víveres y forrajes.

El viaje de Pezuela sufrió varios retrasos debidos a diferentes circunstancias. A fines de abril se embarcó en el Callao con 270 hombres de tropa veterana de Lima, que iban de refuerzo al Alto Perú. Llegó al Puerto de Quilca a los cuarenta y dos días de navegación, después de una penosa travesía. Durante el recorrido hizo escala en Arica, donde entró en contacto con algunos de los jefes acógidos a la capitula-

(22) Arch. Abascal. Copia de Parte de Olañeta a Ramírez. Huancaní, 20 de junio de 1813.

(23) Arch. Abascal. Copia de Parte de Ramírez a Abascal. Cuartel General de Condocondo, 11 de julio de 1813.

ción de Salta, que se hallaban allí y habían comprometido su palabra de no empuñar de nuevo las armas contra los argentinos. En un principio parecían todos dispuestos a embarcarse con el General para volver al frente y alegaban que si se acogieron a la capitulación fué por el mal trato y desprecio sufrido. Pero es lo cierto que a última hora fallaron las negociaciones y solamente se le incorporaron dos oficiales.

Desde Quilca se dirigió Pezuela a Arequipa, en donde recibió urgentes avisos de Ramírez, para que acelerase la marcha y se incorporase pronto al Ejército. Pero aún hubo de detenerse para esperar a las tropas que se le habían de reunir aquí. De Arequipa marchó hacia el Desaguadero con objeto de revistar las guarniciones de esta región y allegar recursos y tropas para el Ejército combatiente. Sin embargo, se vió entorpecida la marcha por las constantes desertiones que experimentaban las tropas que llevaba consigo.

En el Desaguadero pudo comprobar el poco espíritu de la guarnición, integrada por soldados «juramentados» en Salta, que desertaban constantemente o pedían el retiro a sus casas. En vista de lo cual dispuso su relevo por tropas venidas de las provincias de Puno, y envió a aquéllos a La Paz, de donde sacó nuevos hombres para el Ejército.

El día 27 de julio llegó Pezuela a Oruro, anticipándose a las tropas que le acompañaban. El primero de los problemas que se le plantearon fué el de la carencia de víveres para el Ejército, que había influido notablemente en la retirada de Ramírez desde Condocondo a Challapata. Para remediar tan delicada cuestión ordenó que se hiciese un constante envío de víveres desde La Paz, Puno y todos los contornos, ya que no había medio de acudir a la fértil provincia de Cochabamba, sublevada por tercera vez, y con la que estaban cortadas las comunicaciones.

El otro aspecto de la labor de Pezuela en Oruro es el de la reforma y reorganización del Ejército. La retirada del Tucumán y la evacuación de Potosí dejaron honda huella en las tropas. A esto vino a unirse la marcha de Goyeneche, con todas las circunstancias de que se rodeó. Todo ello se tradujo en una gran desmoralización del ejército, con el consiguiente re-

la jamiento de la disciplina y el aumento de las deserciones. Para este tipo de ejército, la deserción era uno de los males endémicos, y el largo período de inactividad en las poblaciones del Alto Perú había de serle fatal. He aquí lo que Ramírez había intentado evitar al iniciar la marcha tan pronto como le fue posible.

Al examinar Pezuela la situación militar, observaba que presentaba un aspecto nada satisfactorio. A su modo de ver, se había perdido la ocasión de recuperar Potosí, que hubiera sido un gran impulso moral y material para las tropas. Según su punto de vista, si se hubiera atacado la ciudad un mes antes de su llegada, tal vez no hubiera podido resistir. Pero Ramírez había dejado pasar el momento y las cosas habían variado ya. Los enemigos aumentaron sus fuerzas a medida que disminuían las realistas, y la deserción era prueba además de que existía una gran tibieza en sus filas y un buen número de agitadores. Todos estos males no se pudieron subsanar porque aún existían los roces originados entre los jefes a consecuencia de la retirada de Goyeneche.

Era preciso vencer todos los obstáculos antes de decidirse a una acción de envergadura contra los argentinos. En primer lugar había de tratarse el punto fundamental del aumento de tropas. Ya se han visto más arriba las dificultades con que tropezó Pezuela al intentar reunir gente en su camino hacia Oruro. En total pensaba incorporar al ejército del Alto Perú un contingente de 600 hombres y su correspondiente artillería. Juntamente con ellos llevaba más de 50.000 pesos sacados de los ingresos de la deuda pública para costear sus necesidades (24). Pero de la tropa que sacó de Lima, en total 270 hombres, sólo le quedaban al llegar a La Paz 150; de aquí sacó 300, de los que apenas llegaron la mitad, y de Oruro solo pensaba conseguir unos 100. De tal forma, el total de hombres que incorporó al ejército apenas igualaría al que sacó de Lima. Agregado tan pequeño refuerzo a las tropas existentes, sumarían, según los cálculos de Pe-

(24) Arch. Abascal. Copia de Oficio de Pezuela a Abascal, Desaguadero, 11 de julio de 1813.

zuela, un total de poco más de 3.000 hombres, con lo cual quedaba aún con menos fuerzas que los enemigos, cuyo número se calculaba como mínimo en 4.500. Según un estado de la fuerza existente en el Cuartel General el día 26 de julio, ascendía el ejército a un total de 3.157 hombres entre infantería, caballería y artillería (25).

Aun la inferioridad numérica frente al enemigo hubiese causado poco cuidado a Pezuela si sus tropas se hubieran hallado siquiera con un mediano entusiasmo. Pero la situación era muy diferente a lo que deseaba el General. Sin embargo, se hallaba dispuesto a remediarla, y como se hacía necesario preparar al ejército para la lucha, se propuso emplear todo el vigor de los castigos contra aquellos que intentasen perturbar el orden y la disciplina. Era el remedio más eficaz, aunque desagradable, que pensaba utilizar para salvarlo (26).

He dicho más atrás que, al poco tiempo de haberse situado en Condocondo, con sus avanzadas en Toropalea y Vilcapugio, Ramírez se vió obligado a evacuar dichos puntos y situó su Cuartel General en Challapata. A Pezuela le causaba extrañeza que el entonces jefe del ejército hubiese dejado pasar la ocasión de reconquistar Potosí, y mucho más le extrañaba el repliegue a Challatapa. Pero Ramírez lo aclaraba convenientemente con una razón fundamental, que es la cifra de toda su actitud durante el tiempo que ostentó el mando: su objeto no había sido «otro que el de conservar este resto del ejército, único apoyo de la seguridad y defensa de la América» (27). Con tal argumento se encuentra aclarada su actuación, y si a ello unimos las circunstancias que lo rodearon, nos explicamos perfectamente sus decisiones.

Hay que tener presente que Ramírez estaba dis-

(25) Arch. Abascal. «Estado de fuerzas del Ejército Nacional del Perú, reunido en el Cuartel General», Cuartel General de Challapata, 26 de julio de 1813.

(26) Arch. Abascal. Copia de informe de Pezuela al Marqués de la Concordia. Oruro, 28 de julio de 1813.

(27) Arch. Abascal. Copia de carta de Ramírez a Pezuela. Cuartel General de Condocondo, 15 de julio de 1813.

puesto por encima de todo, a mantener el decoro y el honor de las armas que mandaba; he aquí por qué evacuó Oruro; como he dicho antes, y se decidió a cortar todo atisbo de insubordinación. Pero la marcha hasta Potosí no era posible por la disminución que sufría el ejército y las pocas posibilidades que ofrecía el camino del Despoblado, por donde se dirigía; y además, la entrada a la ciudad era difícil a causa de los desfiladeros y el terreno quebrado que la rodeaban. Por esta razón y tras la deliberación de una Junta de Guerra, se situó en Condocondo. Colocado aquí pensaba que, con la pronta incorporación de Pezuela y con su consejo, podría encontrarse una solución. Pero como Pezuela retrasase su llegada, se hizo sentir la falta de víveres para los hombres y de forraje para el ganado, que le obligó a retirarse hasta Challapata, como así mismo hubo de retirar sus avanzadas de Toropalca y Vilcapugio hasta Ancacato, a causa de las enfermedades que en ellas empezaron a manifestarse. También contribuyeron al repliegue de Ramírez, las noticias que llegaron a Oruro sobre las actividades de los sublevados de Cochabamba. Lógicamente, por su posición, esta provincia limitrofe con la de Chayanta y en libre comunicación con ella constituía en todo momento un peligro para la retaguardia del ejército, que podía verse amenazado y cortadas sus comunicaciones. Y precisamente poco tiempo después llegaban noticias a Oruro, desmentidas más tarde, de que los cochabambinos se encaminaban hacia dicha ciudad con objeto de asediarla, lo cual hizo precipitar la marcha de Ramírez hacia Challapata, para estar más cerca de aquella y prevenir cualquier contingencia (28).

Indudablemente, como decía Pezuela, había pasado el momento de tomar Potosí, pues entretanto, Belgrano había llegado con nuevas fuerzas a la ciudad; pero la conducta de Ramírez es perfectamente explicable. En su calidad de jefe interino del ejército prefería entregar a Pezuela un núcleo de tropas saneado, a lanzarse a una ofensiva cuyos resultados

(28) Arch. Abascal. Copia de Oficio de Ramírez a Abascal. Cuartel General de Challapata, 26 de julio de 1818.

eran dudosos. Y como no cabe pensar que hiciera esto por falta de valor, conocida su actuación anterior, pueden muy bien aceptarse sus razones.

Tampoco el mismo Virrey era muy partidario de lanzarse a la ventura sin suficientes probabilidades de éxito. Según noticias llegadas de Lima en la *Gaceta*, se preparaba en Cádiz la salida de una expedición de 4.000 hombres con destino a Montevideo, fijada para fines de marzo o principios de abril. Esta era la gran esperanza de Abascal, con lo que esperaba equilibrar la situación y lanzarse a la ofensiva general. Por lo tanto, mientras tenía efecto tan esperado acontecimiento, recomendaba al mismo Pezuela mantenerse a la defensiva sin dejar de reunir gente de las provincias, en vista de la situación de los enemigos en Potosí y sin que esto significase que Pezuela dejara pasar cualquier ocasión de vencerlos si se le ofrecía la oportunidad con las debidas garantías (29).

Al fin, el 7 de agosto llegó Pezuela al Cuartel General de Ancacato para hacerse cargo del mando efectivo del ejército del Alto Perú, cuya transmisión se efectuó al día siguiente. El General se llevó una penosa impresión de las fuerzas y de sus equipajes; pero lo que más le preocupó fué el estado de la caballería. Ya he dicho varias veces que la caballería era un arma fundamental en esta guerra, y ahora, al hacerse cargo de las fuerzas, se encontraba Pezuela que, después del trabajo que había supuesto reunir los caballos que poseían actualmente, estaban a punto de perderlos por la escasez de forraje, imposible de remediar. En su camino había dado disposiciones para su envío, pero aún tardarían en llegar.

El número de hombres del ejército se elevaba exactamente a 3.177, divididos en 282 de artillería, 659 de caballería y 2.236 de infantería, con 576 mulas de carga. Aparte de dichas fuerzas, escalonadas en las diferentes ciudades del tránsito existían sus correspondientes guarniciones. Todas las fuerzas aptas para combatir las había organizado Pezuela antes

(29) *Arch. Abascal*. Copia de Oficio de Abascal a Pezuela. Lima, 8 de agosto de 1813.

de iniciar ningún movimiento. Redujo los diferentes Cuerpos del ejército a dos Regimientos de Infantería, constituido cada uno por dos batallones de cinco compañías y un batallón de reserva, de cuatro; un Regimiento de Caballería, de tres escuadrones, y tres compañías formadas por los diferentes cuerpos y partidas sueltas en un cuerpo de cazadores, de tres compañías de infantería y una de caballería para hacer el servicio de avanzada. La artillería la organizó en tres brigadas de a pie con cuatro cañones cada una, y otra volante de seis (30).

Pronto comenzaron algunas escaramuzas con los enemigos. Una partida enviada a recoger forraje para la caballería sufrió el ataque de un pequeño contingente enemigo. Inmediatamente que tuvo noticia de lo ocurrido, dispuso el General la salida en su socorro del teniente coronel Olañeta, que al segundo día de marcha encontró a los argentinos, y sostuvo con ellos un pequeño tiroteo. Pronto se volvió al campamento, pues aunque acometió su persecución no pudo alcanzarlos.

Terminado el período de reorganización y preparación del ejército, llegaron rumores de que las tropas de Belgrano se ponían en movimiento. Pezuela pensó en un principio en una retirada hasta Oruro, no confiando demasiado en sus tropas y sabedor de la gran cantidad de fusiles y caballos de aquéllas. Pero se dió cuenta de que podía cundir el desaliento entre los suyos al recorrer en una nueva retirada el camino de Oruro, y por otra parte ofrecía gran dificultad el transporte de la artillería y el material por la falta de mulas. Pero aún sobre todo existía un tercer inconveniente, y era que, conocida por los de Cochabamba y Chayanta la retirada de Pezuela y el avance de los argentinos, era casi segura su unión, que le colocaría en una situación bastante apurada. En consecuencia, decidió permanecer en la quebrada de Vilcapugio, donde se hallaba a la sazón. Dicho punto presentaba la ventaja de su fácil defensa, pero

por el contrario tenía el inconveniente de que ofrecía escasa cantidad de víveres y forrajes.

Pero en vista de que el enemigo continuaba su avance, y había indicios para creer que actuarían conjuntamente con ellos los cochabambinos y chayanteños con objeto de aislar a Pezuela, no le quedaba otra solución a éste que retirarse a un punto en donde tuviese más amplio espacio para colocar sus tropas y emplearlas en una acción decisiva. En vista de lo cual, se trasladó a Condocondo, donde una angostura entre un cerro que se extendía a su izquierda y una laguna a su derecha, le ofrecía una excelente posición con una explanada en donde podría evolucionar la infantería y colocar a su espalda la artillería. El traslado de una a otra posición se efectuó con gran trabajo. Como había pocas mulas, se utilizaron llamas, y burros, pues a pesar de todos los intentos llevados a cabo por Pezuela para obtener caballos no pudo conseguirlos (31).

Aún no se podía mirar la situación con exagerado optimismo. Las tropas realistas habían podido ser aumentadas por los últimos reclutamientos hechos por Pezuela hasta un total aproximado de 4.000 y pico de hombres, sometidos a una intensa preparación militar; pero unida a la carencia de víveres, había una gran escasez de dinero para mantener en pie toda la máquina guerrera. El total de fondos existentes en la Tesorería del Ejército al hacerse cargo Pezuela del mando, ascendía, entre lo que existía en el momento y lo traído por él, a 112.500 pesos. Con semejante cantidad tendría suficiente para mes y medio aproximadamente, en el que quedaría invertida en sueldos y gastos. Era necesidad fundamental reunir más dinero, como efectivamente se propuso el Virrey, destinando para ello el de las Cajas de Huamanga, Arequipa, Cuzco, Puno, La Paz y Oruro (32).

Sin embargo, en la situación en que se encontraba el Ejército podía con ventajas hacer frente a los ene-

(31) Arch. 'Abascal'. Copia de informe de Pezuela a Abascal. Cuartel General de Condocondo, 27 de septiembre de 1813.

(32) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 450.

migos. Dos posibilidades cabían sobre el proyectado ataque de éstos. O bien se podía esperar un ataque frontal, en cuyo caso serían hostilizados al descender por el estrecho camino que conducía al llano donde se hallaba situado Condocondo, o bien intentarían un movimiento envolvente sobre las fuerzas de Pezuela, divididas las suyas en varias fracciones y caminando parte de ellas por Ancacato y Challapata para caer sobre la espalda de los realistas.

En el primer caso se podía preverir la sorpresa con la colocación en las avanzadas de las fuerzas de Olañeta, e incluso con el establecimiento de un cuerpo intermedio entre éstas y el grueso de las tropas; y en cuanto al segundo lo había prevenido Pezuela con la colocación de partidas destacadas en los caminos de Vilcapugio, Chayanta, Aroma y de la Costa.

El día 27 de septiembre llegaron las tropas de Belgrano en su avance hasta los llanos de Vilcapugio, mientras que numerosas partidas de indios y cochabambinos se acercaban a Ancacato. El mismo día recibió noticias de un encuentro sostenido por la avanzada situada en Pequereque, a espalda de Condocondo, contra 2.400 indios. Dichos indios se hallaban en contacto con Belgrano, y por la documentación que se les recogió, se vino en conocimiento de que el general argentino se hallaba también en relaciones con otros caudillos indios con el fin de que todos juntos atacasen a Pezuela por la espalda, mientras él lo hacía de frente con sus tropas.

Conocidas estas noticias, como asimismo la de que 4.000 cochabambinos se hallaban ya en marcha hacia Condocondo, se optó por librar una batalla que decidiese la situación. En vista de ello ordenó Pezuela a Olañeta que se replegasé con sus avanzadas, y el día 30, a las doce de la mañana, se puso en movimiento el ejército realista, en dirección a Vilcapugio con el fin de atacar a los enemigos por sorpresa antes del alba del siguiente. La marcha se llevó a cabo por un camino de llamas, elevado, áspero y frío, que tenía la ventaja de reunir tan pésimas condiciones, que no era fácil hallar situados en él a los enemigos.

La marcha fué accidentada, pues habiendo huido los arrieros, los soldados de artillería hubieron de efectuar las funciones de aquéllos, cuyo resultado se

tradujo en un ligero retraso de la maniobra. Desembocados al fin en el llano de Vilcapugio, frente al campamento enemigo, hubo de variar el dispositivo de ataque (33). El mando del ala derecha lo ostentaba Ramírez; el de la izquierda el Mayor General Tacón, y el del centro Pezuela. Así, preparados, comenzaron el ataque contra el enemigo.

Los argentinos, en número de unos 5.000 hombres de infantería y 650 de caballería, con 14 cañones y dos obuses, se hallaban preparados para luchar, apoyada su retaguardia sobre una montaña, defendida por gran cantidad de indios y cochabambinos.

La batalla fué dura para ambos ejércitos y presentó algunas alternativas, que pusieron en peligro a los realistas, que, en un total de 3.000 hombres de infantería y 480 de caballería, con doce cañones se lanzaron contra los enemigos en una acción que duró desde las ocho y media de la mañana hasta las tres de la tarde. Comenzado el ataque por la izquierda, hubo un primer momento de retroceso argentino, gracias al cual los realistas ganaron terreno, aunque lentamente, sobre todo por la parte derecha, llegando a estrecharlos contra la montaña que les servía de base. Pero dicho retroceso era un movimiento ordenado, lo que hizo darse cuenta a Pezuela de que el ejército patriota poseía un fuerte contingente de tropas disciplinadas y no estaba integrado por reclutas, como se había hecho creer.

Con un violento forcejeo continuó la batalla hasta media mañana, en que, heridos o muertos la mayoría de los jefes que mandaban el ala izquierda realista, comenzó a ceder, contagiándose el centro, a pesar de

(33) La colocación de las tropas de Pezuela era la siguiente: Picoaga, con un Regimiento, cuatro piezas de Artillería y el Cuerpo de Cazadores de Olafeta, ocupaba la derecha. Lombera, con otro Regimiento, cuatro cañones, un Cuerpo del Coronel Lahera y un Escuadrón de Caballería, la izquierda. Estévez, con su Batallón, un Escuadrón de Caballería desmontada y cuatro cañones, ocupaba el centro. La reserva la formaban el Batallón de Azángaro, que había llegado dos días antes de la batalla; dos Escuadrones de Caballería y dos piquetes del Cuzco y La Paz. Arch. Abascal. Copia de Parte de Pezuela a Abascal. Cuartel General de Condocondo, 6 de octubre de 1812.

los esfuerzos que por evitarlo hacia Tacón. Como el ala derecha continuaba firme y empujaba a los argentinos, aprovechó Pezuela este momento para reunir a los dispersos y reforzar la izquierda, consiguiendo lo cual les obligó a avanzar, haciendo retroceder a los argentinos hacia la montaña, a pesar de sus violentos contraataques. Al fin, hacia las tres de la tarde, se retiraron las fuerzas de Belgrano, y Pezuela quedó dueño del campo. En él dejaron gran cantidad de muertos y prisioneros, calculados por el general realista en unos 600 de los primeros, y más de 1.000 heridos, aparte de 137 prisioneros. Además, perdieron gran cantidad de artillería y municiones. Por su parte, los realistas tuvieron 153 muertos, 257 heridos y 61 desaparecidos (34).

Como recompensa a su actuación, fueron ascendidos al grado de Mariscal de Campo, en el campo de batalla; y propuestos para su aprobación por el Virrey, Ramírez y Picoaga, y Lombera y Tacón al de Brigadier, aparte de otros muchos jefes y oficiales. Todos ellos fueron después confirmados por Abascal (35).

La inmediata consecuencia de la batalla de Vilcapugio fué la dispersión de las fuerzas argentinas. Por una parte, Díaz-Vélez, con 400 hombres, marchó a Potosí para defender la ciudad; por otros lados había diferentes grupos de fuerzas, más o menos numerosos, que se dirigían todos hacia el Sur, y por último, Belgrano, con 1.500 hombres, se hallaba situado entre Macha y Chuquisaca.

De todas estas fuerzas, la que mayor preocupación podía causar a Pezuela era la de Belgrano, pues su situación era a propósito para atacar su flanco si continuaba el avance hacia Potosí, y aún podía tam-

(34) *Arch. Abascal.* Copias de Partes de Pezuela a Abascal de 1 y 6 de octubre. Parte de Ramírez a Pezuela de 4 de octubre, y de Tacón a Pezuela de 2 de octubre. Copias de Inventarios de Artillería, municiones y pertrechos tomados a los insurgentes en la batalla de Vilcapugio y Estado de muertos, heridos y dispersos del Ejército Nacional y de prisioneros hechos por éste de los días 12 y 5 de octubre de 1813, respectivamente.

(35) La noticia de la victoria llegó a Lima el 27 de octubre y fué celebrada con repique general, fiestas religiosas y un baile ofrecido por los oficiales de la guarnición, al que asistió el Virrey.

bién sublevar a los pueblos situados a su espalda. En vista de ello decidió concentrar su esfuerzo sobre dicho punto, sin olvidar a Potosí. Contra esta ciudad marcharon Olañeta y Castro por el camino del Despoblado y el de Postas respectivamente, sostenido el primero por 500 hombres de la división de Ramírez. El plan de Pezuela consistía en arrojar a Belgrano hacia el Sur y marchar luego a Potosí para ocuparla. Con ello se lograría la liberación de todo el Alto Perú, pues las ciudades de Cochabamba y Chuquisaca, aunque sublevadas contra los realistas, podrían ser dominadas fácilmente una vez que no tuviesen posibilidades de ayuda.

La situación de Pezuela no era lo ventajosa que se podía esperar después de la batalla de Vilcapugio, debido a la pérdida de 1.500 caballos y mulas de transporte que había sufrido su ejército por la escasez de forrajes y la inclemencia del tiempo. Lógicamente, esto se traducía en una gran lentitud de movimientos, ocasionada por la falta de medios de transporte, o por tenerse que hacer sobre asnos o llamas, extraordinariamente lentos, y aún a veces hubo de conducirse la artillería a brazo. Tal circunstancia permitió a los argentinos retirarse en orden y colocarse en los puntos ya dichos para reunir y reorganizar sus tropas.

La situación encerraba, pues, una amenaza para Pezuela y podían incluso echarse a perder los frutos de Vilcapugio, a poco que tardase el general realista en ponerse en marcha. Por esta razón, el 30 de octubre, se puso en movimiento, después de haber ordenado reunirse con sus tropas a las que se hallaban en camino de aquella ciudad, para dirigirse al encuentro de Belgrano, al que se le había unido Díaz-Vélez desde Potosí.

El primer día de marcha recibió un parte del Comandante Militar de Oruro, que le daba cuenta de que Belgrano había enviado una gruesa partida integrada por tropas, indios y cochabambinos al pueblo de Sicasica. Dicha expedición tenía un doble objeto: atacarlo, y sublevar los pueblos de la región, con la idea de llegar hasta La Paz para interceptar la comunicación del ejército realista con el Virreinato y entorpecer sus movimientos. Pero el peligro

pasó pronto, pues Pezuela comisionó para hacer frente a los argentinos al coronel Imaz, que a su llegada se encontró con que ya había sido disuelta la partida enemiga.

Tras una marcha dificultosa, llegó Pezuela el 12 de noviembre a las alturas del Taquiri, distante dos leguas de la posición de los argentinos en Oyohuma, al otro lado del río, al que llegó el día 14. La posición enemiga, naturalmente ventajosa, había sido reforzada con construcciones de ingeniería, y habían hecho de ella un punto fuertemente defendido y de difícil acceso. El plan de Belgrano consistía en detener el avance realista ante sus posiciones, que cortaban el camino y aprovechar este momento para atacar por la derecha. Pero su plan fué desbaratado por Pezuela, que hizo variar la marcha de sus tropas y reforzó el costado derecho con más infantería y artillería, mientras que por su izquierda ocupó una loma que dominaba la derecha de los argentinos. Así preparados, avanzó todo el ejército y comenzó un violentísimo fuego de cañón para proteger la manio-
bra de su izquierda.

La primera fase del combate fué afortunada para los realistas, pues su columna de la izquierda tomó la altura, y su derecha reforzada frustró todos los ataques de la caballería argentina. En vista del éxito, Pezuela ordenó proseguir el avance de todas sus fuerzas, protegidas por la artillería, para atacar de frente al enemigo, mientras sus alas intentaban envolverlo. Pero en este momento tuvo lugar una reacción de los argentinos. Sus tropas, que habían aguantado a pie firme el nutrido fuego de los cañones realistas, a pesar de los claros que producían en sus filas, iniciaron un violento ataque, combinado de la infantería y de la artillería. Se sucedieron catorce minutos de angustia, en los que el ímpetu de los atacantes chocaba con la firmeza de las tropas de Pezuela, hasta que al fin, literalmente machacados por la artillería de éste, no tuvieron otra resolución que la retirada (36).

(36) Arch. Abascal. Copia de Parte de Pezuela a Abascal. Cuartel General de Macha, 15 de noviembre de 1818.

Las dos batallas de Vilcapugio y Ayohuma significaron el fin de la expedición de Belgrano y la total evacuación del Alto Perú por las fuerzas argentinas. La segunda fué complemento de la primera, pues, derrotados los patriotas en Vilcapugio, aunque sus fuerzas se retiraron, la retirada fué lo suficientemente ordenada para permitirles permanecer en una posición ventajosa cerca de Macha, en Ayohuma. Desde allí volvían a amenazar a los realistas y les impedían toda ofensiva contra Potosí. De tal modo se hacía necesaria una nueva acción, que sin ella se hubieran inutilizados los resultados de la primera, tanto más, cuanto que Belgrano había dado órdenes de reunírsele a las tropas que se hallaban en Potosí, para marchar junto contra los realistas.

Al decir esto último, puede creerse que la batalla de Vilcapugio fué de carácter secundario, a juzgar por sus resultados. Nada más lejos de la verdad. Vilcapugio fué una batalla de gran trascendencia, pero a la que no se le pudieron sacar los frutos, debido a la carencia de caballería y de provisiones en el ejército realista. Aun en Ayohuma se dejó sentir la falta, pues, retirados los argentinos, no se pudo continuar la persecución durante mucho trayecto, debido también a la causa antedicha.

Hay en estas dos batallas algunas diferencias con las dadas por Goyeneche. Gran parte de la variación era debida al ejército argentino. No cabe establecer una comparación entre las fuerzas que se le opusieron a Goyeneche en Huaqui o Sipe-Sipe, y las que se le enfrentaron a Pezuela en Vilcapugio y Ayohuma. En las dos primeras se trataba de grandes masas de hombres, con poca disciplina y casi ninguna experiencia militar; en las segundas el número había cedido en beneficio de una mayor organización y de un aumento del espíritu militar.

Ciertamente creo que, al menos en los primeros momentos de la guerra de la Independencia americana, el ejército argentino no resiste la comparación con el realista. En todo momento, como dice Mitre, la organización y los mayores talentos militares estuvieron de parte de éstos (37). Mas no hay que des-

(37) MITRE, Bartolomé. Op. cit. Tomo I. Pág. 225.

preciar por eso el valor guerrero de las tropas argentinas. Belgrano supo infundirles el espíritu de que tan faltos se hallaban en los primeros tiempos. Y esto nos lo demuestra su actuación en Vilcapugio y Ayohuma, en donde resistieron los ataques de Pezuela, e incluso hubo momentos en que pusieron en peligro a su ejército. Si al final la victoria fué para los realistas, se puede decir que correspondió a su mayor experiencia y a la mejor preparación de sus tropas, no a otra cosa.

Libres los caminos del Alto Perú, Pezuela pensó tomar las dos ciudades más cercanas que se hallaban en poder de los enemigos, Chuquisaca y Potosí, y dejar a Cochabamba para una posterior operación. Para tomar las dos primeras envió sendas columnas al mando de Lombera y Ramírez, respectivamente. Ambos ocuparon las dos ciudades casi a la par.

La principal meta de estas operaciones era la ocupación de Potosí. A dicha ciudad llegó Ramírez el 19 de noviembre y la encontró evacuada por los argentinos. Antes de marchar, Belgrano envió a Pezuela una comunicación para proponerle un armisticio, que fué totalmente rechazado (38). Y ante la negativa, y en la imposibilidad de defender la ciudad, se retiró hacia Salta. Algo semejante le ocurrió a Lombera en Charcas, que encontró también abandonada.

(38) *Arch. Abascal*. Copia de Oficio de Belgrano a Pezuela. Cuartel General de Potosí, 18 de noviembre de 1813. Contestación de éste. Cuartel General de Macha 22 de noviembre de 1813.

PEZUELA

RONDEAU

CAPITULO XI

LA LIBERACIÓN DEL ALTO PERÚ. WILUMA

La segunda retirada de los argentinos del territorio altoperuano significó, no sólo el fracaso del plan de Belgrano en sus dos aspectos, el militar y el político, sino también un paso más en la divergencia ya existente entre las provincias de la Audiencia de Charcas y las argentinas. Belgrano había puesto especial empeño en atraerse a los habitantes de estos territorios; había cuidado que sus soldados no cometiesen el menor atentado que pudiera herir su sensibilidad y procuraba conquistarse su favor por todos los medios a su alcance. Pero cuando había conseguido reparar en gran parte los errores cometidos en la primera invasión del Alto Perú, tuvieron lugar los desastres de Vilcapugio y Ayohuma, cuyas consecuencias fueron fatales, en este sentido, para la revolución. Los soldados argentinos, en su retirada, olvidaron las órdenes de su general y cometieron toda clase de excesos, e incluso el propio Belgrano tuvo la falta de tacto de intentar la voladura de la Casa de la Moneda de Potosí, después de haber extraído de ella todo el dinero que pudo encontrar en sus cajas (1). Ciertamente, no era

(1) GARCIA CAMBA, A. *Memorias*. Bibl. Ayacucho. Madrid. s. a. Pág. 160. T. I.

éste el mejor medio de dejar un buen recuerdo de sus ocupantes en el Alto Perú.

Sin embargo, lo anterior no quiere decir que en los peruanos se operase como reacción un movimiento de simpatía hacia los realistas ni mucho menos. Desde 1809 se sucedían en sus ciudades los levantamientos revolucionarios y habían transcurrido tres años desde la primera invasión argentina. Ambos factores determinaron, en gran parte, el arraigamiento de la tendencia independizante en el Alto Perú. Ahora bien, esta idea, que en un principio nació—dejando aparte las sublevaciones de La Paz y Chuquisaca en 1809—, como una secuela lógica de la sublevación de Buenos Aires, con la que se mantuvo en estrecho contacto durante los tres años, aunque no fuera permanente la ocupación de su suelo por las tropas argentinas, sufrió poco a poco una desviación fundamental. Los acontecimientos ya referidos fueron una de las causas principales por las que los argentinos llegaron a ser casi tan odiados como los realistas en las provincias altoperuanas. Consecuencia de ello es el carácter peculiar que a partir de entonces adquirió la guerra en el Alto Perú. Surgen ahora los caudillos que, como Arénales, Carnés o Güemes, dieron lugar a las «montoneras» o «republiqueñas», grupos de guerrilleros que luchaban independientemente unos de otros, sin reconocer autoridad superior, y que trabajaban todos por la libertad del Alto Perú. Su misión consistía, fundamentalmente, en obstaculizar las comunicaciones y hacer imposible la ocupación del territorio a las fuerzas enemigas.

Durante su estancia en Potosí, Belgrano no tuvo ningún plan de operaciones determinado, ni le era factible tenerlo, dadas las condiciones de sus tropas. Solamente pudo aprovechar la inactividad de los realistas para llevar a cabo sus propósitos. Pero entretanto, utilizó cuantas ocasiones se le ofrecieron para ponerse en contacto con los revolucionarios e indios de estas provincias. Aunque sabía que no podía esperar gran cosa de los últimos, en cuanto a su adhesión permanente a la causa de la independencia, procuraba al menos exaltar su espíritu de tribu frente a la dominación española. Sin embargo, su apoyo no fué todo lo eficaz que pudiera haber pensado el general argentino, debido en gran parte a la desconfianza

de los indios hacia los patriotas, y a su poca eficacia guerrera. Mucho más en contacto se mantuvieron los indios con los caudillos revolucionarios del Alto Perú durante todo el tiempo de la lucha por la independencia, que con los argentinos, en quienes vieron siempre al invasor, casi tan odiado como los realistas.

Ya con unos o con otros, es lo cierto que las correrías de los indios y las sublevaciones comenzadas en Cochabamba y Chuquisaca, eran motivos de constantes preocupaciones para Pezuela. Por ello, desembarazado de los enemigos más temibles, se dedicó a la pacificación del territorio que ocupaba.

Después de las batallas de Vilcapugio y Ayohuma sus fuerzas se hallaban divididas en tres partes. Una de ellas, mínima, era la encargada de cubrir las guarniciones de las ciudades; otra, la que al mando de Lombera se dirigió a Chuquisaca para sujetar las provincias de Charcas y Cochabamba, y una tercera, la más nutrida, aquélla cuya vanguardia mandada por Ramírez acababa de ocupar Potosí. Los objetivos de los tres núcleos de fuerzas eran igualmente importantes, pues si a Pezuela le interesaba avanzar hacia Jujuy y Salta, camino del Tucumán, igualmente le era preciso mantener en sus manos el control de las ricas provincias altoperuanas.

El mejor, o quizás el único modo de someter todo el Alto Perú, era mantener la posesión de las ciudades insurreccionadas. De ahí la expedición de Lombera a Chuquisaca, cuya ocupación se realizó rápida y fácilmente. Pero el núcleo de la resistencia lo constituía Cochabamba. Basta recordar las dos sublevaciones anteriores para confirmar este juicio. Pues bien, una vez dominada la segunda sublevación, tan pronto como dicha ciudad se vió libre de la presencia del ejército peruano, se levantó de nuevo y obligó a huir al Intendente y al Arzobispo, que hubieron de refugiarse junto a los realistas. La difícil situación del Ejército impidió a Pezuela dedicarse al problema con la atención que requería, y se limitó exclusivamente a mantener las comunicaciones con el Virreinato. Pero una vez evacuado el territorio por las tropas argentinas, se decidió a emprender una expedición de castigo contra la ciudad y su provincia. Dispuso el envío de 600 hombres al mando de don Martín de Jáuregui,

gobernador político y militar de Oruro. En un principio colocó en Chayanta 250 hombres de caballería, mientras se ultimaban los preparativos, y una vez terminados éstos, Jáuregui se reuniría a ellos para marchar contra la ciudad, y con él irían el Intendente y el Arzobispo, que le asesorarían con sus conocimientos (2).

Pronto se tuvieron noticias del feliz resultado de la expedición. Arenales, hecho gobernador de Cochabamba por Belgrano, se encontraba desprovisto de municiones y material por haberlo enviado todo al Ejército de aquél antes de la batalla de Ayohuma. Ante la presencia de las fuerzas realistas no le cupo otra solución que la huida, y se dirigió, a través del Valle Grande, a Santa Cruz de la Sierra. Evacuada la capital por las tropas, sus habitantes enviaron una diputación a Jáuregui con el ofrecimiento de su rendición incondicional. Ocupada la ciudad, el jefe realista dividió sus tropas en dos partes: una destinada a la ocupación de la provincia, y otra, que se dirigió contra Arenales hacia Santa Cruz de la Sierra (3). Se originó entonces una campaña bastante trabajosa para los realistas y que impidió a Pezuela moverse hacia Jujuy, como pretendía el mes de mayo de 1814.

En el lado de los patriotas fué llevada la lucha por Arenales. Este personaje es quizás uno de los tipos más característicos de los caudillos de la revolución en el Alto Perú. Espíritu aventurero, pero con grandes recursos, fué el más eficaz colaborador de Belgrano en sus operaciones. Promovió la sublevación de Salta en tiempos de la batalla del Tucumán, como se ha visto, y mantuvo viva la insurrección en el Alto Perú, mientras Belgrano se hallaba en sus fronteras. Y aún, después de derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, le debió en gran parte el general argentino la facilidad que encontró para llevar a cabo su retirada.

Tomada Cochabamba por los realistas, se retiró hacia Valle Grande, tras un fallido intento de sostenerse en el Valle de Mizque, y allí, en comunicación

(2) *Arch. Abascal*. Copia de Oficio de Pezuela al Marqués de la Concordia. Cuartel General de Macha, 23 de noviembre de 1813.

(3) *ABASCAL. Memoria*. Tomo II. Págs. 466-467.

con Santa Cruz de la Sierra, se preparaba para hacer frente a la proyectada expedición contra dicho territorio al mando del coronel Blanco.

Reforzado Arenales, y extendida la sublevación a todos los valles de la cordillera oriental, presentó batalla el 4 de febrero a la columna realista en el lugar denominado San Pedrillo, con 400 hombres de infantería y otros tantos de caballería. El combate fué duro, y después de tres horas de lucha, se decidió al fin por aquéllos. Arenales hubo de retirarse hacia Santa Cruz de la Sierra. Sin embargo, los realistas no pudieron continuar su avance. Reforzado el caudillo altoperuano por Warnes, a pesar de los piques de éste por cuestiones de autoridad, consiguió mantenerse en Valle Grande. Y no sólo sostuvo su posición, sino que propagó la rebelión en La Laguna y entre los indios chiriguanas, con lo que obligó a Pezuela a enviar contra ellos una columna de 200 hombres al mando del coronel Benavente. El flanco izquierdo de los realistas estaba seriamente amenazado, y con la insurrección de los indios de Pilcomayo, los sublevados del Alto Perú podían entrar en un contacto más directo con los argentinos. Por otra parte, en las provincias limítrofes a Cochabamba comenzaba a surgir de nuevo la rebelión.

La finalidad de las columnas de Blanco y Benavente era, ante todo, empujar a Arenales y a los indios al otro lado de la cordillera oriental, más allá de Santa Cruz de la Sierra, para privarlos de todos los posibles puntos de apoyo y aislarlos de los argentinos. Pero tenían en contra lo accidentado del terreno y el clima malsano de aquellos territorios. Precisamente por eso es aquí donde Arenales y Warnes querían a toda costa dar la batalla a los realistas y defender los desfiladeros que les mantenían abiertas las entradas hacia Santa Cruz de la Sierra.

La lucha se polariza ahora principalmente en dos puntos: en los desfiladeros de Valle Grande e inmediaciones de Santa Cruz de la Sierra, y en el partido de La Laguna, en la provincia de Chuquisaca; lo cual no quiere decir, sin embargo, que se circunscribiera únicamente a dichos puntos. El mismo carácter de la contienda, llevada a cabo con partidas poco numerosas y contando con el terreno como uno de los

factores principales en su desarrollo, le dan una movilidad extraordinaria, que se traduce en lo poco provechoso de sus resultados.

Así comienza una serie de acciones, en las cuales el principal empeño de los realistas era actuar con todas sus fuerzas reunidas, mientras los patriotas ponían todo su interés en mantener la división entre aquéllas; y aún aumentaban las dificultades para los realistas con el nacimiento de nuevas rebeliones a su espalda, que les obligaban a luchar en medio de una gran inseguridad.

Teniendo en cuenta estas circunstancias, el relato minucioso de las campañas en el Alto Perú sólo serviría para complicar mucho más el cuadro, ya de por sí amplísimo, de la lucha total. Basta recordar como hitos fundamentales en su desarrollo, en primer lugar el combate de la Angostura, cuyo resultado fué la ocupación de Santa Cruz de la Sierra por los realistas, y el de La Florida, desgraciado para éstos.

Dispersado Warnes por las fuerzas de Blanco, se unió a las de Arenales, y juntos lo esperaron a orillas del río Piray. Blanco había ocupado Santa Cruz de la Sierra tras el encuentro de la Angostura, y, poseionado de la ciudad, envió a Udaeta a perseguir a los que se retiraban con 300 hombres, mientras él se dirigía con el resto de las fuerzas hacia la misión de La Florida. Allí le encontraron Warnes y Arenales y el resultado del combate fué adverso para los realistas.

Indudablemente, la causa fundamental de la derrota de Blanco hay que buscarla en su inferioridad de fuerzas. Al desprenderse de la columna de Udaeta quedó en manifiesta inferioridad ante los enemigos, que, además, supieron aprovechar hábilmente las condiciones del terreno. Muerto el jefe realista en la batalla, el resto de sus tropas se dispersaron, y al cundir la sublevación en la provincia de Santa Cruz de la Sierra, la pequeña guarnición que Blanco dejara en la capital hubo de evacuarla rápidamente (4).

(4) ABASCAL, *Memoria*. Tomo II. Págs. 478-ss; GARCIA CAMBA, op. cit. Tomo I. Pág. 163 y ss; MITRE, op. cit., Tomo I. Pág. 284-ss.

A partir de aquí, el resto de la lucha se mantiene con alternativas, impulsada en todo momento por los argentinos.

Entretanto, en el Sur, como dejé dicho más atrás, las fuerzas de Ramírez entraron en Potosí y se disponían a seguir su avance en territorio de la provincia de Salta. Según las instrucciones del Virrey, debía continuar hasta el río del Pasaje y colocar el Cuartel General en Suipacha (5). En dicho punto aguardarían a que transcurriese la estación de las aguas, y entretanto procuraría informarse de la situación de Montevideo.

Los patriotas se hallaban fortificados en Cobos, mientras Ramírez avanzaba hasta Jujuy y Salta con sus primeras tropas. Con ellas les hizo desalojar sus posiciones, en vista de lo cual, Pezuela adelantó su Cuartel General hasta Tupiza.

Después de la batalla de Ayohuma, Belgrano creyó peligrosa la permanencia de su ejército en la frontera del Alto Perú, y si se detuvo en Cobos fué por la imposibilidad de atravesar el río del Pasaje en la estación de las aguas. Pero ante la proximidad de la vanguardia realista, tuvo que continuar la retirada hasta el Tucumán. El mando de Belgrano no había sido afortunado para el ejército argentino. Se hizo cargo de él en una situación difícil, cuando parecía inminente la derrota total de las fuerzas revolucionarias. Sus primeros pasos fueron extraordinariamente felices.

Las batallas de Tucumán y Salta afianzaron definitivamente los resultados de la revolución e hicieron presagiar fáciles triunfos sobre el desmoralizado ejército realista. Pero la falta de medios para continuar su avance dió lugar a que el Virrey del Perú sustituyese al jefe de su ejército, y con él varió todo el plan estratégico.

Indudablemente, Belgrano no tuvo nunca un plan de operaciones fijo, como en muchos casos tampoco lo tuvieron los generales realistas. Dada la superioridad de sus enemigos, hubo de supeditar a éstos sus movimientos. Aun cuando los hubo vencido y llegó

(5) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 464.

hasta Potosí, se vió obligado a detenerse por falta de medios. Entonces se dió cuenta de que el sistema más eficaz para triunfar sobre los realistas en el Alto Perú, dada su propia imposibilidad, era fomentar y mantener la sublevación en las ciudades de este territorio, mientras él, a la defensiva, estaba atento a la mejor ocasión que se le presentase para obrar en combinación con las ciudades altoperuanas (6).

Su fracaso es fácil percibirlo. En el momento en que avanzó prescindiendo de una ayuda directa e inmediata de las ciudades, se encontró con un fuerte núcleo de tropas enemigas reorganizadas a toda prisa por Pezuela, que, libre momentáneamente de los alto-peruanos, pudo emplearse a fondo contra los argentinos. El resultado no se hizo esperar. En dos batallas casi consecutivas se derrumbó definitivamente todo el fruto de sus anteriores victorias. La invasión del Alto Perú estaba condenada al fracaso.

No hay que negar que Belgrano fué uno de los hombres más inteligentes de la revolución argentina; pero lo que no se puede admitir, observando su actuación, es que fuese un general excelente. El mismo Mitre lo reconoce así: «Belgrano, el vencedor de Tucumán y Salta, bien que dotado de altas cualidades, carecía de los conocimientos técnicos y de la inspiración de la guerra...» (7); y su colocación al frente del ejército argentino fué debida exclusivamente a la falta de otro jefe más caracterizado que él. Pero esto no basta para explicarnos su fracaso, si a ello no le unimos que hubo de enfrentarse con un enemigo técnicamente superior, mandado y organizado por militares profesionales.

Cuando Belgrano se hizo cargo del mando del ejército, se encontró ante tres problemas a resolver: «remontar el personal y la moral de un ejército desorganizado, infundiéndole aliento nuevo; proveer las necesidades imperiosas que reclamaba el miserable estado de su material de guerra, y lo que era más arduo, levantar el espíritu de los pueblos abatidos o enconados, y atraerlos a la causa de la libertad, comprometiendo en la revolución» (8). Los tres pro-

(6) LOZA, Emilio. Op. cit. Pág. 533.

(7) MITRE, Bartolomé. Op. cit. Tomo I. Pág. 189.

blemas eran difíciles de resolver, pero en la medida de sus fuerzas los llevó a cabo con entera fortuna, sobre todo el último. Cuando se retiró, después de Ayohuma, dejó tras sí la estela de la insurrección en el Alto Perú, aunque con las características apuntadas más atrás.

Pero frente a él había un ejército mucho más experto y organizado, consciente de su poder (a mi modo de juzgar, un exceso de confianza en este poder fué la causa de las derrotas de Tucumán y Salta) para igualar el cual hacían falta grandes condiciones militares, que no podían suplir la buena voluntad y los escasos, aunque bien aplicados conocimientos de Belgrano. Aun así, y éstos son a mi juicio sus dos grandes triunfos en lo militar, hizo ver a los realistas la vitalidad de la revolución argentina, obligándolos a variar en su modo de pensar y de obrar en relación con el ejército patriota, y dejó afianzada definitivamente la revolución en el Alto Perú.

Tras la derrota de Ayohuma y la subsiguiente retirada al Tucumán, Belgrano insistió en su separación del mando del ejército, alegando la enfermedad que padecía. Es cierto que se encontraba enfermo, pero no creo menos cierto su interés en desaparecer del teatro de la guerra tras el fracaso, antes de que el propio Gobierno lo relevara. En efecto, a mediados de enero de 1814, San Martín se incorporaba al ejército patriota del Alto Perú, primero como segundo jefe, y poco después, como general en jefe del mismo.

San Martín poseía más dotes militares que Belgrano, de quien le diferenciaban peculiares matices, y llegaba al ejército en un momento crítico para su existencia (9). El fracaso de la segunda invasión del Alto Perú había producido general desilusión, y este territorio había ahondado las diferencias con las Provincias Unidas del Río de la Plata. El ejército tan minuciosamente organizado por Belgrano, estaba a

(8) MITRE, Bartolomé. *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Tomo II. Buenos Aires, 1877. Pág. 59.

(9) Sobre el carácter de S. Martín y su paralelo con el de Belgrano, vid. MITRE, B. *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Tomo II. Buenos Aires 1887. Págs. 275 ss; y del mismo autor, *Historia de S. Martín y de la emancipación Sur-Americana*. Tomo I. Buenos Aires 1907. Págs. 191 ss.

punto de desorganizarse de nuevo totalmente, y si los realistas emprendían una ofensiva a través del Tucumán, esta vez sería difícil contenerlos. No quedaba más que una solución: impedir que los realistas continuasen su avance creándoles obstáculos en su retaguardia en el Alto Perú. Como para Belgrano, para San Martín el primero y principal objetivo es mantener la revolución en aquel territorio para obstaculizar los planes de Pezuela.

Pero aún vino a favorecer la idea de San Martín un nuevo acontecimiento: la insurrección de la provincia de Salta, mantenida por Güemes y sus gauchos. Estos hábiles jinetes, organizados por un caudillo con ribetes de demagogo, atacaban constantemente las comunicaciones e interceptaban el abastecimiento del ejército realista (10). Fueron los peores enemigos que encontraron aquellos al invadir el territorio argentino. Formaban la vanguardia del ejército de San Martín, que nombró jefe de ella a Güemes, y con sus correrías, impidieron a Ramírez continuar el avance en la provincia de Salta, tanto más, cuanto que la situación del Alto Perú no se presentaba nada favorable. El general argentino los utilizó para mantener la vigilancia sobre el Pasaje y el Desfiladero de Gauchipás, mientras reorganizaba sus fuerzas en Tucumán. En esta nueva modalidad de la lucha ha visto Mitre el origen de una nueva práctica empleada por San Martín, cuya originalidad consiste en que, «con un campo circunscrito a mantener, y un objetivo fijo que atacar, tuvo una base, una forma y una línea de operaciones dentro del perímetro de los mencionados valles (se refiere a los valles de la frontera con el Alto Perú), con proyecciones metódicas y atrevidas fuera de su radio; con comunicaciones estratégicas para el ataque y para la defensa» (11). En realidad la originalidad de este sistema de guerra se reduce a la utilización de las guerrillas populares como elemento auxiliar en el conjunto de las maniobras militares, caso similar a lo ya

(10) GARCIA CAMBA, A. Op. cit. T. I. Pág. 166.

(11) MITRE, B. *Historia de S. Martín*. Tomo I. Buenos Aires, 1907. Pág. 264.

ocurrido anteriormente en España. Pero el nuevo método de lucha no podía convertirse en definitivo. Había de ser únicamente un medio de ganar tiempo y contener a los realistas mientras San Martín organizaba su ejército.

Por su parte, Pezuela hacía lo propio con el suyo. La dispersión que significaban las diferentes expediciones a las ciudades sublevadas del Alto Perú, había de suplirla con nuevos reclutas y con la incorporación de tropas de diferentes puntos. Tales dificultades le impedían aprovechar los éxitos anteriores; por eso limitó su actividad a la persecución de los gauchos y al abastecimiento de sus tropas (12). Entretanto, había trasladado su Cuartel General a Tupiza, más cercano a los valles de donde partían las correrías de los gauchos, y adonde llegó el 8 de febrero, estableciendo parte de sus fuerzas en Suipacha.

Colocados aquí, se dispuso Ramírez a avanzar sobre Salta, para lo cual ordenó la progresión de sus avanzadas hasta las postas de la Cabaña y de la Caldera. Pero ante la noticia del avance de dos partidas enemigas sobre Salta, hubo de detener su marcha. Los enemigos se dirigían hacia la ciudad a través de los dos caminos que confluían en ella: el Camino Real, atravesando el Pasaje, y el del Despoblado, por el valle de Guachipás.

Poco tiempo atrás habían tenido lugar algunos choques entre los partidarios de Güemes y las tropas de las avanzadas de Ramírez situadas en Salta a las órdenes del coronel Castro. A mediados de marzo, el jefe realista avanzó por el valle de Lerma para obtener caballos, tan necesarios para sus tropas. Pero los gauchos le obligaron a regresar sin cumplir el objetivo de su expedición, y pocos días más tarde tenía lugar otro encuentro, también desfavorable para los realistas, en el Valle de Guachipás. El mismo Güemes con sus gauchos atacaba constantemente Salta y producía pérdidas continuas en su guarnición (13).

Los continuos ataques de los sublevados de la

(12) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Págs. 469 y 472.

(13) MITRE, B. *Historia de S. Martín*. Tomo I, Buenos Aires, 1907. Págs. 266 y ss.

provincia de Salta debieron ser, sin duda, los que indujeron a Ramirez a avanzar para proteger la ciudad y dar una batida en todos los valles de sus alrededores. Pero teniendo noticias de la proximidad de los enemigos, decidió suspender el avance y enviar una columna de exploración a las órdenes del coronel Marquiegui, entretanto recibia los refuerzos que Pezuela le enviara. Sin embargo, sus temores resultaban injustificados y no se verificó ningún ataque de los patriotas. En vista de lo cual y como coincidiese con la entrada de las tropas realistas en Santa Cruz de la Sierra, de que he hablado antes, dispuso el avance del Cuartel General hasta Jujuy, con el fin de estar más cerca de Salta, sobre cuya guarnición se temía un nuevo ataque de Güemes.

Para prevenirlo dispuso Pezuela la concentración de la vanguardia al mando de Ramirez en el fuerte de Cobos, desde donde se podrían destacar columnas para impedir el avance enemigo. Mas, antes de lanzarse a una operación conjunta sobre la provincia de Salta, le interesaba al general tener noticias exactas de la situación y del número de fuerzas de sus contrarios. Para lograrlo destacó dos expediciones, al mando del coronel don Antonio María Alvarez, una, y al de Marquiegui, otra.

La primera, partiendo de Salta, marchó por el curso alto del río del Pasaje y penetró en el valle de Lerma hasta llegar al pueblo de Somalao. Allí se encontró con la infantería enemiga, con la que trabó combate. Durante la primera parte consiguió rechazarla, pero protegida ésta por los bosques, cambió el aspecto de la lucha y Alvarez fué obligado a replegarse. Cuando se retiraba, recibió aviso del avance de nuevas fuerzas patriotas que llegaban del Tucumán, en vista de lo cual, dispuso su regreso a Salta (14).

La otra expedición, al mando de Marquiegui, marchó por el otro camino, hacia el fuerte de Cobos para atravesar el río del Pasaje. En este último lugar encontró a Güemes, preparado para hacerle frente. Los intentos de Marquiegui de arrojarle al Sur del río se estrellaron contra la caballería gaucha y se vió obli-

(14) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 483.

gado a retirarse: como consecuencia tuvo lugar el avance de Güemes hasta Salta, que volvió de nuevo a sufrir sus ataques (15).

No acabaron aquí, sin embargo, las expediciones de reconocimientos enviadas por Pezuela al territorio enemigo. Trásladado a Jujuy, y mientras se operaba la concentración de sus fuerzas en Salta, organizó una nueva columna a las órdenes de Marquiegui, gran conocedor de aquellos terrenos. Dicha columna tenía por objeto adquirir noticias de los enemigos y alarmarlos con ataques inesperados. Se encaminó por la frontera del Chaco, desde donde podría a su vez conseguir el doble objetivo de ayudar a las columnas de Blanco, que operaban en el Alto Perú, y obtener ganados. Desde allí se había de dirigir a atravesar más abajo el río del Pasaje y sorprender las posiciones patriotas por la espalda, proyecto atrevido y que, en parte, fué coronado por el éxito, pues ocupó los fuertes de Santa Bárbara, Río del Valle y Pitos, aunque en ninguno de dichos lugares encontró el ganado que buscaba. En cambio, en Pitos tuvo noticia de la rendición de Montevideo, que unida a la de que Güemes había sido reforzado con 200 hombres, le hizo retirarse (16).

En un principio, las noticias recogidas por Marquiegui sobre la rendición de Montevideo no fueron aceptadas. Se las hacía pasar por un ardid del enemigo para hacer vacilar el ánimo de los realistas. A hacerlas más increíbles contribuía la información llegada por el navío «Asia», arribado al Callao, según la cual, una numerosa expedición estaba a punto de embarcar en Cádiz con rumbo a aquella ciudad. Pero los informes de Marquiegui tenían todo el carácter de ser veraces. Montevideo se hallaba estrechamente bloqueada por la escuadra mandada por el inglés Brown, y el ejército argentino a las órdenes de Alvear la rodeaba por tierra de tal forma que su caída era inminente. Había triunfado entre los gobernantes de las Provincias Unidas la idea de que mientras Mon-

(15) MITRE, B. *Historia de S. Martín*. Tomo I. Buenos Aires, 1907. Pág. 269.

(16) MITRE, B. *Historia de S. Martín*. Tomo I. Buenos Aires, 1907. Pág. 269; ABASCAL, *Memoria*. Tomo II. Pág. 482.

tevideo estuviese en manos realistas, la revolución tenía frente a sí una grave amenaza, y de acuerdo con este pensamiento, estaban dispuestos a conquistarla. El resultado de la lucha no se hizo esperar.

Ante una noticia con tantos visos de verosimilitud, Pezuela se dió cuenta de que, por ahora, había fracasado el plan de la invasión del Tucumán; y no sólo éso, sino que también pensó que quizás sería mucho más conveniente retirarse a posiciones en donde se pudiera establecer con mayores garantías que en las actualmente ocupadas.

Aun como medida precautoria, puesto que todavía no se tenía confirmación oficial de la pérdida de Montevideo, el Virrey dió amplias instrucciones a Pezuela sobre la situación y sus posibilidades y le autorizó a «disponer el repliegue desde Jujuy a Cotagaita, y aún más adelante si era menester, escogiendo en todo los parajes más defensibles que presenta el camino de estas sierras: pero que en último evento nunca debería cederse sino palmo a palmo y por partes el terreno hasta el Desaguadero, que son los términos de ambos Virreynatos» (17). Para lo cual le encargó dispusiese lo necesario en los puntos del trayecto con el fin de no entorpecer el movimiento de las tropas y tener preparados los abastecimientos.

A este motivo de indecisión vino a unirse un peligro real. A partir de la derrota y muerte de Blanco, la insurrección cundió de nuevo en Santa Cruz de la Sierra, desde donde se propagó a otros puntos, principalmente a los partidos de Cinti, Valle Grande y La Laguna. Semejante perturbación desarticuló totalmente los planes para someter a los sublevados del Alto Perú, que llegaron a ser una gran amenaza para la retaguardia de Pezuela.

Así, pues, en vista de las adversas circunstancias externas y de la desertión que se hacía notar en el ejército, dispuso el general realista la retirada de sus fuerzas a Cotagaita, en donde, si bien de un modo provisional, podría hacer una enérgica defensa sobre el río de su nombre. En efecto, el 3 de agosto salía de

(17) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 486.

Jajuy en dirección a aquel punto, y el 21 llegaba a Sulpacha (18).

En el camino de su retirada, Pezuela adquirió noticias ciertas sobre la rendición de Montevideo y sobre otro suceso de mucha mayor e inmediata gravedad: la sublevación del Cuzco. En primer lugar, al extenderse los sublevados hacia el Desaguadero en su intento de tomar La Paz, cortaban totalmente las comunicaciones del ejército y aislaban el Alto Perú. Por otra parte, si lograban apoderarse de aquella ciudad, como parecía probable, cabía pensar, como consecuencia inmediata, en el total alzamiento de las demás ciudades altoperuanas, algunas de las cuales estaban amenazadas por los sublevados de sus provincias; tal era el caso de Chuquisaca y Oruro. Esto sin contar con las repercusiones que dicho movimiento pudiera tener en el Virreinato del Perú, en donde ya se habían dado casos de sublevaciones semejantes en algunos puntos aislados. Agravadas todas las anteriores circunstancias con el carácter peculiar de la revuelta, la situación de Pezuela, de delicada, se tornaba en crítica, y el movimiento que en un principio comenzara a título de precaución, se volvía ahora una medida necesaria e inaplazable.

Con toda su gravedad se planteó la situación en una Junta de Guerra celebrada en Lima el 30 de agosto, en la que, examinadas las posibilidades, se optó por aprobar la retirada de Pezuela y procurarle el envío de refuerzos, sacados de las tropas que luchaban en Chile. Con tal fin se cursaban órdenes al jefe de dichas tropas, don Mariano Osorio, para que enviase el batallón de Talavera y uno de Chiloé, que luchaban a sus órdenes, hacia el Alto Perú por Arica u otro punto, caso de que hubiese conseguido sujetar a los rebeldes chilenos; en caso contrario se le facultaba «para celebrar un convenio cuyas estipulaciones fueran las más ventajosas que pudiese conseguir, para que, dirigiéndose con la fuerza total de su expedición, llenasen el objeto de salvar el ejército del Alto Perú» (19).

(18) GARCIA CAMBA, A. Op. cit. T. I. Pág. 169.

(19) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 492.

Es decir, que de todos los problemas que en este momento tenía planteados Abascal, el más importante para él, y objeto de sus preferencias, era el mantenimiento del ejército del Alto Perú. Pensaba que mientras se mantuviese un fuerte núcleo de tropa en esa región, estaría defendida la integridad del Virreinato. No importaba que estallasen revoluciones como la del Cuzco, graves en sí, pero que, sin entrar en contacto con los enemigos de fuera del Virreinato, tarde o temprano, estaban condenadas al fracaso. Por eso no vacila en aconsejar a Osorio la contemporización que antes desautorizara a Gáinza. Cree más conveniente llegar a un pacto con los chilenos, que abandonar a su propia suerte al ejército de Pezuela. Indudablemente, Abascal llegó a temer un alzamiento general del Alto Perú, cuyo resultado inmediato había de ser la disolución y la derrota del ejército realista. De ahí todo su interés en precaver semejante desgracia.

Aún amenazaba a Pezuela otro mal. Se recordará que el núcleo principal del ejército organizado en un principio por Goyeneche lo constituían los naturales del Cuzco, que siguieron nutriendo sus filas durante los cuatro años de lucha, y aunque siempre habían dado prueba de su fidelidad al Rey, era de temer que ahora, en que moralmente derrotados se retiraban hacia sus antiguas posiciones, sabedores de la sublevación de su ciudad, y minada su voluntad por elementos perturbadores, se declarasen en rebeldía o desertasen de sus filas, con lo cual colocarían en una situación apurada a su general.

Una prueba del peligro existente fué la abortada conspiración del coronel Castro. Don Saturnino de Castro, coronel salteño, que se había distinguido en la batalla de Vilcapugio, ante la sublevación del Cuzco y la proximidad del ejército argentino, concibió la idea de sublevarse al frente de sus tropas y atraer a las demás, para con todas ellas pasarse al enemigo. Su plan consistía en ganarse a los cuzqueños del ejército realista y, con su influencia, sublevar los demás Cuerpos. Para garantizar, pues, el éxito entró en relaciones con el jefe argentino, entonces Rondeau, que había relevado a San Martín, para que se acercase a sus posiciones; así pensaba asegurar el triunfo con

la proximidad de aquellas fuerzas. Sin embargo, el plan no estaba del todo determinado. Para llevarlo a cabo, pensaba, o bien apoderarse de la persona del general español y de su Cuartel General y sublevar después al ejército, o bien marchar a Moxos, donde se hallaba la vanguardia, para apoderarse de ella por sorpresa, y efectuada la primera parte del plan, intimar la rendición a Pezuela (20).

El proyecto de Castro fué descubierto a tiempo por el general; pero como aquél se apercibiese, decidió adelantarlos. Mas su intento fracasó. Sus propios soldados no le siguieron completamente, y sus intentos de atraerse a los cuzqueños no tuvieron éxito. Detenido y sometido a juicio, fué fusilado poco después (21).

La conspiración de Castro no tendría importancia alguna, y no pasaría de ser una intriga más, común a todos los períodos revolucionarios, si no se hubiese dado las circunstancias que la hicieron fracasar. De haber triunfado, a más de cambiar el curso de la guerra, hubiese significado el fracaso del sistema de Abascal, no sólo en su aspecto militar, sino también en el político. El hecho de que los cuzqueños del ejército no ya rechazasen la insinuación de rebelarse para luchar al lado de sus paisanos, sino que, antes al contrario, pidieran voluntariamente ir a combatirlos, es, a mi juicio, el más alto triunfo de la política seguida por Abascal en su gobierno, secundada eficazmente por sus colaboradores.

Recibidas las noticias sobre los proyectos de los sublevados del Cuzco, Pezuela reunió una Junta de Guerra en Suipacha, con el fin de tomar las medidas necesarias. Se determinó que Ramírez marchase contra los cuzqueños con dos batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, en un total de unos 1.200 hombres; de esta fuerza se haría cargo Picoaga, una vez que llegase al teatro de la lucha. Mientras tanto, el resto de las fuerzas efectuaría un repliegue hasta Cotagaita, en donde les sería más fácil dete-

(20) MITRE, B. *Historia de Belgrano*. Tomo II. Buenos Aires, 1887. Pág. 386.

(21) GARCIA CAMBA, A. Op. cit. T. I. Pág. 175.

ner al enemigo, cuyas avanzadas se hallaban en Yavi (22).

Fué entonces, una vez que se supo lo resuelto en la Junta respecto a la columna expedicionaria al Cuzco, cuando el primer Regimiento de las fuerzas de Pezuela, compuesto de cuzqueños, se ofreció voluntariamente a ir contra los sublevados. Dicho Regimiento era el mismo que Castro incitara a la sublevación.

Indudablemente, fué medida de habilidad la de Pezuela al aceptar el ofrecimiento de sus soldados. Es curioso hacer notar cómo estos soldados del Cuzco, que llevaban ya varios años de lucha desesperanzada contra los patriotas, se mantienen en todo momento fieles al Rey, y en cambio, los que estaban en su ciudad, menos en contacto con los sublevados argentinos, empuñan las armas contra los españoles, diferencia interesante de resaltar. Conviene también recordar, como ya dije más atrás, que el núcleo del Ejército Virreinal, el que constituyó el eje de la resistencia española hasta Ayacucho, estaba formado por los indígenas del Perú, y que en su mayor parte el elemento perturbador y dado a la desertión, lo constituían los procedentes de las provincias del Alto Perú, incorporados al ejército durante la ocupación del territorio. En esta identificación de los peruanos con la causa realista hay que hacer notar la habilidad del Virrey Abascal, a que ya me he referido en la primera parte de este trabajo. Sus soldados, de tal forma se unieron a la causa del Virrey, que no le abandonaron jamás; y sus jefes les eran tan queridos que basta recordar al efecto la fermentación producida en los campamentos realistas con motivo de la separación de Goyeneche.

Enviado, pues, Ramírez con sus tropas hacia el Cuzco, comenzó Pezuela el repliegue hacia Cotagaita. El 15 de septiembre salía de Suipacha, y el 19 llegaba a aquel punto, en donde se dispuso a fortificarse.

Entretanto se desarrollaban todos los anteriores acontecimientos en el campo realista, en el argentino

había tenido lugar un cambio de jefes. A San Martín había sucedido en el mando del ejército el general don José Rondeau, quizás el menos hábil de todos los jefes que tuvo el ejército patriota en esta época. Mantenido al frente de las tropas contra las órdenes del Gobierno, no supo imponerse a los jefes que lo sostuvieron, y sus planes militares carecieron de originalidad (23). Un testigo de sus operaciones, que le profesaba gran afecto, no puede menos que decir acerca de él: «El General Rondeau era un perfecto caballero, adornado de virtudes y prendas estimables como hombre privado; pero de ningunas aptitudes para un mando militar, principalmente en circunstancias difíciles, como las en que se hallaba» (24).

Sin embargo, se preparó para comenzar una nueva campaña contra Pezúela; sin duda, quería aprovechar el trastorno que produjo la revolución del Cuzco. El ejército argentino había sido reforzado últimamente, aunque hay discrepancia sobre el número exacto de sus soldados. Abascal lo fija en 3.000 hombres; en cambio, Mitre los eleva a más de 4.000 de las tres armas, y García Cambá, a 5.000. Por lo menos debía oscilar su número de 4 a 5.000 hombres.

De todas formas, al comenzar la ofensiva las ventajas que se le ofrecían a los patriotas eran grandes: se habían apoderado de la entrada al Alto Perú; se hallaban en contacto con los sublevados de dicho territorio y con los del Cuzco, y poseían un ejército superior en número al de los realistas. Entretanto, éstos habían de atender a la vez a la desertión, a las sublevaciones de su retaguardia y a la enorme revolución del Cuzco, mientras que habían de estar a la mira de los posibles ataques argentinos.

Sin embargo, Rondeau dejó pasar la ocasión, ya fuera porque no estuviese seguro de sus tropas, o porque juzgase muy aventurado adentrarse en el Alto Perú. Se limitó a colocar sus avanzadas en Yavi, a las órdenes de Güemes, y a apoyar el resto de su van-

(23) MITRE, B. *Historia de Belgrano*, Tomo II. Buenos Aires, 1887. Págs. 387-388.

(24) PAZ, J. María. *Memorias póstumas*. Bibl. Ayacucho. Madrid, s. a. Pág. 269.

guardia a lo largo del desfiladero de Humahuaca. Pensó llevar a cabo un plan semejante al de Belgrano, que consistiría en fomentar las sublevaciones para obligar a Pezuela a una retirada hasta el Desaguadero, sin necesidad de combatir con él, o al menos, combatiendo en una mínima parte. Y es que todos los generales argentinos pensaban que un factor imprescindible para expulsar al ejército realista del Alto Perú era la sublevación de sus ciudades. Sin ella la conquista de este territorio era del todo imposible. El camino de los conquistadores se alargaba extraordinariamente y crecían las dificultades para el abastecimiento y la reposición de las tropas. En cambio, contando con el pueblo adicto, quedaban obviadas las dos dificultades. He aquí, pues, la clave de la estrategia de los generales argentinos ante el problema de la guerra en el Norte. He aquí también la explicación de por qué una guerra que empezó por parte de los argentinos con el fin de liberar las provincias alto-peruanas y se convirtió en lucha a muerte contra los realistas, degeneró en una guerra de movimientos sin ningún resultado definitivo. Sin embargo, hay que tener presente la idea de que el sistema utilizado por los generales patriotas era el único que cabía seguir en el camino hasta entonces utilizado por la estrategia de la revolución argentina.

El error de Rondeau no residió, pues, en seguir esta táctica, sino en no aprovechar sus resultados, simultaneándola con el avance de sus fuerzas en el primer momento de desconcierto realista. En lugar de ello, les dió tiempo de retirarse y prepararse para detenerlo, y el resultado varió completamente, a pesar de que estuvo cerca del triunfo.

Ya he dicho anteriormente que la delicada situación de Pezuela le obligó a replegarse a Cotagaita: desde allí podía continuar su retirada hasta el Desaguadero, según le autorizara el Virrey. En un principio, al asomar las avanzadas argentinas en Yavi, quizás pensara en proseguir el repliegue; pero en vista de que no se movían de aquí, prefirió fortificarse en aquel lugar. Además, y no poco debería contribuir en el general a tomar semejante determinación, el Virrey le notificaba las órdenes cursadas a Osorio para que atravesase los Andes por Mendoza y marchase so-

bre Córdoba, a la par que Pezuela iniciaba el avance; por otra parte las noticias de la expedición de Morillo, dirigida al Río de la Plata, hacían pensar que se aproximaban días difíciles para la revolución argentina.

Con tan halagüeñas noticias, se decidió Pezuela a hostigar la vanguardia de Rondeau. Las incursiones de Marquiegui obligaron a Güemes a evacuar Yavi. Además, tuvieron lugar encuentros en los pueblos de Rinconada, El Tejar, etc., en los que si los realistas sufrieron pérdidas, no permitieron a los argentinos ningún movimiento de avance (25).

Pezuela, que pretendía contener a los argentinos hasta que se sofocase la sublevación del Cuzco o recibiese nuevos refuerzos de tropas, quiso aprovechar un momento, que al parecer se le ofrecía para terminar decorosamente la lucha. En un combate sostenido por las tropas de don Antonio Vigil en El Tejar, fué hecho prisionero un coronel argentino, apellidado Rodríguez. Dicho coronel se dispuso a aprovecharse de su situación, y considerando el precario estado del ejército de Pezuela, se propuso llevar a cabo un plan que redundase en su beneficio particular y en el de sus partidarios. Comenzó a dar noticias falsas sobre la situación y fuerzas de los argentinos, a la par que hacía creer al general realista en la falta de deseos de independencia en los mismos revolucionarios. La revolución, según decía él, había surgido por la negativa a someterse a un rey extranjero, pero una vez repuesto el legítimo soberano, los argentinos no tendrían inconveniente en aceptarlo como monarca (26).

Confiado en las declaraciones de Rodríguez, y deseoso de aprovechar la ocasión que se le presentaba, Pezuela entró en negociaciones con Rondeau, a la par que pedía envíos de refuerzos a los Intendentes de las provincias y preparaba lo necesario para una posible retirada hasta Oruro.

El motivo de la última medida fué la declaración del prisionero sobre la fuerza y designios de los enemigos. También pusieron en cuidado a Pezuela los movimientos de los indios a su retaguardia. Estas ra-

(25) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Págs. 501 y 508.

(26) GARCÍA CAMBA, A. Op. cit. T. I. Pág. 200.

zones le hacían pensar en la conveniencia de continuar el repliegue hasta Oruro. Efectivamente, los indios, de acuerdo con Rondeau, surgían de nuevo en sus correrías y amenazaban su retaguardia. Contra ellos se dieron las acciones de Palca Grande, de la cuesta del Inca, del Cerro de Carretas, etc.

Mientras se intentaba sujetar a los indios, proseguían las negociaciones con Rondeau; sólo que al tratar el general argentino se supo que no existía por su parte ninguna proposición para llegar al final de las hostilidades, sino solamente la de efectuar un canje de prisioneros. De aquí se vino a saber que todo lo ofrecido por el coronel Rodríguez fué un ardid para recuperar su libertad, como efectivamente logró, bajo el título de mediador cerca de Rondeau, y asustar a los realistas con los pretendidos movimientos de las tropas de éste.

Fracasado el intento de llegar a La Paz, no le quedaba a Pezuela otra alternativa que esperar los refuerzos pedidos, mientras procuraba sostener a la vanguardia enemiga con constantes incursiones en su territorio. Pero poco después ocurrieron algunos acontecimientos que le hicieron variar de modo de pensar. En primer lugar, una de las partidas mandadas por Jáuregui y Esenarro fué derrotada, y pocos días después otra, mandada por don Antonio Vigil, fué igualmente batida en el Puesto del Marqués. Inmediatamente Rondeau, puso en movimiento todo el ejército hacia Yavi (27).

Olañeta, que mandaba la vanguardia realista, comunicaba estas desgracias a Pezuela y le hacía saber que emprendía la retirada ante la superioridad del enemigo. Pero como coincidiese con el hecho de que los jefes de las provincias de Potosí, Charcas y Cochabamba comunicaban igualmente al general el ataque a sus respectivas capitales por los sublevados, todo

(27). ABASCAL, *Memoria*. Tomo II, Págs. 514 y 520; GAR, CTA CAMBA. Op. cit., pág. 213. Según éste último, el desastre de Vigil, que tuvo lugar el 17 de abril de 1815, ocurrió durante un plazo de ocho días señalados por Pezuela a Rondeau para que le contestara sobre las proposiciones de acuerdo. El que venció a Vigil fué el mismo Coronel Rodríguez.

yino a contribuir la idea que se formó éste de que se preparaba un ataque general de los argentinos en colaboración con los revolucionarios del Alto Perú (28).

Inmediatamente convocó en su Cuartel General una Junta de Guerra, cuya opinión fué la de retirarse a Oruro, «no estimando prudente aventurar una batalla, cuya posible pérdida arrastraría la total del Perú...» (29). Dicha decisión fué aprobada por el Virrey, que, como se recordará, en otro tiempo ya había autorizado a Pezuela esta medida.

La primera etapa del repliegue se hizo hasta el pueblo de Challapata. El día 21 de abril salieron las fuerzas de Cobagaita por el camino real hasta Quirbe. De aquí siguieron por el del Despoblado hasta Challapata, adonde llegaron el 9 de mayo. Desde Quirbe envió Pezuela alguna fuerza a Potosí para retirar la guarnición de la plaza y de extraer los caudales y las máquinas de la Casa de la Moneda. Igualmente fué evacuada Chuquisaca, y las guarniciones de ambas ciudades se incorporaron al grueso del ejército (30).

Pero lo que más preocupaba a Pezuela en su retirada era la suerte de Cochabamba. Más atrás se ha visto cómo el caudillo Arenales constituía el alma de la resistencia en el Alto Perú contra los españoles. Quedó expuesto allí cómo, después de una victoriosa expedición de los realistas por los territorios de Cochabamba, Valle Grande y Santa Cruz de la Sierra, se vió obligado a retirarse temporalmente del campo de la lucha. Pero su ausencia no iba a durar mucho tiempo. Con su tenacidad característica y la constante ayuda de los argentinos, reavivó de nuevo la insurrección, y en este momento lo vemos amenazando una vez más las ciudades de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba.

Verificada la retirada de Pezuela a Challapata, los argentinos ocuparon Potosí y Chuquisaca. Liberadas de la ocupación realista ambas ciudades, Arenales se dirigió con sus fuerzas hacia Cochabamba, amenazada ya por otros caudillos insurgentes. Apercebido del peligro que esto suponía para la ciudad, el general

(28) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 520.

(29) GARCÍA CAMBA, A. Op. cit. T. I. Págs. 213-214.

(30) GARCÍA CAMBA, A. Op. cit. T. I. Pág. 214.

realista destacó una columna de 350 hombres, que, al mando del Sargento Mayor don Francisco Javier Aguilera, y a marchas forzadas, se dirigió a evitar el proyecto de los sublevados. Sin embargo, Arenales les llevaba ventaja y ocupó la ciudad antes de la llegada de Aguilera.

La ocupación de la ciudad no fué operación de gran trabajo para Arenales. Al frente de 400 hombres de infantería y 300 montados, se presentó ante Cochabamba, que se encontraba casi indefensa. Unos días antes había tenido lugar una reunión de los jefes de dicha ciudad, en la que se acordó llamar al coronel Velasco, que con su división de tropa destinada a la guarnición de la ciudad, se hallaba en Totora para batir a los indios. Pero el gobernador Goyburu se opuso a ello, al parecer, por cuestiones de rivalidad personal. A pesar de todo, Velasco se retiró hacia Cochabamba, en donde entró el 15 de mayo. El mismo día se recibió un emisario de Arenales intimando la rendición. El gobernador le dió a entender que, con condiciones decorosas, evacuaría la provincia, y reunió al efecto un Consejo de Guerra para tratar la cuestión. Pero los vecinos y los oficiales no se conformaban con su parecer y salieron al campo al mando de Velasco, con siete cañones. En tales circunstancias, llegó un nuevo enviado de Arenales y se preparó la entrevista entre los comisionados de ambos bandos.

Sin embargo, Velasco no aceptó lo tratado en las reuniones, y tuvo varios encuentros con las tropas de aquél, que le obligaron a emprender la retirada. El día 22 se encontraba con las de Aguilera. Este último jefe tenía órdenes de Pezuela para replegarse inmediatamente y con el mayor orden a Oruro, en caso de que, al aproximarse a Cochabamba, tuviese noticias de su ocupación por los insurgentes. A tal efecto, envió Pezuela el batallón del centro, al mando de Benavente, a colocarse en Sorasora, para estar a la vista de la situación de Oruro. Igualmente prevenía a don Rafael Maroto, coronel del Cuerpo de Chile que se dirigía al Alto Perú, para que acelerase sus marchas, con el fin de llegar a dicha ciudad.

Mas, a pesar de las órdenes del general, reunidas las columnas de Velasco y Aguilera, decidieron sus jefes volver sobre Cochabamba, y llegaron a unas seis

leguas de distancia de la capital, pero no se atrevieron a atacar, en vista del estado de desorden en que venía la tropa, y, previo un Consejo de Guerra, tomaron la resolución de retirarse y dar parte a Pezuela solicitando el envío de refuerzos; aun así, todavía en el camino hacia retaguardia tuvieron lugar algunos encuentros con los indios.

Recibidas estas noticias, el general ordenó a Aguilera que tomase bajo su mando a su columna y a la de Velasco, que, reunidas, ascendían a 665 hombres. Todos debían estar preparados para emprender la marcha en un momento propicio al primer aviso de Pezuela, que ya les enviaba tropas de refuerzos. Cuando se hallaban casi terminados los preparativos de la expedición en ayuda de la columna de Aguilera, tuvo noticias de que Rondeau pensaba salir con todas sus fuerzas para marchar sobre los realistas, ante cuya posibilidad ordenó la suspensión de dicho movimiento. La columna, que marchaba al mando del coronel Lavín, y se hallaba en el punto de Paria, recibió orden de detener su marcha y permanecer a la expectativa en espera del resultado de los acontecimientos en el Sur. Si los rumores esparcidos no se convertían en realidad, proseguiría su marcha; en caso contrario, se había de dirigir hacia Sorasora para reunirse allí con las tropas de Pezuela, que juzgaba a aquél como el único punto para presentar o aceptar batalla con el enemigo (31).

Según noticias llegadas al Cuartel General de Challapata, los argentinos, cuyo general se trasladó a Potosí, habían colocado sus avanzadas en Yocalla, y esto era lo que hacía temer a Pezuela un ataque simultáneo de Rondeau y de los caudillos altoperua-

(31) Arch. Abaschi. Interrogatorio de don Tomás Manuel de Cándamo y don Miguel de las Rivas, enviados de Velasco y Aguilera, 5 de junio de 1815. Parte de Pezuela a Abascal. Cuartel General de Challapata, 8 de julio de 1815. Oficio de Pezuela al Brigadier Tacón, Presidente de Oruro. Cuartel General de Challapata, 19 de mayo de 1815. Asimismo, los partes de Aguilera y Velasco a Pezuela. Campamento de Oputani, 29 y 30 de mayo de 1815, respectivamente, e instrucciones de Goyburu a los enviados con el Tratado firmado con Arenales. Campamento de Tamborada, 18 de mayo de 1815, y Hacienda de Itocta, 16 de mayo de 1815.

nos. Hasta ahora el refuerzo recibido era escaso. Se recordará que Abascal había ordenado a Osorio atacar pronto la campaña de Chile para enviar tropas al Alto Perú, por Arica; o bien, atravesando la cordillera para atacar las ciudades argentinas. Igualmente, se pensaba que Ramírez, sofocada prontamente la rebelión del Cuzco y ocupada la ciudad, podría poner en movimiento sus fuerzas hacia el Alto Perú y unirse de nuevo a Pezuela. Y por último, y sobre todas estas esperanzas, estaba la de la próxima llegada al Río de la Plata de la expedición de 10.000 hombres al mando del general Morillo.

De todos los planes anteriores, hasta ahora sólo se había convertido en realidad el auxilio de 314 hombres venidos de Chile, al mando de Maroto. El total de fuerzas de que disponía Pezuela, ascendía a 2.452 hombres de infantería y 555 de caballería, con 20 cañones. Aparte, había 598 hombres más de infantería, 317 de caballería y 4 cañones, que formaban la columna enviada contra Cochabamba al mando de Aguilera (32). Indudablemente, su ejército era inferior en número al del enemigo, cuyo total se cifraba en unos 4.000 hombres; pero había una diferencia entre ambos, que en igualdad de condiciones hubiera puesto en un plano de superioridad a los realistas. Estos formaban una «masa efectivamente inferior en el número, pero muy superior en disciplina y en disposición para obrar en aquellos climas a la que pudiera oponer el enemigo con el mayor esfuerzo» (33). Sin embargo, las circunstancias del momento en el Alto Perú, ya referidas anteriormente, redundaban en una gran desventaja para ella.

Poco después se recibieron noticias en el Cuartel General de que don José Ballesteros había desembarcado en Arica al frente de una división auxiliar procedente de Chile, compuesta de 441 hombres (34). Con ellos se elevaba el número de las tropas de Pe-

(32) Arch. Abascal. Oficio de Pezuela al Marqués de la Concordia. Cuartel General de Challapata, 9 de junio de 1815.

(33) ABASCAL. *Memoria*, Tomo II. Pág. 525.

(34) Arch. Abascal. Oficio de Ballesteros al Marqués de la Concordia. Cuartel de Arica, 5 de junio de 1815.

zuela hasta el punto de hacer creer al Virrey que en este estado saldría al encuentro del enemigo (35).

En vista de la proximidad del nuevo refuerzo y del que procedía del Cuzco, unido a las noticias sobre los preparativos enemigos, Pezuela convocó una Junta de Guerra en su Cuartel General. Según los informes recibidos, Rondeau había situado alrededor de 3.500 hombres en Potosí y Yocalla, con 14 cañones de diversos calibres. Por su parte, los realistas tenían en el Cuartel General 3.000 hombres de fusil y 20 cañones, aparte, por supuesto, de los 1.000 hombres de infantería y caballería que, a las órdenes del coronel Lavín, habían sido enviados a Cochabamba, y recibieron órdenes en el camino de detenerse en Paria hasta ver el giro de los acontecimientos.

En la Junta, Pezuela informó del estado de su tropa y de los próximos refuerzos, cuya llegada a Oruro pensaba tendría lugar hacia fines del mes de junio o principios del siguiente. Expuesta así la situación, se sometió a la consideración de los reunidos la conveniencia de dar una batalla al enemigo con la fuerza actual del ejército, o replegarlo a las inmediaciones de Oruro, con el fin de unirse a los auxilios que hacia allí venían. Juzgadas las posibilidades de ambas opiniones, determinó al fin la Junta «que el ejército permanezca en esta provincia de Challapata hasta el preciso momento de saberse con certeza que el enemigo ha salido de Potosí, y que en este caso se repliegue todo al pueblo de Sorasora...» (36). Aquí se le unirían las tropas procedentes de Chile y las situadas en Paria y formarían un grueso contingente capaz de hacer frente y detener al enemigo, e incluso, según la opinión de Pezuela, se podría obtener «una muy completa victoria que acaso disipe para siempre nuestros cuidados en orden a la provincia de Potosí

(35) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 526.

(36) *Arch. Abascal*. Acta de la Junta de Guerra celebrada en el Cuartel General de Challapata el 16 de junio de 1815. Formaron aquella Junta, Pezuela, Tacón, Olañeta, Mendizábal, Valdés, Maroto, Álvarez, Benavente (Sebastián), Rolando, Valle, Iraraburu, Vigil y Arrieta. Todos ellos formaban el cuadro de jefes del ejército de Pezuela.

y todas las demás situadas a espaldas de ella...» (37).

Hasta ahora no se tenían noticias exactas de que los argentinos no hubiesen comenzado a avanzar. La llegada de una pequeña partida a Vilcapugio hizo creer que se habían puesto en marcha; pero Marquilegui, que se hallaba en Condocondo con las avanzadas realistas, destacó a su vez otra partida de observación, que llegó hasta Toropalca en persecución de aquélla. Esto era un indicio de que no se trataba de los preliminares de un ataque.

Poco después tuvo lugar la incorporación de las tropas de Ramírez, que volvían del Cuzco. Se unieron al ejército de Pezuela 1.500 hombres con el vestuario, dinero y material de que eran portadores. Con dicho refuerzo parecía lógico que el general se lanzase a la ofensiva contra Rondeau, cuyas tropas permanecían estacionadas en Yocalla. Incluso las órdenes de Abascal iban dirigidas en ese sentido y aconsejaban un inmediato ataque (38).

Pero la gran preocupación de Pezuela la constituía el estado amenazador del Alto Perú. Las campañas que periódicamente comenzaban Arenales y Warnes, y que culminaron con la ocupación de Cochabamba, eran un peligro constante a espaldas del ejército. Y una de las cosas que más temía Pezuela era quedar aislado del Perú por la posible caída de Oruro en poder de los sublevados. De ahí la determinación de retirarse a Sorasora tan pronto se tuviesen noticias de que los argentinos se ponían en marcha. Quería evitar a toda costa, aun a trueque de entregarles el territorio sin lucha, una acción conjunta enemiga, que colocaría a su ejército entre dos fuegos.

Así, en el momento en que se tuvieron noticias en el Cuartel General de los movimientos de Arenales y demás caudillos altoperuanos en el partido de Chayanta, Pezuela previó un ataque de éstos sobre Oruro en cuanto entrasen en contacto con Rondeau. Inmediatamente reunió una Junta de Guerra para deli-

(37) *Arch. Abascal.* Oficio de Pezuela al Virrey, Marqués de la Concordia, Cuartel General de Challapata, 23 de junio de 1815.

(38) *Arch. Abascal.* Oficio de Abascal a Ramírez. Lima, 11 de agosto de 1815.

berar sobre la nueva situación. El problema a discurrir era si convenía salir en busca del enemigo y dejar a Oruro con su sola guarnición ante la posibilidad del ataque argentino, o si era preferible retardar la batalla hasta la llegada de las tropas de la expedición de Morillo, en cuyo caso se imponía el repliegue hacia Oruro.

La deliberación de la Junta dió por resultado la orden de retardar el ataque hasta la llegada de los peninsulares. Se hacían ver los peligros apuntados anteriormente, y el que se habría de derivar de la ocupación de los parques de armamento y municiones de Oruro por los sublevados, además del gran prestigio que adquirirían por este hecho, y como última consecuencia, interceptarían las líneas de comunicaciones del ejército, anulando así todas las ventajas que se obtuvieran sobre los argentinos (39). Así pues, se imponía el repliegue a Sorasora, a pesar de que el Virrey no era partidario de dicha medida; para él, «el interés de batir al enemigo no contrapesaba al riesgo de exponerse a perder aquello mismo que deseaba conservar» (40).

Pero la opinión de Abascal llegó tarde, ya que poco después de celebrada la Junta, el 1.º de septiembre, las tropas realistas iniciaban su salida en dirección a Oruro y colocaban las avanzadas en Venta y Media, y el Cuartel General en Sorasora. «La posición de Sorasora ofrecía mayores ventajas para proteger la villa de Oruro y el partido de Sicasica, amenazados ambos puntos por grandes reuniones de indios alzados, y cubría al mismo tiempo a La Paz y la línea del Desaguadero, quedando el general Pezuela, como se proponía, en mejor disposición de proporcionarse los recursos de que carecía, paralizar las tentativas del ejército enemigo, y aun atacarlo con prontitud si presentaban una ocasión favorable» (41). Esta ocasión pensaba encontrarla Pezuela cuando se le incorporasen las tropas de la expedición de Morillo.

(39) GARCIA CAMBA, A. Op. cit. Tomo I. Págs. 223-224. Asistieron a esta Junta, celebrada el 26 de agosto, Pezuela, Ramírez, Tacón, Maroto, Valdés y Mendizábal.

(40) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 532.

(41) GARCIA CAMBA, A. Op. cit. Tomo I. Pág. 226.

A principios de agosto se supo que dichas tropas habían variado de destino. En lugar de desembarcar en el Río de la Plata, lo harían en Costa-Firme, desde donde parte de ella se dirigiría hacia el Alto Perú. Con dicho fin, Abascal envió a Panamá los buques necesarios para su transporte. En ellos irían al Perú 1.600 hombres, de los cuales, una parte, la cuarta división, se dirigió al Callao, pero la segunda de Cádiz, formada por los batallones de Ordenes Militares y Voluntarios de Navarra, destinados al puerto de Arica para incorporarse al ejército de Pezuela, cambió de destino y no arribó al Perú (42).

En consecuencia, debía modificarse completamente el plan trazado. Las fuerzas llegadas al Callao serían destinadas a guarnecer la capital del Virreinato y las Provincias, y Pezuela no recibiría los refuerzos. El Virrey se excusa ante el giro de los acontecimientos. «A poderse prever este último incidente que me privó del auxilio ofrecido—dice—, hubiera hecho pasar la cuarta división del ejército de Morillo en auxilio del general Pezuela, sujetándome a vivir en la amargura y cuidados en que quedé con la deshecha guarnición de la capital en ocasión que era preciso se aumentasen con el restablecimiento de la contribución extinguida por las Cortes, pues ni podía tener tropas sin que reconociesen los naturales esta justa obligación, ni ella se hubiera reconocido jamás sin exponerse a grandes alborotos en los partidos; lo cual ha evitado el respeto de las tropas» (43). La inseguridad que a los jefes de las Provincias les ofrecían sus distritos, hacía que constantemente solicitasen auxilios al Virrey, que había de dárselos de la única fuerza que entonces tenía en Lima, para cuya seguridad nece-

(42) Se componían las tropas que llegaron al Perú formando la cuarta división al mando del Brigadier don Juan Manuel Pereira, del Regimiento de Extremadura, mandado por don Mariano Ricafort, en el que iba de oficial don Baldomero Espartero; del cuarto escuadrón de Húsares de Fernando VII, mandados por don Joaquín Germán; del cuarto escuadrón de Dragones de la Unión, al mando de don Vicente Sardina; una Compañía de zapadores y otra de artilleros a pie. (GARCIA CAMBA, A. Op. cit. Tomo I. Pág. 242).

(43) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Págs. 535-536.

sitaba también de cierto número de tropas. De todos modos, aún cabe preguntarse si no hubiese podido enviar entonces, siquiera parte de ellas al Alto Perú.

Seguramente el Virrey no consideraba de extrema necesidad estos nuevos auxilios a Pezuela. Se recordará que antes de la llegada de las tropas españolas le había aconsejado no sólo dar una batalla al enemigo, sino que la diese sin una retirada previa, como pretendía el general. Su plan consistía en colocarse en «una situación fuerte y abundante, donde con marchas y contramarchas sobre uno y otro flanco, procurase sacar al enemigo del punto interesante de Yocalla que ocupaba, hasta llevarlo a paraje más a propósito para batirlo», para lo cual no consideraba necesaria la retirada a Sorasora anunciada por Pezuela (44).

El cambio de destino de la expedición de Morillo fué sin duda un error del Gobierno español. Si en lugar de marchar a desgastarse en las tierras pantanosas de Colombia y Venezuela, se hubiera dirigido al Río de la Plata, hubiese originado una grave crisis a la revolución argentina. El avance de Sur a Norte hubiese sido más fácil que el que se intentaba efectuar a través del Valle del Magdalena y demás territorios andinos. Y, por último, un fuerte golpe asestado contra los argentinos, hubiese sido de mucha más trascendencia para los fines realistas que la pretendida dominación en la parte septentrional del Continente. Además, aun cuando hubiera conseguido el éxito en el Norte, le quedaba que enfrentarse con un enemigo mucho más poderoso en el Sur; no hubiera ocurrido así en el caso contrario, en que, dirigiendo sus esfuerzos contra la revolución chileno-argentina, les hubiera sido más fácil después de vencer al aislado foco neogranadino. El mismo Virrey del Perú tenía ideado un plan para atacar a los sublevados del Norte una vez acabada la lucha contra el Sur. Lo dice claramente: «...por lo que correspondía al Reino de Santa Fe, tenía trazado mi plan, de que, luego que se tranquilizasen las provincias del Río de la Plata, hacer navegar desde el Valparaíso a

Guayaquil la parte necesaria de la fuerza que quedara disponible para dirigirse por Quito y Popayán, aumentando su número con las que hubiese en ambos puntos, para atacar y reducir al llamado Reino de Cundinamarca» (45). Unidas las fuerzas de Morillo a las del Virrey, el contingente de tropas realistas se hubiera encontrado en condiciones de acabar con la sublevación de Bolívar.

Pero no ocurrió así, y los planes del Virrey hubieron de modificarse. De ahí su constante insistencia para no demorar el ataque contra los argentinos. Cuanto más tiempo se perdiera, se les ofrecían más posibilidades de éxito, pues, desembarazados del peligro de las tropas de Morillo, podrían a su vez reforzar las de Rondeau, mientras Pezuela no recibiría ningún auxilio.

Más, como tardaron en llegar al Cuartel General las noticias sobre la expedición de Morillo, nos encontramos explicada la opinión de la Junta del 26 de agosto, a la que Pezuela no quiso oponerse. Esto debió disgustar a Abascal, partidario de una acción inmediata desde tiempo atrás, y mucho más ahora, conocedor de que no iba a recibir refuerzos inmediatamente, como se suponía.

La insistencia del Virrey y su crítica a las decisiones de la Junta molestó a Pezuela, que se había retirado a Sepulturas poco después de su llegada a Sorasora, a causa de un quebranto en su salud, producido por una intensa nevada que le cayó al ejército a la subida de Challapata (46). Sin embargo, poco después le vemos de nuevo, a principios de octubre, encargado del mando. Es entonces, al recibir las quejas de Abascal, cuando expone su parecer sobre el momento y sus posibilidades de éxito. En primer lugar, hace saber al Virrey su intención de haberse lanzado al ataque tan pronto hubiera recibido los refuerzos de Chile y las tropas de Ramírez; con todas ellas contaba aumentar las suyas en 2.300 hombres, pero cuando llegaron, sólo se encontró con 1.800, de los cuales, 800

(45) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 534.

(46) *Arch. Abascal*. Oficio de Pezuela al Marqués de la Concordia. Sepulturas, 26 de septiembre de 1815.

eran reclutas, mal equipados y peor instruídos. Aun así, cuando se disponía a levantar el campo y marchar contra el enemigo, recibió la orden del Virrey de que se le incorporase la columna del coronel Lavín, que se encontraba en Paria para contener a los sublevados del Alto Perú. Esto fué lo que le impulsó a reunir la Junta de Guerra, pues, al decir del general, se consideraba a consecuencia de dicha orden «envuelto por ella en una grave responsabilidad: de falta de obediencia si no la cumplía literalmente y era batido por desgracia, de falta de previsión, si, por cumplirla materialmente, abandonaba la plaza de Oruro y su gran repuesto de municiones a discreción de Arenales, Lanza, Lira y otros caudillos que la amagaban de cerca...» (47). El ataque a Oruro le parecía inminente, y si se llevaba a efecto, dudaba de su resistencia frente a las tropas de Arenales.

Con semejante argumento y el de sacar a las tropas de Rondeau de sus posiciones de Yocalla con su retirada a Sorasora, a la par que se acercaba al esperado refuerzo de las tropas peninsulares, explicaba Pezuela su modo de obrar. Se dejó ver en él, como he dicho más atrás, su constante preocupación por la suerte de Oruro, punto vital para la subsistencia del ejército, preocupación que se nota en el curso de los posteriores acontecimientos. Incluso pensaba el general, una vez que se le reunieran los peninsulares, enviar una fuerte columna contra los altoperuanos, y con el resto de las tropas marchar contra Rondeau, en una operación simultánea de ambos contingentes.

En espera, pues, de ellos, ninguno de los reunidos en la Junta de Guerra dudó del arribo del refuerzo. La única dificultad que subsistía era el peligro de que Rondeau lo recibiese a su vez. Pero según los avisos del Virrey, aquél llegaría a mediados de septiembre, y por las conjeturas que se podían deducir, el Gobierno de Buenos Aires no podría socorrer a su general antes de noviembre, con lo cual la ventaja estaba de parte de los realistas.

Pero una vez convencido Pezuela de que esperaba

(47) *Arch. Abascal*. Informe de Pezuela al Marqués de la Concordia. Cuartel General de Sorasora, 19 de octubre de 1815.

en vano la llegada de tropas, debió comprender la insistencia de Abascal: «Ya hoy han variado las cosas—le dice—: no dista el tiempo en que por mis cálculos debe recibir Rondeau sus refuerzos de Buenos Aires: me contemplo desahuciado de que le lleguen tropas de España y de que V. E. ni me habla: veo enteramente agotados todos los recursos de dinero para la manutención de las tropas, ni en la Caja Militar hay un peso para la buena cuenta del mes próximo, habiendo quedado varios individuos, y yo entre ellos, sin percibir los sueldos del presente y anterior; y finalmente, si hube de tener por órdenes de atacar, las indicaciones de las precedentes cartas de V. E., con mayor razón debo graduar de una orden terminantísima de ejecutarlo lo que se sirve V. E. decirme... pues aunque han variado las cosas de entonces acá, ha sido más bien en favor nuestro, por habérsenos aproximado los enemigos y situándose menos ventajosamente que antes» (48).

En realidad, tal como pinta la situación Pezuela, no le cabía otra salida que ponerse en movimiento, so pena de ver deshacerse su ejército, sin refuerzos y sin sueldos. Sin embargo, el paso era arriesgado y de graves consecuencias: «avistados los ejércitos, no hay alternativas para éste entre el vencer y el perecer». Había que arriesgarlo todo: una retirada ordenada era punto menos que imposible, habida cuenta del estado de ánimo del Alto Perú: «...las tropas del Rey no encuentran amigos fuera de sus cuarteles; todo indio es espía de los contrarios; éstos nos aventajan siempre en caballería, y habiendo de caminar por lugares casi estériles, campos devastados y poblaciones desiertas, en vano es pensar en proveerse de víveres y forrajes luego que se consuman los que podamos transportar» (49). He aquí explicado el recelo de Pezuela a entrar en batalla abierta con el enemigo; tanto más, cuanto que la diferencia entre el número de sus tropas y las de éste era escasa. Según un estado de fuerzas realistas del 12 de octubre, el ejército de operaciones ascendía a 4.955 hom-

(48) Vid. nota 47.

(49) Vid. nota 47.

bres (50), mientras el de los patriotas oscilaba alrededor de 4.500, sin contar con el apoyo que pudieran recibir del Alto Perú.

La escasez de tropas hacía desconfiar al general realista de un éxito rotundo y definitivo: «...aun en el supuesto de que todas sean ventajas a medidas de nuestros deseos, el expresado miserable resto de las tropas victoriosas, apenas podría alargarse hasta Tupiza o Suipacha para permanecer allí por sólo el tiempo que acomodase a los vencidos, porque por fatal que les sea la acción, es regular salven alguna gente de ella; lo es también que no tardarán en recibir los auxilios de la capital... y en el peor caso bajarían a Jujuy o Salta a rehacerse y volver a los pocos días para hacernos replegar más o menos lejos, según la disposición de los pueblos de nuestra espalda y las fuerzas que trajesen» (51).

La opinión de Pezuela sobre este momento concreto de la lucha es por demás aplicable a toda ella. Aunque he insistido sobre el asunto, se debe hacer notar la realidad que encierran tales palabras. Con un exiguo contingente de tropas, como el de que disponía el general, no era posible obtener una victoria aplastante; sus tropas apenas podrían pisar el territorio argentino, y, una vez en él, les tocaría esperar el momento de ser arrojadas de allí nuevamente hacia el Alto Perú. Era, pues, de todo punto necesario, ya que no cabía pensar en un desembarco en el Río de la Plata, el envío de una numerosa tropa disciplinada, si se quería asegurar un éxito que fuese un jalón definitivo en el camino hacia un fin victorioso de la guerra. He aquí reflejada una consecuencia del error cometido al cambiar de destino a la expedición de Morillo.

A pesar de todo, Pezuela se dispuso a marchar al encuentro de los enemigos. Pero antes de ponerse en movimiento, en la madrugada del 20 de octubre, tuvo lugar un choque entre las avanzadas de ambos ejér-

(50) *Arch. Abascal*. «Estado de las fuerzas, artillería y armamento del Ejército Real del Perú». Mayoría General del Ejército. Cuarte General de Sorasora, 12 de octubre de 1815.

(51) *Arch. Abascal*. Informe de Pezuela al Marqués de la Concordia. Cuartel General de Sorasora, 19 de octubre de 1815.

citos en el pueblo de Venta y Media. Los argentinos, en número de 500 hombres, creyeron de igual número o inferior a las tropas realistas situadas aquí, mandadas por Olañeta, y compuestas de 900 hombres. Hacia las cuatro de la mañana del 20 de octubre tuvo noticia el jefe realista de una infiltración enemiga por el costado izquierdo de sus avanzadas. Inmediatamente puso sobre las armas a todas sus fuerzas y ordenó el repliegue de su izquierda. Olañeta creía que el Brigadier Rodríguez, jefe de la columna enemiga, habría sido detenido por las tropas que cubrían su retaguardia, por lo cual ordenó destacar un batallón para mantener la protección de aquélla, y un escuadrón desmontado para apoyar la avanzada que había sufrido la infiltración. Pero la avanzada de la retaguardia había sido arrollada, y el batallón que iba en su auxilio fué envuelto. Olañeta, al frente del resto de las tropas, marchó en su ayuda hasta colocarse a su izquierda, desplegando ante la columna enemiga. Aún no le había dado tiempo a ésta de colocarse para hacerle frente, cuando todas las fuerzas del jefe realista se lanzaron al ataque y arrollaron a las argentinas. Las pérdidas de los patriotas fueron numerosas: 150 muertos, 158 prisioneros, 325 fusiles, 130 bayonetas y otros efectos de guerra. Por su parte, los realistas sufrieron 42 muertos y 32 heridos (52).

Durante el combate hubo un momento difícil para los realistas, debido seguramente, como opina García Camba, a la falta de pericia militar de Olañeta. Este, que según dicho historiador «era un hombre de valor conocido, pero imperito en el arte militar», peccó de imprevisión al enviar uno de los batallones que tenía a sus órdenes, «sin saber la fuerza con que contaba el enemigo, a consecuencia de lo cual, dicho batallón se vió en grave apuro de ser aniquilado, como efectivamente hubiera ocurrido a no ser por la pronta aparición del propio Olañeta con el resto de sus fuerzas (53).

(52) *Arch. Abascal*. Parte de Olañeta a Pezuela. Cuartel General de Venta y Media, 20 de octubre de 1815.

(53) GARCÍA CAMBA, A. Op. cit. Tomo I. Pág. 230. Conviene, sin embargo, para juzgar tal apreciación, tener en cuenta

Sin embargo, la llegada de auxilio fué tan oportuna, que puso en total desorden a los enemigos. Un testigo del lado argentino lo explica así: «...el enemigo se había contenido y se agrupaba y remolineaba en el mayor desorden, cuando en la cresta de la segunda altura se dejó ver de improviso otro batallón que, tomándonos a boca de jarro, nos abrasó con sus fuegos. Ya no tuvimos más remedio que zafar desordenadamente por entre los dos cuerpos enemigos para descender la loma por el otro costado del que la habían subido» (54). Un último intento de los argentinos fracasó de nuevo y completó su derrota.

Pero el éxito no pudo ser aprovechado como hubieran deseado los realistas. Su carencia de caballos les impedía explotarlo. Si los hubiesen tenido, el triunfo hubiera sido aplastante. El mismo testigo antes citado dice a este respecto: «Es seguro que si se hubiese empleado esta arma (la caballería) para completar nuestra derrota, hubiéramos escapados muy pocos...» (55). Una vez más se echa de ver la falta de que en todo momento adoleció el ejército realista.

Animado Pezuela por el primer éxito, y desoso de aprovechar sus efectos, decidió emprender la marcha en busca de las tropas de Rondeau. Se hallaban éstas situadas en Chayanta, pero ante los rumores de su aproximación, se retiraron en dirección a Cochabamba. Por una parte, el general argentino quizás quisiera con ese movimiento evitar el choque con los realistas, pero no es extraño que pensara también reunirse allí con las tropas de Arenales, Lanza, etc., y, una vez reforzado, lanzarse a un ataque sobre Oruro.

Pezuela salió de Sorasora el primero de noviembre en dirección a Chayanta. Al segundo día de marcha sufrió una fuerte nevada en la estancia de Bombo, que le obligó a detenerse. Y esa fué la salvación de Rondeau, que, en caso contrario, se hubiera visto obligado a aceptar batalla en condiciones sumamente

que Olañeta fué el General que más tarde se sublevó en el Alto Perú contra el Virrey La Serna, a cuyas órdenes se mantuvo, por el contrario, García Camba, autor de las *Memorias*.

(54) PAZ, J. María. Op. cit. Pág. 310.

(55) PAZ, J. María. Op. cit. Pág. 312.

desventajosas. En cambio, ahora tuvo tiempo de retirarse hacia Cochabamba y esquivar la lucha.

El temporal hizo temer a Pezuela el paso de la cordillera para llegar a Chayanta, y como a la par tuvo noticias de la retirada de los enemigos, hubo de variar su dirección de marcha. Dirigióse entonces por la quebrada de Tapacari hacia Cochabamba, con el fin de proteger a Oruro en su movimiento contra la amenaza de los patriotas, y cortarles el camino de aquella ciudad. El 21 de noviembre llegó a Tapacari, en donde permaneció hasta el 24. De allí, desviándose ligeramente hacia la izquierda, llegó el día 26 a los Altos de Chacapaya, las últimas eminencias de la cordillera, que distaban dos leguas del punto en que Rondeau tenía instalado su campamento.

El sitio en que estaban colocados los argentinos era una gran llanura rodeada de montañas, con una serie de lomas en el centro, al pie de un plano inclinado que domina la llanura. En vista de que la bajada al llano por la quebrada de Chacapaya era muy difícil y que la salida del desfiladero estaba dominada por los patriotas, se corrió Pezuela hacia su izquierda para efectuar el descenso por los Altos de Wiluma. La posición de los realistas en este punto era inmejorable, «porque además de presentar el terreno unas lomas suavemente tendidas hacia el llano, por las que en caso necesario podía descender la infantería con bastante frente, ofrecía a media cuesta una pequeña mesa, donde colocada la artillería, hubiera alejado a los enemigos que se aproximasen al pie de la cuesta» (56). El descenso desde aquí hasta la llanura se llevó a cabo con bastante dificultad bajo el fuego enemigo; pero al fin consiguieron los realistas situarse en el llano. Con ésto terminó la primera etapa de la batalla.

Al día siguiente, 29 de noviembre, el ejército realista desplegó sus fuerzas frente al río Sipe-Sipe, de tal forma que las tropas argentinas que guardaban la entrada de la quebrada de Chacapaya quedaban con su flanco derecho descubierto, lo que les obligó a efectuar un cambio de frente y a colocarse en los bosques

(56) GARCIA CAMBA, A. Op. cit. Tomo I. Pág. 258.

que bordeaban el río. Los realistas decidieron llevar a cabo un ataque oblicuo sobre las posiciones argentinas a través del río. El primer choque fué de bastante dureza, pues las tropas de Rondeau resistieron firmemente los ataques realistas, que, poco a poco, fueron progresando.

Obligados a retroceder, los patriotas hubieron de retirarse a una segunda posición, divididas sus fuerzas a ambos lados de las lomas centrales del llano. Aún aquí, fuertemente cargada su derecha, se vieron obligados a replegarse a una tercera posición, en donde se inició la retirada general (57).

El número de pérdidas habidas por los argentinos en esta acción no se ha podido fijar exactamente. Mitre compara los diferentes juicios emitidos por varios actores de la misma e historiadores posteriores, y por su parte apunta como el número máximo de pérdidas posibles el de 1.000 hombres (58). Por el contrario, las pérdidas realistas se fijan en cinco oficiales, 32 soldados muertos y 198 heridos.

Las causas de la derrota argentina hay que buscarlas, en gran parte, en la ineptitud de Rondeau. La dirección de la batalla correspondió en todo momento a Pezuela, cuyos errores no supo aprovechar el general argentino. El hecho citado por García Camba, de que desplegase sus fuerzas para avanzar por el flanco argentino bajo el fuego de la artillería y que no fuese atacado, ni molestado siquiera por éstos, demuestra la poca iniciativa de sus jefes (59).

Efectuado dicho movimiento felizmente, la batalla estaba decidida. «Pezuela avanzó resueltamente y, desplegado en batalla, sufrió el fuego de artillería; desalojó a los tiradores patriotas del barranco (en donde se apoyaba la derecha argentina), se lanzó

(57) *Arch. Abascal*. Parte de Pezuela a Abascal. Cuartel General del Campo de Wiluma, 29 de noviembre de 1815.

(58) MITRE, B. *Historia de Belgrano*. Tomo II. Buenos Aires, 1887. Pág. 390; nota 18. Confronta el parecer de Pezuela, que suponen 1.500 muertos y 500 prisioneros, además de 500 heridos, con el de García Camba, que calcula 500 muertos, 800 prisioneros y 1.000 heridos, y el de Torrente, con 1.200 muertos, 300 prisioneros y 600 heridos.

(59) GARCÍA CAMBA, A. *Op. cit.* Tomo I. Pág. 262.

sobre la derecha de la posición, que, tenazmente defendida al principio, hubo de ceder al fin a su empuje. Mientras tanto, la derecha realista se corría en desfilada a lo largo del indicado barranco y vigorizaba el ataque a la vez que amagaba a la izquierda argentina. Rota la derecha de los patriotas, y en inacción su izquierda, la batalla estaba completamente perdida (60).

Quizás esta pasividad del ejército argentino, que en todo momento concibió la maniobra como un movimiento defensivo, era resultado de la poca disciplina que reinaba en sus filas y que todos los historiadores están unánimes en afirmar. Un protagonista de la lucha, nada sospechoso de parcialidad hacia los realistas, afirma que el ejército argentino que intervino en la batalla estaba «desmoralizado y vencido desde antes, por el desorden y la anarquía en que lo había constituido la insubordinación de los jefes» (61). E indudablemente ésto no era sino el resultado de la poca firmeza de carácter del general, unido al hecho de haberse apoyado en los jefes del ejército para mantenerse con el mando en contra de la voluntad del Gobierno de Buenos Aires.

En el campo realista, Pezuela, como mérito a su comportamiento en la batalla, ascendió a Ramírez al grado de Teniente General; a Tacón, a Mariscal de Campo; a Brigadieres, a Valdés, Olañeta y Alvarez; y a otros más que se distinguieron aquel día.

La batalla de Wiluma tuvo graves consecuencias para el ejército argentino. Aparte de la desorganización consiguiente, supuso la pérdida definitiva del Alto Perú para el Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Inmediatamente después de la batalla, las tropas se retiraron a Moraya, en donde pretendieron hacerse fuertes, pero pronto hubieron de evacuarla ante el avance realista. Por su parte, los sublevados del Alto Perú se retiraron a Santa Cruz de

(60) MITRE, B. *Historia de Belgrano*. Tomo II. Buenos Aires, 1887. Pág. 397.

(61) PAZ, J. María. Op. cit. pág. 323. Son curiosos a este respecto los casos que cita el autor y que demuestran palpablemente el grado de relajación a que se había llegado, principalmente entre jefes y oficiales. Págs. 314 y 315.

la Sierra, a cuyos alrededores limitaron sus actividades.

Abascal quiso aprovechar el momento favorable que se le ofrecía, en el que la revolución parecía pasar por un período de crisis militar y política. Sus armas victoriosas habían sofocado la revolución de Chile y aplastado la sublevación del Cuzco, a la par que por el Norte, las tropas de Morillo amenazaban terminar con la sublevación en Santa Fe. De ahí las órdenes que dió a Pezuela para perseguir a los derrotados hasta el Tucuman, con objeto, no sólo de causarles mayor perjuicio, sino también para alejar todo posible peligro de seducción de los pueblos del Alto Perú por los invasores.

En primer lugar, Pezuela destacó una columna al mando de Olañeta, comandante de la vanguardia, para ocupar Potosí, como llevó a cabo el 16 de diciembre, entrando en una ciudad desolada por los horrores de la guerra (62). Igualmente se destacó otra columna mandada por Ramírez para ocupar La Plata, pero antes de la llegada de las tropas había sido evacuada la ciudad por los insurgentes, de forma que, cuando Ramírez se presentó ante ella, no encontró la menor dificultad para ocuparla. A la par, el general había marchado para Cochabamba, que también ocupó sin dificultad, y estableció en ella su Cuartel General hasta que más tarde lo trasladó a Potosí, y luego a Santiago de Cotagaita. Del mismo modo, una columna mandada por el coronel Aguilera salió en dirección a Santa Cruz de la Sierra, en donde se habían refugiado gran cantidad de fugitivos de Cochabamba y de los otros puntos del Alto Perú.

En tal situación, parecía posible que el ejército virreinal emprendiese una ofensiva tal como el Virrey proponía, para liberar definitivamente de nuevas invasiones el Alto Perú. Sin embargo, los propósitos de Abascal no pudieron llevarse a cabo. El ejército realista constaba entonces de 7.340 hombres, de los cuales 3.800 estaban destinados a guarnecer aquellos puntos que sufrían las correrías de los grupos de insurgentes

(62) *Arch. Abascal*. Parte de Olañeta a Pezuela. Potosí, 16 de diciembre de 1815.

dispersos por aquel territorio, de forma que, sólo poco más de 3.500 quedaban disponibles para llevar a cabo cualquier operación contra los argentinos (63). De ahí, que poco después de la batalla de Wiluma, el propio Pezuela se dirigiese una vez más al Virrey en demanda de refuerzos, aunque fuese de tropas de la guarnición de Lima. Pero el Virrey no podía desprenderse de ellas, y se vió imposibilitado de continuar su avance y obligado a mantenerse en el límite del Alto Perú. De esta forma, una vez más, por falta de tropas, se malograban las prometedoras posibilidades de un éxito logrado con gran trabajo.

CAPITULO XII

LA REVOLUCIÓN DE CHILE: RANCAGUA

La estrecha faja costera que se extiende al Sur del Perú y se prolonga hasta el Estrecho de Magallanes, entre el mar y la inmensa muralla andina, constituía desde 1797 la Capitanía General de Chile, segregada del Virreinato del Perú. La vida en este país, eminentemente agrícola, transcurría sin graves problemas para sus habitantes. Su organización difería fundamentalmente de la del resto del Continente. «Dominaba en el reino un cierto número de familias, respetadas por el recuerdo de sus antepasados, poderosas por sus riquezas, por sus relaciones, por la multitud de sus dependientes, estrechamente ligadas entre sí, y con una organización patriarcal» (1), y estas familias monopolizadoras de la vida del país, pocas en cantidad, ejercían una influencia enorme en la marcha de los negocios del mismo. Tal peculiaridad en la forma de vida de la colonia ha de influir más tarde extraordinariamente para dar un matiz especial a su movimiento emancipador.

(1) AMUNATEGUI, y VICUÑA MACKENA, M. L. y B. *La Dictadura de O'Higgins*. Bibl. Ayacucho. Madrid, s. a. Pág. 42.

El otro elemento poderoso en la vida del país lo constituía el Cabildo. No hace falta insistir en la influencia del Cabildo en el gobierno de toda la América española. No es de extrañar, pues, que la fuerza del de Santiago fuese extraordinaria. Por tanto, si tenemos en cuenta estos dos elementos, el poder absoluto repartido entre unas cuantas familias, y la preponderancia del Cabildo, nos hallamos ante las dos fuerzas principales promotoras de la revolución en Chile.

Desde el momento en que dichas familias se enfrentasen con el Gobierno colonial, el germen de la sublevación estaba lanzado. Lo demás, teniendo en cuenta las circunstancias, vendría determinado en gran parte por la inercia del primer movimiento. Y lo primero no era difícil. «Ya hemos visto que la fuerza pública estaba en manos de los criollos. Les faltaba sólo quererlo para adueñarse del Poder público. Este tránsito de la subordinación a la rebeldía iba efectuándose en las conciencias de los hombres independientes y aun en las de los que estaban más o menos ligados con la jerarquía oficial» (2).

Ahora bien, precisamente por ser la nobleza criolla la detentadora del poder y la que puso en marcha el principio de la revolución, va a tener un matiz completamente diferente al que tuvo en las provincias del Plata. Allí se inicia con tendencias claramente democráticas; aquí, en cambio, se inicia con un claro matiz aristocrático y conservador. Sin embargo, quizás esta misma característica hace que la revolución se desenvuelva dentro del más perfecto orden, sin efusión de sangre y sin alteraciones profundas en la vida del país.

Así pues, el elemento criollo, que aumentaba sus deseos de independencia a medida que entraba sin obstáculos en la gobernación del país, fué echando los cimientos de la revolución. Lo demás no se iba a hacer esperar. El contacto con Buenos Aires y con los medios extranjeros que llegaban a Chile, comple-

(2) PEREYRA, Carlos. Op. cit. Tomo VIII. Madrid, 1924. Pág. 210.

taron la obra. No faltaba más que la causa ocasional que pusiese en movimiento todo el plan.

El motivo se halló bien pronto. Se encontró en la pugna entre el Cabildo y el Gobernador. La Audiencia, a quien jamás fué simpático este personaje, se mostró en un principio indecisa, e incluso llegó a favorecer al Cabildo; cuando se dió cuenta del peligro que encerraba su actitud ya era tarde, la revolución estaba consumada. Y es que dicho organismo vió frustrado sus planes para la elección de Presidente y Gobernador a la muerte de Muñoz de Guzmán. La elección de don Francisco García Carrasco produjo el descontento entre los Oidores, y el nuevo Presidente tampoco supo captarse sus simpatías durante su mando. Los roces y desavenencias a que dió lugar tan violenta situación contribuyó en gran manera a establecer un estado de tirantez de relaciones entre las autoridades españolas y el elemento criollo.

A dicha circunstancia vino a unirse poco después la noticia de la invasión de la Península por Napoleón. Se originó un estado de opinión semejante al que existía en las provincias del Plata. Al ser sometida la Península a un poder extraño, las colonias quedaban en libertad de acción para evadir su sometimiento a una autoridad ilegal. Estas ideas, fomentadas por don Juan Martínez de Rozas y don Bernardo O'Higgins iban poco a poco haciendo mella en la opinión pública chilena. Y lógicamente, el Cabildo de la capital, constituido en gran parte por chilenos, era el foco de ellas.

El Presidente Carrasco era hombre poco ducho en cuestiones políticas, y ante el peligro inminente que se le presentaba creyó encontrar una solución definitiva que atemorizase a los conspiradores. Don José Antonio de Rojas, don Juan Ovalle y don Bernardo Vera, personajes principales de la conspiración, fueron remitidos al Callao sin más formalidades de juicio, con una simple carta al Virrey. Tan arbitraria medida exasperó al elemento criollo, y puso claramente de manifiesto la oposición entre éste y el Gobernador.

De la pugna anterior entre la Audiencia y el Presidente, quien salió beneficiado fué el Cabildo, que ahora se enfrenta con él. Carrasco se encontraba solo

y sin esperanza de ayuda. Por eso, el triunfo rotundo del Cabildo no se hace esperar. Por su parte, la Audiencia fluctúa entre su odio hacia el Presidente y el vago presentimiento de un grave peligro. Pero con su conducta no hace sino confirmar el triunfo del Cabildo. El Presidente se ve obligado a ordenar la vuelta de los detenidos; pero cuando se da la orden se hallaban ya camino de Lima, y la indignación sube de punto.

Sin embargo, la Audiencia quiso aún solucionar la cuestión y halla un término medio entre las dos opiniones que contentase a ambos. Con tal fin, tiene lugar la elección de un Presidente chileno en la persona del marqués de la Conquista, que por otra parte, debido a su edad no había de ser un gran obstáculo para los planes de los reformadores, evitando la deposición de Carrasco, que parecía inevitable.

En esta situación, se planteó el problema del reconocimiento del Consejo de Regencia. El Cabildo lo reconoció en un principio (3); pero pronto surgieron las discrepancias y se pretendió la reunión de un Cabildo abierto para lograr la tranquilidad y el orden que parecían perturbados por los partidos. La Audiencia se opuso a ello; pero ni la Audiencia ni el Presidente conservaban realmente el Poder, que en la práctica había pasado a manos del Cabildo.

Celebróse, pues, el Cabildo abierto el día 18 de septiembre de 1810. En él, el Presidente que en la práctica carecía ya de toda autoridad, y ante la situación creada por el Cabildo, hizo entrega a éste del mando, y lo convirtió así en cabeza de la revolución. Tal hecho significa, desde luego, el completo triunfo de la idea revolucionaria; el primer paso estaba dado. Los hechos posteriores se desprenden lógicamente de aquél.

La primera medida del Cabildo al recibir el mando del Presidente, fué el nombramiento de una Junta a imitación de las de la Península y la de Buenos Aires. Dicho organismo, presidido por el mismo marqués de

(3) MEDINA, J. Toribio. *Actas del Cabildo de Santiago (1810-1814)*. Santiago, 1910. Acta correspondiente al Cabildo del 14 de agosto de 1810. Pág. 35 y ss.

la Conquista, había de ser únicamente una solución transitoria hasta la reunión de los diputados de las provincias, a fin de nombrar al que había de tomar el Poder de un modo definitivo (4).

Pero si la revolución estaba en marcha, pronto surgen las primeras dificultades. La existencia de la oligarquía nobiliaria a que me he referido antes, traía consigo una constante pugna entre las familias que se repartían el Poder. Como consecuencia de ello, la rivalidad se traduce en el nacimiento de diferentes partidos que se disputaron el mando (5). En primer lugar estaba el partido del Cabildo, de matiz moderado y sostenido por la gran masa de la aristocracia, de ideas conservadoras: su centro estaba en Santiago. Frente a él surge el partido capitaneado por Rozas, que se había retirado a Concepción y que abogaba por la completa independencia y el establecimiento de un Gobierno nacional: su centro se hallaba en Concepción. Y lógicamente, aparte de ambos partidos, y frente a los dos, se encontraba el que pudiera llamarse partido realista o español, que propugnaba la restauración de las legítimas autoridades, y que se hallaba capitaneado por los Oidores de la Audiencia.

La escisión entre los revolucionarios se puso pronto de manifiesto en la convocatoria del Congreso que se llevó a cabo después. Al principio la revolución se hizo por los moderados, pero pronto sus enemigos encontraron el medio de hacerse con el Poder. Se les presentó con la conspiración de Figueroa, merced a la cual, Rozas halló la ocasión para deshacerse de los principales enemigos realistas y disolver la Audiencia, su principal baluarte.

Pero en la elección del Congreso el triunfo correspondió a los moderados. Rozas y los suyos, insatisfechos se retiraron a Concepción para preparar una acción por su cuenta. Pero entonces aparece en escena un hombre que simboliza el cambio de rumbo que

(4) MEDINA, J. T. Op. cit. Acta correspondiente al Cabildo de 18 de septiembre de 1810. Pág. 60 y ss.

(5) AMUNATEGUI y VICUÑA MACKENA. Op. cit. Página 45.

poco tiempo después iba a sufrir la revolución: José Miguel Carrera.

Carrera unía a toda la ideología exaltada de Rozas y los suyos, su carácter de militar y su extraordinario ímpetu. Había luchado en España contra la invasión francesa y llegó a Chile cuando ya la revolución estaba en marcha. Pronto se puso al frente del partido turbulento radical, y, tras el levantamiento del 4 de septiembre de 1811, los radicales se hicieron de nuevo con el Poder. Pero en su triunfo olvidaron a aquél por quien habían llegado a la altura, y eso no lo podía sufrir Carrera. El prestigio obtenido en el golpe del 4 de septiembre le hacía considerarse como postergado, y para reivindicar sus derechos pensó en una nueva revolución. Los realistas estaban confiados en él, pues creían ver en su descontento para con la facción gobernante un punto de partida para la restauración. Carrera, por su parte también lo daba a entender así para obtener su apoyo. Pero una vez que hubo probado suerte y le sonrió el triunfo el 15 de noviembre en una repetición de la asonada de septiembre, se desentendió de ellos y procuró, al contrario, atraerse a sus enemigos radicales. Ahora bien, no consiguió su propósito, pues sus enemigos jamás le perdonaron el asalto al Poder. «Chile tuvo así dos gobiernos de hecho: el de Santiago, que era una dictadura de sable, representada por Carrera, y el de Concepción, en donde dominaba el doctrinarismo, que, disponiendo de las tropas fronterizas y de las milicias del Sur, amenazó con un avance para la restauración del Congreso» (6). A tal punto llegó la hostilidad entre ambos partidos, que hubo un momento en que sus fuerzas se encontraron frente a frente separadas por el río Maule.

Sin embargo, ninguno de los dos deseaban llegar a la lucha. Así es que la contrarrevolución de Valdivia vino a llenar sus deseos y se concertó la paz entre ambos. Sin embargo, a pesar de la paz «el país estaba dividido en dos diferentes gobiernos. Desde Atacama hasta el Maule, dominaba una Junta de gobierno, o más bien, don José Miguel Carrera, que la presidía.

(6) PEREYRA, Carlos. Op. cit. Tomo VIII. Madrid, 1924. Página 218.

Desde el Maule hasta el Biobio imperaba la Junta de Concepción, que tenía por jefe al doctor Rozas. En Valdivia estaba triunfante la reacción realista. Chiloé quedaba sometido a la dependencia del Virrey del Perú» (7). La naciente revolución pasaba por un momento difícil y la primera preocupación de Carrera fué la de conseguir el dominio total del territorio. Le fué fácil desentenderse de Rozas, no enviándole el dinero para el pago de sus tropas; la consecuencia inmediata fué su caída llevada a cabo por sus mismos soldados. Carrera se encontraba dueño de casi todo el país, desde el desierto de Atacama hasta el Biobio.

Entretanto, el Virrey del Perú, cuyo país se hallaba vinculado económicamente en gran parte al Reino de Chile, se mantenía en una actitud expectante hasta ver el transcurso de los acontecimientos, aunque con la debida vigilancia para evitar cualquier contacto entre los revolucionarios chilenos y las provincias peruanas. Esta táctica del cordón sanitario es la misma que en un principio empleara contra la revolución argentina. Por su parte, la Junta de Chile tampoco se propasaba en sus relaciones con el Virrey, quien si bien la calificaba de eco de la de Buenos Aires, no podía menos de reconocer que su tendencia era mucho más moderada que aquélla, y que, en cuanto a sus relaciones con el Virreinato, no había cortado el comercio, ni siquiera la correspondencia epistolar (8). Todo ello, unido a las órdenes recibidas de la Península para reconocer como legítima a la Junta de Chile, hacían que el Virrey adoptase una actitud de prudente reserva.

Sin embargo, Abascal se daba cuenta que tras la actitud de la Junta de Santiago se escondía un verdadero propósito de independencia, como había tenido ocasión de observar anteriormente con la conducta semejante mantenida por la de Buenos Aires. Si bien en un principio se colocó, como digo, en una posición

(7) BARROS ARANA, Diego. *Historia de América*. Tomo II. Santiago de Chile, 1908. Págs. 373-374.

(8) *Arch. Abascal*. Minuta de carta de Abascal a Pérez de Castro. Sin data ni fecha.

meramente expectante, a medida que transcurría el tiempo y se traslucían más claramente los propósitos de los chilenos, comenzó a elaborar un plan de ataque contra este país, con objeto de lograr su pronta pacificación y evitar que en un plazo más o menos corto se convirtiese en una nueva amenaza para el Virreinato del Perú, que, unida a la de Buenos Aires, hubiera significado su total ruína. Ahora bien, para ello había una dificultad fundamental, que era la inexistencia de un ejército capaz de emprender las operaciones en territorio chileno.

Ya se ha visto la situación del ejército virreinal al comenzar la revolución de Buenos Aires. A duras penas logró el Virrey obtener un corto número de soldados, carentes casi por completo de instrucción, con los que hacer frente a la marea ascendente de los revolucionarios. Por otra parte, hasta después de la batalla de Huaqui, la situación del Virreinato era delicada. Todas sus energías habían de concentrarse en las orillas del Desaguadero, amenazado con la invasión de las fuerzas de Castellí de un momento a otro. Gracias a la constancia de Goyeneche y sus oficiales y al tenaz esfuerzo de Abascal, se pudo superar aquella crisis. Aun así, hasta después de dominado todo el Alto Perú, no cabía la posibilidad de emprender una acción secundaria, que divirtiese el esfuerzo principal.

Pasada, pues, tan angustiosa situación, Abascal se dirigió inmediatamente hacia el Reino de Chile, cuya revolución seguía un camino ascendente, y que ahora, con la subida de Carrera al Poder, se apartaba de las disquisiciones doctrinarias para prepararse en el terreno de las armas. No es, pues, de extrañar que, dominada la situación en el Alto Perú, se dirigiese a Goyeneche en estos términos: «Como esas cuatro provincias están absolutamente tranquilas, he pensado que de las guarniciones que han quedado en los pueblos grandes se pudiesen extraer 3.000 hombres que caminasen a Salta o al Tucumán y podrían hacer una expedición desde este distrito por el camino que más acomodare para que de repente pasase la cordillera y se echase sobre Copiapó y Coquimbo, a fin de introducir la consternación en el Reino de Chile,

y haciendo, por consecuencia, pensar racionalmente a la Junta insurgente de Santiago» (9).

Sin embargo, la idea del Virrey no prosperó. Goyeneche le contestaba poco después y le advertía que era imposible la realización de tal proyecto, pues el ataque por la costa era irrealizable, ya que toda ella se encontraba jalonada de desiertos sin agua ni vi- viente alguno. Según el general, no existía otro punto para la penetración en el territorio chileno que Men- doza, en lo cual se anticipaba a la idea que más tarde llevó a la práctica San Martín (10).

El Virrey se encontraba entonces prácticamente imposibilitado de realizar sus planes sobre Chile, ya que en las circunstancias que decía Goyeneche no le era posible llevarlo a cabo. Pero pronto se le presentó una ocasión favorable, que no quiso desaprovechar. Fué a causa de la contrarrevolución de Valdivia, a que me he referido antes. Tan pronto tuvo noticias de ella, así como de la acaecida de un modo seme- jante en Osorno, previa la reunión del Acuerdo, de- cretó la incorporación de dichos territorios al Virrei- nato del Perú, como asimismo de la provincia de Concepción, cuya disidencia respecto al Gobierno de Santiago quiso aprovechar en beneficio propio (11).

Inmediatamente, con objeto de llevar a la práctica la incorporación, inició los preparativos de una ex- pedición que se dirigiese a tierras de Chile mandada por el Brigadier de Marina don Antonio Pareja, nom- brado gobernador de la provincia de Concepción. Pero el Virrey no podía separarse de la tropa que tanta falta le hacía: así es que Pareja recibió órdenes de reunir y adiestrar las tropas veteranas y de milicias que encontrase en estas regiones, para lo cual llevaba numerosos oficiales y 6.000 pesos, además del corres- pondiente vestuario para dichas fuerzas.

Mas, a pesar de todo, las órdenes que Pareja reci- biera de Abascal no eran, ni mucho menos, las de co-

(9) *Arch. Abascal*. Copia de carta de Abascal a Goyeneche. Lima, 10 de octubre de 1812.

(10) *Arch. Abascal*. Carta de Goyeneche a Abascal. Potosí, 9 de noviembre de 1812.

(11) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II, Págs. 165-166.

menzar inmediatamente la lucha. Antes al contrario, sus indicaciones se encaminaban a lograr una conciliación con los sublevados, para lo cual el Brigadier reconocería los Cabildos y respetaría a las personas que ocupaban los puestos públicos; por el lado contrario, a éstos sólo se les exigía el juramento de fidelidad. La razón es obvia, y se desprende de lo apuntado más arriba: la necesidad de organizar un poderoso ejército para dirigirlo contra Buenos Aires, objetivo principal de toda su labor (12).

La expedición llegó a su destino, al puerto de San Carlos de Ancud, en las islas Chiloé, el 18 de enero de 1813. Allí se dedicó Pareja a organizar sus tropas, y una vez que hubo completado su instrucción, se dirigió a Valdivia. La ocupación de la ciudad no le ofreció dificultades, y de aquí siguió navegando hasta San Vicente, punto próximo a Concepción, y el más indicado para llevar a cabo el desembarco. Una vez efectuado, en lugar de dirigirse directamente hacia la plaza, fué a ocupar Talcahuano, con lo cual aquélla quedaba rebasada y privada de recibir cualquier posible auxilio del Norte. La ocupación de ambas fué fácil, favorecida en gran parte por la desertión de los enemigos. Efectuada la primera parte de las operaciones, Pareja se dispuso a avanzar hacia el Norte para llegar lo antes posible a Santiago.

Entretanto, la alarma había cundido en la capital. Pero ante el peligro exterior cedieron las desavenencias entre los partidarios y se dispusieron a hacer frente a las tropas realistas. José Miguel Carrera fué elegido unánimemente general en jefe del ejército chileno, y se dispuso a organizar la lucha, marchando a cortar el paso al ejército de Pareja, que continuaba mientras tanto su avance hasta llegar a los alrededores del río Maule. Allí, como a unas siete leguas del río, instaló su campamento en un punto denominado Yervas Buenas, el 26 de abril. En la madrugada del día 27 fué sorprendido por una columna patriota de 600 hombres, que consiguieron en un principio desorganizar a sus tropas. Sin embargo, pronto se im-

(12) BARROS ARANA, Diego. *Historia General de Chile*. Tomo IX. Santiago de Chile, 1887. Pág. 10.

puso la reacción de los realistas, y, tras una corta lucha, hubieron de retirarse los chilenos.

El encuentro con los patriotas parecía carecer de toda importancia. Su falta de plan les impidió sacar alguna ventaja militarmente, pero en cambio, tuvo el poder de desmoralizar a las fuerzas de Pareja. Cuando, rehecho de la sorpresa, se dispuso a continuar la marcha hasta Talca, se encontró que sus tropas, desalentadas y desmoralizadas, se negaron a seguirle. Ante el inesperado aspecto de los acontecimientos, el general se vió obligado a emprender la retirada el 10 de mayo.

La causa del desaliento de las tropas al primer choque con el enemigo, es difícil de explicar. En realidad no cabe otra explicación que la falta de disciplina, poco asentada en el corto tiempo de instrucción que habían tenido. No debía tampoco ser ajeno a esta circunstancia el hecho, señalado por Abascal, del descubrimiento de una serie de individuos confidentes de los chilenos descubiertos en el ejército por su general (13).

En vista de la actitud de sus soldados, Pareja se retiró a Chillán, no sin haberse visto obligado a contener el avance de los patriotas, con quienes sostuvo algunos encuentros. Pero al encerrarse en Chillán, quedó aislado el ejército realista, pues Talcahuano y Concepción, los dos puntos por donde podían recibir los auxilios, no tardaron en caer en manos de los chilenos, que se encontraron con el camino de la costa completamente libre, y ante cuyas fuerzas no pudieron resistir las cortas guarniciones que en ellas habían permanecido, e incluso llegaron a sitiar a Chillán (14). El poder realista quedaba reducido a este punto, y sus enemigos tenían verdadero interés en aprovechar el momento de entusiasmo producido por la retirada de los españoles.

La ciudad de Chillán se hallaba defendida por el

(13) ABASCAL. *Memoria*. Tomo II. Pág. 171.

(14) Consecuencia de tan rápida ocupación de los puertos por los chilenos, fué la captura por éstos de la fragata «Tomás» en Talcahuano, adonde acababa de arribar, portadora de auxilios para las tropas.

capitán don Juan Francisco Sánchez, a quien hizo entrega del mando de la plaza el Brigadier Pareja, cuya enfermedad se acentuó con las fatigas del trabajo hasta el punto de morir poco después de su llegada aquí. Frente a ella se hallaba mandando el sitio José Miguel Carrera, que antes había ocupado las otras dos ciudades. Pero Chillán resistía todos los ataques chilenos, hasta el punto de que los sitiadores llegaron a encontrarse sin víveres ni municiones para seguir manteniendo el cerco. No les cupo entonces otra solución que retirarse ante la vista de los españoles.

La retirada de Chillán tuvo un hondo significado, tanto para los realistas como para los patriotas. Para éstos significó el fin del mando de Carrera. «Durante su ausencia, sus adversarios políticos se habían rehecho en la capital y ejercían grande influencia en el Gobierno. Si algo difería la caída de don José Miguel era el prestigio de la victoria. Un revés como aquél iba a precipitarla y a suministrar a sus émulos la coyuntura que atisbaban» (15). Y aún más; para muchos, Carrera era el único responsable de todas las desgracias ocurridas. Pero en todos existía el temor de que no se aviniese a entregar el mando al coronel O'Higgins, como ordenó la Junta de Santiago. Sin embargo, bien pronto pudo darse cuenta el jefe chileno de que ni los soldados ni la mayoría de sus compatriotas estaban de su parte; no le cabía opción, y hubo de resignar el mando. Y no pararon aquí las desgracias de Carrera: al dirigirse junto con su hermano Luis hacia Santiago, fué sorprendido por una partida realista, que los hizo prisioneros en Penco Viejo y los trasladó a Chillán.

Para los realistas significó el ansiado respiro de que tan necesitados estaban. Aparte del consiguiente aumento de moral al ver desaparecer al ejército sitiado sin haber conseguido su objetivo. En resumen, se puede decir que «la suspensión del sitio de Chillán, al paso que dejó libres a los realistas para extender sus operaciones, fué el principio de una especie de

(15) AMUNATEGUI y VIGUÑA MACKENA. Op. cit. Página 76.

desquiciamiento del ejército patriota, que comenzó a perder terreno en todas partes, ya por la sublevación de Arauco, ya por la actividad y la audacia que desplegaron los realistas ensanchando el campo de sus operaciones». (16).

Indudablemente, la culpa del fracaso cae de lleno sobre Carrera, cuya falta de iniciativa se puso de manifiesto en varias ocasiones a lo largo de la campaña. Una de ellas, la más importante, fué cuando al intentar Pareja pasar el Maule, repuesto de la sorpresa de Yervas Buenas, se encontró con la insubordinación de sus tropas. Entonces era el momento más a propósito para una acción a fondo contra los realistas, a punto de desaparecer. Desaprovechó el momento, y más tarde, cuando llegaron éstos a Chillán, con la enfermedad del general y el ambiente desmoralizador que reinaba entre sus soldados, se encontró con otra ocasión oportuna, de haberlos seguido de cerca, los dejó reorganizarse, y cuando intentó llevar a cabo el ataque a la ciudad se encontró con que la situación había variado considerablemente y las posibilidades de éxito habían disminuido. El resultado final fué que se consiguió lo que jamás se hubiera pensado: el robustecimiento del poder de los realistas.

Con tan adverso resultado, no era de extrañar, pues, la caída de Carrera, cuya dictadura no había sido nunca grata a los demás revolucionarios. Si tal vez en su desgracia aumentaron las acusaciones en contra de la conducta por él observada, no es menos cierto que, apartado el posible apasionamiento de estos juicios, queda en pie el hecho de que desaprovechó las mejores ocasiones que se le ofrecieron.

Su sucesor en el mando de las tropas patriotas fué, como dije antes, don Bernardo O'Higgins, que, a partir de ahora, entra como primera figura en la historia de Chile, Hijo del que fué Virrey del Perú y marqués de Vallenar, don Ambrosio O'Higgins, devoto partidario de Rozas, bien pronto figuró a la cabeza de uno de los partidos de la revolución chilena. Su elevación al mando del ejército le granjeó la enemistad de Carrera,

(16) BARROS ARANA, Diego. *Historia General de Chile*. Tomo IX. Santiago de Chile, 1887. Pág. 176.

que, como se verá, trajo funestas consecuencias para la causa chilena. El resentimiento de éste, que por segunda vez se creía injustamente pagado, se concentró en la persona de su sucesor al frente de las tropas, por quien se creyó preterido.

A consecuencia del nuevo aspecto de la lucha, tuvieron lugar hechos de importancia para el curso de la misma, tanto en el campo realista como en el patriota. En Santiago fué depuesta la Junta y se nombró a una sola persona que concentrase en sus manos todo el Poder, como única solución para superar tan crítico momento en la historia de la revolución: esta persona fué el coronel don Francisco de la Lastra.

Por el contrario, en el campo realista habían mejorado las cosas. El hecho del levantamiento del cerco de Chillán alentó extraordinariamente a los allí encerrados, que inmediatamente comenzaron a extender sus correrías por el Sur. Pero no paró ahí, sino que pronto recibieron un numeroso refuerzo enviado por el Virrey del Perú al mando del Brigadier don Gabino Gainza.

Este militar español, que hasta entonces había estado mandando el Regimiento Veterano de Lima, recibió de Abascal unas instrucciones minuciosas antes de ponerse en marcha (17). Hacían referencia a dos puntos principalmente, a la reorganización del ejército y a las líneas generales del plan a seguir.

En relación con el primer punto, Abascal especifica la conducta a seguir con el ejército, cuya disciplina habían de reforzar y cuyos defectos tenía que remediar (art.º 5). Además, procuraría enterarse de la suficiencia de los jefes con quienes contaba y del número de fuerzas propias y enemigas para decidir lo más conveniente respecto a las futuras operaciones (art.º 6 al 11). El plan a seguir se encontraba especificado en sus líneas generales: efectuado los

(17) ODRIOZOLA, M. *Documentos históricos del Perú*. Tomo III. Lima, 1872. Pág. 201. Apéndice al «Pensador del Perú»: «Instrucción que deberá observar el Sr. Brigadier D. Gabino Gainza en el mando del ejército de la Concepción de Chile, a que va destinado, en relevo del Coronel don Francisco Sánchez». Lima, 1.º de enero de 1814. Son 24 artículos, firmados por el Marqués de la Concordia.

cálculos y pesadas las posibilidades, quedaba a la iniciativa del general resolver si convenia «hacer la guerra solamente defensiva, o emprenderla con energia ofensivamente atacando con rapidez en detalle, si los enemigos estuviesen divididos en porciones separadas: o en el todo si sus fuerzas las tuviesen reunidas; pero dejando siempre un competente número de guarnición en Chillán con la artillería suficiente para conservar en todo evento aquel importante punto, y mantener la existencia e intereses de aquellos fieles habitantes» (art.º 11).

Entrado en contacto con los enemigos, si la lucha adquiria un aspecto favorable para los realistas, el primer objetivo de las fuerzas de Gainza debia ser la ocupación del puerto de Talcahuano, punto por donde podria asegurarse el envio de refuerzos desde Chiloé, conseguido lo cual, continuarian la progresión hasta el Maule para amenazar más directamente a los de Santiago, cuyas fuerzas deberian ser atacadas a la otra orilla del río, si las condiciones fuesen favorables (art.º 12 y 13).

Ocupada la orilla del Maule, cuyo paso debia tenerse asegurado en todo momento, Gainza se dirigiria al Gobierno de Chile instándole a deponer las armas, en cuyo caso se le trataria con todo miramiento, y le haria ver las consecuencias que para él se derivarian de su negativa. En el caso de que accediese a la deposición de las armas, le ofreceria el perdón general y olvido de todo lo pasado, a cambio de que jurase inmediatamente la Constitución, efectuado lo cual, el general se haria cargo del gobierno politico y militar del territorio. Pero si la Junta pretendiese entrar en pactos en otros términos, especifica Abascal que «sólo le podrá conceder la suspensión de armas, conservando el pais ocupado, y el Gobierno de Chile el suyo, hasta que, dándome parte de lo que se haya tratado, reciba mi contestación» (artículos 18 y 19).

No paraban aquí las instrucciones del Virrey, sino que, hombre minucioso en la concepción de sus planes, advertia que si se consiguiera someter a los sublevados de Chile, desaparecia el motivo que obligaba a mantener en el pais la fuerza que actualmente existia en él, en cuyo caso, parte de ella pasaria la

Cordillera por alguno de los caminos que la atraviesan para desembocar en el territorio argentino, a fin de efectuar algunas correrías por Mendoza (art.º 20).

A la par que ordenaba el plan de operaciones, también se daba cuenta Abascal de la importancia que para ellas tenía la adhesión a la causa realista de los indios araucanos. Por eso, y a fin de mantenerlos a su lado, recomienda a Gaínza les dé en su nombre y en el del Rey las más expresivas gracias y algunos presentes, estimulándolos a continuar firmes junto al Soberano (art.º 3).

Con las anteriores instrucciones partió rumbo a Chile la expedición de Gaínza. A fines de enero de 1814 desembarcaba en la costa de Arauco, e inmediatamente se preparaba para emprender la ofensiva. «El ejército patriota estaba dividido en dos cuerpos, uno acantonado a la orilla norte del Itata, en el sitio denominado Membrillar, a las órdenes del coronel don Juan Mackena, y el otro en Concepción, bajo el mando de O'Higgins» (18). El objetivo de Gaínza era apoderarse del camino de Santiago, a cuyo fin, y con el de separar a ambos jefes chilenos, se dirigió a Talca: el camino de Santiago quedaba abierto, y su suerte dependía de una batalla solamente. El intento de recobrar la ciudad por los patriotas dió como resultado su nueva derrota en Cancha-Rayada.

A pesar del revés que sufrió Gaínza en su ataque a las fuerzas de Mackena en el Membrillar, pronto pudo reponerse y marchar esta vez sobre Santiago directamente, a pesar de dejar atrás a las fuerzas de O'Higgins y Mackena, quienes, sabedores del plan de Gaínza, se dirigieron también hacia el Norte, con el fin de cortar el paso a la ciudad. El camino de ambos ejércitos hasta su llegada a la Hacienda de Quecheregua, fué una desenfrenada carrera, con el fin de obtener ventaja sobre el adversario. Al llegar aquí, los patriotas habían obtenido la delantera y se hallaban interpuestos entre los realistas y Santiago. Todos los intentos de Gaínza para abrirse paso hacia

(18) BARROS ARANA, Diego. *Historia de América*. Tomo II. Santiago, 1908. Pág. 382.

la capital fueron inútiles y al final hubo de retirarse a Talca. Su intento había fracasado.

El alejamiento de las tropas realistas de Chillán, punto principal para su aprovisionamiento y donde tenían establecido su Cuartel General, unido a las deserciones y al desánimo consiguiente al fracaso de su plan, sin esperanza de poder llevarlo a cabo, influyó poderosamente en el espíritu del general y determinó en gran parte su conducta posterior.

Mientras Gainza se dirigía con sus tropas hacia Chile, Abascal celebraba conferencias en Lima con el Comodoro inglés Sir James Hylliar, comandante de la fragata británica «Phoebe», que, juntamente con la corbeta «Cherub», navegaban por el Pacífico para proteger el comercio inglés de los ataques de los navíos estadounidenses, con cuya nación se hallaba en guerra Gran Bretaña. Arribado al Callao, el marino inglés se puso en contacto con el Virrey de Lima y se prestó voluntariamente a servir de mediador en el conflicto entre éste y el Gobierno chileno.

Abascal, que aunque había enviado a Chile a Gainza con tropas y armamentos para continuar la lucha, tenía gran interés en solucionar el conflicto chileno, entrevió una posibilidad con el ofrecimiento del marino inglés. Inmediatamente puso en su conocimiento las bases sobre las que se podría llegar a un acuerdo entre ambos bandos. Se reducían, naturalmente, como ya había indicado a Gainza en sus «Instrucciones», a que los chilenos «ratifiquen el reconocimiento que han hecho de Fernando VII, que en su ausencia y cautividad reconozcan la soberanía de la nación en las Cortes generales y extraordinarias, y reciban y juren la Constitución española hecha por las mismas» (19), en cuyo caso el Virrey se obligaba a un total olvido de lo pasado, con un perdón general para todos aquéllos que hubiesen tenido mayor o menor parte en la revolución. Para mover al Gobierno chileno a entrar en las negociaciones le hacía ver los

(19) ODRIOZOLA, M. Op. cit. Tomo II. Lima, 1872. Pág. 222. Artículo 10 de las «Apuntaciones dadas al Capitán de la fragata de S. M. B. «Phoebe», que zarpó de este puerto del Callao para el de Valparaíso con la corbeta «Cherub», el 11 de enero de 1814».

recientes y notables triunfos de las armas realistas, tanto en la Península como en el continente americano, en donde las tropas del Virrey acababan de infligir dos graves derrotas a los argentinos en los campos de Vilcapugio y Ayohuma.

La situación ciertamente era delicada para los rebeldes de Chile. Sus esperanzas se iban apagando poco a poco al observar cómo las tropas francesas evacuaban la Península, y pronto se habrían de poner de manifiesto sus propósitos independizantes con la vuelta al Trono de Fernando VII. El matiz de la Junta se iba a poner al descubierto a poco que el Monarca recabase su acatamiento. Y entonces era de temer una acción ofensiva de las fuerzas peninsulares que, libres de la lucha en España se podrían muy bien dirigir a América. Por otra parte, la ayuda de Buenos Aires era en estos momentos bastante problemática, pues los reveses que acababa de sufrir le imposibilitaban de todo punto para enviar tropas a Chile. Así, pues, no es extraño que los dirigentes chilenos acogiesen en principio con agrado la idea de una transacción, siquiera como una fórmula provisional.

En el ánimo de los gobernantes chilenos pesaban dos sentimientos dispares: por una parte, el referido más arriba; por otra, la idea, arraigaba al cabo de tres años de vivirla, de una independencia más o menos efectiva. Se sentían comprometidos con la revolución, y por otra parte veían las consecuencias de la guerra y las que podían venir más adelante. Por tanto no debía estar muy lejos de su modo de pensar el llegar a una transacción en la que quedasen a salvo los principios fundamentales de sus doctrinas y que condujese a un pronto término de las hostilidades. «Lo que en tales circunstancias y en semejante disposición de ánimo podría cuadrarles mejor era el sistema de un gobierno nacional y constitucional, más o menos sometido al Rey; algo parecido a lo que habían sido las colonias inglesas de la América del Norte antes de su emancipación» (20).

En cambio, Abascal no podía permitir otro arreglo

(20) AMUNATEGUI, M. L. y V. *La Reconquista española de Chile en 1814*. Bibl. Ayacucho, s. a. Pág. 34.

que el reconocimiento pleno de la soberanía del Rey por el Gobierno de Chile y la sumisión a las órdenes emanadas del Consejo de Regencia y de las Cortes. Su posición estaba claramente definida y no se hallaba dispuesto a volverse atrás, y mucho menos ahora, cuando las tropas virreinales se extendían por todo el Alto Perú y habían rechazado la segunda invasión argentina. Así se lo expuso claramente a Hylliar en las «Apuntaciones» que le dió, haciéndole constar, de todas formas, sus buenos deseos de llegar a una avenencia sobre esta base.

Inmediatamente que Hylliar llegó a Chile, se puso en contacto con el Director Lastra, por quien fué bien acogido. Se nombraron para llevar a cabo las negociaciones por parte del Gobierno de Chile, a don Antonio José de Irisarri y don Camilo Henríquez. Las bases sobre las que habían de fundarse fueron determinadas por el Senado chileno, y eran las siguientes: «suspensión de las hostilidades, evacuación del territorio por las fuerzas de Lima, reconocimiento de la soberanía del Rey de España, conservación de las autoridades nacionales o chilenas hasta que, por medio de diputados, se conviniera con el Supremo Gobierno de la Península el modo de conciliar las actuales diferencias» (21).

Como puede verse, las bases para las negociaciones caían fuera de los poderes concedidos a Hylliar por el Virrey, que le había hecho contar claramente que, en caso de llegarse a la avenencia por él propuesta, debía «admitir la Audiencia, Gobierno y empleados por la soberanía, como lo estaban antes, con la sola diferencia dictada por la propia Constitución, y que para el resguardo de las personas, propiedades y sostén de la administración de justicia, han de recibir la guarnición necesaria de tropas chilotas, interin se organizan otras de todo el distrito» (22).

Sin embargo, Hylliar las aceptó como punto de partida para discusiones posteriores, con la mejor buena voluntad, pero sin apreciar, quizás, la gran

(21) AMUNATEGUI, M. L. y V. Op. cit. Págs. 37-38.

(22) Artículo 10 de las «Apuntaciones...» de Hylliar. (ODRIOZOLA. Op. cit. Pág. 222).

diferencia que existía entre una y otra posición. Así es, que con ellas se dirigió al lugar en donde se encontraban los dos ejércitos, a fin de conseguir su propósito. Entretanto, el Director Lastra escribía, informando a O'Higgins de las negociaciones en curso, para inclinar su ánimo a aceptarlas, aunque a la par le decía: «Usía, como testigo ocular, y por mil otros motivos, sabe bien cuánto hemos perdido en esas desoladas provincias; la parte que de ellas ocupa el enemigo, la fuerza con que la sostiene e intenta invadirnos, si sigue la guerra; si le aprovechará la suspensión y si separado algún tiempo podrá rehacerse y regresar con dobles y mejores tropas; si las nuestras están hoy en estado de atacar con ventaja, acabar con aquéllas y entorpecer o dificultar que venga otro repuesto capaz de hacernos sucumbir después de victoriosos» (23). Nada como este trozo nos da idea de que el fin perseguido por el Gobierno chileno era obtener una tregua con la que ganar tiempo para reorganizar sus fuerzas con el fin de que, si fallaban las negociaciones propuestas con el Gobierno de Madrid, se encontrasen en franca superioridad sobre sus adversarios. No es de extrañar, pues, que, fijos en su idea, no diesen importancia al hecho de insertar en el tratado algunas frases que se contradecían con su conducta.

O'Higgins aceptó la idea del tratado, y así se lo comunicó a Hylliar, que se trasladó al campamento realista para dar a conocer a Gáinza las negociaciones que se llevaban a cabo y proponerle la discusión de las mismas con el jefe del ejército enemigo, a fin de convertirlas en tratado de paz.

Se ha visto más atrás el estado de ánimo de Gáinza, consiguiente al fracaso de su plan de ocupar Santiago de Chile. Obligado a retirarse a Talca, veía desaparecer la ocasión, quizás única, que se le ofrecía de acabar la guerra. Para él no cabían más posibilidades: alejado de Chillán y con el ejército de O'Higgins enfrente, no podía recibir auxilios, y además

(23) Oficio del Director Lastra al General en Jefe del Ejército de Chile, O'Higgins. Santiago, 22 de abril de 1814. (AMUNATEGUI. Op. cit. Pág. 44, nota).

veía amenazado su repliegue. Inactivo y en espera de un ataque de los enemigos, vió en el posible tratado una ocasión de salvar sus tropas sin perjuicio de volver más adelante con refuerzos e iniciar una campaña. No es extraño, pues, que acogiese con gusto la proposición de Hylliar de entrar en contacto con los generales chilenos. Sin embargo, aún tuvo sus vacilaciones antes de marchar a entrevistarse con sus contrarios, pues se dió cuenta de que las proposiciones de Hylliar no entraban dentro de la «Instrucción» que le había dado el Virrey de Lima. Por ello le propuso llegar a un tratado provisional que sería sometido a la aprobación del Virrey (24). La respuesta estuvo a punto de romper las negociaciones, pero ante el peligro, Gáinza, hombre irresoluto, se decidió a entrar en tratos.

El día 3 de mayo se entrevistaron Gáinza y el asesor Rodríguez Aldea, del lado de los realistas, con O'Higgins, Mackena y Zudáñez, del chileno. También se hallaba presente Hylliar, aunque parece que no intervino en la discusión. Al fin, tras un debate larguísimo, se firmó el Tratado conocido con el nombre de Tratado o Convenio de Lircay, por haberse firmado a orillas del río de este nombre, punto medio entre los dos campamentos y lugar elegido por Hylliar para la entrevista (25).

En el Tratado se convenía la evacuación por las tropas realistas del territorio chileno, evacuación que habría de llevarse a cabo en Talca, donde se encontraban las fuerzas de Gáinza, a las treinta horas de recibirse la aprobación del Tratado por el Gobierno de Santiago, y en la provincia de Concepción, en el término de un mes a partir también de dicho momento. Para facilitar la retirada de los realistas, el gobierno chileno pondría a su disposición «los auxilios que estuviesen al alcance de Chile y dicte la regularidad y prudencia» (art.º 2). Hasta que se verificase dicha evacuación se entregarían en rehenes

(24) AMUNATEGUI. Op. cit. Pág. 50.

(25) ODRIOTZOLA, M. Op. cit. Pág. 225 y ss. «Convenio celebrado entre los Generales de los ejércitos titulado Nacional y del Gobierno de Chile».

por el ejército nacional dos coroneles, y otros dos por el de Chile (art.º 12).

El ejército de Chile, por su parte, mientras se efectuaba la evacuación, se obligaba a conservar la posición que tenía en el día, sin aproximarse más a Talca, pudiendo únicamente retirarse a algún otro sitio más alejado de la ciudad en caso de temporal (art.º 8). También se restituirían los prisioneros de ambos ejércitos «sin excepción alguna, quedando enteramente olvidadas las causas que hasta aquí hayan dado los individuos de las provincias del Reino comprometidos por las armas con motivo de la presente guerra, sin que en ningún tiempo pueda hacerse mérito de ellas por una ni otra parte (art.º 3).

El Gobierno de Chile nombraría diputados con plenos poderes para sancionar la Constitución que las Cortes habían formado y para hacer oír sus representaciones, «...y se compromete a obedecer lo que entonces se determinase, reconociendo como ha reconocido, por su monarca al señor don Fernando VII y la autoridad de la Regencia, por quien se aprobó la Junta de Chile, manteniéndose entretanto el Gobierno anterior con todo su poder y facultades y el libre comercio con las naciones aliadas y neutrales, y especialmente con la Gran Bretaña...» (art.º 16). Por su parte, Chile daría a España todos los auxilios que estuviesen a su alcance, arreglados al deterioro que había sufrido su territorio durante la guerra (art.º 5), y satisfaría 30.000 pesos como parte del pago a algunos vecinos de Concepción por los gastos que había hecho el ejército de Gaínza (art.º 10).

Las relaciones mercantiles de Chile con las demás regiones de la Monarquía española continuarían de igual manera que antes de la guerra (art.º 4). Por último, si por cualquier circunstancia no se llegase a aceptar el Tratado, el jefe del Ejército de Chile quedaba obligado a esperar la contestación de esta noticia, que debería comunicar al jefe realista antes de reanudar cualquier actividad bélica (art.º 13). En caso contrario, si se aceptaba el Tratado, como prueba de la buena fe del Gobierno chileno, se ofrecía a entregar tres personas distinguidas en calidad de rehenes, entre las que figuraría el propio O'Higgins, que se había ofrecido voluntariamente, salvo en caso de ser elegido

diputado para las Cortes, en cuya circunstancia sería sustituido por otro individuo de semejante representación (art.º 11).

Como puede observarse, de la lectura del Tratado se desprende, en primer lugar, que dicho Tratado era nulo, porque ninguno de los representantes realistas tenía poderes para firmar un pacto en tales condiciones. Por otra parte se observa también que todo lo aprobado en el Tratado era lo propuesto por el Gobierno chileno, aún con algunas ventajas sobre las bases iniciales de las discusiones, sin que el general español hubiese logrado ninguna por su parte. En resumidas cuentas, que el único beneficiado con el Convenio era el bando chileno, que se encontraría con su territorio evacuado de enemigos, con el Gobierno reconocido por el de España y con una representación en las Cortes, aparte de las ventajas comerciales.

La responsabilidad del Tratado cae por entero sobre Gaínza, que poco después debió darse cuenta del paso que había dado, y el día siguiente al de la conclusión del Convenio quiso retractarse, según él mismo dice, «con la precisa condición (secreta y acordada con los jefes) de evacuar a Talca con sorpresa, y que habiendo sido inverificable aunque se intentó» no pudo menos que desistir de su proyecto (26).

En realidad, no creo quepa pensar en un doble papel interpretado por Gaínza en las negociaciones. «Entró en tratos para evitar un desastre que creía inevitable y aceptó condiciones que sus instrucciones le mandaban rechazar y que ni él mismo ni los oficiales de su ejército se proponían cumplir» (27). Pero su intento no era engañar a los chilenos, sino que, su obsesión era evitar, de la manera que fuese, un desastre, según él inevitable. Su inactividad en Talca, origen de todos sus males, la explica detalladamente: «Consistiendo ya entonces el ejército enemigo de algo más de 2.000 bayonetas (es un hecho), con caballería robusta y descansada, la tropa acabada de pagar y

(26) *Arch. Abascal*. Carta de Gaínza a Abascal. Concepción, 15 de octubre de 1814.

(27) BARROS ARANA, Diego. *Historia General de Chile*. Tomo IX. Santiago, 1887. Pág. 453.

vestir, alentada de verse en su terreno y con la posibilidad de recibir todo género de auxilios, al paso que el mío sólo tenía 1.475 bayonetas y de ellas 73 plazas en el hospital, fortificada Talca y de consiguiente necesidad de conservarla como punto único defensible, y que si se perdía era ya difícil retomarla, que con mi caballería endeble y muy gastada, si me quedaba en la campaña no podría proporcionarme subsistencias, amenazándome ya los aguaceros que habían dado principio y siéndome inverificable el repaso del Maule con el enemigo encima y superior, entiendo no debía empeñar acción que era tan expuesta» (28).

En esta situación, el único medio de salvar su ejército era reforzarlo con los auxilios que le pudiesen llegar, según su juicio, y como no cabía pensar que llegasen, encontró como única salida la del Convenio, pensando que, si bien no estaba autorizado a aceptarlo en tales condiciones, Abascal no juzgaría muy severamente su conducta, ya que le había permitido salvar a todo el ejército de Chile.

Sin embargo, no ocurrieron las cosas como juzgaba Gáinza. El día 13 de mayo daba cuenta a Abascal en una carta de la conclusión del Convenio. En ella le explicaba su decisión: «me entregué ciegamente a la fe del primer artículo del Convenio y sobre él establecí la paz como el bien más conveniente al Estado en general y a este Reino en particular» (29). El deseo de paz y la excesiva buena fe del general eran evidentes. Pero si sus deseos de paz eran compartidos también por el Virrey de Lima, no lo eran los de una paz en tales condiciones. La noticia del Tratado fué una gran sorpresa para Abascal, cuyo estado de ánimo debió llegar a tal punto de excitación que, según deja traslucir el mismo Gáinza en una carta posterior, en la que intenta justificarse, debió calificarlo hasta de cobarde, en presencia de su esposa (30).

No es de extrañar, pues, que, inmediatamente de

(28) *Arch. Abascal*. Carta de Gáinza a Abascal. Concepción, 15 de octubre de 1814.

(29) *Arch. Abascal*. Carta de Gáinza a Abascal. Chillán, 13 de mayo de 1814.

(30) *Arch. Abascal*. Carta de Gáinza a Abascal. Talcahuano, 31 de octubre de 1814.

recibida la noticia, convocase un Acuerdo en el que se desautorizó a Gaínza y se desaprobó el Convenio. Juntamente con ello, se determinó que, a la mayor brevedad, se reuniese el suficiente número de tropas para salvar la situación de Chile y llevar a cabo la reconquista del país. Pero la situación del Perú era bastante crítica, pues las múltiples exigencias que requerían la atención del Virrey le habían obligado a dispersar las fuerzas hasta el punto de que en la actualidad se encontraba sin tropas y sin medios para atender las necesidades de Chile. Al fin, pródigo en recursos, logró organizar el auxilio. «El Regimiento de Talavera, acabado de venir de España para guarnecer el punto de esta capital—dice el Virrey—, me facilitaba lo primero: el obrador de artillería y la fábrica de pólvora empleadas en una continua labor podían también allanarme lo segundo, aunque con inmensos trabajos: pero como para todo era inexcusable el primer agente, que es el dinero, y éste no lo había, recurrí al arbitrio de pedirlo, como otras veces al Consulado, cuyos fondos y su crédito, apurados por repetidos suplementos, me lo allanó al fin en la muy precisa cantidad para los gastos de la nueva expedición» (31).

Como jefe de la expedición, designó el Virrey al único «oficial de concepto e inteligencia» que entonces tenía disponible a sus órdenes, el comandante y Subinspector interino de Artillería don Mariano Osorio, militar de más decisión que Gaínza, y de quien esperaba pudiese un punto final victorioso a la guerra.

Con objeto de indicarle su norma de conducta le dió nuevas instrucciones (32). En ellas le indicaba, en primer lugar, que observase la conveniencia de fortificar los puntos de Concepción y Talcahuano, con objeto de cubrir la mayor cantidad posible de terreno de aquella provincia (art.º 2). Verificado este punto, debía dirigirse a Chillán, en donde, al hacerse cargo del mando del ejército, debía revistar cada uno

(31) ABASCAL, *Memoria*. Tomo II. Pág. 181.

(32) ODRIOZOLA, M. Op. cit. Tomo III. Pág. 229 y ss. «Instrucción que deberá observar el Coronel don Mariano Osorio en el mando del Ejército Real de Concepción de Chile, a que va destinado». Lima, 18 de julio de 1814.

de los cuerpos que lo componían, cuyo estado de instrucción y disciplina debía remitir a la mayor brevedad al Virrey (art.º 4).

Aún ofrecía el Virrey una nueva posibilidad al Gobierno chileno, a quien debía dar a conocer Osorio su deseo de llegar a la paz con un olvido general para todos los que renovasen el juramento hecho al Soberano y durante su cautividad jurasen la Constitución española y el Gobierno de las Cortes. En este caso debería Osorio pasar a la capital con la tropa necesaria para imponer en ella el orden y hacerles observar a sus soldados la más rígida disciplina, a fin de que no maltratasen a nadie (artículos 6 y 7).

Cotejados los estados de fuerza del enemigo que poseía el Virrey y los de las propias, remitidos por Gaínza, resultaba que las realistas eran muy superiores a las patriotas, sobre todo con el refuerzo del batallón de Talavera; «por cuya razón conviene romper las operaciones luego que la estación de aguas lo permita, atacándolos enérgicamente donde se les encuentre, sin darles lugar a rehacerse en caso de ser derrotados, persiguiéndolos incesantemente hasta disiparlos y continuando su marcha hasta apoderarse de la capital»; y si entonces el Gobierno de Chile pidiese la paz que antes rehusó, se le concedería con «las menores ventajas para él que exige su obstinación y el estado de ambos ejércitos» (arts. 8, 10 y 11).

Efectuada la toma de la capital, Osorio debía poner en segura prisión a todos los que hubieran tomado parte en la revolución y a los miembros del gobierno revolucionario, que remitiría inmediatamente a la isla de Juan Fernández, a la par que a todos los realistas, europeos o americanos que se hallasen desterrados por los insurgentes se les facilitaría la vuelta a sus casas y se procuraría formar con ellos un Regimiento de voluntarios de la Concordia chilena, semejante al que existía en Lima (arts. 13 y 15). Conseguido el orden en la capital, debería procurar también el restablecimiento de la Audiencia, como asimismo debía conseguir el orden en los demás puntos del país (arts. 14 y 16).

Una vez efectuada la total pacificación del Reino, debía dejar en la ciudad de Santiago y demás puntos necesarios la suficiente cantidad de tropas para man-

tener el orden, y con el resto del ejército debería formar una expedición que, a través de la Cordillera, se dirigiese hacia Mendoza para propagar el pánico en las provincias del Río de la Plata y aliviar al ejército del Alto Perú. Con tal finalidad adelantaría algún cuerpo hasta Córdoba, y en caso de descubrir fuerzas enemigas, emprendería la retirada si fuesen superiores, o las atacaría si fuesen inferiores. Para ello, el jefe de la expedición debía ponerse en contacto con el general del ejército del Alto Perú, como igualmente el propio Osorio, cuando hubiese terminado la ocupación del Reino de Chile (arts. 21 al 23). Para llevar a cabo la expedición, dada la escasez de fondos del Erario, el Virrey facultaba a Osorio para que impusiese una contribución general en todo el Reino de Chile, con dicho fin y con el de contribuir también al sostenimiento del ejército que debía subsistir en él (art.º 12).

Como se ve por estas instrucciones, cuyo espíritu es semejante a las dadas anteriormente a Gainza, el Virrey no permitía otra alternativa a los chilenos que el acatamiento de la soberanía española, o la reanudación de la lucha, de cuyo final victorioso tenía poderosas razones para estar seguro. E incluso pensaba en uno de sus planes favoritos: el franqueamiento de la Cordillera por el ejército victorioso de Chile para coger por la espalda al argentino.

Con las anteriores instrucciones salió Osorio del Perú con 150 hombres del Regimiento de Talavera, 45 artilleros, sus oficiales y dos obuses de siete pulgadas, además de las correspondientes municiones y los naturales auxilios en dinero (33). Por fin, el 13 de agosto desembarcó en Talcahuaco y se dispuso a prepararse para la nueva ofensiva.

En el interin de estos acontecimientos habian ocurrido hechos trascendentales en el campo chileno. No cabe duda que conocido por el Gobierno de Santiago el modo de pensar del Virrey del Perú y lo acontecido por los sublevados de Buenos Aires, no podía, en buena lógica, pensar que las condiciones impuestas a Gainza fuesen aceptadas por aquél ni por el Gobier-

no español. Otra cosa bien distinta es la cuestión de si el Gobierno de Santiago estaba dispuesto de buena fe a cumplir lo estipulado en Lircay, o sea, si estaba dispuesto a llevar a cabo el retroceso que para sus ideas revolucionarias significaba dicho pacto. En cuanto a lo último, me inclino a creer que los dirigentes de Santiago estaban íntimamente convencidos de que su meta final era la independencia, a semejanza de los de Buenos Aires, y que, al proponer un término medio, creyeron hallar un «*modu vivendi*», que en la práctica los hiciese independientes, aunque de un modo nominal estuviesen sujetos a la soberanía del Rey de España. Pero esto fué un error de los gobernantes chilenos, que perdieron la ocasión de emplearse a fondo contra los realistas, en un momento en que no les hubiera sido extremadamente difícil arrancarles la victoria. Entonces se hubieran encontrado en franca superioridad para pactar, si lo hubiesen juzgado necesario. Más no lo hicieron así, y las consecuencias le fueron fatales, pues a nadie agradó el Tratado, antes al contrario fué utilizado por el partido enemigo del Gobierno como arma política, para echarles en cara el haber llegado a una transacción con el enemigo.

Inmediatamente que cundió la desilusión, al tenerse noticias del Tratado, el pensamiento popular se fijó en el antiguo caudillo que tanto impulso diera a la revolución y que la puso en estado de medir sus armas con los realistas: en José Miguel Carrera. Las circunstancias vinieron a convertir en realidad este anhelo.

Se recordará que los dos hermanos Carrera habían sido hechos prisioneros en Penco Viejo, después de su destitución por el Gobierno de Chile, y trasladados al Cuartel General de los realistas en Chillán. Ahora, por el Tratado de Lircay, en justicia, debían haber sido puestos en libertad, según el artículo tercero de dicho Tratado, en el que se establecía la restitución recíproca de todos los prisioneros que se hubiesen hecho por ambas partes «sin excepción alguna». Pero el Gobierno de Chile, que no tenía el menor interés de enfrentarse con sus más temibles adversarios en el interior, estipuló un artículo secreto en dicho Tratado, con el fin de que los dos hermanos les fue-

sen entregados, seguros de que su libertad supondría la alteración del estado de cosas existente, y quizás, su propia caída. Parece que en primer lugar se dispuso fuesen enviados a Lima, pero que después se determinó pasasen a Río de Janeiro (34).

Pero a pesar de este artículo, y antes de que pudiera cumplirse lo estipulado, ambos hermanos emprendieron la fuga y se dirigieron hacia Santiago. Inmediatamente que se supo en la Capital la fuga de los hermanos Carrera, el Director Lastra dictó auto de prisión contra ambos, y dió comienzo la búsqueda de los proscritos por todo el territorio chileno.

La medida de Lastra puso una vez más de manifiesto su falta de tacto político, pues con ella solo consiguió reunir alrededor del popular caudillo a todos los descontentos y a la mayor parte del ejército, que nunca había llegado a olvidarle. Si bien uno de ellos fue detenido, el otro pudo ensayar su procedimiento favorito: el 22 de julio de 1814 una sublevación militar en Santiago colocó otra vez en el poder a Jose Miguel Carrera.

Ocupada la capital, quedaba por saber la actitud de O'Higgins y su ejército ante el golpe de Estado. Pero su posición era clara: se mantenía al lado del Directorio, y se dispuso a emprender la marcha sobre Santiago para restaurarlo. La enemistad entre Carrera y O'Higgins iba a desencadenar la guerra civil entre los mismos chilenos. Aquél organizó a toda prisa un núcleo de fuerzas para hacer frente al ejército que venía de Talca, y se dispuso a defender la capital. Aún tuvo lugar una escaramuza entre la vanguardia de ambos ejércitos, y ya estaban las fuerzas preparadas para lanzarse a la lucha, cuando se recibieron noticias del desembarco de Osorio con la orden del Virrey de Lima de desaprobar el Tratado de Lircay y continuar la guerra.

Ante el giro de los acontecimientos, Carrera, que había obtenido algunas ventajas en el primer choque, propuso a O'Higgins la unión contra el peligro común. Aceptada por éste, se dispuso el ejército de ambos para luchar contra Osorio, que distaba sólo sesenta

leguas de la capital, favorecido su avance por las discordias entre los jefes chilenos, que motivó la marcha de O'Higgins hacia Santiago. Ante la proximidad de aquél, O'Higgins, que después del acuerdo con Carrera había quedado como segundo en el ejército patriota, se hizo cargo de la vanguardia, y con ella se situó en Rancagua, a fin de detenerlos, en tanto que Carrera organizaba las fuerzas necesarias para acudir en su socorro y obligar a retirarse a los realistas.

Entre los jefes patriotas existía, sin embargo, disparidad de criterio respecto al punto donde se debía hacer la resistencia a los enemigos, pues mientras Carrera era partidario de replegarse a la Angostura del Paine si las fuerzas enemigas eran superiores, O'Higgins se declaraba por una defensa a toda costa de Rancagua. Prevalció por fin el criterio de este último, y se situó en ella el 30 de septiembre.

Al día siguiente, 1.º de octubre, se presentó Osorio ante la ciudad. Su llegada se llevó a cabo casi por sorpresa, y los enemigos hubieron de retirarse a toda prisa al interior. El centro de la población era la parte que O'Higgins pensaba defender; constituido por una gran plaza cuadrada, había fortificado todos sus accesos. El sitio de la plaza fué terrible. Durante todo el día se luchó denodadamente por ambos bandos, sin conseguir que se decidiese la situación por ninguno de ellos. Los realistas atacaron furiosamente las posiciones patriotas, pero todos sus ataques fueron rechazados con gran energía. Al amanecer del día 2 se renovó la lucha. Los patriotas habían sufrido enorme cantidad de pérdidas y escaseaban de municiones. Por otra parte, los realistas, a quienes la presencia del ejército de Carrera en socorro de la ciudad hacía buscar un final rápido, arreciaban sus ataques. La situación se iba haciendo cada vez más insostenible, y la suerte de los defensores de Rancagua estaba decidida, a no ser que Carrera iniciase un movimiento para sorprender la retaguardia realista. Pero el esperado ataque no se llevó a cabo, pues, tras un leve contacto con sus enemigos, el jefe chileno se retiró hacia la Angostura del Paine, punto que a su juicio debiera haberse defendido a toda costa.

Y esto fué lo que decidió el combate definitivamente: ante la imposibilidad de seguir resistiendo por sus propios medios, O'Higgins decidió dar una carga contra las tropas realistas, y salir de la ciudad.

Ocupada Rancagua, el mantenimiento de Santiago en manos de los patriotas era imposible. Así lo comprendió Carrera, marchándose de allí, y con él todos los comprometidos en la revolución. Muchos de ellos marcharon a territorio argentino para librarse de caer en manos de los realistas, y otros, con Carrera a la cabeza, se retiraron hacia el Norte; pero su permanencia allí no podía prolongarse mucho: sin ejército disciplinado y sin medios para organizar una seria resistencia, se vieron obligados, al fin, a pasar los Andes y acogerse a territorio argentino.

Durante la marcha de Osorio por el territorio chileno, y antes de su llegada a Rancagua, recibió oficios del Virrey de Lima en los que le comunicaba los desgraciados sucesos que se habían desarrollado dentro y fuera del Virreinato. Dichos acontecimientos eran la rendición de Montevideo, el recrudecimiento de la insurrección del Alto Perú, que había obligado a Pezuela a retirarse hacia Cotagaita, y las insurrecciones del Cuzco y Huamanga. La situación originada en el Virreinato por estas circunstancias era bastante delicada, como se ha tenido ocasión de ver. No sólo había que desechar la idea de un posible envío de refuerzos a Chile, sino que todos los cuidados habían de dirigirse hacia el Alto Perú. En su consecuencia, el Virrey había convocado en Lima una Junta de Guerra, con el fin de tomar las medidas necesarias para atajar el peligro. Allí se acordó «prevenir a Osorio que, estipulando si fuese dable una racional convención con los chilenos, se pudiese prontamente con todas las tropas voluntarias que pudiese recoger, la artillería, armamento y municiones a bordo de los buques existentes en el puerto y se dirigiese a uno de los intermedios para amparar y proteger su retirada» (35). Esta decisión, más que ninguna otra, nos da una idea de la angustia que debía reinar en aquellos momentos en Lima, cuando el

Virrey, que poco antes había rechazado de plano todo trato con los insurgentes, a no ser que tuviese como base el reconocimiento del Monarca español y la restitución de las antiguas autoridades, se avenía ahora a indicar la necesidad de una «racional convención con los chilenos», sabiendo que, por muy ventajosa que fuese, siempre lo había de ser menos que la impuesta por las armas. La necesidad de socorrer al ejército del Alto Perú, de cuyo mantenimiento se daba cuenta que dependía el de todo el Virreinato, le obligó a amoldarse a las circunstancias.

Sin embargo, no se llevó a cabo lo dispuesto por el Virrey. Ni Osorio entró en tratos con los chilenos, ni envió sus fuerzas al Alto Perú. Pero la actitud de Osorio, que encierra una desobediencia a las órdenes del Virrey, se encuentra perfectamente explicada. Poco después de su llegada a Chile se halló con que había surgido la división en el bando patriota, cuyas fuerzas amenazaban con llegar a las armas entre sí, lo cual favorecía extraordinariamente sus planes, pues, como se ha visto más atrás, al retirarse O'Higgins hacia Santiago para reponer al Directorio en contra de Carrera, Osorio se encontró con el camino abierto, y así pudo llegar con toda facilidad hasta Rancagua, sin encontrar la menor resistencia. En estas condiciones debió recibir las citadas órdenes de Abascal, y comprendió que podía dar en Rancagua una batalla decisiva que, en caso de ser victoriosa, le valdría la posesión de la capital y con ella la de todo el Reino. Valía la pena esperar al resultado de la acción y no perder a tan poco precio el territorio ya conquistado. Los resultados dieron la razón al general; y cabe incluso pensar en que si el propio Virrey hubiese tenido noticias detalladas de cómo marchaba la situación en Chile, no hubiera dudado en aprobar el plan de Osorio. Por otra parte, el mismo ejército, formado en gran parte de chilenos, se mostraba reacio a abandonar el país, y mucho más en las condiciones en que la evacuación había de hacerse. Todo lo cual obliga a pensar indulgentemente sobre la desobediencia de Osorio, y se puede concluir afirmando que, si existió, se halla plenamente justificada por las circunstancias del momento y por la libertad de acción de que está dotado todo jefe de ejército.

La ocupación de la capital por las tropas realistas tuvo lugar inmediatamente después de la victoria de Rancagua. El 5 de octubre entraba en ella el primer contingente de dichas tropas. Poco después eran ocupados los demás puntos importantes del país, aunque como decía Osorio al Virrey, no podía contar con sus moradores «hasta que desaparezcan (si es posible conseguirlo), las ideas de independencia radicadas en los corazones (36), que le obligaban a dejar guarniciones en las plazas, con lo que disminuía la fuerza de su ejército y aumentaban sus peticiones de refuerzos a aquél.

La situación del Reino después de ocupado por los realistas era todavía bastante delicada. Las partidas de insurgentes continuaban hostilizándolos y sus habitantes se mostraban recelosos de ellos. Así lo daba a entender el propio Osorio cuando escribía a Abascal y le decía: «... en una palabra, este Reino no está todavía tranquilo ni lo estará en mucho tiempo; la independencia está arraigada en los corazones, y sólo la recta justicia, el desinterés y una conducta ejemplar pueden arrancar y destruir estas ideas» (37). Ciertamente, el plan propuesto en esas líneas por Osorio era el único medio eficaz de atraerse a los chilenos. Y seguramente que hizo cuanto estuvo de su parte para llevarlo a cabo. Hombre laborioso, trabajador infatigable, procuraba imponerse de todos los asuntos del Gobierno, cuyo desconocimiento en muchos casos intentaba subsanar con su buena voluntad y el consejo de personas autorizadas.

Durante todo el año 1815 continuó Osorio en el mando de Chile, y si su Gobierno no se caracterizó como el de un gran político, al menos puso en práctica las ideas que tenía respecto a la gobernación de un territorio, aunque le faltaba el tacto político necesario para gobernar un país convaleciente de la grave crisis por la que había pasado.

Con el Gobierno de Osorio y la reconquista de

(36) Arch. Abascal. Carta de Osorio a Abascal. Cuartel General en la Quinta de Sánchez, media legua de Santiago, 13 de octubre de 1814.

(37) Arch. Abascal. Carta de Osorio a Abascal. Valparaíso, 22 de octubre de 1814.

Chile termina la primera etapa de la lucha en este país. Al terminar, la situación se ofrecía inmejorable a los españoles. Cuando ocurrieron en el Perú los desgraciados sucesos ya mencionados, Abascal ordenó a Osorio que, realizando una avenencia con los chilenos, procurase pasar al Alto Perú para llevar a Pezuela el auxilio de que tan necesitado estaba. El refuerzo podía haberse transportado, o bien en barco hasta algún puerto desde donde continuara la marcha por tierra, hasta llegar a unirse con las demás tropas realistas, o bien a través de la Cordillera. Aún ya antes, si se recuerdan las «Instrucciones» dadas por el Virrey a Gáinza, primero y después a Osorio, se puede observar esta idea del Virrey del paso de los Andes por el ejército realista de Chile. El fin perseguido por Abascal era claro: sorprender la retaguardia del ejército argentino, que se encontraría así entre dos fuegos, y con ello franquearse el camino de Buenos Aires.

Osorio no llevó a cabo el plan de Abascal porque las condiciones de su ejército después de la lucha no se lo permitieron. El corto auxilio que pudo enviar a Pezuela era harto exiguo para emprender la aventura, y hubo de tomar el camino del mar. Cuando terminó su campaña tampoco se creyó lo suficientemente fuerte para intentarlo, y, por último, cuando a fines de 1815 se preparaba, quizás, para llevarlo a cabo, vino su relevo y ya no se volvió a hablar más del proyecto, pues su primer promotor, el Virrey Abascal, también fué sustituido a mediados de 1816. Es curioso, sin embargo, observar cómo este Virrey concibió un plan que, de haberse conseguido, hubiera retrasado indefinidamente el triunfo de la revolución en América del Sur. Pensó realizar, en sentido inverso, la marcha que más tarde efectuara San Martín, que entonces se preparaba en Mendoza. Si las condiciones del ejército de Chile y de su jefe hubieran respondido a las necesidades del momento y Osorio se hubiese dado cuenta de la trascendencia de los planes del Virrey, no cabe la menor duda de que el curso de la guerra hubiese cambiado notablemente, ya que, en aquel momento, San Martín no se encontraba preparado aún para hacer frente a la invasión desde el territorio chileno. De haberse llevado a efecto, no cabe duda de que hubiese significado el mo-

mento de más aguda crisis para la revolución argentina, y aún, sin temor a exagerar, quizás el principio de un fin posible e inmediato.

Pero no se llevó a cabo, y con él se perdió la última ocasión de asestar un fuerte golpe a la idea de la independencia en el Continente. Mas no fué sólo eso, sino que a Osorio substituyó en el gobierno de Chile un personaje incapaz de realizar ningún plan de envergadura: D. Francisco Casimiro Marcó del Pont. Si el primero se había mostrado algunas veces duro en castigar a los patriotas, éste aumentó la dureza hasta límites extremados, y contribuyó indirectamente a favorecer los planes de San Martín. Por lo demás, no cabía pensar que fuese capaz de medirse con el general argentino; así, cuando más tarde sus tropas sufren la derrota de Chacabuco, infligida por el ejército de San Martín una vez atravesados los Andes, no tomó otra solución que la retirada inmediata. Y cuando el entonces Virrey del Perú quiso echar mano de Osorio, no pudo repetir su hazaña de 1814. Entonces se debió dar cuenta del error que cometiera al no realizar el plan que le trazara Abascal.

PAREJA

OSORIO

GAINZA

Archivo General de Indias

Quito 323. Asiento de Pantoja y correspondencia con la Real Audiencia de Lima, 1614.

Quito 324. Correspondencia con los Gobernadores de Guayaquil, 1620-1621.

Quito 325. Correspondencia con los Gobernadores de Pantoja, 1724-1817.

Quito 326. Dependencia del Virreinato, 1685-1695.

Quito 327. 16 16 1695.

Quito 328. 16 16 1695-1696.

Quito 329. 16 16 1695-1696.

Quito 330. 16 16 1695-1696.

Quito 331. 16 16 1695-1696.

Quito 332. 16 16 1695-1696.

Quito 333. 16 16 1695-1696.

Quito 334. 16 16 1695-1696.

Quito 335. 16 16 1695-1696.

Quito 336. 16 16 1695-1696.

Quito 337. 16 16 1695-1696.

Quito 338. 16 16 1695-1696.

Quito 339. 16 16 1695-1696.

Quito 340. 16 16 1695-1696.

Quito 341. 16 16 1695-1696.

Quito 342. 16 16 1695-1696.

Quito 343. 16 16 1695-1696.

Quito 344. 16 16 1695-1696.

Quito 345. 16 16 1695-1696.

Quito 346. 16 16 1695-1696.

Quito 347. 16 16 1695-1696.

Quito 348. 16 16 1695-1696.

Quito 349. 16 16 1695-1696.

Quito 350. 16 16 1695-1696.

Quito 351. 16 16 1695-1696.

Quito 352. 16 16 1695-1696.

Quito 353. 16 16 1695-1696.

Quito 354. 16 16 1695-1696.

Quito 355. 16 16 1695-1696.

Quito 356. 16 16 1695-1696.

Quito 357. 16 16 1695-1696.

Quito 358. 16 16 1695-1696.

Quito 359. 16 16 1695-1696.

Quito 360. 16 16 1695-1696.

FUENTES

GAINZA

Archivo General de Indias

- Quito 235. Asuntos de Popayán y correspondencia con los residentes de Quito. 1816.
 Quito 237. Correspondencia con los Gobernadores de Guayaquil. 1862-1814.
 Quito 238. Correspondencia con los Gobernadores de Popayán. 1734-1817.
 Quito 255. Duplicados del Presidente. 1808-1810.
 Quito 256. Id. Id. 1811.
 Quito 257. Id. Id. 1812-1813.
 Quito 258. Id. Id. 1814-1815.
 Quito 259. Id. Id. 1816-1817.
 Lima 585. Inventarios de Decretos. 1760-1816.
 Lima 600. Consulta al Consejo. 1799-1807.
 Lima 601. Id. Id. 1807-1811.
 Lima 602. Id. Id. 1812-1817.
 Lima 608. Remisiones al Consejo. 1805-1824.
 Lima 609. Materias Gubernativas. 1555-1819.
 Lima 610. Id. Id. Id. Id.
 Lima 613. Informes sobre materias gubernativas. 1806-1821.
 Lima 624. Provisiones de empleos. 1805-1807.
 Lima 625. Id. Id. 1808-1811.
 Lima 626. Id. Id. 1812-1815.
 Lima 641. Correspondencias de Virreyes. 1797-1815.
 Lima 648. Id. Id. 1800-1808.
 Lima 649. Id. Id. 1809-1820.
 Lima 734. Duplicados del Virrey. 1805-1806.
 Lima 735. Id. Id. Id. Id.
 Lima 736. Id. Id. 1807-1808.
 Lima 737. Id. Id. 1808.
 Lima 738. Id. Id. 1800-1809.
 Lima 739. Id. Id. 1809-1810.
 Lima 740. Id. Id. 1810.
 Lima 741. Id. Id. 1811.

Lima 742.	Duplicados del Virrey.	1812.
Lima 743.	Id.	Id.
Lima 744.	Id.	Id.
Lima 745.	Id.	Id.
Lima 746.	Id.	Id.
Lima 747.	Id.	Id.
Lima 748.	Id.	Id.
Lima 749.	Id.	Id.
Lima 750.	Id.	Id.
Lima 751.	Id.	Id.
Lima 752.	Id.	Id.
Lima 753.	Id.	Id.
Lima 754.	Id.	Id.
Lima 755.	Id.	Id.
Lima 764.	Duplicados de Gobernadores e Intendente.	1803-1817.
Lima 769.	Duplicados de Ministros y Particulares.	1805-1808.
Lima 770.	Id.	Id.
Lima 771.	Id.	Id.
Lima 772.	Id.	Id.
Lima 773.	Id.	Id.
Lima 778.	Correspondencia con los Gobernadores de Huancavélica.	1795-1811.
Lima 788.	Reales Cédulas e Informes de la Audiencia.	1683-1817.
Lima 793.	Cartas y Expedientes del Presidente y Oidores.	1796-1813.
Lima 794.	Cartas y Expedientes del Presidente y Oidores.	1814-1817.
Lima 798.	Seca de Gobierno. Negociado Político y de Instrucción.	1789-1822.
Lima 799.	Elecciones de Ayuntamientos y Diputados a Cortes.	1813-1814.
Lima 800.	Expediente sobre Levantamiento del Perú.	1821.
Lima 801.	Reales Cédulas y Privilegios a Ciudades.	1621-1818.
Lima 802.	Expedientes de Cabildos Seculares.	1739-1811.
Lima 803.	Id.	Id.
Lima 804.	Id.	Id.
Lima 975.	Expedientes resueltos.	1814-1815.
Lima 981.	Expedientes pendientes de informes.	1798-1818.
Lima 982.	Indices de Expedientes.	1760-1832.
Lima 1.010.	Expedientes e instancias de partes.	1804-1812.
Lima 1.011.	Id.	Id.
Lima 1.012.	Id.	Id.
Lima 1.013.	Id.	Id.
Lima 1.014.	Id.	Id.
Lima 1.017.	Id.	Id.
Lima 1.018-A.	Id.	Id.
Lima 1.018-B.	Id.	Id.
Lima 1.027.	Gacetas y periódicos.	1812-1814.
Lima 1.068.	Informes de Hacienda.	1613-1822.
Lima 1.069.	Id.	Id.
Lima 1.115.	Duplicados del Visitador e Intendentes de Hacienda.	1788-1808.
Lima 1.116.	Duplicados del Visitador e Intendentes de Hacienda.	1811-1822.

- Lima 1.120. Correspondencia con los Intendentes. 1776-1829.
 Lima 1.121. Id. Id. Id. Id. Id.
 Lima 1.122. Reales Cédulas e Informes del Tribunal de Cuentas. 1621-1818.
 Lima 1.124. Expediente sobre arreglos del Tribunal de Cuentas. 1800-1813.
 Lima 1.131. Tribunal de Cuentas y Oficiales Reales. 1785-1812.
 Lima 1.441. Asuntos de Hacienda. 1806-1808.
 Lima 1.442. Id. Id. 1809-1812.
 Lima 1.443. Id. Id. 1813-1816.
 Lima 1.462. Instancias de partes de la Real Hacienda. 1806.
 Lima 1.463. Id. Id. Id. Id. 1807-1809.
 Lima 1.465. Expedientes de Hacienda. 1812-1814.
 Lima 1.466. Id. Id. 1814-1816.
 Lima 1.467. Id. Id. 1816-1817.
 Lima 1.482. Patentes y Nombramientos Militares. 1627-1817.
 Lima 1.483. Asuntos de Guerra. 1778-1814.
 Lima 1.504. Revistas, Libretas y Ajustes Militares. 1791-1810.
 Lima 1.539. Duplicados del Consulado. 1782-1818.
 Lima 1.549. Expedientes del Consulado y Comercio. 1801-1811.
 Lima 1.550. Id. Id. Id. 1812-1819.
 Lima 1.553. Expedientes del Consulado sobre Préstamos al Virrey. 1769-1817.
 Lima 1.557. Expedientes sobre la captura de la fragata anglo-americana «PEGASUS». 1803-1819.
 Lima 1.566. Estado de las iglesias en el Perú. 1767-1820.
 Lima 1.568. Cartas del Arzobispo y Cabildo Eclesiástico de Lima. 1724-1819.
 Lima 1.570. Iglesia de Arequipa. 1770-1823.
 Lima 1.572. Cartas del Obispo de Arequipa. 1736-1817.
 Lima 1.577. Cartas del Obispo de Huamanga. 1786-1819.
 Lima 1.588. Expedientes e Instancias. 1801-1810.
 Lima 1.589. Id. Id. 1811-1814.
 Lima 1.590. Id. Id. 1815-1818.
 Cuzco 2. Duplicados de Gobernadores. 1784-1814.
 Cuzco 3. Correspondencia y Duplicados de Autoridades y Particulares. 1782-1824.
 Cuzco 7. Duplicados del Presidente y Oidores. 1795-1812.
 Cuzco 8. Id. Id. Id. 1810-1816.
 Cuzco 28. Expedientes e Instancias de Partes. 1791-1833.
 Buenos Aires 40. Correspondencia con los Virreyes. 1804-1815.
 Buenos Aires 47. Correspondencia con los Gobernadores de Montevideo. 1810-1813.
 Buenos Aires 97. Duplicados del Virrey. 1809-1810.
 Buenos Aires 155. Expedientes y Noticias sobre la sublevación de Buenos Aires y sus incidencias. 1808-1822.
 Buenos Aires 156. Id. Id. Id. 1808-1822.
 Buenos Aires 532. Asuntos Militares. 1787-1824.
 Charcas 434. Correspondencia con los Gobernadores. 1788-1817.
 Charcas 436. Correspondencia con los Gobernadores de Cochabamba y La Paz. 1790-1824.
 Charcas 441. Duplicados de Gobernadores. 1799-1812.
 Charcas 447. Cartas, Expedientes y Duplicados de la Audiencia. 1800-1830.

Charcas 454. Cartas y Expedientes de Cabildos Seculares. 1808-1812.

Charcas 583. Expedientes e Instancias de Partes. 1804-1814.

Chile 207. Duplicados de los Presidentes. 1815.

Chile 315. Papeles sobre sublevaciones y levantamientos políticos. 1781-1815.

Chile 187. Correspondencias de Presidentes. 1773-1817.

Chile 222. Duplicados de Particulares. 1773-1815.

Archivo del Conde de Guaqui

En dicho Archivo, propiedad del Excmo. Sr. Conde de Guaqui (Madrid), he visto todos los documentos que se hallan depositados en él, los cuales se refieren fundamentalmente al General Goyenache, Primer Conde de Guaqui. Se hallan reunidos en cajas y agrupados dentro de ellas en carpetas, numerado cada documento, cuya cita corresponde al Catálogo existente en dicho Archivo. En su mayor parte son cartas, partes, memoriales, borradores, etc., interesantes para estudiar la figura de Goyenache y enjuiciar sus campañas.

Archivo del Virrey Abascal

El Archivo del Virrey Abascal, propiedad de su descendiente don Manuel Pavia Pereira, se halla depositado en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla. Se compone de siete cajas de documentos sin catalogar, que contienen gran cantidad de documentación oficial y privada del Virrey. Toda ella ha sido estudiada por mí y es verdaderamente fundamental, no ya para el presente trabajo, sino para el elaborar la historia del Perú desde 1806 a 1816. En las citas de documentos me he limitado a señalar los que pertenecen a dicho Archivo, sin más puntualización, ya que por no existir un Catálogo, su actual distribución es puramente provisional.

En dicho Archivo se guarda la Memoria de Gobierno del Virrey Abascal, recientemente publicada por V. Rodríguez Casado y J. A. Calderón, que es la que he manejado y cuyas citas he acomodado a dicha edición.

Bibliografía

ACUERDOS del extinguido Cabildo de Buenos Aires. Barcelona, 1888-1930.

ALBERDI, J. B. «La cultura argentina-interpretación económica de la Historia Política Argentina y Sur-Americana».

ALTAMIRA, R. «Resumen Histórico de la Independencia de la América Española». Buenos Aires, 1910.

ALVAREZ, Alejandro. «La Diplomacia de Chile durante la emancipación». Madrid, s. a.

AMUNATEGUI, M. L. y V. «La Reconquista Española de Chile en 1814». Bibl. Ayacucho. Tomo LXIII. Madrid, s. a.

- AMUNATEGUI, Domingo. «Virreinato del Río de la Plata». Rev. Humanidades XXV. 1936.
- AMUNATEGUI, M. L. «Los precursores de la Independencia de Chile». Santiago de Chile, 1909.
- AMUNATEGUI, y VICUNA MACKENA, M. L. y B. «La Dictadura de O'Higgins». Bibl. Ayacucho. Tomo XIX. Madrid, s. a.
- AMUNATEGUI SOLAR. «La Sociedad Chilena en el siglo XVIII». Santiago de Chile, 1901.
- ANDRE, Marius. «El fin del Imperio Español en América». Cultura Española. 1939.
- APUNTES sobre la Revolución de 1809 en Buenos Aires. Rev. de Buenos Aires. Tomo XV. 1868.
- ARAOZ de la MADRID, Gregorio. «Extracto sacado de todas mis campañas... desde 1811». Rev. de Buenos Aires-XXIII y XXIV. 1870-1871.
- ARAUJO, Oreste. «Geografía económica de Uruguay». Montevideo, 1910.
- ARCE, Luis. «Iniciativas y comienzos de la Guerra de la Independencia Sur-Americana». Santiago de Chile, 1908.
- ARCHIVO GENERAL DE LA NACION. Archivo de Gobierno de Buenos Aires, 1810.
- ARDISSAC, Romualdo. «La forma del territorio de los Estados-Unidos». Rev. Humanidades. XXIII-1932.
- ARGUEDAS, Alcides. «Pueblo enfermo». 1909.
- ARGUEDAS, Alcide. «Historia General de Bolivia (1809-1921)». La Paz, 1922.
- AUNOS, Eduardo. «Cómo se perdió América». Buenos Aires, 1942.
- AVALLA, Pedro: «La batalla del Tucumán». Vol. IV del II Congreso Internacional de Historia de América. B. Aires, 1938.
- BARBAGELATA, Hugo de. «L'influence des idées française dans la révolution et dans l'évolution de l'Amérique Espagnole». París, 1917.
- BALLESTEROS. Rev. de la Guerra de la Independencia de Chile.
- BALLIVIAN, Manuel V. «Noticia Política, Geográfica, Industrial y Estadística de Bolivia». La Paz, 1900.
- BALLIVIAN y ROXAS, V. de. «Archivo Boliviano, Colección de documentos relativos a la Historia de Bolivia durante la época colonial». París, 1872.
- BAÑADOS ESPINOSA, Julio. «La batalla de Rancagua». Santiago de Chile, 1884.
- BARBAGELATA, Hugo de. «Artigas y la Revolución Americana». París, 1930.
- BARREDA Y LAOS, Felipe. «Vida intelectual de la Colonia». B. Aires, 1937.
- BARRERA, Isaac J. «Memoria de la Academia Nacional de la Historia: Quito Colonial, siglo XVIII, comienzos del siglo XIX». Quito, 1922.
- BARROS ARANA, Diego. «Historia General de la Independencia de Chile». Santiago de Chile, 1854.
- BARROS ARANA, Diego. «Historia General de Chile». Santiago de Chile, 1887.
- BARROS ARANA, Diego. «Historia de América». Santiago de Chile, 1908.

- BASADRE, Vicente. «Memoria histórico-político-geográfica relativa a la Independencia de la América Española». La Coruña, 1822.
- BATALLAS de la Guerra de la Independencia Alto-peruana». La Paz, 1913.
- BECQUER, Gerónimo. «Las provincias Hispano-Americanas en los últimos años del siglo XVIII». Rev. de Geografía Col. y Merc. XII. 1915.
- BELGRANO, Mario. «Liniers y Napoleón». Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. Tomo XIX. 1935.
- BELTRAN AVILA, Marcos. «Capítulo de la Historia Colonial de Oruro». La Paz, 1925.
- BELTRAN Y ROZPIDE. «La Independencia de América». Bol. de la Real Academia de la Historia. Tomo LXXX. 1922.
- BENAVENTE, J. de. «Memorias de las primeras campañas de la Guerra de la Independencia de Chile». Santiago de Chile, 1845.
- CAILLET-BOIS, R. «Ensayo sobre el Río de la Plata y la Revolución francesa». Buenos Aires, 1929.
- CALVO, Carlos. «Recueil complet des traites, conventions, capitulations, armistices... de tous les etats de l'Amerique latines... depuis l'annee 1493». Besançon, 1862.
- CALVO, Carlos. Anales históricos de la Revolución de la América latina. París, 1864.
- CAMACHO, J. María. «Historia de Bolivia». La Paz, 1906.
- CAPPA, Ricardo. «Estudios críticos». Madrid, 1889.
- CARBIA, Rómulo de. «La Revolución de mayo y la Iglesia». Buenos Aires, 1945.
- CESPEDES DEL CASTILLO, Guillermo. «Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata». Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, 1947.
- CEVALLOS, Pedro Fermín. «Resumen de la Historia del Ecuador desde su origen hasta 1845». Lima, 1870.
- CONWAY, M. «The bolivian andes». New-York, 1901.
- CORDOVA Y URRUTIA, J. María. «Las tres épocas del Perú, o compendio de su Historia».
- CORNEJO, Atilio. «Apuntes históricos sobre Salta». Buenos Aires, 1937.
- CUNEO-VIDAL, R. «Historia de la insurrección de Tacna por la Independencia del Perú». Lima, 1929.
- D'AVIS, Julio Alberto. «El estado boliviano y la unidad peruana». Cochabamba, 1944.
- DELLEPIANE, Carlos. «Historia militar del Perú». Buenos Aires, 1941.
- DENIS, P. «Amerique du sud (II partie). T. XV de la Geographie Universelle de V. Lablache». París, 1927.
- DESSALINES D'ORBINY, A. «Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia. 1846.
- DOCUMENTOS del Virreinato existentes en la Biblioteca Nacional de Lima».
- DOCUMENTOS para la historia Argentina». Buenos Aires, 1920-1921.
- DOCUMENTOS para la historia del Río de la Plata». Buenos Aires, 1913.

- DUFÉY, P. F. «Resume de l'histoire des revolitions de l'Amerique Meridionale». París, 1826.
- ENSAYO histórico (Volumen CXXIX de la Biblioteca del Oficial—Círculo Militar—. Buenos Aires, 1929).
- ESTRADA, Santiago de. «...y la casa fué destruída». Rev. Sol y Luna. N. 5. Buenos Aires, 1940.
- FRIAS, Bernardo. «Historia del General don Martín Huemes y de la provincia de Salta». Salta, 1902.
- FUNES, Gregorio. «Ensayo de la Historia civil del Paraguay, Buenos Aires y el Tucumán». Buenos Aires, 1816-1817.
- GANDIA, Enrique de. «Historia de Santa Cruz de la Sierra—una nueva república en Sur-América». Buenos Aires, 1935.
- GARCIA AL-DEGUER. «Historia de la Argentina». Madrid, s. a.
- GARCIA CAMBA, A. «Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú». Madrid, 1846.
- BIBLIOTECA AYACUCHO. Madrid, s. a.
- GARCIA DE LOYDI. «El Marqués de Sobre Monte». Buenos Aires, 1930.
- GARCIA PAZ. «Memorias del General García Paz». Bibl. Ayacucho. Tomo XVI. Madrid, s. a.
- GARCIA ESCUDERO, José María. «Un viraje en la interpretación de la independencia americana». Rev. de estudios políticos. Volumen V. N.º X. 1943.
- GELPI Y FERRO. «Estudios sobre la América, conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes». 1864-1866.
- GIMENEZ FERNANDEZ, Manuel. «Las doctrinas populistas en la Independencia de Hispanoamérica». Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, 1947.
- GRENON, P. «De la primera revolución del Alto Perú en 1809». Documentos en Córdoba, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas. 1925.
- GROSSAC, D. Santiago Liniers (Anales de la Biblioteca).
- HERNANDEZ, Alfonso J. «El Virreinato del Perú». Madrid, 1945.
- IBARBUREN, Federico. «La tradición hispánica en nuestra emancipación política». Rev. Sol y Luna, N.º 3.
- IZCUE, J. Augusto de. «Los peruanos y su independencia».
- JANE, Cecil. «Libertad y despotismo en la América Española». Madrid, 1931.
- CRAMER, Pedro. «Historia de Bolivia» (incompleta). 1899.
- LAMA, Tomás. «Historia de la Guerra de la Independencia».
- LAVALLE, J. A. «Abascal». Rev. de Buenos Aires. Tomo V. 1864.
- LAVALLE, J. A. Rev. de Lima, 10 de septiembre de 1860.
- LEGUIA, Jorge Guillermo. «La ciudad de Lima en el siglo XVII» (Mercurio Peruano. Tomo IV). Lima, 1920.
- LETURIA. «La emancipación hispano-americana en los informes episcopales a Pío VII». Buenos Aires, 1935.
- LEVENE, Ricardo. «La política económica de España en América y la revolución de 1810». 1914.
- LEVENE, Ricardo. «Historia de la Nación Argentina», publ. bajo su dirección. B. Aires, 1941. (5 tomos publicados).
- LEVENE, Ricardo. «Ensayo histórico sobre la revolución de mayo y Mariano Moreno». B. Aires, 1920-1921.

- LEVENE, Ricardo. «Lecciones de historia argentina». Buenos Aires, 1934.
- LOPEZ, Manuel. «Recuerdos históricos de la guerra de la independencia de Colombia-Perú (1819-1826)». Bibl. Ayacucho. Tomo XL.
- LOPEZ, Vicente. «Historia de la República Argentina». Buenos Aires, 1833.
- LOPEZ, V. «Geografía histórica del territorio argentino». Rev. de Buenos Aires. Tomo XX. 1869.
- LORENTE, Sebastián. «Historia del Perú bajo los Borbones (1700-1821)». Lima, 1871.
- MANCINI, Jules. «Bolivar et l'émancipation des colonies espagnoles, des origines a 1815». París, 1912.
- MARFANI, J. «El Virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros». Rev. Humanidades. Tomo XXV. (Segunda Parte). 1936.
- MARIATEGUI OLIVA, Ricardo. «Historia del Perú». Lima, 1939.
- MARIATEGUI, F. J. «Anotaciones a la historia del Perú independiente de don M. Paz Soldán». Lima, 1869.
- MEDINA, J. Toribio. «La expedición en Corso del Comodoro Guillermo Brown (1815-1816)».
- MEDINA, J. T. «Colección de documentos para la historia de Chile».
- MEDINA, J. T. «Actas del Cabildo de Santiago (1810-1814)». Santiago, 1910.
- MENDIBURU, Manuel de. «Diccionario histórico-biográfico del Perú». Lima, 1931.
- MIRRO. «Las casacas de Goyeneche». La Nación. Suplemento al núm. 19.571. 7 de marzo de 1926. Tomo II. N.º 37. Pág. 4.
- MITRE, Bartolomé. «Historia del General Belgrano y de la Independencia Argentina». París, 1887.
- MITRE, B. «Ensayos históricos: II. Emancipación Sur-Americana». B. Aires, 1918.
- MITRE, B. «Historia del General San Martín y de la emancipación Sur-Americana». B. Aires, 1907.
- MITRE, B. «Comprobaciones históricas». B. Aires, 1882.
- MONFERINI, J. L. «Historia de la Nación Argentina». Buenos Aires, 1940.
- MONOGRAFÍAS históricas sobre la ciudad de Lima». Lima, 1935.
- MUNOZ OLAVE, Reinaldo. «El centenario de la batalla de Yerbabuenas (1813-1913)». Santiago de Chile, 1916.
- MUSEO MITRE. «Documentos del Archivo de Belgrano».
- NOBOA ZUMARRAGA, Horacio J. «Las sociedades porteñas y su acción revolucionaria». B. Aires, 1939.
- PATON, Pablo. «Estudio crítico acerca del Perú Colonial». Lima, 1894.
- PAZ, Luis. «Historia General del Alto Perú, hoy Bolivia». Sucre, 1919.
- PAZ SOLDAN, Mariano Felipe. «Historia del Perú independiente, primer período». Lima, 1853.
- PAZ SOLDAN, Mariano Felipe. «Diccionario geográfico estadístico del Perú». Lima, 1887.
- PAZ SOLDAN, J. Pedro. «La ciudad de Lima bajo la dominación española». Lima, 1908.

- PEREYRA, Carlos. «Historia de la América Española». Madrid, 1925.
- PINILLA, Sabino. «La creación de Bolivia». Bibl. Ayacucho. Madrid, s. a.
- PINTO, Manuel. «La revolución de la Intendencia de La Paz en el Virreinato del Río de la Plata, con la ocurrencia de Chuquisaca (1800-1810)». B. Aires, 1909.
- PRADO Y UGARTECHE, J. «Estudio social del Perú durante la dominación española». Lima, 1894.
- PRUVONENA. «Memorias y documentos para la Historia del Perú». París, 1858.
- RADA Y GAMIO, Pedro J. «El Arzobispo Goyensche y apuntes para la Historia del Perú». Roma, 1917.
- RAVIGNANI, Emilio. «La personalidad de Manuel Belgrano». Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras N. V. Buenos Aires, 1912.
- RENE-MORENO, Gabriel. «Bolivia y Perú. Más notas históricas y bibliográficas». Santiago de Chile, 1905.
- RENE-MORENO, G. «Últimos días coloniales en el Alto Perú». Santiago de Chile, 1897-1898.
- REVOLUCION, «La de La Paz en 1809: documentos históricos». Buenos Aires, 1897.
- RIVA AGÜERO, José de la. «El Perú histórico y artístico». Santander, 1921.
- RIVA AGÜERO, José de la. «D. José Baquijano de Brascosa y Carrillo de Córdoba, tercer conde de Vista Florida en el Perú». 1751-1818. Revistas del Arch. Bibl. y Museo. Octubre-Diciembre, 1925.
- RIVA AGÜERO, José de la. «La Historia del Perú». Lima, 1910.
- REBERTS, Carlos. «Las invasiones inglesas del Río de la Plata (1806-1807) y la influencia inglesa en la independencia y organización de las provincias del Río de la Plata». Buenos Aires, 1928.
- ROBERTSON y PARIS, J. G. «La Argentina en la época de la revolución».
- RODRIGUEZ CASADO, Vicente, y J. A. Calderón Quijano. «Memoria de Gobierno del Virrey Abascal». Sevilla, 1944. Con un estudio preliminar.
- RODRIGUEZ PEDRO, Manuel. «Memorias sobre las causas que prepararon la Independencia del Perú». Lima, 1877.
- RODRIGUEZ VILLA. «El Teniente Coronel D. Pablo Morillo». Bibl. Ayacucho. Tomo LIII-LIV. Madrid, s. a.
- ROMERO, Emilio. «Geografía económica del Perú». Lima, 1944.
- ROMERO, Emilio. «Historia económica y financiera del Perú. Antiguo Perú y Virreinato». Lima, 1937.
- ROMERO, C. A. «Memoria del Virrey del Perú, Marqués de Avilés». Lima, 1901.
- RUA DE ESTASIN, José. «El General Elío». Madrid, 1940.
- RUBIO, David. «La Universidad de San Marcos de Lima, durante la colonización española». Madrid, 1963.
- RUBIO, Julián María. «La Infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-1812)». Madrid, 1920.
- SAGI. «Los cuatro últimos años de dominación española en el Río de la Plata». Buenos Aires, 1874.

- SALAVERRIA, J. María. «Bolívar el Libertador». (Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX), 1930.
- SAN CRISTÓVAL, Evaristo. «Los precursores de la Independencia». Lima, 1923.
- SANCHEZ DE VELASCO. «Memorias para la Historia de Bolivia desde el año de 1808». Sucre, 1938.
- SARAVIA, Carlos M.^a «Salta en la Independencia, y la acción de Güemes». Buenos Aires, 1923.
- STEVENSON, William Bennet. «Memorias». Bibl. Ayacucho. Tomo XV. Madrid s. a.
- TORATA, Conde de. «Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú». Madrid, 1884-1898.
- TORRENTE, Mariano. «Historia de la revolución hispanoamericana». Madrid, 1829.
- UNANUE, Hipólito. «Guía política, militar y eclesiástica del Perú para el año 1794» s. l. Imp. R. de Niños Expósitos, 1794.
- URBINA, A. F. de (Marqués de Rozalejos). «Liniers y Napoleón». Rev. Estudios Políticos. Vol. XIII. Núm. 24. 1945.
- VALEGA, J. M. «La gesta emancipadora del Perú». Lima, 1940-1944.
- VALEGA. «El Virreinato del Perú». Lima, 1939.
- VARELA ORBEGOZO, Luis. «Apunte para la historia de la sociedad colonial». Lima, 1905.
- VARGAS UGARTE, Rubén. «D. Benito María de Moxó y Francolí, Arzobispo de Charcas». Buenos Aires, 1931.
- VARGAS UGARTE, Rubén. «El Episcopado en los tiempos de la revolución Suramericana». Buenos Aires, 1945.
- VAZQUEZ MACHICADO, H. «La efervescencia libertaria en el Alto Perú de 1809 y la insurrección de esclavos en Santa Cruz de la Sierra». Rev. Kollasuyo. La Paz. Año II. Núm. 14. Febrero de 1940.
- VELAZQUEZ, J. «Historia del Reino de Quito».
- VICUÑA MACKENA, Benjamín. «El ostracismo de los Carreras». Santiago de Chile, 1857.
- VICUÑA MACKENA, B. «Vida de Sucre». Madrid. s. a.
- VICUÑA MACKENA, B. «La revolución de la Independencia del Perú». Lima, 1924.
- VILLAMIL. Reseñas de los acontecimientos políticos y militares de la provincia de Guayaquil desde 1818-1824».
- VILLANUEVA, Carlos A. «La Monarquía en América».
- VIVERO, Domingo de. «Galería de retratos de los Gobernadores y Virreyes del Perú (1532-1824)». Texto de J. A. Lavalle. Barcelona, 1909.
- WEBSTER, C. K. «Gran Bretaña y la Independencia de la América Latina». Buenos Aires, 1944.
- WIENNER, Carlos. «Perú y Bolivia».
- WIESSE, Carlos. «Historia del Perú Colonial». Lima, 1931.
- YRAIZOS, F. «El Sur Oeste de Bolivia». La Paz, 1901.
- ZINNY, Antonio. «D. Juan Martín de Pueyrredón». Rev. de Buenos Aires. Tom XIV, 1867.
- ZINNY, Antonio. «Aditamento al bosquejo de la revolución argentina». Rev. de Buenos Aires. Tomo XVI, 1868.
- ZINNY, Antonio. «Historia de los Gobernadores de las provincias argentinas desde 1810 hasta la fecha». Buenos Aires, 1879.

PUBLICACIONES

DE LA

ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

Series en publicación:

- 1.^a Anuario.
- 2.^a Monografías.
- 3.^a Memorias, relaciones y viajes.
- 4.^a Ensayos.
- 5.^a Manuales de estudio.
- 6.^a Colecciones de documentos.
- 7.^a Ediciones y reediciones de libros raros y curiosos.

EDICIONES A LA VENTA:

- 1 ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS. Tomo I, 1944. 24×17 cms., XII+844 páginas, 17 ilustraciones; rústica.—Noventa pesetas.—**AGOTADO.**
- 2 *Florentino Pérez Embid*: EL ALMIRANTAZGO DE CASTILLA HASTA LAS CAPITULACIONES DE SANTA FE.—24×17 cms., XVI+186 págs. y 4 ilustraciones; rústica, con sobrecubierta.—Veinticinco pesetas.
- 3 *Manuel Giménez Fernández*: LAS BULAS ALEJANDRINAS DEL 1493 REFERENTES A LAS INDIAS.—24×17 cms., XVI+258 págs. y 5 ilustraciones; rústica, con sobrecubierta.—Veinticinco pesetas.
- 4 MEMORIA DEL GOBIERNO DE JOSE FERNANDO DE ABASCAL Y SOUSA, VIRREY DEL PERU.—Edición de *Vicente Rodríguez Casado* y *José Antonio Calderón Quijano*; estudio preliminar de V. Rodríguez Casado.—Dos tomos de 20×13 cms., CLII+1.084 págs., 15 láminas; tela, con sobrecubierta.—Setenta pesetas.
- 5 *José Antonio Calderón Quijano*: BELICE, 1663 ?-1821.—Prólogo de *Vicente Rodríguez Casado*.—22×16 cms., XIV+504 págs., 32 láminas; tela, con sobrecubierta.—Setenta pesetas.
- 6 *P. Venancio D. Carro, O. P.*: LA TEOLOGIA Y LOS TEOLOGOS JURISTAS ESPAÑOLES ANTE LA CONQUISTA DE AMERICA.—Dos tomos de 22×16 cms., 934 págs.; tela, con sobrecubierta.—Setenta pesetas.

- 7 *Antonio Raméu de Armas*: COLON EN BARCELONA.—24×17 cms., XII+86 págs.; rústica.—Doce pesetas.
- 8 *Emiliano Jos*: INVESTIGACIONES SOBRE LA VIDA Y OBRAS INICIALES DE DON FERNANDO COLON. —24×17 cms., XVIII+164 páginas, 6 ilustraciones; rústica.—Veinticinco pesetas.
- 9 ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS.—Tomo II, 1945. 24×17 cms., XVIII+936 páginas, 88 láminas; rústica.—Noventa pesetas.—AGOTADO.
- 10 *P. Constantino Bayle, S. J.*: EL PROTECTOR DE INDIOS. 24×17 cms., VIII+176 págs.; rústica.—Veinte pesetas.
- 11 *Manuel Gutiérrez de Arce*: LA COLONIZACION DANESA EN LAS ISLAS VIRGENES.—24×17 cms., VIII+152 páginas, 6 láminas; rústica.—Veinticinco pesetas.
- 12 *Guillermo Lohmann Villena*: EL ARTE DRAMATICO EN LIMA DURANTE EL VIRREINATO.—22×16 centímetros, XX+648 págs.; tela, con sobrecubierta.—Sesenta pesetas.
- 13 *P. Luis Alonso Getino, O. P.*: INFLUENCIA DE LOS DOMINICOS EN LAS LEYES NUEVAS.—24×17 centímetros, VIII+94 págs.; rústica.—Dieciséis pesetas.
- 14 LAS LEYES NUEVAS, 1542-1543. Reproducción fotográfica. Transcripción y notas de *Antonio Muro Orejón*.—24×17 cms., XXV+26 págs.; rústica.—Veinte pesetas.
- 15 *Guillermo Céspedes del Castillo*: LA AVERIA EN EL COMERCIO DE INDIAS.—24×17 cms., VIII+188 págs., 8 láminas; rústica.—Veinticinco pesetas.
- 16 *Antonio Matilla Tascón*: LOS VIAJES DE JULIAN GUTIERREZ AL GOLFO DE URABA.—24×17 cms., VIII+84 págs., 4 láminas; rústica.—Doce pesetas.
- 17 *Vicente Palacio Atard*: EL TERCER PAGTO DE FAMILIA. Prólogo de V. Rodríguez Casado.—22×16 centímetros, XVIII+380 págs., 8 láminas; tela, con sobrecubierta.—Sesenta pesetas.
- 18 *José Luis Múñquiz de Miguel*: EL CONDE DE CHINCHON, VIRREY DEL PERU.—22×16 cms., 336 págs., 16 láminas; tela, con sobrecubierta.—Cincuenta pesetas.
- 20 *Alvaro del Portillo y Díez de Sollano*: DESCUBRIMIENTOS Y EXPEDICIONES EN LAS COSTAS DE CALIFORNIA. 22×16 cms., 542 págs., 24 láminas; tela, con sobrecubierta.—Noventa pesetas.
- 21 MEMORIA DEL GOBIERNO DE MANUEL AMAT Y JUVIENT, VIRREY DEL PERU.—Edición y estudio preliminar de *Vicente Rodríguez Casado* y *Florentino Pérez Embid*. 20×13 cms., CXII+846 págs., 12 láminas; tela, con sobrecubierta.—Ciento diez pesetas.
- 22 *F. Javier de Ayala*: IDEAS POLITICAS DE JUAN DE

- SOLORZANO.—22×16 cms., XVI+584 págs.; tela con sobrecubierta.—Sesenta pesetas.
- 23 *Guillermo Lohmann Villena*: EL CONDE DE LEMOS, VIRREY DEL PERU.—22×16 cms., XVIII+474 págs.; 11 láminas; tela, con sobrecubierta.—Setenta y cinco pesetas.
 - 24 *Domingo Lázaro de Arregui*: DESCRIPCION DE LA NUEVA GALICIA.—Edición y estudio de *François Chevalier*. Prólogo de John Van Horne. 24×17 cms., LXXIV+164 páginas, 4 láminas; rústica.—Treinta y cinco pesetas.
 - 25 *Fray Miguel de Agía*: SERVIDUMBRES PERSONALES DE IDIOS.—Edición y estudio preliminar de *F. Javier de Ayala*.—24×17 cms., LIV+144 págs.; rústica, con sobrecubierta.—Treinta y cinco pesetas.
 - 26 MEMORIA DE GOBIERNO DE JOAQUIN DE LA PEZUELA, VIRREY DEL PERU.—Edición y prólogo de *Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena*.—20×13 centímetros, XLVI+92 págs., 3 láminas; tela, con sobrecubierta. Noventa y cinco pesetas.
 - 28 *Ernesto Schäfer*: EL CONSEJO REAL Y SUPREMO DE LAS INDIAS.—Tomo II: LA LABOR DEL CONSEJO DE INDIAS EN LA ADMINISTRACION COLONIAL.—25×17 cms.; XVIII+680 págs.; 1 lámina; tela, con sobrecubierta.
 - 29 *José Rumazo*: LA REGION AMAZONICA DEL ECUADOR EN EL SIGLO XVI.—24×17 cms., XII+268 págs., 12 láminas; rústica.—Cuarenta pesetas.
 - 30 *Vicente Palacio Atard*: ARECHE Y GUIRIOR, OBSERVACIONES SOBRE EL FRACASO DE UNA VISITA AL PERU.—24×17 cms., VIII+106 págs., 5 láminas; rústica.—Dieciséis pesetas.
 - 31 ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS.—Tomo III, 1946.—24×17 cms., XVI+1.806 págs., 59 láminas; rústica.
 - 32 *Julia Herráez S. de Escárche*: DON PEDRO ZAPATA DE MENDOZA, GOBERNADOR DE CARTAGENA DE INDIAS.—24×17 cms., VIII+138 págs., 6 láminas; rústica.—Dieciocho pesetas.
 - 33 *Manuel Giménez Fernández*: LAS DOCTRINAS POPULISTAS EN LA INDEPENDENCIA DE HISPANOAMERICA.—24×17 cms., VIII+156 págs.; rústica.—Veinticinco pesetas.
 - 34 *Guillermo Céspedes del Castillo*: LIMA Y BUENOS AIRES. REPERCUSIONES ECONOMICAS Y POLITICAS DE LA CREACION DEL VIRREINATO DEL PLATA.—24×17 cms., VIII+216 páginas; 6 láminas; rústica.—Treinta y cinco pesetas.
 - 35 *Antonio Rumeu de Armas*: LOS VIAJES DE JOHN HAWKINS A AMERICA (1562-1595).—22×16 cms., XX+486

páginas; 26 láminas; tela, con sobrecubierta.—Ochenta pesetas.

- 36 *Diego Angulo Iniguez*: EL GOTICO Y EL RENACIMIENTO EN LAS ANTILLAS. ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, AZULEJOS, ORFEBRERIA.—24×17 centímetros, VIII+102 págs., 81 ilustraciones; rústica.—Treinta y cinco pesetas.
- 37 *Fernando Diaz Venteo*: LAS CAMPAÑAS MILITARES DEL VIRREY ABASCAL.—22×16 cms., VIII+416 páginas; tela, con sobrecubierta.

EDICIONES EN PRENSA:

- 19 *Florentino Pérez Embid*: LOS DESCUBRIMIENTOS EN EL ATLANTICO HASTA EL TRATADO DE TORDESILLAS.
- 27 *Vicente Rodríguez Casado y Florentino Pérez Embid*: CONSTRUCCIONES DEL VIRREY AMAT.
- 38 ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS.—Tomo IV, 1947.

EDICIONES DEL ANTIGUO CENTRO DE HISTORIA DE AMERICA:

Ernesto Schäfer: LAS RUBRICAS DEL CONSEJO REAL Y SUPREMO DE LAS INDIAS DESDE LA FUNDACION DEL CONSEJO EN 1524 HASTA LA TERMINACION DEL REINADO DE LOS AUSTRIAS.—31×22 cms., 64 páginas, con láminas y texto explicativo; rústica.—Treinta y cinco pesetas.

Ernesto Schäfer: EL CONSEJO REAL Y SUPREMO DE LAS INDIAS.—Tomo I: HISTORIA Y ORGANIZACION DEL CONSEJO Y DE LA CASA DE LA CONTRATACION DE LAS INDIAS.—25×17 cms., XVII+436 págs., 4 láminas; tela, con sobrecubierta.—Se vende con el tomo II, editado por la Escuela.

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
PUBLICACIONES
ALFONSO XII, 12.-SEVILLA

FIN

DÍAZ
VENTE

CAMPAÑAS
MILITARES
DEL VIRREY
ABASCAL

V

3814

SEVILLA

1948